

EL VATICANO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

por Avro Manhattan, Copyright 1949 por Gaer Associations, Inc.

(Primero publicado en Inglaterra por C.A. Watts & Co., Limited, Londres)

Traducido al español por A.R.Y. y J.J.Y.

CONTENIDO

Prólogo por Guy Emery Sipler

Prefacio

<u>1. El Vaticano en el Mundo Moderno.....</u>	4
<u>2. El Estado Vaticano.....</u>	10
<u>3. El Poder Vaticano.....</u>	15
<u>4. Totalitarismo Espiritual en el Vaticano.....</u>	26
<u>5. Las Órdenes Religiosas.....</u>	38
<u>6. El Vaticano en un Mundo Convulsionado.....</u>	45
<u>7. La Política del Vaticano entre las Dos Guerras Mundiales..</u>	52

<u>8. España, la Iglesia Católica y la Guerra Civil</u>	59
<u>9. Italia, el Vaticano y el Fascismo</u>	77
<u>10. Alemania, el Vaticano y Hitler</u>	100
<u>11. El Vaticano y la II Guerra Mundial</u>	126
<u>12. Austria y el Vaticano</u>	168
<u>13. Checoslovaquia y el Vaticano</u>	188
<u>14. Polonia y el Vaticano</u>	202
<u>15. Bélgica y el Vaticano</u>	209
<u>16. Francia y el Vaticano</u>	219
<u>17. Rusia y el Vaticano</u>	249
<u>18. El Vaticano y los Estados Unidos</u>	273
<u>19. El Vaticano, América Latina, Japón, y China</u>	301

20. Conclusión.....315

PRÓLOGO

La importancia de este libro no puede exagerarse. Propiamente entendido, ofrece una guía y una clave a la situación política dolorosamente confusa que envuelve el mundo. Ningún evento político o circunstancia pueden evaluarse sin el conocimiento de la parte del Vaticano en él. Y no existe situación política mundial significativa en la que el Vaticano no desempeñe un rol explícita o implícitamente importante. Como Glenn L. Archer, Director Ejecutivo de Protestantes y Otros Norteamericanos Unidos para la Separación de la Iglesia y el Estado, lo formula, "este libro enfrenta los problemas sociales y políticos más vitales de nuestro día. El autor presenta con claridad singular y sin prejuicios los conflictos entre la Iglesia Romana y las libertades de la democracia". Este libro también es valioso porque trae a la luz hechos históricos hasta ahora desconocidos, muchos de ellos publicados aquí por primera vez. El autor lidió con grandes dificultades intentando condensar en los límites de un solo volumen la gran masa de material disponible. Por esa razón tuvo que omitir muchas valiosas discusiones. Y algunas fueron omitidas porque los casos a tratar permanecían todavía irresolutos. Ésa es la razón de que ninguna mención será encontrada del caso del Arzobispo Stepinac de Yugoslavia, y hay sólo una breve mención del caso del Cardenal Mindszenty de Hungría -casos que en el momento en que este libro fue publicado estaban en la agenda de investigación de las Naciones Unidas. Pero se presenta evidencia suficiente en otros casos para permitir al lector evaluar eventos actuales y situaciones similares. -----Guy Emery Sipler, junio de 1949

PREFACIO A LA EDICIÓN AMERICANA

En las últimas décadas, en medio de los estruendos y las ruinas de las dos Guerras Mundiales, Estados Unidos de América ha emergido superior y dinámico en el escenario de la política global.

De un extremo al otro de la gran masa de tierra de Eurasia, Rusia -el baluarte del Comunismo, igualmente dinámica en su lucha por construir una nueva estructura política- está esperando desafiantemente el derrumbe del viejo modelo de sociedad, segura de que el tiempo está de su lado.

Al mismo tiempo, la Iglesia Católica, aparentemente preocupada solamente con sus tareas religiosas, está febrilmente comprometida en una carrera por la última conquista espiritual del mundo.

Pero mientras que los empeños de los E.E.U.U. y de la U.R.S.S., se siguen con aprehensión creciente, aquellos del Vaticano raramente son escrutados. Sin embargo, ni un solo evento de importancia que haya contribuido al actual caótico estado de situación ha ocurrido sin que el Vaticano tomara una parte activa en él.

La población católica del mundo -400 millones- es más numerosa que la de los Estados

Unidos y la de la Rusia soviética reunidas. Cuando se recuerda que las actividades coordinadas de esta gigantesca masa espiritual dependen de los labios de un solo hombre, la apatía del norteamericano no católico debe transformarse rápidamente en una aguda atención. Su interés, además, debe aumentar cuando él se hace consciente de que los Estados Unidos están íntimamente implicados en el logro tanto de las metas inmediatas del Vaticano como de sus objetivos finales.

Estas metas son:

1. La aniquilación del Comunismo y de la Rusia soviética.
2. La conquista espiritual de los E.E.U.U.
3. La Catolización final del mundo.

¿Parecen fantásticas estas metas?

Desafortunadamente ellas no son ni especulación ni sueños salvajes y ociosos. Ellas son tanto indiscutible como indisolublemente una parte de la historia contemporánea como el surgimiento de Hitler, la derrota de Japón, la fisión del átomo, la existencia del Comunismo. De hecho la alternativa ineludible con la cual la humanidad hoy se confronta no es si éste será el Siglo norteamericano o el Siglo ruso, sino si éste no podrá después de todo llegar a ser el Siglo católico.

Ciertamente, entonces, la naturaleza, los objetivos y las operaciones de la Iglesia católica merecen algún escrutinio. El ciudadano norteamericano, perturbado por el pasado, desconcertado por el presente y cada vez más ansioso por el futuro, haría bien en ponderar los empeños del Vaticano en la contemporánea política norteamericana y mundial. Su destino así como el destino de los Estados Unidos, y de hecho de la humanidad, ha sido y continuará siendo afectado profundamente por las actividades de una institución que, aunque una iglesia, es no obstante un tan poderoso poder político como la nación más poderosa en el planeta.

-----Avro Manhattan Londres, 1949,

CAPÍTULO 1: EL VATICANO EN EL MUNDO MODERNO

Escribir sobre la influencia ejercida por la religión en general, y por el Cristianismo en particular, en los asuntos de un siglo preocupado con gigantescos problemas éticos, sociales, económicos, y políticos, podría parecer en principio una pérdida de tiempo. Porque la religión, aunque todavía profundamente arraigada en el mundo moderno, no es más un factor que pueda competir seriamente con las fuerzas más poderosas de naturaleza económica y social por las que nuestra civilización contemporánea se convulsiona.

La religión ha perdido, y continúa perdiendo, terreno por todas partes. El individuo, así como la sociedad, están mucho más preocupados con los sueldos semanales, la explotación de las materias primas, el presupuesto financiero, el desempleo, la carrera

hacia el perfeccionamiento de las mejores herramientas de destrucción y en atrapar las fuerzas cósmicas, y miles de otros problemas de una naturaleza práctica.

Sin embargo, asumir como generalmente es el caso, que la religión está hoy relegada al segundo plano desde dónde no puede decirse seriamente que extienda su influencia al curso de los eventos políticos tanto en la esfera doméstica como en la internacional, sería mantener una ilusión que no corresponde a la realidad.

Especialmente esto es así en el caso de una clase particular de la Cristiandad -a saber "el Catolicismo". Porque el Catolicismo, no obstante su pérdida enorme en números e influencia, está más vivo y agresivo que nunca, y ejerce una influencia mayor de lo que al principio parece posible en los eventos nacionales e internacionales que culminaron en las Primera y Segunda Guerras Mundiales.

Esto se sostiene, no solamente en aserciones teóricas, sino en la cruda realidad. Otras religiones o denominaciones religiosas continúan ejerciendo una influencia mayor o menor en la sociedad moderna, pero su habilidad para amoldar el curso de los eventos no puede compararse de forma alguna con aquella de la Iglesia católica.

Esto es debido a varios factores peculiares de la Iglesia católica de los cuales los más característicos son los siguientes:

1. (a) La fuerza numérica del Catolicismo, sus miembros nominales, unos años después de la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente 400,000,000.

(b) El hecho de que el grueso del volumen de católicos viva en los continentes principales -por ejemplo, Europa y las Américas.

(c) El hecho de que la Iglesia católica tenga católicos en cada rincón del mundo.

2. El espíritu que mueve a la Iglesia Católica y que le hace actuar con la firme convicción de que su misión fundamental es convertir la totalidad de la humanidad, no al Cristianismo, sino al Catolicismo.

3. El hecho de que la Iglesia Católica, a diferencia del Protestantismo o cualquier otra religión, tenga una organización religiosa formidable que se extiende sobre el planeta entero. A la cabeza de esta organización está el Papa cuya tarea es mantener y proclamar la inmutabilidad de ciertos principios espirituales sobre los cuales se fundamenta el Catolicismo. Sus esfuerzos se dirigen al adelanto de los intereses de la Iglesia católica en el mundo.

El esfuerzo acumulativo de estos factores es la creación de un compacto bloque religioso-espiritual que es el poder más eficaz y militante de su tipo en el mundo moderno.

La Iglesia católica, más que cualquier otra denominación religiosa, no puede autoconfinarse a una esfera meramente religiosa. Por el hecho de que ella cree que su misión es la de mantener y extender el dominio espiritual del Catolicismo eso le lleva inmediatamente al contacto -y muy a menudo al conflicto- con campos adyacentes a la religión. Los principios religiosos no sólo consisten en formulas teológicas y

espirituales, sino invariablemente en elementos morales y éticos, y a menudo en elementos sociales. Como ellos no pueden ser diseccionados nítidamente, y como es imposible etiquetar cada uno separadamente según su naturaleza religiosa, moral, ética, o social, es sumamente difícil separarlos. Siempre que los dogmas religiosos son favorablemente o adversamente afectados, los principios morales, éticos, y sociales están automáticamente involucrados.

Como los principios religiosos afectan los principios éticos y sociales, el paso de éstos a la esfera económica, y finalmente a la esfera política, es muy corta. En muchos casos esta secuencia es inevitable, e incluso cuando se cree aconsejable mantener los problemas religiosos dentro del campo completamente religioso, esto es en realidad una imposibilidad, debido a esta naturaleza múltiple de los principios espirituales. La consecuencia práctica de esto es que, siempre que una Iglesia dada proclame, condene, o favorezca un cierto principio espiritual, su condenación o apoyo repercute en los campos semi-religiosos e incluso no-religiosos; por consiguiente la Iglesia, voluntariamente o no, influye en problemas que no son su preocupación directa.

En el caso particular de la Iglesia católica, esto se lleva a un extremo, por la simple razón de que el Catolicismo es más rígido que cualquier otra religión en cuanto al campo espiritual. A esto se agrega el hecho de que un buen católico debe obediencia ciega a su Iglesia y debe poner el interés de su Iglesia antes que cualquier materia social o política. Ya que este cuerpo que comprende millones de tales católicos, viviendo por todo el mundo, escucha atentamente las palabras del Papa, es fácil ver el largo alcance del poder que la Iglesia católica puede ejercer en esferas no-religiosas.

[N. de T.: A continuación se dan una serie de ejemplos de la injerencia de la Iglesia Católica en ciertos aspectos de la sociedad moderna, como en el tema del divorcio o el Socialismo. El autor no emite un juicio ni a favor ni en contra en estas cuestiones limitándose a describir los hechos. Más allá de que los cristianos no aprobamos el divorcio u otras cuestiones, podemos notar el carácter absolutista de la Iglesia Católica, que ha intentado imponer sus principios a cualquier precio a sociedades y personas evidentemente no cristianas.] Para dar una ilustración: la Iglesia católica, en su calidad de institución religiosa, afirma que cuando un hombre y una mujer están unidos por el sacramento del matrimonio, ningún poder en la tierra puede desatar el vínculo entre ellos. La sociedad moderna, por otro lado, que admite que un matrimonio podría ser un fracaso, ha creado un conjunto de principios éticos y legales según los cuales esa unión puede romperse. Como la Iglesia católica considera que eso es erróneo, se empeña en luchar contra tales principios por todos los medios en su poder. No sólo condena esto por ser incorrecto, se esfuerza en combatir tales principios por todos los medios en su poder. No sólo los condena en el campo religioso-moral, sino que ordena a todos los católicos rechazar y combatir los principios y la práctica del divorcio. Así, cuando un católico se vuelve un miembro del cuerpo legislativo de un país dado donde un proyecto de ley que legaliza el divorcio se presenta para su discusión, él debe poner su deber religioso primero y debe luchar y debe votar contra semejante ley. De esta manera el problema religioso del divorcio se vuelve no sólo una cuestión de principios morales y éticos, sino también un problema social de gran importancia.

Otro ejemplo típico es que, mientras la sociedad moderna y la ética moderna han aceptado la teoría y el uso de anticonceptivos, éstos se condenan por la Iglesia Católica que afirma que la única función de la unión de los sexos es la procreación. Esto lo

afirma sin tener en cuenta factores sociales o económicos, tales como si los niños así nacidos tendrán alimento suficiente para comer, si ellos recibirán educación adecuada, etcétera. El resultado acumulativo de este mandato religioso es que millones de matrimonios, para obedecer la ley de su Iglesia, procrean sin tener en cuenta su propia condición socioeconómica ni la de su país, así produciendo o agravando serios problemas de naturaleza demográfica, económica, o política.

La Iglesia afirma que tiene el derecho a enseñar principios morales así como religiosos. Declara, por ejemplo, que el derecho de la propiedad privada es inviolable lo cual está contra los principios de un gran movimiento de carácter social, económico, y político conocido bajo el término general de "Socialismo". Como el Socialismo, en sus diversos tipos y formas, es un movimiento puramente social y político, que intenta imponer sus principios sobre la vida económica, social, y política de la sociedad, se sigue que está obligado a padecer la hostilidad de la Iglesia Católica. Tal hostilidad automáticamente lleva a la Iglesia a las arenas sociales y políticas. Los católicos, debido a que deben obedecer ciegamente a su Iglesia, deben combatir la teoría y la práctica del Socialismo; y esto lo hacen en su calidad de ciudadanos, de Miembros del Parlamento, o como individuos en las filas de algún poderoso partido político.

Hay innumerables ejemplos de esta clase, por lo cual es evidente que la Iglesia Católica no puede evitar interferir en asuntos sociales y políticos. El resultado práctico de esta interferencia de los dogmas religiosos y morales en campos no-religiosos es que la Iglesia Católica está interviniendo continuamente, de una manera u otra, en la vida social y política de la sociedad en general y de ciertos países e individuos en particular. Esta interferencia puede ser de una naturaleza moderada o violenta, dependiendo de la reacción de las esferas no-religiosas ante la voz de la Iglesia.

Así sucede que los países católicos, donde la legislación del Estado se ha trazado según los principios de la Iglesia Católica, se encuentran en armonía con la condenación o el apoyo de la Iglesia Católica sobre cualquier asunto. Por ejemplo, un Gobierno católico introducirá leyes prohibiendo el divorcio, penalizando el uso de anticonceptivos, y desterrando todas las actividades que propagan la idea de que la propiedad privada es mala y debe ser suprimida. El resultado será que en un país así en el Parlamento se aprobarán estas leyes contra el divorcio, se cerrarán comercios que vendan anticonceptivos, y se encarcelará a cualquier individuo y se prohibirá cualquier movimiento activamente hostil a la idea de la propiedad privada.

Pero cuando, en lugar de un Gobierno católico obediente, la Iglesia Católica es confrontada por un Parlamento indiferente, o incluso hostil, entonces el conflicto es inevitable. El Estado y la Iglesia se manifiestan mutuamente. El conflicto puede acabar en estancamiento, o puede alcanzarse un acuerdo, o la lucha puede tomar la forma de implacable y abierta hostilidad. El Estado aprobará tal legislación como lo considere necesario, sin tener en cuenta a la Iglesia. Puede permitir el divorcio, y puede reconocer el derecho de un partido político determinado para emprender la lucha contra la propiedad privada. La Iglesia replica luego pidiendo a su clero que predique contra tales leyes -y aconsejando a todos los católicos que se opongan a ellas y al Gobierno que las aprobó. Todos los periódicos poseídos por católicos toman una posición contra el Gobierno, y miembros católicos individuales del Gobierno votan contra cualquier legislación que choque con los principios de la Iglesia; mientras las organizaciones religiosas, sociales, y políticas formadas por católicos boicotean tales leyes. Un partido

político, posiblemente un partido católico, es creado, cuya tarea es lograr un Gobierno en armonía con la Iglesia y combatir a aquellos partidos que predicán doctrinas contrarias a las del Catolicismo. Una amarga lucha política es iniciada.

A estas alturas debe recordarse que los católicos que se oponen a su Gobierno o a otros partidos políticos están guiados (a) por los rígidos y dogmáticos principios del Catolicismo, y (b) por el Líder Supremo de la Iglesia católica -esto es, el Papa.

Los católicos sostienen que el Papa nunca interfiere en política. Más adelante mostraremos que él a veces interfiere directamente; pero aun cuando esto no fuese así, es obvio que él interfiere indirectamente en política cada vez que ordena que los católicos combatan cierta legislación o una doctrina social, o a algún partido político que, en su opinión, está en conflicto con el Catolicismo. Para citar un ejemplo clásico: cuando León XIII escribió su *Rerum Novarum*, aunque no interfirió directamente con la política de su tiempo, él entró enérgicamente en la arena política condenando explícitamente las doctrinas sociales y políticas del Socialismo -y aconsejando a los católicos organizarse bajo los sindicatos católicos y crear partidos políticos católicos.

Este poder de la Iglesia Católica para interferir en las esferas sociales y políticas se vuelve infinitamente más peligroso por el hecho de que no se limita a algún determinado país: alcanza a todos los países en los que hay católicos. Así no hay continente donde el Papa no pueda influenciar, en un mayor o menor grado, la vida social y política de la comunidad.

Es evidente por esto que la Iglesia Católica puede ejercer una influencia indirecta así como directa, no sólo en los problemas internos de un país, sino también en la esfera internacional. Creando o apoyando ciertos partidos políticos y combatiendo otros, la Iglesia puede volverse un poder político de primera magnitud en algún país determinado. Este atributo es reforzado por el hecho de que la Iglesia Católica puede actuar como un poder político -también en problemas internacionales. Puede, por ejemplo, influir a ciertos países católicos y Gobiernos católicos para que apoyen o se opongan en asuntos de carácter internacional, o puede indicar sus deseos a asambleas internacionales -como la Sociedad de Naciones. Así, entre las dos guerras mundiales, hizo obvio un deseo de que la Rusia soviética no fuese admitida en la Sociedad, y durante la Guerra abisinia reclamó que se levantaran las sanciones contra la Italia fascista.

¿Qué proporción de las poblaciones católicas sigue a la Iglesia Católica en cuestiones sociales y políticas? Esta pregunta surge en vista de los enormes ataques de escepticismo entre las masas, y de la creciente hostilidad mostrada por un gran sector de la sociedad moderna a la interferencia directa e indirecta de la Iglesia en problemas políticos.

En países nominalmente católicos (Francia, Italia, España, Polonia), a pesar de la generalizada indiferencia de la población, la Iglesia Católica todavía ejerce una muy profunda influencia, haciéndose eficaz por los esfuerzos de una celosa minoría. Se ha estimado que un país nominalmente católico está dividido en las siguientes proporciones: un quinto católicos activamente anticlericales, un quinto católicos celosos, y los tres quintos restantes ni activamente hostiles ni a favor de la Iglesia Católica, sino que en ciertas ocasiones volcándose a favor del primero o del segundo grupo. Aun sobre la

base de éstas proporciones, el Papa tendría un formidable ejército de católicos activos luchando su batalla en las esferas sociales y políticas; y esto en cada país nominalmente católico en Europa y en las Américas. En países protestantes, donde los católicos son una minoría, la proporción de la población católica activa es normalmente mucho más alta que en los países católicos. Cuando estos activos millones se mueven juntos para lograr el mismo objetivo -a saber, fomentar el poder de la Iglesia Católica en la sociedad- siendo dirigidos bajo una sola dirección, haciéndoseles actuar según un bien definido plan, y entrando en la arena política en las esferas internas y externas, no se necesita gran imaginación para captar la magnitud de la influencia que ellos pueden ejercer.

La mente maestra que dirige los movimientos de estos diversos partidos y organizaciones católicos en los campos de la lucha social y política regional, nacional, e internacional reside naturalmente en el centro del Catolicismo -a saber, el Vaticano. Para ejercer de la mejor manera su doble actividad (religiosa y política), la Iglesia Católica tiene dos facetas: primero, la institución religiosa, la Iglesia Católica misma; segundo, el poder político, el Vaticano. Aunque ellas tratan separadamente, siempre que sea conveniente, con problemas tocantes a la religión y la política, las dos son en realidad una. A la cabeza de ambas se halla el Papa, que es el supremo líder religioso de la Iglesia Católica como un poder puramente espiritual, así como la cabeza suprema del Vaticano en su calidad de centro diplomático-político mundial y de Estado soberano independiente.

Según las circunstancias, el Papa, para promover el poder de la Iglesia Católica, encara un problema como un líder puramente religioso o como la cabeza de un centro diplomático-político, o como ambos. El rol de la Iglesia Católica como un poder político se vuelve prominente cuando el Papa tiene que tratar con movimientos sociales y políticos o con Estados con los cuales quiere negociar o hacer una alianza a fin de combatir a un enemigo común.

A veces se vuelve necesario para la Iglesia Católica aliarse con fuerzas que no sólo son no-religiosas o no-católicas, sino que incluso son hostiles a la religión. Esto ocurre cuando la Iglesia Católica, siendo confrontada por enemigos que no puede vencer por sí sola, se ve obligada a encontrar aliados que también desean la destrucción de tales enemigos. Así, por ejemplo, después de la Primera Guerra Mundial, cuando parecía como que el Bolchevismo conquistaría Europa, surgieron movimientos políticos en diversos países con la intención de frenarlo. Estos encontraron un aliado inmediato y dispuesto en la Iglesia Católica, cuyas fulminaciones contra las doctrinas Socialistas estaban volviéndose cada vez más virulentas con el aumento del peligro. Algunos de estos movimientos eran conocidos por los nombres de Fascismo, Nazismo, Falangismo, etcétera. El Papa hizo efectivas estas alianzas empleando la influencia de la Iglesia Católica como una institución religiosa, y del Vaticano como un centro diplomático-político. En el primer caso se dijo al fiel que era su deber apoyar a tal o cual político, o partido que, aunque no siendo católico, no obstante estaba decidido a destruir a los enemigos mortales de la Iglesia Católica. En el segundo caso se efectuaron negociaciones a través de sus nuncios, cardenales, y las jerarquías locales. Sobre todo se daban órdenes a los líderes de organizaciones socio-políticas católicas o a partidos católicos para que apoyaran al aliado escogido por el Vaticano. En ciertos casos, incluso, se les pidió que se disolvieran a fin de dar paso a un partido no-católico que tenía mejores oportunidades de provocar la destrucción de un movimiento político

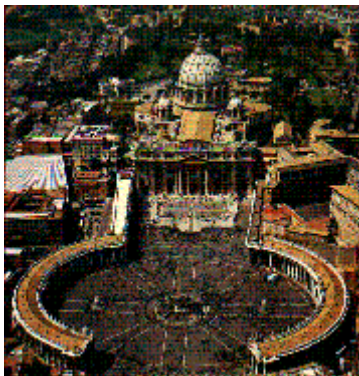
determinado hostil a la Iglesia Católica. Tendremos ocasión de examinar sorprendentes ejemplos de esto más adelante en el libro.

Para llevar a cabo estas actividades en los campos religiosos y no-religiosos el Papa tiene a su disposición una inmensa maquinaria por la cual puede gobernar la Iglesia Católica en todo el mundo. La función principal de esta maquinaria es no sólo servir el propósito de la Iglesia como una institución religiosa, sino también como un centro diplomático-político. Para las cuestiones sociales y políticas la Iglesia Católica tiene una segunda vasta organización que, aunque separada de la primera, no obstante está interrelacionada con ésta. Aunque cada maquinaria tiene una esfera específica en la cual actúa, ambas son movilizadas a fin de lograr el mismo objetivo: el mantenimiento y adelanto del dominio de la Iglesia Católica en el mundo. Como una es dependiente de la otra, y como ambas muy a menudo son empleadas al mismo tiempo, sería útil examinar, no sólo la tarea específica de cada una, sino también los objetivos que ellas buscan alcanzar, sus métodos de trabajo, y, sobre todo, el espíritu con el que se las hace funcionar.

Antes de seguir adelante, demos un vistazo a la sede oficial de la Iglesia católica -a saber, el Estado Vaticano.

CAPÍTULO 2:

EL ESTADO VATICANO



De todas las instituciones religiosas y políticas que existen hoy, el Vaticano es por lejos la más antigua. Es el asiento de un Estado soberano, independiente, y libre; del Gobierno de la Iglesia católica; y del poder diplomático-político más astuto en el mundo; y cada uno de estos tres aspectos es una parte esencial de la Iglesia católica. Aunque en su calidad de centro diplomático es uno de los más importantes en el mundo, como Estado independiente es uno de los más nuevos y, en lo que a la magnitud de su territorio concierne, el Estado soberano más pequeño en existencia, teniendo bajo su gobierno absoluto sólo cien escasos acres y aproximadamente 600 habitantes regulares. Sin embargo, dirige y gobierna una de las más grandes, si no la más grande, y unida masa de seres humanos en el mundo -400,000,000 de católicos, cubriendo los territorios de prácticamente todas naciones existentes. Tales atributos extraordinarios y

contradictorios harían ciertamente por si solos del Vaticano un objeto de curiosidad , si no de estudio, para el lector menos interesado.

¿Qué es significado por la palabra "Vaticano"? "el Vaticano," explica la *Enciclopedia católica*, es "la residencia oficial del Papa en Roma, así llamada por estar construída en las laderas más bajas de la Colina Vaticana; figuradamente, el nombre se usa para significar el poder e influencia Papal y, por extensión, la Iglesia entera."

Para los Cristianos, el Vaticano empezó a asumir importancia cuando San Pedro fue crucificado allí en el 67 D.C. Después de la muerte de San Pedro, los Cristianos erigieron un sepulcro enfrente del circo donde él había sido ejecutado. Después, el cuerpo del sucesor de San Pedro, San Linus, fue enterrado allí [cuando todavía no existían los Papas]. Después el siguiente sucesor, San Anacletus, Obispo de Roma, construyó la primera capilla en la tumba. Con el paso de los siglos ésta creció en importancia como un lugar sagrado, un lugar de culto, y un lugar donde se enterraron los restos mortales de muchos Papas.

En su larga historia el Palacio del Vaticano, el edificio al que tantos Papas contribuyeron, y el Estado Papal han atravesado muchas vicisitudes, como también las prerrogativas de los Papas mismos. Los detalles no necesitan detenernos aquí. Para nuestro propósito es suficiente saber que el Estado Vaticano como existe hoy vino a la existencia en febrero de 1929 con la firma del Tratado de Letrán. Por este tratado Italia reconoció el territorio del Vaticano como un Estado independiente y soberano y fue obligada pagar 750,000,000 de liras y a entregar bonos italianos al 5 por ciento al valor nominal de 1,000,000,000 de liras.

Como se reconoce hoy, el Estado Vaticano consiste en la Ciudad del Vaticano; ésta es el área de Roma reconocida por el tratado del Letrán como constituyente de la extensión territorial de la soberanía temporal de la Santa Sede. Incluye los palacios Vaticanos, sus jardines y anexos, la Basílica y la Plaza de San Pedro, y los edificios adyacentes. En total sólo cubre un área de menos de una milla cuadrada. Al estallido de la Segunda Guerra Mundial la población de la Ciudad Vaticana era aproximadamente de 600 personas. Todos ellos adultos masculinos en el servicio inmediato de la Iglesia católica o en su ministerio, siendo tal empleo el requisito ordinario para la residencia y ciudadanía.

El Papa tiene la plenitud del poder legislativo, ejecutivo, y judicial que, durante una vacante, pertenece al Colegio de Cardenales. Para el gobierno del Estado, el Papa nombra un Gobernador, un laico, y hay un concejo consultivo. El Gobernador es responsable por el orden la seguridad, la protección de la propiedad públicos, etc. Ley es el Canónico además de que hay . El Código de Ley es el Canónico, además de haber regulaciones especiales para la Ciudad y ciertas leyes del Estado italiano como pueda ser conveniente adoptar.

El Vaticano no tiene ningún ejército privado, sino un número pequeño de pintorescos guardias que son principalmente empleados en las ceremonias religiosos o diplomáticas. La famosa guardia suiza fue formada primero por el enrolamiento de 150 hombres del Cantón de Zurich en septiembre de 1505. En 1816 Pío VII creó la Gendarmería Pontifical o Carabinieri. Además de estos hombres allí existe la Guardia Noble, para la asistencia personal del Papa. El Cuerpo está compuesto enteramente por miembros de

los patricios y la nobleza de Roma.

El Vaticano tiene sus propias estampillas, monedas, radio, y ferrocarril, y en la maquinaria puramente técnica de Gobierno, la diminuta Ciudad Vaticana no es diferente a un Estado moderno en miniatura. Tiene su propio periódico, el Osservatore Romano que apareció por primera vez en 1860. En 1890 el Papa León XIII compró el diario y lo hizo el órgano oficial del Vaticano. Tiene un gran peso y expresa las posiciones oficiales del Vaticano sobre eventos mundiales políticos y sociales importantes.

Como cualquier otro Estado, el Vaticano debe tener dinero para el mantenimiento y los sueldos de sus empleados, nuncios, iglesias, seminarios, y las numerosas otras instituciones que son necesarias para la existencia de la Iglesia católica. Debe pagarse a los oficiales de la maquinaria administrativa del Estado Vaticano. Están también las misiones de la Iglesia católica que requieren una buena cantidad de dinero.

Antes de 1870 el ingreso principal del Vaticano provenía del Estado temporal. Pero desde entonces se han encontrado otros medios para llenar los cofres. Es casi imposible medir los gastos del Vaticano, ya que allí no hay ningún rastro de presupuestos, y los ingresos no se hacen públicos. Sin embargo, al comienzo de este siglo se estimó que el Vaticano necesitaba por lo menos £800,000 por año.

Hoy el ingreso Vaticano se deriva de dos fuentes principales, la ordinaria y la extraordinaria. Dentro de la ordinaria la más importante es el el Penique de Pedro, un impuesto voluntario introducido en países católicos desde 1870 para reemplazar el ingreso proporcionado por los Estados Papales tomados por los italianos.

Bastante curiosamente, el contribuyente más generoso a las finanzas de la Iglesia católica y el Vaticano son los protestantes Estados Unidos de América. La suma de dinero recolectada allí en tiempos modernos es la más grande extraída a través del Penique de Pedro en cualquier país. Es seguido por Canadá, las Repúblicas de América del Sur, y, en Europa, por España, Francia, y Bélgica. Desde la pérdida de los Estados Papales los Estados Unidos de América se han vuelto no sólo el contribuyente más generoso al Vaticano, sino también su banquero. En 1870 el Vaticano negoció un préstamo de 200,000 scudi con los Rothschild. En 1919 un delegado Papal fue enviado a los Estados Unidos de América con el propósito de asegurar un préstamo de 1,000,000 de dólares. En el mismo año la Peregrinación de los Caballeros de Colón dio al Vaticano un regalo de más de 250,000 dólares. En 1928, gracias al Cardenal Mundelein, al Vaticano se le prestó £300,000 en bonos amortizables al cinco por ciento en veinte años, respaldados por las propiedades de la Iglesia en Chicago.

El ingreso más regular se deriva de impuestos y aranceles para toda clase de funciones, como la de cancillería, oficinas de datos, matrimonios, títulos de nobleza, órdenes de caballería, etc.

En cuanto al ingreso extraordinario del Vaticano, es casi imposible evaluar su magnitud. Incluye los regalos y legados que a veces alcanzan millones. Siempre que hay una peregrinación, cada peregrino dona una cierta suma. De un peregrino americano, por ejemplo, se espera que dé un dólar por lo menos; un francés diez francos. Por supuesto, las peregrinaciones son muy frecuentes, y están a menudo compuestas de miles de personas.

Desde 1929 hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial el Vaticano recibió más de £750,000,000 del Gobierno fascista como compensación por la pérdida de los Estados Papales.

George Seldes, en su libro *The Vatican: Yesterday-Today-Tomorrow* [El Vaticano: Ayer Hoy y Mañana], estima que entre las dos guerras mundiales el ingreso del Vaticano era de más de 180,000,000 de liras por año. Desde entonces ha aumentado grandemente.

Pero la función principal del Vaticano es ser el centro diplomático y político oficialmente reconocido de la Iglesia católica; como un Estado soberano independiente envía sus propios representantes a los diversos Gobiernos del mundo, mientras las naciones grandes y pequeñas envían sus embajadores al Vaticano. Normalmente a los representantes del Vaticano acreditados ante esos Gobiernos con los que el Papa tiene relaciones diplomáticas se les llama Nuncios, Nuncios Papales, etc. Ellos tienen el rango de plenos embajadores, con todos los privilegios acompañantes y están en pie de igualdad con los embajadores de cualquier Poder laico.

Los principales propósitos de los representantes diplomáticos del Vaticano acreditados ante un Gobierno son aquéllos definidos por la Ley Canónica (267): -

(a) Cultivar buenas relaciones entre la Sede Apostólica y el Gobierno ante quien ellos están acreditados.

(b) Velar por los intereses de la Iglesia en los territorios asignados a ellos y dar la información al Pontífice romano acerca de las condiciones en estas áreas.

(c) Además de estos poderes ordinarios, ejercer tantos poderes extraordinarios como puedan delegarse a ellos.

El ideal a ser logrado es la conclusión de un tratado entre el Vaticano y el Gobierno involucrado; y aunque las negociaciones para tales tratados normalmente se llevan a cabo directamente, entre las partes involucradas, el rol de los representantes diplomáticos Papales es de suma importancia.

Tales tratados se llaman Concordatos. Un Concordato es un acuerdo por el que el Estado concede privilegios especiales a la Iglesia católica y reconoce su lugar y sus derechos dentro del Estado, mientras la Iglesia compromete su apoyo al Gobierno y, normalmente, la no interferencia en materias políticas. Semejante tratado llega a ser especialmente deseable cuando "materias que desde un punto de vista son civiles y desde otro son religiosas podrían crear fricción". Como León XIII dijera en tal caso, "un concordato. . . fortalece grandemente la autoridad del Estado", y el Papado siempre está listo a "ofrecer la Iglesia como una muy necesaria protección para los gobernantes de Europa."

Cuando no es posible concluir un Concordato, entonces los nuncios deben esforzarse por alcanzar un compromiso que, en lugar de un tratado formal, se vuelve un *modus vivendi*. Si aquello, también, es imposible, entonces el Vaticano puede enviar de vez en cuando a un Gobierno determinado representantes Papales especiales en ocasiones particulares. Normalmente el Vaticano encarga a un primado local el cuidado de los

intereses de la Iglesia.

Aunque la maquinaria exterior de la diplomacia Vaticana no difiere mucho de la de cualquier poder secular, fundamentalmente se comporta diferente debido a dos características principales -a saber, los objetivos y los medios a disposición de los representantes Papales.

El representante Papal debe esforzarse no sólo por favorecer los intereses diplomáticos y políticos del Vaticano, sino, sobre todo, los intereses espirituales de la Iglesia católica como una institución religiosa, y su misión por consiguiente asume un carácter dual. Debido a esto, el representante Papal tiene a su disposición, no sólo la maquinaria diplomática que cualquier representante diplomático ordinario de un Estado laico tendría, sino también la inmensa maquinaria religiosa de la Iglesia católica dentro del país en que él está acreditado, así como fuera de él. En otras palabras, el representante diplomático Papal tendrá a su disposición la jerarquía entera de un país dado, desde los cardenales, arzobispos, y obispos hasta el sacerdote del pueblo más humilde. Es más, las organizaciones católicas de carácter social, cultural, o político, encabezadas por los partidos católicos, obedecerían sus instrucciones. El resultado es que un nuncio puede ejercer una presión formidable sobre el Gobierno, presión de una naturaleza religiosa-política que está vedada a cualquier diplomático laico.

Debido a que cada sacerdote es de facto agente del Vaticano y puede reunir información fiable acerca de las condiciones locales de su parroquia, o, si él es un obispo, de su diócesis, o, si él es un primado, de su nación, el Vaticano donde todos estos datos son enviados, es uno de los mejores centros de información de carácter económico, social, y político en el mundo.

Cuando a esto se agrega la influencia que el Vaticano puede ejercer sobre los diversos partidos católicos y Gobiernos católicos, y sobre asambleas nacionales e internacionales, llega a ser evidente que el poder de este gran centro diplomático-político se siente a lo largo del mundo. Esto es reconocido por la mayoría las naciones incluyendo países no católicos, como el protestante Estados Unidos de América y Gran Bretaña, y países no Cristianos como Japón.

La importancia del Vaticano como un centro diplomático se refuerza en tiempos de guerra. Porque durante las hostilidades, cuando el contacto diplomático entre los países beligerantes está cortado, las naciones belicosas pueden obtener contacto entre sí a través del Vaticano. Los servicios prestados y el conocimiento recogido por ambos lados da un prestigio enorme al Vaticano ante los ojos de los poderes laicos. Por estas y otras razones, durante la Primera Guerra Mundial los países se apresuraron a enviar sus representantes al Vaticano: Alemania, Suiza, Grecia, la Gran Bretaña protestante, Francia, e incluso Rusia. Para el final de la guerra, treinta y cuatro naciones tenían representantes diplomáticos permanentes acreditados ante el Papa.

Durante la Segunda Guerra Mundial aquella cifra casi se duplicó, y grandes países como el no Cristiano Japón y el Protestante Estados Unidos de América buscaron medios por los que ellos podrían estar representados ante el Vaticano -los Estados Unidos de América recurriendo a la estratagema diplomática de enviar un "Embajador personal del Presidente"; el Imperio japonés acreditando a un enviado con el rango de pleno Embajador ante la Santa Sede. Desde el mismo principio de la Segunda Guerra Mundial

hasta su fin, en 1945, el Vaticano, con cincuenta y dos embajadores, ministros, y enviados personales enviados a él por casi todas las naciones del mundo, era un centro diplomático-político igual en importancia al de las grandes capitales donde los destinos de guerra y paz se concebían y discutían: Washington, Moscú, Berlín, Londres, Tokio,. Nosotros veremos después por qué el Vaticano, aunque no posea un solo avión de guerra, tanque, o buque de guerra, estaba en posición de tratar de igual a igual con los más grandes Poderes militares de la tierra antes, pero sobre todo a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. .

CAPÍTULO 3: EL PODER VATICANO



Cardenales en la Capilla Sixtina

Pero la maquinaria diplomática del Vaticano sería de poco valor si el Papa tuviera que depender sólo de ella. Lo que da su tremendo poder al Vaticano no es su diplomacia como tal, sino el hecho de que detrás de su diplomacia está la Iglesia, con todas sus múltiples actividades abarcando al mundo.

El Vaticano como centro diplomático no es sino un aspecto de la Iglesia católica. La diplomacia Vaticana es tan influyente y puede ejercer tan gran poder en el campo diplomático-político porque tiene a su disposición la tremenda maquinaria de una organización espiritual con ramificaciones en cada país del planeta. En otras palabras, el Vaticano, como un poder político, emplea la Iglesia católica como institución religiosa para ayudar al logro de sus metas. Estas metas a su vez buscan principalmente fomentar los intereses espirituales de la Iglesia católica.

El papel doble de los miembros de la Jerarquía católica automáticamente ejerce una influencia recíproca sobre esas innumerables organizaciones religiosas, culturales, sociales, y finalmente políticas, conectadas con la Iglesia católica que, aunque ligadas principalmente a la Iglesia en el terreno religioso, pueden en un momento dado servir directa o indirectamente para fines políticos. Debido a la gran importancia de la maquinaria religiosa de la Iglesia católica para la estructura política, es esencial que examinemos su forma jerárquica-administrativa-religiosa, cómo se la hace funcionar, quiénes son sus gobernantes, qué diversas organizaciones comprende, en qué campos

ellos ejercen su influencia, y finalmente, pero no menos importante, con qué espíritu se imbuje y cómo trata con los importantes problemas que afectan a nuestra sociedad contemporánea.

La Iglesia católica es una tremenda organización con ramificaciones mundiales, y entonces necesita alguna forma de maquinaria central, independiente de su naturaleza o propósito inmediato y final, para permitirle centralizar y coordinar sus múltiples actividades. Esta maquinaria central se aloja casi completamente en los recintos del Vaticano, y sus diversos componentes conforman el Gobierno de la Iglesia católica.

El ejecutivo de la Iglesia católica está, aproximadamente hablando, dividido en tres: la Secretaría de Estado, el Colegio de Cardenales, y las Congregaciones. Pero todos están incondicionalmente subordinados, y dependen de la voluntad absoluta del eje sobre el que gira la Iglesia católica entera, tanto como institución religiosa o como un poder político -el Papa. Él es la Cabeza absoluta en materias religiosas, morales, éticas, administrativas, diplomáticas, y políticas; él es la única fuente de poder; sus decisiones deben ejecutarse, porque en la Iglesia católica y el Vaticano su voluntad es ley; él es el último monarca absoluto en el mundo, el poder de ningún dictador político es comparable al poder ilimitado del Papa en todas las materias. Él no necesita rendir cuentas a ningún ser humano por sus acciones, siendo Dios su único juez.

Segundo al Papa es el Secretario de Estado que tiene jurisdicción en la administración de la Iglesia católica. El Secretario de Estado del Vaticano correspondería en el Gobierno civil moderno a una combinación de Primer Ministro y Canciller. Su departamento es el más importante y poderoso en toda la administración Vaticana, y todas las otras secciones, aun cuando completamente religiosas, deben someterse a las decisiones del Secretario de Estado. Él puede ejercer una influencia personal no poseída por ningún otro miembro de la Iglesia. Él no es responsable ante nadie en la Curia sino sólo ante el Papa.

El Secretario de Estado es la Cabeza política del Vaticano. Es a través de él que el Papa lleva a cabo sus actividades políticas en todo el mundo. Debido a su importante rol es él quien está en el contacto más íntimo con el Papa a quien ve todas las mañanas por lo menos y muy a menudo varias veces por día, para discutir y decidir sobre todas las cuestiones conectadas con las actividades del Vaticano como poder político.

Todas las semanas el Cardenal Secretario de Estado recibe a todos los representantes acreditados ante la Santa Sede y entrevista a todos los que vienen al Vaticano para dar información. Él es responsable por cada carta mandada, por la designación de cada nuncio. Se designan funcionarios de la Curia por su recomendación. El Papa es muy dependiente de su Secretario de Estado, y nadie está tan estrechamente identificado con su poder absoluto.

En el Gobierno diplomático y administrativo del Vaticano el Secretario de Estado tiene tres departamentos principales.

El primero es la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios por el cual se deciden todas las materias políticas y diplomáticas importantes. Es un comité de Cardenales, y su estatus puede compararse con aquel de un gabinete en un Gobierno moderno.

El segundo es el Secretario de Asuntos Ordinarios, o "Il Sostituto", tal como a veces se lo llama. Él trata, como un Subsecretario de Estado, con materias que se relacionan a los cuerpos diplomáticos acreditados ante el Vaticano, eventos políticos actuales, el envío de agentes Vaticanos. Como muchas otras naciones, el Vaticano tiene un departamento de código, y una sección especial de este segundo departamento se ocupa de la preparación y el examen de expedientes, el examen de pedidos de condecoraciones, medallas, títulos, etc. Al estallido de la Segunda Guerra Mundial este trabajo requería la dedicación completa de no menos de seis editores, diez taquígrafos, y siete archivistas.

El tercero es la Cancillería de Breves, la vieja Secretaría de Breves que fue absorbida dentro del Departamento de Estado en 1908, la Secretaría de Breves a Príncipes, y la Secretaría de Cartas latinas. Un Breve normalmente se usa para otorgar un honor o para anunciar un impuesto especial. "Los Breves a Príncipes" son hoy Breves a reyes, presidentes, primeros ministros, e incluso obispos y personas de menor importancia. Cuando no trata con cuestiones religiosas, sino diplomáticas o políticas, un Breve no es sino una hoja de papel llevada por el nuncio o por un enviado. Lleva la firma del Papa. La tarea de la Secretaría de Cartas latinas es corregir las misivas del Papa -es decir las encíclicas.

El oficio de Secretario de Estado data del Renacimiento. En un documento esclarecedor, escrito en 1602 por el Papa Sixtus V, son enumeradas las cualidades necesarias para un Secretario de Estado:

El primer ministro del Vaticano debe saber todo. Debe haber leído todo, entendido todo, pero no debe decir nada. Él incluso debe conocer las piezas representadas en el teatro, debido a la información que ellas contienen de tierras distantes. [sic]

El origen de la Secretaría ha de remontarse hasta la "Camera secreta" de los Papas de la edad media quienes ya a menudo tenían relaciones diplomáticas sumamente delicadas con los diversos Poderes. Su correspondencia especial era escrita así como despachada por notarios equivalentes a los miembros de un Gabinete en un Gobierno europeo moderno. A tal correspondencia no se le daba la publicidad de "Leyes", sino que sólo era conocida para la "Camera secreta."

En el decimoquinto siglo esta "Camera secreta" se volvió un instrumento indispensable del Papa. Los Breves llegaron a ser un modelo de diplomacia. Un nuevo funcionario, el "Secretarius Domesticus", era responsable por ellos.

León X dividió el trabajo entre el "Secretarius Domesticus", cuya tarea se volvió el marco de las comunicaciones oficiales, e "il Segretario del Papa", el secretario privado del Papa, cuyo trabajo era esencialmente político y que estaba encargado de las instrucciones para los agentes políticos del Papa de toda Europa: los nuncios. Originalmente, este secretario tenía poca influencia, pero con el paso de los años se volvió todopoderoso. Según la Constitución de Pío IX, en 1847, antes de la desaparición del Estado Papal, el Secretario era un "verdadero primer ministro". Con la creación del Nuevo Estado Vaticano la importancia del papel del Secretario de Estado aumentó enormemente, y, como ya se dijo, su influencia en toda la Curia, y de hecho en todo el mundo católico, solamente llegó a ser segunda a la del Papa.

El Sagrado Colegio de Cardenales sigue en importancia luego del Secretario de Estado en la esfera diplomático-política, pero lo antecede en el campo puramente religioso. Eso no significa, por supuesto, que los cardenales, los pilares principales de la Iglesia católica como institución religiosa, sean insignificantes en la dirección de materias diplomáticas y políticas. Lejos de eso -ellos son instrumentos responsables de primera magnitud en la conformación y ejecución de la política general del Vaticano.

La función primaria de los miembros del Sagrado Colegio Cardenalicio es actuar como una especie de Concilio Privado del Papa. El cardenalato desciende directamente de la organización eclesiástica de la antigua Roma; la Santa Sede dio el título de cardenales a los canónigos de sus iglesias (la palabra se deriva de *cardo* y significa pivote o bisagra). Hasta este día los cardenales son, de hecho, lo que su nombre implica.

Durante la Edad Media, las nominaciones Papales estaban sujetas a la aprobación del Sagrado Colegio. Pero este procedimiento trajo seria turbación a la Iglesia, y en 1517 Julio II lo abolió. Desde esa fecha todas las promociones, nominaciones, etc. dependen de la voluntad absoluta del Papa.

Los cardenales tienen su Iglesia titular en Roma. Ellos son "Príncipes de la Iglesia" y, hasta hoy, todavía tratan a los pocos reyes que permanecen en un pie de igualdad, como sus "estimados primos". Incluso repúblicas como la francesa reservan para los cardenales un lugar sobre el de los embajadores, y en la etiqueta internacional ellos retienen todavía su posición de príncipes de la sangre.

Los cardenales han jugado papeles políticos muy importantes en el pasado, y continúan haciéndolo así. En tiempos modernos ellos han producido reacciones significativas de varias naciones católicas y no-católicas que consideran con gran interés su "representación" en el Sagrado Colegio y han conocido el poder y la influenciado que los cardenales ejercen en la actitud de la Iglesia hacia problemas religiosos, diplomáticos, y políticos en todos los países del mundo.

Los miembros del Sagrado Colegio de Cardenales no pueden exceder los setenta. Ellos están divididos en dos grupos: aquellos cardenales que dirigen los asuntos católicos en sus áreas metropolitanas locales, y aquéllos que se establecen en Roma y cuya tarea es la de aconsejar al Papa. Como ya hemos visto, el más importante cardenal es el Secretario de Estado.

Para el estallido de la Segunda Guerra Mundial había dos dificultades principales que una nación tenía que superar antes de que uno de sus nacionales pudiera recibir la "gorra roja". Una era la tradición de que el número de cardenales no debe exceder 70; la otra era la tradición de que la mayoría debe ser italiana. La segunda costumbre, sin embargo, está desechándose gradualmente. En 1846, por ejemplo, había sólo 8 cardenales no italianos, pero Pío IX, en su reinado de 32 años, creó 183 cardenales de los cuales 51 eran extranjeros, y en 1878 había 25 cardenales no italianos vivos. En 1903 el número permaneció inalterado, con 1 americano y 29 italianos. En 1914 había 32 italianos y 25 extranjeros, 3 de los cuales eran americanos. En 1915 había 29 italianos y 31 extranjeros. En enero de 1930 estaban distribuidos así:

Austria.....2	Hungría.....1
---------------	---------------

Bélgica.....1	Irlanda.....1
Brasil.....1	Italia.....29
Canadá.....1	Portugal.....1
Inglaterra.....1	España.....5
Francia.....7	E.U.A.....4
Alemania.....4	Polonia.....2
Holanda.....1	Checoslovaquia.....1

En 1939 había 32 cardenales italianos y 32 cardenales extranjeros de los cuales cuatro vinieron de los Estados Unidos de América.

Con el advenimiento de la paz (1945) el Papa Pío XII continuó el curso que sus predecesores habían emprendido, y en febrero de 1946 dio el paso inaudito de crear 32 nuevos cardenales en una sola ceremonia, la nominación más grande de este tipo que Roma ha visto durante más de trescientos años. De éstos, bastante significativamente, sólo 4 eran italianos. Del resto, 3 eran alemanes, 3 franceses, 3 españoles, 1 armenio, 1 inglés, 1 cubano, 1 húngaro, 1 holandés, 1 polaco, 1 chino, 1 australiano, 1 canadiense, 4 norteamericanos, y los 6 restantes latinoamericanos. Era la primera vez que la Iglesia había investido a un chino con las túnicas de un cardenal (Obispo Tien, Vicario Apostólico de Tsing Tao), y la primera vez que había conferido semejante honor a un australiano (Arzobispo Gilroy, de Sydney). Pero además de la ruptura de la regla no escrita (un número preponderante de italianos), y de llevar a la Curia al primer australiano y al primer chino, Pío XII hizo otro movimiento ominoso: la creación de varios cardenales cuyo propósito principal era obviamente fortalecer la influencia de la Iglesia en los países anglosajones (4 en los Estados Unidos de América, 1 en Gran Bretaña, 1 en Canadá, y 1 en Australia), mientras la designación de 4 cardenales en los Estados Unidos de América y 6 en América del Sur mostró inequívocamente que la Iglesia estaba más decidida que nunca a extender su poder sobre el continente americano.

Además de actuar como los electores de los nuevos Papas, y como Consejeros en la Santa Sede, los cardenales son en la teoría y en la práctica los gobernantes absolutos de las Iglesias a su cargo en los diversos países del mundo, teniendo solamente una autoridad por encima de ellos a quien ellos deben obedecer ciegamente en fomentar el bienestar de la Iglesia católica universal -el Papa. Ellos le deben obediencia ciega, no sólo en lo religioso, sino, cuando es necesario, en materias sociales y políticas también, y aunque en teoría ellos pueden seguir una línea cuasi-independiente en problemas políticos, en realidad ellos deben obedecer al Papa a través de su Secretario de Estado, quien es a su vez un cardenal.

Y así los cardenales, además de formar los fundamentos en los que la Jerarquía católica se erige, también son los pilares de la Iglesia católica como una institución política. Ya sea establecidos en los diversos países del mundo (como una regla como primados) o sea como residentes en el Vaticano, donde ellos normalmente son cabezas o miembros de los diversos Ministerios, ellos son los pilares religiosos, administrativos, y políticos de la Iglesia católica.

Las actividades de la Iglesia católica son muchas e invaden numerosas esferas. Ha sido necesario, por consiguiente, como con cualquier otra gran administración, separarlas en departamentos individuales aunque coordinados, a los cuales el Vaticano llama Congregaciones. Por ello, la palabra "Congregación", en este sentido, no debe confundirse con su significado ordinario de los miembros de una iglesia. En este caso las Congregaciones son el equivalente de los Ministerios de un Gobierno civil ordinario.

Las Congregaciones romanas comenzaron a existir aproximadamente en el siglo dieciséis, después de la Reforma, cuando la Iglesia católica, para resistir a sus enemigos, tuvo que reorganizarse en líneas más modernas. Desde entonces, las Congregaciones romanas han trabajado para el Papa en todas sus actividades delicadas. Ellas son el poder central y administrativo de la Iglesia católica, y en ciertos respectos no difieren mucho de la maquinaria de un Estado moderno, con sus diversas ramas administrativas de gobierno. De la misma manera como cualquier Ministerio en un Gobierno civil está encabezado por un Ministro, cada Congregación romana tiene a su cabeza un prefecto. Este prefecto es un cardenal fijado por el Papa, o en algunos casos el Papa mismo actúa como prefecto. Además del Cardenal Prefecto, el Papa fija a menudo otros cardenales para dirigir a los funcionarios y empleados que normalmente son eclesiásticos pero en algunos casos laicos de distinción.

Sería útil examinar brevemente la historia y propósito de los Departamentos Ministeriales de la Iglesia católica, porque cada uno tiene una tarea fija para realizar y trata con materias específicas que, muy a menudo, afectan a millones de católicos del mundo. Frecuentemente es a través del trabajo de estos Ministerios que la Iglesia católica ejerce influencia y presión sobre sus miembros. La mayoría de las Congregaciones es de un carácter esencialmente religioso, pero por esa misma razón ellas son factores poderosos que la Iglesia católica no duda en emplear para presionar religiosa y moralmente sobre el católico individual y sobre porciones colectivas de las poblaciones católicas del mundo.

El Gobierno Central de la Iglesia católica está dividido en tres grupos principales, cada uno estrechamente relacionado a los otros, y bajo una dirección. Ellos son: las Sagradas Congregaciones, los Tribunales, y los Oficios. Nosotros daremos una mirada a cada uno, contentándonos con apenas mencionar algunos, pero estudiando en más detalle aquéllos que se relacionan estrechamente a ese aspecto de la Iglesia católica que está siendo estudiado en este libro. Empezaremos con el menos importante.

LAS CONGREGACIONES

1. *La Congregación para los Asuntos de los Religiosos.* Esta congregación, fundada en 1586, cuidaba las Órdenes Religiosas (no debe ser confundida con el cuerpo que trata con la estructura de San Pedro).

2. *La Congregación Ceremonial.* Trata con la etiqueta de la Corte Pontifical. El prefecto es el Decano del Sagrado Colegio.

3. *La Congregación de los Sagrados Ritos.* Creada por Sixto V. Está a cargo de las beatificaciones y las canonizaciones.

4. *La Congregación de la Disciplina de los Sacramentos*. Data de 1908. Trata de asuntos conectados con la disciplina sacramental, con particular consideración al matrimonio. Las Regulaciones de esta Congregación tratan con la anulación de matrimonios y materias similares que afectan a los laicos católicos.

5. *La Congregación de Seminarios, Universidades, y Estudios*. Fue creada en 1588 como la Sagrada Congregación de Estudios, y recibió su título actual en 1915. Su tarea original era dirigir la enseñanza en los Estados Papales; luego su supervisión se extendió a las universidades católicas incluyendo aquéllas en Austria, Francia, Italia, etc. En su actual estado, controla todas las instituciones de instrucción superiores cuyas Cabezas son católicas.

6. *La Congregación de la Iglesia Oriental*. Las diversas Iglesias en el Cercano y Lejano Oriente involucran mucho trabajo; entonces fue creado este departamento en 1917. Hasta entonces era parte de la Propaganda Fide. Es encabezada por el Papa mismo. Ciertas Iglesias en el Oriente Cercano siguen un ritual diferente pero asociado al ritual de la Iglesia católica romana. Éstas son las Iglesias griega, rusa, rumana, y armenia. Puede ser de interés notar, por ejemplo, que mientras la Iglesia Greco-rumana tiene más de 1,000,000 miembros, las iglesias griegas-rutenas maronitas cuyos ritos y oraciones son una mezcla de sirio y árabe. Los Melquitas griegos cuyos ritos son en árabe y ceremonias en griego, cuentan con más de 100,000. Más de 100,000 armenios se encuentran esparcidos entre Hungría y Persia, mientras que en Persia, Kurdistán, e Irak (Mesopotamia) hay 40,000 Sirio-Caldeos. En Egipto hay más de 10,000 seguidores de los ritos cópticos, y en Abisinia los etíopes suman aproximadamente 30,000. Hay incluso en el Indostán aproximadamente 200,000 católicos que siguen los ritos sirios de Malabar. Además están los puramente sirios, los puramente griegos, y los greco-búlgaros, etc.

7. *La Congregación del Concilio*. Compuesta originalmente por ocho cardenales, encomendados para la dirección del Concilio de Trento. Hoy el Concilio ya no existe, pero la Congregación trata principalmente de la disciplina del clero en todo el mundo y de la revisión de Concilios. Puede compararse a un gran Ministerio del Interior.

8. *La Congregación Consistorial*. Esta Congregación tiene muchas afinidades con el Santo Oficio en su versión moderna. Tiene la misma Cabeza, a saber el Papa, y el mismo deber de completo secreto para los cardenales y otros empleados en ella. Fundada en 1588 y reorganizada al principio de este siglo [siglo XX para el autor]. Además de preparar los consistorios, su tarea principal es la nominación de obispos en todo el mundo, y la creación y mantenimiento de diócesis (provincias o condados de la Iglesia católica). es una especie de Departamento de Personal. Del mismo emanan todas las medidas disciplinarias que la Iglesia católica juzga necesarias para controlar su clero en todos los países. Por ejemplo, el castigo de sacerdotes por transgredir sus deberes o por asociarse con instituciones o personas hostiles a la Iglesia católica, o con partidos políticos a los que la Iglesia católica desapruueba. Cuando tratemos de la política del Vaticano en varios países nos encontraremos con muchos tales ejemplos. En esta fase bástenos con citar el caso de la prohibición Vaticana (non expedire) emitida en 1929 contra todos los sacerdotes americanos que quisieran unirse o se habían unido al Rotary Club, siendo la razón la de que el Club estaba bajo la influencia predominante de Masones y políticos. Esta Congregación podría asemejarse a un "Scotland Yard"

Eclesiástico.

9. *La Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios*. Como ya hemos tenido ocasión de ver, al tratar con la Secretaría de Estado, esta Congregación es una de las más importantes en el Vaticano. Ciertamente es la más importante en el Vaticano como un centro político. Es la sección por la cual la política del Vaticano es concebida, examinada, y ejecutada, y fue creada por Pío IV, en 1793, con el propósito primario de regular los asuntos eclesiásticos en Francia. Después, en 1814, Pío VII asignó a ella el derecho de examinar y juzgar todos los asuntos sometidos ante la Santa Sede. Esta Congregación trata todos los problemas del Vaticano de una naturaleza eclesiástica y, sobre todo, política. Examina las relaciones diplomáticas del Vaticano con otros Estados, partidos políticos, etc., y negocia esos muy importantes tratados políticos y religiosos característicos de la diplomacia Vaticana -los Concordatos. Su prefecto es el Cardenal Secretario de Estado.

10. *La Congregación del Santo Oficio* (antiguamente más popularmente conocida como la Inquisición)

La Inquisición es un tribunal eclesiástico encargado del "descubrimiento, castigo, y prevención de la herejía". Se instituyó primero en el sur de Francia por el Papa Gregorio IX, en 1229, y estaba basado en el principio de que "la verdad tiene derechos cuyas demandas deben ser mantenidas y promovidas en las acciones de la justicia secular no menos que de la eclesiástica. El error no tiene ningún derecho y debe ser abandonado o desarraigado" (*Enciclopedia Católica*).

La Inquisición se creó originalmente con el propósito de obrar la aniquilación completa de los Albigenses, y fue el principio de una serie de similares matanzas de herejes a lo largo de la Edad Media. Fue temida justificadamente en toda la Cristiandad por su ferocidad contra todos los sospechados de herejía -a saber, todos los que dudaban de los dogmas de la Iglesia católica, aquéllos que se atrevían a cuestionar su autoridad o verdad, o aquéllos que se atrevían a rebelarse contra la autoridad del Papa.

La institución alcanzó la perfección con la Inquisición española establecida por el Rey Fernando y la Reina Isabel en 1478, con la autoridad de Papa Sixto IV. Su objeto era proceder contra los convertidos del Judaísmo (Marranos) que volvían al judaísmo, judíos encubiertos, y otros apóstatas. Se extendió a los moros cristianos (Moriscos) que estaban en peligro de apostasía. Se estableció en la América española, y desde aproximadamente 1550 hasta el siglo diecisiete mantuvo a España libre del Protestantismo.

La Sagrada Congregación del Santo Oficio se erigió en 1542 como una continuación y sustitución de la Inquisición Romana Universal, y desde 1917 ha tomado el trabajo de la suprimida Congregación del Índice. Su ocupación es la protección de la fe y la moral, el juzgamiento de la herejía, la enseñanza dogmática (ej. contra indulgencias o para enfatizar los impedimentos al matrimonio de católicos y no-católicos), el examen y prohibición de libros peligrosos para la fe o de otro modo perniciosos. El prefecto de esta Congregación es el Papa mismo, quien preside personalmente cuando se anuncian decisiones de importancia.

La Sagrada Congregación Suprema del Santo Oficio, según el canonista, era la

autoridad más alta en la Curia romana, y tenía el privilegio único de hacer decisiones doctrinales en materias relacionadas al dogma y la moral. Muy a menudo el Papa asumió la responsabilidad judicial por sus decisiones, imponiendo su propia autoridad en las acciones de la Congregación.

¿Ha desechado la Iglesia católica la teoría y práctica del Santo Oficio? Nosotros deseáramos poder contestar afirmativamente, pero ése no es el caso. Ella todavía sostiene la teoría de que "la verdad tiene derechos cuyas demandas deben ser mantenidas y promovidas en las acciones de la justicia secular no menos que de la eclesiástica", y por verdad la Iglesia católica quiere decir su propia verdad, porque "fuera de la Iglesia católica no hay y no puede haber ninguna verdad."

En teoría la Iglesia católica mantiene el mismo espíritu del Santo Oficio de tiempos anteriores. En la práctica no puede hacer lo que acostumbraba, no tanto porque haya cambiado, sino porque el mundo y la sociedad han cambiado y no le permitirán actuar como en el pasado.

Que la Iglesia católica no ha desechado sus demandas como estaban corporizadas en el Santo Oficio está demostrado por el hecho de que incluso en este nuestro siglo veinte todavía intenta hacer sentir sus demandas dondequiera que puede. Por supuesto, eso sólo es posible donde el Estado moderno se ha sometido completamente a la Iglesia católica. Pero es allí cuando la Iglesia católica queda al descubierto con el espíritu de la Inquisición, aun cuando en una forma suavizada. Ese espíritu, de hecho, se ha mostrado en los dos Estados Católicos modelos: El Portugal de Salazar y, sobre todo, la España de Franco, donde las personas eran enviadas a la cárcel por el delito de negarse a asistir a Misa los domingos, y donde el Protestantismo fue perseguido sistemáticamente, en muchos casos pastores protestantes fueron enviados a la prisión e incluso fusilados (ver el diario católico, El Universo, de enero de 1945).

Otro ejemplo típico del espíritu que todavía inspira al Santo Oficio ocurrió después de la Primera Guerra Mundial, cuando publicó (en 1920) una carta dirigida a todos los obispos italianos requiriéndoles "vigilar una organización que... insufla indiferencia y apostasía hacia la Religión católica."

Esto referido a la Asociación Cristiana de Jóvenes que, durante y después de la guerra, había intentado ayudar la moral del pueblo italiano por medio de numerosas actividades filantrópicas a lo largo del país. El Vaticano, buscando muchas ocasiones de desalentarla, declaró que la organización no era sino un centro para el protestantismo italiano y americano, y una amenaza al Catolicismo, aunque en realidad todo lo que la Y.M.C.A. [Young Men's Christian Association] hacía era vender cigarros y chocolate y organizar funciones teatrales, conferencias, etc. para los soldados.

Muchas personas, sobre todo en Norteamérica, no podían creer que el Vaticano estuviera contra esta organización hasta que, en febrero de 1921, el Secretario de Estado (quien también era la cabeza del Santo Oficio) hizo pública una carta prohibiendo a cualquier católico estar en contacto con la Y.M.C.A. La carta empezaba: "Los más Eminentes y Reverendos Cardenales, que son, al igual que el escritor cuyo nombre es adjuntado, inquisidores generales en materias de fe y moral, desean que los Ordinarios [los Obispos] presten atención vigilante a la manera en la que ciertas nuevas asociaciones no católicas, con la ayuda de sus miembros de toda nacionalidad, han

estado acostumbradas ahora y desde hace algún tiempo a poner trampas al fiel, sobre todo a la gente joven.

"Ellos proporcionan toda clase de abundantes medios, pero en realidad corrompen la integridad de la Fe católica y arrebatan los hijos de su Madre, la Iglesia.

"Con la pretensión de traer luz a la gente joven, ellos los alejan de la enseñanza de la Iglesia establecida por Dios, y los incitan a buscar la separación de su propia conciencia y a buscar dentro del estrecho círculo de la razón humana la luz que debe guiarlos...

"Entre estas sociedades... bastará con mencionar a la que dispone de los medios más considerables: nos referimos a la sociedad llamada la Asociación Cristiana de Jóvenes.

"Todos ustedes que han recibido del Cielo el mandato especial de gobernar la grey del Maestro son implorados por esta Congregación para emplear todo su celo en preservar a su gente joven del contagio de cada sociedad de este tipo...

"Pongan en guardia al imprudente y fortalezcan las almas de aquéllos cuya Fe está vacilando ...La Sagrada Congregación requiere que en cada región un acto oficial de la Jerarquía declare prohibidos todos los órganos diarios, periódicos, y otras publicaciones de estas sociedades cuyo carácter pernicioso es manifiesto, con vista a sembrar en las almas de los católicos los errores del racionalismo y el indiferentismo religioso..." (5 de noviembre de 1920, Cardenal R. Merry Del Val, Secretario).

Esta prohibición todavía estaba en vigor para todos los buenos católicos durante la Segunda Guerra Mundial, y el Vaticano ha hecho lo mejor para desalentar a los soldados católicos y civiles de tener algo que ver con esa sociedad en particular o cualquier otra de su tipo. Tal acción típica de esta Congregación, en el siglo veinte, no necesita ningún comentario. Sólo demuestra la exactitud de nuestra aseveración de que la Iglesia católica no ha cambiado el espíritu que le hizo establecer la Inquisición en la Edad Media, y que solamente nuestros tiempos le impiden usar medidas más drásticas para imponer su voluntad en la sociedad moderna.

El Santo Oficio no tiene ya mucho alcance para ejercer su espíritu en el mundo moderno y recientemente se amalgamó con la Congregación del Índice de la cual trataremos en breve.

LOS TRIBUNALES

1. La Sagrada Rota Romana

La Rota Romana es el tribunal en el que son atendidos por la Curia romana todos los casos que se relacionan a la Jerarquía católica y que requieren un procedimiento judicial con juicio, tanto en lo civil como en lo criminal. La Rota Romana también es conocida por millones como el Tribunal de la Iglesia católica que de vez en cuando anula matrimonios. Ella ha tratado con nombres históricos famosos, y sus decisiones han tenido consecuencias de largo alcance, religiosas, sociales, y políticas. Baste mencionar nombres como Enrique VIII, los Borgias, y Napoleón.

El procedimiento que debe ser seguido por un católico que busca anular su matrimonio es como sigue: El caso es oído en la corte diocesana. Un oficial, el "defensor vinculi" sostiene la validez del matrimonio. El obispo puede declarar la nulidad, según la Ley Canónica, si hay prueba de que una de las partes del matrimonio no se bautizó, o si estaba en órdenes sagradas, o si estaba obligada por los votos de castidad, o si tenía otro marido (o esposa) vivo (o viva), o si la pareja estaba emparentada tan cercanamente que ese matrimonio estaba prohibido. Si el "defensor", o las partes que buscan la anulación de su matrimonio, no están satisfechos, pueden apelar a la Rota Romana.

Los casos llevados ante la Rota, sin embargo, son muy pocos, y aquéllos que tienen éxito todavía menos. Durante la década 1920-30 de los 350,000,000 católicos se llevaron a la Rota sólo 442 casos de los que 95 eran apelaciones contra previos intentos no exitosos. En 1945, de 80 pedidos de decretos de nulidad de matrimonio considerados, se concedieron 35.

2. La Signatura Apostólica

Ésta es la Corte Suprema de la Iglesia católica. El Tribunal data del decimoquinto siglo y deriva su nombre del hecho de que los preladados encargados de examinar toda clase de peticiones tenían que someter sus respuestas a la firma Pontifical. Después de la abolición del Poder temporal de la Iglesia católica ésta fue cerrada. Pero Pío X la reinstaló, y, en su forma moderna, su tarea especial es tratar con asuntos matrimoniales. Esta Corte Suprema está compuesta de seis cardenales

3. La Penitenciaría Sagrada (y la concesión de Indulgencias)

La necesidad por crear una autoridad que tratara con las demandas que presionaban cada vez más y más y que venían de todas partes del mundo para la absolución de ciertos crímenes, hizo que la Sagrada Penitenciaría fuera formada. Data de 1130, cuando el Papa Inocencio II se reservó para sí mismo "la absolución de los crímenes de persecución contra el clero, dondequiera que ellos se hayan cometido". Hoy este Tribunal está encabezado por un cardenal que tiene un cargo vitalicio, y una de cuyas tareas es la de dar la absolución del Papa en su lecho de muerte.

Uno de las más curiosas funciones del tribunal es tratar con confesiones y la concesión de indulgencias.

Se practica en tres iglesias -a saber San Pedro, San Juan de Letrán, y Santa Maria Maggiore. Cada uno de estas tres iglesias tiene un confesionario, provisto de una vara muy larga.

"Los sacerdotes que ocupan estos confesionarios son parte del Tribunal de la Penitenciaría. Ellos son, de hecho, llamados propiamente los "penitenciarios", quienes visitan las tres basílicas y quienes, al encontrar al peregrino arrodillado en un estado de gracia, extienden la larga vara del confesionario y como una señal de clemencia, tocan la cabeza del arrodillado, lo levantan, y le conceden una indulgencia" (ver *The Vatican, Seldes*).

¿Qué es una indulgencia? "La remisión ante Dios del castigo merecido por los pecados

cuya culpa ha sido perdonada en el sacramento de Penitencia o debido a un acto de perfecta contrición, concedida por la autoridad eclesiástica competente, por la Tesorería de la Iglesia católica, por la vía de la absolución al viviente, por la vía del sufragio al muerto" (*Enciclopedia Católica*).

Las indulgencias son plenarias o parciales. La indulgencia parcial remite una parte del castigo merecido por el pecado, en algún momento dado; la proporción se expresa en términos de tiempo (por ejemplo treinta días, siete años, etc.) Las Indulgencias adjuntas a las oraciones se pierden por cualquier adición, omisión, o alteración. Es completamente esencial para ganar una indulgencia, aunque sea pequeña, que el pecador esté en un estado de gracia.

Es fácil de imaginar la influencia que la Iglesia católica puede así ejercer sobre el católico individual por este sistema de conceder una especie de póliza de seguro espiritual para la próxima vida. Nosotros, aquí, no tenemos el derecho de discutir el sistema de indulgencias desde un punto de vista religioso o teológico, pero llamamos la atención sobre su existencia para mostrar qué arma tan poderosa ellas son para permitir a la Iglesia católica ejercer autoridad sobre sus miembros. Esta presión espiritual es aun más fuerte cuando uno considera que, además de las diversas indulgencias adquiridas meramente a través de la oración y otros actos de devoción, la Jerarquía de la Iglesia católica puede conceder también indulgencias según su juicio. Así los obispos, los cardenales, y el Papa pueden concederselas al Fiel.

Por supuesto, el Papa es el dador Supremo. Al Papa solo, "por Autoridad divina, le está encargada la dispensación de la tesorería entera de la Iglesia católica". Las autoridades inferiores en la Iglesia católica pueden conceder sólo las indulgencias especificadas en la Ley Canónica; los cardenales pueden conceder 200 días, los arzobispos 100 días, los obispos 50 días. Nadie puede aplicar indulgencias a otras personas vivientes, sino que todas las indulgencias Papales pueden aplicarse a las almas en el Purgatorio, a menos que se afirme otra cosa.

Las indulgencias apostólicas pueden ser plenarias o parciales cuando son bendecidas personalmente por el Papa o por sus delegados. La indulgencia sólo puede ser ganada por la primera persona a quien el objeto bendecido se da, y depende de recitar ciertas oraciones.

A través de este instrumento espiritual, la Iglesia católica como tal, no sólo gana gran autoridad sobre el fiel, sino que es capaz, por pretender aliviar el castigo en el próximo mundo, de ejercer gran presión sobre las pautas religiosas y morales de sus miembros, mientras que al mismo tiempo se refuerza la autoridad espiritual del Papa.

CAPÍTULO 4:

EL TOTALITARISMO ESPIRITUAL DEL VATICANO



El escudo papal con la corona y las dos llaves, símbolos de su pretendido poder espiritual y temporal

Al tratar con la Congregación del Santo Oficio dijimos que la Iglesia católica no ha cambiado en espíritu su pretensión de "mantener solamente la verdad", lo cual creó la Inquisición. Los Tiempos han cambiado, y con ellos los métodos de la Iglesia católica. Pero el espíritu con el que está hoy impregnada ha permanecido inalterado a lo largo de los siglos, y aunque se ha vuelto impotente por la sociedad moderna, todavía es lo que era en el pasado. El Índice que todavía funciona en nuestra edad presente es la mejor prueba de ello.

La tarea de *Propaganda Fide* es extender la fe católica desde el punto de vista de que, como la religión católica es *la única verdadera religión*, todas las otras religiones están equivocadas y deben desaparecer. Que la porción mayor de la humanidad consistente de protestantes, musulmanes, budistas, hindúes, judíos, y paganos, no pueden salvarse excepto abrazando el Catolicismo. Por ello resulta que el campo de la *Propaganda Fide* es literalmente el mundo entero, siendo su papel convertir toda la humanidad al Catolicismo.

El estado totalitario razona exactamente de la misma manera. La Italia fascista, la Alemania Nazi, y la Rusia soviética, todos ellos establecen un Ministerio de Propaganda omnímodo cuya tarea en el campo político, y tratando con materias nacionales, raciales, o meramente ideológicas, precisamente era la apuntada en el campo religioso por la Iglesia católica.

Tanto la Iglesia católica como los Estados totalitarios asumieron el derecho a prevenir, según su juicio, la aceptación de ideas por parte de su pueblo. Ellos también asumieron el derecho de convertir por la fuerza a tantas personas como sea posible a su propia religión o ideología.

El parecido íntimo entre las dictaduras del siglo veinte y la Iglesia católica no es una mera coincidencia. Ambas están animadas por el mismo espíritu, movidas por los mismos objetivos, y cada una en su propia esfera aspira a las mismas metas. Por consiguiente, era natural, aunque sólo a veces, que el Totalitarismo espiritual del Fascismo y del Nazismo debido a su propia naturaleza y objetivos, estuvieran destinados a chocar.

A través del Índice y la *Propaganda Fide* la Iglesia católica puede ejercer tremenda influencia en el campo religioso en todo el mundo, y así incidir en las cuestiones éticas, culturales, sociales, y a menudo políticas. Por consiguiente, permítanme examinar estos departamentos, aún cuando brevemente.

¿Qué es el Índice?

Es una lista de libros que los católicos no deben leer. Eso parece muy simple. ¿Pero pueden las consecuencias enormes de tales palabras escapar a cualquier persona pensante?

El sacerdote irlandés, Dr. Timothy Hurley, dice: "Todos los libros adversos a la Iglesia católica están prohibidos para ser leídos por los católicos romanos, bajo pena de pecado mortal o aún la excomunión."

El Papa Pío IV declaró pecado mortal el leer un libro condenado.

Las Leyes del Índice son obligatorias para todos los católicos, con la sola excepción de los cardenales, obispos, y otros dignatarios cuyo rango no sea inferior que el de obispo.

Las Leyes Canónicas no dejan ninguna duda en las mentes de los católicos acerca de qué tipo de libros ellos no deben leer. Hay once categorías:

1. Todos los libros que proponen o defienden herejía o cisma, o que intencionalmente atacan la religión o la moralidad, o se esfuerzan por destruir el fundamento de la religión o la moralidad.
2. Libros que impugnan o ridiculizan el dogma católico o el culto católico, la Jerarquía, la condición de clerical o religioso, o que tienden a minar la disciplina eclesiástica, o que defienden errores rechazados por la Sede Apostólica.
3. Libros que declaran legales al duelo, al suicidio, y al divorcio, o que representan a la Francmasonería y a organizaciones similares como útiles y no peligrosas para la Iglesia y la sociedad civil.
4. Libros que enseñan o recomiendan la superstición, la adivinación, la hechicería, el espiritismo, u otras prácticas semejantes (ej. la Ciencia Cristiana).
5. Libros que manifiestamente tratan, narran, o enseñan sobre lascivia y obscenidad.
6. Las ediciones de los libros litúrgicos de la Iglesia que no están de acuerdo en todo los detalles con las ediciones auténticas.
7. Los libros y folletos que publican nuevas apariciones, revelaciones, visiones, profecías, milagros, etc, respecto a los cuales no se han observado las regulaciones canónicas.
8. Todas las ediciones de la Biblia o de partes de ella, así como todos los comentarios Bíblicos en cualquier idioma que no muestren la aprobación del obispo o de alguna

autoridad eclesiástica más alta.

9. Traducciones que retienen el carácter de objetado del original prohibido.

10. Cuadros de Nuestro Señor, la Virgen Bendita, los ángeles y santos y otros siervos de Dios que se desvían de las costumbres y la dirección de la Iglesia.

11. El término "libros" también incluye a los periódicos y revistas que caen bajo las categorías anteriores; aunque, no si ellos publican uno u otro artículo contrario a la fe y la moral, sino si su tendencia y propósito principales son impugnar la doctrina católica o defender enseñanzas y prácticas no católicas.

Se ve fácilmente de esta lista que el Vaticano no deja a los católicos un gran campo en el que puedan leer un libro con seguridad.

El procedimiento del indexado de libros es simple. Es empezado a menudo por algún obispo que desea desterrar un libro particular de su diócesis. A veces la queja va directa hacia la Sagrada Congregación Suprema; a veces la propia Congregación toma la iniciativa. La Congregación encarga a uno de sus lectores la tarea de leer cuidadosamente el trabajo y notar los pasajes "incorrectos". El libro se envía entonces a otros lectores que dan sus opiniones sobre él. Los votos de los consultores (como se llama a los lectores) se hacen conocer a los cardenales que a su vez discuten el libro y finalmente pronuncian la sentencia. Los cardenales normalmente son de siete a diez, mientras que los consultores son aproximadamente treinta.

Hay cuatro posibles veredictos:

Damnetur (condenado);

Dimittatur (descartado);

Donec Corrigatur (prohibido hasta que sea corregido);

Res Dilata (caso pospuesto).

Los autores o editores no son informados antes de la publicación, con la excepción de autores católicos a quienes se le da una oportunidad de retirar el libro de la circulación o hacer sumisión pública a la sentencia del Santo Oficio. A un autor no se le permite defender su libro.

Una vez que un libro ha sido condenado, su nombre se publica en el parte oficial del *Osservatore Romano*, el periódico Vaticano, luego en el *Acta Apostolicae Sedis*, y finalmente es reimpresso por órganos religiosos en todo el mundo.

Qué libros están bajo el examen nunca es conocido, pues los secretos del Santo Oficio son rígidamente guardados. Los empleados, consultores, y aún cardenales o miembros de las Sagradas Congregaciones Supremas, nunca deben descubrir los asuntos discutidos en las reuniones.

Una vez que un libro se ha prohibido, ningún católico, bajo la pena de pecado mortal, es

decir, de arriesgarse a la condenación eterna, puede leer o tocar el libro. Por ejemplo, si una publicación prohibida está ligada con otras, el volumen entero se prohíbe automáticamente. Incluso se prohíben Biblias publicadas por Sociedades Bíblicas. Da testimonio el Rev. Dr. Timothy Hurley: "Todas las traducciones hechas en idiomas vernáculos por no-católicos, y sobre todo aquéllas hechas por Sociedades Bíblicas, son estrictamente prohibidas."

Para asegurarse que todos los católicos obedezcan las estrictas leyes del Índice, la Iglesia católica nunca se cansa de impresionar al Fiel, a través de su Prensa y el clero, que ellos deben obedecer las reglas de la Iglesia, y fija a un dignatario de la Iglesia (quién normalmente es un Jesuita) en casi todos países católicos y países donde hay minorías católicas grandes para dirigir la lectura del Fiel. Éste designa un Ejecutivo del Índice en varios países católicos, como el Abad Bethleen en Francia.

A través de estos Ejecutivos, y a través de la Jerarquía y la Prensa católica, la Iglesia católica previene la publicación de algunos libros, intenta suprimir otros, y, sobre todo, organiza a los católicos para boicotear los libros y arruinar sus ventas. Y esto no sólo se aplica a los libros, sino también a los periódicos. Los clubes católicos, organizaciones, e individuos son hechos agentes en esta campaña de boicotear con una perniciosidad celosa que no se creería si no pasara tan a menudo.

Esto sigue dondequiera que hay católicos. Y, en los ojos de cualquier buen católico, es no sólo el derecho, sino el deber de la Iglesia católica. ¿Por qué? Nosotros citamos al Ejecutivo francés del Índice, el Abad Bethleen:

"El católico [declara él], en virtud de los poderes que tiene de su fundador divino, tiene el derecho y el deber de condenar el error y la maldad dondequiera que los encuentre; también tiene por natural consecuencia el derecho de condenar libros opuestos a la Fe o a la moral Cristiana o que sin ser malvados sean peligrosos desde este doble punto de vista. Están ante todo aquellos libros prohibidos bajo la pena de excomunión reservada al Papa..."

Después de explicar por qué la Iglesia ha condenado los trabajos de Renan, Zola, etc, el Abad afirma (una aserción totalmente avalada por la propia Iglesia católica) que "la Congregación del Índice puede condenar sólo un número insignificante de libros censurables; porque a los otros, los condena en virtud de una ley general."

El Índice está dividido en tres partes. La primera sección consiste en heresiarcas, todos aquellos cuyos libros -pasados, presentes, y futuros- están condenados; la segunda sección está compuesta de escritores que tienden a la herejía, la magia, la inmoralidad, etc.; la tercera parte, escritores cuyas doctrinas son contaminantes. Algunos de los nombres en la primera categoría son: Lutero, Melanchthon, Rabelais, Erasmo. En la segunda: El Libro de Merlin de Visiones Oscuras, las Fábulas de Tolkien el danés y Arturo de Bretaña, la Leyenda del Rey Arturo, etc.

La edición de 1930 del Índice contiene entre 7,000 y 8,000 nombres. Para dar alguna idea de la gravedad de esta prohibición, mencionamos sólo algunos de los nombres listados, para que el lector pueda extraer sus propias conclusiones de cuán dañoso o cuán beneficioso el Índice ha sido a lo largo de las edades para el esclarecimiento de la humanidad. Un autor anónimo escribió una vez: "El humor pretende que todos los

mejores libros pueden ser encontrados consultando el Índice romano."

De Monarchia, de Dante (permitido solamente el siglo pasado [siglo diecinueve, para el autor] por León XIII).

Todo los trabajos de Leibnitz.

De Jure Belli ac Pacis, de Grotius.

El Libro de Oración Común.

Religio Medici, por Thomas Browne.

An American Tragedy, *Jurgen*, y *Mademoiselle de Maupin*.

Todas las obras de Gabriel D`Annunzio.

Defoe.

Sentimental Journey, de Sterne.

El Paraíso Perdido, de Milton.

Descartes.

Auguste Comte, su *Cours De Philosophie Positive*.

Todas las obras de Dumas, Pater y Filius.

Gustave Flaubert y Anatole France.

Historia de la Decadencia y Ruina del Imperio Romano, de Gibbon.

Heine y Kant.

La Fontaine, por Lamartine.

Andrew Lang, su *Myth, Ritual, and Religion*.

Un Ensayo Acerca de la Comprensión Humana Y la Racionalidad del Cristianismo como Dado en las Escrituras de John Locke.

Principios de Economía Política, y Sobre la Libertad, de John Stuart Mill.

Todos los trabajos de Maurice Maeterlinck.

Pascal.

Treinta y ocho de los trabajos de Voltaire.

Los Derechos del Hombre, de Paine.

De Rousseau: *El Contrato Social*, *Letras Escritas de la Montaña*, *Julie, ou la Nouvelle Heloise*, etc.

Renan, incluyendo su *Vie de Jesus*.

George Sand, Henry Stendahl, Eugen Sue, Thomas White, Emile Zola, Spinoza, Swedenborg, Bernard de Mandeville, Taine, Malebranche, Bergson, Lord Acton, Bossuet, Bacon, Hobbes, Samuel Richardson, Doellinger, Addison, Goldsmith, Víctor Hugo, etc.

En un tiempo hubo un movimiento para poner la *Enciclopedia Británica* en el Índice. Es de notar para los lectores ingleses y norteamericanos que al presente hay más de 5,000 libros en inglés que están o completamente condenados o prohibidos hasta que sean corregidos.

La autoridad alemana del Índice, Hilgers, defendiendo al Índice afirma:

"Con el mal uso de la prensa para la distribución de escritura perniciosa, las regulaciones de la Iglesia católica para la protección del Fiel entran por necesidad en un nuevo período. Es ciertamente el caso que la maligna influencia de una mal dirigida prensa constituye hoy el más grande peligro para la sociedad. El nuevo diluvio proviene de tres fuentes principales. El teísmo y la incredulidad surgen de las regiones de la ciencia natural, de la filosofía, y de la teología protestante. El teísmo es el resultado seguro de lo que se llama "libertad científica". El anarquismo y nihilismo, tanto religioso como político, pueden describirse como la segunda fuente de la cual mana una imponderable corriente de escritos socialistas. En substancia esto no es otra cosa que una filosofía de liberalismo popularizada."

Hilgers sigue para decir que la tercera fuente son "los romances malsanos", y acaba significativamente:

"Si la comunidad será protegida de la desmoralización, las autoridades políticas deben unirse con las eclesiásticas para asegurar sobre tales expresiones algún control sabio y seguro."

¿No repitieron los Nazis casi el mismo argumento cuando ellos empezaron a quemar libros por toda Alemania, después del acceso al poder de Hitler? ¿Y no se cumplieron tales preceptos durante muchos años al pie de la letra en la España de Franco?

Ciertamente uno puede decir que hoy el Vaticano no puede pretender mantener su demanda al derecho de desterrar libros. Pero el Vaticano no ha repudiado sus características demandas. Al contrario, las palabras siguientes se dijeron en 1930 por un famoso Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val:

"La prensa mala es más peligrosa que la espada. San Pablo puso al ejemplo para la censura: él causó la quema de libros malos (Hechos xix, 19) [ése fue en realidad un acto libre y espontáneo de los cristianos arrepentidos por su antigua vida de paganismo, una especie de genuino avivamiento espiritual]. Los sucesores de Pedro (es decir los Papas)

siempre han seguido el ejemplo; ni ellos podrían hacer otra cosa, porque su Iglesia, señora infalible y guía segura del Creyente, está obligada por la conciencia a guardar pura a la prensa..."

Y aquí aún más significativas palabras:

"Aquellos que sin ningún resguardo desean alimentar con las Santas Escrituras a las personas también son sostenedores del pensamiento libre, de lo que no hay nada más absurdo o dañino ... Solamente aquellos infectados por esa pestilencia moral conocida como *liberalismo* pueden ver en una represión puesta sobre el poder ilegal y el libertinaje una herida infligida a la libertad."

El argumento de la Iglesia católica defendiendo el Índice es que éste constituye un arma para defender la verdad. Pero la verdad podría tener más de un significado. No así para los católicos:

"La verdad es una y absoluta; la Iglesia católica y sólo ella tiene toda la verdad religiosa. Todas las religiones tienen cantidades variables de verdad en ellas, pero la Iglesia católica la tiene toda (*Enciclopedia Católica*).

Que semejante demanda debe parecer absurda a cualquier individuo justo es evidente. Sería inaceptable aun cuando restringida a la esfera religiosa. Pero no lo es; para la Iglesia católica, indirectamente y a menudo directamente, ella intenta imponer sus aseveraciones en los campos diferentes de los religiosos. Nosotros damos un ejemplo famoso y típico, el caso de Galileo. Durante años la teoría científica de que la tierra se movía sobre su eje y alrededor del sol había conmovido al mundo. El antagonista más poderoso y amargo a este descubrimiento era la Iglesia católica. Ella sugirió que no había verdad alguna en semejante aseveración, y finalmente, en marzo de 1616, la Congregación del Índice, bajo la instrucción directa y personal del Papa mismo, decretó a la doctrina del movimiento doble de la tierra sobre su eje y alrededor del sol falsa y contraria a las Escrituras.

A pesar de esta condenación, Galileo publicó su Diálogo en 1632. El año siguiente fue indexado con una condenación.

Galileo tuvo que retractarse de su doctrina de rodillas, diciendo que la doctrina del movimiento de la tierra era falsa. La Iglesia católica, sin embargo, no estaba satisfecha con esto. Promulgó una fórmula solemne de condenación de todos los libros -ya escritos y todavía por escribirse en los siglos venideros- que propagaran similares doctrinas científicas. Éstas son las palabras literales:

"*Libri omnes docentes mobilitatem terrae et immobilitatem solis* (Todos los libros prohibidos que sostienen que la tierra se mueve y el sol no lo hace).

Así, literalmente durante siglos, todos los trabajos científicos que tratan sobre este asunto y todos los libros de astronomía por gigantes científicos tales como Copérnico, Kepler, Galileo -para mencionar sólo algunos- fueron prohibidos completamente, bajo la pena de condenación para toda la eternidad en el próximo mundo y de multa y encarcelamiento en éste. Fue sólo recién en 1822 que la Iglesia católica permitió a los católicos leer libros sobre astronomía, el movimiento de la tierra, etc.

Hemos tratado con cierta extensión sobre el espíritu que inspiró el Índice y hemos tomado el caso de Galileo como un ejemplo, no para desacreditar a la Iglesia católica, sino para mostrar sus particulares demandas, interpretaciones, e intervenciones en los campos religioso y otros que tan estrechamente afectan a la humanidad en su esfuerzo hacia el progreso espiritual y físico. La Iglesia católica no ha desechado todavía ese espíritu y sus demandas extraordinarias. Al contrario, las levanta más que nunca. Su condenación persistente del divorcio, los contraceptivos, la educación mixta, y los sistemas sociales con los que el hombre está experimentando -primero el Secularismo, luego el Liberalismo y el Modernismo y ahora la democracia, el Socialismo, el Comunismo- muestra que no piensa adaptarse a los tiempos. Como está interviniendo continuamente en otros campos distintos al religioso, no debe culpar a aquéllos que no comparten su visión por criticar y haber intentado luchar contra sus demandas. La sociedad moderna tiene el derecho de sostener sus propias demandas, sin tener en cuenta la autoridad religiosa de la Iglesia católica o de cualquier otra Iglesia.

¿Lamentará algún día la Iglesia Católica el espíritu reaccionario que ha mostrado hacia las ideas morales, sociales, políticas, y económicas y sistemas con los que la humanidad intenta construir un mundo más feliz? ¿La acusarán las futuras generaciones, mirando hacia atrás hacia nuestra época y viendo la hostilidad fanática de la Iglesia Católica hacia la sociedad moderna y el Socialismo, como nosotros ahora podemos acusarla, viendo hacia atrás hacia los tiempos de Galileo? Sólo la Iglesia católica podrá decirlo. [Lamentablemente desde los tiempos que el autor escribió este libro, el hombre no pudo alcanzar verdadera felicidad por sólo huir del autoritarismo católico, y aplicando sus mejores intenciones en sistemas políticos o sociales, no habiendo podido librarse de los graves males morales y habiendo agregado otros nuevos (como la drogadicción, el aborto, etc.). Se necesita una fuerza superior para elevar al ser humano de la miseria espiritual, algo más fuerte que sistemas sociales o políticos y ése es el poder regenerador que sólo viene acompañado del puro Evangelio de Cristo que el Catolicismo ha trastornado.]

En contraste con el reaccionario y -uno puede usar correctamente la palabra- tiránico espíritu que mueve al Índice y al Santo Oficio, otro aspecto característico del Catolicismo merece atención. Nos referimos a las actividades infatigables que mantienen a la Iglesia católica en orden, levantando muros contra cualquier espíritu distinto al suyo propio, extendiéndose por todas partes en su propio objetivo de convertir a su fe la raza humana entera.

Este trabajo es llevado a cabo por otra Congregación que tiene su oficina principal en el Vaticano. Es el más viejo, más poderoso y más colosal Ministerio de Información o Agencia de Propaganda en existencia, y comparado con él, todas las otras organizaciones de propaganda -incluso aquéllas de los diversos países totalitarios- parecen juegos de niños. Esta Congregación se llama *Propaganda Fide* (para la propagación de la Fe), y además de ser una de las Congregaciones más importantes de la Iglesia católica, es también un importante departamento del Estado Vaticano, que lo usa para mantenerse en contacto con las partes más remotas del mundo.

La Congregación es gobernada por un cardenal cuyo poder es tan grande que él es llamado popularmente "el Papa Rojo". Fue establecida en 1622 por Gregorio XV, con el

propósito fijo y manifiesto de convertir el mundo entero al Catolicismo. Sus actividades no se confinan a países que profesan religiones no cristianas, sino que se extienden a tierras protestantes, herejes, y cismáticas -por ejemplo, los Estados balcánicos.

Ha dividido el mundo entero en numerosas "provincias espirituales", en las cuales dirige sus actividades. Tiene jurisdicción sobre centenares de ellas organizadas en distritos, prefecturas, y vicariatos. La Congregación controla cientos de universidades, seminarios, y organizaciones similares en todo el mundo. En Roma solamente hay varias, siendo la principal el Colegio Urbano para el entrenamiento de misioneros de todas las razas, el cual está ligado a la *Propaganda Fide*. Hasta no hace mucho tiempo (1908) Gran Bretaña, los Países Bajos, Canadá, los Estados Unidos de América, y otros países protestantes caían bajo su jurisdicción. Ahora, sin embargo, esos países tienen sus propias jerarquías nacionales que dependen directamente del Papa.

Adjunta a esta Congregación está la Asociación para la Propagación de la Fe que es una sociedad mundial de los Fieles para fomentar la evangelización del mundo por la oración unida y la recolección de limosnas para la distribución a las misiones. Su oficina principal está en Roma, y está bajo la dirección de la Congregación *De Propaganda Fide*. El lema de la *Propaganda Fide* y de la Iglesia católica entera es que "ninguna tierra es totalmente Cristiana. Los católicos deben soñar y planear y actuar en términos del globo entero". Para llevar a cabo este plan tiene una inmensa organización de universidades de todas las nacionalidades en tierras Cristianas, sean ellas católicas, protestantes, u ortodoxas, y en países paganos donde constituye una maquinaria formidable de instituciones de todos los tipos para convertir los no Cristianos al Catolicismo.

El Vaticano nunca ha estado más determinado a alcanzar su meta mundial como lo está hoy. Empezó el trabajo hacia esa meta mucho tiempo atrás, es verdad, pero en tiempos modernos ha renovado sus esfuerzos y ha reorganizado su maquinaria para extender el Catolicismo en el Occidente así como en las otras partes del mundo. En Roma solamente las siguientes universidades nacionales principales están bajo el mando directo del Vaticano, lo cual dará alguna idea de la inmensidad de sus actividades:

SEMINARIOS PARA EL ENTRENAMIENTO DEL CLERO DE VARIOS PAÍSES (CON EL AÑO DE SU FUNDACIÓN)

Americano.....	1859
Beda (inglés).....	1898
Belga.....	1844
Bohemio.....	1892
Brasileño.....	1929
Canadiense.....	1888
Checoslovaco.....	1929

Inglés.....	1579
Francés.....	1853
Alemán y húngaro.....	1552
Irlandés.....	1618
Yugoslavo, Decimocuarto siglo y.....	1901
Lombardo.....	1854
Polaco.....	1866
Portugués.....	1900
Escocés.....	1600
Sudamericano (Prolatino).....	1858
Español.....	1893

Además hay otros creados en años recientes para entrenar chinos, árabes, indios, negros, y así sucesivamente,.

En 1917 las Iglesias Orientales fueron quitadas de su jurisdicción.

El Vaticano consagra su atención particular a los diversos países ortodoxos o cismáticos y espera poder unirlos en bloque a Roma. Para este propósito creó, en 1917, una sección especial en el Vaticano, como ya lo hemos visto, desesprendida de la *Propaganda Fide*. Ahora se ha transformado en dos unidades departamentales, pero su objetivo es el mismo.

Es la política de la Iglesia católica fomentar los ritos nacionales y raciales, y por consiguiente ha creado muchas instituciones para ese propósito. En Roma solamente hay muchas instituciones para ese propósito. En Roma solamente están los siguientes seminarios cuya tarea es preparar al clero católico romano en los varios ritos Orientales:

Abisinio.....	1919
Armenio.....	1883
Griego.....	1577
Maronita.....	1854 y 1891
Ruso.....	1927
Ruteno.....	1897

Rumano.....1930

Además de éstos están los institutos especiales de numerosas Órdenes religiosas.

Pero mientras se esfuerza por mantener y fomentar el Catolicismo en tierras católicas y no Cristianas, su gran tarea es traer tierras paganas bajo su autoridad. Durante siglos ha establecido misiones en todo el mundo. Sus misioneros fueron al principio casi todos europeos, pero después se incluyeron los americanos, y su política es ahora entrenar al clero nativo. En esta dirección ha hecho avances impresionantes, sobre todo durante los últimos veinte años, y ya ha creado una jerarquía nativa en varios países no cristianos. En 1925 su primer obispo de color, a saber Monseñor Roche de India, fue consagrado en una ceremonia religiosa solemne en Roma, se siguió, en 1927, con los primeros siete obispos chinos y luego con japoneses y de otras razas.

En más de un país se ha vuelto poderosa muy rápidamente. En Madagascar, por ejemplo, ha enrolado a más de 650,000 miembros, lo cual significa que ya tiene autoridad sobre un sexto de la población nativa. En China, sólo en año 1930, convirtió al Catolicismo a más de 50,000 chinos.

La cifra total de conversos católicos en todo el mundo es de más de 500,000 por año.

Alrededor de 1930, la *Propaganda Fide* dirigió a más de 11,000 predicadores en misiones, 3,000 de los cuales eran nativos; 15,000 frailes, 600 de los cuales eran nativos; y 30,000 monjas de quienes 11,000 eran nativas. En este período estas empresas misioneras se financiaron con más de 30,000,000 de dólares. Desde entonces esta cifra se ha incrementado grandemente. (En el mismo período los misioneros protestantes fueron ayudados con más de 60,000,000 de dólares.) Las Américas, encabezadas por los Estados Unidos de América, dan la suma más grande de dinero. Comparados con sus colegas europeos los misioneros americanos son más populares con las poblaciones nativas y así hacen más convertidos. Ellos se han especializado en el Lejano Oriente, sobre todo China. Por lo tanto ha habido últimamente una tendencia de la Iglesia católica a favorecer a empresas misioneras americanas en lugar de las belgas, francesas, y alemanas.

Las actividades misioneras católicas han estado firmemente en aumento, y para 1945 ellas cubrían 400 seminarios (con un total de 16,000 estudiantes nativos preparándose para el sacerdocio), 22,000 sacerdotes, 9,000 hermanos, 53,000 hermanas, 98,000 catequistas nativos, 33,000 bautizadores nativos, 76,000 escuelas (con un total de 5,000,000 de alumnos), 150,000 niños en 2,000 orfanatos misioneros, 77,000 iglesias y capillas, 1,000 hospitales (con 75,000 camas), 3,000 dispensarios que asisten anualmente a 30,000,000 de personas, y cientos de leprosarios e institutos para ancianos.

La Sagrada Congregación, a través del establecimiento de nuevas áreas, ha elevado el número de jurisdicciones eclesiásticas dependientes de ella a 560. Diecisiete jurisdicciones del Rito latino son dependientes de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental.

Solamente en tierras misioneras la Iglesia católica en 1945 tenía más de 25,000,000 de

católicos nativos bajo la autoridad de Roma. Para agradar a estos millones esparcidos y, sobre todo, para mantenerlos en contacto con el Vaticano, la *Propaganda Fide* controla literalmente miles de periódicos pequeños y grandes, revistas, folletos, etc. en cientos de idiomas. Para proporcionarles noticias se ha creado una agencia informativa especial cuya tarea es recoger y difundir noticias del trabajo misionero en todo el mundo. Se llama la Agencia "Fides".

En 1925 el Papa organizó la más grande Exhibición Misionera que jamás se haya hecho en Roma. Se volvió un rasgo permanente del Vaticano y se le dio tremenda publicidad.

En febrero de 1926 el Papa Pío XI, en la Encíclica *Rerum Ecclesiae*, trazó las líneas que deben seguirse, organizando el inmenso mundo todavía a ser conquistado -porque la Iglesia católica, como ya hemos dicho, no quiere nada menos que el planeta entero. Es un plan que está decidida a concretar y para el que no acepta ninguna concesión y no tiene ninguna consideración por otras religiones o por otras denominaciones Cristianas. Para ilustrar esta actitud con un pequeño pero típico ejemplo es suficiente mencionar la ocasión cuando el Gobierno británico requirió a las diversas denominaciones que hacen trabajo misionero en Africa confinar sus actividades a ciertas áreas separadas para evitar fricción. Mientras que las denominaciones protestantes estuvieron de acuerdo, sólo la Iglesia católica se negó diciendo que no podía aceptar ninguna parte de Africa, aunque fuese grande, ya que su propósito es convertir el Continente entero al Catolicismo.

Tal es el espíritu que incluso en el siglo veinte mueve a las misiones católicas en todo el mundo. La Iglesia católica está decidida a conquistar, no sólo países o incluso continentes, sino el planeta entero.

CAPÍTULO 5: LAS ÓRDENES RELIGIOSAS



Además de la inmensa maquinaria de administración religiosa en países Cristianos y no Cristianos, hay otra gran maquinaria que, aunque no tan bien conocida, es no obstante de la mayor importancia en el avance de los poderes espirituales y políticos de la Iglesia católica. Está formada por las diversas Órdenes religiosas y semirreligiosas que dependen de la Santa Sede y cuya tarea es principalmente la de consolidar y hacer penetrar en cada estrato de la sociedad en todas partes del mundo, el dominio de la Iglesia católica.

Hay algunas Órdenes religiosas consagradas exclusivamente a la contemplación religiosa; hay otras cuyo propósito es educar a la juventud, especializarse en la instrucción, tratar con obras de caridad u hospitales, influir en cuestiones sociales, etcétera. Ellas tienen monasterios, conventos, escuelas, misiones, periódicos, y propiedades en prácticamente cada país Cristiano, además de extenderse, como las misiones, por todo el globo. Muchas de ellas, de hecho, trabajan para las misiones.

Hay numerosas Órdenes religiosas, para los hombres así como para las mujeres. Ellos forman un ejército silencioso pero muy ocupado y eficaz de la Iglesia católica. Éste no es el lugar para un examen detallado de sus actividades particulares, y nosotros sólo señalaremos algunas de las características principales de los Jesuitas que, indudablemente, vienen primeros entre muchas Órdenes famosas, como los franciscanos, los dominicos, los agustinos, etc. Tomamos el ejemplo de los Jesuitas porque ellos están relacionados estrechamente con el fortalecimiento de la autoridad Papal en el mundo. De hecho, la causa primaria para la creación de la Orden era la necesidad de especiales soldados y defensores de la teocracia absoluta del Papado. Ignacio de Loyola, ex soldado de fortuna, impartió su espíritu militar a la nueva Orden. Él hizo de ella una compañía luchadora y la llamó la Compañía de Jesús, así como una compañía de soldados a veces toma el nombre de su General.

De los diversos votos, el de obediencia fue considerado el más importante: completa, absoluta, incuestionable, ciega, no crítica obediencia a las órdenes de la sociedad, una rendición completa del pensamiento y el juicio individual, un abandono absoluto de la libertad. En una carta a sus seguidores en Coimbra, Loyola declaró que el General de la Orden está puesto en el lugar de Dios, independientemente de su sabiduría personal, piedad, o discreción; que cualquier obediencia que no alcanza a hacer propia la voluntad del superior, en el afecto interior así como en el efecto exterior, es floja e imperfecta; que ir más allá de la letra de una orden, incluso en cosas abstractamente buenas y loables, es desobediencia, y que el "sacrificio del intelecto" es el tercer y más grande grado de obediencia, y es agradable a Dios, cuando el inferior no sólo quiere lo que el superior quiere, sino que piensa lo que él piensa y se somete a su juicio, tanto como sea posible para la voluntad influenciar y guiar. (H.G. Wells, *Crux Ansata*.)

La fórmula del voto Jesuítico final es:

"Yo prometo al Dios Omnipotente, ante Su Madre la Virgen y la hueste celestial entera, y a todos los presentes; y a ti, Reverendo Padre General de la Sociedad de Jesús, *que está en lugar de Dios*, y a tus sucesores: Pobreza Perpetua, Castidad y Obediencia; y de acuerdo a esto: un cuidado peculiar en la educación de muchachos según la forma contenida en las Cartas Apostólicas de la Sociedad de Jesús y en su Constitución."

Ésta es la significativa petición presentada al Papa por un pequeño grupo de los primeros Jesuitas, para la elección del General de la Orden. El General -decía ésta-

"... debe distribuir oficios y grados a su propio placer, debe formar las reglas de la constitución, con el consejo y la ayuda de los miembros, pero teniendo el poder de comandar el solo en cada caso , y debe ser honrado por todos como si el propio Cristo estuviera presente en su persona. Así en la orden de los Jesuitas, la obediencia toma el lugar de cada motivo o afecto; obediencia, absoluta e incondicional, sin un pensamiento o cuestionamientos *acerca de su objeto o consecuencias*". (*La Historia de los Papas*, de Ranke.)

El Jesuita----

" ...con la renuncia más ilimitada de *todo derecho de juicio*, en total y ciego sometimiento a la voluntad de sus superiores, debe resignarse a ser llevado, como una cosa sin vida -como la vara, por ejemplo, que el superior tienen en su mano, para ser tornado hacia cualquier propósito que le parezca bueno a él". (*La Historia de los Papas*, de Ranke.)

De esta manera el General llegó a ser un dictador absoluto, comparable sólo con los dictadores más intransigentes del siglo veinte, porque el poder concedido a él de por vida es la facultad de manejar esta obediencia incondicional de miles; no hubo ni habrá uno ante quien él sea responsable por el uso hecho de esta.

"Todo el poder se deposita en él para actuar como pueda ser mas conducente para el bien de la sociedad. Él tiene ayudantes en las diferentes provincias, pero éstos se confinan estrictamente a las cosas que él nombra a su placer; él recibe o despide, distribuye o provee, y puede decirse que ejerce una clase de autoridad papal en una escala pequeña". (*La Historia de los Papas*, de Ranke.)

Así la Compañía de Jesús se volvió, y todavía es, una teocracia dentro de una teocracia. Su rígida maquinaria fue creada para ayudar en el logro de la meta de la Compañía -el fortalecimiento de la autoridad de la Iglesia por medio de la educación de la juventud, de la predicación, y del trabajo misionero. Empezó fundando colegios en muchos países, y cuando su fundador murió tenía diez colegios en Castilla, cinco en Aragón y cinco en Andalucía, y muchas casas en Portugal. Sobre las colonias portuguesas los Jesuitas ejercieron un dominio casi completo, y ellos tenían miembros en Brasil, India Oriental, y las tierras entre Goa y Japón, y un provincial fue enviado a Etiopía. Los colegios y casas existieron en Italia, Francia, Alemania, y otros países europeos.

Desde entonces, a lo largo de los siglos y en todos los países, los Jesuitas han seguido con su trabajo de consolidar el poder religioso y político de la Iglesia católica. Ellos han alcanzado una extraordinaria perfección y destreza en entrenar a los jóvenes para los oficios elevados en la propia Iglesia católica o en los Gobiernos civiles. Como un historiador Jesuita escribió:

"Muchos están brillando ahora en la púrpura de la Jerarquía a quienes nosotros teníamos hace poco en los bancos de nuestras escuelas; otros están comprometidos en el gobierno de Estados y ciudades". (Orlandini).

Este entrenamiento de las clases gobernantes espirituales y temporales ha hecho de los Jesuitas inclinados a entrometerse en los eventos religiosos y políticos. Sus actividades en las esferas políticas de todos los países han sido innumerables, y ésta es la causa principal de que hayan sido continuamente perseguidos, expulsados, o desterrados por los reyes, emperadores, y Gobiernos de todos los tipos, incluso por los más devotos reyes y países católicos. De hecho, debido a sus continuas interferencias e intrigas en la política de muchos países de Europa, así como en el de la Iglesia católica, el Papa mismo fue obligado a suprimir la Orden por completo.

Eso fue en 1773, y el Papa involucrado fue Clemente XIV, quién durante muchos años había recibido las quejas de los soberanos y Gobiernos de Europa con respecto a la interferencia en materias públicas de los Jesuitas, que fueron acusados de ser "perturbadores de la paz pública".

Sin embargo, en 1814, la Orden fue restaurada universalmente. Desde esa fecha los Jesuitas han continuado extendiéndose, y en muchos países ellos retienen todavía el cuasi monopolio de la educación, con excelentes colegios y universidades. Ellos serán encontrados detrás de las altas instituciones educativas, la Prensa, la radio, los partidos políticos, y los Gobiernos, como tendremos ocasión de verlo en los capítulos siguientes.

¿Se ha debilitado el espíritu primario y los motivos con los cuales Ignacio de Loyola creó la orden? ¿Ha disminuido su tremenda disciplina? Hoy ellos son exactamente iguales que los primeros miembros de la Orden; ellos son tan poderosos, tan diestros, tan tenaces e inflexibles en su meta única de fortalecer la Iglesia católica en el mundo como lo han sido siempre. Sus grandes cualidades y su gran organización por todo el mundo obran más infatigablemente que nunca para ese fin. Como la propia Iglesia católica, y como muchas otras Órdenes religiosas, ellos han dividido el mundo en provincias, a fin de extender más fácilmente su influencia. Estas provincias son gobernadas por provinciales, bajo el Superior-General que reside en Roma y quien está en contacto constante con el Papa mismo. Que su Superior general deba estar en constante y directo contacto con el Papa es entendible cuando uno recuerda que la Compañía de Jesús vino a la existencia para defender y extender el poder, religioso y político, del Papado. El Papado es apoyado por un inmenso ejército, compuesto de la Jerarquía entera, las Órdenes religiosas, y los fieles; pero los Jesuitas son sus más fanáticos y diestros soldados -ellos son, de hecho, las tropas de choque del Papa.

Cada Jesuita hace un voto sumamente importante -en adición al voto de obediencia y los otros dos ya mencionados- y es como sigue:

"...realizar lo que sea que el Papa reinante ordene, adentrarse en todas las tierras, entre los turcos, paganos o herejes, dondequiera que le plazca enviarlo, sin vacilación o tardanza, sin preguntas, condición, o premio."

Hoy la Compañía de Jesús es la Orden más poderosa de su tipo, teniendo miembros, trabajando para extender la primacía del Papa en los lugares más delicados e influyentes, en lo religioso, lo educativo, lo social, y a menudo en los campos políticos. Es la maquinaria más dinámica a disposición del Papa; una poderosa teocracia que trabaja continuamente y con fanatismo para extender la gran teocracia de la Iglesia

católica en el mundo.

Además de los Jesuitas y las otras numerosas Órdenes puramente religiosas, la Iglesia católica ha intentado adaptarse a la sociedad moderna creando nuevas organizaciones que, debido a su naturaleza religiosa, social, y política, son quizás más aptas para influir en su ambiente que las antiguas Compañías religiosas. Estas organizaciones se han creado durante el último siglo y el siglo presente, y son muy numerosas. Sus actividades se dedican sobre todo a la educación y la asistencia social. Mencionaremos sólo dos.

La primera es la Salesiana -una compañía de lo que pueden llamarse "sacerdotes laicos". Fue fundada el siglo pasado, y su trabajo principal es dirigir colegios y cuidar del bienestar espiritual y físico de estudiantes y obreros. Ellos serán encontrados en muchos países de Europa, y sobre todo en América del Sur.

Otra organización típica de este tipo es la Compañía de San Pablo. Es aún más "laica" que la Salesiana, porque sus miembros han desechado todas las señales exteriores de su estado. Como su contraparte más antigua, los Jesuitas, esta Compañía tiene un carácter político importante. Su objeto principal es neutralizar y luchar contra las influencias del Socialismo y del Comunismo, sobre todo a través de instituciones sociales y educativas. Fue fundada recientemente, en 1920, por el Arzobispo de Milán.

Sacerdotes y laicos y mujeres son igualmente elegibles para la membresía; ellos residen en casas separadas, pero se reúnen para trabajar. Los sacerdotes deben tener un grado en ley canónica, teología, u otra ciencia; otros deben tener un grado universitario o deben pasar un examen de ingreso. Todos deben tener menos de treinta años al entrar. Se hacen votos simples y se renuevan anualmente. Ningún hábito religioso es llevado, y los miembros son alentados a tener lazos de estudio, amistad, y trabajo fuera de la Compañía, para que puedan vivir en estrecho contacto con el mundo.

Entre los trabajos de la Compañía están hospicios, imprentas con varias publicaciones, incluyendo un diario, misiones, escuelas, y centros de entrenamiento técnico. Fuera de Italia la Compañía está establecida en Jerusalén, Buenos Aires, y otros centros. Como algunas otras de su tipo, esta Compañía se especializa en distritos de trabajadores, entrenando a los obreros jóvenes en sus centros para implantar tempranamente en sus mentes la enseñanza social de la Iglesia católica, y así neutralizar la enseñanza Socialista. Para este propósito está abriendo continuamente centros de entrenamiento técnico, centros de descanso, bibliotecas, clubes deportivos, etc.

Además de estas Órdenes religiosas o semirreligiosas, el Vaticano controla otros tipos de organizaciones, a veces de una naturaleza aparentemente religiosa, a veces completamente social. No es raro para las tales organizaciones contar sus adherentes en millones.

Por citar un ejemplo, el Apostolado de Oración, la Liga del Sagrado Corazón. Papa tras Papa lo bendijeron, y el Papa Benedicto XV dijo que todos los católicos deben ser miembros de él. Su propósito principal es unir a tantos católicos como sea posible en oración privada y comunal, con el propósito de rogar la protección de Dios para la Iglesia católica, por el Papa, por la extensión del Catolicismo en el mundo, y por una Paz Universal (que, por supuesto, significa una Paz católica). Hoy la Liga tiene un

número de miembros de más de 30,000,000, y su diario, *Mensajeros*, se publica en cuarenta idiomas.

En Gran Bretaña está la organización *La Espada del Espíritu* que está bajo el mando directo del Arzobispo Cardenal. Su objetivo es extender el Catolicismo a través de la Prensa, folletos, libros, actividades culturales y sociales, etc.

Después están muchas asociaciones completamente laicas que superficialmente no tienen nada que ver con el Vaticano. No obstante, en materias sociales, culturales, y políticas ellas dependen de instrucciones de la jerarquía local o de Roma. En Inglaterra, por ejemplo, está: el Concilio Nacional de Mujeres Católicas, la Liga de Mujeres Católicas, el Concilio Nacional de Juventud Católica, la Asociación de la Federación Católica, etc. Un movimiento cultural formado durante la Segunda Guerra Mundial es la Nueva Asociación del Hombre. En todos los países europeos y americanos existen innumerables organizaciones de este tipo. En los Estados Unidos de América la más influyente y adinerada es la Asociación de los Caballeros de Colón.

Pero la más importante de estas nuevas organizaciones, creadas por Papa mismo y dependiente directamente del Vaticano y que la Iglesia católica usa para avanzar con los tiempos modernos, es la Acción católica, o la Liga Católica. Su tarea principal es mantener y extender las ideas católicas y principios en la sociedad moderna, a través de actividades sociales, culturales, y políticas.

La Acción Católica fue creada para proporcionar a la Iglesia católica una organización menos comprimida que los Partidos católicos en los diversos países, pero no obstante capaz de influir permanentemente con ideas católicas en las tendencias sociales y políticas. Semejante organización pudo penetrar los estratos sociales y políticos más discretamente, y así lograr los mismos objetivos que los viejos Partidos católicos sin incurrir en sus riesgos y responsabilidades.

Durante el período entre las dos guerras mundiales, el Papa Pío XI sacrificó muchos Partidos católicos con esta idea en vista. Él creó este nuevo movimiento, unitario en carácter, que unió estrechamente a los hombres comunes con la Jerarquía y lo equipó para la acción pública sobre todos los partidos, defendiendo intereses religiosos, la familia, la educación católica, los principios católicos, etc. La Acción Católica, declaró el Papa, era la niña de sus ojos. Tan así que no sólo hizo conocer su existencia a muchos Gobiernos, sino que insistió en que una de las cláusulas principales de cualquier Concordato que él hiciera con algún país fuera que este incluyera el reconocimiento diplomático de la Acción Católica.

Las actividades de la Acción católica abarcan todos los campos, del intelectual al manual, del social al político. Está organizada de tal manera que el trabajo principal de puertas para afuera es llevado a cabo por hombres católicos comunes que no obstante están conectados estrechamente con la Jerarquía católica y son dirigidos por ella -la cual, por supuesto, se mueve a la voluntad del Papa. De hecho, la unión íntima con la Jerarquía (lo cual significa con el Vaticano) es el principio principal de la Acción Católica:

"La Jerarquía tiene el derecho de ordenar y dar instrucciones y directivas. La Acción Católica pone todas sus potencialidades y todas sus energías a disposición de la

Jerarquía. Además de la obediencia completa a las directivas de la autoridad eclesiástica, como incluso la autoridad civil viene de Dios, los miembros de Acción católica también deben prestar el respeto debido a la autoridad civil, y leal y fielmente servir sus prescripciones legítimas (*Papa Pío XII*, septiembre de 1940).

¿Cuáles son los objetivos de la Acción católica?

"...apunta a desarrollar, en acuerdo con la Iglesia, una actividad social santa y caritativa, para inspirar y restaurar donde sea necesario el verdadero vivir católico; en una palabra, para Catolizar o re-Catolizar el mundo..."

En las palabras del Rev. R. A. MacGowan, otro clérigo católico, Director Auxiliar de la Conferencia Nacional Católica de Bienestar, la Acción católica trata con "las cuestiones en el campo de la legislación y la economía, pero sólo en sus aspectos distintamente religiosos y morales, y no como lo hacen los partidos políticos."

El autoritativo periódico católico *Commonweal*, en una declaración más clara, define la meta de la Acción Católica como "procurar cambiar y ajustar todo pensamiento religioso, moral y social y económico y el curso de la vida moderna a las normas católicas de pensamiento y acción para extender el reino de Cristo."

Es muy evidente (y, de hecho, admitido por las declaraciones de la propia Iglesia) que la Acción Católica es el arma más poderosa y moderna usada por la Iglesia católica para intentar amoldar la sociedad según sus principios. Éste es un intento racional e intrépido de burlar el juego abierto de la política, y emplear la creencia religiosa y la organización religiosa para ganar metas políticas que, a su vez, sirvan para extender las ideas religiosas.

Así la Iglesia católica, con justicia o sin ella, interfiere en política, en este caso indirectamente a través de viejas y nuevas organizaciones semirreligiosas o semilaicas ; y no puede honestamente negar que interfiere con los problemas temporales de los pueblos. La demarcación entre lo espiritual y lo físico, lo temporal y lo divino, siempre ha sido muy difícil. Hoy se ha vuelto imposible. Si éste no fuera el caso, las cosas serían mucho más fáciles para la Iglesia católica así como para la sociedad. Desgraciadamente, la mayoría de los problemas son "las materias mixtas", y todos los que niegan que la Iglesia católica está obligada a interferir en problemas políticos debe recordar el comentario hecho por la Reina Catalina que dijo que la demarcación entre lo temporal y lo espiritual es a veces imposible. El ciudadano católico está obligado a tratar con la política, porque, como el Papa Pío XI, el fundador de la Acción Católica, lo expresó: "El mismo hombre, según la naturaleza de su tarea, actúa ya como católico, ya como ciudadano". Sus actividades diarias no pueden ser nítidamente divididas en compartimentos estancos. Como George Seldes acertadamente lo dice:

"El espíritu religioso es una fuerza viviente que no puede envasarse como categorías y especies con bien pegadas etiquetas."

"Finalmente", y citamos al mismo escritor, "es claro que el armazón de la Acción Católica provee la máquina más formidable para la centralización universal que uno puede imaginar en nuestro tiempo". Y si el lector al mismo tiempo recuerda todas las otras compañías completamente religiosas, semirreligiosas, y laicas, o asociaciones que

existen, él comprenderá qué formidable maquinaria tiene a su disposición la Iglesia católica para alcanzar todos los estratos de la sociedad, para extender sus principios y así afirmar su autoridad en el mundo moderno.

Es obvio que aunque, en los aspectos técnicos y administrativos, esta maquinaria se asemeja mucho a la de un Gobierno moderno, tal parecido es sólo superficial. Porque las diversas Congregaciones o Ministerios han sido creadas por medio de una complicada e inmensa red de intereses espirituales y materiales. Sus campos no tienen límite de ningún tipo, sus actividades se sienten en todos los continentes, y están a disposición de una sola voluntad -la del Papa.

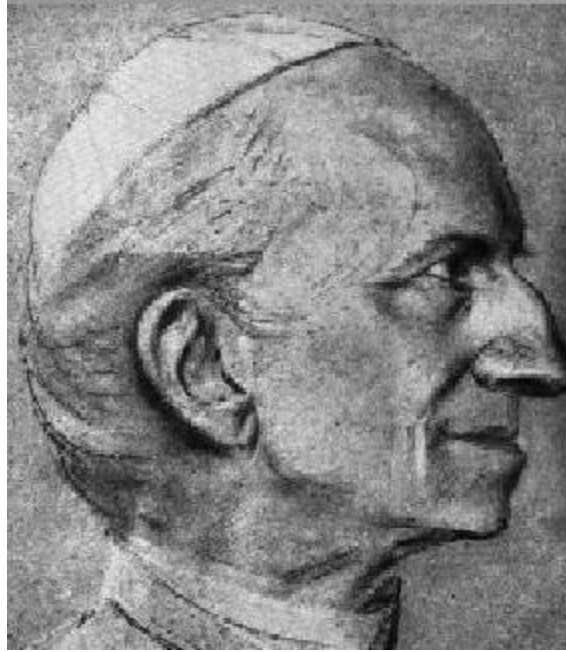
Aunque cada Congregación tiene una bien planeada rutina a seguir y tiene sus propios problemas particulares con que tratar (las Congregaciones tienen sus encuentros regulares diarios, semanales, y mensuales), ellas pueden reducir o ampliar sus actividades según los planes del Papa.

Como ya hemos mencionado, el Pontífice Supremo, al contrario de cualquier primer ministro, presidente, rey, o dictador, puede ejercer en cualquier sección del Vaticano una presión personal ilimitada. Ningún dictador antiguo o moderno ha celebrado un poder alguna vez comparable con el del Papa. Él no tiene ningún control de ninguna especie encima suyo; él no necesita dar cuenta de sus acciones a nadie, ni siquiera al Colegio de Cardenales. Toda la complicada maquinaria del gobierno de la Iglesia católica cuyos brazos se extienden a todos los rincones de la tierra está a disposición completa e incontenible de un hombre -o, quizás, dos hombres: el Papa y su Secretario de Estado.

Ahora, habiendo visto cómo funcionan el gobierno de la Iglesia católica y el Vaticano, y habiendo adquirido algún conocimiento sobre la inmensa influencia que los dos pueden ejercer en muchos estratos de la sociedad dondequiera haya católicos, miremos lo que los Papas que gobiernan la Iglesia católica de nuestro tiempo piensan sobre los grandes problemas que han agitado al mundo durante los últimos cincuenta años. Al saber por qué principios se guía el Papa, será más fácil de evaluar la actitud futura y la consiguiente política del Vaticano con respecto a los candentes problemas del Secularismo, el Liberalismo, y el Autoritarismo, las ideologías sociales y políticas inspiradoras de la Democracia, el Socialismo, o el Fascismo. Porque fue el apoyo u hostilidad de los Papas hacia estas formas de gobierno lo que causó que el Vaticano se oponga o favorezca a ciertas ideologías modernas, sistemas políticos, y naciones en lugar de otros, y determinó así la política del Vaticano en nuestro siglo.

CAPÍTULO 6:

EL VATICANO EN UN MUNDO CONVULSIONADO



León XIII

El Vaticano tiene teorías propias con las que intenta explicar por qué el mundo está donde se encuentra hoy; por qué la sociedad ha sido, y continúa siendo, agitada por convulsiones sociales y políticas; y por qué la humanidad en general está pasando por una crisis nunca antes experimentada. Desafortunadamente, debido a la falta de espacio, nosotros debemos dar meramente un vistazo a la visión general de sólo tres Papas modernos; pero esperamos a través de ello hacer claras sus ideas, porque esto ayudará a mostrar la actitud fundamental de la Iglesia Católica hacia los problemas de nuestra perturbadora era.

Desde el tiempo de León XIII el Vaticano ha emitido declaraciones específicas y declaraciones generales, nunca contradictorio, y mostrando una actitud sistemática hacia lo que considera ser contrario a sus doctrinas. La política de la Iglesia Católica ha estado basada sobre estas ideas generales, y su actitud hacia cualquier asunto específico ha sido moldeada por ellas. Aquí, examinaremos muy brevemente la esencia de algunas de estas declaraciones, y tomaremos las encíclicas inaugurales de tres Papas que, habiendo gobernado la Iglesia Católica durante períodos críticos, fueron capaces más que otros de impregnar a la Iglesia, y por consiguiente al Vaticano, con el espíritu que emana de sus declaraciones. En sus encíclicas inaugurales, cada uno de estos tres Papas intentó exponer los principios generales que caracterizarían el programa que se habían propuesto como Cabezas de la Iglesia, mientras que a la vez sugerían los remedios que consideraban que curarían las enfermedades de la sociedad moderna.

El primero de los Papas modernos que trató directamente con las características de los asuntos sociales y políticos de la sociedad moderna fue León XIII. Él, aunque de muchas maneras muy liberal, consumió su vida en una batalla implacable contra lo que el Vaticano consideró ser el azote característico del último siglo -a saber, el Secularismo. La meta principal del Secularismo era el completo divorcio de la Iglesia y el Estado y la segregación de la religión de los asuntos que no eran de un carácter puramente religioso. Las declaraciones de León XIII, aun cuando restringidas a principios generales, son muy importantes, porque los Papas que lo sucedieron no sólo

las mantuvieron, sino que se extendieron sobre ellas de acuerdo a los requerimientos de los tiempos, y ello consecuentemente afectó a la política del Vaticano en el siglo veinte.

El Papa León XIII hizo conocer sus ideas considerando a la Iglesia Católica y a la sociedad en su primera encíclica publicada el 2 de abril de 1878 (*Inscrutabili*). En esta encíclica él trazó un cuidadoso cuadro de las condiciones mundiales en su tiempo y las consecuencias prácticas provocadas por los principios del Estado Secular. Los grandes males no sólo habían afectado la sociedad, sino también al Estado y al individuo, dijo León XIII. Los nuevos principios (Secularismo y Liberalismo) habían causado la subversión de aquellas verdades fundamentales que eran el fundamento de la sociedad. Ellos habían implantado una obstinación general en el corazón del individuo que llegó así a ser muy intolerante hacia toda autoridad. Discordancias de toda clase acerca de problemas políticos y sociales, destinadas a crear revoluciones, estaban aumentando diariamente.

Las nuevas teorías que estaban especialmente dirigidas contra la Cristiandad y la Iglesia Católica, habían sido en el terreno práctico la causa de actos dirigidos contra la autoridad de la Iglesia Católica. Entre estas acciones que eran las consecuencias de las nuevas doctrinas estaban la promulgación de leyes en más de un país que sacudían los mismos fundamentos de la Iglesia Católica; la libertad dada a los individuos para propagar principios que eran "nocivas" restricciones al derecho de la Iglesia para educar a la juventud; la toma del poder temporal de los Papas; y el rechazo sistemático de la autoridad del Papa y de la Iglesia Católica, "la fuente del progreso".

"¿Quién", dijo León XIII, "negará el servicio de la Iglesia en traer la verdad a los pueblos hundidos en la ignorancia y la superstición? ...Si comparamos las épocas cuándo la Iglesia era venerada universalmente como una madre con nuestra época, está más allá de todo cuestionamiento que nuestra época está precipitándose locamente por el camino directo a la destrucción." El Papado, declaró León, era el protector y el guardián de la civilización. "Es muy ciertamente la gloria de los Pontífices Supremos que ellos se pongan firmemente como una pared y un baluarte para salvar a la sociedad humana de recaer en su superstición y barbarie anteriores". Si la "autoridad curativa" del Papado no hubiese sido apartada, el mundo se habría ahorrado innumerables revoluciones y guerras, y el poder civil "no habría perdido esa venerable y sagrada gloria, el radiante don de la religión, la cual sola puede traer el estado de sujeción noble y digno del Hombre."

León XIII dijo entonces a los católicos lo que ellos debían hacer para neutralizar la hostilidad de los enemigos de la Iglesia:

- (1) Cada católico tenía un deber de sumisión a la enseñanza de la Santa Sede.
- (2) La educación debía ser católica.
- (3) Cada miembro de la Iglesia debía seguir los principios del Catolicismo con respecto a la familia y el matrimonio.

La enseñanza de la Iglesia Católica, afirmaba León, debe impartirse lo más tempranamente posible a los niños, y la Iglesia no sólo debe velar que haya "un método conveniente y sólido de educación... sino sobre todo... esta educación debe estar

totalmente en armonía con la Fe católica."

Pero, primero y más importante, la educación debe empezar en la familia, que, a fin de ser apta para semejante deber, debe ser católica. Los padres deben ser católicos, y deben estar unidos por los sacramentos de la Iglesia. Las juventudes deben recibir el "entrenamiento familiar cristiano"; y tal entrenamiento se vuelve imposible cuando las leyes de la Iglesia Católica son ignoradas (como bajo las leyes del Estado secularizado).

Seguidamente este Papa no sólo aconsejó a los católicos que obedecieran a la Iglesia Católica en cuestiones religiosas, sino también que siguieran su consejo en problemas sociales y políticos. A lo largo del último cuarto del siglo diecinueve él publicó muchas encíclicas en las que condenaba repetidamente al Estado Secular, la herejía del Liberalismo, y finalmente del Socialismo. Él aconsejaba a los católicos que combatieran estas ideologías que eran hostiles a la Iglesia en su propio terreno -a saber, en los campos sociales y políticos, uniéndose en sindicatos católicos y creando Partidos católicos. Su enseñanza caracterizó la política general del Vaticano hasta el comienzo del siglo veinte, cuando el tipo de Estado reiteradamente condenado por la Iglesia Católica ya se había establecido prácticamente por toda Europa.

Treinta y seis años después de las cartas inaugurales de León XIII, estalló la Primera Guerra Mundial, y el nuevo Papa, Benedicto XV, denunció lo que, según él, eran las causas reales de las hostilidades y del deterioro del mundo Occidental.



El Papa Benedicto XV (1914-1922)

¿Qué causó la Primera Guerra Mundial? preguntó él (*Ad Beatissimi*, 1 de noviembre de 1914), y en respuesta afirmó que no sólo se debía al hecho de que "los preceptos y la práctica de la sabiduría Cristiana han cesado de ser observados en el gobierno de los Estados", sino también a la debilitación general de la autoridad. "No hay más ningún respeto para la autoridad de los gobernantes", declaró, y "los lazos del deber que deberían sujetar al súbdito a cualquier autoridad que esté sobre él, han llegado a ser tan débiles que casi han desaparecido". Eso es debido a la enseñanza moderna sobre el

origen de la autoridad. ¿Cuál es la esencia de tal enseñanza? La esencia es la idea falsa de que la fuente del poder de la autoridad es *la voluntad libre de los hombres, y no Dios*. Es de esta ilusión de que el hombre es la fuente de autoridad que el esfuerzo desenfrenado para la independencia de las masas ha surgido. Tal espíritu de independencia ha penetrado en la misma casa y vida de la familia. Aun en círculos clericales el tal vicio es evidente. Se sigue de eso que hay un desprecio generalizado por las leyes y la autoridad, rebelión por parte de aquellos que deben permanecer sujetos, crítica a las ordenanzas y crimen contra la propiedad por parte de aquellos que demandan que ninguna ley les obliga. Por consiguiente, los pueblos deben volver a la antigua doctrina, y al Papa, "a quien se han encomendado divinamente las enseñanzas de la verdad", deben recordar los pueblos del mundo que "no hay poder sino de Dios; y los poderes que son, por Dios son ordenados". Como toda la autoridad viene de Dios, se sigue que todos los católicos deben obedecer sus autoridades. Sus autoridades, ya religiosas ya civiles, deben ser obedecidas religiosamente; es decir, como una cuestión de conciencia. La única excepción a este deber es cuando la autoridad es usada *contra las leyes de Dios y de Su Iglesia*; por otra parte todos los católicos, concluye al Papa, deben obedecer ciegamente, porque "el que resiste el poder, resiste la ordenación de Dios, y los que resisten se ganan condenación para sí mismos."

Benedicto XV entonces extrae conclusiones prácticas y consejos para los gobernantes de las naciones: que si quieren disciplina, obediencia, y orden, ellos deben apoyar la enseñanza de la Iglesia Católica. Es tonto, él declara, para un país gobernar sin la enseñanza de la Iglesia, o educar su juventud en otras doctrinas que no son las de la Iglesia. "La triste experiencia demuestra que la autoridad humana falla cuando la religión se deja a un lado". Así que el gobernante del Estado no debe despreciar la autoridad de Dios y Su Iglesia; de otra manera los pueblos despreciarán su autoridad. La sociedad humana, continúa el Papa, se mantiene unida a través de dos factores -el amor mutuo y el reconocimiento obediente de la autoridad sobre todos. Estas fuentes se han debilitado, con el resultado de que, dentro de cada nación, la población, está "dividida, por así decir, en dos ejércitos hostiles, amarga e incesantemente en disputa, los propietarios por un lado, y el proletariado y los obreros por el otro."

El proletariado no debe llenarse de odio, y no debe envidiar al rico, dice al Papa, porque tal proletariado se volvería una presa fácil para los agitadores. Porque "no significa que, porque los hombres son iguales por su naturaleza, ellos deben todos ocupar un lugar igual en la comunidad". Los pobres no deben mirar por sobre el rico y levantarse contra ellos, como si los ricos fueran ladrones; porque cuando los pobres hacen esto, ellos son injustos y poco caritativos, además de actuar irrazonablemente. Las consecuencias del odio de clase son desastrosas, y las huelgas han de ser deploradas, porque ellas desorganizan la vida nacional. Los errores del Socialismo han sido expuestos por León XIII, y los obispos deben ver que los católicos nunca se olviden de la condenación de León hacia éste. Ellos deben predicar el amor fraternal que nunca abolirá "la diferencia de condiciones y por consiguiente de clases, pero hará que aquellos que ocupan posiciones más altas quieran de alguna manera descender hasta aquellos en posición más baja, y hará que no *sólo* los traten justamente... sino también amablemente y en un espíritu amistoso y paciente. Los pobres, por su lado, se regocijarán en su prosperidad (la prosperidad del rico) y esperarán confiadamente en su ayuda."

Los hombres han perdido la creencia en una vida futura, y ellos consideran esta vida terrenal por consiguiente como la razón entera para su existencia. Una Prensa mala,

escuelas ateas, y otras influencias han causado este "sumamente pernicioso error". Aquellos que mantienen estas doctrinas desean riqueza; pero cuando la riqueza no está dividida igualmente, y como el Estado pone límites a la toma de la riqueza del rico, el pobre odia al Estado. "Así la lucha de una clase de ciudadanos contra otros estalla, los unos intentando por todos los medios obtener y tomar lo que quieren tener, los otros empeñándose en mantener y aumentar lo que ya poseen."

¿Por qué la Iglesia Católica en esta etapa insistió tanto sobre la autoridad y sobre el asunto de la lucha entre las clases? Porque el resonar del levantamiento social luego de la Primera Guerra Mundial ya estaba siendo oído por el Vaticano que, temiendo lo peor, estaba tomando los primeros pasos preventivos.

El consejo dado por el Papa a los católicos individuales y a las naciones debe recordarse, porque durante la década siguiente ese énfasis sobre la necesidad de fortalecer la autoridad, sobre la obediencia ciega debida por los súbditos, y sobre el deber de todos de no permitir que la diferencia de riqueza y la ideología social (es decir el Socialismo) inciten a la lucha de clases, llegó a ser el eslogan del Totalitarismo fascista.

La Primera Guerra Mundial vino y se fue dejando detrás de sí una inmensa ruina, sobre todo en los campos sociales y políticos. La sociedad en toda su extensión, como Benedicto XV había temido, fue despedazada por conflictivas doctrinas sociales y sistemas políticos enfrentados, la mayoría de los cuales estaban intentando amoldar la sociedad según los mismos principios que la Iglesia Católica siempre había condenado. Para agregar a la confusión y a la fortaleza de esas fuerzas de desorden, Rusia se había vuelto Bolchevique y se convirtió en un faro para todos los pueblos europeos con predisposición revolucionaria.

Una de las características de los individuos y movimientos Socialistas, Comunistas, y Anarquistas era que, además de apuntar a cambiar el sistema económico y social, ellos habían declarado una implacable guerra a la religión en general y a la Iglesia Católica en particular. El peligro del Socialismo, previamente teórico, se había vuelto real y apremiante. Una vez más la Iglesia Católica habló al fiel, repitiendo las declaraciones del Papa Benedicto XV y agregando imputaciones adicionales contra lo que consideraba ser la causa de la terrible inquietud mundial.

Pío XI fue electo Papa en 1922, y en el mismo año publicó su encíclica inaugural en la que él no sólo dio énfasis a la actitud de la Iglesia Católica hacia los problemas sociales y políticos, sino que también condenó a la democracia, precediendo así a las dictaduras fascistas y Nazis (*Ubi Arcano Dei, Sobre los Problemas Dejados por la Guerra Europea de 1914-1918; Sus Causas y Remedios*).

Esta encíclica discutía sobre los efectos de la guerra y declaraba que en ninguna parte había paz entre Estados, familias, o individuos. Se atribuyó la inquietud mundial al hecho de que Dios había sido desterrado de los asuntos públicos, el matrimonio, y la educación. Declaró que la guerra se repetiría a menos que los hombres compartieran la "paz de Cristo", y que la Iglesia Católica era indispensable para la paz. El Papa Pío XI seguidamente levantó el asunto social y político diciendo que había por todas partes "guerra de clases", facciosa oposición de partidos que no buscan el bien público, complots, ataques contra gobernantes, huelgas, cierres de fábricas, y disturbios. Las

doctrinas modernas habían debilitado los lazos familiares; ellas habían causado inquietud mental consiguiente a la guerra; ellas habían minado la autoridad a tal grado que la obediencia era sentida ser sumisión a un horrible yugo. Mientras los hombres querían trabajar tan poco como fuese posible, sirvientes y amos eran enemigos. La multitud de necesitados estaba creciendo en número y estaba volviéndose la reserva desde la cual las revoluciones futuras reclutarían nuevos ejércitos.

El Papa se apresuró a decir entonces que, aunque la Iglesia no discrimina entre las formas de gobierno como tales, sin embargo nadie podría negar que la estructura de una democracia sufre más fácilmente que la de cualquier otro Estado la interacción traicionera de los actos. La Democracia, afirmó Pío XI, era la causa principal de todo el caos, que había sobrevenido debido a la misma naturaleza de los Gobiernos democráticos donde la voluntad del pueblo es soberana y donde hay demasiada libertad; y cuando más democrático un país, más caótica su vida nacional.

Esta condenación de la democracia fue muy significativa, porque vino en un momento cuando las doctrinas fascistas estaban haciendo grandes adelantos en Italia y el resto de Europa. Veremos después cómo esta reprobación de la democracia no quedaría confinada al campo puramente teórico, sino que habría de entrar en la esfera política -y así contribuiría a las consecuencias trágicas que todos nosotros conocemos.

En su encíclica, Pío XI también dio varias otras causas que él alegó eran responsables de la inquietud mundial:

(1) Dios había sido alejado de la conducción de los asuntos públicos. (2) El matrimonio se había vuelto un contrato puramente civil. (3) Dios había sido desterrado de las escuelas.

Después de estas imputaciones, el Papa finalmente sugirió los remedios con los que la sociedad del siglo veinte podría curarse. Cada individuo, él dijo, debe respetar el orden divino de la obediencia humana y debe respetar el orden divino de la sociedad humana y, sobre todo, de la Iglesia Católica, maestra "incapaz de error". Sólo la Iglesia Católica, él siguió, podría traer paz y orden, porque sólo la Iglesia enseña con una comisión divina, y por mandato divino, que los individuos y los Estados deben obedecer las leyes de Dios, y la Iglesia Católica es "la única y la única divinamente constituida guardián e intérprete de estas verdades reveladas."

Siendo así, continuó Pío XI, la sociedad sólo podría encontrar una solución a sus problemas siguiendo la enseñanza de la Iglesia Católica. En cuanto a las naciones que intentan zanjar sus diferencias, era inútil para ellas crear una Institución Internacional (Liga de Naciones) sin tener en cuenta a la Iglesia. Si ellas desean que semejante organización tenga éxito, deben construirla sobre el modelo de esa Institución Internacional que trabajó tan bien durante la edad media -a saber, la Iglesia Católica. Porque sólo la Iglesia Católica puede salvaguardar la santidad de Ley Internacional, porque aunque pertenece a todas las naciones, sin embargo está por sobre todas las naciones.

Los individuos deben buscar la guía en la Iglesia Católica, no sólo en lo espiritual, sino también en cuestiones sociales; y nunca deben olvidarse que les está prohibido apoyar ciertas doctrinas sociales que la Iglesia no aprueba (es decir el Liberalismo, el

Modernismo, el Socialismo, etc.). Desgraciadamente, remarcó el Papa, hay demasiados, aun entre los católicos que están inclinados a considerar las cuestiones sociales con una mente demasiado liberal. "En sus palabras, escritos, y en el tenor entero de sus vidas, ellos se comportan como si la enseñanza y órdenes establecidas por los Papas.....se hubiesen vuelto completamente obsoletas.....En esto puede reconocerse una cierta especie de modernismo en cuestiones morales que tocan la autoridad y el orden social que, junto con el modernismo, nosotros condenamos específicamente."

El Papa Pío XI era un hombre de acción. Su reino (1922-39) que ocurrió durante uno de los períodos más nefastos de la historia moderna, estuvo marcado por su fuerte voluntad y por el hecho de que la Iglesia Católica era cada vez más dependiente de las decisiones personales del Pontífice gobernante. Él no sólo se esforzó por ver que lo que sus predecesores predicaron se llevara a cabo, sino que tenía creencias propias sumamente fuertes sobre las cuestiones tocantes a la actitud que la Iglesia Católica debería adoptar hacia los problemas sociales y políticos.

Pío XI era un hombre "despectivo de las instituciones democráticas", como su primera encíclica claramente mostró. Él se esforzó con gran éxito por impregnar el espíritu de la Iglesia Católica y, sobre todo, la política del Vaticano con hostilidad hacia ciertas grandes corrientes sociales y políticas modernas. El resultado fue que el Vaticano adoptó una fuerte y bien definida política hacia los movimientos sociales y políticos contemporáneos. Esta política estuvo basada en los principios de reforzar la autoridad del Estado y el derecho de la Iglesia Católica a desempeñar un papel más grande en la sociedad moderna. Su deber era ver que la juventud recibiera educación religiosa, conservar la santidad de la familia, y asegurar que el Secularismo fuera anatematizado, el Socialismo destruido, el divorcio abolido, y la democracia condenada.

Sus esfuerzos, dirigidos a aplicar tales principios en la realidad, trajeron pronto a la Iglesia Católica muy cerca de ciertos movimientos que, aunque completamente extraños a la religión, sin embargo compartían con el Vaticano un odio hacia ciertas tendencias sociales y políticas que entonces agitaban a la sociedad. Habiendo encontrado un terreno común, y compartiendo muchos objetivos, el Vaticano y estos movimientos políticos empezaron a batallar juntos contra lo que ellos consideraban sus enemigos comunes. ¿Quién era principalmente responsable de semejante alianza, y cómo fue que el Vaticano decidió embarcarse en semejante política?

CAPÍTULO 7:

LA POLÍTICA DEL VATICANO ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES



Pío XI (Papa entre 1922 y 1939)

Las diversas ideologías sociales y políticas y sistemas que el Vaticano combatió a lo largo del último siglo [N.T. Siglo diecinueve para el autor] y al principio del siglo veinte comenzaron a parecer casi apacibles cuando la Iglesia se encontró confrontada por el más peligroso de todos sus enemigos modernos -el socialismo.

El siglo diecinueve había sido dominado por el Liberalismo y había defendido el Secularismo y la libertad del involucramiento de la sociedad y el Estado con la Iglesia. El siglo veinte se volvió el siglo en el que el Liberalismo fue suplantado rápidamente por una ideología que en el pasado, aunque existente, nunca había sido una amenaza real a esas instituciones religiosas, sociales, y económicas sobre las que la sociedad descansaba. Esta ideología propagando una revolución social, económica, y política, había sido una y otra vez condenada por la Iglesia desde su mismo comienzo; pero estas condenaciones raramente habían ido más allá de los campos teóricos, religiosos, y sociales. Porque el Socialismo en sus varias formas, aunque había empezado a cristalizar en varios movimientos económicos, sociales, y aun políticos, sobre todo durante las últimas décadas del siglo diecinueve, había seguido siendo un enemigo débil y meramente teórico. Su peligro potencial no amenazaba seriamente la estructura sólida y estable de la sociedad.

Durante el último cuarto del último siglo la Iglesia Católica, además de condenar a priori cualquier demanda o teoría del Socialismo, dictaminó que cualquier cosa que tenga que ver con éste era anatema para cualquier buen católico. La condenación completamente teórica pasó a ser un rechazo práctico en cuanto los Socialistas empezaran a organizar los movimientos de obreros cuyos objetivos eran un desafío abierto a la forma establecida de orden económico y social.

La Iglesia, como ya se indicó, a través del Papa León XIII, habiéndose manifestado abiertamente con un absoluto rechazo a las doctrinas básicas del Socialismo, intentó contraofertar a los movimientos de obreros por sí misma. Esta actitud, sin embargo, cambió radicalmente con el advenimiento y el final de la Primera Guerra Mundial.

Aunque estos esfuerzos en el campo práctico en ese momento fueron considerados suficientes para contrapesar el progreso del Socialismo, pronto se hizo evidente que ellos no eran suficientes para ser un freno serio a los movimientos Socialistas similares. Sin embargo el Vaticano estaba bastante seguro como para no estar seriamente preocupado por eso. Porque confiaba, no tanto en las organizaciones católicas que trataban con los problemas del trabajo como tal, sino en los movimientos religiosos y políticos que estaban luchando su batalla en la misma fuente del poder -a saber, dentro de los Gobiernos.

Además de los varios poderosos Partidos Católicos, la Iglesia tenía una Prensa católica influyente y grandes aliados, representados por aquellos estratos de la sociedad cuyos intereses requerían que el statu quo social-económico se mantuviera intacto, los terratenientes o los nuevos promotores de inmensos emprendimientos industriales. Ellos consideraron a la Iglesia Católica como su natural aliado, mientras la Iglesia, a su vez, los consideró como la mejor defensa contra cualquier amenaza seria de la nueva ideología Socialista.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, este estado de cosas fue profundamente modificado. Millones de hombres fueron desarraigados de repente de sus ambientes comparativamente pacíficos en los que ellos habían vivido y fueron puestos en trincheras o en fábricas. La vida, como ellos la conocieron, se deterioró cada vez más por las devastaciones de una guerra que, aun antes de que acabara, había empezado a alterar los valores de naturaleza religiosa, social, y política. La ideología Socialista que, hasta entonces, había afectado sólo a un estrato comparativamente estrecho de los más descontentos obreros manuales y a franjas de intelectuales, empezó a ser absorbido por inmensos números de hombres y mujeres insatisfechos.

En 1917, habiendo sobrevenido una revolución Socialista, Rusia instaló un Gobierno Bolchevique. El siguiente año finalizó la Primera Guerra Mundial, acompañado por la dislocación del orden establecido, el desempleo masivo, el desconcierto, y la desilusión. Inmediatamente después las doctrinas Socialistas se extendieron por todas partes y fueron miradas por muchos como el programa en el que un orden social y económico mejor podría construirse en el mundo de post-guerra. Las huelgas paralizaron industrias, pueblos enteros, y naciones enteras; las fábricas fueron ocupadas y se eligieron comités de obreros para manejarlas; se tomaron tierras; los oficiales eran insultados y el patriotismo ridiculizado; las autoridades en los consejos locales o gobiernos fueron atropelladas. Los planes teóricos para el establecimiento de una sociedad Socialista, como era concebida por el Socialismo, fueron puestos en funcionamiento, y la ola Roja barrió prácticamente toda Europa, llegando a ser más o menos violenta según las condiciones y la resistencia locales.

¿Dónde se posicionó la Iglesia Católica? La Iglesia Católica se había vuelto uno de los blancos principales de los Rojos. Esto por dos razones: primero, debido a sus ataques pasados y actuales sobre la ideología Socialista como tal y sobre todos los Socialistas; segundo, debido a su estrecha asociación con los enemigos naturales de una sociedad Socialista -las clases terratenientes, los grandes industriales, y todos los otros estratos que abogaban por el Conservadurismo.

En vista de esto, los Socialistas proclamaron que expropiarían a la Iglesia y le prohibirían enseñar en las escuelas, y que el clero ya no sería pagado por el Estado, y

que la propaganda antireligiosa haría a la nueva sociedad Socialista, si no atea, al menos no religiosa. Apuntando a la Rusia soviética como su modelo, ellos siguieron sus palabras con actos de violencia. Pronto se hizo claro -incluso para los cardenales más ciegos en el Vaticano- que lo que en el pasado había sido considerado el más grande peligro -a saber, la secularización apoyada por el Liberalismo- no era en realidad más que un antagonista apacible cuando se lo comparaba con la secularización contemplada por los Socialistas.

Entretanto, todos los otros elementos que se sentían amenazados se habían organizado y habían empezado a contraatacar a través de movimientos sociales, políticos, y patrióticos de todos los tipos. Grupos militaristas fueron establecidos, la violencia rápidamente fue contestada con la violencia, y los campamentos opuestos en varios países europeos empezaron a acudir al recurso de asesinar y a la quema de periódicos y edificios hostiles. Pronto, debido a su mejor organización y a la confusión en los campamentos de sus antagonistas, y al hecho de que grandes sectores de la población se habían cansado de las huelgas interminables y de las peleas, los movimientos anti-socialistas empezaron a frenar, y en varios casos, a detener completamente, el avance Socialista.

En el Vaticano se daba la bienvenida a cualquiera de esos movimientos antisocialistas, eran mirados con gran simpatía, y, siempre que fuese posible, eran apoyados. Pero la lucha respecto al tipo de política que debía adoptarse hacia la amenaza Roja dividió al Gobierno de la Iglesia y se volvió cada vez más aguda.

Este conflicto interno en el Vaticano giraba en torno al problema de si se debía respaldar activamente las medidas violentas de los nuevos movimientos antisocialistas. Estas medidas no sólo prometían destruir a los Socialistas, sino también restaurar el orden y frenar a cualquier individuo o movimiento que pudiera poner en peligro a la sociedad. La otra alternativa era combatir la amenaza Roja como la Iglesia combatió al Liberalismo, y al Secularismo antes de la guerra -a saber, por medios legales y, en la arena social y política, creando organizaciones de obreros y de campesinos y partidos políticos.

El primer grupo sostenía que los únicos medios por los que los enemigos de la Iglesia -a saber, los Socialistas- podían ser combatidos eficazmente consistían en el empleo de medidas drásticas. Anatemas, o las organizaciones religiosas o sociales, aun los partidos políticos católicos poderosos, ya no eran suficiente cuando se enfrentaban a la propaganda y métodos violentos de los antagonistas Rojos. La Iglesia Católica no podía entrar en el campo que incitaba el pillaje y la violencia. Cuando eso se hizo, a través de algún Partido católico cuyos miembros habían en varias ocasiones saboteado huelgas organizadas por los Socialistas, el único resultado había sido volver aún más amargo al enemigo de la Iglesia. Sólo quedaba un camino abierto ante la Iglesia Católica: una nueva política de apoyo total y de estrecha alianza con cualquier movimiento político exitoso que pudiera garantizar la destrucción del Socialismo, el mantenimiento del statu quo, y sobre todo, el respeto y una posición privilegiada para la Iglesia.

Esto era más urgente que nunca, sostenían los patrocinadores de semejante teoría, debido a las pérdidas colosales en que la Iglesia estaba incurriendo diariamente. Estas pérdidas no eran más una cuestión de individuos que abandonaban la Iglesia Católica, sino que se había vuelto apostasía en masa. Y aunque algunas de estas pérdidas

podieran remontarse a los envenenados principios del Liberalismo y la Educación Secular, la fuerza más responsable era el Socialismo. Dondequiera que se concentraba la industrialización acoplada con el urbanismo, la Iglesia invariablemente perdía a sus miembros mientras su adversario Rojo los ganaba. Estas pérdidas eran de una naturaleza doble, porque un individuo no se limitaba a rechazar la Iglesia Católica sólo en un terreno religioso, sino también en el terreno social y político. Los Católicos que ya no prestaban atención a la Iglesia Católica casi siempre se unían a movimientos políticos hostiles a la Iglesia Católica. Después de la guerra, los movimientos que más se beneficiaron fueron el Socialismo y el Comunismo. Pronto se hizo evidente, por consiguiente, que los que votaban al Socialismo eran pérdidas casi ciertamente irreparables para la Iglesia, y un Papa (Pío XI) después resumió la posición cuando declaró que "Ningún católico puede ser un Socialista" (*Quadragesimo Anno*, 1931).

En Italia, un país católico, inmediatamente después de la guerra (1919), de un total de 3,500,000 votos el Socialismo registró los votos de 1,840,593; y en 1926 los Liberales y Socialistas registraron los votos de 2, 494,685. En Austria, en 1927, los Socialistas consiguieron 820,000 votos, mientras en Viena solamente ellos aumentaron sus logros por sobre la elección anterior en 120,000 votos. En Checoslovaquia, hasta 1930, la Iglesia Católica perdió 1,900,000 miembros, mientras en Alemania los Socialistas y comunistas en 1932 registraron 13,232,292 votos. Estas pérdidas causaron que el Vaticano apoyara a cualquier Estado que proclamara su intención de desinstitucionalizar un país y convertirlo en un Poder agrícola -de allí el apoyo a Petain- porque las comunidades agrícolas habían demostrado ser intensamente Conservadoras y fieles a la Iglesia.

Durante los años inquietos y amenazantes que siguieron inmediatamente a la Primera Guerra Mundial, el Vaticano no podía tomar una determinación sobre la política a adoptar. Animó a ambos [N.T.: a los que propiciaban medidas drásticas violentas y a los que seguían una línea más legal], sin dar apoyo muy pleno a ninguno. En Italia, por ejemplo, les dio permiso a los católicos italianos para formar un Partido católico fuerte con una perspectiva social progresista que en muchas ocasiones respondió con violencia a los métodos de sus antagonistas. La decisión permaneció con Benedicto XV, un hombre con inclinaciones Liberales.

Cuando Benedicto XV murió y un nuevo Papa se sentó sobre el trono, la política del Vaticano fue cambiada drásticamente. El Vaticano adoptó, aunque al principio con las debidas precauciones, la política de alianza con los fuertes movimientos políticos antibolcheviques.

Pío XI, un hombre de disposición autocrática y de una naturaleza inflexible que no tenía amor por la democracia fue elegido Papa en 1922. Éste fue un año fatal, no sólo en la historia de la Iglesia Católica, sino también en la historia de Europa, y, de hecho, para el mundo entero, porque durante éste los primeros Totalitarios Derechistas tomaron control de una nación moderna (es decir, los fascistas italianos -el 28 de octubre de 1922). Desde ese año en adelante la política del Vaticano se volvió cada vez más claramente definida. Su alianza con los Poderes de reacción se volvió cada vez más abierta. Por toda Europa, de España a Austria, de Italia a Polonia, las dictaduras tomaron el poder por medios legales o semi-legales, muy a menudo abiertamente apoyadas por el Vaticano. Desechando los métodos antiguos, el Vaticano llegó tan lejos como para pedir la disolución de un gran partido católico tras otro a fin de ayudar al

Fascismo primero y luego al Nazismo a fortalecer su dominio absoluto sobre sus respectivos Estados.

El Papa, no contento con eso, proclamó en más de una ocasión que el primer dictador fascista (Mussolini) era "un hombre enviado por la Providencia Divina". Habiendo advertido a los fieles de todo el mundo que "ningún buen católico puede ser Socialista", él escribió una encíclica en la que recomendaba a los países católicos la adopción del Estado Corporativo Fascista (*Quadragesimo Anno*, 1931).

Cuando los Estados fascistas empezaron sus agresiones externas, el Vaticano los ayudó -indirectamente y, en más de un caso, aún directamente. Se exigía a los católicos en los países involucrados que los apoyaran, o eran empleados medios diplomáticos, como en el caso de la Guerra abisinia (1935-6), o en el caso de la apropiación de Austria (1938) y Checoslovaquia (1939).

¿Qué consiguió el Vaticano a cambio de su ayuda? Consiguió lo que le habido inducido a hacer una alianza con estos implacables movimientos políticos -a saber, la aniquilación total de todos aquellos enemigos que tan a menudo había condenado durante los siglos diecinueve y veinte -no sólo el Socialismo y el Comunismo, sino también el Liberalismo, la democracia y el Secularismo.

Los sindicatos y las organizaciones sociales, culturales, y políticas apoyados por los comunistas, los partidos Socialistas, democráticos, o Liberales, fueron arrasados; y los partidos políticos fueron prohibidos. La Prensa, las películas, el teatro, y todas las otras instituciones culturales eran controladas por el partido único. El pueblo fue privado de la elección libre -manteniéndose una caricatura de elecciones en las que los electores tenían que decir "sí" o "no" a una lista entera de candidatos seleccionada por el partido.

Todo el espíritu y la maquinaria de las dictaduras corrían paralelos con el espíritu y la maquinaria de la Iglesia Católica. Había sólo un partido, porque todos los otros eran perniciosos; había sólo un líder que no podía hacer nada mal y que no rendía cuentas a nadie más que a sí mismo. Los de su pueblo le debían obediencia ciega, sin discutir sus órdenes; ellos tenían que pensar lo que él les decía que pensarán; tenían que escuchar los programas de radio, leer los diarios y libros que él seleccionaba para ellos. Las multas y el encarcelamiento eran las penalidades por la transgresión, y a nadie le estaba permitido siquiera susurrar contra la sagacidad del régimen o su líder. Una policía Estatal siempre estaba alerta para arrestar y enviar a los infractores a los campos de concentración.

Se le dio a la Iglesia Católica un gran margen de seguridad y a menudo de privilegio; la religión católica fue proclamada la religión del Estado; se introdujo la educación religiosa en las escuelas; se hicieron obligatorias las bodas religiosas, y se prohibió el divorcio; todos los libros contra la religión fueron suprimidos; la santidad de la familia fue defendida; se inició una campaña para inducir a las parejas a criar a tantos niños como fuera posible; el clero era pagado por el Estado; las autoridades aparecían en las ceremonias religiosas públicas; y la Iglesia, de un sólo golpe, no sólo había destruido a todos sus enemigos viejos y nuevos, sino que había recuperado una posición privilegiada en la sociedad que difícilmente podría esperar obtener bajo el anterior estado de cosas.

No todo fue bien, sin embargo, entre la Iglesia Católica y sus compañeros políticos. A menudo se suscitaron amargas controversias, sobre todo con el Nazismo, y hubo incluso formas de leve persecución sobre las que el Papa tuvo que escribir encíclicas (*Non Abbiamo Bisogno*, 1931, contra el Fascismo italiano, y *Mit Brennender Sorge*, 1937, contra el Nazismo). Es notable, sin embargo, que tales riñas casi invariablemente eran por el hecho de que la Iglesia y el Estado reclamaban tener el derecho exclusivo para tratar con ciertos problemas específicos; por ejemplo, el control y la educación de la juventud -o por brechas del Concordato. En el caso del Nazismo, se suscitaba la queja cuando la religión como tal era deliberada y descaradamente atacada.

Aparte de estos problemas recurrentes, el Vaticano nunca se atrevió a condenar al Fascismo, al Nazismo, o a los movimientos similares como anteriormente había condenado, por ejemplo, al Liberalismo en el siglo diecinueve, o al Socialismo en el siglo veinte. ¿Por qué debería hacerlo? Que no todo fuera perfecto en la nueva alianza era humano, y, aunque a menudo la Iglesia no obtuvo tanto como quería, sin embargo obtuvo mucho más de lo que jamás habría soñado de haberse permitido que continuase el anterior estado de cosas.

Fue así que, una vez que el Vaticano empezó a seguir su nueva política, nunca se desvió de ésta. Al contrario, la siguió con una constancia que en el largo intervalo de más de veinte años contribuyó a la consolidación del Totalitarismo fascista sobre el Continente entero.

El estímulo que las diversas dictaduras recibieron de la Iglesia Católica no se confinó al campo doméstico, sino también obró en el campo de la política internacional. Porque la Iglesia Católica, teniendo que combatir a los mismos enemigos, tuvo que adoptar la misma política en casi todos los países europeos, para salvaguardar sus intereses. Por consiguiente se hizo alianza con esas fuerzas que habían sido tan útiles a ella en los Estados donde una dictadura fascista había sido establecida.

Naturalmente, aunque la Iglesia intentó alcanzar las dos metas principales -la destrucción de sus enemigos y el resguardo de sus intereses- no siendo todos iguales los eventos, las circunstancias, los tiempos, y los hombres, diferentes tácticas tuvieron que ser adoptadas en cada país. En un país al Partido católico le fue permitido cooperar con el Socialista (como en Alemania); en otro una dictadura católica abierta los ametralló (como en Austria); en un tercero el Partido católico, movido por motivos raciales y religiosos, fue empleado para debilitar al Gobierno central y así acelerar su destrucción (como en Checoslovaquia); en un cuarto los católicos devotos se volvieron agentes de un agresor fascista externo (como con Seyss-Inquart en Austria, y Monseñor Tiso en Checoslovaquia); y en un quinto un abierto levantamiento de un general católico, respaldado por la Iglesia y el Vaticano, fue la política adoptada (como con el General Franco en España).

Además de querer hacer de un continente entero seguro para la religión en general y para la Iglesia Católica en particular, a través de esta alianza con el Fascismo, el Vaticano tenía otra meta muy importante en vista: el freno y la eventual destrucción de ese faro de Ateísmo y Bolchevismo mundial -a saber, la Rusia soviética.

Desde el mismo principio de la Revolución rusa (1917), a la cual bastante paradójicamente el Vaticano había dado la bienvenida, la política del Vaticano en la

esfera internacional tenía una meta principal: consolidar todas las fuerzas y países en un sólido bloque hostil a la U.R.S.S. Una de las razones principales para el apoyo del Vaticano a Hitler, además de la destrucción del Bolchevismo en Alemania, era crear un Poder fuerte y hostil que actuaría como una muralla china que impediría al Bolchevismo ruso infectar el Oeste. Este poder un día aun podría destruir totalmente la Rusia soviética. Esta política el Vaticano la siguió implacablemente hasta el mismo final de la Segunda Guerra Mundial, no sólo en lo que a los Poderes fascistas respecta, sino también tratando con Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, como tendremos ocasión de ver luego.

Si el Vaticano no hubiese existido, o hubiese permanecido completamente neutral, o hubiese sido hostil al levantamiento y progreso del Fascismo, quizás el gran cataclismo cuyo clímax fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial simplemente hubiese venido lo mismo. No hay ninguna duda por otro lado, que la ayuda, directa e indirecta, que el Vaticano pudo dar en ciertos momentos críticos a los Estados fascistas ayudó grandemente a acelerar el proceso que guió a la cristalización de Europa en un Continente fascista, y al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Es verdad que no fue la política que el Vaticano, cuando confrontado con el crecimiento de una ideología temible y hostil (el Socialismo), decidió que era la más apta para las condiciones en el siglo veinte, la que llevó al mundo donde éste fue. Fuerzas colosales completamente extrañas a la religión en general y al Catolicismo en particular eran principalmente responsables. No obstante, la alianza que el Vaticano selló con esas fuerzas no religiosas, y la ayuda que les dio bajo las circunstancias críticas, las ayudó en alto grado a inclinar el equilibrio y así conducir a la humanidad por el camino del desastre. Sin embargo, no es nuestra tarea acusar ni tampoco descargar al Vaticano de su parte de responsabilidad en la tragedia mundial. Los hechos hablarán más fuertemente que cualquier otra cosa. Una vez que la parte que el Vaticano ha desempeñado en los campos domésticos e internacionales durante y entre las dos guerras mundiales se haya examinado, estará en el lector extraer sus propias conclusiones. Por consiguiente, de ahora en adelante nuestra tarea será trazar un cuadro del rol que la Iglesia Católica y el Vaticano tuvieron en la vida social y política de cada país importante, y así dar una vista panorámica de las actividades del Vaticano en todo el mundo durante la primera mitad de este nuestro siglo veinte.

CAPÍTULO 8:

ESPAÑA, LA IGLESIA CATÓLICA Y LA GUERRA CIVIL



El General Franco

En ninguna parte más que en España la Iglesia Católica se debe haber esforzado a lo largo de los siglos por controlar todos los aspectos de la vida de la nación. Sea debido al temperamento español inclinado al extremismo y a estar de acuerdo con el dogmatismo del Catolicismo o a otros factores, la Iglesia Católica, desde principios de la Edad Media hasta el presente, ha sido un poder superior, moldeando las vicisitudes culturales, sociales, económicas, y políticas de ese país.

A pesar del dominio absoluto de la Iglesia sobre España, la Iglesia y el pueblo han tenido relaciones turbulentas desde el mismo principio. Aunque fue un español, el Emperador Teodosio quien en el año 380, bajo el Papa Dámaso (hijo de un español), introdujo por primera vez el esquema de una sociedad entre la Iglesia y el Estado, el pueblo español siempre ha demostrado resistencia a Roma.

Roma y los ultracatólicos en España, enemigos mortales de aun la más ligera tendencia hacia el Liberalismo, ganaron la batalla en 1851. Un Concordato fue concluido por el cual el Estado se comprometió a que la religión católica romana fuese la única religión en España; otros servicios religiosos fueron estrictamente prohibidos; la Iglesia podía mantener la más estrecha supervisión sobre las escuelas y universidades privadas por medio de sus obispos cuya tarea era asegurar que toda la educación estuviese en armonía absoluta con el Catolicismo. Según las cláusulas en el Concordato el Estado prometía ayudar a los obispos suprimiendo cualquier intento por pervertir a los creyentes y previniendo la circulación o publicación de periódicos o libros dañinos. Cada actividad en España era controlada por los caprichos de la Iglesia.

Pero la Constitución Democrática de 1869, aunque todavía compromete al Estado a pagar los gastos de la Iglesia y del clero, enfureció a la Iglesia Católica, porque esta constitución concedió al mismo tiempo libertad religiosa, libertad de enseñanza, y libertad de Prensa. Cuando la Guerra Civil que siguió, y en la que la Iglesia Católica desempeñó un rol principal, acabó en victoria para los elementos reaccionarios moderados (1875), la Iglesia intentó volver a retroceder el reloj una vez más, y en otro

de sus esfuerzos por ahogar las llamas del Liberalismo y la libertad política y religiosa, ejerció todo su poder para imponer sobre el reacio pueblo español el Concordato de 1851.

La Iglesia casi consiguió, pero no absolutamente, todo lo que quería. La nueva Constitución de 1876 tenía cláusulas por las cuales la religión católica fue declarada la única religión del Estado, el clero católico y los servicios de la Iglesia eran pagados por el Gobierno, y no se permitían otras manifestaciones excepto las de la Iglesia Católica. Sin embargo el Líder Conservador, Cánovas, ignorando totalmente las protestas del Papa y las amenazas de los católicos, también insertó cláusulas por las cuales nadie podría ser procesado en territorio español por sus opiniones religiosas o su culto religioso. Aun tal tolerancia tan limitada fue combatida por la Iglesia Católica durante las décadas finales del último siglo y las décadas iniciales del siglo veinte. De aquí en adelante permaneció obstinadamente a la vanguardia exigiendo más y más restricciones de las libertades religiosas y políticas del pueblo español, e imponiendo su autoridad sobre éste en todos los sectores de la sociedad.

Los exitosos rivales de la Iglesia Católica eran los aborrecidos Liberales que, a pesar de la enorme oposición de la Iglesia y los elementos Conservadores, hicieron persistentes esfuerzos por librar a España de la intrusión religiosa del Catolicismo. En virtud de la Constitución, ellos disputaron el derecho de los obispos a inspeccionar escuelas privadas o a compeler al estudiante de escuelas Estatales a asistir a la instrucción religiosa. Ellos exigieron que en las universidades no hubiera enseñanza religiosa, y que hubiera libertad de Prensa y otras libertades semejantes compatibles con los principios Liberales y democráticos del Estado moderno.

La implacable batalla del Vaticano contra el Liberalismo durante la segunda mitad del siglo diecinueve, aunque en muchos países europeos una batalla perdida, tuvo más éxito en España. Aquí el pueblo todavía permanecía a merced de la Iglesia Católica, y leyes de naturaleza civil, social, y aun económica y política fueron directa e indirectamente hechas encajar dentro del armazón de los principios éticos y sociales apoyados por la Iglesia. La Iglesia Católica reinaba en todas partes, en las escuelas, en la Prensa, en las Cortes [las asambleas parlamentarias], en el Gobierno, en el Ejército; sostenida por una militante y obstinada Jerarquía, opulentas órdenes religiosas, los grandes propietarios, y la Monarquía. Penetró por todas partes, pero sobre todo en los lugares de poder, y pudo imbuir con su espíritu de reacción la nación entera, y obstruir los esfuerzos de todos aquellos (principalmente los Liberales) que intentaban traer el viento fresco de una nueva época.

La Iglesia Católica predicó contra los principios democráticos, afirmando que como las masas no pueden manejar el poder que sólo deriva de Dios, estaban equivocadas al pretender el autogobierno. Así cortó de raíz cualquier inclinación hacia el autogobierno y la responsabilidad colectiva, estorbó la libertad de Prensa, combatió el Modernismo, etc., y cualquier idea de emancipación de las clases bajas o de las mujeres, y cualquier deseo de tolerancia religiosa o la introducción del divorcio.

Para mostrar hasta qué punto la Iglesia Católica en España estaba contra cualquier idea progresista, es suficiente con señalar las escuelas secundarias. La Iglesia Católica controlaba, a través de las municipalidades católicas casi todas las escuelas estatales, además de las propias, y enseñaba a los alumnos que si ellos se asociaban con Liberales,

ellos irían al infierno. Este marco mental todavía existía en la tercera década del siglo veinte, cuando un Catecismo de la Iglesia completo fue reeditado y distribuido en las escuelas (1927).

El libro declara que el Estado debe estar sujeto a la Iglesia como el cuerpo al alma, como lo temporal a lo eterno. Enumera los errores del Liberalismo -a saber, libertad de conciencia, de educación, de propaganda, de reuniones, de expresión, de Prensa, declarando categóricamente que es herético creer en tales principios. Citamos algunos extractos típicos:

"¿Que enseña el Liberalismo?"

"Que el Estado es independiente de la Iglesia."

"¿Qué tipo de pecado es el Liberalismo?"

"Es un sumamente grave pecado contra la Fe."

"¿Por qué?"

"Porque consiste en una colección de herejías condenadas por la Iglesia."

"¿Es un pecado para un católico leer un periódico Liberal?"

"Él puede leer las Noticias de la Bolsa de Valores."

"¿Qué pecado es cometido por quien vota a un candidato Liberal?"

"Generalmente un pecado mortal."

Este increíble antagonismo católico alcanzaba a todos los estratos de la sociedad española, del más bajo al más alto, incluso al Rey mismo. En 1910 el joven tutor y confesor del Rey, el Padre Montana, afirmó en *El Siglo Futuro*, que el Liberalismo era un pecado y los españoles que comían con protestantes eran excomulgados (H. B. Clarke).

Es fácil imaginar el estado de la educación y de la preparación del pueblo español en las esferas social y política cuando esta política fue implementada por décadas. En 1870 más del 60 por ciento de la población de España era analfabeta. En 1900 el presupuesto para la educación, incluyendo la subvención Estatal para las escuelas monacales, era de 17,000,000 de pesetas. En 1930, aunque aumentó hasta 166,000,000, todavía era inadecuado, de lo cual, la prueba mejor, es que en Madrid solamente más de 80,000 niños no asistían a la escuela. Y a los niños que eran lo bastante afortunados como para asistir a la escuela (generalmente dirigidas por los curas párrocos) se les enseñaba tan poco que "los padres se quejaban de que en las escuelas del Estado los niños pasaban la mitad de sus horas de clase diciendo el Rosario y absorbiendo historia sagrada, y nunca aprendían a leer" (ver *El Laberinto español*, Brenan).

Mientras ejercía una dictadura virtual sobre la mente, la Iglesia Católica también controlaba una inmensa porción de la riqueza del país; y aunque había perdido millones

de miembros durante los últimos sesenta años, sin embargo desde aproximadamente 1874 hasta la caída de la Monarquía (1931) ganó sostenidamente en riquezas e influencia. A la muerte de Alfonso XII, la Reina Regente, a cambio de la protección de León, dio inmensas sumas para la Iglesia Católica y para las escuelas y universidades católicas que estaban pobladas por el clero francés que había dejado Francia debido a las leyes de Secularización. El Vaticano, la Jerarquía española, la Reina y los católicos franceses trabajaron de la mano en un esfuerzo supremo para acabar con el "Ateísmo Liberal". Una ola de clericalismo barrió España que estaba más atestada con conventos, universidades, e instituciones religiosas que nunca antes.

Los líderes de este movimiento eran los Jesuitas (ver el Capítulo 5), que durante siglos habían empleado sus riquezas para adquirir poder político (y viceversa). Su riqueza llegó a ser tan grande que para 1912 ellos controlaban "sin exageración un tercio de la riqueza de capital de España" (*La Revue*, J. Aguilera, Secretario de Fomento, 1912). Ellos poseían ferrocarriles, minas, fábricas, bancos, compañías de navegación, y plantaciones de naranjas, siendo su capital circulante equivalente a algo así como 60,000,000 de libras esterlinas.

Su control de esta riqueza ciertamente no era una cosa saludable para una nación como España cuyas clases medias y bajas vivían en la más espantosa miseria económica. Y cuando uno considera que a fin de mantener e invertir este dinero la Iglesia Católica tenía que conservar el statu quo y mantenerse en íntima alianza con los ricos que les dejaban sus herencias, muy a menudo en pago por la protección de la Iglesia a las clases altas, es fácil ver que el destino de la Iglesia estaba atado con el de los elementos más reaccionarios, en alianza contra cualquier innovación cultural, económica, social, o política. El resultado fue que España estaba controlada por castas gobernantes, intentando mantener un pasado muerto hace mucho en el resto de Europa.

En gran parte debido a esto la Iglesia Católica continuó perdiendo adherentes en una escala cada vez más alarmante. Para 1910 más de *dos tercios* de la población ya no eran católicos, y los matrimonios y funerales civiles se habían vuelto comunes. Con el ocaso de la Monarquía, el escepticismo y la hostilidad hacia la Iglesia Católica alcanzaron alturas peligrosas. Según el Padre Peiró, sólo el 5 por ciento de los lugareños de España Central asistían a Misa; en Andalucía el 1 por ciento; y en muchos pueblos el sacerdote decía Misa solo. En una parroquia de Madrid, con una población de 80,000, sólo el 3½ por ciento asistía a Misa, el 25 por ciento de los niños nacidos no se bautizaba, y más del 40 por ciento moría sin los sacramentos.

La razón para esto, además de la época, era el obscurantismo de la Iglesia Católica, su riqueza, y la actitud militante de la Jerarquía en la vida política de la nación.

La Iglesia Católica había intentado organizar las clases obreras a fin de gobernarlas mejor; en realidad los intereses de los trabajadores eran completamente descuidados. Está claro que todo estos movimientos eran en esencia una trampa para amansar a los trabajadores católicos intranquilos y así impedir que se unieran a los que ya habían rechazado a la Iglesia Católica. Las más anticlericales eran las clases obreras urbanas, donde el anarcosindicalismo se extendió como un fuego descontrolado. Porque allí la Iglesia estaba identificada con los grandes propietarios y los explotadores, y la actitud de la Iglesia hacia los trabajadores podría ser resumida con las palabras de Bravo Murillo, a quien se la atribuye haber declarado: "¿Quieren que yo autorice una escuela a

la cual van a asistir 600 trabajadores? No en mi tiempo. Aquí no queremos hombres que piensan sino bueyes que trabajan." No es sorprendente que, en vista de este estado de cosas, el pueblo español desarrollara una peligrosa línea de extremismo económico-social, y que las clases obreras, en lugar de pensar en provocar cambios en forma de Socialismo, pensarán en cambios en forma de Anarquismo y Sindicalismo.

Cuando confrontadas con actividades de este tipo la Iglesia, la Monarquía, y las clases gobernantes se unieron para ejecutar los métodos más crueles de represión. En su empeño por mantener el statu quo ellos persistieron por más de medio siglo persiguiendo a todos aquellos elementos que aspiraban provocar cambios -no sólo a los extremistas, sino también a los moderados y a cualquiera sospechoso de tener simpatías revolucionarias. Desde 1890 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, España se transformó en una gigantesca prisión; había arrestos indiscriminados, miles fueron encarcelados, cientos fueron fusilados, y los métodos de tortura usados en tiempos antiguos contra los herejes fueron empleado contra los prisioneros políticos.

A pesar de esto, y debido principalmente al terremoto de la guerra, la ola de inquietud que barrió el Continente, y las ideas de escritores españoles modernos como Galdós e Ibañez, el pueblo español empezó a moverse amenazadoramente. La Iglesia Católica (que continuaba perdiendo las masas), el Rey (temiendo la exposición de un grosero escándalo), el Ejército, y los terratenientes, todos conspiraron y establecieron a uno de los primeros dictadores de posguerra, el aristócrata General de Rivera, en 1923. (El año anterior, 1922, Mussolini había tomado el poder en Italia). Las pocas libertades hasta aquí disfrutadas por el pueblo español desaparecieron; la miseria económica y social se ahondó; y, bajo la superficial pantalla de orden mantenida por la policía, por el dictador y sus aliados, y por la Jerarquía de la Iglesia Católica, la condición del pueblo español se volvió peor que nunca. El statu quo fue mantenido, o más bien ocurrió un retroceso. Lo dado para educación cayó de 37,000,000 a 33,000,000 de pesetas; mientras que la apropiación para el clero subió de 62,000,000 a 68,000,000 agregando así más riqueza a las ya colosales riquezas de la Iglesia Católica.

La dictadura fue apoyada en un tiempo por muchos españoles moderados, cansados del antiguo régimen, que esperaban acabaría con la convocatoria de las Cortes Constituyentes. Pero éste se convirtió ahora en un régimen en el que sólo contaba la palabra del dictador, cuyos pilares eran el espionaje, la represión, y la censura. Incluso el Ejército retiró su apoyo; y el nuevo régimen totalitario que alcanzó su pico más alto en 1926, para 1928 había llegado a ser odiado aun por muchos de sus partidarios -con la excepción de la Iglesia Católica y los más rabiosos Conservadores- y para enero de 1930 había llegado al final.

Todo las fuerzas reprimidas del pueblo español emergieron a la luz pública y osadamente pidieron la expulsión de la Monarquía católica y la eliminación de los privilegios de la Iglesia Católica.

En 1931, en las elecciones municipales, el voto para la alianza Republicana-Socialista fue en muchos pueblos tres a uno. Cuando al día siguiente se conocieron los resultados, el Rey abandonó apresuradamente el país, haciendo a Francia su cuartel general. Las elecciones generales tuvieron lugar dos meses más tarde; los Republicanos (Liberales) ganaron 145 escaños, los Socialistas 114, los Radicalsocialistas 56, mientras todos los otros partidos Católicos y Conservadores juntos obtuvieron 121 escaños.

Como Azaña declaró en las Cortes, España había "dejado de ser un país católico". La Monarquía fue abolida; una República fue declarada; y durante los siguientes tres años España empezó a abrir sus puertas a aquellas reformas que la Iglesia Católica, la Monarquía, y sus aliados habían impedido tan persistentemente. Las Cortes aprobaron leyes eliminando los privilegios y quitando el aporte a la inmensa riqueza de la Iglesia Católica; expulsando a los Jesuitas que durante tantos años habían sido las mentes detrás de las dictaduras católicas; prohibiendo a monjes y monjas que interfirieran con el comercio y, sobre todo, con la educación en la cual la Iglesia Católica había tenido un monopolio. El matrimonio fue secularizado, el divorcio introducido, y la libertad de expresión y de Prensa, y la tolerancia religiosa fueron proclamadas en todas partes.

La Iglesia Católica, a través de su Jerarquía y a través del Vaticano, luchó con todos los medios en su poder, apelando a la conciencia religiosa del pueblo para que no permitiera a los "Rojos Anticristos" gobernar España, sino que se "librara de los enemigos del Reino de Jesucristo" (Cardenal Segura). La Iglesia Católica en España, liderada por su Primado, publicó una carta pastoral de los obispos españoles; mientras al mismo tiempo el Papa escribió una encíclica (3 de junio de 1933). Ambas invitando a los fieles a unirse a "una santa cruzada para la restauración integral de los derechos de la Iglesia". Los cardenales y los obispos continuaron escribiendo y predicando para el pueblo, incitándole contra el Gobierno y pidiendo una abierta rebelión.

A diferencia de los regímenes católicos del pasado, el nuevo Gobierno, fiel al principio de libertad, no quería represalias, y los partidos anticlericales, después de sus triunfos electorales, se abstuvieron de cualquier represalia. Después de haber pasado sólo casi un mes (veintisiete días después de las elecciones), trabajadores enfurecidos por los fanáticos anatemas de la Iglesia Católica y por la incitación del Cardenal Segura a la revolución, empezaron a incendiar iglesias y monasterios. Estos actos de violencia llevaron a más, y los partidos anticatólicos que habían mostrado extraordinaria tolerancia, debieron recurrir a la fuerza ante las continuas provocaciones y amenazas de la Iglesia Católica y sus partidarios. La Iglesia y sus adherentes constituyeron las fuerzas reaccionarias de los regímenes anteriores, juntos con el estrato más retrasado del campesinado, que, gracias a la Iglesia Católica, todavía era 80 por ciento analfabeto en la tercera década del siglo veinte.

La Iglesia Católica se organizó para combatir a su oponente en su propio terreno -a saber, por medio de un partido político. Los Jesuitas fueron una vez más los instrumentos de las nuevas tácticas. Ellos intentaron imitar al Partido del Centro en Alemania, sosteniendo que el partido no sólo debía estar compuesto por los dueños de las tierras, y los oficiales del Ejército, sino también por las masas. Tal partido fue fundado en 1931, y fue conocido como Acción Popular, siendo la rama política de Acción católica (ver el Capítulo 5).

La política del partido era tolerar la República, pero combatir y destruir sus leyes anticatólicas penetrando en el Gobierno anticatólico por medio de los canales políticos. Así, después de producir interferencias en el campo del enemigo, el partido intentaría apoderarse del poder político. Era la táctica del caballo de Troya.

El Vaticano, habiendo alcanzado la conclusión de que tenían que ser empleados nuevos métodos, dio la orden a la Jerarquía española para que abandonara su intransigencia y siguiera el nuevo liderazgo. El conductor principal de este nuevo movimiento católico

fue el director del periódico controlado por los Jesuitas (*Debate* -Ángel Herrera) quien puso al frente a un líder católico, Gil Robles, un alumno de los Padres Salesianos. Gil Robles visitó a Hitler, Dolfuss, y otros, se volvió un caluroso admirador de los Nazis, y empezó a hablar de crear un Estado Corporativo católico en España, como Dolfuss lo había hecho en Austria (ver el Capítulo sobre Austria).

Se inició una ruidosa campaña de propaganda a escala nacional al estilo alemán, la Jerarquía católica la apoyó desde las iglesias y los periódicos católicos. Ésta tuvo tanto éxito que Gil Robles, poniéndose en contacto con los Radicales, encontró la base común sobre la cual cooperar -debido principalmente a los problemas económicos- con el resultado de que el líder Liberal, Lerroux, contra la voluntad del Gobierno, admitió católicos dentro del Gabinete.

Entretanto, aquellos trabajadores que estaban esperando un radical cambio económico y social se convencieron de que la cooperación entre los Liberales y los católicos y la demora de los Socialistas no produciría tales cambios, y organizaron una revuelta que acabó en un absoluto fracaso (1933). La supresión de la revuelta fue tan cruel, las atrocidades cometidas contra los trabajadores tomados prisioneros tan espantosas, que cuando se hizo una investigación completa, la indignación de toda España fue tan grande que Lerroux tuvo que renunciar.

Dos hechos notables emergen de este incidente: la ferocidad contra los insurrectos por parte de la policía, compuesta de católicos decididos a "exterminar a estos impíos enemigos de la Iglesia", y por parte de los moros. Los moros fueron traídos de África a España por el General Francisco Franco, quien, poco antes de la frustrada rebelión, tuvo una larga entrevista con el Ministro de Guerra. Éste último había recibido instrucciones de Gil Robles para que le pidiera a Franco que empleara a los moros contra los Rojos. Gil Robles y la Iglesia Católica ya estaban en estrecho contacto, y ya habían acordado apoyarse mutuamente cuando fuese necesario.

Para este tiempo el Partido católico había crecido en influencia, debido principalmente a la interferencia del campo hostil y al segundo paso tomado por los católicos en su búsqueda del poder. Para 1935 los católicos habían desechado casi toda pretensión de respeto por la legalidad, y se envalentonaron tanto que organizaron a su gente común según el modelo de los fascistas y los nazis, amenazando y castigando a sus oponentes. Gil Robles ya había preparado planes para la abolición del divorcio, para la enseñanza religiosa obligatoria, para la creación de un Estado Corporativo español, etcétera.

Pero, no estando todavía seguros de que ellos obtendrían el control tan fácilmente y tan rápidamente, los católicos también estaban preparándose para combatir a la República con ejércitos. Ellos amalgamaron medios políticos y militares en su intento por alcanzar el poder. Gil Robles demandó y obtuvo el Ministerio de Guerra. Una vez instalado, con el General Franco como su mano derecha, empezó a reorganizar al Ejército y a eliminar a todos los oficiales sospechosos de tener tendencias izquierdistas. Él construyó trincheras de concreto en lo alto y mirando hacia Madrid (en la Sierra de Guadarrama), y tomó el comando de los Guardias Civiles. En resumen, bajo las mismas narices de la República los católicos dieron todos los pasos necesarios para recurrir a la rebelión abierta si ellos no podían obtener el poder con medios políticos. Estallaron disturbios por todas partes y hubo muchos asesinatos políticos en todo el año 1935 y a principios de 1936.

Entretanto, la Izquierda intentó unirse, y los Radicalsocialistas, los Socialistas, los Sindicalistas, y los Comunistas formaron por fin el Frente Popular.

La furia de los católicos no conoció límites, y, tanto como los partidos católicos, la propia Iglesia fue en su ayuda. La Jerarquía española, que había estado trabajando de la mano con Gil Robles, ayudando a su campaña directa e indirectamente, en esta etapa fue más lejos. Aproximadamente un mes antes de las elecciones generales de 1936 el Cardenal Gomá y Tomás escribió una pastoral (el 24 de enero de 1936) en la que él y la Iglesia Católica se alineaban públicamente con Accion Popular y con los otros integrantes de la C.E.D.A. [Confederación Española de Derechas Autónomas], y lanzó anatemas contra el Frente Popular, instando a los Fieles a votar contra los Rojos.

El Presidente Alcalá Zamora, viendo la imposibilidad de mantener una mayoría en las Cortes, firmó una orden para su disolución. El día de votación fue fijado para el 16 de febrero de 1936. El Frente Popular ganó por una mayoría aplastante, con 267 escaños contra 132 obtenidos por la Derecha, y 62 por el Centro.

La victoria del Frente Popular inflamó con entusiasmo a las clases obreras y dio a los católicos uno de sus más grandes sustos, porque ellos habían estado seguros del éxito. El pánico siguió al anuncio de los resultados. Los católicos y la Derecha temían que los Socialistas se alzaran en armas y crearan una República Socialista Roja; mientras, por otro lado, los Socialistas temían que la Derecha, viendo destruida su esperanza de poder, organizara un golpe de estado. Este temor estaba bien fundado, porque los católicos habían estado preparándose para exactamente tal emergencia. Habiendo fallado sus pasos primero y segundo, tendría que ser intentado un tercero: el de la abierta rebelión.

Y así el Vaticano, con los Líderes de la Jerarquía española y aquellos que liderarían tal rebelión, desde ese momento en adelante dedicaron sus pensamientos a la cuestión de la mejor forma de aplastar a sus enemigos victoriosos.

Habiendo visto que su primera política de adquirir poder a través de medios políticos había fallado, como había fallado antes en otros países, y que su segunda y más audaz política de tomar el poder por un golpe de estado semi-legal también había fallado, el Vaticano se decidió a que fuese usada la fuerza. Era la única vía que quedaba abierta para la Iglesia que tenía que contar con el apoyo de una minoría a fin de gobernar una mayoría hostil, e imponer un Gobierno católico sobre el pueblo español. El movimiento fue hecho muy urgentemente por el resultado de la última elección, cuando había quedado claro que la Iglesia Católica tenía el apoyo de menos de un tercio de todo el electorado español, incluyendo a los millones de mujeres a quienes les fue dado el derecho a votar por la República y votaron mayoritariamente por la Iglesia, cuando incluso se llevaron para las votaciones a monjas enfermas sobre camillas.

Elementos de la Derecha, liderada por católicos, empezaron, después de la derrota de febrero, a organizar abiertamente una campaña de violencia. La Falange Española - fundada en 1932 por el hijo de Primo de Rivera- aunque en 1934 se había unido con un grupo fascista del Dr. Albiñana, y hasta las elecciones de 1936 había permanecido insignificante, ahora vino rápidamente al primer plano. Los seguidores de Gil Robles, ardiendo con el deseo de aplastar la República con violencia, abultaron las filas de la Falange. La Organización de la Juventud católica entera -bajo su Secretario, Serrano Suñer, cuñado del General Franco- se unió a la Falange en abril, mientras otros se

unieron a las filas de los Monárquicos cuyo líder, Calvo Sotelo, favoreció abiertamente un alzamiento militar.

Los falangistas empezaron a castigar a y asesinar a sus oponentes, incluyendo a los católicos tibios; ellos recorrían las calles de Madrid con ametralladoras, matando a jueces, periodistas, y especialmente a socialistas, en una exacta imitación de los fascistas italianos y las tropas de asalto nazis. Las batallas entre los falangistas y los republicanos se volvieron un hecho diario por toda España.

Además de la Falange, había otro movimiento, formado por oficiales del Ejército pertenecientes a la Unión Militar Española, quienes, con el propósito de un alzamiento militar, habían estado en contacto con el Gobierno italiano ya desde 1933. Su jefe había conducido negociaciones secretas con Mussolini en marzo de ese año; y para marzo de 1934 ellos ya habían planeado un golpe de estado, con la cooperación de la Iglesia Católica y el Ejército. Previo a esto ellos habían visitado Italia a fin de asegurar "no sólo el apoyo del Gobierno italiano, sino también del Partido fascista, en caso del estallido de una guerra civil en España" (de un discurso de Goicoechea en San Sebastian, el 22 de noviembre de 1937 -informado en el Manchester Guardian, el 4 de diciembre de 1937).

La coordinación de planes para la guerra civil de los Monárquicos y los católicos, apoyados por el Vaticano y Mussolini, estaba tan avanzada que, inmediatamente después de la victoria del Frente Popular, los líderes católicos, Gil Robles y el General Franco, tuvieron el descaro de proponer al mismo Primer Ministro Republicano un golpe de estado militar antes de que las nuevas Cortes pudiesen reunirse (Declaración de Portela Valladares, ex-Primer Ministro, en una reunión de las Cortes en Valencia, en 1937).

La primavera y el comienzo del verano de 1936 pasaron en una atmósfera de tensión creciente: huelgas, batallas, y asesinatos siguieron uno tras otro en rápida sucesión. Para junio, el pueblo responsable sabía que un alzamiento militar era inminente. Los Republicanos pidieron armas al Gobierno, pero les fueron rehusadas. El 13 de junio, en represalia por los asesinatos de unos días antes a Socialistas por parte de Falangistas, Calvo Sotelo fue asesinado por Socialistas.

La vasta organización de los católicos, los Monárquicos, y sus aliados se mantuvo lista; y, finalmente, el 16 de julio de 1936, el Ejército en la zona española de Marruecos se levantó y ocupó Ceuta y Melilla. Los oficiales se levantaron en casi cada pueblo español. La Jerarquía católica, que había seguido el complot desde el mismo principio, pidió la bendición del Todopoderoso sobre la nueva Cruzada; mientras el General católico Franco se apresuró en decirle al Papa, antes de que las noticias alcanzaran cualquier otra capital, que la rebelión había empezado. La Guerra Civil española había estallado.

Los rebeldes católicos esperaban tomar toda España en pocos días. Ellos habían hecho preparativos muy cuidadosos, y tenía a su disposición la mayor parte de las fuerzas armadas del país, la Guardia Civil, la Legión Extranjera, una división de tropas moras, cuatro quintos de la infantería y oficiales de la artillería, fiables regimientos reclutados en el norte, reclutas Carlistas que habían estado entrenándose en secreto, y la promesa de los italianos y los alemanes de tanques y aviones de guerra.

El Gobierno, por su lado, sólo tenía la Guardia de Asalto Republicana y una pequeña fuerza aérea. Sin embargo el entusiasmo del pueblo español trastornó el golpe de Franco y él tuvo que contar cada vez más con la ayuda de Mussolini y Hitler, quiénes, conociendo de antemano el complot, enviaron armas y hombres desde el mismo comienzo. Rusia sólo intervino en septiembre. Pronto el conflicto español se volvió internacional. Su real naturaleza era evidente. Esta era una lucha anticipadora, en territorio español, de lo que iba a rasgar en pedazos al mundo entero algunos años más tarde; un conflicto ideológico en el que los sistemas sociales y las doctrinas políticas, representados por varias naciones, tomaron parte: La Italia fascista, la Alemania nazi, y Franco (y después las democracias -Francia, Gran Bretaña) por un lado, y la España Republicana y la Rusia Soviética por el otro.

Aun los protestantes Estados Unidos de América intervinieron en la lucha y ayudaron a Franco, gracias al clero católico norteamericano que se movilizó para influir en la opinión pública a favor de los rebeldes. El resultado fue que a la República se le negaron los medios para comprar armas prácticamente en toda Europa y también en el único mercado abierto que le quedaba, a saber los Estados Unidos de América. Esto fue hecho, no sólo desatando la más inescrupulosa propaganda en la Prensa católica y en el púlpito y usando la influencia de la Iglesia Católica en la política norteamericana, sino también, sobre todo, apelando directamente al Departamento de Estado, donde el Vaticano encontró ayuda más presta de lo que se había atrevido a esperar.

Así no sólo los Gobiernos de prácticamente todos los países europeos -católicos, fascistas, o democráticos- sino que también el poderoso Estados Unidos protestante estaba contra la República. De las naciones democráticas, Gran Bretaña, habiendo emprendido una política de apaciguamiento hacia el Fascismo, además de permitir la farsa de la no-intervención (gracias a la cual Mussolini pudo enviar aproximadamente 100,000 soldados para ayudar a Franco, mientras a la República se le negaban armas), ocasionó que Francia cerrara su frontera. Rusia vio que Franco, gracias al Vaticano, la Italia fascista, la Alemania nazi, Gran Bretaña, y Francia, para la primavera de 1939 había ganado la Guerra Civil.

Éste no es el lugar para relatar las increíbles intrigas de la Guerra Civil española, siendo nuestro interés la ayuda directa e indirecta dada a Franco por el Vaticano. Ya hemos visto el rol desempeñado por el Vaticano en preparación para la Guerra Civil. La Jerarquía española, además de combatir a los Republicanos y organizar a los rebeldes católicos, había sido uno de los conspiradores y mensajeros entre Gil Robles, Franco, y otros y el Papa Pío XI y su Secretario de Estado, quienes meses antes sabían lo que iba a pasar. Una vez que la revuelta empezó, la Jerarquía y el Vaticano se pusieron descaradamente del lado de Franco, los obispos españoles incitaban a los católicos españoles a combatir a los Rojos, el Papa apeló a todo el mundo católico para ayudar a la España católica, y la diplomacia Vaticana trabajando de la mano con Mussolini y Hitler, llegó a un acuerdo con él por el cual, a cambio de la ayuda de Alemania para los rebeldes católicos, el Vaticano empezaría una campaña total contra el Bolchevismo en todo el mundo católico. Más tarde tendremos ocasión de ver por qué Hitler pidió la cooperación de la Iglesia.

El Vaticano, empezando por el Papa mismo, en cuanto se hizo claro que Franco no podría ganar inmediatamente, lanzó una furiosa campaña antibolchevique, reforzando así enormemente los planes políticos de Hitler dentro y fuera de Alemania, la política de

Hitler de agitar el fantasma bolchevique. El Papa mismo inició esta campaña católica internacional contra la República española el 14 de diciembre de 1936, cuando él (Pío XI), dirigiéndose a 500 refugiados fascistas españoles, llamó al mundo civilizado a levantarse contra el Bolchevismo, que "ya había dado pruebas de su voluntad de subvertir todos los órdenes, desde Rusia a China, desde Méjico a Sudamérica." Éste había, continuó, "empezado ahora el fuego del odio y las persecuciones en España", que, a menos que se tomaron medidas rápidas para combatirlo, se extendería contra "todas las instituciones divinas y humanas." Los hombres y naciones deben unirse y tomar medidas contra éste. El Papa concluyó su discurso con una bendición "para todos aquéllos que han asumido la difícil y peligrosa tarea de defender y restablecer la honra de Dios y de la Religión."

Éste empezó una campaña antibolchevique, y contra los Republicanos españoles por todo el mundo católico, que para sus eslóganes usó las mismas palabras y frases que usaban las maquinarias de propaganda fascista y nazi que resonaron hasta algunos meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En Alemania, bajo las órdenes directas del Secretario de Estado, Pacelli, los obispos alemanes publicaron una carta pastoral, fechada el 30 de agosto de 1936. Ellos repitieron lo que que el Papa había dicho en su discurso, y dieron un cuadro aterrador de lo que pasaría en Europa si se permitía a los bolcheviques que conquistaran España, agregando: "Está por lo tanto claro cuál debe ser la obligación de nuestro pueblo y de nuestra patria." La pastoral concluía expresando la esperanza de que "el Canciller (Hitler) podría tener éxito con la ayuda de Dios para resolver este terrible asunto con firmeza y con la más leal cooperación de todos los ciudadanos."

Cuatro meses más tarde el Papa dio nuevos ímpetus a la campaña con otro discurso (el 25 de diciembre de 1936) en el que declaró que la Guerra Civil española era "una advertencia muy seria y amenazante para el mundo entero." De ésta "uno podría obtener revelaciones y descubrimientos de una naturaleza aterradora, con la certeza de lo que estaba preparándose para Europa y el mundo a menos que las naciones tomaran medidas apropiadas contra ésta."

Los obispos de nuevo siguieron el ejemplo del Papa, por una pastoral colectiva (contra el Bolchevismo, el 3 de enero de 1937) en la cual declararon:

"El Líder y Canciller del Reich, Adolf Hitler, ha previsto a tiempo el avance del Bolchevismo, y ha concentrado sus pensamientos y su fuerza en la defensa del pueblo alemán y de todo el Mundo Occidental contra este aterrador peligro.

Los Obispos alemanes piensan que es su deber apoyar al Reichschancellor en esta guerra de defensa, con todos los medios que la Iglesia pone a su disposición.

Siendo el Bolchevismo el enemigo jurado del Estado y al mismo tiempo de la religión ...como los eventos en España lo están demostrando ahora claramente, está fuera de cualquier duda que la cooperación para la defensa contra tan satánico poder se ha vuelto tanto un deber religioso como eclesiástico. Nosotros los Obispos....no queremos mezclar la religión con la política...nosotros sólo queremos exhortar la conciencia de los fieles a luchar contra tan espantosos peligros con las armas de la Iglesia...

Los católicos, a pesar de la desconfianza fomentada contra nosotros, estamos listos para dar al Estado todo lo que éste tiene derecho, y para apoyar al Fuehrer en la lucha contra el Bolchevismo y en todas las otras justas tareas que él ha emprendido."

¿Cuáles eran las "justas tareas" que Hitler había emprendido en aquel tiempo? Las "justas tareas" de enviar los bombarderos y tanques a combatir contra el Gobierno legal de España, masacrar civiles Republicanos inocentes, exterminar aldeas enteras (por ej. Guernica), y hacer lo más posible para asegurarle la victoria al católico Franco.

La Iglesia Católica en otros países no fue menos celosa que en Alemania. Las organizaciones católicas y las jerarquías iniciaron una gran campaña para reclutar Legionarios católicos, y pronto brigadas de voluntarios católicos se unieron a los ejércitos del católico Franco. Además de ayudas de otras clases, se recaudó dinero en las iglesias en respuesta a la campaña mundial, en la Prensa católica, de odio hacia la República. ¡Poco sorprendió que la primera bandera extranjera en ser desplegada en el cuartel general de Franco en Burgos fuera la bandera Papal, y que el estandarte de Franco fuera enarbolado en el Vaticano!

Naturalmente, la Jerarquía española y el clero (con algunas excepciones) incitaron a los españoles a combatir la República; y para mostrar hasta que punto la Iglesia Católica en España se unió a la revuelta, citamos una esclarecedora declaración del Cardenal Gomá:

"Estamos completamente de acuerdo con el Gobierno Nacionalista, que, por otro lado, nunca da un paso sin consultarme y obedecerme."



La jerarquía católica junto a generales dando el saludo fascista en Santiago de Compostela

Y cuando finalmente la República fue aplastada (primavera de 1939), el Papa Pío XII, después de haber declarado que debía agradecerse a Dios, porque "una vez más la mano de la Providencia Divina se ha manifestado sobre España" (transmisión, el 17 de abril de 1939), envió el siguiente mensaje a los vencedores:

"Con gran regocijo nos dirigimos a ustedes, los muy queridos hijos de la España católica, para expresar nuestras felicitaciones paternales por el don de la paz y la victoria, con el que Dios ha elegido coronar el heroísmo Cristiano de vuestra fe y caridad, puestas a prueba entre tanto y tan generoso sufrimiento ...el saludable pueblo español, con las características de su muy noble espíritu, con generosidad y franqueza, se alzó decidido a defender los ideales de la fe y la civilización Cristiana, profundamente arraigados en el rico suelo de España. Como una prenda de la abundante gracia que ustedes recibirán de la Virgen Inmaculada y del apóstol Santiago, patrono de España, y que ustedes merecerán de los grandes santos españoles, damos a ustedes, nuestros queridos hijos de la España católica, a la Cabeza del Estado y su ilustre Gobierno, al celoso Episcopado y su abnegado clero, a los heroicos combatientes y a todos los fieles, nuestra bendición apostólica."

Franco, por otro lado, rindió tributo a la Iglesia Católica en España, que "colaboró en la victoriosa cruzada y espiritualizó la gloria de las armas Nacionalistas."

En la misma víspera del estallido de la Segunda Guerra Mundial un nuevo Estado totalitario se había unido a la constelación de grandes dictaduras europeas -aquellas de la Alemania nazi y la Italia fascista.

¿Sobre qué fundamento se construyó la nueva España? Sobre los principios religiosos, morales, sociales, económicos, y finalmente políticos, entrañables para la Iglesia Católica. Como la autoridad, según la Iglesia Católica, no deriva del pueblo (ver el Capítulo 3), se investió con autoridad, absoluta y sin control a un hombre, quien se volvió la piedra angular de un Estado construido como una réplica exacta de la Iglesia Católica.

Como en la Iglesia Católica, así también en la nueva España, había un gobernante que no era responsable ante nadie sino sólo ante su conciencia; en todas las esferas de actividad de la nación sus poderes eran ilimitados; sus órdenes debían ser obedecidas y no discutidas; y bajo él habían dictadores en miniatura a la cabeza de diversos ministerios, quienes, a su vez, tenían que ser ciegamente obedecidos.

Como sólo un partido podría ser bueno, todos los otros partidos estaban mal y fueron destruidos. Se suprimieron los sindicatos; la libertad de expresión, de la Prensa, y de opinión política fueron quitadas; periódicos, películas, transmisiones, y libros, eran censurados, depurados, o suprimidos, si no se ajustaban al sistema político. Por otro lado, todos tenían que leer libros, ver películas, y oír transmisiones que proclamaban la grandeza de la nueva España de Franco, de sus ideas y su sistema; esto no sólo en España, sino también, siempre que fuese posible, fuera del país en todas las naciones hispanohablantes de Sur y Centroamérica, que tenían que imitar a la madre patria. Un poderoso Ministerio de Propaganda (equivalente a la *Propaganda Fide* de la Iglesia Católica) controlaba toda la vida cultural y literaria de la nación.

Todos los enemigos de la España de Franco fueron capturados y encarcelados, y tuvieron lugar ejecuciones masivas. Fue calculado que, tres años después del final de la Guerra Civil (1942), las cárceles de España contenían más de un millón y medio de prisioneros políticos, miles y miles de los cuales debieron enfrentar los pelotones de fusilamiento. Cualquiera sospechado de Socialismo, Comunismo, o de ideas

democráticas, era vigilado por una policía secreta que penetraba en todos los sectores de la sociedad (un equivalente de la Inquisición).

El Catolicismo fue proclamado la religión del Estado y la única verdadera religión permitida. Se persiguió a los protestantes y a otras denominaciones, y sus ministros fueron arrestados e incluso ejecutados. Un sistema Corporativo, basado en la Encíclica Papal *Quadragesimo Anno*, fue hecho funcionar; la educación religiosa se hizo obligatoria; los libros de texto eran supervisados por la Iglesia Católica y eran despedidos los maestros que no asistían a Misa; la enorme riqueza de la Iglesia Católica fue devuelta, y se restituyeron los privilegios y las subvenciones para el clero y los obispos.

Durante los meses siguientes los defensores españoles de la Iglesia Católica fueron en peregrinaciones al Vaticano como un acto de gratitud por lo que el Papa había hecho por ellos. En junio de 1939, 3,000 de los soldados de Franco, habiendo ido a Italia para celebrar la victoria con los fascistas italianos, fueron recibidos por Pío XII, quién, después de decirles que ellos habían luchado "para el triunfo de los ideales Cristianos" y que le habían "traído inmenso consuelo como defensores de la Fe", les impartió su bendición paternal.

En los años siguientes prominentes fascistas españoles visitaron al Papa o al Vaticano en misiones políticas e internacionales, el más prominente de los cuales fue al cuñado de Franco, Serrano Suñer, un gran amigo de Mussolini y Hitler. El 20 de junio de 1942, él fue condecorado por el Papa mismo con la Gran Cruz de la Orden de Pío IX, junto con una bendición para España y el General Franco, "benemérito de la causa de Dios y de la Iglesia" (*Bulletin of Spanish Studies*).

Pero en España, como en otras partes, la Iglesia y el Estado, sólo porque la esencia de ambos era el Totalitarismo, pronto empezaron a disputar por los mismos problemas por los que, como encontraremos, también disputaron en la Italia fascista, la Alemania nazi, y en otros países europeos. Los dos querían la preferencia en cuestiones que afectaban íntimamente a la nueva España, cada uno sosteniendo a su vez que la educación de la juventud era su exclusiva incumbencia, que la nominación de personas para las posiciones claves (como obispos) era su derecho exclusivo, y así sucesivamente. De hecho en una oportunidad Franco fue tan lejos como para suprimir la encíclica de Pío XI *Mit Brennender Sorge*, que era un reproche Papal hacia aquella clase de Totalitarismo que promueve la idolatría Estatal con la exclusión la Iglesia Católica. Tales diferencias, sin embargo, eran de importancia menor, y no impidieron que ambos socios continuaran la alianza cada vez más íntima en los años por venir.

En el campo exterior España siguió en la senda de la Italia fascista y la Alemania nazi, alineándose con ellos siempre que su política se dirigiera contra la Rusia soviética o contra los Poderes Occidentales. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial (el 3 de septiembre de 1939), España, aunque demasiado débil para entrar en el conflicto, dio toda la ayuda que pudo, en los campos militares, económicos, y diplomáticos, para los países fascistas. Franco hizo discursos informando al mundo que solamente la victoria de Hitler podría salvar Europa, y proclamando al mismo tiempo que "España nunca se aliará con cualquier país no guiado por los principios del Catolicismo" (1944).

En julio de 1940, cuando la victoria Nazi parecía segura, en su discurso anual (el 17 de julio) él glorificó "las armas alemanas que están llevando la batalla por la cual Europa y el Cristianismo han esperado por tanto tiempo", atacando al mismo tiempo al "inhumano bloqueo del Continente" de Gran Bretaña, declarando que "la libertad de los mares es una muy grandiosa farsa", advirtiendo a Estados Unidos que permaneciera fuera de Europa, repudiando la ayuda económica angloamericana, y pontificando que los Aliados habían perdido completamente y finalmente la guerra (Sir Samuel Hoare, Embajador Especial de Gran Bretaña en Madrid durante la Segunda Guerra Mundial, en *My Mission to Spain*).

En el mes siguiente (8 de agosto de 1940), el Embajador alemán Stohrer, en un reporte "estrictamente secreto" para Berlín, dijo que tenía total seguridad del ingreso de España en la guerra.

Siguiendo las palabras con hechos, Franco empezó a idear planes con Hitler para la captura de Gibraltar; éstos fueron discutidos en una reunión del Ministro del Interior español (Suñer) con Hitler en Berlín en septiembre de 1940. Suñer aseguró a Hitler que España estaba lista para entrar en la guerra en cuanto sus suministros de alimentos y materias primas estuviesen asegurados. Después de lo cual el Ministro español (el cuñado de Franco) entregó un mensaje de Franco en el cual el Caudillo expresaba su "gratitud, simpatía, y alta estima", y enfatizaba su "lealtad de ayer, de hoy, y para siempre."

En una carta fechado el 22 de septiembre de 1940, Franco proclamó su "adhesión inalterable y sincera por la persona de Hitler". Aquí están sus palabras literales:

"Me gustaría agradecerle, Der Feuhrer, una vez más por el ofrecimiento de solidaridad. Le contesto con la convicción de mi adhesión inalterable y sincera a usted personalmente, al pueblo alemán, y a la causa por la cual usted lucha.

Yo espero, en defensa de esta causa, poder renovar los antiguos lazos de camaradería entre nuestros ejércitos" (ver *fifteen documents dealing with the Spanish-Axis collaboration* , publicados por el Departamento de Estado de Estados Unidos).

Hacia el fin del año, cuando Inglaterra estaba resistiendo completamente sola y cuando fue iniciada por los U-boats alemanes una guerra implacable para hambrearla hundiendo su flota mercante, Franco puso a disposición de Hitler los medios para la recarga de comustible y la reparación de submarinos nazis. Esto prosiguió durante casi toda la guerra.

Franco no sólo dio toda la ayuda compatible con la neutralidad "oficial" de su país, sino que además nunca dejó de declarar su apoyo a Hitler y al Nuevo Orden Nazi. Baste citar algunas frases de otra carta, fechado el 26 de febrero de 1941, que él dirigió a Hitler:

"Yo considero, al igual que usted, que el destino de la historia le ha unido a usted conmigo y con el Duce de una manera indisoluble. Nunca he necesitado ser convencido de esto, y, como le he dicho más de una vez, nuestra guerra civil desde su mismo inicio y durante todo su curso es la mayor demostración. También comparto su opinión sobre el hecho de que España se sitúe sobre ambas orillas del Estrecho le obliga a una extrema

enemistad hacia Inglaterra que aspira a mantener el control de éste" (*Documents on Spanish-Axis collaboration*).

Sin embargo, a pesar de toda la voluntad de Franco para ayudar a Hitler y participar en la nueva Europa fascista, España, aunque muy cerca de declarar la guerra, nunca entró realmente en la pelea.

Las razones que refrenaron a la España católica de participar en el conflicto fueron dadas por el propio Franco en una carta dirigida a Hitler (el 26 de febrero de 1941). Aquí están sus palabras:

"Nos mantenemos hoy donde siempre nos hemos mantenido, de una manera resuelta y con la más firme convicción. Usted no debe tener ninguna duda sobre mi lealtad absoluta a este concepto político y a la realización de la unión de nuestro destino nacional con los de Alemania e Italia. Con esta misma lealtad, yo le he aclarado a usted desde el principio de estas negociaciones que el estado de nuestra situación económica es la única razón por la cual hasta ahora no ha sido posible determinar la fecha de la participación de España... (*Documents on Spanish-Axis collaboration*)."

En la misma carta Franco, como si ya no hubiese sido claro sobre este punto, una vez más declaró su apoyo a Hitler en las siguientes palabras: "Siempre seré un fiel seguidor de su causa."

Hablando en el Alcázar, en Sevilla, el 14 de febrero ante una gran reunión de oficiales del Ejército, Franco declaró que:

"Durante veinte años Alemania ha sido la defensora de la civilización europea..."

Si el camino a Berlín estuviese abierto, entonces no sólo una división de españoles participaría en la lucha, sino que un millón de españoles se ofrecerían para ayudar (*Documents on Spanish-Axis collaboration*)."

Para apoyar esta declaración Franco comenzó una campaña para el reclutamiento de una División para combatir a los rusos del lado de los Nazis. Sin embargo, como los voluntarios eran bastante escasos, ellos se reclutaron por medio de órdenes del Ejército "bajo las cuales se transfirieron grupos enteros de tropas en servicio para la División (la División Azul) sin que los hombres involucrados tuviesen ninguna alternativa real en la cuestión" (Sir Samuel Hoare). El resultado combinado fue una unidad del ejército de aproximadamente 17,000 y un destacamento aéreo de dos o tres escuadrillas, todos estos hombres alentados e inflamados con entusiasmo por sacerdotes y obispos que dieron bendiciones y medallas sagradas a los heroicos cruzados católicos contra los Rojos.

Además de esto, Franco y Hitler alcanzaron un acuerdo por el que se construyeron U-boats y tripulaciones de U-boats fueron entrenadas en la Península ibérica. (Divulgado por Mr. Sidney Alderman, Delegado Fiscal de Estados Unidos de América, en el Juicio de Nuremberg a los criminales de guerra nazis, el 27 de noviembre de 1945.) Y, sin perder de vista lo que estaba pasando en el Lejano Oriente, Franco continuó felicitando por el golpe en Pearl Harbor por medio de otro mensaje (octubre de 1943) para José

Laurel, cabeza del Gobierno títere instalado por los japoneses en Filipinas (ver *Wartime Mission to Spain*, por el ex-embajador de Estados Unidos de América Carlton Hayes).

Mientras esto estaba sucediendo, Franco continuó haciendo discursos declarando una y otra vez que una victoria Nazi era el mejor baluarte contra la desintegración de la civilización. Esta activa cooperación con Hitler duró prácticamente hasta el colapso de la Alemania nazi; tanto que, cuando el suicidio de Hitler se hizo conocido, la España católica de Franco (aunque en una manera bastante menos provocativa que la católica Eire de De Valera) oficialmente y extraoficialmente expresó sus condolencias por la muerte del Fuehrer y la caída del régimen nazi.

La Jerarquía española continuó, año tras año, a través de cartas pastorales, discursos, y sermones, apoyando a Franco e incitando a los españoles a unirse al nuevo régimen. Y aun después de que Hitler y Mussolini hubieron desaparecido de la escena política de una Europa maltrecha, al final de la Segunda Guerra Mundial (1945), el retumbar de la inquietud era oído, amenazante, subterráneamente en la España católica. Mientras las democracias acusaban con palabras y con la guerra diplomática a la última gran dictadura fascista que se mantenía en el Continente, la Jerarquía siguió bendiciendo y apoyando a Franco. Baste citar la declaración del Arzobispo González:

"Volvemos nuestros ojos hacia la Madre Iberia y agradecemos a Dios que Él haya derramado sus bendiciones sobre ella...Es gracias a la Providencia de Dios que España ha recuperado su vigor juvenil ...Es una bendición ver cuán verdadero y saludable es el resurgimiento de España en la esfera social, económica, intelectual, y sobre todo en la espiritual -como la Roca de la Iglesia Católica sobre la cual está basada...La nación es la defensora de la verdad, y merece el apoyo de Dios (Transmisión del Arzobispo González, Coadjutor de Bogotá, citado por Radio Vaticana, 1945)."

Que la nueva España merecía el apoyo de Dios fue enfatizado una y otra vez por el propio Franco. Como cuando, por ejemplo, él estaba hablando ante una reunión de sacerdotes y miembros de la organización de mujeres Falangistas, y declaró: "Yo pienso que la batalla ha sido para nuestro beneficio, puesto que ellos están contra Dios y nosotros somos sus soldados" (12 de septiembre de 1945).

Cómo la Iglesia Católica y el General Franco podían reconciliar esto con el hecho de que "los soldados de Dios" tuvieron que ser continuamente acrecentados a fin de mantener controlado a un pueblo rebelde (90 por ciento del cual era hostil hacia el régimen) es difícil de entender. Pero quizás, para un observador escéptico, las siguientes cifras puedan arrojar un poco de luz sobre la cuestión.

A fines de la Segunda Guerra Mundial el único país fascista sobreviviente en Europa -a saber, la España de Franco- tenía el ejército fascista más fuerte del mundo y la más sólida fuerza policíaca que con el transcurrir del tiempo debía ser reforzada a fin de preservar a los españoles dentro del redil del Catolicismo y dentro del marco sociopolítico del Fascismo.

En 1940 la Falange recibió un subsidio de 10,000,000 de pesetas; en 1941, 14,000,000; en 1942, 142,000,000; en 1943, 154,000,000; en 1944, 164,000,000; y al final de la Segunda Guerra Mundial, más de 192,000,000. Además, la policía Estatal recibió, en

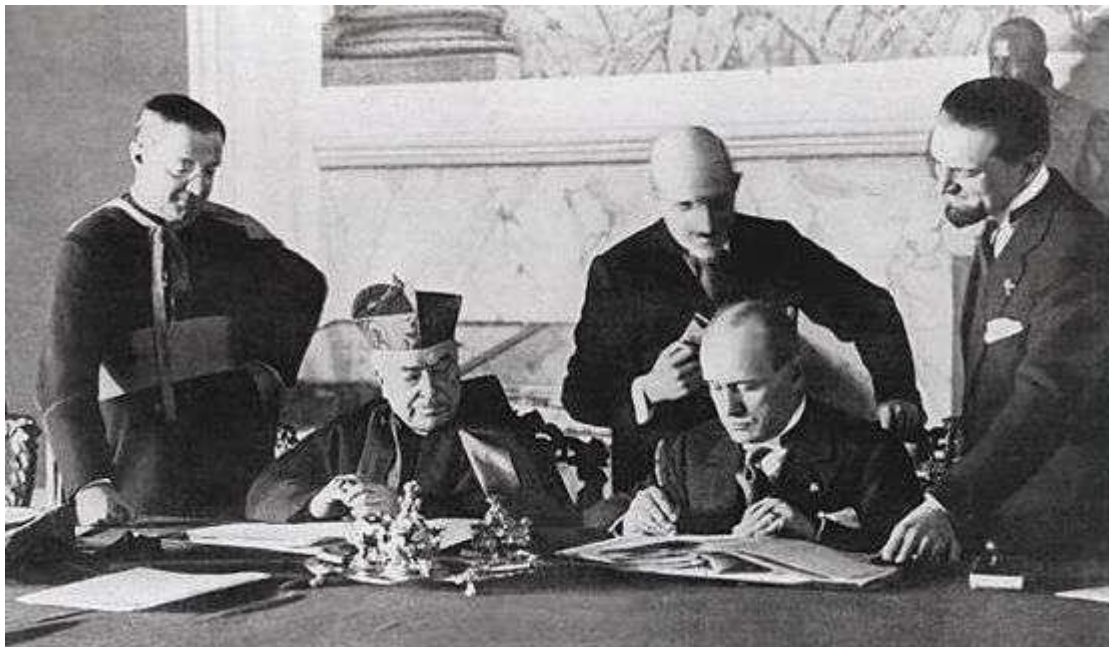
1940, 950,000,000 de pesetas; en 1941, 1,001,000,000; en 1942, 1,325,000,000; en 1943, 1,089,000,000; en 1944, 1,341,000,000; y en 1945, 1,475,000,000.

Estas cifras deben compararse con el Presupuesto total de la República española, que, en 1936, era menor que las cifras asignadas por Franco para su Ejército, su Armada, y su Fuerza Aérea, mientras en el mismo período él estaba gastando tanto en su policía como en su Ejército de un millón de hombres. Con el amanecer de la paz, esta enorme fuerza interior fue estimada insuficiente, y Franco, con el más caluroso apoyo de la Iglesia, recreó los "Somatens", consistentes en grupos de civiles armados bajo el control Estatal.

El modelo católico fascista de España tenía que confiar en un apoyo más sólido que el de Dios para permitirle continuar siendo un "defensor de la verdad". ¿Pero realmente importaba eso? Lo importante era que los objetivos fijados por la Iglesia Católica debían ser alcanzados. Y el Vaticano, gracias a su alianza con la reacción, y al frenar y finalmente detener el viento reformista del siglo veinte, que había empezado a rejuvenecer la anacrónica y decrepita España, alcanzó su doble meta; la aniquilación de sus jurados enemigos y la instalación por la fuerza de un Estado católico, construido sobre los principios autoritarios católicos, donde la Iglesia Católica reinó indiscutida y suprema.

CAPÍTULO 9:

ITALIA, EL VATICANO Y EL FASCISMO



Mussolini firmando el tratado de Letrán

En 1922, durante la elección del Papa Pío XI, un agitador italiano ateo, estando de pie en la Plaza de San Pedro, se dice que comentó:

"¡Miren esta multitud de todo país! ¿Cómo es que los políticos que gobiernan las naciones no comprenden el inmenso valor de esta fuerza internacional, de este Poder espiritual universal?" (Teeling, *The Pope In Politics.*)

En ese mismo año aquel mismo hombre asumió el cargo y luego construyó la primera dictadura fascista, según el modelo sobre el cual, en la década siguiente, tantas naciones europeas serían establecidas. Fue la alianza de estos dos hombres, Pío XI y Mussolini, la que influyó tan grandemente en el modelo social y político, no sólo de Italia, sino también del resto de Europa en los años entre las dos guerras mundiales.

El hecho de que el Fascismo nació y fue establecido primeramente en un país católico, y que empezó su carrera oficial en la misma sede del Catolicismo Romano, no es ni mera coincidencia ni un capricho de la historia. Fue debido a diversos importantes factores de una naturaleza religiosa, social, económica, y política, no el menor de los cuales fue la presencia y cooperación del Vaticano en este primer experimento de Totalitarismo moderno.

Antes de seguir adelante, sin embargo, sería de gran ayuda dar brevemente un vistazo al trasfondo cuando el Fascismo nació, y particularmente el rol desempeñado por el Vaticano en la vida social y política de la Italia pre-fascista.

La historia de la relación entre la Italia pre-fascista y el Vaticano, como en el caso de España y el Vaticano, era una de amarga hostilidad entre el Estado y la Iglesia; el primero intentando librarse a sí mismo y a la nación de la intrusión de la Iglesia Católica en la vida nacional, y la última intentando por todos los medios mantener o reconquistar aquellos privilegios a los que se consideraba con derecho. Era la misma lucha que hemos encontrado en España y que encontraremos en muchos otros países, entre la Iglesia Católica y el Estado secular concebido y promovido por el Liberalismo y los principios democráticos del siglo diecinueve. La única diferencia era que en Italia la lucha se volvió aun más amarga por el hecho de que, a fin de alcanzar su unificación, Italia debió despojar a la Iglesia Católica de los Estados Papales que incluían a la misma Roma.

El pueblo italiano -especialmente en Italia del Sur y Central- había estado acostumbrado a una completa sumisión a la Iglesia Católica, que controlaba prácticamente cada aspecto de sus vidas. En los Estados Papales, el analfabetismo, la ignorancia, y la miseria del pueblo estaban entre los peores de Europa.

Cuando Italia fue primeramente unificada, el Gobierno italiano procedió a poner su casa en orden, y empezó a hacerlo guiado por los principios del Liberalismo. Éste secularizó la educación y la Prensa; proclamó la libertad de expresión, de religión, etcétera. La Iglesia Católica combatió cada medida con suma ferocidad, proclamando al Fiel que el Liberalismo era un pecado y que cualquiera que votara por el Estado secular se ganaría automáticamente la condenación eterna.

Esta actitud se mantuvo no sólo debido al carácter secular de la nueva Italia, sino también debido a que el Papado afirmaba que sus Estados, con Roma, pertenecían al Papa. Por consiguiente, hasta que el Estado le devolviese Italia Central y Roma al Papa (impidiendo así la unificación de Italia), el Estado y todos los italianos que lo apoyasen eran enemigos de la Iglesia Católica, y la Iglesia Católica no tendría nada que ver con

ellos. Esto a pesar de los repetidos esfuerzos del Gobierno italiano que en muchas ocasiones intentó abrir las negociaciones con el Vaticano para una resolución amigable de la disputa.

Considerando los tiempos, las circunstancias, y la guerra que el Vaticano continuaba sosteniendo contra el Estado italiano, los términos ofrecidos al Vaticano eran más que generosos, y no deberían haber impedido que la Iglesia y el Estado alcanzaran un acuerdo satisfactorio. Pero el motivo real detrás de la inflexibilidad del Vaticano, era que éste quería hostigar, y eventualmente destruir, la recién nacida Italia Liberal, y reemplazarla con la Italia Católica Clerical del pasado. Manteniendo abierta la cuestión romana, como se la llamó luego, mantuvo a millones de italianos hostiles al Gobierno y a todas sus leyes. Impidiendo a las autoridades hablar con un mandato popular aplastante, les impidió hacer reformas más drásticas en el programa de secularización.

Esta enemistad del Vaticano hacia la Italia Liberal de las décadas finales del siglo diecinueve no sólo creó un estado de guerra, como lo hizo en otros países en circunstancias similares, sino que también les prohibió a todos los italianos participar en la vida democrática de la nación y ejercer su recientemente adquirido derecho a votar. Pío IX emitió una "Non expedit", ["no conviene"], que prohibía a los católicos, bajo pena de excomunión, votar en las elecciones. Pero como millones de católicos estaban abandonando la Iglesia y por lo tanto no obedecían, León XIII, en 1886, tuvo que emitir nuevas instrucciones con el propósito de que esta "Non expedit" no permitiera a ningún fiel hacer uso de su voto.

Esta extraordinaria interferencia en la vida política de una nación con el pretexto de la cuestión romana era en realidad el esfuerzo desesperado del Vaticano por debilitar la secularización de Italia y a las fuerzas Liberales, así como a todos aquellos otros elementos anti-clericales y revolucionarios que estaban aumentando diariamente en todo el país.

La pretensión del Vaticano de tener derecho a prohibir votar a los italianos se sostuvo bien hasta las primeras décadas del siglo veinte, y aunque se modificó ligeramente en 1905, y candidatos católicos participaron en las elecciones de 1904, 1909, y 1913, la prohibición sobre los católicos a tomar parte en la vida política de la nación no se levantó hasta algún tiempo después de la Primera Guerra Mundial. Cuando el Vaticano concedió a los católicos el derecho a votar, no lo hizo porque se hubiese convertido a los ideales democráticos, sino porque había sido forzado por los cambiados tiempos y el humor del pueblo. Éste no sólo continuó abandonando a la Iglesia en masa, sino que sus tendencias anticlericales habían aumentado grandemente desde la primer "Non expedit". Esto era debido a la propagación del Anarquismo y el Socialismo, que al final del siglo empezaron a apoderarse de las masas por toda la Península, y que, para el tiempo del estallido de la Primera Guerra Mundial, ya habían ganado considerable influencia política.

Se combatieron los principios del Socialismo con ferocidad aun mayor que los del Liberalismo, con el resultado de que aquellos que abrazaron el Socialismo se volvieron aun más anticlericales que los Liberales. El Socialismo italiano, de hecho, alcanzó un punto cuando "construyó su mismo sistema y ley a partir de la oposición a la Iglesia y la religión" (Murri).

Con la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial y el desarraigo de millones de italianos que fueron enviados a trincheras y fábricas, el Socialismo ganó una influencia en el país mayor que nunca antes. Cuando, inmediatamente después de que la guerra había dejado su estela de confusión e inquietud económica, social, y política, el Socialismo se propagó como un incendio, la Iglesia Católica se alarmó tanto que buscó desesperadamente algunos medios prácticos con los cuales detener la embravecida marea Roja.

Los diversos anatemas de los Papas, los sermones de obispos y sacerdotes, y la devoción del estrato más atrasado de la sociedad, ya no eran suficientes. Debía encontrarse algo más actualizado. Así por fin el Vaticano renuientemente decidió permitir a los católicos tomar parte en la vida política de la nación y organizarse en un partido político. El Partido fue creado y fue liderado por un sacerdote Siciliano, Don Sturzo, y se llamó el Partito Popolare. El nuevo Partido católico pronto se extendió por toda Italia, convirtiéndose en un poderoso factor político para contraponer a los Socialistas.

Aunque parecía haber sido encontrado un medio político con el cual el avance Rojo podría ser frenado, el Vaticano estaba lejos de haber tomado una decisión sobre la mejor política a seguir. Porque, como ya hemos dicho, había dos fuertes corrientes: una abogando por batallar contra el Socialismo en el campo social y político, la otra abogando por la adopción de medidas más drásticas.

Los partidarios de la segunda tendencia se habían destacado desde que un nuevo Partido revolucionario apareció en la escena. Estaba liderado por un ex-socialista republicano y ateo, y era virulentamente antisocialista, antibochevique, antiliberal, y antidemocrático. Predicaba y practicaba la violencia a una gran escala, golpeando y asesinando a todos los socialistas que se le atravesaran y quemando sus propiedades. Su nombre era Partito Fascista, y su líder era Mussolini. Sus partidarios consistían principalmente de facinerosos organizados en bandas que emprendían expediciones punitivas contra los Rojos.

Pronto todos los elementos que no tenían ninguna razón para temer una revolución social -desde los ultranacionalistas a los industriales y, sobre todo, la clase media- empezaron a apoyar al nuevo movimiento. En el Vaticano un cardenal lo observaba con gran interés, no tanto debido a su programa (porque el movimiento estaba compuesto de numerosos anticlericales), sino porque se mostraba como un instrumento capaz de combatir a los enemigos de la Iglesia con un arma que la propia Iglesia no podía emplear directamente -a saber, la fuerza. Su nombre era Cardenal Ratti.

En 1922, justo cuando las fuerzas políticas del Socialismo y del Partido católico estaban estabilizándose, después de haberse vuelto los dos grandes partidos nacionales, Benedicto XV murió. El Cardenal Ratti que estaba siguiendo al Fascismo con tan agudo interés, fue elegido como el Papa Pío XI.

Con la coronación de Pío XI -quien tenía un profundo horror al Socialismo y al Bolchevismo después de haber presenciado algunas de sus características en Varsovia durante la guerra, y quien no tenía amor por la democracia- la política del Vaticano entró en una nueva era. El Papa Pío XI dirigió decididamente el timón político hacia el

nuevo Partido, haciendo propuestas de prestar un gran servicio aun antes de que organizara su marcha sobre Roma.

La trágica condición del Parlamento italiano tuvo una oportunidad de ser corregida por la formación de una coalición de todos los partidos progresistas (pero no Radicales). Tal coalición habría estado compuesta principalmente por los Reformistas Socialistas y el Partido católico. Éstos podrían haber formado un Gobierno capaz de detener a todos los extremistas, porque el Partido católico tenía planes sociales y políticos similares a los de otros movimientos moderados.

La unión habría tenido una oportunidad razonable de triunfar, y así, estabilizando el Gobierno, habría impedido a los fascistas que escenificaran su marcha y se apoderaran del poder. Pero Pío XI había decidido de otra manera. Él determinó disolver todos los partidos políticos católicos, no sólo en Italia, sino también en toda Europa. Él vio que los partidos católicos, sin importar cuán fuertes fuesen, no podrían aplastar a los Socialistas, debido al mismo hecho de que en un Estado democrático existe libertad para los movimientos políticos. Además, el progreso de los Rojos en Italia y en otros países estaba volviéndose cada vez más alarmante. Nuevos y drásticos métodos debían ser empleados. Entonces cuando la coalición parecía a punto de dar resultados concretos y frustrar así la marcha hacia el poder de los fascistas, el Vaticano emitió una carta circular a la Jerarquía italiana (el 2 de octubre de 1922) pidiendo al clero que no se identificara con el Partido católico, sino que permaneciera neutral. Tal orden en semejante momento sólo podía tener un significado -el repudio al Partido católico y a su proyectada alianza.

Ésta fue la primera maniobra directa originada por el nuevo Papa, orientada a la preparación del camino para el Fascismo que, después de haber organizado una grotesca marcha sobre Roma, asumió el poder el 28 de octubre de 1922, por la invitación del Rey Víctor.

Algunos meses después (el 20 de enero de 1923), el Cardenal Gasparri, el Secretario de Estado del Vaticano, tuvo la primera de numerosas entrevistas secretas con Mussolini. Durante esta reunión, el pacto entre el Vaticano y el Fascismo -todavía débil- fue acordado. El Vaticano se comprometió a apoyar indirectamente al nuevo régimen paralizando el Partido católico que se había vuelto un obstáculo tan serio para el Fascismo como lo eran los Socialistas. Esto, con la condición de que el nuevo Gobierno continuaría su política de destruir el Socialismo, proteger los derechos de la Iglesia Católica y prestar otros servicios al Catolicismo. Mussolini, sabiendo de la buena voluntad del Papa hacia su movimiento, intentó hacer de él un aliado, y dio su promesa. La cuestión romana también fue discutida.

Como primer fruto de la nueva alianza, Mussolini prestó un buen servicio al Vaticano. El Banco de Roma que estaba controlado por católicos, y al que los Altos Prelados del Vaticano y la propia Santa Sede habían confiado sus fondos, estaba al borde de la quiebra. Mussolini lo salvó -al costo, se estima, de aproximadamente 1,500,000,000 de liras, que el Estado italiano tuvo que pagar. Poco después, pudieron oírse las primeras voces de la Jerarquía italiana en alabanza al líder del Fascismo. El 21 de febrero de 1923, el Cardenal Vannutelli, Cabeza del Sacro Colegio Cardenalicio, rindió público homenaje a Mussolini "por su vigorosa devoción a su país", agregando que el Duce "había sido escogido (por Dios) para salvar la nación y restaurar su fortuna."

Sin embargo, mientras el Vaticano estaba negociando en secreto con el Líder Fascista, y los Altos Prelados estaban empezando a alabar su movimiento, los escuadrones fascistas frecuentemente estaban castigando y asesinando a los miembros católicos del Partido católico quienes, por todo el país, seguían oponiéndose a los métodos antidemocráticos del Fascismo, que no dejaba de asesinar incluso a sacerdotes (por ejemplo, en agosto de 1923 asesinaron al cura párroco, Don Minzoni). Si los Socialistas hubiesen cometido semejante acto, el Papa habría invocado las fulminaciones de Dios; pero, en este caso, permaneció callado y no pronunció una sola palabra de protesta contra tales ultrajes, continuando impasible en su nuevo camino de colaboración.

En la primavera de 1923 Mussolini, planeando paralizar el Parlamento, quiso obligar a la Cámara de Diputados a aprobar una reforma electoral por la cual el Partido fascista se habría asegurado por lo menos dos tercios del total de votos en las futuras elecciones. El éxito en esto habría sido el primer paso importante para empezar la dictadura. Todas las fuerzas democráticas encabezadas por el fundador del Partido católico, el Popolari, Don Sturzo, seguido por sus 107 Diputados católicos, se negaron a aceptar, y combatieron la propuesta lo más que pudieron. La resistencia católica en la Cámara puso seriamente en riesgo el plan de Mussolini; de hecho, se volvió uno de los mayores obstáculos obstruyendo su camino hacia la dictadura. Sin embargo, eso no era todo, porque ésta puso gravemente en peligro la nueva política en la que el Vaticano se había embarcado - a saber, ayudar al nuevo Partido fascista y cooperar con éste en despejar el camino de cualquier posible impedimento para la creación de un Estado Autoritario.

Por lo tanto el Papa no perdió el tiempo, y no habían pasado muchas semanas desde la abierta oposición del Partido católico a Mussolini en la Cámara, cuando Don Sturzo recibió una orden perentoria del Vaticano de renunciar y eventualmente disolver el Partido (9 de junio, 1923). Don Sturzo, aunque profundamente consternado y durante un tiempo inclinado a resistir, finalmente se doblegó ante la orden del Papa, porque además de ser un miembro de la Iglesia, también era un sacerdote. Aunque el Partido católico no fue disuelto inmediatamente, la pérdida de su fundador y líder fue un golpe que lo debilitó gravemente. Con la desaparición de Don Sturzo y la pérdida de fuerza de su Partido, fue removido el primer obstáculo serio para el intento del Fascismo de alcanzar una desvergonzada dictadura.

Inmediatamente los miembros de mayor responsabilidad de la Jerarquía católica (particularmente aquellos que conocían el plan del Papa) empezaron una campaña de entusiasta alabanza a Mussolini. Esta campaña alcanzó su clímax cuando el Cardenal Mistrangelo, Arzobispo de Florencia, uno de los partidarios dentro del Vaticano de la nueva política del Papa, después de un discurso en una recepción pública en la que impartió todas las bendiciones del Todopoderoso sobre el líder fascista y derramó todos los agradecimientos de la Iglesia Católica sobre quien había destruido a sus enemigos, en un momento de gratitud ilimitada solemnemente abrazó al ex-ateo Mussolini y le besó en ambas mejillas.

El año siguiente, bajo las instrucciones personales directas del Duce, el líder Socialista, Matteotti, quien era el adversario más amargo del intento de Mussolini de alcanzar el absolutismo, fue asesinado por los fascistas. La indignación del país fue tan grande que el régimen nunca había estado tan cerca de caer como lo estuvo durante esa crisis. En protesta, el Partido Popular y los Socialistas, después de haberse retirado de la Cámara Baja, pidieron al Rey la destitución de Mussolini.

Pero, una vez más, el Vaticano acudió al rescate del líder fascista. En esta coyuntura, cuando los Socialistas y los Católicos estaban negociando crear una sólida coalición y así suplantar al Gobierno fascista, el Papa Pío XI se presentó con una solemne advertencia a todos los católicos italianos de que cualquier alianza con los Socialistas, incluso con la rama moderada, estaba estrictamente prohibida por la ley moral según la cual la cooperación con el mal es un pecado. El Papa dijo esto, olvidando convenientemente que tal cooperación había tomado y estaba tomando lugar en Bélgica y Alemania.

Luego, para completar la obra de interferencia, el Vaticano ordenó que todos los sacerdotes renunciaran al Partido católico y a las posiciones políticas y administrativas que ellos poseyeran dentro de éste. Esto significaba la completa desintegración del Popolari, cuya fuerza estaba principalmente en los distritos rurales sostenidos por los sacerdotes.

Además de esto, el nuevo Papa concibió lo que sería conocido como Acción Católica, que se puso bajo la dirección de los obispos y a la cual le fue *estrictamente prohibido* tomar parte en política. En otras palabras, se prohibió luchar contra el principal actor en la escena política -a saber, el Fascismo. El Papa Pío XI pidió a todos los católicos que se unieran a la nueva organización, instigando así a cientos de miles a retirar su membresía del Popolari que, además de ser así debilitado por el Vaticano, fue implacablemente golpeado por los triunfantes fascistas.

Estas tácticas del Vaticano duraron desde 1923 hasta fines de 1926, cuando el Partido católico, habiendo perdido a su líder y habiendo sido censurado continuamente por la Iglesia y perseguido por los fascistas, fue hecho ilegal por Mussolini, y fue disuelto. Por ese movimiento el Gobierno fascista se volvió lo que había querido ser -la primera dictadura totalitaria fascista.

Fue entonces (octubre de 1926), y no por casualidad, que el Papa Pío XI y Mussolini empezaron aquellas negociaciones que concluyeron con la firma del Tratado de Letrán.

El Vaticano y la nueva dictadura, a pesar de los periódicos malentendidos, principalmente debido al hecho de que los fascistas continuaban golpeando católicos, independientemente de si ellos eran miembros del antiguo Partido católico o de Acción Católica, se alababan entre sí abierta y frecuentemente. Las siguientes dos citas resumen la actitud de la Iglesia Católica hacia el Fascismo en este período. El 31 de octubre de 1926, el Cardenal Merry del Val, en su calidad de Legado Pontificio, declaró públicamente:

"Mis agradecimientos también van para él (Mussolini) quien sostiene en sus manos las riendas del Gobierno en Italia, quien con la visión clara sobre la realidad, ha deseado y desea que la Religión sea respetada, honrada y practicada. Visiblemente protegido por Dios, él ha mejorado sabiamente la suerte de la nación y ha aumentado su prestigio por todo el mundo."

Y, para completar el cuadro, el mismo Papa, el 20 de diciembre de 1926, declaró a todas las naciones que "Mussolini es el hombre enviado por la Providencia".

La tan abierta alabanza y bendición del Papa (quien, a propósito, fue uno de los primeros en felicitar a Mussolini por el fracaso de un intento para asesinarlo), la persistente ayuda dada al Fascismo por el Vaticano, y la liquidación del Partido católico en un momento cuando éste podría haber impedido que Mussolini se estableciera en el poder, habían despejado totalmente el camino para una completa y desenfadada dictadura -el tipo de dictadura, de hecho que el Papa Pío XI quería ver consolidada.

Los Liberales con sus leyes seculares, y los Socialistas con su odio por la Iglesia -que, en la última elección, en 1926, habían sido capaces, a pesar de todo, de registrar 2,494,685 votos o más de la mitad del total de votos- habían sido completamente liquidados, sus partidos prohibidos, sus periódicos suprimidos, sus líderes encarcelados o desterrados. La amenaza de la ola Roja había sido evitada y la Iglesia había quedado segura, gracias a su nueva política de alianza con un fuerte régimen autoritario.

Ahora, con todos los enemigos comunes interiores aniquilados, la Iglesia y el Fascismo emprendieron en serio la tarea de perfeccionar su ya excelente relación. Porque, a pesar de su alianza *de facto*, no todo estaba bien entre ellos. Choques entre fascistas y católicos, frecuentemente miembros de la Acción Católica, y demostraciones anticlericales continuaban oscureciendo el horizonte. Un Pacto oficial entre el Vaticano y el Fascismo estabilizaría sus respectivas esferas. Un Concordato era por lo tanto deseable. Pero el objetivo más importante del Papa en esta coyuntura era que la Iglesia negociara el acuerdo por los Estados Papales. Mussolini que ya había proclamado que la religión tenía derecho a ser respetada, aceptaría tanto un Pacto como un Concordato.

El Duce, sin embargo, a pesar de su éxito, no estaba todavía muy firmemente establecido. Muchos miembros del ex-Popolari y católicos de entre la gente común desconfiaban de él, y, a pesar de la clara indicación dada a ellos por el Vaticano, dudaban en apoyarlo plenamente. Se necesitaba algo que apelase a la imaginación de la Italia católica. ¿Y qué mejor oportunidad para darle al Papa la libertad de hacer una solemne alianza entre la Iglesia y el Estado, algo que había sido imposible por medio siglo para los Gobiernos democráticos que habían dirigido al país? Un Tratado y un Concordato fortalecerían el régimen de manera tal que luego nada excepto una conmoción social podría destruirlo. Además de la consolidación interior, el prestigio que ganaría en el extranjero elevaría el estatus político del Fascismo en todo el mundo católico.

Las negociaciones que, bastante significativamente, se iniciaron con la disolución del Partido católico en 1926 concluyeron en 1929 con la firma de lo que ha sido conocido desde entonces como el Tratado de Letrán.

Ya nos hemos referido al Tratado de Letrán (Capítulo 2), por el cual el Vaticano fue reconocido como un Estado soberano independiente, y el Gobierno fascista se comprometió a pagar una enorme suma de dinero como indemnización. El Acuerdo fue aclamado por la Iglesia Católica y los católicos de todo el mundo, y el prestigio del Fascismo creció a pasos agigantados en todas partes.

Pero, además de adquirir su independencia, la cual siempre había rechazado bajo los Gobiernos Liberales, el Vaticano había alcanzado otra meta no menos importante; había restaurado la Iglesia Católica en Italia de acuerdo con los principios católicos de que la Iglesia y el Estado no deben estar separados, sino, como el cuerpo y alma, deben estar

asociados entre sí. Se firmó un Concordato por el cual la Iglesia Católica recuperaba toda la pasada prominencia que le había sido negada por el Estado secular. Se proclamó al Catolicismo no menos que la única religión del Estado; la educación religiosa en las escuelas se volvió obligatoria; los maestros debían ser aprobados por la Iglesia, y sólo podrían ser usados aquellos libros de texto "aprobados por la Autoridad eclesiástica"; se hizo obligatorio el matrimonio religioso, "el efecto civil del Sacramento del matrimonio siendo regulado por la Ley Canónica"; el divorcio fue prohibido; el clero y las Órdenes religiosas fueron subsidiados por el Estado; se prohibieron la Prensa, los libros y las películas contra la Iglesia; y la crítica o el insulto contra el Catolicismo se volvió un delito penal. En resumen, la Iglesia Católica fue restablecida como el poder espiritual dominante y absoluto sobre toda la nación.

El Vaticano fue más lejos. Nuevamente prohibió a todo el clero (una buena minoría del cual, encabezada por el ex-líder del Partido católico, permanecía hostil al Fascismo) pertenecer o apoyar a absolutamente cualquier partido político. Así era imposible para cualquiera del clero unirse a un movimiento antifascista, y como todo el clero estaba bajo las órdenes directas del Vaticano, el aliado del Fascismo, es fácil imaginar el significado de la cláusula.

Por otro lado, el Fascismo reconoció a la Acción Católica, la cual "debía llevar a cabo su actividad fuera de cualquier partido político y bajo la dependencia directa de la Jerarquía de la Iglesia Católica, para la difusión y el ejercicio de los principios católicos."

El sentido de estas cláusulas prohibiendo al clero y a la Acción Católica tomar parte en cualquier actividad política se hace claro como el cristal por el Artículo 20 del Concordato; el Vaticano se comprometía a impedir a su clero a ser hostil al Fascismo, y a velar que sus obispos se convirtieran en guardianes de la seguridad del propio régimen.

Así la Iglesia se volvió el arma religiosa del Estado fascista, mientras que el Estado fascista se volvió el brazo secular de la Iglesia. Al fin el Vaticano había recogido los frutos de su nueva política -la aniquilación de sus grandes enemigos (el Secularismo, el Liberalismo, la Francmasonería, el Socialismo, el Comunismo, la Democracia); y la restauración de la Iglesia Católica como el poder espiritual predominante en el país.

Como una prueba de esto después de que fue firmado el Concordato, Mussolini declaró:

"Reconocemos el lugar preeminente que la Iglesia Católica tiene en la vida religiosa del pueblo italiano -lo cual es absolutamente natural en un país católico como el nuestro, y bajo un régimen como el fascista."

El Papa no fue menos que el Duce en la generosidad de sus alabanzas. El 13 de febrero de 1929, Pío XI proclamó al mundo que Mussolini era "aquel hombre a quien la Providencia Divina" le había permitido encontrar, y agregó que el Tratado de Letrán y el Concordato habrían sido imposibles "si del otro lado no hubiese estado un hombre como el Primer Ministro." El 17 de febrero de 1929, en una recepción en el Vaticano, la Aristocracia y la Jerarquía Papales aplaudieron a Mussolini cuando apareció en una película; y al mes siguiente todos los cardenales en Roma declararon en un discurso al Papa que "ese eminente estadista (Mussolini)" gobernaba Italia "por un decreto de la

Providencia Divina". Y, como un último toque, las Autoridades Vaticanas mandaron que todos los sacerdotes oraran al final de sus Misas diarias por la salvación "del Rey y el Duce" ("Pro Rege et Duce").

¿Podría haber una alianza más estrecha entre la Iglesia y el Estado que aquella entre el Vaticano y el régimen fascista?

Pero pronto las nubes aparecieron una vez más sobre el horizonte. Iglesia y Estado, aunque esencialmente apoyándose entre sí, empezaron a tener serias reyertas. Esto era inevitable, porque, siendo ambos totalitarios, cada uno quería el control absoluto y exclusivo sobre ciertos sectores de la Sociedad -en este caso la juventud. Pío XI reclamó que, según el Concordato, se entendía que la Iglesia tendría una porción más grande sobre la educación, y que la Acción Católica tenía que depender exclusivamente de las autoridades eclesiásticas. Mussolini, por otro lado, quería el completo control sobre la educación y también quería controlar la Acción católica, como hacía con otras organizaciones del país.

La disputa se volvió tan seria que Pío XI tuvo que sacar clandestinamente de Italia una encíclica, *Non Abbiamo Bisogno*. En ésta el Papa no condenaba al Fascismo, como se afirmó después. Lejos de eso. Él simplemente denunció la violencia fascista contra la Acción Católica y a las doctrinas fascistas acerca de la educación de la juventud, que tendían a poner la supremacía del Estado sobre todo, *incluyendo* la Iglesia Católica. El Papa luego se apresuró a agradecer al régimen fascista por lo que había hecho por la Iglesia Católica:

"Nosotros conservamos y conservaremos la memoria y la perenne gratitud por lo que se ha hecho en Italia, para el beneficio de la religión, aunque no menor y quizás mayor fue el beneficio derivado para el Partido y el régimen."

Luego admitió que había favorecido al Fascismo de tal manera que "otros" habían sido sorprendidos, pensando que el Vaticano había ido demasiado lejos al alcanzar un entendimiento con el régimen:

"Nosotros no sólo nos hemos refrenado de la condenación formal y explícita (él declaró) sino que al contrario hemos ido tan lejos como para creer posibles y favorecer compromisos que otros habrían considerado inadmisibles. No hemos tenido la intención de condenar al Partido y al régimen como tal ...Hemos querido condenar sólo aquellas cosas en el programa y en las actividades del Partido que se han comprobado contrarias a la doctrina y práctica católicas" (Pío XI, Encíclica, *Non Abbiamo Bisogno*, 1931).

Él admitió que el juramento fascista, siendo contrario a las doctrinas fundamentales de la Iglesia Católica, sería condenado. Pero alivió la conciencia de cualquier católico en duda diciendo que aunque la Iglesia condenaba el juramento, los católicos no obstante debían jurar fidelidad al Duce. Ellos podrían hacer así, dijo el Papa, tomando el juramento y, cuando lo hicieran, reservándose mentalmente el derecho a no hacer nada contra "las Leyes de Dios y Su Iglesia". Las autoridades que recibían el juramento nada sabían de tales reservas mentales. Así, cientos de miles de católicos, asegurados por su líder religioso supremo que ellos podrían jurar obedecer y defender el régimen fascista, dieron su fidelidad al Fascismo sin más objeciones.

¿Podía la decisión del Vaticano de apoyar el régimen fascista, a pesar de las discordancias, ir más lejos que eso? Tendremos ocasión de ver que el Vaticano dio un consejo similar a los católicos alemanes, aliviando sus conciencias con respecto a su apoyo a Hitler. No es sorprendente que, a pesar de todo, la Iglesia y el Estado gradualmente se acercaran más y después cooperaran aun más abiertamente que antes.

Las primeras propuestas vinieron del propio Mussolini, cuando, en junio de 1931, declaró:

"Yo deseo ver la religión por doquier en el país. Enseñemos a los niños su catecismo ... sin importar cuán jóvenes puedan ser..."

Mussolini bien podía darse el lujo de hablar así. La Iglesia Católica, después de todo, estaba más que cooperando con el Fascismo en las escuelas, en los campamentos, y en las Instituciones Juveniles Fascistas, donde los niños tenían que dar las gracias antes de cada comida. Lo siguiente es una típica muestra, escrita, aprobada, y alentada por la Iglesia:

"Duce, yo le agradezco por lo que usted me da para hacerme crecer sano y fuerte. Oh Señor Dios, protege al Duce para que pueda ser preservado por mucho tiempo para la Italia Fascista" (*New York Times*, 20 de enero de 1938. Ver *Towards the New Italy*, T.L. Gardini).

Los más altos puntales de la Iglesia otra vez empezaron a exaltar al Duce y al Fascismo en los más estridentes términos. El Cardenal Gasparri, Legado Papal italiano, dijo en septiembre de 1932:

"El Gobierno fascista de Italia es la única excepción a la anarquía política de los gobiernos, parlamentos, y escuelas del mundo... Mussolini es el hombre que primero vio claramente en medio del actual caos mundial. Él está ahora esforzándose para poner la pesada maquinaria del Gobierno sobre su vía correcta, a saber para hacerla funcionar de acuerdo con las leyes morales de Dios."

Por fin estaba maduro el tiempo para una reconciliación oficial. El 11 de febrero de 1932, Mussolini entró solemnemente en la Basílica de San Pedro, y, después de haber sido bendecido con agua bendita, se arrodilló devotamente y oró. Desde allí en adelante el destino de la Iglesia y el Fascismo se hizo cada vez más inseparable. La alianza fue consolidada por los arreglos financieros del Tratado de Letrán. Casi la mitad de la suma pagada por la Italia fascista estaba en Bonos del Gobierno, que el Papa había prometido no vender durante muchos años, y el bienestar financiero del Vaticano dependía por lo tanto en gran parte de la preservación del Fascismo.

El Fascismo y la Iglesia trabajaron de la mano durante los siguientes dos años, cuando todas las ramas de la vida, especialmente la juventud, estaban sujetas a un doble bombardeo por la enseñanza religiosa y fascista. Para ejemplo, baste decir que los libros de texto en las escuelas elementales tenían un tercio de su espacio completamente dedicado a los temas religiosos -el catecismo, oraciones, etc.- mientras que los dos tercios restantes consistían de alabanzas al Fascismo y la guerra. Los sacerdotes y los líderes fascistas se mezclaron entre sí; el Papa y el Duce continuaron su mutua alabanza

y llegaron a ser verdaderamente dos buenos compañeros decididos a promover la felicidad de sus pueblos.

Pero Mussolini quien nunca dio algo por nada, no había doblado la rodilla en San Pedro porque repentinamente hubiese visto la Luz. Él tenía un plan para el éxito del cual la ayuda de la Iglesia Católica era necesaria. Y en 1935 la primera de una serie de sucesivas agresiones fascistas que finalmente llevaron al estallido de la Segunda Guerra Mundial fue cruelmente ejecutada: La Italia fascista atacó y ocupó Abisinia.

No nos corresponde a nosotros discutir si la sobrepoblada Italia debía o no buscar un "lugar en el sol". Indudablemente su exceso de población y otros factores jugaron un gran rol en la aventura, pero lo que nos concierne aquí es el rol desempeñado por el Vaticano, que una vez más se volvió el gran aliado del Fascismo. La razón con la que el Fascismo intentó justificar su agresión fue la necesidad de expansión. Ésta había sido la tesis principal de la propaganda fascista durante años, y se intensificó durante el verano de 1935, cuando la intención de Mussolini de atacar Abisinia ya estaba clara. Como la versión fascista de que Italia estaba en su derecho a emprender la guerra parecía ser recibida por el pueblo italiano con visible escepticismo, y como su entusiasmo no podía ser grandemente despertado, el Vaticano acudió en ayuda del régimen.

Una vez más Pío XI permitió que su autoridad como un líder espiritual fuese usada para un fin político: el de tranquilizar a aquellos católicos italianos que abrigaban dudas sobre si la planeada agresión del Duce debía ser apoyada. Y así el 27 de agosto de 1935, cuando la campaña de preparación y propaganda estaba en su cumbre, el Papa Pío XI reforzó la engañosa excusa fascista, diciendo que aunque era verdad que la idea de la guerra le horrorizaba, una guerra defensiva que se había vuelto necesaria para la expansión de una creciente población podría ser justa y buena.

Ése fue uno de los primeros de una serie de pasos tomados por el Vaticano para apoyar la agresión fascista, no sólo dentro de Italia, sino también en el extranjero, y sobre todo en la Sociedad de Naciones en cuyas manos residía el poder de tomar las medidas apropiadas para impedir el ataque. El 5 de septiembre de 1935, el mismo día en el cual la Sociedad de Naciones tenía que empezar el debate por el problema abisinio, un Congreso eucarístico a escala nacional fue llevado a cabo en Teramo, donde asistieron el Legado Papal, 19 arzobispos, 57 obispos, y cientos de otros dignatarios de la Iglesia Católica.

Si la fecha fue simple coincidencia, queda abierto para la discusión. No fue coincidencia, sin embargo, que estos pilares de la Iglesia Católica italiana también escogieron ese día para enviarle un mensaje a Mussolini (quien en ese momento estaba siendo atacado por la Sociedad así como por prácticamente toda la Prensa mundial), en el que ellos decían: "La Italia católica ruega por la creciente grandeza de la amada madre patria, hecha más unida por su Gobierno."

No satisfecho con esto, sólo dos días después, mientras las discusiones sobre el problema ítalo-etíope estaban en su etapa más crítica, el Papa puso su peso del lado del Fascismo. Su oportuna intervención tenía dos principales propósitos en vista: ayudar al Fascismo a despertar en los italianos renuentes un entusiasmo nacional por la guerra cercana, y, sobre todo, influenciar en las actuaciones de la Sociedad de Naciones haciendo entender indirectamente a los representantes católicos de los muchos países

católicos que eran miembros de la Sociedad que ellos no debían votar contra la Italia fascista. Porque, declaró el Papa, aunque estaba orando por la paz, él deseaba que "las esperanzas, los derechos, y las necesidades del pueblo italiano, fuesen satisfechas, reconocidas, y garantizadas con justicia y paz."

Al día siguiente, con las palabras del Papa todavía resonando en los oídos de los católicos individuales y de las naciones católicas, el Duce declaró al mundo que la Italia fascista, aunque queriendo la paz, quería una paz acompañada por la justicia. Desde allí en adelante la propaganda fascista aceleró su toque de tambor en un crescendo, secundada por el Vaticano, hasta que finalmente, el 3 de octubre de 1935, Abisinia fue invadida.

Un grito de horror se elevó en todo el mundo, pero no desde el Vaticano. El Papa mantuvo su silencio. Como después dijo un escritor católico, "prácticamente sin excepción el mundo entero condenó a Mussolini, todos excepto el Papa" (Teeling, *The Pope in Politics*).

El pueblo italiano recibió las noticias con muy poco entusiasmo, pero la propaganda fascista intentó mostrar que todas las naciones estaban contra Italia, no debido a la agresión, sino porque ellas querían mantener a los italianos en la esclavitud económica. Urgidos por estos argumentos y por el Vaticano, poco a poco ellos empezaron a apoyar la aventura.

Los líderes fascistas arengaban en las plazas públicas y los sacerdotes y los obispos católicos en sus iglesias, todos ocupados en pedir al pueblo que apoyaran al Duce. Cuando Mussolini pidió a las mujeres italianas que entregaran sus anillos de oro y plata al Estado, los sacerdotes católicos predicaron que debían dar tanto como pudiesen. Muchos obispos y sacerdotes lideraron la ofrenda dando a los fascistas las joyas y el oro pertenecientes a sus iglesias, incluso ofreciendo las campanas de las iglesias para que pudieran fabricarse armas.

Para citar sólo algunos típicos ejemplos:

El Obispo de San Minato un día declaró que "a fin de contribuir a la Victoria de la Italia fascista" el clero estaba "dispuesto a fundir el oro perteneciente a las iglesias, y las campanas"; mientras el Obispo de Siena saludaba y bendecía a "Italia, nuestro gran Duce, nuestros soldados que están alcanzando la victoria por la verdad y por la justicia."

El Obispo de Nocera Umbra escribió una pastoral, que él pidió fuera leída en todas sus iglesias y en la cual declaraba: "Como un ciudadano italiano considero a esta guerra justa y santa."

El Obispo de Civita Castellana, hablando en la presencia de Mussolini, agradeció al Todopoderoso "por haberme permitido ver estos días épicos y gloriosos, sellando nuestra unión y nuestra fe."

El Cardenal Arzobispo de Milán, el Cardenal Schuster, fue más lejos e hizo todo lo que pudo para conferir a la Guerra Abisinia la naturaleza de una santa cruzada. "La bandera italiana (fascista)", dijo, "actualmente está llevando en triunfo la Cruz de Cristo a Etiopía, para liberar el camino para la emancipación de los esclavos, abriéndolo al

mismo tiempo para nuestra propaganda misionera." (T. L. Gardini, *Towards the New Italy*).

El Arzobispo de Nápoles empleó incluso la imagen de la Madona, que fue llevada desde Pompeya hasta Nápoles en una gran procesión. Ex-soldados, viudas de guerra, huérfanos de guerra, y fascistas marchaban todos detrás de ella, mientras aviones de guerra fascistas hacían llover panfletos en los que la Virgen, el Fascismo, y la Guerra abisinia eran todos glorificados al mismo tiempo. Después de esto el mismo Cardenal Arzobispo saltó sobre un tanque y solemnemente bendijo a la excitada muchedumbre.

Esto estaba sucediendo en toda Italia. Ha sido calculado por el Profesor Salvemini, de la Universidad de Harvard, que por lo menos 7 cardenales italianos, 29 arzobispos, y 61 obispos dieron apoyo inmediato a la agresión. Y esto, debe recordarse, cuando, según el Concordato de 1929, estaba estrictamente prohibido para los obispos tomar parte en cualquier manifestación política.

El apoyo del Vaticano a la primera agresión fascista no se detuvo allí, porque también organizó apoyo en el extranjero. Casi toda la Prensa católica del mundo salió a apoyar a la Italia fascista, aun en países como Gran Bretaña y los Estados Unidos de América. Para citar un pasaje típico:

"La causa de la civilización misma está comprometida, para el presente de todos modos, en la estabilidad del régimen fascista en Italia ...El régimen fascista ha hecho mucho por Italia ...A pesar de su anticlericalismo ... éste ha promovido la religión católica" (*Catholic Herald*).

Y la Cabeza de la Iglesia Católica en Inglaterra fue tan lejos como para decir:

"Para hablar llanamente, el existente gobierno fascista, en muchos aspectos injusto...previene una injusticia peor, y si el Fascismo, que en principio yo no apruebo, fracasa, nada puede salvar al país del caos. La causa de Dios fracasa con éste" (*Catholic Times*, 18 de octubre de 1935).

Y finalmente, después de que los abisinios fueron absolutamente subyugados, el Papa, para coronar su continuo apoyo de la guerra, después de algunos oscuros comentarios sobre una guerra justa y una injusta, manifestó que él estaba compartiendo "el regocijo triunfante de un pueblo entero, grande y bueno, por una paz que, se espera y proyecta, será una contribución efectiva y un preludio para la verdadera paz en Europa y el mundo" (discurso del Papa, el 12 de mayo de 1936).

Con la conquista de Abisinia un nuevo país había sido abierto para el Fascismo y la Iglesia. Los ejércitos fascistas fueron seguidos inmediatamente por sacerdotes, misioneros, monjas, y organizaciones católicas que empezaron su trabajo para la extinción de los credos religiosos de los abisinios y su substitución por el Catolicismo. Porque, como el Cardenal de Milán había dicho, la bandera italiana había abierto "el camino....a nuestra propaganda misionera." O, como el Arzobispo de Taranto declaró, después de haber celebrado Misa en un submarino: "La guerra contra Etiopía debe ser considerada como una guerra santa, una cruzada", porque la victoria italiana "abriría Etiopía, un país de infieles y cismáticos, para la expansión de la Fe católica."

La Guerra abisinia dio el primer golpe mortal a la Sociedad de Naciones y aceleró el proceso de una gran aventura que el Fascismo -italiano, alemán, y de otras naciones- en estrecha alianza con el Vaticano, inició en una cruzada para el dominio Continental y Mundial.

No habían pasado muchos meses desde la completa subyugación de la primera víctima fascista (avanzada la primavera de 1936), cuando una segunda batalla estalló, esta vez en Europa.

En el verano de 1936 la Guerra Civil española se desató sobre la Península Ibérica (16 de julio de 1936).

Ya hemos examinado el papel que Mussolini desempeñó en la preparación para la Guerra Civil, y la ayuda que él dio a Franco. El Vaticano movilizó a la Jerarquía española así como a la italiana -la primera para ayudar a Franco, la segunda para aumentar el apoyo a Mussolini quien estaba ayudando en la guerra contra los Rojos. Nos limitaremos a citar sólo un típico ejemplo del entusiasmo de la Iglesia Católica en favor de Mussolini en este período.

A principios de 1938, 60 arzobispos y obispos y 2,000 sacerdotes, después de haber asistido a una ceremonia relacionada con la agricultura, pidieron ser recibidos por Mussolini. Precedidos por banderas llevadas por sacerdotes, ellos no sólo fueron frente a la estatua del soldado desconocido, sino que también rindieron homenaje en el monumento erigido a los muertos en la Revolución Fascista. Antes de ser recibidos por el Duce, los obispos y arzobispos lideraran una procesión, y cuando por fin estuvieron ante él, estallaron en una frenética aclamación. El Arzobispo de Udine leyó un discurso en el que, entre otras cosas, declaró: "¡...Duce, pueda Dios protegerlo! Todos oraremos a Él, para que le ayude a ganar todas las batallas que usted está dirigiendo tan sabia y vigorosamente para la prosperidad, la grandeza, y la gloria de la Roma Cristiana, el Centro de la Cristiandad -de esta Roma que es la Capital de la Roma Imperial."

Después de esto un sacerdote leyó un Orden del Día, aprobado de antemano por toda la asamblea, repitiendo la voluntad de los arzobispos, obispos, y sacerdotes de cooperar con el régimen fascista, "para la campaña del trigo así como para la conquista del Imperio ...a fin de que Italia esté espiritual, económica, y militarmente preparada para defender su paz contra los enemigos de su grandeza Imperial." El clero de Italia está invocando la bendición del Señor sobre su persona, sobre su trabajo como creador del Imperio, y del régimen fascista. Duce, los sacerdotes de Cristo le honran y le juran su obediencia."

Los arzobispos, obispos, y sacerdotes empezaron entonces a repetir, "Duce, Duce, Duce". Cuando por fin se le permitió a Mussolini hablar, él afirmó que la colaboración entre la Iglesia Católica y el Fascismo había producido grandes frutos para todos. Él les recordó, con la más profunda gratitud, de "la eficaz cooperación dada por todo el clero durante la guerra contra los abisinios ... recordando con particular simpatía el ejemplo de patriotismo mostrado por los obispos italianos que trajeron su oro a las oficinas locales del Partido Fascista, mientras los sacerdotes de las parroquias estaban predicando a los italianos para que resistieran y lucharan." Cuando Mussolini acabó, los arzobispos, y obispos, después de haber invocado repetidamente la bendición de la

Providencia Divina sobre Mussolini, empezaron a aclamarlo entusiastamente y de nuevo diciendo "Duce, Duce, Duce" (Corriere della Sera, 10 de enero de 1938).

En la primavera del año siguiente Pío XI murió. El Cardenal Pacelli fue elegido Papa, y asumió el nombre de Pío XII (12 de marzo de 1939).

El cambio del gobernante supremo de la Iglesia Católica no afectó en lo más mínimo la política del Vaticano hacia el Fascismo. Esto por la misma razón de que el nuevo Papa había estado dirigiendo la política exterior del Vaticano durante los diez años precedentes y fue principalmente responsable de haber ayudado a Hitler a asumir el poder, como veremos dentro de poco. Él siempre había estado de acuerdo con Pío XI, la única diferencia entre los dos era que Pío XII estaba más inclinado hacia la diplomacia que su predecesor.

El comienzo del reinado del nuevo Papa coincidió con el decreto de Mussolini para la expulsión de los judíos de Italia (aproximadamente 69,000). El nuevo Papa guardó silencio, y cuando, algunas semanas más tarde, la Italia fascista invadió Albania, el Papa protestó, no porque un país había sido atacado injustificadamente, sino porque la agresión se había llevado a cabo en Viernes Santo.

Un par de semanas después de la Pascua, 1939, el Papa recibió una carta tan secreta que sólo a su Secretario de Estado le fue permitido ver su contenido (según su biógrafo, Rankin). Allí siguió una "febril actividad" con los representantes de varios Poderes, especialmente Polonia, Francia, y Alemania. No muchos días después Hitler dio el primer golpe mortal que fue desintegrar Checoslovaquia. La tormenta de la guerra estaba acercándose rápidamente, y finalmente, el 1 de septiembre de 1939, la Alemania Nazi invadió Polonia, y dos días más tarde Francia y Gran Bretaña le declararon la guerra.

El Papa hizo varias propuestas para la paz, sin éxito; y cuando, después de que Polonia fuera aplastada y dividida entre Alemania y Rusia, una tensa calma descendió sobre Europa, Pío XII siguió cortejando a la Italia fascista. Él acabó ese año fatal dando el inaudito paso de recibir al Rey y a la Reina de Italia en una recepción oficial en el Vaticano, e inmediatamente después dirigiéndose al Quirinal [la residencia real].

Había varias razones por las que el Papa quería dejar a la Italia fascista fuera de la guerra: para que no se extendieran las hostilidades; a fin de no complicar la situación con los Poderes Occidentales mientras existiera una chance de paz; para que Italia pudiera ayudar después, cuando se produjera la guerra contra la Rusia soviética; y, por último pero no menos importante, porque si el Fascismo hubiese colapsado, a través de la derrota militar o la revolución interior, la Iglesia Católica se habría encontrado en una poco envidiable condición.

Inmediatamente Alemania atacó Polonia, el Vaticano notificó al Gobierno italiano de su satisfacción de que Italia fuera neutral. El Conde Ciano, [el ministro de Asuntos Exteriores], le dijo al sacerdote Tacchi Venturi -un Jesuita intermediario entre el Vaticano y Mussolini- que era intención de Italia permanecer fuera de la guerra; y el 29 de febrero le dijo al Nuncio Papal en Italia: "Tengo la impresión de que una gran ofensiva está a punto de estallar ... Alemania hará el máximo esfuerzo para llevarnos a

la guerra." (*La Obra de la Santa Sede para la Paz en Italia*, publicado por el Vaticano, junio de 1945).

El 24 de abril, el Papa, en una carta autógrafa a Mussolini, le pidió para que pudiera evitársele la guerra a Italia.

Entretanto Hitler estaba preparándose para atacar en el Oeste, y envió a Ribbentrop para que calmara al Vaticano acerca del Pacto Nazi-Soviético. Y cuando Hitler invadió a Holanda y a Bélgica, el Papa por primera vez envió una suave protesta en la forma de cartas al Rey de Bélgica y a la Reina holandesa, desaprobando el hecho de que sus países habían sido invadidos "contra su voluntad".

Sobre esto Hitler ordenó a Mussolini que mantuviera callado a Pío XII. El Duce, amenazando represalias e invocando el artículo 24 del Tratado Laterano, impuso silencio sobre el Vaticano, que no podía soportar la idea de la alianza entre Alemania y Rusia. El *Osservatore Romano* dejó de publicar opiniones políticas.

La primera notificación de que Italia había decidido entrar en la guerra se hizo el 22 de mayo al Arzobispo Borgongini-Duca por el Subsecretario de Estado fascista, y repetido por Ciano el 28 de mayo. Algunas semanas más tarde, cuando Francia yacía postrada, Mussolini llevó a Italia a la guerra (10 de junio de 1940).

Una vez que el país se hubo unido al conflicto, la Iglesia Católica de nuevo se alineó del lado del Fascismo. Sólo nueve días después de la declaración de guerra el Papa, después de haber recibido algunos cientos de parejas italianas recién casadas, les dijo que era su "deber orar por su nación, la cual, hecha fecunda por el sudor y la sangre de sus antepasados, esperaba que sus hijos la sirvieran fielmente."

El 4 de septiembre de 1940, el Papa dirigió un discurso a 5,000 miembros de la Acción católica y les exhortó a estar listos a dar sus propias vidas por su país.

Cuando Mussolini atacó Grecia, el Papa no sólo no condenó la invasión, sino que ni siquiera la mencionó. Dos días después, sin embargo, él otorgó audiencia a 200 oficiales italianos uniformados "que representaban al Ejército italiano", y declaró que era sumamente gratificante para él bendecir a hombres "que sirven a la querida Madre Patria con lealtad y amor". El siguiente febrero el Papa recibió a 50 pilotos alemanes y a 200 soldados italianos, todos uniformados, y manifestó que estaba "feliz de recibirles y bendecirles".

En mayo de 1941 él recibió al Duque de Spoleto, el día antes de que éste último fuera proclamado Rey de Croacia; y el día después de la ceremonia recibió a una comisión croata liderada por Ante Pavelich, el Dictador fascista de Croacia que había sido condenado a muerte en Francia por haber tomado parte en el asesinato del Rey de Yugoslavia.

El 13 de agosto de 1941, Pío XII recibió a 3,000 católicos y a 600 soldados italianos, a quienes dijo: "Hay gran heroísmo hoy en los campos de batalla, en el aire, y en el mar. Aunque la guerra es horrible, sin embargo uno no puede negar que ella muestra la grandeza de muchas almas heroicas que sacrifican sus vidas para seguir los deberes

impuestos sobre ellas por la conciencia Cristiana" (ver *Il Vaticano e il Fascismo*, por G. Salvemini).

El Papa tenía que ser cauto en su aliento a los soldados fascistas, sabiendo que era observado por millones de católicos en los países aliados, pero lo que no podía decir el Papa mismo, lo decía la Iglesia Católica. Su apoyo y entusiasmo por la guerra superaba incluso al mostrado durante la campaña abisinia. La Iglesia era una con el Fascismo, incitando a los italianos a apoyar la nueva aventura. Curas párrocos, obispos, arzobispos, e incluso cardenales, predicaban y escribían exaltando la gloria de luchar y morir por la Italia fascista, enfatizando el deber de cada ciudadano y católico de obedecer al Gobierno. Como antes, el Cardenal de Milán, seguido por los obispos de toda Italia, hizo una gira por diversas bases militares, bendiciendo a los soldados que partían, ametralladoras, aviones de combate, y submarinos; colgando medallas sacras en los pechos de los fieles; distribuyendo imágenes religiosas en las que las legiones fascistas se representaban marchando hacia la segura victoria, guiadas por ángeles, o la imagen del Arcángel Gabriel matando al dragón, representando Gabriel al poder fascista y el dragón a sus enemigos. Oraciones y Misas se repetían por todas partes. La Iglesia Católica, de hecho, no escatimó su apoyo a la Italia fascista, y este entusiasmo fue tan lejos que el propio Vaticano en numerosas ocasiones debió refrenar a la Jerarquía italiana.

El Papa siguió recibiendo y bendiciendo a los soldados italianos y alemanes hasta mayo de 1942, cuando las audiencias fueron reducidas, hasta que, finalmente, fueron completamente suspendidas. El cuadro había cambiado grandemente desde 1940.

La Rusia Soviética, que Hitler había prometido aplastar antes del final de 1941, estaba lejos de ser derrotada, y de hecho estaba contragolpeando. La batalla de Stalingrado dijo al mundo y al Vaticano que Alemania estaba a la defensiva. Una victoria nazi que en 1940-1 parecía casi segura, empezó a volverse cada vez más dudosa. Con el debilitamiento del ímpetu del ejército alemán, la derrota en África, la casi completa eliminación de los ejércitos fascistas, y finalmente la invasión de la propia Península italiana, la situación había cambiado completamente. Por lo tanto, el Vaticano se dispuso a tomar las medidas apropiadas para asegurar que, si el Fascismo caía, el Bolchevismo no absorbería a Italia.

Meses antes de la invasión a su país el pueblo italiano se había puesto cada vez más inquieto y organizó amenazantes huelgas. La propaganda socialista apareció en el norte industrial. El gran peligro del Socialismo, que había empezado a barrer el país, hizo mover al Vaticano.

Se ideó un plan para afrontar la nueva situación después de que el Vaticano hubo contactado a los Aliados (Gran Bretaña y los Estados Unidos de América) y a ciertos elementos fascistas y militares en Italia, encabezados por la Monarquía italiana. El plan simplemente consistía en anticiparse a la caída de Mussolini, vuelta inevitable por el estado interno del país, la incapacidad del régimen para defender el suelo italiano, y, sobre todo, por los objetivos de guerra de los Aliados victoriosos que incluían la destrucción del régimen de Mussolini.

El Vaticano y los Aliados Occidentales, a fin de cuentas, tenían el mismo temor de que las fuerzas revolucionarias en Italia pudieran tomar ventaja. Por lo tanto ellos llegaron a

un acuerdo por el cual, aunque Mussolini sería derribado, la estructura general del régimen, con las modificaciones debidas, permanecería intacta. Así se evitaría el vacío que habría quedado por su desaparición y que habría dado una oportunidad excelente a los enemigos de orden social y de la religión para aprovecharse de la situación. El plan fue desarrollado a principios de la primavera de 1943, siendo los principales gestores:

Monseñor Spellman, Arzobispo de Nueva York, quien fue escogido como el intermediario entre el Papa, el Presidente Roosevelt, y los conspiradores italianos.

El ex-embajador fascista en Londres, el Conde Grandi (ver el capítulo sobre Alemania).

Y el Ministro fascista Federzoni.

Durante su estancia en Roma, a principios de la primavera de 1943, las actividades de Monseñor Spellman consistían mayormente en contactar a los principales conspiradores fascistas, al Conde Grandi, a Federzoni, y al Rey de Italia (el 22 y el 23 de febrero), y en informar minuciosamente el progreso de sus conversaciones al Papa y al Presidente Roosevelt.

Después de que sus planes fueron implementados, Monseñor Spellman viajó por Europa y fuera de Europa, dividiendo su tiempo entre bendecir bombarderos antes de que salieran para dejar caer sus cargas mortales sobre pueblos alemanes (por ej. el 6 de abril de 1943), y viendo a la gente que estaba ejecutando la nueva política en la que el Vaticano, Gran Bretaña, y los Estados Unidos de América estaban tan estrechamente preocupados. Él visitó especialmente al Embajador norteamericano en Estambul y a los dos representantes Papales cuando estuvo en esa ciudad (Monseñor Pappalardo de la Iglesia Oriental, y Monseñor Clarizio de la Secretaría de Estado del Vaticano).

El Vaticano empezó a dar los primeros cautos pasos en la propia Italia ante el estallido de huelgas organizadas por socialistas y comunistas en el Norte de Italia, quienes demandaban la caída del régimen y la abolición de la Monarquía, que serían seguidas por la revolución social. Altos Prelados empezaron a aconsejar a los italianos que fuesen fieles a la Monarquía. Por ejemplo, ya el 30 de marzo de 1943, el Arzobispo de Milán dijo a los italianos que ellos debían "recordar que la garantía de la unidad nacional es la Monarquía de la Casa de Saboya".

Las noticias de las negociaciones secretas, sin embargo, se filtraron, y la primera insinuación pública de ellas fue dada el 12 de mayo de 1943, por el periodista francés Pertinax, quien estaba en sumamente íntimas relaciones con la Delegación Vaticana en Washington. Pertinax dijo que "el Vaticano está profundamente preocupado con las conmociones sociales que en la península es probable que serán el resultado de la derrota militar de ultramar y de la destrucción ilimitada por los ataques aéreos en casa."

Algunos días más tarde (18 de mayo de 1943), el New York Times publicó las noticias desde Berne de que

"...el Vaticano había informado a los gobiernos británico y norteamericano que un colapso italiano ahora tendría resultados desastrosos a menos que Italia fuera neutralizada en seguida u ocupada inmediatamente por los ejércitos Aliados."

El corresponsal de *The Times*, Mr. Brigham, el 19 de mayo de 1943, manifestó que se había enterado por medio de una "fuente Vaticana bien informada" que un "plan" había sido "elaborado en un mensaje especial del Papa Pío al Arzobispo de Nueva York Francis J. Spellman, en la actualidad en el Medio Oriente." El plan apuntaba a hacer posible "la voluntaria colaboración italiana en el desalojo del régimen fascista" y "de inmediato un armisticio". El partido fascista como tal sería inmediatamente disuelto. Ninguna provisión se hizo en el primer plan, continuó Mr. Brigham, "para el arresto o la entrega a los Aliados de algún líder fascista".

La doble campaña del Vaticano para ayudar a prevenir una revuelta popular contra el régimen, y al mismo tiempo para prevenir una revolución social, creció en intensidad, y el mismo Papa habló con toda su autoridad en una reunión de trabajadores italianos aconsejándoles que se apartaran de la revolución, (13 de junio de 1943).

El resultado de todos estos planes fue pronto evidente. En la noche del 25-26 de julio de 1943, Grandi lideró una revuelta contra Mussolini dentro del Gran Consejo Fascista. La resolución de Grandi proponía que el Rey debía tomar el control supremo de todas las fuerzas armadas. Esto fue aprobado por diecisiete miembros y rechazado por ocho. Mussolini fue a ver al Rey, y se le dijo que él no era más el Primer Ministro. Luego Mussolini fue arrestado. La caída del régimen fue tan simple como eso.

Uno de los conspiradores, el Mariscal Badoglio, quien tomó el mando, declaró: "La guerra sigue." Pero, detrás de la escena, las negociaciones estaban teniendo lugar para la rendición militar de Italia y la preservación del régimen fascista disimulado.

Hubo cambios menores en el Gobierno; fascistas se mantuvieron en sus posiciones anteriores; mientras las fuerzas clandestinas revolucionarias salieron a la luz, sólo para ser inmediatamente refrenadas otra vez por el nuevo Gobierno. Los periódicos comunistas tuvieron dos días de libertad, y luego fueron suprimidos. Badoglio llamó a los italianos a ser "leales al Rey y a toda las otras instituciones estables y antiguas." La Iglesia y sus obispos hablaron contra los elementos revolucionarios y Bolcheviques, y prohibieron la oposición al nuevo Gobierno.

Hubo grandes actividades en el Vaticano, el Papa y su Secretario de Estado mantuvieron reuniones con el Embajador portugués, el español, el alemán, y el británico. Como las negociaciones siguieron y aumentaba el peso de las incursiones aéreas Aliadas sobre Italia, el Papa se puso impaciente, teniendo miedo de que "el pueblo italiano podría volverse presa del Bolchevismo". El Vaticano acosó a Gran Bretaña y a Estados Unidos de América por términos generosos, "porque en la hermosa tierra de Italia, la amenaza del Comunismo, en lugar de disminuir, está aumentando." "La prolongación de la guerra", repitió el Papa, "crea el peligro de que la generación joven pueda ser conducida a los brazos del Comunismo ... Moscú está esperando el momento cuando Italia se fusionará con la unión estatal europea bajo la supervisión comunista."

Mientras el Papa continuaba recalando a Roosevelt que "el bombardeo engendra Bolchevismo", Badoglio empezó una persecución a los Rojos, apoyada entusiastamente por la Jerarquía católica y el Vaticano.

Por fin, el 3 de septiembre de 1943, Italia se rindió incondicionalmente. Mussolini había desaparecido; se habían suprimido los rasgos más destacados del régimen; las

democracias Occidentales habían sido satisfechas porque el Dictador no gobernaría más; en su lugar quedó la estructura fundamental de un régimen autoritario, gobernada por un General y un Rey.

Con el Rey y un General en el campo doméstico, y Gran Bretaña y Norteamérica en el extranjero, Italia se había salvado de la revolución interior bolchevique y de la presión política exterior bolchevique desde Rusia. El primer gran contragolpe político del Vaticano y sus aliados laicos había tenido éxito.

Poco después Italia se volvió un inmenso campo de batalla donde los ejércitos Aliados debieron combatir dolorosamente en su camino hacia el norte contra los nazis en retirada, trayendo destrucción incalculable y caos social, económico, y político con ellos.

Mientras los ejércitos batallaban, el Vaticano y los Aliados Occidentales no perdieron tiempo en llevar a cabo la segunda parte de su plan en el territorio liberado de la península -a saber, el de impedir que las fuerzas revolucionarias tomaran ventaja.

Los Aliados llevaron a cabo esta política a través de la organización que ellos establecieron en la Italia libre (A.M.G.O.T. [Allied Military Government of the Occupated Territories]), que prohibió las reuniones políticas, la libertad política, o la organización de partidos antifascistas, al mismo tiempo que prohibiendo la purga de fascistas de las posiciones públicas. Los principales pilares administrativos del pasado régimen fascista (los prefectos) fueron mantenidos en sus posiciones anteriores, mientras los altos oficiales civiles y militares fueron protegido por una Comisión Aliada, que no sólo impidió cualquier esfuerzo por purgar el país de ellos, sino que admitió dentro del redil norteamericano-británico a fascistas que habían estado "activos" hasta el momento de la derrota.

La política del Vaticano de animar y apoyar directa e indirectamente a todas aquellas fuerzas Conservadoras, con especial consideración hacia los elementos militares que deseaban la preservación de la Monarquía contrariamente a la voluntad del pueblo italiano, salió repentinamente a la luz en mayo de 1944. En aquel tiempo, "investigadores especiales" del Ejército norteamericano interceptaron mensajeros cerca de las líneas en Italia del sur, y abrieron una bolsa de correo del Vaticano. En ésta se encontró evidencia documental de que el Vaticano estaba comprometido en activas y muy secretas maquinaciones para preservar la Casa de Saboya.

La preservación de la Monarquía se había vuelto el propósito principal del Vaticano y tuvo el caluroso apoyo del Conservador Primer Ministro británico, Churchill, quien, a fin de llevar a cabo sus planes, visitó personalmente Roma y fue recibido en audiencia privada cuatro o cinco veces por Pío XII (agosto de 1944), y al año siguiente cuando, aunque no era más Primer Ministro, tuvo extensas entrevistas con el Nuncio Papal ante el nuevo Gobierno italiano. (Septiembre de 1945).

Con el fin del régimen fascista italiano, la segura derrota de la Alemania nazi, y el derrumbe del Fascismo en toda Europa, el fracaso de la política que el Vaticano había seguido durante más de veinticinco años se volvió más que obvio. Una nueva política, nuevos métodos, y nuevas tácticas apropiadas para las cambiadas condiciones tuvieron que ser adoptados a fin de salvarse del desastre lo más posible.

Los Poderes que habían derrotado al Totalitarismo Fascista profesaban estar basados en principios democráticos, y, lo que era más, proclamaron su deseo de ver adoptados tales principios en la liberada Europa. Los enemigos que el Vaticano había combatido durante y después de la Primera Guerra Mundial no sólo habían sobrevivido, sino que se habían vuelto más fuertes y más osados que nunca. La Rusia Soviética, contrariamente a lo que había sido el caso después de la Primera Guerra Mundial, emergió de la Segunda Guerra Mundial como una de las vencedoras, con prestigio fortalecido, como un Poder mundial cuya influencia política se extendió por toda Europa Oriental y del sur hasta las mismas fronteras de Italia, donde el Bolchevismo había crecido a pasos agigantados.

Para contrarrestar estos grandes cambios el Vaticano tuvo que adoptar dos líneas definidas e interdependientes, las cuales formaron juntamente la nueva gran estrategia de la Iglesia Católica en el período de post Segunda Guerra Mundial. La política internacional de largo alcance era combatir a la Rusia soviética por todos los medios disponibles, y con este fin el Vaticano, como en el pasado, tenía que aliarse con las democracias Occidentales que no eran menos ávidas que la Iglesia Católica para ver que la influencia de la Rusia soviética fuera atemperada y, si era posible, detenida.

La política de corto alcance, referente a la vida doméstica de las naciones, consistía en organizar a todos los elementos antirrojos en un sólido bloque, liderado por los católicos, dirigidos por el Vaticano, y unidos en la lucha contra los partidos políticos. Estas fuerzas tenían que tratar con las cuestiones económicas y tenían que combatir al Socialismo, no sólo en el terreno político, sino también en el social. Fue entonces cuando el Vaticano nuevamente dio permiso a los católicos para organizarse en un movimiento político.

Gracias a la nueva política adoptada por el Vaticano, uno de los primeros nuevos partidos católicos en aparecer en la Europa post-fascista salió a la luz en Italia y adoptó el nombre de Partido Demócrata Cristiano. Se eligieron cuidadosamente líderes que eran devotos de la Iglesia y pronto empezaron a amoldar la política de la Nueva Italia, obstaculizando no sólo los esfuerzos de los renacidos Partidos Socialista y Comunistas, sino también los de un inquieto sector de católicos que empezaban a mostrar alarmantes señales de espíritu revolucionario.

Así en los años inmediatamente después del cese de hostilidades, una inquieta Italia observaba a un muy ávido Vaticano zambullirse directamente en la vida política del país, organizando abiertamente poderosos partidos católicos, acusando a cualquier movimiento político que consideraba no estando en armonía con la doctrina católica, condenando al Socialismo, y estigmatizando al Comunismo, con un celo que no había perdido nada de su antiguo fuego sino que, al contrario, se había vuelto más feroz aun, desde que, con la desaparición de Mussolini, el peligro Rojo había surgido más amenazantemente que nunca.

El Papa y sus cardenales, obispos y sacerdotes de pequeñas ciudades todos predicaban desde las iglesias, la Prensa, y la radio, no sólo sobre cuestiones religiosas, sino también sociales y políticas, intentando llevar a las descarriadas masas italianas por un camino trazado para ellas por la Iglesia. El Vaticano apoyó abiertamente a instituciones y hombres que habían sido responsables del surgimiento del Fascismo. Éste mandó a los italianos que fuesen leales al Rey Víctor, el hombre que había puesto a Mussolini en el poder; y aunque los italianos, por medio de un plebiscito, habían votado

abrumadoramente por una República, éste fue contra la voluntad del pueblo haciendo repetidos intentos por preservar la Casa de Saboya.

Además de sus esfuerzos por conservar la Monarquía, el Vaticano, siguiendo su vieja política, apoyó indirectamente a movimientos que tenían todo en común con el antiguo Partido Fascista excepto el nombre. Un ejemplo típico fue el partido derechista Uomo Qualunque (Hombre Común) que en la elección general de 1946 registró más de 1,000,000 de votos. Su líder, hasta muy poco antes un ateo, viendo la simpatía con la que el Vaticano miraba a su movimiento, se apresuró en este período, con toda la solemnidad, a entrar a la Iglesia Católica. La Radio Vaticana dio las noticias (el 10 de junio de 1946) de que el Signor Gianini fue bautizado, tuvo su primera Comunión, recibió la confirmación, y fue casado en la Iglesia del Sagrado Corazón en Roma, mientras el Papa le había enviado sus buenos deseos y bendición.

Esto, bastante significativamente, cuando varios católicos, incluso sacerdotes, fueron amonestados o aun excomulgados, por el Santo Oficio por no promover doctrinas sociales en conformidad con las de la Iglesia -es decir, las doctrinas socialistas (por ej. Fernando Tartaglia, un sacerdote Florentino, excomulgado por decreto de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio; Radio Vaticana, 12 de junio de 1946).

Al mismo tiempo, aquellos católicos y sacerdotes que estaban ayudando al movimiento fascista clandestino nunca fueron públicamente amonestados por las más altas autoridades eclesiásticas. Atestigua esto la ocasión cuando el cuerpo de Mussolini, que había sido enterrado en secreto en un cementerio de Milán, fue robado por fascistas y varios meses después se encontró que había sido ocultado por los monjes en el Monasterio de Pavía (la noche del 12-13 de agosto de 1946), habiendo sido guardado previamente por los monjes de otro monasterio (San Angelo). Fueron arrestados varios fascistas fanáticos y varios monjes como cómplices en el robo del cuerpo.

Pero estos dos casos, no obstante ser significativos, palidecen frente a otros dos movimientos, inspirados directamente por el Vaticano que más que cualquier otra cosa desde el final de la guerra dieron las señales inequívocas de la política en la que la Iglesia se había embarcado definitivamente.

Estos movimientos se conectaban con la creación de dos nuevos partidos políticos que, aunque formados por católicos, eran polos opuestos, a pesar del hecho de que, además de tener en común la misma religión, ambos eran de una naturaleza extremista.

El primero era un partido católico con una marcada tendencia izquierdista, y que, aunque era defensor de la Iglesia, reclamaba radicales reformas sociales y económicas similares a las propugnadas por el Socialismo. Originalmente fue llamado Partido Comunista Católico y seguidamente Partido Italiano de Izquierda Cristiana. Después de algunas semanas el movimiento fue denunciado ante el Cardenal Secretario de Estado, que ordenó a los miembros católicos que lo disolvieran. Sobre su disolución la Radio Vaticana hizo los siguientes comentarios:

"Otro partido ... ha desaparecido. Éste tenía el monstruoso nombre de "Izquierda Cristiana" y pretendía llevar el nuevo mundo a Dios por medio de la guerra de clases -es decir, llevar a los obreros cristianos en ayuda del socialismo y la herejía. Por supuesto esto no fue logrado. Por medio de esta política la Izquierda Cristiana cometió suicidio.

Esta es la tragedia de un partido pequeño pero dinámico compuesto por jóvenes entusiastas que se llamaron a sí mismos Apóstoles de Cristo pero hablaron y actuaron como seguidores de Marx (enero de 1946).

Pero no habían pasado muchos meses antes de que otro partido católico con tendencias extremistas apareciera en la escena apoyado por el Vaticano, (agosto-septiembre de 1946). Se llamó Partido Cristiano Nacional, y proclamó abiertamente que pertenecía al Centro, o más precisamente a la Izquierda. Esto porque "el referéndum demostró la necesidad de la separación de la Democracia Cristiana que estaba táctica e ideológicamente incluida con los Partidos Marxistas (el Partido Socialista Italiano y el Comunista)." (Dr Padoan, citado por Radio Roma, el 24 de agosto de 1946.)

A pesar de los esfuerzos de todo el Vaticano, no obstante, en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial los socialistas y comunistas habían aumentado sus filas de una manera sumamente alarmante; Italia fue inundada desde un extremo al otro por una gigantesca ola Roja. Fue la primera gran ola de las fuerzas populares liberadas que estaban prestas a volverse Rojas, no sólo en Italia, sino también en Francia y Bélgica. En 1948 el Partido comunista italiano, exceptuando al ruso, era el Partido Comunista más grande del mundo.

Después de la Primera Guerra Mundial el primer movimiento fascista había nacido en Italia, donde por primera vez un Partido católico fue destruido por el Vaticano en prosecución de una nueva política. Después de la Segunda Guerra Mundial el primer Partido católico en renacer y en ser lanzado contra los adversarios de la Iglesia Católica en la arena social y política de una época desapacible apareció, bastante significativamente, en la península italiana. Ello no fue mera coincidencia. Considerando el tiempo oportuno para un cambio de tácticas, el Vaticano había girado una nueva hoja de su política, una hoja que, desde el mismo principio, dio señales inequívocas de que era sólo la política antigua bajo un nombre diferente, proseguida de una manera diferente debido a los cambiados tiempos y circunstancias, pero apuntando más implacablemente que nunca al mismo antiguo objetivo; el adelanto de la supremacía de la Iglesia en la vida del pueblo italiano.

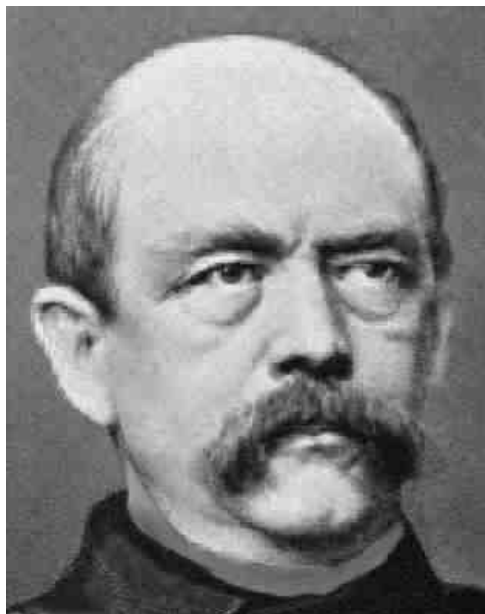
CAPÍTULO 10:

ALEMANIA, EL VATICANO Y HITLER



El nuncio papal en Alemania, Eugenio Pacelli, (quien sería más tarde el Papa Pío XII), firmando el concordato con la Alemania de Hitler (1933).

La historia del Catolicismo político contemporáneo en Alemania empezó, hablando grosso modo, durante la formación y consolidación del Primer Imperio Alemán. Un vistazo a la conducta del Vaticano en ese período crítico demuestra la consistencia de la política fundamental de la Iglesia Católica en general e ilumina lo que parecen ser sus piruetas políticas. Ellas eran parte de su método para alcanzar su meta y para la formación del Partido católico, el Partido del Centro que desempeñó un rol tan importante en la vida alemana.



Otto von Bismarck

Que un Estado protestante como Prusia dominara la vida política de los numerosos Estados Católicos alemanes despertó la más grande hostilidad en la Iglesia Católica, y causó que Bismarck, mientras establecía el Imperio alemán, reconociera que el poder

centrado en el Vaticano era un sumamente sutil enemigo para sus planes. Estadistas antes y después de Bismarck habían enfrentado este mismo problema, pero Bismarck lo formuló con verdadera brutalidad Bismarckiana... "¿Irá este gran cuerpo, a saber el Católico Romano alemán, un tercio del total de la población alemana, a obedecer, en cuestiones civiles, las leyes hechas por el Parlamento alemán o los mandatos decretados por un grupo de sacerdotes italianos?"

No había duda de la respuesta Vaticana. Ésta se extendió desde Roma a los obispos alemanes, y de los obispos a su clero inferior y al laicado. Toda la maquinaria que posee la Iglesia Católica fue puesta en movimiento. Desde el púlpito tronaban las denuncias que eran más apropiadas para tribunas políticas; y en el Parlamento apareció el Partido Católico, fiel a los intereses del Vaticano. Éste era encabezado por el formidable estadista Windthorst. Antes de la incorporación de Hannover dentro de Prusia, este estadista tenía un lugar dominante en el Gabinete de Hannover. Él era conocido por su ambición, su gran fuerza como un líder parlamentario, y por su odio al nuevo orden de cosas.

Los dos hombres se volvieron símbolos de las dos fuerzas contrarias. Puesto que el poder del Vaticano había sido reforzado por la fórmula de infalibilidad, la suposición era que intentaría llevar a su conclusión lógica la pretensión de la Iglesia Católica sobre la vida de un Estado y en la conformación de la sociedad. El resultado fue una larga lucha en la que fue arrastrada casi toda la Jerarquía alemana. Los más notorios eran los Obispos de Ermeland y Paderborn, y los Arzobispos de Colonia y Posen. Pronto siguió la aparición de los Jesuitas. Ellos habían sido muy activos contra Alemania durante sus guerras con Austria y Francia, y no sólo habían avivado las diferencias religiosas, sino también los odios políticos y raciales, especialmente en Polonia y Alsacia-Lorena. Con el paso del tiempo, sus actividades aumentaron y la lucha se volvió todavía más amarga; no sólo debido a la interferencia de los Jesuitas, sino también por los esfuerzos de la Jerarquía. Se emplearon todos los medios para expulsar de los pulpitos y de las sedes profesionales a todos los que no habían aceptado el dogma de la infalibilidad; y, como los hombres así condenados al ostracismo eran pagados por el Estado, las autoridades civiles se resistieron. Esto llevó a tal violencia en la predicación que causó la promulgación de las "Leyes del Púlpito".

Bismarck designó a un hombre fuerte como Ministro de Culto -de nombre, Falk; y al mismo tiempo fue propuesto por Bismarck que un Embajador alemán fuera enviado al Vaticano. Esta propuesta fue rechazada.

En 1872 todo el cuerpo de Jesuitas fue expulsado de Alemania. Esto fue muy significativo, puesto que los Jesuitas, aun cuando habían sido expulsado de todas las naciones de Europa, y aun de Roma por el mismo Papa, habían sido dejados tranquilos en los dominios prusianos. El Vaticano ordenó a los católicos de Alemania que denunciaran a Bismarck y al Estado: y esto hicieron los arzobispos y los obispos en el más violento lenguaje. El mismo Papa amenazó a Bismarck con la venganza de Dios que, dijo él, le alcanzaría.

Las represalias siguieron rápidamente. El representante diplomático alemán que en el entretanto había sido enviado al Vaticano, fue retirado, y se aprobó lo que llegó a ser conocido como las "Leyes de Falk" o las "Leyes de mayo".

La lucha en su peor fase duró más de cinco años.

El Vaticano respondió ordenando al clero alemán que lanzara anatemas contra las autoridades civiles y contra todos aquellos que se negaron a reconocer al Papa como el único portador infalible de la verdad. La autoridad religiosa, se declaró, debe estar por encima de todas las autoridades civiles. Desde las iglesias se predicó que la educación del clero era un asunto del Vaticano y no del Estado; y que ningún católico tenía el derecho a -o no podía - separarse de la Iglesia Católica: una vez católico, siempre católico.

Según la Ley Canónica, el matrimonio era un Sacramento y sólo la Iglesia podía officiar una boda. Esto, afirmaban ellos, no estaba dentro del derecho del Estado. Ellos no sólo avivaron el odio religioso y racial en Polonia y Alsacia-Lorena, sino que, usando celos provincianos en Estados católicos como Baviera y las Provincias del Rin, aumentaron estos celos, y, liderados por el clero, los católicos se rebelaron. A través de las cuestiones religiosas y los asuntos morales ellos crearon desorden y malestar social, civil, y político, todo lo cual fue dirigido desde Roma.

El Gobierno replicó con la expulsión de los sacerdotes de sus púlpitos, y de profesores y obispos, con multas y encarcelamientos ampliamente difundidos. Numerosas Órdenes religiosas fueron echadas del Reino. Como el conflicto se volvió más amargo, se aprisionaron obispos y arzobispos, el Arzobispo de Posen por más de dos años.

La lucha no se confinó a Alemania. Ésta se extendió a todos los diversos países europeos. Fervientes católicos empezaron a complotar y a planear a fin de perjudicar al Estado y a sus representantes. Un joven católico que había sido educado en una escuela clerical intentó asesinar a Bismarck disparándole en un paseo en Kissingen, y casi tuvo éxito. La bala rozó la mano de Bismarck cuando la alzó hasta su frente en el acto de devolver un saludo.

El Gobierno contestó con medidas aun más severas. Fueron arrestados numerosos miembros católicos del Parlamento y el matrimonio civil fue extendido sobre el Imperio.

El conflicto no acabó aquí. El mismo Papa entró de nuevo en la pelea. Otra encíclica fue emitida por Pío IX. Ésta declaraba nulas a las detestadas leyes e impíos a sus autores, renovando así la incitación a la desobediencia civil y a la guerra civil, y la lucha entró una fase aun más agria. La Jerarquía católica, el laicado católico, y los políticos católicos estaban decididos a fomentar esto. La Iglesia Católica no dejó nada suelto para poder asegurar sus fines. El instrumento político del Vaticano en Alemania, el Partido del Centro, recibió instrucciones, como si se necesitaran instrucciones, de no mostrar misericordia hacia el Gobierno. A lo largo de todo este período, liderado por Windthorst, el Partido del Centro contando con un cuarto del Parlamento, combatió indiscriminadamente todas las medidas de Bismarck, sin importar cuán alejadas ellas estuviesen de los intereses religiosos.



Windthorst

Pero en 1878 Pío IX murió. El nuevo Papa fue León XIII. Tanto él como Bismarck intentaron alcanzar algún tipo de arreglo. Bismarck empezó a dialogar con Windthorst y con el representante Papal Jacobini, y la base para un entendimiento fue establecida. Un nuevo Ministro, Schlozer, fue transferido al Vaticano, y el Gobierno usó gran discreción en la administración de las Leyes de Falk. Este acercamiento continuó con tal éxito que el Papa pidió el retrato de Bismarck; después de lo cual, Bismarck le pidió al Papa que actuara como mediador entre Alemania y España con respecto a las pretensiones de las dos naciones sobre las Islas Carolinas. Medidas adicionales suavizando las severas órdenes de ambos lados continuaron hasta que Bismarck se encontró confiando en el apoyo del Partido católico alemán para las principales medidas de su nueva política financiera y económica.

Lo peor de la lucha había terminado y se estableció una forma de convivencia. No fue de ninguna manera extraordinario que el Estado redujera sus demandas sobre la Iglesia y que decidiera respetar e incluso apoyar algunas de las demandas de la Iglesia; o que el Vaticano desarrollara una estrecha amistad con el autoritario Canciller, porque ambos odiaban y temían los principios democráticos y liberales. Una vez que las cuestiones religiosas fueron resueltas, ellos se volvieron compañeros íntimos y combatieron, indiscriminadamente, los principios e ideas que ellos creían peligrosos para el absolutismo religioso en la Iglesia y para el absolutismo político en el Estado.

Es muy significativo que el Vaticano, por medio del Partido del Centro, en más de un caso, primero fue hostil a alguna forma de gobierno, o a algún estadista, y luego se volvió su aliado. Estos cambios que pueden parecer incoherentes, son realmente lo contrario; porque no importa cuán incoherente el Vaticano puede ser en sus métodos, éste nunca pierde de vista su objetivo final de favorecer los intereses de la Iglesia Católica; y este mismo procedimiento se siguió varias veces en Alemania así como en toda Europa en años subsiguientes.

En el caso de la Alemania de Bismarck, cuando el Vaticano era al principio hostil a la idea de que una Prusia protestante gobernara Estados católicos y asuntos católicos, era hostil porque Bismarck, paradójicamente, quería provocar reformas Liberales. Aunque, para nuestra concepción moderna, estas reformas no eran sensacionales, ellas eran entonces -y, en su forma actual, todavía son- anatema para la Iglesia Católica.

Bismarck no era amante de la democracia, aun cuando promovió reformas Liberales; él no era amante de la democracia cuando combatió al Vaticano; ni lo era cuando se hizo su amigo -muy por el contrario. Y el Vaticano comprendió esto; lo cual explica por qué finalmente se hizo su estrecho amigo. Una vez que la Iglesia fue tranquilizada en que sus intereses se respetarían y se sostendría su causa de resistir los peligrosos ideales del

Secularismo, del Liberalismo, y, sobre todo, del Socialismo, su curso estuvo claro. Ella supo que, además de ganar importantes ventajas a través de la fuerte y autoritaria voluntad de Bismarck, en él ella tenía un baluarte en el cual podría confiar.

El Vaticano siempre ha tenido, y todavía tiene, una predilección por los hombres fuertes. Cuando éste sintió que podía confiar en Bismarck, el Kaiser, y finalmente en Hitler, les dio su apoyo. En el Partido del Centro y la Jerarquía alemana, Roma tenía dos fuertes instrumentos para lograr sus fines políticos; y esto es esclarecedor al considerar las vicisitudes del Partido católico alemán. Desde el principio su membresía fue muy heterogénea. Se incluía a obreros y patronos, ricos hacendados y campesinos, aristócratas y estudiosos, funcionarios y artesanos. A diferencia del Partido católico austríaco, en las filas del Partido alemán estaban representados elementos progresistas y reaccionarios, y su característica fundamental era que su base no era política sino religiosa. Debido a su peculiar naturaleza, el Partido del Centro no se limitó a los problemas domésticos, y después de su creación dio un típico ejemplo de esto.

En 1870 las tropas de la Italia Unida ocuparon Roma y abolieron los Estados Papales. Inmediatamente el Centro Católico demandó que Bismarck interviniera a favor del Papa. Bismarck contestó que "los días de interferencia en las vidas de otros pueblos habían terminado." El Partido del Centro fue más lejos, y pidió la intervención del ejército alemán en Italia. Éste habló de una "Cruzada a través de los Alpes". Bismarck protestó ante el Vaticano sabiendo bien de donde obtenía su inspiración el Partido. La respuesta dada fue que el Vaticano era incapaz de lanzar cualquier reproche al Partido del Centro.

Durante los diez años de lucha contra Bismarck el Partido aumentó grandemente su membresía, y cuando, finalmente, se alcanzó un entendimiento entre el Vaticano y el Gobierno, al principio de los noventa, el Partido Católico del Centro capituló ante el Reich de los Hohenzollern y aceptó su dominación protectora. Ese fue el principio de un camino que, si no hubiese sido seguido por el Partido católico, quizás la historia de Alemania habría cambiado. En vista de la composición histórica y las condiciones predominantes entonces en Alemania, un Partido católico podría "haberse vuelto un reservorio de real e importante oposición... la oposición del Oeste y del Sur de Alemania al Estado militar bajo la hegemonía prusiana", como un famoso autor alemán acertadamente dice.

¿Cómo ocurrió la capitulación? ¿Fue un mero error, o fue una política calculada?

Aunque los principales seguidores del Partido católico eran las masas de campesinos y trabajadores católicos, hasta mediados de la Primera Guerra Mundial su dirección autocrática estaba en completo control de aristócratas conservadores y los grados superiores de la Jerarquía católica. Fue esta dirigencia quien, teniendo intereses comunes y temiendo a los mismos enemigos que eran temido por los conservadores y aristócratas no católicos de Alemania, la que llevó al Partido a una alianza con el Reich Imperial. Era la hostilidad conjunta del militarismo prusiano y del Catolicismo hacia ciertas fórmulas sociales, políticas, y económicas la que finalmente hizo estrechos aliados de estos dos enemigos mortales. Estas fórmulas se encarnaban en las doctrinas y principios del Liberalismo, en las esferas económicas, sociales, y políticas. El Partido católico empezó una muy violenta campaña contra lo que describía como "El Capitalismo anticristiano, judío, liberal", creciendo en diatribas continuas, como

aquellas que se habían vuelto tan familiares durante el régimen Nazi ... ¡la "Impía Escuela de Manchester!" ¡la "Usura del Capital Judío!" ¡el "Moloch Dinero Liberal!" etc.

Si se recuerdan los anatemas lanzados por los diversos Papas contra los principios Liberales y el Estado Liberal, no es difícil entender la hostilidad del Catolicismo hacia el Liberalismo y su resultante alianza con el reaccionario militarismo prusiano. Esto era una consecuencia natural de la condenación del Vaticano contra el Liberalismo en cualquier forma -una consecuencia que, a partir de fundamentos religiosos y morales, se había traducido en cuestiones sociales y políticas. Menos clara, quizás, podría parecer la razón que indujo al Catolicismo a ser tan marcadamente antisemita. Este peculiar antisemitismo era casi la única característica común del Catolicismo político alemán y austríaco. Este espíritu y fraseología antisemitas fueron fomentados cuidadosamente por el Catolicismo alemán y austríaco a fin de contrarrestar al enemigo político principal -a saber, los movimientos Socialistas.

Los movimientos Socialistas estaban predicando la democracia económica, social, y política. Ellos estaban invitando a la gente a entrar en sus filas, independientemente de su religión, raza, o color. Los Papas, y el espíritu entero que anima a la Iglesia Católica, eran esencialmente hostiles a las ideas democráticas, el Socialismo, y la igualdad, tanto en lo educativo, lo económico, o lo social; de hecho, ellos estaban contra cualquier reforma apoyada por nuevas ideas o métodos políticos. Ellos fomentaron en las mentes de los miembros de la Iglesia Católica desprecio y odio por el espíritu democrático, un deseo por el autoritarismo, y una unión con éste; sus miembros llevaron esta actitud dentro del Partido Católico. Con el transcurso de los años su enseñanza penetró profundamente, y así preparó ideológicamente de forma imperceptible a las masas, para aceptar la idea de la dictadura. Eso es lo que sucedió con el Partido del Centro alemán.

Había también otra causa para la conducta política del Partido del Centro, una que influyó en él grandemente y le ayudó a desarrollar su incrementada actividad. Ésta surgió de la rivalidad y sistemática hostilidad mostrada por la Iglesia Católica contra la Iglesia Ortodoxa, sobre todo la rusa (ver el Capítulo 17, Rusia y el Vaticano) -otro resultado automático. Como esta hostilidad religiosa fue inculcada a todos los católicos, incluyendo a los alemanes, cuando esto se trasladó a las cuestiones políticas, se desarrolló una activa hostilidad política contra la Ortodoxia, que, para los alemanes, estaba representada por Rusia; y la actitud así creada estaba en completa armonía con la política expansionista del Kaiser -un vínculo adicional entre el Catolicismo y el imperialismo alemán. Esto se llevó a tal grado que, durante la Guerra ruso-turca, el muy católico Windthorst declaró, entre otras cosas de naturaleza similar, que en último caso era una cuestión de "si el elemento eslavo o el elemento alemán debe dominar el mundo." La hostilidad contra la Rusia eslava y Ortodoxa mostrada por el Partido católico alcanzó tal nivel que causó una reprensión del Obispo von Ketteler "por su excesiva autoconfianza germánica". Ésta era la ideología que impulsó al Partido a llamar a su órgano oficial Germania -un periódico que, más tarde, fue comprado por un chambelán del Papa, von Papen.

Cuando el Comunismo, un aun mayor y más decidido enemigo de la Iglesia Católica, y de los sistemas económicos y sociales que ella apoyaba, llegó al poder en Rusia, la hostilidad de la Iglesia creció muchísimo tanto en la ideología como en el campo político activo. El Partido del Centro raramente dio cualquier paso importante sin

primero consultar al Nuncio Papal, durante muchos años el Cardenal Pacelli, quien apoyó a cualquier política o a cualquier hombre que se opusiera y combatiera a la Rusia soviética. En vista de esto de ninguna manera fue sorprendente que el Partido católico aceptara con tal presteza y satisfacción la "Cruzada contra el Bolchevismo" predicada en Roma por el Papa, y en Berlín por Hitler.

Durante el cuarto de siglo que condujo al estallido de la Primera Guerra Mundial el Partido Católico, con la excepción de un corto período de conflicto con el Príncipe Buelow, era el grupo más fuerte en el Reichstag, [el parlamento], alemán; y era el aliado individual más importante de todos los Cancilleres del Reich alemán desde Hohenlohe a Bethmann Hollweg, y también uno de los principales partidarios del imperialismo alemán. Ese apoyo fue bien expresado por el primer líder del Partido, Windthorst, al tratar con esa gran cuestión de la política alemana tocante a la actitud a ser adoptada hacia el Ejército alemán. Él declaró en el Reichstag: "Reconozco que el Ejército es la institución más importante en nuestro país, y que sin éste los pilares de la sociedad colapsarían."

Windthorst fue sucedido por Ernst Lieber que siguió los pasos de su predecesor. Él era un partidario entusiasta de las aspiraciones coloniales alemanas y un gran defensor de la Política de la Gran Armada del Kaiser; tanto así, que von Tirpitz [quien fue Ministro de Marina] le agradeció en sus Memorias. Lieber era un constante e influyente patrocinador de la política catastrófica seguida por el Kaiser, y abogó por un Ejército más grande, una Armada más grande, una política expansionista en el extranjero y del pan caro en casa [por causa de los impuestos para financiar el militarismo]. Esta política no habría sido posible sin la entusiasta cooperación del Partido del Centro que él lideraba. Durante la Primera Guerra Mundial ellos permanecieron firmes en un frente unido de todos los partidos políticos alemanes que estaban a favor de la guerra. Según B. Menne, el Partido del Centro fue uno de los más bulliciosos partidarios de una "Más Grande Alemania", y ellos defendieron incondicionalmente la más bien anticristiana demanda por una "implacable prosecución de la guerra". Ellos también fueron un importante puntal de la dictadura establecida por los generales.

El Partido del Centro apoyó las demandas más irrazonables del imperialismo alemán, tales como las anexiones en el Este así como en el Oeste. Su líder, en este período Peter Spahn, definió los puntos de vista del Partido sobre lo que sería el "Nuevo Orden en Europa" después de la victoria del Kaiser. Dirigiéndose al Reichstag en la primavera de 1916, él dijo: "Los objetivos de paz deben ser objetivos de poder. Debemos cambiar las fronteras de Alemania según nuestro propio juicio ... Bélgica debe permanecer políticamente, militarmente, y económicamente en manos alemanas." El Partido fue aun más lejos y estaba a la vanguardia de los imperialistas alemanes más fanáticos. El periódico católico, Hochland, exigió la anexión de Belfort... "con las viejas fronteras de Lorena y Borgoña", y finalmente las costas del Canal.

Esto no fue todo. Cuando, en 1915, von Tirpitz exigió que todas las embarcaciones mercantiles que entraran en las zonas de guerra fueran hundidas por submarinos alemanes sin advertencia, el Partido católico apoyó esto entusiastamente y se declaró en favor de la lucha submarina sin restricciones la cual fue apoyada por generales, industriales, pangermanistas, etc. Hertling, el primer ministro bávaro y uno de los líderes del Partido Católico, era un amigo íntimo de von Tirpitz. Todavía más notable, la campaña fue apoyada por la propia Jerarquía católica. La prueba de esto será

encontrada en las acciones del Cardenal de Munich, Bettinger, quien movilizó el clero rural a favor de la guerra submarina irrestricta. Esto fue tan lejos que el mismo Cardenal iba a los pueblos agitando entre el campesinado bávaro católico. En contestación a muchas protestas el Cardenal hizo la declaración de que "sería un crimen irresponsable por parte de Alemania si ella no emprendiera la guerra submarina irrestricta." El episcopado católico alemán se hizo eco de estas palabras y siguió la campaña, hablando a los principales dignatarios católicos sobre la cuestión de la guerra submarina sin restricciones y de la violación de la neutralidad belga. Basta con citar a Michael Faulhaber, más tarde Cardenal Arzobispo de Munich, y luego prominente capellán castrense. Él hizo el peculiar comentario: "En mi opinión esta campaña será recordada en la historia de la ética militar como el ejemplo perfecto de una guerra justa."

Finalmente, el grupo del Reichstag del Partido del Centro dio un paso verdaderamente impresionante (16 de octubre de 1916). En un documento cuidadosamente redactado le decía al Canciller del Reich que, aunque él era formalmente responsable por la política de guerra de Alemania, él debía obedecer las órdenes del Comando Supremo; y que cualquiera fuese el decreto emitido por éste, el Reichstag estaba preparado para apoyarlo. La importancia de esta declaración "se extendía más allá de la inmediata disputa acerca de la guerra submarina irrestricta; era, de hecho, el primer reconocimiento formal de la dictadura de los líderes alemanes del Ejército, no sólo en lo militar, sino también en los asuntos políticos, y el reconocimiento de la subordinación del Gobierno del Reich y del Reichstag a esa dictadura." (B. Menne, El Caso del Dr. Bruening.)

La fecha de la declaración también es significativa. Ya no estaba más un hombre débil como el von Moltke más joven a la cabeza del Comando Supremo, sino, desde agosto de 1916 en adelante, el General Ludendorff.



El General Hindenburg, el Kaiser Guillermo II, y el General Ludendorff

"Él fue el primero de los dictadores modernos, y en el nombre del Gran Estado Mayor General él estaba decidido a gobernar como el supremo en Alemania, y no pasó mucho tiempo antes de que tuviera éxito.

La acusación de que el partido del Catolicismo Político fue el primero en Alemania en pronunciar la solemne capitulación de Alemania a la dictadura del General Ludendorff puede sonar improbable, y aun maliciosa, pero es no obstante, como recién hemos visto, un hecho histórico." (B. Menne, El Caso del Dr. Bruening.)

En el tercer año de la guerra el Partido católico estaba liderado por una tríada de grupos característica de todos los partidos católicos, y formada por aristócratas católicos, altos funcionarios Estatales, y los principales dignatarios de la Iglesia. Ellos eran principalmente nacionalistas y reaccionarios, y crearon descontento entre los campesinos y obreros católicos. Esto fue causado especialmente por el modo en que ellos administraron la llamada "tregua civil", y la negativa a introducir una general igualdad de derechos en Prusia.

Una oposición fue gradualmente formada por los sindicatos católicos de Renania cuyo vocero fue Erzberger. Antes y durante la Primera Guerra Mundial él había desempeñado un dudoso papel político como uno de los gerentes del industrial católico Thyssen; en el Reichstag; y cuando requirió la anexión del yacimiento de hierro francés en Briey. Él estaba en muy buenos términos con von Tirpitz, y, como líder de la propaganda alemana, apoyó al General Ludendorff en el poder.

En 1917 Erzberger se apartó de todo esto. Él recibió cierta información que le convenció de que Alemania no tenía ninguna oportunidad de ganar la guerra. El General Hoffman, el Comandante de los ejércitos alemanes en el Este, y el Conde Czernin, Ministro de Relaciones Exteriores austríaco, le dijeron que Alemania estaba en una situación desesperada.

Pero el principal impulso vino del propio Vaticano. El Papa Benedicto XV vio, con inquietud, que la posición de los Poderes Centrales se estaba deteriorando rápidamente. No hay ninguna razón para creer que él ansiaba su victoria; pero por lo menos está claro que estaba ansioso por evitar su derrota. Austria era el gran Poder católico que quedaba en el mundo, y la posición de los católicos en Alemania era una por la cual estaban justificadas grandes esperanzas. En las circunstancias es entendible que el Papa no buscara una solución desfavorable a los dos países, y con este fin se puso a hilar la primera hebra de mediación entre Londres y Berlín. El requisito preliminar era una declaración de Alemania acerca de sus objetivos en el Oeste. Aquí fue donde empezó la tarea de Erzberger.

El Papa envió uno de sus jóvenes sacerdotes diplomáticos, un joven muy capaz, llamado Eugenio Pacelli (luego Nuncio Papal y Papa Pío XII), a Munich para establecer relaciones con el entrante hombre en los círculos políticos católicos alemanes, Erzberger. Sobresaltado ante la revelación hecha a él de la desfavorable posición de Alemania, Erzberger apoyó gustosamente la acción del Papa. Un discurso dado por él el 6 de julio de 1917, causó una profunda impresión en el Reichstag y en general tuvo un efecto muy moderador. Ése fue sólo el principio, y Erzberger trabajó incansablemente para proporcionar al Papa la declaración que él necesitaba como una preparación para su intervención. Fue, de hecho, en gran parte gracias a Erzberger que el 19 de julio de 1917, una mayoría del Reichstag compuesta por católicos, Socialistas, y Liberales, adoptó una resolución a favor de "la paz sin anexiones ni indemnizaciones". Aun el Kaiser estaba satisfecho con la adopción de tan conveniente fórmula, aunque hizo una

pequeña reserva: la renuncia a una decisión por la fuerza de las armas no debía aplicarse a Alemania.

La situación fue rápidamente invertida cuando Rusia se derrumbó, en septiembre de 1917. Alemania se olvidó de la Resolución de Paz, la fórmula de la garantía socialista y católica contra una completa derrota, y los generales alemanes estipularon los tratados de paz de Brest-Litovsk y Bucarest.

Pero cuando, en noviembre de 1918, Alemania colapsó, Erzberger, el iniciador de la famosa Resolución de Paz, fue elegido como el hombre para negociar el Armisticio, el Mariscal de Campo von Hindenburg le pidió a Erzberger que aceptara la pesada tarea. "Con lágrimas en sus ojos, y tomando las manos de Erzberger entre las suyas, Hindenburg le imploró que emprendiera la terrible tarea por la sagrada causa de su país."

Esta escena se repitió exactamente diez años más tarde, cuando el Mariscal de Campo, una vez más "profundamente conmovido y con lágrimas", sostuvo las manos de otro líder del Partido católico alemán.

Erzberger, como Presidente de la Comisión Alemana del Armisticio, firmó el Armisticio.

Aparte de haberse vuelto un demócrata convencido, después de la guerra Erzberger se convenció de que los militaristas eran los enemigos principales de una Alemania pacífica y progresista. Sin embargo, eso no significaba que el Partido Católico hubiese cambiado. Con la excepción de Erzberger y sus seguidores, el Partido, como un todo, estaba todavía entusiastamente del lado del antiguo Imperio. Sólo dos días después del derrumbamiento de Alemania, el Partido Católico en Colonia aprobó una resolución en favor de la preservación de la Monarquía. Después, el líder del Partido protestó públicamente contra el derrocamiento del Kaiser, y en esto fue apoyado sobre todo por la generación joven de oficiales católicos en el Ejército.

La Iglesia Católica, además de su nacionalismo, fue la instigadora principal de este sentir y promovió las demandas para el retorno del Kaiser. Dentro del Partido Católico, y entre los católicos en toda Alemania, toda la cuestión fue presentada muy claramente por uno de sus principales pilares jerárquicos alemanes, el Cardenal Faulhaber. Dirigiéndose al Congreso Católico en Munich, declaró: "La revolución fue perjurio y alta traición, y pasará a la historia marcada para siempre con la marca de Caín."

"La marca de Caín" era sólo una expresión Bíblica para lo que en palabras más directas los Nacionalistas llamaron "la puñalada en la espalda". ¡Al mismo tiempo, y en el mismo lugar, Munich, Hitler estaba predicando la misma cosa!

Aunque el Partido católico condenó la Revolución y odiaba a los Rojos, no obstante, asumió su parte en el Gobierno Republicano. Como un católico, expresó, "tomando su lugar en base a los hechos dados." Eso no significaba que hubiera un cambio de corazón en el Partido. Simplemente significaba que tenía que adaptarse a una nueva situación a fin de lograr los mismos fines. Al tratar con partidos católicos, uno debe recordar que ellos son sólo los instrumentos con los cuales la Iglesia Católica aspira a alcanzar ciertos objetivos morales religiosos; así el Catolicismo político, aun cuando no

cambiando un ápice de su programa, puede adaptarse a las nuevas situaciones muy fácilmente haciendo movimientos tácticos que serían muy difíciles para otros partidos cuyos principios son sólo políticos o sociales, y que, para ellos, implicarían una cuestión de principios más profunda.

Bajo el Kaiser, el Partido del Centro fue un acérrimo partido monárquico e imperialista. Bajo la República de Weimar parecía como si se hubiese vuelto republicano y democrático. Lo que realmente había sucedido fue que se había adaptado a las nuevas circunstancias para proseguir mejor su curso hacia sus metas; y siguió siendo lo que siempre había sido -a saber, un Partido católico.

Ésta no es una cuestión de mera opinión; los hechos hablan por sí mismos. El Partido del Centro cambió sus tácticas, incluso hizo alianzas, aunque siempre provisionales, con los odiados Rojos y los partidos izquierdistas, pero nunca cambió su decidido curso. Si comparamos los diversos movimientos del Partido del Centro durante los primeros diez años de la República, desde 1919 hasta 1929, se verá que un movida hacia la izquierda, a su vez fue seguida de nuevo por un cambio hacia la derecha. Un paso adelante, dos pasos atrás, fue de hecho su política a lo largo de la existencia de la República. En un tiempo el desarrollo de una ala izquierda había parecido posible, principalmente debido a los efectos de la derrota en la última guerra; pero el ensayo de las ideas democráticas entre los obreros católicos, aun entre los ciudadanos de clase media, incluyendo a periodistas, profesores, etc., se demostró ser sólo un estallido temporal. Esto fue confirmado cuando el líder del ala democrática católica del Partido del Centro, Erzberger, fue asesinado en el otoño de 1921 por dos miembros de la organización militar secreta que era albergada por la católica Baviera. Después del asesinato de Erzberger, la tendencia a seguir su política se volvió más débil, hasta que finalmente desapareció.

Cuando Erzberger fue asesinado, el Dr. Marx, un Juez Prusiano Conservador y Presidente del Senado Legal, fue el líder oficial del Partido del Centro. Su política fue mantener el equilibrio entre la Derecha y la Izquierda. Es bueno notar que desde 1924, el Partido del Centro rechazó repentinamente la "Coalición de Weimar", que era una unión entre católicos, liberales izquierdistas, y socialdemócratas. El Partido Católico hizo esto a fin de unirse con el Partido Nacional Alemán. Se formó un Gobierno bajo tal combinación, asignándose la Cancillería al católico Dr. Marx. Esto significó que el Partido católico, a pesar del gran apoyo de la clase obrera católica, quedó completamente bajo los grandes industriales, los Junkers [aristócratas terratenientes], los ultranacionalistas, y los elementos militantes que dirigieron a Alemania en la Segunda Guerra Mundial.

Una vez más este cambio súbito debe atribuirse al espíritu y a las doctrinas morales de la Iglesia Católica como una autoridad religiosa.

La causa principal del cambio de política y la modificación de tácticas del Dr. Marx se debió a lo que se llamó las Leyes Escolares. La Constitución de Weimar no había hecho claro que tipo de escuela debía predominar en la República. La disputa se centraba sobre la cuestión de si la Iglesia, fuera la protestante o la católica, debía tener la palabra principal en cuestiones educativas, o si el Estado sin considerar la Iglesia, debería dar una educación secular-liberal.

En prosecución de sus objetivos los católicos alemanes, comenzando con la Jerarquía alemana, abogaron por que las escuelas fuesen supervisadas por el clero, y que la "escuela confesional" fuese adoptada; esto, en detrimento de las escuelas seculares. El episcopado alemán en particular fue muy militante en sus demandas -una combatividad que aumentó por el estímulo dado por el Cardenal Pacelli, el Nuncio Papal que había estado en Berlín desde 1920.

El deseo de la Iglesia Católica por tener escuelas católicas, a fin de instruir a los católicos alemanes, era natural, y no se habría vuelto un gran asunto político nacional si se hubiese limitado a la esfera religiosa. Pero no sucedió esto. Las cuestiones religiosas se transformaron en cuestiones políticas, y viceversa. El Vaticano, viendo que no podía obtener sus objetivos movilizándolo su maquinaria jerárquica, presionó por medio de su instrumento político, el Partido Católico. El Partido tomó la causa de la Iglesia Católica y se acercó al partido Nacional Alemán que era muy complaciente sobre el problema escolar. Entretanto, la pesada mano del Vaticano presionó sobre la política social interior del Partido del Centro. El resultado de esto fue que la dirigencia del Partido empezó a ahogar la oposición social política del ala Izquierda del propio Partido. Ellos intentaron debilitarla y reunir los elementos del ala Izquierda para apoyar la política reaccionaria del Centro apelando a sus principios religiosos y a los principios fundamentales de la Iglesia sobre este problema educativo.

De esta manera fue consumada la alianza entre el Partido Católico y el potencialmente totalitario Partido Nacional Alemán. Esta coalición entre católicos y nacionalistas fue un pacto de mutuas garantías. Los Nacionalistas prometieron leyes escolares que introducirían escuelas confesionales bajo la supervisión de las iglesias; y los católicos prometieron apoyar subsidios industriales, aranceles de importación de post-guerra, y votar, bastante significativamente, a favor de reducir el gasto social. Dos veces se concluyó un acuerdo en estos términos, pero en ambos casos el acuerdo se frustró. El primer proyecto de Ley Escolar de 1925 no llegó en absoluto ante el Reichstag, y el de 1927 causó una muy violenta disputa dentro de la propia coalición. El Partido de Stresemann, a la larga, causó que fuera rechazado. Ambos oponentes querían tener completo control de la educación y la formación de la juventud. Era la misma disputa que, más tarde, estalló entre Hitler y la Iglesia Católica.

El proyecto de Ley Escolar fue la causa del fracaso de la coalición, que finalmente ocurrió en la primavera de 1928. En mayo, hubo elecciones que produjeron un impresionante giro a la Izquierda -de hecho el más grande desde 1918. El resultado fue que en el Reichstag el Partido Socialdemócrata tuvo el grupo parlamentario más fuerte en la Cámara.

Además de este giro de las masas alemanas hacia los socialdemócratas, otro golpe a la Iglesia Católica fue que el Partido Católico estaba entre aquellos que perdieron adherentes. Pero un golpe mayor iba a venir. Otros partidos, especialmente el Socialdemócrata, habían irrumpido en el electorado católico y habían llevado numerosos votos. Esto fue algo que la Iglesia Católica y el Partido del Centro habían pensado que nunca pasaría; previamente, nunca había sucedido. El descubrimiento alarmó grandemente a las autoridades vaticanas así como al líder del Partido Católico Alemán. En el Vaticano la decisión sobre el Partido del Centro que había sido pospuesta vacilantemente, empezó a tomar forma; y el Partido del Centro esperando recobrar el terreno perdido, dejó a los Nacionalistas y volvió penitentemente a la coalición con los

socialdemócratas. El socialdemócrata, Hermann Mueller, se volvió el Canciller de Reich.

Eso fue en 1928. Cualquiera habría profetizado que Alemania iba a tener al fin un gobierno Socialista, y así se embarcaría en cooperar con las otras naciones europeas. Pero la promesa de esto no se confirmó. En 1929, a pesar de todas las apariencias, tres hombres estaban en los comandos claves de la posición estratégica de la República alemana. La combinación, Hindenburg-Groener-Schleicher, estaba trabajando detrás de escena con la intención de liquidar la República. Es interesante recordar que ellos constituyeron el último Comando del Ejército del Kaiser en el momento del Armisticio negociado en 1918. Ellos empezaron a intrigar en el campo militar y, sobre todo, en el político, queriendo eliminar el "tedioso Reich intermedio", como ellos consideraban a la República alemana, y esto era sólo preparatorio de otros importantes movimientos.

En 1929 Hindenburg, presionado por sus amigos, empezó una más activa política reaccionaria en el Reich. En cuanto se concluyeron las negociaciones que estaban llevándose a cabo entonces, su primer movimiento fue despedir al Canciller Socialdemócrata, Mueller, y a su Ministro de Relaciones Exteriores Stresemann. El General ya estaba planeando abolir el principio de que el Canciller del Reich debía tener el apoyo de Parlamento. Debía ponerse en su lugar un hombre que tendría "la confianza del Ejército". Fue acordado que tal hombre gobernaría por medio del Artículo 48 de la Constitución de Weimar que daba poderes dictatoriales; y si el Parlamento protestaba, sería disuelto.

Los conspiradores discutieron cuál partido ofrecía posibilidades por su apoyo a la liquidación final de la República; y cuál hombre sería conveniente para los pasos preliminares a la creación de una dictadura que eventualmente prepararía el camino para la verdadera dictadura. El Partido del Centro fue el escogido; y uno de sus líderes, el devoto católico Dr. Bruening, era el candidato que gobernaría, no con el consentimiento del Parlamento, sino por gracia del Reichswehr [el ejército]. La Cancillería fue ofrecida al Dr. Bruening bajo la condición de que, si aceptaba con esos objetivos en vista, él gobernaría por medio de Artículo 48, y según las instrucciones del Reichswehr.

Había un hombre en Alemania que, aunque no era un alemán, sabía cómo dar forma al escenario político alemán mejor que muchos líderes alemanes; ese hombre era Eugenio Pacelli, el Representante Papal.

Pacelli había estado en Alemania desde 1920, primero en Munich y luego en Berlín. En nombre del Papa, en 1917, había tomado parte en las negociaciones para un arreglo pacífico entre Alemania y los Aliados -un intento que terminó en el fracaso. Él había estado desde entonces constantemente en Alemania y había seguido muy de cerca la política alemana, sobre todo la política de los partidos católicos: el Partido del Pueblo Bávaro y el Partido del Centro. Ningún líder católico de cualquier partido daba un solo paso de importancia sin primero consultar al Vaticano por medio del Cardenal Pacelli. Y como el Cardenal Pacelli era el brazo derecho del Papa, muchas decisiones importantes dependían de él.

Cuando Pacelli llegó al principio a Alemania como Nuncio Papal, creó una sensación de moderación cuando, contrariamente a lo esperado, empezó a cooperar con Erzberger. Había opiniones diferentes sobre esto, puesto que los puntos de vista del Cardenal eran

bastante bien conocidos. Algunos sostenían que él simpatizaba con el ala Izquierda del Catolicismo; otros, que intentaba refrenar y reprimir tanto como fuera posible la tendencia Socialista del líder católico. El último punto de vista pareció haber sido confirmado cuando, después del asesinato de Erzberger, trató a su sucesor, el Dr. Wirth, con gran frialdad. Pero cuando el Dr. Marx tomó la dirección del Partido, Pacelli estuvo abiertamente del lado del ala derechista de la agrupación católica.

El Cardenal y el nuevo líder del Partido del Centro se volvieron íntimos, y el Dr. Marx nunca hizo un movimiento sin consultar a Pacelli, que, de hecho, prácticamente dirigió la política del Partido Católico por varios años durante ese período. Fue él quién primero concibió, y luego inspiró y promovió, la unión del Partido del Centro con el Partido Nacional Alemán, movimiento que fue tan lleno de las más serias consecuencias para toda Alemania.

¿Cuáles fueron las razones que causaron que el Cardenal condujera un poderoso partido político en una cierta dirección en lugar de otra; y qué le indujo a hacer una alianza con el más nacionalista, autoritario, antidemocrático, y potencial creador de una dictadura alemana, el Partido Nacional Alemán?

La respuesta está en lo que ha impulsado a todos los políticos católicos; los intereses de la Iglesia Católica como una institución religiosa. Poniendo a un lado la aversión del Vaticano por el Socialismo, etc., había un objetivo inmediato al cual el Vaticano apuntaba: quería introducir la implantación formal de la escuela confesional en el sistema educativo alemán. Lo que ellos querían por encima de todo; y habría sido posible si Alemania y el Vaticano hubiesen alcanzado un acuerdo mutuo por un Concordato favorable.

Pero el Concordato nunca fue firmado; y el Proyecto de Ley Escolar jamás fue llevado a cabo. No obstante, el Cardenal Pacelli obtuvo beneficios para la Iglesia Católica, cuando la República abrió sus arcas a la Iglesia, y los subsidios del Estado alemán para la Iglesia Católica aumentaron de 148,000,000 marcos, en 1925, a 163,000,000 marcos, en 1928.

La opinión del Cardenal Pacelli sobre cómo tratar con el gran revés en la elección de 1928 aumentó su peso en el Vaticano, donde él fue conocido por ser tan perspicaz como el Papa en su plan para sacrificar al anticuado Catolicismo político. El Vaticano ya había empezado en ese camino, aunque después de la guerra había habido mucha vacilación sobre el destino de los partidos católicos alemanes, puesto que ellos habían demostrado ser una arma inestimable incluso durante los años inmediatamente siguientes a la Primera Guerra Mundial, y parecía como si ellos todavía podrían ser de gran utilidad para la Iglesia. Pero actualmente esto no se verificaba. El Partido católico ya no era capaz de ejercer la gran influencia que había ejercido en el pasado sin aliarse con algún otro partido -a veces, aun con sus enemigos. Esto era debido principalmente a la estructura de la República. Ésta permitía demasiada libertad a los grupos políticos, lo que aumentó el deterioro económico de Alemania mientras las masas se inclinaban radicalmente a las cuestiones sociales. También, la pérdida de miles de miembros católicos del Partido del Centro, que habían dejado al Catolicismo político por otros movimientos y mayormente se habían unido a las filas de los socialdemócratas, causó gran preocupación al Vaticano.

Todo esto había sido considerado durante varios años, pero el choque vino cuando la pérdida sufrida por el catolicismo político se conoció en la primavera de 1928. Casi medio millón de votantes habían vuelto sus espaldas al Catolicismo político. Esta fue la peor derrota electoral de las sufridas en la historia del Partido del Centro. Aunque la pérdida fue proporcionalmente enorme, la gravedad de la cuestión era aun más alarmante para el Vaticano, porque esa pérdida fue la culminación de un declive constante de la fuerza del Catolicismo político en Alemania. Si este declive hubiese continuado al mismo paso, habría sido una cuestión de sólo algunos años antes de que el Partido habría dejado de existir en la vida política de la nación, y los "seculares enemigos rojos de la Iglesia habrían prevalecido".

El Vaticano había mantenido una estrecha vigilancia sobre este declive, y después de la derrota de 1928 se pidió al experto en estadísticas del Partido del Centro que preparara una tabla donde se mostraran las pérdidas del Partido desde su fundación. El informe fue enviado a Roma por Pacelli. Su publicación fue prohibida, y sólo los altos dirigentes del Partido, y del Vaticano, tenían conocimiento de éste. Según este informe el porcentaje de todos los votantes católicos masculinos que votaron por el Partido Católico del Centro era el siguiente:

Porcentaje

1875.....	85
1907.....	65
1912.....	55
1919.....	48
1928.....	39

Esta tendencia de un declive persistente era muy seria porque había una perspectiva de que las pérdidas continuaran aumentando desproporcionadamente, y con velocidad creciente, porque los obreros católicos estaban aceptando más y más las doctrinas socialistas, sobre todo después de la alianza del Partido del Centro con el reaccionario Partido Nacional Alemán; mientras que la juventud católica y la intelectualidad católica estaba yendo hacia los nacionalistas alemanes.

El Partido que había servido al Catolicismo alemán por más de dos generaciones estaba dejando de ser un instrumento político eficaz. Algo más drástico y eficaz tenía que reemplazarlo. Un nuevo curso debía seguirse; adoptarse una nueva política; alentarse nuevos métodos; nuevos hombres debían ser apoyados para el poder.

Después de la derrota de 1928 los elementos más reaccionarios del Partido Católico se volvieron todopoderosos. El ala Izquierda dejó de contar en cuanto a la dirección del Partido; y eso fue explicado por el hecho de que el Partido se volvió un instrumento del Nuncio Pacelli. Los elementos clericales fueron supremos. El portavoz del ala Derecha del Partido del Centro era el Dr. Ludwig Kaas, Profesor de Derecho Canónico en la Universidad de Bonn, y Prelado Papal. Él se había especializado en política exterior; era el portavoz sobre política exterior de los grupos del Partido del Centro en el Reichstag;

era el portavoz sobre asuntos extranjeros de los grupos del Partido del Centro en el Reichstag y fue con la delegación alemana a Ginebra.

Las principales demandas del Dr. Kaas eran en favor de "una política exterior más activa". Él era sumamente crítico de la política exterior de Stresemann, y estaba contra los esfuerzos por lograr los objetivos alemanes por medio de pacíficas negociaciones. Esto es destacable, porque, en el momento en que él estaba abogando por esta política más activa, otros dos hombres, los líderes de dos partidos, estaban abogando por exactamente la misma cosa: Hindenburg, el líder del Partido Nacional Alemán, y Hitler, el líder del Partido Nazi, estaban de acuerdo con el Prelado Kaas.

Es de interés notar, además, que el Dr. Kaas, después de la Primera Guerra Mundial, fue un ferviente líder de un movimiento separatista, que fue apoyado principalmente por católicos en la Renania. El 10 de marzo de 1919, él estaba tan seguro de que tendría éxito en crear un Estado católico que telegrafió a Colonia: "Saludos a la República Renana." No debe olvidarse que él era un estrecho amigo del Dr. Seipel, el hombre que estaba planeando la creación de un Imperio católico en Europa Central.

La influencia del Dr. Kaas en el Partido fue muy fortalecida por el hecho de que él era un amigo íntimo del Nuncio Papal en Berlín, el Cardenal Pacelli. Pacelli y el Dr. Kaas, en varias ocasiones, pasaron juntos vacaciones en Suiza; y las opiniones del Dr. Kaas se consideraban como el reflejo de los puntos de vista del Nuncio Papal. La amistad con el Dr. Kaas era uno de los mayores incentivos para los firmes pasos hacia la Derecha del Partido del Centro, mientras Pacelli animaba grandemente al Catolicismo en Alemania para que adoptara entusiastamente el activismo nacional. Es muy notable, que, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, en varias ocasiones el Vaticano se había negado a conceder su apoyo a demandas similares del Partido del Centro. El Vaticano empezó a dar su apoyo al Partido Nacionalista desde el año 1924 hasta 1928, y, desde 1928, todo su apoyo hasta 1933.

No debe pasarse por alto, como durante ese período el Vaticano estaba conformando y dando forma concreta a su nueva política en el mundo. Todas sus diversas actividades apuntaban a reprimir la democracia y el socialismo en los diversos países; y estas actividades tomaron forma y fueron llevadas a cabo por los diferentes instrumentos del Catolicismo político en Europa. Merecen observarse algunas de estas formaciones que, aunque variadas en carácter, todas apuntaban al mismo objetivo. En Baviera y Hungría, el Catolicismo político era legitimista; en Bélgica y Austria, reaccionario; en Portugal, España, y Polonia, militarista y fascista. Pero todo tenía un armazón internacional, que era el anticomunismo como era fomentado por el Vaticano.

En Alemania, el Catolicismo político tenía que desempeñar una parte no pequeña en este armazón internacional; pero era necesario esperar y crear las circunstancias favorables en las cuales provocar los cambios necesarios en la política alemana. El Vaticano condujo al Partido del Centro hacia la Derecha entre los años 1924 y 1928; y hacia la dictadura entre 1928 y 1933.

Los católicos alemanes se pusieron cada vez más bajo la influencia del clero, a menudo en conflicto con el Partido del Centro, y eso se hizo por medio de la creación de la Acción Católica. Al mismo tiempo la intelectualidad católica que ya era muy hostil a la Rusia soviética se volvió más así por el estímulo directo del Vaticano. En el Vaticano, y

entre los católicos alemanes, se hizo claro que, además de su enemistad común contra la Rusia comunista, había otra gran meta ante ellos, y ésta era la restauración de la Iglesia rusa en el seno de la Iglesia Católica (ver el Capítulo sobre Rusia y el Vaticano).

Este odio y esta actitud agresiva hacia la Rusia soviética se unieron y se mezclaron con todos esos otros elementos en Alemania que abrigaban la misma hostilidad hacia ese país: Los junkers [aristócratas terratenientes] prusianos, los pangermanistas, los nazis, etcétera. Sobre este asunto específico estos grupos coincidían con los diversos líderes del Catolicismo político, como el Dr. Kaas, el Canciller Bruening, von Papen, etc.

Pero no todos los elementos católicos estaban a favor de esta cruzada. Había algunos que, por razones puramente políticas, estaban contra ésta. Después de la derrota del Partido del Centro hubo una violenta controversia dentro del propio Partido acerca de la línea futura a ser adoptada en cuestiones sociales y en política exterior; pero, con el Dr. Kaas y el Nuncio Papal en estrecho y continuo contacto, el elemento clerical ganó, y en diciembre de 1928 el Dr. Kaas se convirtió en el líder del Partido del Centro.

Ése era el momento para el cambio. El Partido del Centro estuvo desde aquí en adelante completamente en las manos del Vaticano. La gente común continuó en la creencia de que las cosas eran como antes sólo que el Partido estaba siguiendo una política más reaccionaria y nacionalista; pero en realidad el Partido del Centro estaba siendo usado para un propósito, que era el de destruir la democracia alemana, el Socialismo alemán, y el de crear una dictadura que combatiría al Comunismo y garantizaría los intereses de la Iglesia en ese país.

Los acontecimientos empezaron a tomar forma concreta; el plan del Vaticano empezó a funcionar en el dominio de la política alemana. Había pasado exactamente un año después de la elección del Dr. Kaas cuando el Dr. Bruening, el Diputado ferviente católico, fue elegido presidente del grupo parlamentario del Partido del Centro, y el complot tejido por los Partidos Nacionalista y del Centro empezó a revelarse.

En la recepción del Nuevo Año en el palacio del Presidente del Reich, en 1930, Hindenburg iba a ver, por primera vez, al hombre que había sido recomendado a él por los conspiradores -el muy devoto Dr. Bruening. Ellos dijeron que él sería el hombre que los libraría de la democracia, que volvería obsoleto al Parlamento, y quién gobernaría como un dictador con el Artículo 48.



Brüning

Hindenburg y el Dr. Brüning discutieron planes, Brüning planteando varias objeciones a deshacerse demasiado apresuradamente de la democracia. Al final él aceptó. Hindenburg repitió otra de sus actuaciones -una réplica de la que representó varios años antes con Erzberger. "De repente Hindenburg empezó a lagrimear, esas lágrimas fáciles de la vejez; y con ese gesto histórico que empezó y acabó tantas de sus relaciones, él tomó la mano de Brüning entre las suyas. "Tantos me han desamparado; déme su palabra de que ahora, al final de mi vida, usted no me abandonará" (Wheeler-Bennet).

Brüning aceptó. El 27 de marzo de 1930, el socialdemócrata Müller renunció a la Cancillería del Reich. El día siguiente Brüning fue encargado de la formación del nuevo Gabinete. El 31 de marzo Hindenburg nombró a Brüning Canciller del Reich, por la gracia del viejo General y apoyado por el Ejército alemán.

El 1 de abril de 1930, fue una fecha histórica para Alemania. El nuevo Canciller hizo su primera aparición en el Reichstag. El régimen parlamentario en Alemania había acabado y el régimen autoritario había empezado. "Mi Gabinete se ha formado con el propósito de concluir en el tiempo más corto posible las tareas generalmente consideradas necesarias en el interés del Reich. Será el intento final continuarlas con la ayuda del Reichstag", dijo Brüning. Esto significaba que el nuevo Canciller no suplicaba el apoyo, sino que amenazaba al Parlamento con la disolución si ese apoyo no era dado rápidamente. El Reichstag no había oído palabras semejantes desde los días de Bismarck. El nuevo Gabinete se presentó como "El Gobierno de soldados de la línea del frente", y desde entonces fue muy importante, en el campo político en Alemania, si un hombre había servido en la trinchera de la línea del frente o no; y cuándo, dónde, y por cuánto tiempo.

El plan de Hindenburg-Groener-Schleicher estaba al fin funcionando activamente. Brüning había empezado a llevar adelante su misión. Él presentó al Reichstag un programa financiero que iba a ser una excusa para tratar sumariamente con el Parlamento. El saber de esto en detalle no es importante; pero se establecía el aumento del gasto militar, no obstante el hecho de que el Estado estaba en una mala condición

financiera, y se abogaba por la votación de un impuesto que se conoció como el "Impuesto de Níger."

El Reichstag, después de haber intentado llegar a algún acuerdo con Bruening, rechazó varios puntos del programa. Esto era lo que Bruening y sus compañeros habían esperado. Esa misma tarde Bruening decidió poner en vigor los puntos rechazados por un "Decreto de Emergencia" emitido por el Presidente del Reich. El Decreto de la Emergencia se hizo posible por el Artículo 48 de la Constitución de Weimar. Este Artículo permitía al Presidente del Reich, "en caso de alteración considerable del orden y la seguridad públicos, o peligro para el orden o la seguridad públicos", investirse con ciertos poderes dictatoriales, incluyendo el derecho a emitir leyes por el así llamado "Decreto de Emergencia". El texto del Artículo 48 hacía muy claro que el Decreto de Emergencia sólo sería usado en el caso de grave perturbación interior y tumulto en una escala peligrosa, factores que en ese momento, con Bruening, no existían.

Dos días después de que Bruening emitiera su primer "Decreto de Emergencia", el Parlamento pidió su retractación. La respuesta de Bruening fue disolver el Reichstag. Se llevaron a cabo nuevas elecciones el otoño siguiente. Y en las elecciones de septiembre de 1930 la sombra de Hitler apareció amenazante sobre el Nuevo Reichstag. Ciento siete Diputados nazis entraron a la Cámara.

Hombres y acontecimientos propiciaron el desastre parlamentario. Los socialdemócratas que tenían 142 escaños en el Parlamento y que formaban entonces el grupo más fuerte en el Reichstag, empezaron una política de "tolerancia" hacia Bruening, "para que no ocurriese lo peor". Ellos temían a Hitler. Esa fue una política suicida. La crisis económica hizo el resto. La política económica de Bruening, en la opinión de muchos, era desastrosa. Los salarios fueron reducido entre 25 y 30 por ciento, mientras que la reducción del costo de la vida, que se había prometido, fue sólo del 10 por ciento; y mientras todos los empleados del Estado sufrieron la reducción de sus salarios, es significativo que un sector, el de los oficiales del Reichswehr [el ejército], no fue tocado.

¡Cuando Bruening fue hecho Canciller había 2,000,000 de desempleados en Alemania; cuando él se fue, había 6,000,000, y un colapso financiero se hizo peor por un autoimpuesto bloqueo económico! Si no hubiese sido por este caos político y económico muchos alemanes no habrían sido influenciados por Hitler, quien fue uno de los que recibieron alegremente estas condiciones. Cuando el desastre tomó ímpetus la gente común de su Partido aumentó, y no hay dudas de que la promesa de recuperación hecha por Hitler, y las perspectivas que él ofreció de un futuro más luminoso, le trajo muchos crédulos adherentes.

Bruening tenía varios planes de naturaleza económica y política, por medio de los cuales él esperaba evitar pagar las reparaciones de guerra y al mismo tiempo armar al Ejército alemán.

En la primavera de 1932 Bruening declaró que, puesto que Alemania se había desarmado completamente, "ella tenía el derecho legal y moral" para exigir el desarme de todos los otros países. Mientras estaba hablando al mundo de esta manera, el católico Bruening siguió con el secreto armamentismo de Alemania. Durante el tiempo que fue Canciller hubo varios incidentes relacionados con esto, siendo uno de los más

destacados aquel conectado con Carl von Ossietzky, un ganador del Premio Nobel de la Paz, quien fue juzgado y condenado por revelar las actividades militares detrás de la fachada de la aviación civil en Alemania. Él fue sentenciado a varios años de prisión, culpado por "la traición de secretos militares".

Bruening y su Ministro de Defensa trabajaron de la mano sobre los armamentos secretos de Alemania que, bajo Bruening, empezaron a desarrollarse a toda velocidad. Él y sus amigos militares prestaron particular atención a las armas aéreas. Formaciones ilegales de aviones de combate y bombarderos alemanes se ampliaron y fortalecieron, y se pagaron considerables subsidios a empresas fabricantes de aeroplanos, como Junkers y Heinkels. Habían ya en existencia no menos de cuarenta y cuatro escuelas de entrenamiento ilegales para vuelo militar. Los planes, estudiados hasta los más mínimos detalles, estaban listos para el bombardeo de la Línea Maginot, así como de París y Londres. El líder del "Departamento Aéreo", bajo Bruening, fue el Capitán Brandenburg -el hombre que más tarde lideró la Luftwaffe cuando Londres fue bombardeada.

Entretanto, Bruening, "el Canciller del Hambre", como las masas alemanas lo llamaban, estaba ocupado en el campo político en relación con el ascendente líder nazi. Él no veía en Hitler a un enemigo; al contrario, veía en él a un aliado que, en su avidez por el poder y como un dictador rival, le ayudaría a librarse de la democracia, a armar a Alemania, y a combatir al Bolchevismo.

Casi inmediatamente después de la elección de 1930 Goering mantuvo extensas y secretas negociaciones con el Ministro Treviranus; y, al mismo tiempo, Roehm, el jefe de las S.A. de Hitler [un cuerpo militar del partido nazi], fue recibido por el General von Schleicher. Ellos discutieron sobre el Ejército, regular e irregular, y se pusieron de acuerdo, como se descubrió más tarde, en cambiar ciertas características del ejército civil nazi.

Después de estas reuniones preliminares los dos líderes se encontraron de nuevo en octubre de 1930. Lo que se discutió nunca ha sido conocido en su totalidad, pero la información filtrada dio lugar a la noticia de que Bruening y Hitler habían alcanzado un acuerdo para compartir el gobierno, y de que Bruening tomaría Ministros nazis en su Gabinete. Sin embargo, el acuerdo se rompió por el número de tales Ministros a ser nombrados.

Tanto Hitler como Bruening negaron que ellos alguna vez hubiesen hecho tales arreglos; pero en una ocasión, cuando Bruening estaba celebrando una reunión de católicos, fue interrumpido por una banda de nazis. Él amenazó con hacer desagradables revelaciones sobre lo que Hitler le había confiado de sus planes si ellos continuaban interfiriendo con las reuniones católicas. Los Nazis replicaron que ellos, también, podían hacer sensacionales revelaciones sobre lo que Bruening había dicho a Hitler. Ambos, sabiéndose comprometidos, se cuidaron para que no hubiesen más fricciones que provocasen revelaciones sobre la famosa primera reunión.

Pasó un año antes de que los dos líderes reiniciaran sus negociaciones, en septiembre de 1931. Esta vez Bruening agradeció públicamente a Hitler y a sus partidarios por "la cortesía con la que, a pesar de toda crítica, ellos trataron a mi persona."

El tiempo de servicio de Hindenburg estaba expirando, y Bruening necesitaba ayuda para la reelección de Hindenburg como Presidente del Reich, la cual él quería obtener por medio del Reichstag, y no por medio de la elección pública -un plan que era totalmente inconstitucional. Este plan ponía en una posición clave a Hitler, porque, sin su Partido, tal plan no podría llevarse a cabo, teniendo Hitler 105 escaños en el Reichstag. Bruening sabía cuál sería el programa de Hitler si él llegaba al poder. Él también conocía sus planes secretos: además de que entonces salió a la luz el tristemente conocido documento Boxheim que contenía detalles para una política de terror una vez que los nazis estuviesen en el poder.

Que el Gabinete de Bruening estaba detrás de Hitler era evidente al final de 1931, cuando un alto oficial Prusiano, un Demócrata, vio al Ministro del Interior, Groener, y pidió apoyo para una revuelta encabezada por un líder de Berlín de las S.A. nazis contra Hitler. La opinión sostenida por el Gobierno acerca de Hitler se mostró llanamente en la respuesta de Groener: "Hitler es un hombre a favor de la legalidad, que ha prometido respetar la Constitución. Debemos apoyarlo contra los otros, que son todos agitadores." Luego para el asombro del entrevistador, el Ministro agregó: "Hitler ciertamente mantendrá su palabra." A fin de reforzar sus palabras, él dijo que ésta no sólo era su opinión personal, sino también la opinión de Bruening, el Canciller, que compartía completamente su punto de vista sobre el asunto.

Pero antes de intentar llegar a un acuerdo con Hitler, Bruening hizo varios movimientos preliminares. Él no sólo se mantuvo a favor de Hitler, sino que habló bien de él y se negó a dar cualquier paso contra él, y en todos los sentidos intentó allanarle el camino. Él arregló que Hitler se encontrara al fin con Hindenburg, como otros habían arreglado su propia primera reunión con el Viejo Mariscal de Campo; y, además, él solicitó al gran industrial católico Thyssen, uno de los más generosos amigos financieros de Hitler, para que le instara a dejar una buena impresión en el Presidente; porque, si Hindenburg tomaba una aversión personal hacia él, las oportunidades de Hitler de ocupar el cargo se reducirían. Él le pidió a Thyssen que dijera a Hitler que fuera muy moderado al hablar de sus planes con el Presidente del Reich.

La reunión con el Mariscal de Campo tuvo lugar, y Bruening y Hitler alcanzaron un acuerdo al fin. Bruening ofreció renunciar dentro del lapso de doce meses a fin de dar paso a un Gabinete donde las posiciones claves estarían en las manos de los nazis, y a cambio Hitler iba a apoyar la elección de Hindenburg como Presidente del Reich, y a iniciar las negociaciones con el Vaticano para un Concordato.

La razón de Bruening para posponer su renuncia por un año satisfizo a Hitler, quien aceptó la propuesta. El argumento de Bruening era que si los Nazis estuvieran en el Gobierno los Poderes en Ginebra no harían concesiones a Alemania; y Bruening por lo menos esperaba obtener de ellos la completa supresión de los pagos de reparación. Con esto él persuadió a Hitler para que fuese paciente.

Después de la reunión, Hitler declaró que había sido "profundamente impresionado" por Bruening. Pero, además de haber sido impresionado por el plan de Bruening para engañar a los Aliados, estaban los planes militares propuestos y el enorme programa armamentista concebido por el católico Bruening. Esto fue testificado más tarde por el General nazi von Epp quien declaró que fueron los "planes rearmamentistas del Canciller del Reich los que realmente habían decidido a Hitler."

Bruening mantuvo al Dr. Kaas minuciosamente informado de todos sus movimientos con Hitler, siendo la tarea del Dr. Kaas la de informar fielmente al Papa el progreso de las negociaciones. El Vaticano pidió a Bruening que se asegurara de que, si Hitler iba a ser parte del nuevo Gobierno, los nazis no serían hostiles a "la verdadera religión". Pero, por segunda vez, nada resultó de todas estas negociaciones. A la más importante entrevista con Hitler, en enero de 1932, y para la cual Bruening llevó con él a von Groener y von Schleicher, Hitler apareció acompañado por su jefe de las S.A., Roehm, quien era el líder de los nazis más intransigentes. La oferta de Bruening, para su consternación, fue rechazada; también por el Partido Nacional Alemán.

Viendo que la colaboración con el ala derecha del partido de la extrema Derecha había fallado, Bruening se volvió a los partidos de la Izquierda sin vacilación alguna. Él tuvo éxito en convencer a los socialdemócratas, quienes eligieron a Hindenburg formando un bloque Republicano contra los partidos de Derecha. Él empleó un eslogan que atraería a la Izquierda: "¡Elijan a Hindenburg y derroten a Hitler!" Los socialdemócratas una vez más dieron sus millones de votos para la elección de Hindenburg y derrotaron el plan del Partido Nacional y de Hitler.

Pero la elección que tuvo lugar durante el mismo año provocó tal sobresalto al Vaticano que el Papa y el Cardenal Pacelli decidieron definitivamente apoyar a la nueva fuerza política que era la única que podría evitar que Alemania fuese hacia la Izquierda. El antiguo Partido Católico había completado definitivamente su tiempo. Sólo medidas drásticas podrían detener la marea Roja; es decir, sólo el Nazismo. La votación causó que Pacelli y el Papa decidieran sumar su fuerza a la de Hitler. Del total de votos de 35,148,470, el Partido Nazi recibió 11,737,391 votos, el Partido Católico 5,326,583, y los Socialistas y Comunistas 13,232,292.

Los archienemigos de la Iglesia Católica estaban haciendo tremendos progresos en Alemania. Si se les permitía seguir sin obstáculos, y a menos que una mano de hierro asumiera el poder y los detuviera, sería demasiado tarde. ¿Y quién podría hacer eso mejor que Hitler? Desde ese momento, y detrás de escena, el Vaticano trabajó con el objetivo principal de influir para que Hitler alcanzara el poder. Ingrato con el apoyo de la Izquierda, ni bien fue elegido, Hindenburg se volvió abruptamente contra ésta y siguió la más reaccionaria política de un carácter derechista extremo, hasta que, al fin, ofreció el poder a Hitler.

Entretanto, Bruening estaba intentando destruir la República y restaurar la Monarquía alemana. Él siempre estuvo en completo acuerdo con la hostilidad de la Iglesia hacia cualquier forma de gobierno popular o hacia el régimen republicano, y con ello en apoyo de las monarquías y el gobierno autoritario. Este espíritu, con el que él estaba tan completamente imbuído, fue intensificado por su punto de vista nacionalista. A pesar de que era el Canciller del Reich de una República, él estaba trabajando para su destrucción. Él había dado el juramento Constitucional, y la Constitución Republicana empezaba solemnemente: "El Reich alemán es una República. El poder político procede del pueblo." Bruening había jurado que sostendría y defendería tales principios. Pero Bruening no se consideraba atado a la República. Él estaba influenciado por tres grandes motivos: su conciencia como católico que le pedía restaurar la autoridad de la Monarquía, porque "la autoridad no deriva del pueblo", como la Iglesia Católica ha expresado repetidamente (ver el Capítulo 6); y a esto se agregaban sus fuertes sentimientos nacionalistas y el temor de los Rojos cuyo poder él quería detener.

Bruening tuvo largas conversaciones con Hindenburg, con los líderes de los Partidos Nacional y Nazi, y con el Príncipe Heredero. Hindenburg sería elegido Regente del Reich de por vida por una mayoría de dos tercios del Reichstag, que se habría obtenido por una coalición de los partidos derechistas; y después de su muerte, el segundo hijo del ex Príncipe Heredero sería proclamado Kaiser.

El Vaticano se mantuvo bien informado aun antes de que Bruening hubiese tomado pasos activos para ejecutar este plan. El Cardenal Pacelli había dejado Alemania -en 1930 él había sido nombrado Secretario de Estado por el Papa Pío XI -pero él todavía era la autoridad principal sobre los asuntos políticos alemanes. Él había dado su bendición a los planes, y el Vaticano estaba a favor de ellos. La única condición que Roma impuso a Bruening y sus compañeros fue que ésta no debía ser comprometida o involucrada abiertamente en el complot en vista de las complicaciones internacionales a las que daría lugar. Una vez que la Monarquía fuese restaurada, la Iglesia Católica daría todo su apoyo por medio de su clero, los católicos, y el Partido del Centro. Bruening y los otros conspiradores estuvieron de acuerdo. Exteriormente, el procedimiento para la ejecución del plan no iba a venir ni de Bruening ni del Partido católico, ni de alguien conectado con el Vaticano.

Una vez más todo el plan fue malogrado. Esta vez debido a la oposición del propio Hindenburg, quién no podía armonizar su todavía existente lealtad a su viejo Kaiser con el plan. Pero un resultado fue logrado por Bruening mientras estuvo en el poder. Bajo su dirección deliberada, se pusieron generales, grandes industriales, Junkers, y nacionalistas extremos en posiciones claves. La máquina militar había reconquistado Alemania y se había vuelto dominante -principalmente debido a los movimientos del Partido del Centro, y, sobre todo, a los de Bruening.

Se ha dicho a menudo que Bruening concibió la restauración de la Monarquía para evitar la llegada de Hitler al poder, pero los hechos no confirman esta aseveración. El plan original de Bruening al que Hitler y Hugenberg, el líder del Partido Nacionalista, subscribieron, y estaban listos a dar su apoyo, era: primero, destruir la República; segundo, restaurar la Monarquía; y en tercer lugar, formar un Gobierno compuesto enteramente por partidos fascistas y semifascistas, que eran el Nacionalista, los Nazis, y el Partido del Centro. A fin de alcanzar esta última parte de su programa Bruening prometió a Hindenburg, así como a Hitler y Hugenberg, que, una vez que los primeros dos objetivos fuesen alcanzados, él, Bruening, renunciaría y daría paso a Hugenberg y Hitler.

El Papa y el Cardenal Pacelli no sólo se mantuvieron informados, sino que, para el último plan que iba a seguir a la restauración de la Monarquía, ellos querían una certidumbre de que un Gobierno realmente fuerte que "no dejaría lugar para los socialdemócratas" gobernaría la nueva Alemania, siempre bajo la condición de que debían darse suficientes garantías para la salvaguarda de los intereses de la Iglesia. Estas negociaciones preliminares se llevaron a cabo en esta fase, principalmente por medio del Dr. Kaas y el Chambelán Papal, von Papen.

Aquí están las palabras textuales de Bruening con respecto a sus planes, dichas a Hindenburg:

"Doy mi palabra de que en cuanto haya alcanzado el punto en el que la transición desde la República a la Monarquía esté asegurada, renunciaré, y entonces usted podrá formar un Gabinete completamente con los partidos de la Derecha" (Nacionalista, Nazis, etc.).

Además de esto, Bruening tenía otro proyecto en mente. Éste era, dejar a los socialdemócratas fuera del gobierno en Prusia. Tal proyecto ya había tomado forma antes de que él pidiera a su Partido que apoyara su plan de reelegir a Hindenburg quien fue designado el 10 de abril de 1932, y elegido principalmente con los votos de los socialdemócratas.

Durante varias semanas los planes detallados estuvieron en el escritorio de Hindenburg. Después del derrocamiento de la Social Democracia en Prusia fue hecho el intento de formar un fuerte Gobierno de católicos y nazis. Monseñor Kaas estaba en contacto continuo con el líder católico, Gregor Strasser, intentando llegar a un acuerdo final con Hitler. Pero Hitler cambió de idea a último momento y el plan abortó: él no cooperaría con Bruening porque sabía que el Canciller católico estaba políticamente muerto. De hecho, el 30 de mayo de 1932, Bruening cayó.

Hindenburg despidió a Bruening según el consejo de los generales y otras fuerzas que estaban trabajando detrás de escena. Ellos estaban complotando para la destrucción del Parlamento Democrático alemán y para la creación de una dictadura. La primera fase había sido alcanzada. El tiempo estaba maduro para la segunda fase.

El nuevo Gabinete fue formado por el General von Schleicher, aun antes del despido de Bruening. Pero en ese momento los conspiradores una vez más estaban divididos entre ellos. Los generales querían a un hombre que les dejara algún resquicio en la primera oportunidad. Ese hombre había sido elegido y había aceptado. Era otro católico, von Papen. Pero Monseñor Kaas, y a través de él el Vaticano, querían que Hitler y Hugenberg tomaran el poder.

Por mucho tiempo el Vaticano había estado negociando con las intrigas, y cuando se conoció que la Cancillería había sido ofrecida a von Papen, y que ésta había sido aceptada, instruyó a Monseñor Kaas, quien era el líder del Partido del Centro, para pedirle que la rechazara. Von Papen prometió hacer esto, y de hecho juró a Kaas que rechazaría el ofrecimiento. Sin embargo, cuando Hindenburg le presionó una vez más y von Papen aceptó, Monseñor Kaas y el Vaticano le reprocharon por haber roto su promesa, a lo cual él dio una típica respuesta Jesuítica. La primera vez, dijo, el Presidente le ofreció la Cancillería como un miembro del Partido Católico, y de acuerdo con su promesa él la rechazó; la segunda vez el ofrecimiento se le hizo como un individuo privado, y él aceptó.

Franz von Papen pertenecía a una familia católica de Westfalia; era rico, y a pesar de la mala fama de su carácter por el que era notorio, tenía gran influencia en los concilios internos del Partido Católico y en el Vaticano. Él era el dueño del principal órgano del Catolicismo alemán.

El nuevo Canciller fue apoyado entusiastamente por los grandes industriales católicos, la aristocracia, y altos funcionarios estatales, todos los cuales sabían que su designación era sólo un último paso para lo que ellos habían estado anhelando por tanto tiempo. A pesar del revés sufrido por el Prelado Kaas y el Cardenal Pacelli en Roma, las

cuestiones tomarían el vuelco correcto para ellos en el momento justo, menos para la gente común del Partido Católico que estaba integrada por obreros. Ellos se volvieron contra las principales figuras del Partido, su política, y el nuevo Canciller, con tan poderoso sentimiento como los socialdemócratas, y, durante un tiempo, la dirección del Partido quedó en sus manos. Esto fue permitido, porque el destino del Partido ya estaba sellado.

Esta importancia del ascenso al poder de von Papen no fue comprendida salvo por los pocos intrigantes en Berlín, y los todavía más pocos en el Vaticano. Fue el conflicto de las dos tendencias en el Partido Católico alemán el que dio el golpe de gracia a Bruening. Aquellos que habían patrocinado el segundo curso, encabezados por von Papen, habían persuadido a los diversos generales y a sus colegas a "trabajar" sobre Hindenburg para despedir a Bruening de la Cancillería. Los dos campos hostiles dentro de los grados superiores de los principales católicos alemanes estaban divididos por la alternativa de abandonar definitivamente el Partido del Centro y permitir su extinción, como había decidido el Papa, o si permitirle continuar y tomar su parte en una administración encabezada por Hitler. En tal administración, el Partido Nazi, el Partido Nacionalista Alemán, y el Partido del Centro iban a ser socios con iguales derechos. La alternativa era subscribir la defunción del Partido del Centro y llegar a un acuerdo con Hitler acerca de los intereses del Catolicismo y de la Iglesia en Alemania.

El primer grupo estaba encabezado por el propio Bruening. En más de una ocasión él había hecho conocer al Vaticano su objeción al plan del Papa de deshacerse del Partido católico que, por dos generaciones, había servido bien al Catolicismo, como el Partido católico más antiguo, más poderoso, y estable en Europa. En varias ocasiones él había prometido renunciar a fin de dar paso a Hitler, a condición de que al Partido del Centro se le permitiera desempeñar su papel. Aun después de su destitución, Bruening informó a Kaas, y a través de él al Vaticano, que estaría dispuesto a aceptar un puesto en el nuevo Gabinete si Hitler era hecho Canciller. Como Hugenberg, el líder de los Nacionalistas, Bruening tenía la idea de que Hitler trabajaría con ellos como iguales. Esta política, que había sido condenada desde la gran derrota de 1928, no fue aceptada. A Kaas y a los otros católicos que habían aceptado la decisión del Vaticano se les hizo entender por medio del Cardenal Pacelli que algo debía hacerse antes de que "eventos imprevistos puedan interferir con nuestros planes". Kaas y sus cómplices pusieron en movimiento la maquinaria política necesaria detrás de Hindenburg, y Bruening quien ya estaba desaprobado por las masas alemanas y por la camarilla que lo había puesto en el poder, fue despedido.

Von Papen fue reemplazado pronto por otro católico, el General von Schleicher. Pero el General simpatizó con los Socialistas y amenazó con descubrir transacciones que habrían avergonzado a altos católicos y al Vaticano; y, por último pero no menos importante, la corrupción de negocios en los que los mismos Hindenburg y von Papen estaban envueltos. Fue entonces que von Papen persuadió al viejo Presidente para hacer Presidente a Hitler.

Más tarde von Papen, durante una conferencia a un auditorio católico en Colonia, declaró que: "La providencia me destinó a prestar un servicio esencial para el nacimiento del Gobierno de la regeneración nacional" (12 de noviembre). A principios de enero de 1933 von Papen se encontró con Hitler en la casa de un banquero de Colonia y le dijo que el tiempo había llegado cuando ellos debían trabajar juntos; y que

los hombres y la maquinaria que lo pondrían en el poder estaban listas, y el Vaticano le apoyaría. A cambio se esperaba que, una vez en el poder, él, Hitler, destruiría los Partidos comunistas y socialistas como algo preliminar y discutiría un Concordato con la Iglesia Católica. Hitler prometió. Los dos alcanzaron un acuerdo. Hitler sería Canciller, y von Papen Vicecanciller. Von Papen entonces persuadió a Hindenburg para que pidiera a Hitler que fuera el Canciller. El 30 de enero de 1933, Hitler, un católico de nacimiento, fue hecho Canciller de Alemania.

CAPÍTULO 11:

EL VATICANO Y LA II GUERRA MUNDIAL



Pío XII y Hitler

Cuando Hitler fue hecho Canciller de Reich eso fue el comienzo del fin para el catolicismo alemán. No habían pasado muchos días antes de que pidiera una "Promulgación de Poderes" que le daría poderes dictatoriales dentro de límites legales. Como para obtener esto era necesario para él tener una mayoría de dos tercios en el Reichstag, el éxito o el fracaso de su demanda dependía de si el Partido católico votaba o no por él. Para congraciarse con el Vaticano y los líderes católicos altamente posicionados, Hitler que ya había asegurado la supresión inconstitucional de los mandatos del Partido comunista, empezó negociaciones para el apoyo del Partido del Centro. Estas negociaciones empezaron en la mitad de marzo de 1933. El propio Bruening y el Prelado Kaas las condujeron personalmente, e informaron al Vaticano de sus progresos en cada detalle.

Entre otras condiciones exigidas a Hitler por Bruening estaba que debía dar una declaración escrita de que la Promulgación de poderes no debía anular el veto del Presidente. Él aconsejó al Canciller sobre qué cursos debería adoptar en su política exterior. El Prelado Kaas discutió y obtuvo la promesa por la cual el Vaticano había trabajado tan duro durante tantos años -de que, al fin, un Concordato debía ser concluido. Hitler prometió que la Iglesia católica tendría una especial posición de privilegio en el Nuevo Reich si el Vaticano usaba su influencia para asegurarle el voto del Partido del Centro. El Vaticano acordó, y Hitler hizo una promesa adicional de que en la declaración inaugural de su Gobierno haría una declaración pública que efectivizaría el privilegio prometido.

El 23 de marzo de 1933, el Reichstag se reunió en Teatro de Ópera Kroll, en Berlín. A pesar de una pequeña oposición católica, el Partido católico, liderado por Bruening y

Kaas, votó por Hitler. Ellos habían votado la pena de muerte del Parlamento alemán y por el suicidio de su Partido católico.

El 17 de mayo de 1933, Hitler convocó el Reichstag una vez más y obtuvo una resolución suscrita, no sólo por los nazis, los nacionalistas alemanes, y los católicos, sino también por los socialdemócratas, al efecto de que "Estos representantes del pueblo alemán ...se posicionen unidamente detrás del Gobierno."

Entretanto, von Papen había comenzado negociaciones en Roma para la firma de un Concordato entre Hitler y la Santa Sede. El tiempo había sido bien elegido para las negociaciones -abril, mayo, y junio de 1933. Además de von Papen, otro líder del Partido católico que había aceptado la visión del Vaticano sobre el catolicismo político en Alemania fue a Roma, donde se discutieron las maneras y los medios con los cuales concretar la sentencia Vaticana con tan poco impacto como fuera posible para los católicos alemanes. Durante su estancia en Roma, el Prelado Kaas, en una declaración pública, describió a Hitler como "el portador de elevados ideales quien hará todo lo que es necesario para librar la nación de la catástrofe."

Hitler mismo, viendo el Vaticano de su lado, mantuvo su promesa sobre el Concordato, y dijo el 23 de marzo de 1933: "De la manera como vemos en el Cristianismo el firme fundamento de la vida moral, así es nuestro deber cultivar relaciones amistosas con la Santa Sede y desarrollarlas" (Universe, 31 de marzo de 1933).

Por este tiempo el Vaticano favoreció entusiastamente a los Nazis. El Papa envió órdenes a los obispos alemanes, que estaban reunidos en Fulda, para que ellos instruyeran a su clero para apoyar a Hitler. El imparcial Annual Register ya se ha citado, en donde se decía que "el gigantesco giro de la clase media católica en el oeste y sur de Alemania hacia el partido Nazi quebró el poder de los partidos católicos de la vieja clase media" (1933). Una mirada a las estadísticas electorales mostrará que el voto católico (más el judío) no disminuyó; pero había 4,000,000 de nuevos votantes. Muchos católicos habían dudado, odiando a los judíos y los socialistas, pero no atreviéndose a votar por los Nazis. Pero vino la orden desde Roma de que la hostilidad a los Nazis debía cesar. (Esto, de acuerdo al *Catholic Revue de Deux Mondes* del 15 de enero de 1935: *Le Catholicisme et la politique mondiale*.)

Entretanto, Hitler había empezado a prepararse para la elección. Paralizó los partidos comunistas y socialistas suprimiendo sus periódicos y encarcelando a sus líderes. A ningún líder de un partido no Nazi se le concedió medios para solicitar algo al país excepto Bruening, quien instó a los católicos alemanes a que votaran por Hitler.

El 27 de febrero los Nazis quemaron el Reichstag para despertar a los millones de alemanes apáticos en contra de los comunistas. En el mismo día el Partido comunista fue prohibido y miles de sus miembros asesinados o puestos en los campos de concentración. El 5 de marzo hubo nuevas elecciones. Toda Alemania se precipitó a la votación, y, con la ayuda de los muchos católicos que votaron por ellos, los Nazis consiguieron un número más grande de votos y diputados que cualquier otro partido.



El incendio del Reichstag

Hitler cerró otro trato con el Vaticano antes de firmar el Concordato. El Vaticano no iba a protestar contra su política interior de tratar rudamente a los "comunistas, Socialistas, y judíos, o incluso con algunas organizaciones católicas" (probablemente de la Izquierda). El Vaticano acordó. Hitler comenzó entonces a encargarse de sus enemigos, que, casualmente, eran los enemigos de la Iglesia católica. Empezó la más aterradora persecución de judíos, comunistas, y socialistas. En marzo de 1933 Hitler había suprimido prácticamente toda la prensa opositora; todos los periódicos comunistas fueron prohibidos, y se suspendieron 175 de los 200 periódicos socialistas. Este movimiento fue recibido con no disimulado regocijo por el Vaticano, sobre todo cuando había sido acordado de antemano que sólo al partido católico se permitiría existir, por lo menos de momento. Las matanzas que tuvieron lugar por toda Alemania conmocionaron al mundo civilizado y produjeron protestas de muchos países.

La "autoridad" que reclama ser la autoridad moral del mundo fue prácticamente la única que no profirió una sola palabra en defensa de los perseguidos, o de reproche a los Nazis. Sería bueno recordar que ésta fue la misma "autoridad" que le pidió al pueblo español a que desobedeciera a su gobierno, y que inició una revuelta armada en México llamando a una santa cruzada contra el comunismo.

Durante el reino de terror, Hitler empezó a coordinar las organizaciones católicas, mientras al mismo tiempo, a través de la presión del clero, la demanda de católicos para ingresar al partido Nazi y a las organizaciones aumentó a pasos agigantados. A pesar del hecho de que los Nazis en las localidades continuaban tratando ásperamente a los católicos por toda Alemania, el partido católico nada podía hacer, porque tenía la Jerarquía católica en contra y ellos sabían lo que estaba pasando entre Hitler y el Vaticano. En desesperación se pusieron completamente en las manos de Bruening, conociendo su oposición a la disolución de catolicismo político alemán. Contra toda la probabilidad, Bruening todavía esperaba que él podría dar un nuevo plazo de vida al partido mostrando al Vaticano que, a través de la influencia del partido del Centro, la

Iglesia podría producir presión sobre Hitler, y en esa manera crear la oportunidad para el catolicismo político de gobernar con los Nazis.

Bruening pidió ver a Hitler por este tema. A fines de junio de 1933 se acordó una nueva reunión entre ellos. El anuncio fue hecho, pero finalmente Hitler lo canceló. Las noticias que recibió de Roma le motivaron a hacer esto. El Vaticano y von Papen habían llevado la negociación de un Concordato a una exitosa conclusión, y con esto el destino del Partido del Centro se había establecido definitivamente.

El partido católico, que Bismarck había derrotado, y en el cual Hitler veía a su más grande enemigo, recibió órdenes directas desde Roma para disolverse y así despejar el camino a la dictadura Nazi absoluta. En la tarde del 5 de julio de 1933, el Centrum emitió un decreto para su propia disolución -de hecho su propia pena de muerte. Éste fue redactado como sigue:

"La agitación política ha puesto la vida política alemana sobre un fundamento completamente nuevo que no deja espacio para las actividades partidarias. El Partido del Centro alemán, por consiguiente, se disuelve inmediatamente, en acuerdo con el Canciller Hitler."

Muchos católicos protestaron y criticaron la conducta del Vaticano que intentó apaciguar y explicar. En una declaración semi-oficial contestó:

"La determinación del Gobierno del Canciller Hitler de eliminar el partido católico coincide con el deseo del Vaticano por desinteresarse de los partidos políticos y limitar las actividades de los católicos a la organización Acción Católica fuera de cualquier partido político."

El Secretario de Estado, Pacelli, hizo esta significativa declaración:

"A causa de la exclusión de los católicos como un partido político de la vida pública de Alemania, cuánto más necesario es que los católicos, privados de representación política, encuentren en los pactos diplomáticos entre la Santa Sede y el Gobierno Nacional Socialista las garantías que puedan asegurar para ellos, por lo menos, el mantenimiento de su posición en la vida de la nación. Esta necesidad es sentida por la Santa Sede, no sólo como un deber hacia sí misma, sino también como una responsabilidad solemne ante los católicos alemanes, para que éstos no puedan desaprobarnos al Vaticano por haberlos abandonado en un momento de crisis."

Cuando Monseñor Kaas, el líder del Partido católico, fue a Roma fue instruido por el Papa para declarar su apoyo a Hitler, indicando así a sus seguidores lo que ellos deberían hacer. Si fue o no personalmente convencido de las ideas que expresó, es imposible decir; pero permanece el hecho de que, después de las entrevistas con el Papa y su Secretario de Estado, para la gran sorpresa de muchos él hizo la declaración siguiente:

"Hitler sabe bien cómo guiar la nave. Incluso antes de que él se hiciera Canciller yo frecuentemente me lo encontré y fui impresionado grandemente por su pensamiento claro, por su manera de enfrentar las realidades mientras mantiene sus ideales, los cuales son nobles. Es erróneo insistir hoy en lo que Hitler dijo como un demagogo,

cuando la única cosa que nos interesa es saber lo que él hará hoy y mañana como un Canciller ...Importa poco quién gobierna con tal que el orden sea mantenido. La historia de los últimos años ha demostrado bien en Alemania que el sistema parlamentario democrático era incapaz."

La Jerarquía alemana fue instruida para apoyar la política del Vaticano y el nuevo régimen Nazi, y la mayoría de la Jerarquía obedeció. La siguiente es una declaración típica por una de las cabezas de la Iglesia católica alemana, el Cardenal Faulhaber:

"En la época Liberal se proclamó que el individuo tenía el derecho a vivir su propia vida como él escogiera; hoy los dueños del poder [Hitler] invitan a los individuos a subordinarse a los intereses generales. Nos declaramos partidarios de la doctrina y nos regocijamos en el cambio de mentalidad."

Y el Arzobispo de Bamberg que se dirigió a la Prensa católica de Alemania abogó para que todos "apoyen los esfuerzos del Gobierno Nacional enérgica y sinceramente para realizar la reconstrucción de Alemania y renovar su vida económica y espiritual."

El Concordato entre el Vaticano y Hitler consistía de treinta y cinco Artículos, y fusionó las varias cláusulas y términos en el Concordato firmado individualmente por Prusia, Bavaria, y Baden. Con el nuevo Concordato la Iglesia Católica estaba haciendo un pacto en el que toda Alemania estaba incluida; y que le permitía imponer sus decretos en numerosos estados alemanes que eran reacios y se habían negado a tener algún acuerdo con el Vaticano.



Pacelli, el nuncio papal firmando el Concordato con Alemania

Todos los principales objetivos de la Iglesia católica con respecto a un Estado moderno se encuentran en el Concordato. La Iglesia, de acuerdo con su nueva política, estuvo de acuerdo en mantener los sacerdotes y la religión fuera de "la política", mientras que el Estado consintió en permitir las asociaciones religiosas católicas, clericales y laicas, con tal de que se limitaran a las actividades religiosas. La educación, el matrimonio, la nominación de obispos, fueron todos considerados. Varios años antes, las escuelas denominacionales habían sido el objetivo que el Vaticano intentó alcanzar cuando ordenó al Partido del Centro formar un Gobierno con los partidos de derecha, mientras boicoteaba a los social demócratas. Los objetivos del Vaticano serían al fin cumplidos por Hitler.

En agradecimiento por haber sido hecha socia plena con el Estado, la Iglesia católica rogó la bendición de Dios sobre el Reich Nazi.

"En domingos y los días Santos, oraciones especiales, conforme a la Liturgia, serán ofrecidas durante la Misa principal por el bienestar del Reich alemán y su pueblo, en todas las iglesias y capillas episcopales, parroquiales y conventuales del Reich alemán (Art. 30)."

Y finalmente, se dio la orden a todos los generales espirituales de la Iglesia católica -a saber, los obispos- no sólo de ser fieles al régimen Nazi, sino de trabajar para que todos los miles del clero bajo cada obispo fueran tan fieles como el obispo mismo; y además, ellos debían ver que ningún sacerdote, o miembro de la Jerarquía católica, fuera hostil, u opuesto, al régimen Nazi. Aquí están las palabras literales:

"Antes de que los Obispos tomen posesión de sus diócesis ellos deben prestar un juramento de lealtad al Representante del Reich del Estado correspondiente; o al Presidente del Reich, según la fórmula siguiente: Ante Dios y sobre los Santos Evangelios, yo juro y prometo, para convertirme en un Obispo, lealtad al Reich alemán y al Estado de... . Yo juro y prometo honrar al Gobierno legalmente constituido, y usar el clero de mi diócesis para honrarlo. En desempeño de mi oficio espiritual, y en mi solicitud por el bienestar y los intereses del Reich alemán, yo me esforzaré para evitar todos los actos perjudiciales que podrían ponerlo en peligro (Art. 16)."

Tomado en su conjunto, el Concordato era, por decir lo mínimo de él, muy favorable al Vaticano. Alemania no es un país católico. Los católicos forman sólo un tercio de la población total. Aceptando la adición de aproximadamente 7,000,000 de Austria, la población total de Alemania en 1938 era 77,000,000, de los cuales los protestantes formaban el 52 por ciento y los católicos romanos sólo 36 por ciento.

El Vaticano había alcanzado ahora los principales objetivos de la Iglesia católica en Alemania -la desaparición de una República, la destrucción de una democracia, la creación del absolutismo, una asociación íntima de Iglesia y Estado, en un país donde más de la mitad de la población era protestante. Los principios expuestos por los Papas en las diversas encíclicas habían surtido efecto en provocar estos eventos políticos.

Después de que el Concordato fue firmado, la Jerarquía alemana y los católicos en altas posiciones agradecieron a Hitler, y prometieron que cooperarían entusiastamente con el gobierno Nazi. La Cabeza Suprema de la Iglesia alemana, el cardenal Bertram, hablando en nombre de todos los arzobispos y obispos de Alemania, envió un mensaje asegurando a Hitler que ellos estaban "gustosos de expresar lo más pronto posible sus buenos deseos y su disponibilidad para cooperar con lo mejor de su habilidad con el nuevo Gobierno." Aquí están las palabras textuales:

"El Episcopado de todas las Diócesis alemanas, como es mostrado por sus declaraciones al público, tan gustoso para expresar en cuanto se hiciera posible después del reciente cambio en la situación política a través de las declaraciones de Vuestra Excelencia su sincera disposición para cooperar con su mayor habilidad con el nuevo Gobierno, el cual había proclamado como su meta promover la educación cristiana, emprender una guerra contra el ateísmo y la inmoralidad, fortalecer el espíritu de sacrificio para el bien común y proteger los derechos de la Iglesia. (De una carta de Su Eminencia el cardenal

Bertram al Canciller Herr Hitler después de la conclusión del Concordato entre el Vaticano y el Gobierno alemán. Vea Universe, del 18 de agosto de 1933).

Pero el espíritu del Totalitarismo, que desea ser siempre supremo, debe estar sobre todo lo demás. ¿Cómo era posible, por lo tanto, que dos Totalitarismos -aquel del Vaticano y aquel de los Nazis- trabajaran en armonía? Más pronto o más tarde el conflicto habría empezado.

Éste estalló casi inmediatamente; y empezó, como de costumbre, por el control de la juventud, de la educación, etc., de las cuales tanto la Iglesia como el Fascismo querían la absoluta supervisión y dirección. Los Nazis empezaron a atacar las asociaciones y las escuelas católicas, y los siguientes dos años se caracterizaron por "el mal humor y quejiosidad por parte de los Nazis" (*The Vatican and Nazism*).

Mientras tanto, en el verano de 1934, sucedió la famosa "Purga". Miles de personas - Nazis, Nazis católicos, y no Nazis, entre quienes estaban los líderes católicos von Schleicher y Strasser- fueron asesinadas. "Yo soy la ley," declaró Hitler en esa ocasión, mientras ellos fueron ejecutados a sangre fría sin siquiera un juicio.

Ni el Vaticano ni la Jerarquía alemana dijeron una sola palabra de condenación.

En 1935 Hitler anotó su primera victoria nacional-internacional. La provincia de Saar había estado bajo la administración de la Sociedad de Naciones durante varios años, y el tiempo había venido para resolver el problema de su restitución por un plebiscito. Era justo que el territorio alemán fuera devuelto al Reich alemán, y nadie lo cuestionaría.

El Vaticano que ejercía una gran influencia religiosa y social en el Saar, siendo la región entera sumamente católica, no intentó refrenar a los votantes católicos de votar para estar bajo el Reich de Hitler. Si el Vaticano hubiera estado contra Hitler, como lo afirma ahora, podría fácilmente haber evitado que los católicos de allí votaran por su retorno al Reich. Pero no hizo nada de eso. Al contrario, instruyó la Jerarquía católica para apoyar el plebiscito, y el Saar católico votó a favor de Hitler por 477,119 votos contra 48,637, principalmente de los judíos. Patriotismo y Catolicismo iban de la mano.

El 7 de marzo de 1936, Hitler, desafiando a Francia, como también Mussolini había desafiado la Sociedad de Naciones recientemente, con fuerzas armadas ocupó la zona desmilitarizada de Renania. Gran Bretaña instó a Francia a no oponerse a Hitler, quien resultó exitoso una vez más. Aquí también los católicos apoyaron entusiastamente su incorporación a la Alemania Nazi, y las iglesias católicas agradecieron a Dios. Allí desde los púlpitos fluyó una corriente de patriotismo, y las campanas de las iglesias repicaron por toda la Renania.

No fue hasta después de dos meses que Hitler, por un plebiscito, pidió al país su aprobación de lo que él ya había consumado. ¿Cuáles habían sido sus obras más destacadas? Él había violado su promesa de mantener una Constitución democrática; él había suprimido violenta y sangrientamente todos los otros partidos; llenó las cárceles y campos de concentración con sus oponentes políticos; ejecutó miles de personas sin el más remoto vestigio de un juicio; inició programas increíbles contra los judíos; aseguró un dominio sobre toda la juventud alemana, incluyendo a los católicos; destruyó todas las organizaciones católicas; quebró su palabra sobre el Concordato con el Vaticano; y

estaba en ese mismo momento en abierto conflicto con la Iglesia católica debido a la imposibilidad de armonizar su Totalitarismo con el del Vaticano.

A pesar de eso el Vaticano una vez más instruyó a la Jerarquía católica para apoyar a Hitler. Si el Papa, en este momento, hubiese estado contra Hitler y el Nazismo, él podría haber influido en los millones de católicos en toda Alemania, si no para que votaran abiertamente contra Hitler, por lo menos para que se abstuvieran de votar. En cambio, los obispos alemanes recomendaron que los católicos votaran por él. Una carta publicada por los obispos alemanes fue bosquejada en el propio Vaticano, y era característica su "sutileza", o, para usar una palabra más apropiada, su duplicidad. En esta carta los obispos, habiendo reconocido que Hitler había estado, y todavía estaba, persiguiendo a la Iglesia, hechos que ellos no podían negar, reconocían un "penoso conflicto de conciencia." Ellos no podían decir nada menos cuando era evidente para la nación entera que Hitler era hostil a la Iglesia católica. En este momento, si los obispos hubiesen pedido que los católicos alemanes votaran por Hitler, se habrían mostrado aprobando "las medidas hostiles a la Iglesia" que Hitler había promulgado. En consecuencia, mientras la carta dejaba a los católicos libres para votar como quisieran, a aquéllos que deseaban dar su voto a Hitler se les ofrecía la siguiente fórmula para salvar su conciencia: "Nosotros damos nuestro voto a la Patria, pero eso no significa aprobación de cuestiones por las cuales no podríamos hacernos responsables según la conciencia." (Catholic Times, 27 de marzo de 1936.)

Debe notarse cuidadosamente que el Vaticano no aconsejó que los católicos no votaran por Hitler; ni les aconsejó tener escrúpulos por los asesinatos, los programas, e injusticias cometidos por él. Solamente ofreció, a aquellos en duda sobre lo que debían hacer, el paliativo de que ellos podían eventualmente, abstenerse de votar por "medidas hostiles a la Iglesia." Ésta siempre había sido la real y única causa del conflicto entre el Vaticano y el Nazismo, desde el principio hasta su caída: "Por medidas hostiles a la Iglesia." A lo largo del régimen Nazi la Iglesia católica nunca habló contra el Nazismo como un sistema político. Cuando fue obligado a protestar por ciertas medidas tomadas por el Nazismo, habló en los términos más ambiguos, y ni una vez usó la atronadora fulminación que ha usado tan persistentemente contra el Comunismo y Rusia. Por último, pero de no menor importancia, la Iglesia sólo protestó contra el Nazismo cuando sus intereses estaban involucrados.

El año 1936 trajo una nueva e intensificada tensión entre el Vaticano y el Nazismo, y fue porque estaban estorbándose las actividades de la Iglesia católica. En la ocasión de la apertura de la Exhibición de la Prensa católica Internacional, el Papa, después de la denuncia usual a la Rusia soviética, protestó ligeramente contra la Alemania Nazi. Estas fueron las palabras que él se atrevió a decir contra el Nazismo:

"La segunda ausencia es la de Alemania (siendo la primera la de la Rusia soviética), puesto que en ese país, contrariamente a toda justicia y verdad, por medio de una confusión artificial e intencional entre la religión y la política, es objetada la existencia misma de la Prensa católica."

Cuando, por el mismo año (1936), el Papa hizo un discurso sobre la Guerra Civil española -después de haber condenado el peligro Rojo y la Rusia soviética en los términos más fuertes- él una vez más protestó contra la Alemania Nazi porque el Nazismo no permitía a la prensa católica ser una compañera igual con la prensa Nazi. Él

dijo:

"¿Cómo puede hacer la Iglesia católica otra cosa que quejarse, cuando ella ve que a cada paso que da en el acercamiento a la familia católica, a la juventud católica, es decir a esos mismos sectores que tienen la mayor necesidad de ella, y ella tropieza con dificultades? ¿Cómo puede actuar la Iglesia católica de otra manera, cuando la prensa católica es encadenada, y siempre más y más restringida; esa prensa cuya función es ... defender aquellas convicciones que la Iglesia católica, como la guardiana exclusiva de la Cristiandad genuina y entera, sola posee y enseña?"

Ésa era la esencia del conflicto entre el Nazismo y el Catolicismo; y esto fue puesto en palabras por el mismo Papa unos pocos años antes, cuando dirigiéndose a los miembros del Sturmschar (élite) de la Asociación de los Jóvenes Hombres católicos, él expresó llanamente cuál era la tarea del Catolicismo en la Alemania Nazi:

"La hora ha venido sobre nosotros y ya hace bastante cuándo, en Alemania especialmente, no es suficiente decir, 'la vida cristiana, la doctrina cristiana.' Nosotros debemos decir 'la vida cristiana católica, la doctrina cristiana católica.' Porque ¿qué permanece de la Cristiandad, de la Cristiandad real, sin el Catolicismo, sin además la Iglesia católica, sin la doctrina católica, sin la vida católica? Nada, o casi nada. O mejor, en conclusión uno puede y debe decir, no meramente una falsa Cristiandad sino un verdadero paganismo" (Pascua, 1934).

Aquí está la razón fundamental por la cual el Vaticano protestó contra el Nazismo. Sólo porque Hitler no permitiría a la Iglesia católica promover la vida católica como una parte íntegra del Reich. En el mismo año, en Navidad, el Papa una vez reprendió al Nazismo porque, aunque afirmaba estar combatiendo el peligro Rojo, no estaba cooperando sin reservas con la Iglesia en Alemania.

El Papa levantó su voz primero advirtiendo con referencia a la propagación del Comunismo en España, y dijo que las atrocidades comunistas en ese país debían abrir los ojos de Europa y el mundo entero al destino que sería suyo a menos que ellos adoptaran medidas eficaces contra esto. Él continuó luego:

"Pero entre aquellos que se proclaman los defensores del orden ante la extensión del comunismo ateo [la Alemania Nazi], y quienes incluso pretenden el liderazgo en esta materia, nos da dolor ver ...cómo, al mismo tiempo, buscan destruir y extinguir la fe en Dios y la Revelación Divina en los corazones de hombres, y sobre todo en el corazón de la juventud ...Más bien ciertamente ellos destruyen lo que son los más eficaces y decisivos medios de protección contra el mismo mal que es temido, y, conscientemente o de otra manera, trabajan de la mano con el enemigo que ellos creen, o por lo menos afirman, combatir."

Después del discurso, el Secretario de Estado del Vaticano declaró:

"Sería imposible expresar más claramente la incapacidad de nacional socialismo para formar una verdadera muralla contra el Bolchevismo."

El cardenal Pacelli, más tarde el Papa Pío XII, en más de una ocasión protestó en el mismo sentido. En el otoño de 1936 él, como Secretario de Estado, en un discurso de

bienvenida al Congreso Internacional de la prensa católica, se quejó de la supresión de los periódicos católicos en Alemania, y dijo:

"Damos miradas preocupadas hacia Alemania. Sentimos profundo pesar de que ningún representante oficial de la prensa católica alemana haya aparecido en este Congreso. Después de la última Pastoral de los obispos alemanes es incomprensible que la prensa católica en Alemania fuera intimidada, estrangulada, y obstruida en su lucha apostólica contra el Bolchevismo."

La queja del cardenal Pacelli fue porque a la prensa católica no se le permitía plantar la semilla del odio en los pueblos alemanes contra su gran vecino la Rusia soviética, y de esta manera proseguir en su lucha contra el comunismo y el socialismo.

No sólo era el Papa y su Secretario de Estado quienes no osaron atacar al Nazismo como un sistema económico social político, y que sólo osaron atacarlo cuando afectó adversamente a la Iglesia. Varios cardenales del extranjero, así como los cardenales y obispos de Alemania, adoptaron la misma actitud.

El siguiente, entre otros pronunciamientos, es digno de atención: En 1935, cuando el cardenal Faulhaber, de Munich, dio un sermón allí, protestó suavemente contra los incumplimientos del Concordato, pero no pronunció ninguna protesta contra los centenares de miles de prisioneros políticos en campos de concentración. Su protesta entera consistió en el análisis de los errores fundamentales que están a la raíz de la oposición nacional socialista a la Iglesia; e insistió en el reconocimiento de la posición de la Iglesia y el Papado y el papel que ellos debían desempeñar enseñando a la juventud, el clero, y el laicado. "El Gobierno debe proteger y cooperar con la Iglesia católica", dijo el Cardenal, "porque sólo la Iglesia católica es la portadora de la redención y la guardiana de la herencia gloriosa de la verdad."

En mayo de 1933 los obispos bávaros dirigieron a su grey un llamamiento a la cooperación con el gobierno Nazi; pero ellos pronunciaron las siguientes palabras de amonestación al Nazismo para que cooperara con la Iglesia, "a fin de evitar lo malo":

"La historia nos enseña que, así como la cooperación armoniosa entre la Iglesia y el Estado es necesaria y beneficiosa, son desastrosos los efectos que siguen cuando el Estado abusa de su poder para interferir con la vida de la Iglesia. En el primer caso la Iglesia y el Estado están fusionados; en el otro la Iglesia se degrada al estado de un sirviente del Estado ... De manera alguna podemos jamás concordar con escuelas elementales universales (no denominacionales) en cualquier forma."

Después de hablar sobre la importancia de la Asociación de Juventud católica, y de pedirle a los Nazis que permitieran a la Iglesia que cooperaran con Hitler, los obispos bávaros dijeron: "No somos partidarios de una forma de crítica que combate y rebaja toda autoridad Estatal." Pero la frase más significativa de todo el "llamamiento" de los obispos fue la última: "Nadie puede abandonar la gran obra de reconstrucción, y nadie debe ser impedido de participar en ella."

En un decreto de julio de 1933 el obispo Matthias Ehrenfried, de Wurzburg, urgió a todo el clero de la Baja Franconia a observar la subordinación debida hacia el gobierno Nazi. Aquí están las palabras textuales:

"Bajo las condiciones presentes es posible que oficiales subordinados puedan iniciar medidas injustas y de interferencia que podrían repercutir negativamente en nuestra cooperación con el movimiento nacional y podrían perturbar nuestra actitud de simpatía hacia él. No es, sin embargo, el deber del sacerdote individual juzgar tales asuntos o corregirlos ... En la medida que surja la necesidad, tales cuestiones serán tratadas por la autoridad eclesiástica más alta."

En octubre de 1933 el cardenal Bertram expresó ansiedad porque Hitler no concedía a la Iglesia Católica la libertad que él había prometido, y también porque Hitler había tratado a los políticos católicos como si ellos hubiesen sido socialistas o comunistas. Entre otras, aquí están algunas palabras significativas:

"Yo me refiero a la ansiedad que se siente a favor de aquellos líderes cuyo objetivo era, como una cuestión de obligación religiosa, combatir el Marxismo y el Bolchevismo de una manera apropiada a la forma de gobierno entonces existente."

Continuando, el cardenal pidió a Hitler que no considerara a los políticos católicos sus enemigos, cuando ellos eran en realidad lo contrario; y aquellos que habían sido privados de su libertad debían ser puestos en libertad y no ser tratados como socialistas y comunistas:

"Nosotros pedimos urgentemente porciones de autoridad en el Reich y el Estado para hacer una revisión seria, benévola, y pronta de las rigurosas medidas que se han puesto en práctica" [con respecto a los políticos católicos].

El obispo Wilhelm Berning de Osnabruck, en un sermón en la Víspera de año nuevo (1935), dijo que la Iglesia quería cooperar con el Nazismo, pero que no podía porque el Nazismo "buscaba desarraigar el Catolicismo de los corazones de los jóvenes."

En 1935 el obispo Matthias Ehrenfried, de Wurzburg, después de haber dicho que a la Iglesia le gustaría cooperar con el Nazismo, tuvo que protestar, porque el Nazismo está "centralizando" las asociaciones católicas y las escuelas, "incluso suprimiéndolas como si hubiesen sido comunistas." Él concluyó la pastoral con estas palabras: "Movilícense y defiendan los plenos derechos de su Madre Iglesia."

El cardenal Schutle, de Colonia, protestó contra el Gobierno por no permitir a la Iglesia católica cooperar con él, y se quejó porque la libertad del catolicismo estaba siendo estorbada y los católicos tratados como si fuesen enemigos del gobierno (1935).

El Arzobispo de Freiburg presentó su queja porque los Nazis no estaban permitiendo libertad plena a la Iglesia católica con respecto a las escuelas.

La carta pastoral conjunta de los obispos congregados en Fulda (agosto de 1935) protestaba ante el gobierno porque "las Santas Escrituras e incluso los Evangelios y nosotros somos tenidos en cuenta", y "en lugar de la Iglesia católica, se busca establecer una llamada 'Iglesia Nacional romana libre'." Ellos también protestaron porque "los Nazis acusan la Iglesia de 'Catolicismo político'" Católicos de Alemania, en años recientes ustedes han preguntado a menudo, '¿Debemos entonces los católicos aprobar todo en nuestra Patria?'. Y los obispos contestan después: "Los católicos no están instigando

ninguna revuelta, ni están ofreciendo resistencia violenta. Esto es tan bien conocido que, siempre, aquellos que desean ganar una victoria fácil, atacan especialmente a los católicos."

Obispos y cardenales protestaron porque el Nazismo permitió que "la atmósfera correcta sea puesta en peligro por una Kultur-kampf [una política de supeditar el clero a la autoridad del Estado]."

Después, como los Nazis no honraron el Artículo 5 del Concordato, que daba protección a la reputación y a las personas del clero, el Cardenal Bertram protestó porque "cientos de miles de libros y folletos contra la Iglesia católica han sido distribuidos en todos los distritos, sin exceptuar al pueblo más aislado."

El obispo Galen, de Munster, en un sermón a Buer (Marzo de 1936), le preguntó al Führer cómo los católicos podían cooperar con él cuando la religión no era respetada: "¿Cómo pueden los padres cristianos permitirles a sus niños tomar parte de reuniones en campos de trabajo de la Juventud Hitlerista, cuando ellos saben que está faltando la guía religiosa?"

El obispo Rackl, de Eichstat, protestó porque la Iglesia no era tan libre como Hitler prometió: "Verdaderamente está establecido en el Concordato que la Iglesia católica debería disfrutar de plena libertad, pero usted sabe que éste, desafortunadamente, no es el caso."

En 1936 los obispos alemanes, congregados en Fulda, protestaron porque, entre otras cosas, la prensa católica no era libre, y por una "relación interdenominacional":

"No podemos entender por qué la prensa católica está restringida por decretos a temas puramente eclesiásticos y religiosos. No podemos entender por qué nuestra Juventud alemana en crecimiento es tan frecuentemente apartada de la influencia cristiana para ser inculcada con ideas que son destructivas de su fe en Cristo o, por una relación interdenominacional mezclada, es privada de la fuerza vital de sus convicciones católicas."

En 1936 los obispos bávaros protestaron una vez más porque el Nazismo parecía considerar al Catolicismo el siguiente enemigo después del Bolchevismo.

En la víspera del Año Nuevo, de 1936, el cardenal Faulhaber, en Munich, predicó un violento sermón contra el Bolchevismo y la Rusia soviética, pidiendo a todos los hombres de buena voluntad que lucharan para el derrocamiento del Bolchevismo. Después les pidió que protegieran el Catolicismo en Alemania. Dijo que la propaganda en Alemania debía incitar contra los enemigos y no ser usada "para impulsar tanto como fuera posible a dejar la Iglesia." Más tarde, el mismo cardenal protestó porque "la correspondencia de los obispos es confiscada, la propiedad de la Iglesia es expropiada y las procesiones son prohibidas."

En 1938, el cardenal Faulhaber protestó de nuevo porque, "el siguiente año el subsidio Estatal para los sacerdotes se reducirá o incluso será completamente quitado."

El obispo Galen, de Munster, en 1938, protestó porque: "En los últimos meses los

voceros del partido nacional socialista frecuentemente han pedido a la Iglesia que se restringiera a la vida próxima..."

En la Pastoral Cuaresmal del Obispo de Berlín, el Conde von Preysing, los obispos protestaron porque la Iglesia fue acusada de actividades políticas. "Incluso la condenación de Cristo por Poncio Pilato fue hecha" por razones políticas.

El arzobispo Grober, de Freiburg, protestó porque Hitler, a pesar de todas sus promesas, los había defraudado: "Cuando fue declarado hace unos años que el Marxismo estaba muerto, esto dio lugar a la esperanza de que la descristianización del pueblo alemán también cesaría. Hemos sido defraudados."

Las protestas continuaron haciéndose porque los Nazis interferían con las escuelas y con la Juventud católica; porque los Nazis no mostraban respeto por el clero; porque se publicaron caricaturas contra el Papa; porque los Nazis restringían la libertad del clero para recolectar dinero en los entierros; porque confiscaron propiedades; porque se atrevieron a traer ante los tribunales a sacerdotes y monjes acusados de sodomía; porque los Nazis establecieron, en el párrafo 15 de la Ley de Colectas del Reich que las colectas eclesiásticas debían limitarse a aquellas tomadas durante el Servicio Divino, etc.



Sobrevivientes de un campo de concentración

Hubo miles de protestas de la Iglesia católica, del Papa, del Vaticano, y de la Jerarquía alemana dirigidas contra los Nazis, ¡pero no eran protestas contra el Nazismo como tal! Ellas no eran protestas contra la monstruosa concepción del Nazismo por su sistema político-social; por sus campos de concentración; por su persecución a liberales, demócratas, socialistas, comunistas, o judíos. No fueron por la pérdida de independencia de Austria y Checoslovaquia; ni por el ataque a Polonia, la invasión a Dinamarca, Bélgica, Holanda, Francia, el ataque a Rusia, ni por todo lo que el Nazismo ha hecho al mundo. La Iglesia protestó cuando sus intereses espirituales o materiales estuvieron en riesgo. Y casi todas sus protestas se formularon en una forma suave y fueron acompañadas por promesas y peticiones de cooperación con Hitler. Ciertamente no fue porque la Iglesia no quiso ayudar que existió tal hostilidad entre ella y el Nazismo. Lejos de ello. Estas protestas y estos ofrecimientos de cooperación

continuaron desde el surgimiento hasta la caída del régimen, la Iglesia imploró que le fuera permitido luchar junto a Hitler contra la Rusia soviética y el Bolchevismo, y ayudar a producir el ataque contra ese país.

Así, siguiendo el progreso del Nazismo en su camino de conquista, debe recordarse que la Iglesia católica en Alemania nunca habló contra él excepto cuando sus intereses estuvieron en riesgo.

Desde su ascenso al poder Hitler continuó tratando a la Iglesia católica dentro del Reich como él consideraba apropiado, sin tener en cuenta sus protestas, pero siempre teniendo presente el hecho de que ella tenía gran influencia en otros países y que podría ser útil a sus objetivos políticos tanto dentro como fuera de Alemania.

Las medidas en el Reich estaban dirigidas a centralizar el espíritu y las energías culturales de la nación en un sólido bloque Nazi; y la Iglesia católica, como cualquier otra institución, tenía que someterse en una mayor o menor medida. Pero la fricción incesante era inevitable que surgiera, cuando la Iglesia, un totalitarismo espiritual ella misma, fuera puesta en un contacto tan estrecho con el totalitarismo político de los Nazis. Aunque la Iglesia y el Nazismo tenían los mismos formidables enemigos a combatir -el bolchevismo, la Rusia soviética, la democracia, etc.- su hostilidad mutua en ciertos campos definidos provocó continuos choques. La causa más común de disensión era el problema vital acerca de cuál de los dos debía educar a la juventud alemana. El Nazismo reivindicaba el derecho y podía imponerlo.

Un ejemplo típico del poder de Hitler para imponer su pretensión fue mostrado cuando ordenó a todos los padres católicos en Munich enviar sus niños a una escuela Nacionalista, ya sea que lo desearan o no. La Jerarquía católica protestó como de costumbre, pero los alumnos de las escuelas católicas, en virtud del voto, disminuyeron de 36,464 a 19,266; mientras que los alumnos en las escuelas nazis aumentaron de 33 a 65 por ciento. Los mismos métodos se usaron en todo Alemania.

Pero las medidas hostiles y la "persecución" a la Iglesia fueron impulsadas por Hitler, no sólo por su determinación de controlar todas las energías del pueblo alemán, sino también para poder forzar a la Iglesia a servirle en su designio político, tanto en la propia Alemania como en otras partes. Otros casos de "persecuciones" similares fueron los juicios de los monjes. A principios del verano de 1936 el Vaticano se enteró que se arrestaron 276 monjes de la orden franciscana, en Westfalia, por acusaciones de sodomía. Después de aproximadamente diez juicios el Papa suprimió una provincia de la orden franciscana "por las irregularidades." A pesar de esto los juicios continuaron, y numerosas otras órdenes fueron afectadas. El imparcial American World Almanac en 1939 afirma que "hasta octubre de 1938 se habían arrestado más de 8,000 monjes católicos y hermanos laicos."

El Papa escribió una encíclica, *Mit Brennender Sorge* (marzo de 1937) en la que insistía en una concepción cristiana de Dios, la posición de la Iglesia y el Papado y la parte que ellos debían desempeñar; y se quejaba de que Hitler no estaba observando los términos del Concordato. Hitler contestó pidiéndole al Papa que ordenara al Cardenal Mundelein, de Chicago, que acabara sus acusaciones de que los juicios a los monjes estaban basados en falsedades. El Papa se negó. Sin embargo, no obstante todo esto, y las protestas a Hitler, el Vaticano continuó apoyando su régimen.

Para la causa real de esta sociedad es necesario remontarse a la política más temprana de la Iglesia católica, la cual estaba dictada por el temor al Bolchevismo. Una campaña total y mundial contra éste había comenzado por este tiempo (1936). La Iglesia había iniciado una santa cruzada. Para tener éxito en esta campaña necesitaba la ayuda del Fascismo y del Nazismo cuyo odio por el Comunismo era igual al de ella misma.

El cuadro del mundo para la Iglesia católica en 1936 no era muy brillante. El Bolchevismo estaba haciendo progresos dentro y fuera de Europa. En Francia el Frente Popular había venido a la existencia; en España, después de que la sumamente católica Monarquía había sido barrida, una "República Roja" estaba gobernando aquel "sumamente católico país." En América Latina las ideas socialistas y bolcheviques estaban ganando terreno diariamente. Algo tenía que ser hecho para que esto no avanzará más lejos. Las cartas pastorales, la prensa católica, y las fulminaciones del Papa contra el Bolchevismo no eran suficientes. La fuerza de los Poderes temporales tenía que venir al rescate. ¿Y quién podría de mejor y más buena gana dar ayuda que los países fascistas y nazis? ¡La Italia fascista, y, sobre todo, la Alemania nazi, tenían que ser mantenidas en términos amistosos con el Vaticano para ese propósito y no otro! Por tanto era necesario soportar moderadas persecuciones y demandas del Nazismo y el Fascismo con tal de que ellos garantizaran que el Bolchevismo se mantuviera sojuzgado en Italia y Alemania así como en el extranjero.

Es un hecho interesante que, mientras persecución de toda clase en la más grande escala estaba teniendo lugar en Alemania, el Vaticano todavía estaba llamando a la guerra contra Rusia debido a "sus persecuciones religiosas." Después de haber probado todos los medios para refrenar la persecución Nazi de la Iglesia, y de usar todos los medios para la supresión de los juicios a los monjes, el Vaticano adoptó otro método. Se acercó a Hitler con la sugerencia de que ellos debían conjugarse para una cruzada contra el Bolchevismo, primero en Europa, y después eventualmente en Rusia. Pero primero, Europa tenía que ser puesta a salvo del Peligro Rojo. La cruzada debía empezar en la España Roja.

Este acercamiento no fue el único adelanto hecho por el Vaticano. Mussolini también había sido contactado con este fin en vista; y le pidieron actuar como mediador e inducir a Hitler para acabar las hostilidades contra la Iglesia católica. Se hizo notar que si Hitler tomaba parte en la cruzada contra el Bolchevismo eso le ayudaría en su plan sobre el "Estado clerical", es decir Austria. Pero en primer lugar fue sugerido que Hitler, Mussolini, y el Vaticano debían ir en ayuda de Franco y "aplantar a los Rojos" en España. Durante estas negociaciones el Vaticano le dio "certidumbres" a Hitler de que cuando el tiempo estuviera maduro él encontraría un "no desventajoso apoyo" a su demanda para la anexión de Austria. Su plan para anexar Austria de ningún modo había sido abandonado porque el asesinato del Canciller austríaco Dolfuss hubiera fallado. En la oferta del Vaticano, Hitler vio la oportunidad de extender su prestigio en Europa y crear una estrecha alianza con Mussolini; pero, sobre todo, vio la oportunidad de probar su recientemente construido ejército. Él aceptó la oferta.

Inmediatamente, el Vaticano ordenó a toda la Jerarquía católica de Alemania que pidiera a Hitler que cumpliera su aceptación y que cesara toda forma de hostilidad hacia la Iglesia. Ellos fueron a decirle que los católicos alemanes y la Iglesia alemana estarían a su lado en cualquier campaña que él pudiera emprender contra el Bolchevismo. La carta firmada por los obispos alemanes, y que fue publicada en el *Nationale Zeitung* del

12 de septiembre de 1936, solicitaba a Hitler en un lenguaje llano que permitiera a los católicos cooperar con él "en la lucha contra la amenaza siempre creciente para el mundo del Bolchevismo que muestra su mano siniestra en España, Rusia, y México."

Ellos fueron más lejos. Además de repetir las palabras citadas arriba, y que el Papa mismo había hablado sólo una semana atrás al dirigirse a los sacerdotes y las monjas de España, los obispos alemanes hicieron su significado inequívoco agregando que Hitler debía entender que ellos querían apoyar su guerra contra la España Republicana así como contra Rusia, y que "los fusiles solos no serían suficientes para combatir al dragón bolchevique; un atinado liderazgo es necesario para asegurar la victoria. . . . Con estas palabras dirigidas al archienemigo del Bolchevismo, no podía haber error sobre el deseo del Vaticano de comenzar y apoyar una guerra religiosa ideológica.

Pero los juicios a los monjes y la incorporación de la juventud católica en las organizaciones Nazis continuaron como antes. Una vez más Mussolini pidió a Hitler que suspendiera su hostilidad hacia la Iglesia (The Times, 4 de noviembre de 1936). Sólo una semana más tarde el Cardenal Faulhaber tuvo una entrevista con Hitler y repitió en los términos más precisos que todos los obispos alemanes y el clero lo apoyarían en cualquier empresa contra el Bolchevismo, y que el Vaticano usaría toda su influencia en todo el mundo en favor de la Alemania Nazi con tal de que Hitler respetara a la Iglesia católica dentro del Reich. El Cardenal pidió, en particular, que la Iglesia católica retuviera el control de sus escuelas. Hitler fue persuadido. Pero unos días después el Ministro de Educación Nazi indujo a Hitler para cambiar de opinión, porque el Ministro consideraba que el apoyo católico al régimen era ahora insignificante (The Times, 17 de noviembre de 1936). A principios de 1937 todas las escuelas católicas de Bavaria y de otras provincias estaban tomadas por los Nazis.

Una vez más la Iglesia tuvo que someterse, aunque con algunas quejas; pero entretanto Hitler estaba manteniendo su palabra sobre España y había empezado a ayudar al fascista Franco. El Vaticano tenía que decidir cuál era el servicio mayor. Aunque protestando de vez en cuando sobre el antagonismo interior del Nazism hacia la Iglesia, el Vaticano y la Jerarquía alemana, por decir lo menos, cooperaron con Hitler y Mussolini en orden a destruir sus enemigos Rojos e impedirles a otros pueblos aceptar gobiernos democráticos o socialistas.

Mientras Hitler estaba entrenando su nuevo ejército en España, y Mussolini estaba enviando centenares de miles de soldados fascistas a luchar para Franco, con la bendición de sacerdotes católicos, Hitler, con la ayuda del Vaticano, estaba completando su saqueo de Austria. Esto fue preparado y ejecutado con la colaboración de austríacos católicos devotos, incluso un cardenal ordenó que las campanas de Viena repicaran en bienvenida de la ocupación de Hitler, y con el consentimiento final del Vaticano, que ordenó a los católicos eslovacos desestabilizar y debilitar internamente a la República de Checoslovaquia.

Así, en dos años, él ocupó dos países: Austria en 1938, y Checoslovaquia en 1939, en las vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial. (*Ver el capítulo sobre Austria y el Vaticano, y el capítulo sobre Checoslovaquia y el Vaticano.*)

El año 1939 amaneció como un año fatal para muchos países, y para el Vaticano. En ese año Albania fue invadida por la Italia fascista, la República española fue finalmente

aplastada y Franco comenzó su dictadura católica; Checoslovaquia fue estrangulada, Polonia invadida, y, finalmente, la Segunda Guerra Mundial se desató sobre el mundo.

En el Vaticano, a principios de 1939, el autoritario Papa Pío XI murió. No había duda alguna acerca de quién sería elegido su sucesor. Durante los diez años anteriores la política del Vaticano había sido dirigida por el Cardenal Pacelli, y esa política tenía que continuar. No era mera coincidencia que los partidarios más ardientes de Pacelli, que estaban pidiendo a los otros cardenales que votaran por él, fueran encabezados por el Cardenal Faulhaber, el Cardenal Innitzer, el Cardenal Hlond, de Polonia (cuyo sueño principal era marchar contra la Rusia soviética y dedicar ese país "al Sagrado Corazón de Jesús"), y el Cardenal Schuster, de Milán.

Pacelli fue elegido Papa bajo el nombre de Pío XII. En prosecución de su política establecida, el nuevo Papa inició una gran campaña por la paz. La prensa católica estaba llena de sus palabras sobre paz, la libertad de las naciones, y la necesidad de zanjar disputas sin la guerra.

Pero mientras él hablaba así, actuaba de una manera muy diferente. Continuó estando en estrecho contacto con Mussolini y Hitler que necesitaban de la Iglesia para llevar a cabo sus planes de conquista. El gobierno Nazi especialmente había estado en estrechas y frecuentes deliberaciones secretas con el Vaticano sobre materias de las que nadie conocía el significado exacto. Pero se advertía en el momento que estas negociaciones eran muy similares a aquéllas que habían tenido lugar durante la traición de Austria y Checoslovaquia. ¿Cuál iba a ser la próxima víctima? El tronar de guerra estaba oyéndose continuamente sobre toda Europa, y muchos temieron que otro acto de agresión estaba siendo planeado.

En la avanzada primavera de 1939, después de mucha consulta con Berlín, se envió una carta del representante del Papa allí, por mensajero especial, al Vaticano (el 24 de abril de 1939). La carta era de tal importancia que a nadie en el Vaticano, excepto al Secretario de Estado del Papa, se le permitió saber alguna vez el mensaje que ésta contenía. El Papa se encerró en su estudio durante dos días enteros, cavilando sobre la respuesta que finalmente escribió con su propia mano, para que nadie conociera su naturaleza.

La carta fue a Berlín. Hitler fue inmediatamente informado de su contenido. Esto fue seguido por una febril actividad en el Vaticano. Durante mayo y junio una interminable y muy confidencial correspondencia fue intercambiada entre los Nuncios en Berlín, Varsovia, y París, mientras varios embajadores, notablemente el alemán, el italiano, el francés, y el polaco, visitaban con inusual frecuencia al Papa o a su Secretario de Estado, en un carácter oficial o extraoficial. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué decisión había tomado el Papa?

Hoy, a una distancia de varios años, es posible dar un adecuado relato de lo que estaba sucediendo detrás de la escena durante aquel período fatal. [*Después de la Segunda Guerra Mundial numerosos documentos salieron a la luz acerca de las actividades del Vaticano en este periodo, la mayoría de ellos en las manos de los Jueces y la Fiscalía en los juicios de Nuremberg (1946), además de las muchas declaraciones de personas que los conocían -por ejemplo, M. Francois Charles-Roux, el ex Embajador francés ante la Santa Sede.*]

El Papa había sido informado de los planes de guerra de Hitler para invadir Polonia. Hitler había dicho su gran estrategia y sus objetivos finales. Él tenía que arriesgarse a una guerra europea para lograrlos, pero ellos valían la pena. El último y principal objetivo era la invasión de la Rusia soviética. Para hacer eso, Hitler necesitaba ocupar Polonia. Checoslovaquia, el primer baluarte que había entreabierto las puertas a Rusia no era suficiente. Polonia, también, tenía que ser puesta a disposición de Alemania. El Papa tendría que usar toda su influencia para persuadir a los polacos -quiénes, en la ruptura de Checoslovaquia, habían cooperado tan íntimamente con los Nazis- para resolver problemas con Hitler, primero con respecto a la cuestión de Danzig (en ese momento el gran problema era Danzig y el Corredor polaco), y después haciendo acuerdos confidenciales con Alemania para la invasión de Rusia.

Si los polacos se rehusaban, Hitler invadiría Polonia. Él le pidió al Papa, primero, que no condenara la invasión, y segundo que no solicitara a los católicos en Polonia que se opusieran a ella, sino que los aunara para una cruzada contra los soviéticos. Hitler hizo dos promesas: esta vez, respetaría todos los privilegios de la Iglesia en Polonia, -y, en segundo lugar, la ocupación de Polonia sería "temporal".

El Papa se enfrentaba a un tremendo dilema. Aquí, por fin, estaba la oportunidad por la que el Vaticano había trabajado desde la Primera Guerra Mundial, y por la que había estado tan ocupado creando regímenes totalitarios reaccionarios donde fuera posible: El Bolchevismo y su símbolo, la Rusia soviética, podrían ser completamente destruidos. Eso no sólo significaría la desaparición de un gran país donde el Bolchevismo ateo gobernaba, sino también la desaparición de un faro de Comunismo para todos los comunistas del mundo. Además, el otro gran sueño del Vaticano -la absorción de la Iglesia Ortodoxa por la Iglesia Católica- también podía hacerse realidad.

Por otro lado, Polonia era un país muy católico, gobernado por una dictadura católica y en contacto íntimo con el Vaticano. ¿Valía la pena sacrificarla por el propósito último de destruir a la Rusia soviética? ¿Y no precipitaría la invasión de Polonia una guerra mundial? ¿Entraría Francia en semejante guerra? ¿Podrían la influencia Papal en círculos católicos franceses, en combinación con todos los otros poderosos elementos favorables al Nazismo y hostiles a la Rusia soviética, ser capaces de contrapesar la influencia de Gran Bretaña? Éstas eran las consideraciones que el Papa debía estudiar. Pío XII tenía que tomar la más grande decisión de su carrera, y, como su predecesor, que había tenido que decidir sobre si sacrificar o no todos los grandes partidos políticos católicos en Europa y favorecer al Fascismo, el nuevo Papa tenía que determinar si debía sacrificar todo un país católico, y quizás también Francia y otros países, así como tomar la responsabilidad de consentir al estallido de una guerra mundial para lograr una meta que era de máximo interés para el futuro de la Iglesia.

Pío XII aceptó. Sin embargo, puso tres condiciones: -

(1) Que debía permitírsele hacer propuestas de paz y dársele tiempo para empezar una campaña de paz en el mundo diplomático; que debían emplearse todos los medios posibles para alcanzar un entendimiento con Polonia y los Poderes Occidentales.

(2) Que, si la influencia Vaticana sobre Polonia fuera inútil, y la invasión de ese país entonces se hiciera necesaria, Alemania debía infligir sobre Polonia el menor daño físico y moral posible, hasta donde fuera compatible con lo necesario; y, sobre todo, que

Alemania no debía perseguir a los católicos polacos por su resistencia, y que los intereses de la Iglesia debían ser completamente salvaguardados.

(3) Que no debía hacerse conocido que el Vaticano había discutido con Alemania sobre planes para la invasión de Rusia. El Vaticano, en su carácter oficial, no tendría responsabilidad alguna por toda la cuestión, aunque ejercería presión, primero, para refrenar a Francia de cumplir su pacto con Rusia, y, segundo, para levantar legiones de voluntarios católicos en todos los países católicos del mundo para una cruzada contra los soviéticos. Que Alemania no solicitaría a la Iglesia "en su carácter de madre de todos los cristianos", o formalmente en su carácter oficial, que inicie una "guerra santa" contra Rusia.

Una vez más Hitler prometió todo lo que el Vaticano solicitó.

El Vaticano empezó a ejercer presión sobre el gobierno polaco, a través de los servicios del Cardenal Hlond, y en círculos católicos franceses, para que, si lo peor pasaba, los franceses no entraran en guerra contra Alemania. Las negociaciones fallaron, no porque el Papa no hizo lo mejor de su parte para evitar la guerra con Polonia y los Poderes Occidentales, sino debido a la intransigencia de Hitler, que ya había determinado aplastar a Polonia ya fuera que ese país aceptara o no sus propuestas.

Y así, el 1 de septiembre de 1939, Polonia fue invadida. Luego, el 3 de septiembre, a pesar de todas las fuerzas que habían trabajado contra ello, siendo una de las más importantes de ellas la Iglesia católica, Francia declaró la guerra, seguida por Gran Bretaña. La Segunda Guerra Mundial había comenzado.

El Papa casi se enferma, y durante días se temió que su salud estuviera dañada. Pero mantuvo su promesa a Hitler. Como varios años antes, con Austria y con Checoslovaquia, así ahora con Polonia, en lugar de protestar al mundo contra el ataque alemán, él permaneció completamente mudo. Ni una sola palabra de condenación, ni una insinuación de que la Alemania Nazi debía haber sido, por lo menos moralmente, condenada por la Sede de la Moralidad católica.

Lejos de ello. Mientras proseguía el horror del bombardeo de Varsovia, y los católicos estaban siendo masacrados por la Luftwaffe, los arzobispos y obispos alemanes estaban orando al Dios Omnipotente para que protegiera al Tercer Reich, y para que iluminara a su líder. Citaremos sólo un ejemplo de tales oraciones, que los miles de sacerdotes fueron ordenados por el Obispo von Galen, de Munster, a repetir después de Misa. Comienza así: -

Oremos por la intención del Soberano Pontífice por la repulsión del Ateísmo y por la restauración a la Iglesia de la libertad y la paz. Oremos que Dios proteja y bendiga nuestro pueblo y nuestro país.

Continúa: -

... Protéjenos de toda catástrofe, Dios Omnipotente y Eterno. Toma nuestro país bajo Tu protección.

... Ilumina a nuestros líderes con la luz de Tu sabiduría para que ellos puedan reconocer lo que es provechoso a la nación y con Tu fuerza puedan hacer lo que es justo.

Proteje a todos los soldados de nuestro Ejército y manténlos en Tu gracia. Fortalece a aquellos que están en combate ... Proteje a nuestro país, oh Señor, de los ataques de los enemigos ...etc.

El silencio del Papa estaba en llamativo contraste con su actitud hacia otra invasión que había tenido lugar no mucho antes -la invasión de Finlandia por la Rusia comunista. El órgano oficial del Papado, que, como el Papa mismo, no había condenado una sola invasión fascista o Nazi, estalló en una sublime condenación moral cuando Rusia entró en Finlandia: -

Después de veinte años de tiranía Bolchevique, ahora surge que el Comunismo, que ya había suprimido la libertad política, ahogado la individualidad, reducido el trabajo al estado de esclavitud, y erigido la violencia en un sistema, ha agregado una nueva perla a su diadema. . . después de perseguir a los hombres ahora persigue a las naciones...(Osservatore *Romano*).

Esto fue seguido por una muy violenta condenación de Rusia por el Vaticano, y por los cardenales, obispos, y católicos de todo el mundo. Luego sucedió que la Rusia soviética se anticipó a Hitler y ocupó casi la mitad de Polonia. Ese fue un golpe que el Vaticano recibió con gran espanto. Pero lo peor estaba por venir: La Alemania Nazi había hecho un pacto con Rusia. El Vaticano había sido debidamente informado de las razones, y el significado del pacto. No obstante, el Papa protestó. El Nuncio Papal en Berlín tuvo una reunión secreta con Ribbentrop quien le dijo que, si el plan original abortaba (es decir aquel plan en el cual Polonia sería ocupada sin la interferencia de Francia y Gran Bretaña), se había hecho necesario realizar un pacto temporal con Rusia para tratar primero con el oeste. Alemania continuaría su plan para la invasión de la Rusia soviética, sólo cuando el oeste se hubiese hecho seguro. El Vaticano otra vez debía tratar de lograr que Francia quebrara su alianza con Gran Bretaña y que llegara a un entendimiento con Alemania.

La tensión de aquellos meses, la tortura de tener que tomar la reponsibilidad moral por asuntos de tan tremenda importancia, el fracaso parcial de sus planes, la caída de Polonia, y el comienzo de otra guerra mundial, fue demasiado para el Papa, quién en noviembre tuvo una seria crisis nerviosa.

A pesar de todo lo que había sucedido, Pío XII esperaba, una vez más, que se evitara una guerra mundial. El mes siguiente (diciembre de 1939) él formuló sus famosos cinco puntos, o condiciones de paz. Era un plan sumamente idealista, lleno de la sabiduría de palabras hermosas sobre la paz, el entendimiento, y la libertad de las naciones. El plan fue aclamado por la prensa católica en todo el mundo, así como por la prensa de muchos países, como la mejor proposición viniendo del Vaticano amante de la paz. ¿Pero cómo podía cualquier persona pensante reconciliar tan hermosas palabras con los hechos reales y con la política que había sido seguida por el Vaticano durante tantos años? Lo más importante del primero de los cinco puntos proclamaba: "El derecho a la vida y libertad de todas las naciones, grandes y pequeñas, poderosas y débiles." ¿Cómo podría alguien reconciliar esto con la aceptación del Vaticano y en muchos casos con el flagrante apoyo a las agresiones y a la destrucción de naciones, como las cometidas por

Japón en China, por la Italia fascista en Albania, en España, y en México por las guerras civiles, por Hitler en Austria, Checoslovaquia, y ahora en Polonia?

Es más, ¿cómo podría pensar alguien que el Papa realmente creía las palabras sobre paz que él repetía cada Navidad y Pascua, cuando permitió que los propios puntales de la Iglesia católica apoyaran y alabaran a aquellos mismos hombres que permitieron que la guerra se desatara sobre el mundo?

¿Cómo podría explicar el Papa sus palabras acerca de los derechos de los pueblos cuando el Cardenal Faulhaber, Arzobispo de Munich, había ordenado, y él mismo dirigido, un servicio solemne de acción de gracias en la Catedral de Munich, después del fracasado atentado sobre la vida de Hitler, para dar gracias a Dios porque la vida del Fuehrer había sido preservada para Alemania y el mundo; y cuando todos los obispos bávaros habían enviado un mensaje conjunto de felicitación a Hitler por su escapatoria? (Diciembre de 1939. Ver *The Universe*).

¿Y por qué el Papa estuvo silencioso durante la invasión a Polonia? ¿No era Polonia un país pequeño que había sido injustamente atacado? Pero, en ese momento, el Papa no condenó el ataque a ese país ni la brutalidad de la actual conquista.

En enero de 1940, durante una transmisión, el Papa mencionó a Polonia, y se quejó por haberse enterado de "infamias de todo tipo", así como de "excesos horribles e inexcusables." ¿Pero a quién estaba refiriéndose? A los rusos. En cuanto a las atrocidades Nazis, hizo el moderado comentario de que "los abusos" no estaban "limitados a los distritos bajo la ocupación rusa." Es verdad que el Vaticano siguió protestando acerca de Alemania, pero sus quejas eran, como de costumbre, por violaciones del Concordato, con vagas acusaciones de paganismo y cuestiones por el estilo.

Después de la conquista de Polonia las actividades diplomáticas del Vaticano se dirigieron hacia el oeste, con particular interés sobre Francia. Se dieron los pasos para contactar a la gente apropiada en Francia para solicitar la paz con Alemania. Pero resultó imposible tomar pasos positivos en esta dirección hasta que la posición cambiara, de un modo u otro.

[Después de la guerra se descubrió que el Papa en este momento era el punto central de un plan de paz que habría privilegiado el derecho y habría resuelto todos los problemas europeos orientales en favor de Alemania. Además de esto, el Papa estaba esforzándose para lograr un compromiso de paz entre los Aliados y Alemania, con vista a persuadir a los líderes alemanes para llamar al "blitz" [ataque relámpago] sobre el oeste, y así provocar una más fácil conciliación entre los beligerantes. Para hacer su plan de paz más aceptable a las naciones occidentales, el Vaticano y los líderes alemanes también contemplaron la posibilidad de sustituir a Goebbels por Hitler como el Fuehrer Nazi de Alemania. "Esto en respuesta a importantes círculos políticos y militares alemanes." Estas negociaciones tuvieron lugar a fines de 1939 y comienzos de 1940, el objetivo principal del Papa era unir las naciones europeas para volverlas hacia el este. (Ver Rude Pravo, Prague, 24 de enero de 1946; también Osservatore Romano, la emisión de Radio Vaticano del 11 de febrero de 1946. Muchos de estos hechos salieron a la luz durante los juicios de Nuremberg, 1946, pero fueron mantenidos en el segundo plano.)

Entretanto, el Vaticano continuaba urgiendo a Hitler a atacar a Rusia, ante lo cual la respuesta invariable de la Alemania Nazi era que ella primeramente tenía que estar segura en el oeste. El Nuncio en París había asegurado al Papa que si Alemania llevaba la guerra al este, Francia no se movería. Él había tenido certidumbres de eso desde lo más elevado y "ciertos sectores" habían prometido que "las hostilidades armadas reales contra Alemania podrían no llevarse a cabo en absoluto" una vez que Alemania invadiera a la Rusia soviética (diciembre de 1939). Una de las principales "autoridades" que había estado en el contacto más estrecho con el Nuncio era el General Weygand, un católico sumamente devoto; también el Mariscal Petain y Laval (éste último poseía una condecoración Papal).

El Mariscal Petain, también un buen católico, había intentado durante años promover un movimiento fascista armado, el más notorio de los cuales fue el de los "Hombres Encapuchados" (Les Cagoullards). Mientras era Embajador en Madrid había complotado con Laval, Weygand, y otros en Francia, primero, para impedir que Francia entrara en la guerra, y, segundo, para hacer que Francia llegara a un acuerdo con Hitler. Petain negoció con Hitler, a través del Vaticano, desde mediados de 1939 hasta mediados de 1940. El Nuncio Papal en Madrid era uno de los principales intermediarios. Franco, también, ayudó en el complot, prestando dinero y agentes a Petain. Un español ayudó en las negociaciones secretas de Petain más que cualquier otro. Éra el Señor Lequerica, Embajador español en Francia, que, durante el régimen de Vichy, fue tan influyente con Petain que de echo asistió a las primeras reuniones de su gobierno.

Así, durante meses las negociaciones secretas entre Petain, Weygand, Laval, los Nuncios Papales en París y Madrid, Franco, Lequerica, y Hitler prosiguieron con éxito variable. Entonces Hitler hizo conocer al Vaticano y los conspiradores católicos que no podía esperar más. Ellos debían hacer algo concreto. Petain, cuando fue consultado por el Nuncio Papal, le dijo que informara a Su Santidad "que había buenas razones para esperar que el derramamiento de sangre entre Francia y Alemania se evitaría." (*Citado en un despacho del Embajador fascista italiano en Madrid, datado el 7 de marzo de 1940.*)

El Vaticano hizo que esta respuesta fuera conocida por Hitler (30 de abril de 1940). Hitler quería más detalles, y unos días después se decidió a obtener información de primera mano, porque quería saber "con certeza cuán lejos realmente podía ir el francés para llevar a cabo sus intenciones según se le comunicó por medio del Vaticano." Envió inmediatamente con el Papa a su Ministro de Relaciones Exteriores, quién había estado en muy estrecho contacto con el representante Papal en Berlín. Como Shirer dice, en su *Diario de Berlín*, "el Nuncio había estado efectuándole visitas calladamente durante semanas en Wilhelm strasse [donde se encontraba la cancillería]."

En el Vaticano, la visita de Ribbentrop fue tomada como un síntoma seguro de que la guerra en el oeste había sido evitada y que Hitler podría ser persuadido, al fin, para llevar la guerra al este. El órgano Papal oficial, el *Osservatore*, que es normalmente tan reservado y sereno, fue, por una vez jubiloso anunciando la visita del enviado de Hitler. Ribbentrop tuvo una reunión con el Papa a la que a nadie más le fue permitido estar presente. Hubo muchos rumores y especulaciones sobre la visita en el Vaticano y en Europa.

El día siguiente, el 12 de marzo de 1940, Hitler envió un telegrama al

Papa, felicitándole personalmente en el primer aniversario de su elección al Papado.

Pero cuando Ribbentrop dejó Roma el *Osservatore* estuvo muy callado sobre ello. ¿Qué había sucedido?

Hitler no había considerado suficiente la confianza del Papa, y había hecho conocer que invadiría el oeste primero. Como el *Annual Register*, una autoridad muy imparcial, dice: "Sabemos de las fuentes Vaticanas que Ribbentrop le dijo al Papa (11 de marzo de 1940) que los soldados alemanes estarían en París en junio y en Londres en agosto." Hitler aseguró al Papa, sin embargo, que si "elementos amistosos" ayudaran la victoria de Alemania, él sería "muy moderado en su hostilidad contra los Aliados, con referencia especial a Francia."

En la primavera de 1940 Hitler, entretanto, había atacado otro débil y pequeño país - Noruega. Lo invadió con un evidentemente falso pretexto. El Papa fue consultado sobre la invasión desde muchos sectores, sobre todo porque hace sólo unos meses él había hecho conocidas sus famosas cinco proposiciones de paz en las que se refería particularmente a los derechos de las naciones pequeñas.

Una vez más el Papa permaneció mudo. Pero, como en el caso de Finlandia, él contestó a través del oficial *Osservatore*. ¿Cuál fue esta respuesta? Que había sólo 2,619 católicos en Noruega, y que "la Santa Sede debía tener presentes a los 30,000,000 de católicos alemanes en sus actividades" (*Osservatore*--citado por el *New York Times* el 17 de abril de 1940).

Después de la invasión de Polonia por Alemania y por Rusia, y después de la invasión de Noruega, las relaciones entre la Alemania Nazi y el Vaticano se volvieron bastante tirantes en cuanto a la situación interna alemana. Eso fue principalmente un reflejo del tratamiento alemán a los católicos polacos, el fusilamiento de sacerdotes, el arresto de obispos -todo lo cual Hitler había prometido que no haría.

No muchas semanas después de la visita de Ribbentrop al Vaticano, Hitler y Mussolini se encontraron en el Paso del Brennero para planear la invasión del oeste y la puñalada por la espalda a Francia por parte de Mussolini.

El Vaticano se mantuvo bien informado, y, viendo una vez más que Hitler ejecutaría lo que decía, empezó a hacer intercambios amistosos con él, teniendo en mente la posibilidad "de un éxito alemán". Se reanudaron los contactos con los círculos reaccionarios católicos franceses, y se bosquejaron planes para establecer un Gobierno provisional después de la derrota de Francia. (*Para más detalles sobre Francia, ver el Capítulo 16, "Francia y el Vaticano"*.) Las discusiones siguieron bien, y Hitler y el Papa una vez más cooperaron en el modelado de las cosas por venir.

Mientras todas estas actividades proseguían detrás de la escena, la Alemania Nazi, a principios de 1940, decidió que los sacerdotes católicos, los monjes, etc. no debían ser exentados del servicio militar, como había sido decidido en el Concordato. El cardenal Faulhaber, de Munich, protestó, no por la invasión de Noruega, sino por la abolición de la enseñanza religiosa en las escuelas profesionales para muchachos de catorce a diecisiete años de edad. En ese momento se calculó que, desde 1933, 20,000 escuelas católicas, con más de 3,000,000 de estudiantes, habían sido cerradas.

Sin embargo, a pesar de esa fricción entre la Iglesia católica y Hitler, las relaciones de la Iglesia católica y el Nazismo comenzaron a mejorar con la sucesión de victorias militares alemanas. Como el Manchester Guardian escribió, el 24 de mayo de 1940: -

El Estado Nacional Socialista, parece, ha sido capaz alcanzar un nuevo entendimiento con los líderes católicos.... A pesar de la persecución de laicos y sacerdotes de parte de los Nazis, a pesar de todos los ataques sobre la religión cristiana, se han suscitado nuevas esperanzas entre los católicos alemanes como resultado de estas negociaciones.

¿Cuál era la razón de este súbito cambio? La Alemania Nazi estaba ganando la guerra. Esto parecía ser una cuestión de semanas. El Papa ordenó que toda la Jerarquía alemana dejara de criticar al Reich alemán, y que lo apoyara. Las previsiones del Vaticano, así como de muchos otros círculos políticos, se habían confirmado como correctas: Alemania había ganado en el oeste, los Poderes Occidentales habían sido completamente derrotados. Holanda, Bélgica, y Francia habían capitulado y habían sido ocupadas por tropas alemanas, mientras Inglaterra se retiraba a lamer sus heridas en sus pequeñas islas.

Esta vez el Papa dio el paso de escribir cartas a la Reina de Holanda y al Rey de Bélgica. ¿Contenían estas cartas palabras de condenación por el crimen de Hitler? De ninguna manera. El Papa simplemente desaprobaba, de una forma moderada que los países de estos soberanos hubieran sido invadidos "*contra su voluntad*." Aparte de eso, las cartas eran meros mensajes de condolencia. Contra el ataque sobre Francia por Alemania y, después, por la Italia fascista, nuevamente el Papa no pronunció una sola palabra de condenación.

Mussolini declaró -y muchas personas responsables en varias partes de Europa y América pensaron lo mismo- que la derrota en el oeste significaba que la Segunda Guerra Mundial había acabado con una victoria alemana final.

Eso era algo con lo que el Vaticano había contado. El Nuevo "Más Grande Reich" tenía un interés aun mayor para el Papa que, quizás, para muchas otras cabezas de Estado. Los intereses de la Iglesia católica estaban siendo impulsados. El Papa abrió negociaciones con Hitler inmediatamente. Gracias al Nazismo, tres países más se habían librado del socialismo y el comunismo: Bélgica, Holanda, y, sobre todo, Francia. Eso era algo por lo cual estar agradecido. El Vaticano ordenó a la Jerarquía alemana que se dijeran oraciones de agradecimiento por el Fuehrer en todas las Iglesias católicas alemanas (Universe, agosto de 1940).



Hitler saludando a un Cardenal - Hitler saludando a dos autoridades católicas

Mientras las iglesias católicas alemanas estaban resonando con oraciones de gracias e invocaciones para la preservación de Hitler, tres obispos alemanes fueron calladamente a Roma y tuvieron largas conferencias con el Papa y su Secretario de Estado (*Basler Nachrichten*, 5 de octubre de 1940). Ellos discutieron la mejor manera en la que la Iglesia podría entrar en una realmente "íntima sociedad con el Tercer Reich victorioso." Tras su retorno, la gran Conferencia de todos los Obispos y Arzobispos de Alemania se reunió en Fulda. Se declaró en círculos del Vaticano, así como en Berlín, que la Conferencia tenía que decidir importantes asuntos, en vista del hecho de que los tres obispos habían vuelto trayendo con ellos instrucciones directas del Papa mismo.

¿Qué había estado sucediendo entretanto entre el Vaticano y Hitler en el campo diplomático? Hitler y el Papa estaban conduciendo negociaciones secretas para un nuevo Concordato. Hitler había pedido al Vaticano que ejerciera toda su influencia sobre los católicos de los tres países conquistados, aunándolos para apoyar a los nuevos gobiernos y a las autoridades de la ocupación. A cambio, Hitler prometió dar una posición de privilegio especial para la Iglesia, no sólo en Alemania, sino también dondequiera los ejércitos alemanes conquistaran.

Las conversaciones incluyeron discusiones sobre el status de las Nunciaturas Apostólicas en La Haya y en Bruselas. En Fulda, se dijo a todos los obispos alemanes y a arzobispos (y dieron su aprobación) que ellos debían asociarse a Hitler, y también que debían "esforzarse por brindar un apoyo más estrecho del cuerpo católico alemán por la

Alemania victoriosa y por su Gran Fuehrer." Además de esto, ellos tenían que preparar planes para que todas las jerarquías en los países bajo la protección del Tercer Reich, en el futuro, cooperaran con la Jerarquía alemana y eventualmente se amalgamaran con ésta en un único cuerpo.

También se decidió que el primer paso hacia este último plan debía tomarse en el próximo Congreso de la Jerarquía alemana, y que la reunión de los obispos y arzobispos alemanes -que, en el pasado, se había realizado año tras año en Fulda- debía realizarse en el mismo centro del Más Grande Reich, como un símbolo de unión con éste. Este último punto se hizo conocer expresamente por el propio Papa.

Otros menores (pero no obstante importantes) problemas también se discutieron y aprobaron. Un ejemplo típico fue la aprobación del Órgano Oficial de los católicos alemanes, *Der Neue Wille* (La Nueva Voluntad), cuya edición, bastante significativamente, se dio al Obispo de Campo de las fuerzas armadas. Éste era un periódico descaradamente pro-Nazi e imperialista que urgía a los soldados alemanes a luchar y conquistar para Hitler. La única reserva hecha por los obispos era que "debían cumplirse ciertas condiciones"; es decir, no debían sostenerse "contradicciones" de ninguna clase a los preceptos de la Iglesia católica.

El plan para un Concordato fue, por supuesto, unánimemente aprobado. Se apuntó que, mientras las negociaciones entre la Santa Sede y el Reich alemán seguían adelante, la Jerarquía católica debía "hacerse vital para la nación en la conclusión victoriosa de la guerra." Después de eso decidieron una declaración inmediata de lealtad a Hitler: "Después de la culminación de la victoria alemana, se proclamarán ceremonias especiales de gratitud a las tropas alemanas y de lealtad a Hitler."

Pero el Vaticano, temiendo el efecto sobre los católicos de los varios países invadidos, y, sobre todo, de Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, ordenó a los obispos alemanes (contrariamente al procedimiento usual) que no publicaran declaración alguna sobre las actuaciones y resultados de la asamblea. Mientras los obispos alemanes estaban comunicando estas resoluciones en apoyo a la guerra de Hitler, declararon, durante una alocución, que él estaba "apasionadamente interesado en la paz, pero no en ese harapiento sustituto de la paz que consiste en la ausencia de guerra" (transmisión a América del Norte en inglés por la Radio Vaticana en agosto de 1940).

Los beneficios aportados a la Iglesia católica por la victoria Nazi habían empezado a mostrar resultados concretos. En lugar de los gobiernos socialistas democráticos, se establecieron gobiernos totalitarios y, lo que es más, católicos. Fuertes partidos católicos autoritarios fueron formados y estaban dirigiendo sus naciones contra el archienemigo, el Comunismo: El Rexismo en Bélgica, los varios partidos fascistas en Francia, y, sobre todo, el autoritario Estado Corporativo Católico por el muy devoto católico, Mariscal Petain, quien empezó inmediatamente a restaurar los privilegios de la Iglesia que habían sido quitados por los infames republicanos democráticos antes de la derrota de Francia.

En enero de 1941 todos los arzobispos y obispos alemanes se encontraron de nuevo; y esta vez (como se había decidido en Fulda) se encontraron en Berlín. En esta ocasión todos los obispos austríacos también estaban presentes en la capital Nazi. Ellos alcanzaron "muy importantes decisiones." Emitieron una carta pastoral conjunta

previendo la victoria final para la Alemania Nazi. En la carta decían que "la lucha final inminente por la libertad del pueblo alemán requerirá grandes sacrificios para todos, pero la victoria de las armas alemanas garantizará la paz durante muchos años por venir." Esta declaración fue leída en todas las iglesias católicas de Alemania. Ésta también decía: "Los obispos alemanes además expresan la esperanza de que la Iglesia católica será adjudicada con una porción en la reconstrucción interior del Más Grande Reich porque, entre otras razones dadas, la Iglesia tiene derecho a ello, en vista del 50 por ciento de aumento en el número de asistentes a la iglesia en tiempos de guerra, particularmente por parte de los soldados."

Pero, a pesar de todo este entusiasta apoyo, Hitler empezó a jugar de nuevo su viejo juego. Excitado con su victoria militar, no quería menos que crear una Iglesia Cristiana Nacional, aplastando primeramente a los católicos así como a las iglesias protestantes.

Los obispos pidieron al Vaticano que interviniera, para detener la campaña religiosa del gobierno. Pero los obispos tuvieron el cuidado de agregar que ellos ni por un momento "dirían algo que desviara las energías de pueblo o que perjudicara su devoción a su país."

El Papa contestó que sólo censuraría a Alemania por su tratamiento a la Iglesia, pero que no la condenaría por otra causa, porque no quería "crear la impresión de que la Iglesia favorece a los enemigos de Alemania." El Papa tenía una buena razón para decir eso.



Orsenigo, el nuncio papal, junto a Goebbels, Ministro de Propaganda Alemán

En el anochecer del 20 de junio de 1941, Ribbentrop vio al Representante Papal en Berlín en una reunión privada después de la cual el Nuncio Papal, Monseñor Orsenigo,

se puso inmediatamente en contacto con el Vaticano, donde las luces fulguraron durante la noche entera del 20/21 de junio.

Al fin, en la mañana del 21 de junio de 1941, fueron anunciadas al mundo las noticias que el Papa había recibido oficialmente el día anterior y por la cual el Vaticano había trabajado y hecho tantos sacrificios durante muchos años. Los ejércitos Nazis habían invadido la Rusia soviética.

Una vez más las primeras cinco proposiciones de paz fueron recordadas, sobre todo la primera, que trataba de los derechos de las naciones pequeñas y grandes; pero esta vez habría sido demasiado esperar que el Papa condenara la agresión contra la Rusia soviética. Como de costumbre, el Papa permaneció silencioso: él no podía comprometerse "oficialmente". Por otra parte, Hitler todavía no le había solicitado ayuda al Papa, aunque el Nuncio en Berlín, Monseñor Orsenigo, había prometido a Ribbentrop que "la Iglesia católica, a la hora debida, proporcionaría a Alemania todo el apoyo moral del que pudiera disponer." De momento, sin embargo, Hitler no necesitaba el apoyo de la Iglesia. Sus ejércitos podían, dijo, conquistar la Rusia soviética dentro del lapso de cuatro meses.

Pero cuando los ejércitos Nazis entraron profundamente en el territorio ruso, la Iglesia católica empezó a organizar una santa cruzada contra la Rusia soviética, aunque en un carácter "extraoficial". Ella quiso hacer claro que estaba del lado del vencedor, para ser capaz de negociar con Hitler sobre la "coordinación de los asuntos espirituales." Fue así que el Vaticano dio consejo a las diversas jerarquías católicas nacionales por todo el mundo para "apoyar la campaña militar contra la Rusia atea, no sólo pasivamente, sino también activamente en el campo moral." (*Carta del Secretario de Estado.*) Y así el mundo católico y las jerarquías católicas, incluso en países Aliados, organizaron una campaña contra el comunismo y Rusia. Por supuesto, esto fue sólo el recrudecimiento de una campaña que había estado desarrollándose durante años.

Éste no es el lugar para citar extensamente las declaraciones hechas por el Papa, por los cardenales y obispos en todo el mundo, incitando pueblos y naciones contra Rusia. Citaremos simplemente algunas declaraciones, tomadas al azar, de la Jerarquía alemana que muestran que la Iglesia católica había está preparando por años al pueblo alemán para combatir al Bolchevismo y a Rusia. La incitación de la Jerarquía alemana había comenzado incluso antes de que Hitler llegara a poder, y después de ese hecho se llevó a cabo con todavía mayor entusiasmo.

Ya hemos citado varios ataques del Papa y del Cardenal Pacelli contra Rusia. En la Víspera del Año Nuevo de 1936, el Cardenal Faulhaber dijo en Munich que estaba agobiado con dos grandes ansiedades, la primera era "destruir el Bolchevismo", y la segunda "la protección de la Iglesia dentro del Reich." Poco después, en abril de 1937, él declaró:

Todo el mundo civilizado, pero sobre todo las naciones católicas, deben unirse en una santa cruzada contra la Rusia atea, y aplastar al Bolchevismo dondequiera pueda ser encontrado.

En 1936, la carta pastoral de los obispos bávaros protestaba porque ciertos Nazis estaban declarando que el Nazismo debía destruir a dos enemigos: la Iglesia católica y

el comunismo. Los obispos declararon que ellos, no menos que los Nazis, eran enemigos del Bolchevismo, y que estaban por lo tanto muy dolidos de oír tales aserciones:

Debemos pedir que ya no se inquiete a la gente joven y el pueblo en general sobre que después del derrocamiento de Bolchevismo, el Enemigo Público No. 1, el próximo en la lista es la Iglesia católica, como el Enemigo Público No. 2.

También en 1936, el Obispo de Munster, el Conde von Galen, dijo:

Es el deber de todo católico, y de toda nación civilizada, derrotar y aplastar al comunismo ateo, encarnado en la atea Rusia soviética.

Los obispos alemanes en la conferencia de Fulda emitieron, el 20 de agosto de 1936, una carta pastoral que fue leída en todas las iglesias católicas alemanas al final del mismo mes. Ella declaraba que: el peligro del Bolchevismo en muchos otros países exige paz, unión, y el completo apoyo a Hitler y el régimen Nazi dentro de Alemania [pero esa paz se hizo imposible] por la propaganda no cristiana, por la interferencia con los privilegios eclesiásticos y, sobre todo, por la supresión de la prensa católica, cuya tarea principal es preparar al pueblo alemán para una lucha final contra el Bolchevismo.

En una Pastoral de Año Nuevo, a principios de 1937, el Arzobispo Grober, de Freiburg, resumió las razones para la queja de los católicos alemanes contra el Nazismo. Entre otras cosas, él dijo:

... ¿Debe la Iglesia católica... ser repetidamente (si a veces secretamente) calificada como Enemigo Público No. 2, y tratada como la socia inveterada del Bolchevismo? ... ¿Debe la nación alemana en conjunto ser preparada para un posible conflicto con el mundo ateo del Bolchevismo, que podría, aunque Dios no lo permita, ser impuesto en nosotros desde afuera, ocultando la contradicción esencial e irreconciliable entre los principios básicos de la religión y los del ateísmo ruso? ¿Nos estamos preparando sabiamente para semejante eventualidad cuando la deificación del Hombre y de la Nación y el rechazo de la inmortalidad del alma nos dejan peligrosamente cerca de darnos la mano culturalmente con el mismo comunismo? ¿Es todo esto, yo pregunto, invalidar de un modo irresponsable la palabra solemnemente empeñada por nuestro Fuehrer?

Después, en 1937, el mismo Arzobispo declaró:

El Marxismo no está muerto, como se nos ha dicho. Está más vivo que nunca. Nosotros como cristianos y católicos y como alemanes, debemos aplastarlo, dondequiera que esté. Preparémonos para nuestra tarea contra el impío vecino [Rusia], contra quien todo el mundo civilizado un día tendrá que luchar (mayo de 1937).

En una pastoral del 4 de septiembre de 1938, los obispos bávaros, mientras protestaban contra las órdenes de Hitler prohibiendo a los miembros de instituciones religiosas dar educación conventual a las muchachas, declararon que el Nazismo no debía oponerse a la Iglesia católica, porque, después de todo, la Iglesia era el más grande enemigo del Comunismo y ayudaría a Hitler a combatirlo. De sus muchos comentarios citamos lo siguiente:

¿No es una contradicción intolerable que tales escuelas como éstas hoy sean destruidas y desarraigadas de nuestra patria, así como se ha hecho tan recientemente en los países Bolcheviques... y que en un momento cuando la nación alemana concibe como su tarea histórica combatir al Bolchevismo anticristiano y recurre al resto del mundo cristiano para recibir ayuda como camaradas en la lucha? ... ¿Cuánto tiempo el Estado continuará rechazando la cooperación de la Iglesia y de sus Órdenes religiosas para realizar la tarea nacional alemana de hoy: la lucha contra el Comunismo?

Después de que Rusia fue atacada, los obispos alemanes, mientras se quejaban por la falta de armonía todavía existente en el Reich, eran enfáticos sobre un punto, a saber, en incitar al pueblo alemán contra Rusia. "Una victoria sobre el Bolchevismo sería equivalente al triunfo de la enseñanza de Jesús sobre la de los infieles", declararon solemnemente (1942).

Sería posible seguir ad infinitum [infinitamente] citando tales declaraciones de la Jerarquía alemana contra Rusia y el comunismo, ellos continuaron su campaña de odio, no sólo antes, sino también después de que Rusia fue atacada, y aún después de que los ejércitos Nazis se habían retirado y después de ser finalmente derrotados. Aunque el Vaticano ahora (fin de 1942 hasta 1944) dio instrucciones a la Jerarquía alemana "para ser cautos y que los obispos sólo hablaran contra el Bolchevismo ateo", los ataques prosiguieron hasta el mismo fin de la guerra.

Pero cuando los ejércitos Nazis fueron detenidos ante Leningrado y Moscú y cuando fueron derrotados ante Stalingrado, las cosas ya habían cambiado. El Vaticano se había vuelto más cauto que nunca en sus declaraciones oficiales, pero, al mismo tiempo, había intensificado su campaña a favor de Hitler por todo el mundo. Se habían hecho preparativos en varios países católicos fascistas para alistar unidades de combate para el Frente Oriental. Estas unidades católicas empezaron a tomar forma y a ser despachadas para luchar contra Rusia.

Para el otoño de 1941 se formaron legiones anticomunistas en los países católicos: Portugal, la España de Franco, la Francia de Petain, Bélgica (del Partido católico Rexista). Todos los voluntarios se enrolaron para "luchar contra la Rusia soviética atea, y así salvar al Catolicismo." Los países católicos que no podían enviar soldados enviaron dinero y organizaron reuniones y propaganda a escala nacional contra los soviéticos, siendo todas estas actividades apoyadas y bendecidas por la Iglesia católica en los países involucrados. Mientras el Vaticano, en su carácter oficial, no se comprometía, instruyó a los cardenales y obispos en muchas naciones del mundo para que hablaran contra la Rusia soviética y lanzaran anatemas sobre Moscú, pidiendo voluntarios para combatir al "Dragón bolchevique."

Desde todo el mundo católico, desde Italia a Irlanda, desde América del Norte y América del Sur, se despachaban voluntarios y dinero continuamente para luchar lado a lado con los ejércitos Nazis que, después del primer gran asalto en Rusia, se habían detenido ante Leningrado, Moscú, y Stalingrado. A pesar de eso, el Vaticano pensaba que la Alemania Nazi había sufrido sólo una detención militar momentánea, y que "la Rusia atea podría ser considerada oficialmente como destruida." El poder militar y político soviético ya no era un factor que debía ser tomado en serio.

Desde aquel momento, la Alemania Nazi iba a ser el Poder dominante de Europa. El Vaticano se perdió en especulaciones sobre el futuro -un futuro a ser modelado por la Alemania Nazi. La radio Vaticana lanzó una campaña por las perspectivas de "Paz dentro de los límites del Nuevo Orden."

El Papa concede gran importancia a los valores morales. Los gobernantes que planean la paz deben recordar que.... Sólo sobre esta base puede ser aclarada la atmósfera internacional. La fuerza debe volverse la fuente de los derechos y no de la opresión.

Otra cosa que tiene que ser reorganizado drásticamente en el mundo es el libre derecho a las materias primas. Ninguna nación debe tener el derecho exclusivo sobre los bienes que Dios le ha dado.

El Nuevo Orden puede así ser establecido en el mundo cristiano.

Esas eran las palabras y ese era el tono de las radiodifusiones Vaticanas en esta etapa; y debería ser recordado que en ese momento (mayo de 1942) Hitler estaba clamando por la necesidad de un Nuevo Orden y por *Lebensraum* [espacio vital] y las materias primas para la Alemania Nazi y la Italia fascista. Ambos podían ser encontrados en Rusia.

Entonces, en junio de 1942, el *Osservatore Romano* publicó una serie de artículos expresando las ideas del Papa para el mundo de post-guerra. En ellos el Papa demandaba que ". . . se permita a la Iglesia cumplir, libremente, su elevada misión en el mundo." La Iglesia católica, siguiendo el argumento, tiene el derecho a participar en la vida política y pública de las naciones, sobre la base de que la religión no sólo es la enseñanza de la vida al pueblo, sino también una ciencia política y social cuyo propósito es salvar las almas y ayudar a las naciones de acuerdo con un sistema uniforme basado en una idea uniforme que debe guiar al individuo, la familia, y la nación.

Pero luego, cuando los ejércitos Nazis parecían haberse detenido, y como la derrotada "Rusia atea" daba más y más señales de estar viva y lista para contraatacar, el Vaticano fue nuevamente asaltado por temores y dudas. Mientras predicaba la paz, el Papa empezó una gran campaña diplomática en las diversas capitales de los países beligerantes. Los objetivos de la campaña eran dos: (1) Evitar que Estados Unidos de América y Gran Bretaña dieran ayuda activa a la Rusia bolchevique; (2) Encontrar un medio para impedir el avance de Rusia hacia el oeste.

El mejor medio para alcanzar estos dos objetivos fundamentales eran intentar una paz negociada entre los Aliados y el Eje. El Vaticano había estado en estrecho contacto con Hitler durante meses por esto y una vez que tuvo ciertas certidumbres desde Berlín, se puso en contacto con Londres y Washington. El Embajador alemán en el Vaticano mantuvo diariamente audiencias secretas con el Papa y el Secretario de Estado. La esencia de los esfuerzos del Vaticano era que, para el beneficio de todos los involucrado (es decir la Europa cristiana), debía alcanzarse la paz; los Aliados y Alemania debían unirse y luchar contra Rusia; al fin Hitler estaba listo a llegar a un acuerdo con Gran Bretaña y Estados Unidos de América, con tal de que "él pudiera salvar su situación"; una paz negociada sería la salvación de Europa. Gran Bretaña y Norteamérica, sin embargo, rechazaron las propuestas (mayo-junio, 1942). El Vaticano efectuó persistentes protestas, diciendo que Gran Bretaña y Norteamérica debían compeler a Rusia para llegar hasta cierto punto, pero no más allá, en el este y el sureste de Europa,

para "que se dé la seguridad a, los pueblos de Europa oriental y sur-oriental de quedar lejos de la rapacidad de la Rusia bolchevique." Como Gran Bretaña y los Estados Unidos de América no dieron tales certezas, el Papa hizo saber que a su debido tiempo "el cuerpo católico de Estados Unidos de América, con la cooperación de las fuerzas anisoviéticas -allí y en otras partes", verían para que "se produjera presión para poner en movimiento la política exterior hacia metas más saludables".

El presidente Roosevelt tuvo que enviar a su representante, Myron Taylor, al Vaticano, prometiendo que Gran Bretaña y los Estados Unidos de América garantizarían que las tropas bolcheviques no sobrepasarían las fronteras bosquejadas por ellos. En su camino a casa, Taylor tuvo una entrevista con el devoto católico Salazar, en la cual él declaró que "después de una victoria aliada en Europa, las tropas aliadas protegerán con las armas en las manos a los Estados anticomunistas contra las transgresiones bolcheviques. "Una dominación soviética de Europa está completamente fuera de la cuestión" (*Lisboa*, 6 de octubre de 1942). El Vaticano, sin embargo, no se quedaría tranquilo, y continuaría contactando varias capitales, con el propósito de separar a Gran Bretaña y los Estados Unidos de América de Rusia y permitirle a Hitler hacer un compromiso de paz con los primeros.

El gran éxito de los ejércitos soviéticos el año siguiente puso al Vaticano aun más frenético en su demanda y en sus acusaciones contra la Rusia soviética. Roosevelt les dijo que los Aliados habían decidido aplastar la Alemania Nazi, y que era por consiguiente necesario tolerar el avance de la Rusia soviética. El Vaticano debe abrir negociaciones con Moscú para salvaguardar los intereses de los católicos que estaban en los países "liberados por Rusia".

Roosevelt se puso personalmente en contacto con Stalin en por lo menos tres ocasiones, con el fin de provocar un *acercamiento* entre el Vaticano y Rusia. Pero el Papa continuamente se rehusó. A principios de 1943 Roosevelt por lo tanto despachó hacia el Vaticano a un gran e íntimo amigo del Papa, Monseñor Spellman, Arzobispo de New York, para tratar de persuadirle para que siguiera las sugerencias de Roosevelt.

La tarea de Spellman era "persuadir al Vaticano a adoptar una actitud más indulgente hacia la Unión Soviética en general, y en particular hacia la futura posición de Rusia en Europa" (*Die Tat*, Zurich, 24 de febrero de 1943). Él comenzó su misión teniendo una larga reunión con Roosevelt. Luego, al llegar a Europa, la primer cosa que hizo fue encontrar a Franco. Él tuvo varias reuniones privadas, tanto con Franco como con el Primado de España.

Cuando estuvo en Roma, Spellman fue recibido por el Papa y ocupó mucho del tiempo del Papa durante días. Sus reuniones duraban desde las 5 de la tarde hasta las 8 y a veces hasta las 9 de la noche diariamente. Ellas eran tan privadas que ni siquiera el Chambelán del Papa era admitido, ni, muy a menudo, notificado de ellas (20-23 de febrero de 1943).

Cuando Monseñor Spellman no estaba viendo al Papa, estaba en estrecho contacto con el Obispo Evrainoff, cabeza de la Oficina de Información Vaticana, o con Monseñor Ottaviani, asesor de la Congregación del Santo Oficio, uno de los personajes más influyentes en el Vaticano pero, principalmente, Monseñor Spellman vio al embajador de España y al embajador Nazi en el Vaticano, y, al final de su estancia, tuvo una

extensa reunión privada con el propio Ministro de Relaciones Exteriores Nazi (Ribbentrop), el 3 de marzo de 1943. El día siguiente, habiendo volado a España, Monseñor Spellman se encontró con el Embajador británico, Sir Samuel Hoare, y entonces volvió a los Estados Unidos de América, donde entregó al Presidente Roosevelt una carta personal escrita por el Papa.

¿Qué plan llevó Monseñor Spellman al Papa? ¿Qué plan transmitió el Papa a Roosevelt? Y, sobre todo, ¿qué acuerdo se alcanzó entre el Vaticano, Washington y Londres? El temor abrigado por el Papa con respecto al éxito de la Rusia soviética, y su avance hacia el oeste, finalmente alcanzó a Washington y Londres. Los tres Poderes empezaron a mirar con desánimo al avance de los ejércitos soviéticos, temiendo que fueran demasiado lejos hacia el oeste antes de que los ejércitos Aliados pudiesen entrar en el campo para detenerlos. Los tres Poderes miraron hacia el futuro tras la victoria militar soviética; ellos vieron, en el avance de las tropas, el avance de una ideología hostil; y como el Papa vio en los soldados del Bolchevismo a los archienemigos de Catolicismo, así los Estados Unidos de América y Gran Bretaña vieron en ellos a los enemigos de sus propios sistemas sociales, económicos, y políticos.

Había que encontrar algunos medios para detener el avance bolchevique. Una vez más el Vaticano estaba allí para ayudar. Había estado en estrecho contacto con Hitler, y le había hecho entender que si él disminuía sus ambiciones territoriales, la esperanza de una paz negociada estaría en "el reino de lo posible" (enero de 1943). Hitler le hizo saber al Papa que él "deseaba" la paz: una paz que sería ventajosa para los Poderes Occidentales, para Alemania, y para la Iglesia católica. Él pidió que los Aliados no abrieran un Segundo Frente, sino que dejaran luchar a Alemania contra la Rusia soviética. Así Alemania podría estabilizar las fronteras Orientales y volverse "un Baluarte inexpugnable para el aluvión del Bolchevismo." El Papa escribió al Presidente Roosevelt que "ocurrirían cambios radicales en la formación del gobierno Nazi si los Aliados aprobaban la propuesta".

Roosevelt hizo saber al Vaticano que no había posibilidad de una paz negociada mientras Hitler estuviera en el poder; por lo tanto sería mejor que el Vaticano llegara a un cierto entendimiento con la Rusia soviética, y así salvaguardar los intereses de la Iglesia católica en los países invadidos por los ejércitos soviéticos. Una vez más el Vaticano se negó. Fue entonces que Roosevelt envió a Monseñor Spellman a Roma con la tarea de persuadir al Vaticano para que cambiara "su actitud hacia la Unión Soviética."

Pero una vez en Roma, Monseñor Spellman fue informado del pensamiento del Vaticano sobre la demanda de los Aliados para la rendición incondicional del Eje. Además, el Papa le informó que él no podía "aceptar, la demanda del Presidente Roosevelt de llamar al mundo católico para combatir a Alemania. . . porque el Vaticano es incapaz de identificarse con los objetivos de guerra de cualquier grupo de beligerantes" (21 de febrero de 1943). La declaración de Casablanca [entre Churchill y Roosevelt], que exigió la rendición incondicional de los Poderes Tripartitos es completamente incompatible con las doctrinas cristianas.

La visión del Vaticano en esta situación era que los Aliados, insistiendo en su fórmula de rendición incondicional, estaban obligando a las naciones alemana e italiana a luchar hasta al fin, no dándoles oportunidad alguna de llegar a un entendimiento con los

Aliados -un entendimiento que estaba volviéndose cada día más urgente en vista del avance de los ejércitos soviéticos en Europa Occidental.

Ya hemos visto cuales eran las propuestas del Vaticano en esta etapa (vea el capítulo sobre Italia y el Vaticano), y cómo los Poderes Occidentales estaban de acuerdo en que, mientras derrocaban a los regímenes fascistas y Nazis, debían preservarse los fundamentos principales sobre los cuales ellos estaban basados, evitando así un muy peligroso vacío en Italia, Alemania, y en todo el resto de Europa. Los resultados de este acuerdo iban a ser vistos prontamente con la súbita caída de Mussolini, la toma del Gobierno por el Rey Víctor y el Mariscal Badoglio, y finalmente con la rendición de Italia y la dispersión consiguiente de las tropas alemanas que debieron precipitarse a la Península italiana en un momento cuando los alemanes debían haber concentrado todas sus fuerzas en disposición para el gran ataque.

Después de la rendición de Italia, como la derrota de Alemania se hizo más y más obvia, el Papa, aunque continuando sus esfuerzos por una paz negociada, se inclinó hacia los Aliados. Inmediatamente después de la liberación de Roma él empezó a recibir a los soldados y a los oficiales Aliados por miles, haciendo discursos en los que abogaba por una "paz moderada" y por una "paz sin venganza" -aunque continuó, como siempre, hablando y actuando contra la Rusia soviética.

Mientras el Vaticano estaba así en contacto con los Aliados, estaba al mismo tiempo intentando persuadir a Hitler para desaparecer, dándole a entender que, aunque la guerra estaba perdida, sería mejor para Alemania si "se retiraba en el anonimato." Hitler fue terco, repitiendo continuamente que el Papa debía persuadir a los Aliados Occidentales a luchar de su lado contra los soviéticos.

Por fin el Papa le dijo al Embajador Nazi que todos los esfuerzos del Vaticano para persuadir a los Aliados a hacer una paz negociada con Alemania eran inútiles mientras Hitler estuviera en el poder. Habría sido una "gran obra" para Hitler haber despejado el camino para un Gobierno alemán cuya tarea habría sido hacer la paz con los Aliados de Occidente y así impedir que los ejércitos bolcheviques ocuparan Alemania. Si Alemania tenía que ser ocupada, debería serlo por los Poderes Occidentales, no por el Bolchevismo.

En junio de 1944 Hitler informó al Papa que estaba dispuesto a aceptar sugerencias, como las enviadas por la Santa Sede. Él no obstante, quería saber algo más concreto sobre "lo que los Aliados harían con Alemania." El Vaticano informó inmediatamente a Roosevelt, y Roosevelt envió a Roma a Mr. Henry Stimson, Secretario de Guerra de los Estados Unidos, y a Mr. Myron Taylor, el Enviado especial de los Estados Unidos al Vaticano. Ambos hombres tuvieron extensas entrevistas con el Papa.

Antes y después de la llegada de estos dos norteamericanos el Vaticano estaba comenzando otra de sus ofensivas de paz. El Osservatore Romano publicó artículos titulados:

Finalicen la matanza -¿Para qué seguir luchando?

¿Por qué están luchando? (exclamaba un artículo). No es la primera vez que esta pregunta se ha hecho, pero se ha repetido de nuevo tras cinco años de horrenda guerra.

Aceleremos la paz. Éste es el único beneficio con el que todavía contamos.

Pero las discusiones sobre la renuncia de Hitler y sobre una paz negociada terminaron abruptamente. Algo más, entretanto, estaba sucediendo detrás de escena. El Embajador Nazi en el Vaticano, el Barón Von Weizsaecker, había estado viendo al Papa y a su Secretario de Estado muy frecuentemente, y cuando Myron Taylor visitó al Vaticano lo vio a él también (Junio/Julio de 1944). El Barón era un estrecho colaborador de Ribbentrop, y durante los esfuerzos del Papa para una paz negociada él siempre se había distinguido por su deseo genuino de cooperar con el Santo Padre para acordar sobre alguna propuesta de paz.

El Cardenal Maglione, Mr. Taylor, el Embajador Nazi, y el Embajador británico tuvieron frecuentes y muy confidenciales reuniones (Mayo/Junio). ¿Cuál era la causa de toda esta actividad secreta? La decisión de repetir los sucesos de Italia y "así preparar el camino para la cesación de hostilidades."

Tal decisión tenía que ser puesta en acción rápidamente si el nuevo plan iba a tener éxito. Porque con los ejércitos Nazis retirándose ante los rusos, la salida de Italia de la guerra, y la inminente invasión Aliada a Europa, la derrota de Alemania se había vuelto una certeza. Era sólo una cuestión de tiempo.

Mientras que para los Aliados el problema era cómo coordinar mejor sus esfuerzos militares para darle a Alemania el golpe de knock-out, para el Vaticano la cuestión era cómo asegurar que la maniobra militar y política que había logrado la rendición e incluso la preservación parcial de la Italia fascista fuera repetida en la Alemania Nazi antes de que el tiempo se agotara.

Individuos y grupos una vez más empezaron a trabajar, movidos por sentimientos políticos y patrióticos pero sobre todo por el temor al caos Bolchevique que la completa derrota de Alemania traería con ella. Sus objetivos: derrocar a Hitler, establecer una dictadura provisional, pedir la paz a los Poderes Occidentales para detener el quiebre completo del orden social en todo el Reich. Tal cambio evitaría que los Ejércitos soviéticos entraran en suelo alemán, el cual se sellaría herméticamente una vez que el nuevo gobierno hubiera aceptado los términos de paz de los Aliados.

Como en el caso de Italia, aquellos planes de cambios venideros se habían estado trazando con grados variables de éxito desde hacía cierto tiempo, habiéndose acelerado esas actividades después que la derrota final de Alemania se había hecho inevitable.

[Un atentado sobre la vida de Hitler se había hecho en 1939, después de la campaña polaca. El primer complot organizado (además del de 1939) tuvo lugar en marzo de 1943. (Nótese la fecha. Durante la misma primavera los conspiradores italianos estaban haciendo preparativos para librarse de Mussolini.) El complot fue concebido por los mismos elementos que el año siguiente iban a intentar arrestar o matar a Hitler y, a diferencia del ejemplo de los italianos, estableciendo una dictadura militar. En su malogrado atentado de 1943, el complot abortó, debido principalmente a la no explosión de una bomba puesta en el avión en el que Hitler estaba viajando (13 de marzo de 1943).]

Como previamente a la caída de Mussolini, así también ahora el Vaticano, Gran Bretaña y los Estados Unidos de América estaban en completo acuerdo sobre apoyar a esos elementos dentro de Alemania listos para llevar a cabo el golpe. Los objetivos nacionalistas y patrióticos fueron hábilmente mezclados con los religiosos de manera tal que estos elementos (entre quienes había individuos cuyos motivos eran todo menos religiosos) aparecerían exteriormente como un movimiento cuya tarea era puramente política. Sus objetivos inmediatos: el salvamento de cualquier cosa que pudiera ser salvada del desastre final, y el establecimiento de una dictadura militar.

Después del golpe italiano, el Vaticano -que aunque era uno de los principales poderes interesados detrás de la escena, en los complots de Italia y de Alemania actuó aparentando ser un distante observador- habiendo hecho

acercamientos adicionales tanto a Hitler como a los Aliados en la esperanza renovada de que alguna clase de arreglo pudiera alcanzarse, viendo acabar nuevamente en el fracaso a sus intentos, comenzó a trabajar para evitar la catástrofe militar final de la toma de Alemania antes de que un nuevo Gobierno estuviera listo para asumir.

Fue así que en la primavera de 1944 el Vaticano se puso activo en ese tipo de discreta pero presagiosa actividad que en la primavera anterior había precedido a la caída de Mussolini. El Embajador Nazi efectuó varias visitas oficiales y extraoficiales al Papa, como lo hizo el Embajador británico ante la Santa Sede, mientras que el enviado especial de Roosevelt, Mr. Taylor, volvió a Roma, donde no era menos entusiasta que sus colegas alemanes y británicos en tener largas entrevistas privadas con Pío XII.

Una vez más el Vaticano sirvió como una especie de enlace entre los Aliados y los alemanes en la clandestinidad encargados de la tarea de reemplazar a Hitler.

Se había aconsejado a los alemanes de la resistencia a actuar antes de que los Aliados invadieran el Continente. Porque si hubiesen tenido éxito en establecer un nuevo Gobierno, a ellos les habría resultado infinitamente más fácil pedir la paz que a los Nazis; y así, obtener términos por los cuales el desmembramiento del Reich podría evitarse, y la sombría posibilidad de que los soviéticos ocuparan parte de Alemania sería descartada. Debe recordarse que para esta época, la primavera de 1944, los Ejércitos soviéticos estaban avanzando firmemente hacia el oeste, mientras que los Aliados Occidentales todavía no habían puesto un pie en Europa.

En vista de la gravedad de la situación, los conspiradores -en vez de planear eliminar a Hitler arrestándolo como se había hecho con Mussolini- decidieron su asesinato. Un complot que se había planificado durante las diez semanas del verano de 1943, en el momento en que el plan italiano fue ejecutado, estaba completo ahora, "los detalles militares para el golpe fueron mayormente desarrollados por el Conde Stauffenberg, y el Mayor Ulrich von Oertzen, en colaboración con el General Treschow."

El Coronel Claus Schenk von Stauffenberg era Jefe de Personal en la Oficina General del Ejército, bajo el General de Infantería Friedrich Olbricht, siendo este último uno de los principales conspiradores. El Conde Von Stauffenberg era un muy ardiente católico y pertenecía a una familia que durante siglos había estado profundamente empapada en el Catolicismo. El Catolicismo de los Stauffenbergs era su característica principal; ellos favorecían el antiguo orden de cosas, y por lo tanto en política aborrecían las doctrinas

socialistas y todo lo que ellas implicaban; como patriotas ardientes y como católicos devotos, su meta principal era favorecer los intereses de Alemania y de su Iglesia, y combatir a sus enemigos con todos los medios posibles.

En esta escena debe notarse que mientras que los anteriores infructuosos planes nunca habían sido totalmente aprobados por Roma, ahora que el Vaticano había dado su bendición, de repente se destacaba un católico muy devoto (muchos católicos tomaron parte en los complots anteriores, pero siempre habían permanecido en segundo plano). Si esto fue debido a la inusual experiencia organizacional de Von Stauffenberg o a otras causas, es difícil decirlo; el hecho significativo permanece, sin embargo, que desde este tiempo en adelante, es decir, cuando los ejércitos soviéticos avanzaban, los católicos celosos se volvieron más activos que nunca.

Además de los detalles militares del plan, el Conde Von Stauffenberg y sus amigos habían preparado un cuidadoso proyecto en el campo político. Muchos de sus socios pertenecían a la oposición Cristiana -léase Católica Conservadora- a Hitler, y se habían vuelto los líderes del Partido Unión Democrática Cristiana, o Unión Socialista Cristiana, encabezada por el devoto Dr. Mueller.

Según este proyecto, tan pronto como Hitler fuera eliminado los conspiradores establecerían una dictadura militar. Ésta duraría lo suficiente como para prevenir el desorden revolucionario y llegar a un acuerdo con los Aliados. Fue estimado que tal dictadura provisional militar a ser modelada a semejanza de la del General Badoglio en Italia existiría aproximadamente tres meses. [Según Fabian Von Schlabrendorj, en la dictadura militar, los dos líderes hubieran sido el Coronel General Ludwig Beck quien "iba a desempeñarse como Jefe de Estado hasta que se tomara una decisión final acerca de la forma de Gobierno," y el Dr. Goerdeler, como Canciller. El Dr. Goerdeler era nominalmente un representante de las empresas industriales Bosch (vea Collier. 27.7J946).]

Una vez que los elementos subversivos se hubiesen neutralizado seguramente, un Gobierno Civil con dos cámaras parlamentarias tomaría el lugar de la dictadura temporaria. Se reanudaría la interacción de varias fuerzas políticas. El parlamento sería controlado por una institución que se hallaría sobre él para "garantizar" la estabilidad necesaria para una sociedad ordenada: es decir, sobre el Gobierno habría un Rey. Citamos aquí las palabras de uno que tomó parte en el complot: "Habría un Parlamento de dos cámaras, a semejanza del sistema inglés. El jefe del ejecutivo sería el Canciller y se correspondería a un primer ministro. Además, se pensó que debía haber un departamento que estuviera sobre la discusión política, porque el carácter y la historia del pueblo alemán son tales que la dirección no puede ser construida exclusivamente desde abajo. Para satisfacer esta necesidad, muchos de nosotros propiciamos una monarquía."

El lector debe notar la significativa frase: "la dirección no puede ser construida exclusivamente desde abajo" -una de las principales doctrinas políticas de la Iglesia católica, que enseña que la Autoridad deriva de Dios y no del pueblo.

Los conspiradores persuadieron a muchos altos funcionarios alemanes para estar al lado de ellos. Entre éstos estaba el Coronel General Otto Von Stulpnagel, Comandante en jefe en Francia, y el General Alexander Von Falkenhausen, Comandante en jefe en

Bélgica y el Norte de Francia. (Uno debe recordar la relación armoniosa entre Von Falkenhausen y el Primado de Bélgica a quien el General agradeció "por la solicitud en favor del interés que yo represento que usted ha adecuadamente evidenciado".)

Se decidió matar a Hitler durante una de sus habituales conferencias militares. Al principio hubo gran dificultad para encontrar voluntarios para la tarea, hasta que finalmente el Mayor General Hermuth Stieff, del Alto Mando, avanzó, y otros dos, el Mayor Kuhn y el Teniente Albrecht von Hagen, se ofrecieron a ayudarlo.

Debido a la falta de circunstancias favorables, sin embargo, el atentado se pospuso de semana en semana, hasta que por fin los conspiradores perdieron las esperanzas. Hubo también otros planes, pero todos quedaron en la nada. (Otro plan era hacer que Hitler repitiera su anterior visita al Grupo del Ejército del Centro en Rusia, donde Trekow y Von Schlabrendorff casi habían provocado la muerte del Fuehrer en marzo de 1943. Sin embargo, nada podía persuadir a Hitler para que viajara allí de nuevo.)

Entretanto, los eventos se sucedían rápidamente, la fecha del desembarco Aliado estaba acercándose, y los conspiradores veían con desmayo como ellos todavía no habían hecho nada para realizar sus planes. "Nosotros desesperadamente queríamos poner en escena nuestro golpe antes de que la esperada invasión Occidental de los Aliados tuviera lugar. Pero un accidente infortunado seguía a otro, hasta que el 6 de junio de 1944 la invasión comenzó."

A estas alturas algunos, habiendo abandonado toda esperanza, decidieron renunciar a su proyecto. No así otros, sobre todo aquellos que representaban a la oposición Cristiana Conservadora. Porque aunque el primer desastre que llevó a toda Alemania al precipicio, es decir la invasión Aliada de Europa, ya les había alcanzado, el segundo, el avance de las legiones Bolcheviques en suelo alemán, todavía podría impedirse con la condición de que no se perdiera tiempo.

La amenaza Roja se volvió una pesadilla aun más horrenda cuando, poco después (el 22 de junio de 1944), los rusos siguieron a la invasión Occidental con su ofensiva en el Este.

En esta etapa, en la que ni el patriotismo ni el temor a la revolución social, a la conmoción política o a la derrota nacional habían tenido la fuerza para lograr, la convicción religiosa y la voluntad de hombres que creían su deber tomar cualquier riesgo, costara lo que costare, para defender el interés y quizás incluso la misma existencia de su Iglesia ante su archienemigo, les hizo saltar a la acción.

Como los Ejércitos Rojos avanzaban y ninguno de los otros conspiradores actuaba, el devoto católico Conde Von Stauffenberg dio un paso al frente y se ofreció él mismo para matar a Hitler. (Von Stauffenberg, a propósito, había sido destinado a ser el hombre clave junto al General Olbricht en la estructuración de las futuras fuerzas interiores, cuya tarea habría sido aplastar a todos los elementos subversivos en la Alemania post Hitler.)

En las palabras de Fabian Von Schlabrendorff:

"Diez días después (contando desde el 22 de junio) recibí un mensaje del Conde Stauffenberg. Él había decidido que ya era imposible esperar más. Él iba a matar a Hitler. Nosotros nos prepararíamos por si el asesinato sucediera cualquier día."

Esto fue aún más notable puesto que "en el plan original, Stauffenberg no había sido considerado como un posible asesino, ya que él tenía sólo una mano, a la cual le faltaban dos dedos. Pero él era intrépido y capaz, y uno de los pocos hombres de la resistencia que estaban en una posición para llegar a Hitler."

El 20 de julio de 1944, el Conde Von Stauffenberg actuó. Ese día él llevó a la oficina de Hitler un maletín cargado con explosivos, cronometrado para estallar en minutos. Habiéndolo depositado, se retiró sin ser sospechado. Luego siguió una explosión tan terrorífica que Von Stauffenberg no tuvo dudas de que Hitler y los que le acompañaban habían sido matados.

Inmediatamente después del atentado una descontrolada confusión se apoderó de Berlín. Von Stauffenberg, el General Olbritch y otros empezaron a poner sus planes en acción, empezando por mantener al General Fromm, Comandante de las fuerzas interiores, como su prisionero. (Fromm que después ejecutó a Von Stauffenberg, fue a su vez él mismo ejecutado por Hitler, quien sospechó que él había sabido del complot.)

Pero los complotadores siguieron adelante por sólo un par de horas. Hitler había escapado de nuevo, y todavía estaba vivo. [Es destacable que ciertos sectores semi oficiales en los países Aliados, con especial interés por la

Corporación de Radiodifusión Británica [BBC], además de grandes porciones de la prensa británica y norteamericana, particularmente la católica, normalmente muy reservada, ahora enfatizaban reiteradamente que el hombre que había osado intentar librar al mundo de Hitler era un "católico romano". Esto fue más destacable aún cuando uno recuerda que en circunstancias similares la iglesia a la que un asesino político pertenece es raramente o nunca mencionada. (Transmisiones de la BBC del 20 y 21 de julio de 1944.)

Stauffenberg y Olbritch fueron inmediatamente ejecutados. Al General Beck se le permitió suicidarse, otros fueron muertos ante los pelotones de fusilamiento del Fuehrer.

Así el plan que en el caso de Italia había funcionado tan fácilmente y con tanto éxito, en el caso de Alemania se malogró completamente.

Inmediatamente se supo que el atentado falló, el Cardenal Faulhaber, Arzobispo de Munich, envió a Hitler sus felicitaciones junto a la de sus Obispos por su escape del ataque contra su vida. Esto fue seguido por la celebración del Te Deum en la Catedral de Munich.

El Vaticano permaneció mudo durante un tiempo. Pero después de unos días, mientras observaba impotente el despliegue de la catástrofe final, empezó una vez más a advertir sonoramente a las naciones victoriosas sobre dos cuestiones principales: Primera, que los Aliados tenían que ser generosos con Alemania; y, segunda, que ellos debían tomar medidas para prevenir la propagación del Comunismo y para impedir que "la Rusia Atea" conquistara Europa.

Como el fin de la resistencia del ejército Nazi alemán estaba aproximándose y como los ejércitos rusos avanzaban hacia Berlín, Roosevelt continuó sus esfuerzos para tender un puente sobre el inmenso hueco que separaba el Vaticano y el Kremlin. Ya en marzo de 1945, después de prolongadas negociaciones con el Vaticano, Roosevelt mandó a Roma a otro enviado personal, Mister E. J. Flynn. Mr. Flynn vio al Papa en varias ocasiones, y también al Secretario Asistente del Papa. El propósito de la visita era un muy conocido "secreto" -otro de los muchos esfuerzos de Roosevelt para un acercamiento entre Moscú y el Vaticano. Pero una vez más los esfuerzos del Presidente fallaron, debido a la obstinación del Papa.

La desintegración "invernal" de los ejércitos de Hitler alcanzó un climax durante la primavera de 1945, cuando los ejércitos soviéticos se precipitaron hacia la Capital Nazi, mientras los Aliados estaban ocupando las grandes ciudades de Alemania Occidental. Durante abril y mayo los ejércitos Nazis estaban colapsando, y el 7 de mayo Alemania se rindió incondicionalmente, precedido y seguido por la rendición de varios ejércitos en diferentes partes de Europa. Así acabó la Alemania Nazi y la Segunda Guerra Mundial en Europa.

Unas semanas después de que los ejércitos aliados y rusos se habían instalado en una Alemania absolutamente arruinada y humeante, después de haberse reportado la muerte de Hitler en Berlín, después de que una campaña de horror se había desatado en el mundo por la apertura de los campos de concentración, y después de que el pueblo alemán se había vuelto el objeto del odio mundial, entonces empezaron a ser oídas las desoídas voces alemanas de humillación y degradación nacional e individual. Ellas eran las mismas voces que el pueblo alemán había estado oyendo por años durante el régimen de Hitler; las mismas voces que, unos años antes, habían orado por los ejércitos de Hitler y por el "Gran Fuehrer"; las voces que, al atreverse a susurrar protestas contra el Nazismo, sólo se quejaron cuando estuvieron en juego "violaciones al Concordato".



El horror del holocausto

Cardenales alemanes y obispos alemanes, al mostrarles las ruinas de sus catedrales a los periodistas extranjeros, empezaron a tronar contra el "malvado Nazismo", "la causa primaria de toda esta devastación en tantos edificios sagrados." Ellos aseguraron repetidamente a los británicos y norteamericanos que ellos, los cardenales y obispos, así como la Iglesia católica, siempre habían no sólo condenado al Nazismo, sino que también lo combatieron desde su mismo comienzo. Las asombrosas declaraciones de estos dignatarios llenarían libros enteros, pero debemos contentarnos con dos ejemplos típicos de esta súbita conversión: los de dos altos prelados con quienes ya nos hemos encontrado en este libro, a saber, el Cardenal Faulhaber y el Arzobispo Groeber.

Sólo diez días después de la capitulación alemana, el Cardenal Faulhaber, después de haber dado una perorata contra el Nazismo a los corresponsales norteamericanos, fue preguntado por qué se oponía tan violentamente al régimen anterior. Él declaró decididamente: "Porque el Nazismo estaba contra el Cristianismo y el Catolicismo." Luego dio cuatro principales razones de por qué el Nazismo creó dificultades para el Catolicismo:

1. La inspección semanal de la Juventud de Hitler, siempre realizada en domingo, chocaba con los servicios de la Iglesia.
2. La abolición de la instrucción religiosa en las escuelas para todos los alumnos de más de doce años.
3. La impregnante atmósfera anticristiana en la que toda Alemania estaba sumergida.
- 4 La incesante propaganda para el militarismo y los insidiosos métodos para apartar a los niños de la influencia familiar.

Después de dar estas razones, el Cardenal declaró: "No debe permitirse que el nazismo surja después de la guerra" (12 de mayo de 1945).

[Con el alejamiento de la guerra como trasfondo, sin embargo, varios miembros de la Jerarquía alemana empezaron a salir en defensa del régimen Nazi. Un ejemplo típico fue el Cardenal von Galen, quien en febrero de 1946 dio un discurso en la Iglesia de Santa María dell'Anima en defensa del Nazismo. El discurso fue posteriormente impreso en forma de panfleto, bajo el título de Ley y Anarquía, y distribuido primero en la zona británica y luego en otras partes de la Alemania ocupada. (Ver Kirchlisches Amtsblatt fuer die Diozese Mfinster, julio de 1946.)]

Casi al mismo tiempo el Arzobispo Groeber publicó una carta pastoral en la cual, por fin, se atrevía a condenar al Nazismo. Él intentó explicar por qué una "revolución católica contra Hitler fue una imposibilidad":

No sólo lo fue porque los Hitleristas habían usurpado el poder por medio de un voto regular y podrían por lo tanto reivindicar la legalidad de su régimen [él dijo], sino que toda resistencia contra éste se derrumbaba ante una fuerza que estaba despojada de todo escrúpulo y que era cruel hasta la médula.

Él continuó: "Nunca el pueblo alemán fue tan engañado como lo fue durante los últimos trece años." Finalmente, recordando la parte que él y la Iglesia católica habían jugado, exclamó significativamente: "Sin embargo, ante los ojos de Dios por lo menos, nosotros tenemos una considerable responsabilidad."

Entonces, más de un mes después de la completa derrota de Alemania; sobre los gemidos de los millones de alemanes desposeídos, sin hogar, heridos, humillados, y desconcertados; sobre las 9,000-10,000 Iglesias católicas de un total de 12,000 en Alemania que fueron completamente destruidas o seriamente dañadas por las incursiones aéreas Aliadas o por las batallas en tierra; sobre las quemadas cáscaras de catedrales asomando torvamente contra el cielo, por primera vez desde el surgimiento del régimen, el Papa se atrevió a exhalar la palabra Nazismo" en condenación. Durante una breve alocución Pío XII tuvo la osadía moral para declarar que era "algo bueno" que el "Satánico Nazismo" hubiera sido destruido.

Eso fue todo. El Papa había hablado contra el Nazismo al fin.

[*Cuando los Aliados -Gran Bretaña, los Estados Unidos de América, la Rusia soviética, y Francia- montaron en 1946 lo que Hermann Goering llamó (septiembre de 1946) "el*

fraudulento juicio" de Nuremberg (el Tribunal de Nuremberg por los Crímenes de Guerra), al cual fueron llevados los principales sobrevivientes Nazis, Pío XII envió al Barón Ernst von Weizasecker, el ex Embajador alemán ante la Santa Sede, después de haberle concedido una larga audiencia (mayo de 1946), para dar evidencia contra los hombres responsables por haber ayudado a Hitler en el poder. Debe notarse que no se habló una sola palabra del rol desempeñado por el Papa Pío XI, el Papa Pío XII, y los diversos cardenales y obispos alemanes. Al contrario, se agradeció públicamente al Vaticano por medio del Jefe Fiscal Norteamericano en Nuremberg, el Juez Jackson de la Suprema Corte de los Estados Unidos, quien expresó su "gratitud al Vaticano por hacer disponible en los juicios de Nuremberg documentos tocantes a las acusaciones de persecución religiosa en Alemania y los países Nazis ocupados. . . . La parte del juicio de Nuremberg que se relacionaba con probar la persecución de las Iglesias fue facilitada y ayudada grandemente por documentos suministrados por el Vaticano" (Juez Jackson, en una declaración a N.C.W.C. News Service, Washington, agosto de 1946). Mientras ayudaba a los vencedores y acusaba a los los ex-líderes Nazis, presentándose como una de las víctimas del Nazismo, el Vaticano estaba usando toda su influencia para salvar a aquellos Nazis que habían ayudado a poner la Iglesia católica en una posición privilegiada en el Tercer Reich y sus países satélites. Esto en particular consideración a von Papen (vea Pravda y Osservatore Romano, tercera semana de marzo de 1946), quien fue absuelto el 1 de octubre de 1946; Monseñor Tiso, Primer ministro de Eslovaquia; Arthur Greiser, ex Gauleiter [jefe del partido] en Polonia Occidental, sentenciado a muerte (15 de julio de 1946), y por quien en un esfuerzo para salvarlo, el Vaticano envió un cable especial al Presidente de Polonia (vea The Observer, Londres, 21 de julio de 1946).]

EL VATICANO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

CAPÍTULO 12

AUSTRIA Y EL VATICANO



Monseñor Seipel

Austria ha sido uno de los países más católicos en Europa -un país donde el Catolicismo penetró, muy profundamente su estructura social, económica, cultural, y política. Esto estaba simbolizado por la más íntima cooperación de la Iglesia y la Dinastía austríaca, apoyándose la una a la otra a lo largo de siglos.

Después del fin de la Guerra de los Treinta Años, la responsabilidad principal de la cual fue soportada por los hombros de los muy católicos Habsburgos, esa dinastía se convirtió en el campeón de Catolicismo. Una especial medida de privilegio, protección, y apoyo se dio a la Iglesia católica que a cambio continuó dando toda su bendición a la absoluta y teocrática dinastía. Todas sus anatemas y sus armas morales o religiosas fueron empleadas para combatir a cualquier enemigo potencial que amenazara la Casa Imperial, tal como el Secularismo y el Liberalismo durante el último siglo, y el Socialismo en las primeras dos décadas del siglo veinte.

No obstante tan estrecha colaboración, la Iglesia y la Monarquía no siempre caminaron de la mano a lo largo del camino de la historia.

La Monarquía siguió muy frecuentemente una vía independiente cuando se comprometían objetivos políticos; los Habsburgos insistían en el control del Estado sobre la Iglesia. Eso no era todo. En el transcurso del tiempo se hicieron tan unidos el absolutismo y la reacción de los gobernantes austríacos y la Iglesia católica, que el Emperador austríaco podía interferir en la misma elección de los Papas abierta y oficialmente. De hecho, él había adquirido el derecho de "veto", en virtud del cual el gobernante austríaco podía sugerir o prohibir a los cardenales reunidos en Cónclave cualquier candidato para el Papado.

El último caso ocurrió justo antes de la Primera Guerra Mundial. Después de la muerte de León XIII, mientras los cardenales estaban orando al Espíritu Santo por la dirección en la elección del nuevo Papa, Francisco José encargó a un cardenal -el Cardenal Puzyna- para que les dijera a sus colegas que el potencial candidato a ser elegido, el Cardinal Rampolla, no debía llegar a ser Papa.

El Emperador se salió con la suya. Los cardenales que estaban votando a favor de Rampolla no sabían que uno de ellos, el Cardenal Puzyna, tenía el veto imperial en su bolsillo. Por fin, justo cuando el Cardenal Rampolla parecía estar a punto de obtener la necesaria mayoría de los dos tercios de los votos, el Cardenal Puzyna leyó el veto. A pesar de la consternación el Emperador fue obedecido. Rampolla nunca fue hecho Papa, el bien intencionado pero reaccionario Patriarca de Venecia fue elegido como Pío X. Durante la primera y la segunda parte del último siglo Austria era una fusión de nacionalidades, razas, y religiones agrupadas bajo el Emperador, quien gobernaba tan absolutamente como un monarca medieval. Los Jesuitas eran todopoderosos y dominantes en el campo educativo e, indirectamente, en el político. Austria en ese período bien podría describirse como un sólido bloque, inexpugnable para cualquier idea de cambios sociales o políticos progresivos, gracias a la estrecha alianza y el supremo dominio de los Habsburgos y la Iglesia católica. Austria, de hecho, era gobernada tanto en las más altas esferas como en las más bajas por la trinidad de la Aristocracia, la Burocracia, y la Iglesia católica, interconectadas por lazos de rango, de religión, y de tradición.

No obstante, los ideales de la Revolución francesa no se habían propagado en vano por Europa. La inquietud nació en Austria así como en otras partes del Continente. Las revoluciones que estallaron fueron suprimidas con la característica ferocidad de los piadosos Habsburgos. Gradualmente, sin embargo, los principios Liberales se apoderaron de Austria y empezaron a penetrar la vida social, educativa, y política.

No podemos relatar este interesante proceso aquí: baste decir que en los setentas el Gobierno de Taaffe, que iba a durar catorce años, luchó con toda su fuerza contra la herejía del Liberalismo, que diariamente estaba haciendo nuevas conquistas. La Iglesia católica era la principal fuente de esta hostilidad.

Esta fue la secuela natural a la lucha entablada por el Catolicismo, sobre todo después de las revoluciones de 1848, cuando se esforzó en intensificar su propio fervor como un antídoto contra el espíritu democrático que empezó entonces a penetrar en Austria. Se concluyó un Concordato con el Vaticano, y la Iglesia católica agregó nuevos privilegios a todos aquellos que ya poseía. Lo que el Vaticano realmente buscaba, sin embargo, firmando el Concordato, era contrarrestar y destruir las ideas democráticas y liberales que amenazaban con cautivar a la juventud. Así, en virtud de este Concordato, todo el sistema educativo fue entregado a la Iglesia católica que encargó a las órdenes religiosas y a los sacerdotes en las aldeas para que llevaran adelante la nueva contrarrevolución.

Aunque el Catolicismo había sido una parte esencial de la vida cotidiana de Austria, especialmente entre la población rural, el Concordato fue recibido por una parte considerable de la población con gran hostilidad. Éste despertó un extendido sentimiento anticlerical que había sido desconocido antes del Liberalismo. El desafío de la Iglesia católica fue asumido y su absolutismo disputado en todas las esferas, y así el anticlericalismo, para las grandes masas de la plebe, se volvió el elemento atrayente en el Liberalismo.

En Viena el anticlericalismo se arraigó profundamente, se difundió ampliamente, y permaneció así hasta el fin del siglo pasado [el XIX]. Por décadas difícilmente los sacerdotes se atrevían a dar discursos en reuniones públicas en Viena, pero finalmente el Catolicismo político empezó a entrar en la escena en su forma moderna. El Concordato, no obstante, fue denunciado al principio de la era Liberal. A pesar de todos los esfuerzos de la Iglesia católica y de las castas gobernantes de Austria, el Liberalismo y los ideales democráticos ganaban espacio. La Iglesia católica decidió entrar directamente a la arena política y combatir a sus enemigos en su mismo terreno. Se inició un movimiento político católico.

El Partido católico austríaco, a fin de tener un atractivo popular, comenzó con un sumamente agresivo antisemitismo. Karl Lueger, el hombre más destacado en el Catolicismo político austríaco, declaró que el Catolicismo, especialmente en Viena, sólo podría convertirse en un movimiento político por medio de un período intermedio de masivo antisemitismo. Esto podría sonar sorprendente a los oídos modernos, acostumbrados a oír hablar al Vaticano en favor de los judíos. Sin embargo éste no es el único ejemplo de este tipo que encontraremos. El grupo de Lueger durante mucho tiempo, de hecho, se llamaba a sí mismo simplemente "antisemita". Después fue rebautizado como "El Partido Social Cristiano", y bajo este nombre el Partido subsistió hasta 1934. Lueger creó un culto firmemente arraigado en la profunda veneración a la Iglesia y la Casa Imperial.

Entretanto los Socialistas habían empezado a aumentar en número e influencia. Por instigación del Partido Socialista los obreros empezaron a organizarse y a desarrollar sindicatos. El resultado fue que los sindicatos Socialistas ocuparon el lugar de las organizaciones de los católicos y los Nacionalistas y pronto ganaron un monopolio práctico entre los obreros organizados.

Debido principalmente al ascenso de los Socialistas, fue introducido el sufragio universal, que en 1906 les dio el voto a los obreros. Surgió un gran grupo de Socialistas en el Parlamento. Gradualmente ellos empezaron a adquirir poder en la administración local así como en la maquinaria Estatal. Los Socialistas, debido a su organización y también a la debilidad del tambaleante Imperio, construyeron casi un Estado dentro de un Estado. Ellos tuvieron éxito en organizar a los obreros, no sólo política e industrialmente, sino también en todas las otras actividades de tiempo libre. Ellos se encargaban del obrero desde la cuna a la tumba, alimentándolo, cuidándolo, e intentando proveer para todas sus necesidades morales, espirituales y materiales.

Existían organizaciones de obreros para la gimnasia, para hacer excursiones y alpinismo, así como para muchos otros deportes. Las ocupaciones artísticas y educativas no fueron olvidadas -por ejemplo, canto coral, escuchar música, jugar ajedrez, y la provisión de clubes de lectores y conferencias. Muchos de estos clubes otorgaban a sus miembros ventajas financieras sustanciales.

Además, los Socialistas, por medio del voto democrático, controlaban una cantidad creciente de los fondos de seguros para asistencia a los enfermos e instituciones similares y, después de la Primera Guerra Mundial, obtuvieron el control del 47 por ciento de las municipalidades. Las municipalidades, una vez en las manos de los Socialistas, llevaban a cabo trabajos de ayuda a gran escala produciendo el efecto, cuando combinados con los esfuerzos de los diversos clubes Socialistas, de mantener a los obreros vinculados al Partido Socialista en cada aspecto de sus vidas.

El obrero socialista generalmente quería que sus hijos nacieran en una municipalidad gobernada por una administración socialista, porque allí las familias más pobres disfrutaban de cierta ayuda financiera en el momento del nacimiento. Un concejo de ciudad Socialista usualmente iniciaba un vasto plan de jardín de infantes, siguiendo principios Socialistas de educación, después del cual el alumno, niño o niña, entraría en una escuela preparatoria todavía bajo la supervisión de un concejo de ciudad Socialista. Un muchacho o muchacha al dejar la escuela se uniría a una organización juvenil Socialista. Tales organizaciones juveniles rechazarían toda la enseñanza y la práctica del Catolicismo y realizarían un rito de iniciación propio, en lugar de la confirmación.

Los Socialistas extendieron su influencia, enseñanza, y prácticas en todas las esferas de la vida y durante toda la vida del obrero hasta su muerte, cuando era enterrado con la asistencia de un fondo de seguro de sepelios Socialista, al cual él había contribuido durante su vida. A todo esto se oponía fuertemente la Iglesia católica que veía que los Socialistas estaban invadiendo con el mayor atrevimiento aquellas esferas hasta ahora consideradas de su propiedad. La práctica socialista estaba reemplazando rápidamente a los principios y prácticas del Catolicismo.

La Iglesia católica había combatido al Socialismo desde su origen, y con su continuo crecimiento ella juzgó necesario salir y combatirlo abiertamente. Ella declaró pecaminosa a la creencia Socialista, condenó las ideas Socialistas, boicoteó las organizaciones Socialistas, y predicó contra cualquier cosa que los Socialistas estuvieran haciendo. Como resultado los obreros comenzaron a considerar a la Iglesia como su enemiga. La clase obrera se volvió anticatólica y atea, mientras las organizaciones de librepensadores se volvieron una de sus ramas más fuertes.

La lucha contra el Catolicismo se transformó en uno de los medios más poderosos del Socialismo austríaco para ganar a las masas.

Este estado de cosas, desde mucho tiempo antes de la Primera Guerra Mundial, era debido al hecho que, como ya hemos indicado, el Catolicismo, en Austria más que en cualquier otra parte, siempre había sido una cuestión fuertemente política. Siempre había estado estrechamente conectado con la Monarquía, y toda su preocupación por los problemas sociales estaba permanentemente subordinada a los intereses de la Iglesia católica y de la Monarquía. La Iglesia católica estaba identificada con la dinastía y era, de hecho, una parte esencial de las clases gobernantes. Los Socialistas y todos sus principios fueron aborrecidos por la Iglesia católica, y además fueron considerados como un elemento no leal. En consecuencia, la lucha entre la Iglesia y los Socialistas en Austria alcanzó tal amargura como nunca se había alcanzado en Alemania.

En su trato con sus adversarios, sin embargo, los Socialistas austríacos no eran totalitarios. Ellos siempre habían sido fuertes y convencidos demócratas. Para ellos una política democrática no era una cuestión de tácticas, sino de profunda convicción.

Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial sólo dos fuerzas permanecieron en el campo, los católicos y los Socialistas. Sus fuerzas eran casi iguales. El Partido católico, en 1919, gozaba de la completa confianza de los campesinos, aunque un buen número de trabajadores agrícolas habían votado por los Socialistas.

Los Socialistas organizaron a toda la clase obrera, y en los años siguientes su número de miembros aumentó a la fantástica cifra de 700,000 en un país de sólo 6,500,000 habitantes. El Partido Socialista austríaco, durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, era el Partido Socialista más fuerte en el mundo, tanto en su influencia política local como en la proporción de la población total absorbida en sus filas.

Una reacción a este poder Socialista empezó a tomar forma. Ésta fue liderada por la Iglesia católica con su Jerarquía, apoyada por los campesinos católicos, toda la burguesía, judía y aria, y la vieja aristocracia.

Desde el día de la formación de la República, los Socialistas habían cooperado con los católicos en un Gobierno de coalición. Este Gobierno, al principio, había estado bajo fuerte influencia Socialista, pero, después de la caída de la vecina República soviética húngara, se reconstruyó beneficiando a los católicos. Las masas se pusieron cada vez más intranquilas por la participación de los Socialistas en un Gobierno dominado por los católicos.

En 1920 los Socialistas finalmente dejaron el Gobierno.

Pero al hacer así no se apartaron de la administración. Mucho del poder del Estado residía en los Gobiernos provinciales y en las municipalidades y aquí los Socialistas eran fuertes. Ellos dominaban completamente al Gobierno provincial de Viena, donde recibieron más de dos tercios de los votos.

Los Socialistas aprovecharon la administración municipal para llevar a cabo amplias reformas sociales. Durante sus diez años de poder fue hecha una gran cantidad de

asistencia social, incluyendo la creación de un eficiente departamento de higiene, un hogar para tuberculosos, etc.

Ellos municipalizaron la vivienda. Los Socialistas vieneses construyeron grandes edificios municipales que merecieron la admiración de reformadores conservadores en todo el mundo. Esta gran energía en proveer albergues saludables y baratos para la clase obrera de Viena fue considerada por los católicos, y todos los otros antisocialistas, como la mejor prueba del "Bolchevismo reptante." Tanto fue así que cuando, más tarde, los católicos retomaron la administración de Viena, su primer medida fue interrumpir este programa de construcción que todavía no se había completado.

Pero el rasgo más notable de la administración Socialista en Austria, y especialmente en Viena, fue que ellos no persiguieron de manera alguna a la Iglesia católica, aunque la consideraban su enemiga política. Nunca fueron acusados de algo como "atropellos Rojos." Esto contrastaba con la conducta del Muy católico Gobierno que trató muy bárbaramente a sus críticos colgándolos masivamente, como veremos en breve.

Entretanto, los católicos y todos los otros elementos reaccionarios se pusieron activos abiertamente o de manera clandestina. Había rumores que ellos podrían intentar quebrar el poder de los Socialistas por medios antidemocráticos, ya que, en la medida en que la democracia existiera, los Socialistas estaban destinados a hacerse más y más fuertes. Para prevenir esto los Socialistas habían formado los "Escuadrones de Defensa Republicanos" -una fuerte y bien disciplinada guardia armada, lista a luchar en defensa de la democracia y el Partido Socialista.

Además, paralelamente al estrechamiento de filas de las fuerzas reaccionarias en casa, las fuerzas reaccionarias en el extranjero habían empezado a aferrarse del poder, construyendo Estados fascistas y semi-fascistas en muchas partes de Europa. Los acontecimientos ya estaban indicando la dirección en que Austria, y de hecho toda Europa, estaban yendo.

Poco después de la Primera Guerra Mundial, el Prelado Ignaz Seipel, un teólogo, había alcanzado la dirección del Partido católico. Ministro en el último Gobierno Imperial, y cabeza indiscutida del partido clerical, se puso, como la meta de su vida, la restauración del poder político para la Iglesia católica y también para los Habsburgos.

Él era un hombre de gran integridad personal y ascetismo, aunque poseía un talento especial para la intriga destinada a promover los intereses políticos de la Iglesia católica. Comía, oraba, y dormía en dos pequeños cuartos monacales en el Convento del Sagrado Corazón de Jesús; a lo largo de sus años como Canciller, Seipel no permitía que la presión política refrenara sus deberes religiosos. Diariamente a las seis de la mañana decía Misa en la Capilla del Convento. Él continuó actuando como el Superior de esta Congregación de monjas a pesar de las exigencias de su cargo.

Aunque no era un miembro de la Sociedad de Jesús, Seipel tenía todas las características popularmente atribuidas a los Jesuitas. Era imposible, por ejemplo, sujetarlo a un claro "sí" o "no." Tenía un intenso odio por los Socialistas o por cualquier cosa asociada a sus ideas. Igualmente repugnante para él eran el Secularismo, el Modernismo, y el Liberalismo. Su segundo objetivo, además de aquel de fomentar el poder de la Iglesia católica, era aplastar al Partido Socialdemócrata, al cual odiaba como

"el Rojo Anticristo." Los Socialistas lo llamaban "El Cardenal sin Misericordia -"Der Keine Milde Kardinal". Dos veces casi fue matado por la turba enfurecida.

Antes de proseguir más allá, veamos cuales eran las ideas y los objetivos de Seipel en el campo nacional y en el extranjero. Éstos son muy importantes, porque ellos continuaron guiando extendidamente a los Gobiernos austríacos hasta el fin de Austria, especialmente en la esfera doméstica. Su importancia es aún más realzada cuando se recuerda que ellos obtuvieron su inspiración de la propia Iglesia católica, y no sólo eran aceptados, sino fomentados, por el Vaticano. Debe tenerse presente que Seipel, durante toda su vida, estuvo en el más estrecho contacto con el Papa y su Secretario de Estado y que él amoldó su política según los dictados del Vaticano.

La característica sobresaliente de su política era la subordinación de las cuestiones políticas, económicas, y sociales a los intereses eclesiásticos. Para él los intereses de la Iglesia católica estaban identificados con el orden social existente; o, para ser más exactos, con el orden social de los tiempos de pre-guerra.

Él era amargamente hostil a cualquier movimiento generalizado de reforma social. Odiaba los sindicatos Socialistas. Una vez, discutiendo con un Jesuita francés que había enfatizado la necesidad de reformas sociales generales, él replicó: "*More capitalistico vivit ecclesia catholica*" -"la Iglesia católica vive en forma de capitalismo." Él tomaba su rol en materias económicas de los banqueros e industriales cuyos objetivos coincidían con los suyos. Para él el estado ideal de la sociedad por el cual estaba luchando se identificaba estrechamente con el resurgimiento de la antigua estructura jerárquica de la sociedad, y especialmente del poder del clero. En más de una ocasión confesó abiertamente que encontraba imposible de tolerar las limitaciones impuestas al poder de la Iglesia católica dentro de la República. Nosotros dijimos, antes, que el recurso principal de los Socialistas era su anticlericalismo, el cual, ni bien ellos tomaron la administración de Viena en 1918, aumentó grandemente. El partido fomentó sentimientos de anticlericalismo y de indiferencia religiosa. Según Seipel, el poder político de los Socialistas era el principal obstáculo para el control de la Iglesia sobre las almas. Por lo tanto él empezó a aplastar su poder -una tarea que fue completada después de su muerte. Seipel formó una estrecha alianza con todos los más acérrimos enemigos del Socialismo. Él odiaba a los Socialistas porque estaban contra la Iglesia católica, los industriales, y todos los otros sectores de la sociedad, y debido a los pesados impuestos que impusieron a estos sectores.

Seipel y el Partido católico se identificaban totalmente y sin reservas con la causa de los grandes negocios.

Las ideas de Seipel de cómo debía ser construida la sociedad eran típicamente ultracatólicas, y estaban inspiradas principalmente por los diversos pronunciamientos de los Papas que hemos examinado en la parte anterior de este libro. Su antipatía por el Socialismo, y su convicción de que era esencial ofrecer a las masas una concepción católica de orden social dependiente del renacimiento de los Gremios medievales o Corporaciones, era muy estimada en el Vaticano. En consecuencia el propio Papa le pidió que le ayudara a bosquejar aquella misma encíclica que anunciaba oficialmente la política Vaticana que patrocinaba la creación del Estado Corporativo en el mundo moderno. Seipel se volvió, de hecho, el "consejero" del Papa, si se permite usar el término, y fue grandemente exitoso introduciendo sus ideas en las doctrinas políticas del

Catolicismo internacional. Seipel defendió a la industria, al capitalismo, a los bancos y a sus dueños. Cualquier impedimento que se opusiera a su independencia económica era considerado un atentado contra el orden natural de las cosas. Las *Stände* de Seipel, o clases sociales, no eran instrumentos de orden social, sino que apuntaban principalmente a la dominación política. Según Seipel, las *Stände* debían elegir a los representantes del Parlamento. Ellas debían neutralizar el dominio de los números fríos de las elecciones democráticas. En resumen, ellas serían creadas para quebrar la fuerza de los Socialistas. Introduciendo gradualmente estas ideas en la maquinaria del Estado, Seipel tuvo éxito en aplastar a la democracia y a los Socialistas, pero haciendo así preparó al camino para el más grosero Fascismo que, a su vez, aplastó al Catolicismo político.

En armonía con esta política social, y estrechamente relacionada con ella, Seipel también tenía una política exterior bien definida, avalada de igual manera por el Vaticano. Esta política exterior promovió después, como veremos, la desintegración de Checoslovaquia. Seipel estaba, de hecho, soñando con la creación de un nuevo Sacro Imperio Romano. Simplemente dicho, esta organización política habría consistido en una unión de aquellos Estados, y partes de Estados, profesantes de la Fe católica y pertenecientes a la antigua monarquía austrohúngara. Viena iba a ser la capital y Austria constituiría el centro.

De Yugoslavia, Seipel propuso tomar la Croacia católica, que abarcaba un tercio de su territorio, siendo esta región hostilizada en la esfera religiosa por el Gobierno Central. Checoslovaquia sería dividida en dos, la Eslovaquia católica siendo quitada a los herejes Husitas y los librepensadores Checos y unida con aquella parte de Hungría puesta bajo Rumania. En Hungría Seipel habría instalado un gobernante católico, posiblemente un vástago de los Habsburgos, impidiendo a los Calvinistas como el Regente húngaro y el Conde Bethlen que gobernarán una población católica. Eso no era todo. Si las circunstancias lo permitían, el plan era incluir a Baviera, que Francia había intentado separar de Berlín, y a Alsacia-Lorena. Éste debía ser un Imperio católico -una Federación Papal- donde el Papa podría incluso encontrar un defensor y una sede si lo peor sucediera a manos de los Socialistas Internacionales y la Rusia Roja.

El proyecto de Seipel era trabajar para la realización gradual de este plan construyendo una Confederación Danubiana, consolidando una serie de amistades y pactos arancelarios, y por una fusión gradual en una nueva nación restaurar la paz en Europa Central bajo el amparo de la Iglesia católica. Él preparó sus planes con este fin en detalle, de lo mayor y lo menor. Él había seleccionado incluso al futuro Muy Católico Emperador. Éste iba a ser el hijo de la depuesta Emperatriz Zita, el joven Otto, que había recibido su educación temprana en la Abadía Benedictina de San Maurice en Clervaux, Luxemburgo. Él se alió con los legitimistas en Hungría y, en el Vaticano, influyó en la designación del Dr. Justinian Seredi como Primado de Hungría. Ése es otro ejemplo de la participación del Papa en el plan.

Tales eran las concepciones del Prelado católico Seipel, que estaba conduciendo su política en el más estrecho contacto con el Vaticano. Consideremos ahora muy brevemente cómo ejecutaba esto.

Ya hemos visto cómo las fuerzas reaccionarias, lideradas por los católicos, habían comenzado a tomar contra-medidas para detener el poder de los "Ateos Socialistas."

Estas contra-medidas se encarnaban en la gradual emergencia de agrupaciones antisocialistas armadas y secretas, que comenzaron la matanza sistemática de prominentes Socialistas en los pequeños pueblos provincianos.

A principios de 1927 un jurado de Viena, compuesto principalmente por antisocialistas, absolvió a hombres de la Heimwehr [grupo fascista armado] que, por razones políticas, habían cometido varios asesinatos. Ya, en otros numerosos casos, se había absuelto a antisocialistas en circunstancias similares. Los obreros se convencieron así de que los Tribunales ya no ofrecían protección alguna contra el asesinato político. Una espontánea y masiva manifestación barrió las calles de Viena en la mañana del 15 de julio de 1927. Ocurrieron choques con la policía. Las multitudes enfurecidas atacaron el edificio de la Corte Suprema y lo incendiaron totalmente como un símbolo de la injusticia legal. El líder de los Socialistas envió a los "Escuadrones de Defensa Republicanos" para dispersar a las masas y salvar el edificio, y así privar a los católicos de una excusa para usar más fuerza. Pero el Gobierno ya había dispuesto enviar tropas que llegaron repentinamente y empezaron a disparar a las masas que estaban completamente desarmadas. La lucha continuó, aquí y allí, durante dos días. Hubo más de noventa muertos y más de mil heridos.

El equilibrio político fue rápidamente trastornado. Seipel declaró públicamente: "No me pidan benignidad en este momento." Una tremenda ola de pasión política tomó posesión de los distritos de la clase trabajadora. En los siguientes cinco meses, más de veintinueve mil personas abandonaron oficialmente la Iglesia católica como una protesta contra el sacerdote que había dicho "Nada de benignidad."

Como consecuencia de este suceso trágico los Socialistas perdieron su última influencia en el Ejército y la Policía, que eran ahora instrumentos del Gobierno. Además, el movimiento católico, antisocialista, y semifascista, que había estado preparándose con suerte variable, se volvió repentinamente manifiesto. Este movimiento surgió principalmente entre los campesinos. Los campesinos católicos, influenciados por sus sacerdotes y por su temor a que sus tierras fueran confiscadas por los Rojos, habían odiado la "Roja Viena" desde 1919. Desde el 15 de julio ellos pensaron que Viena se había vuelto la víctima de una insurrección "bolchevique".

La Heimwehren solamente tenía un objetivo definido -aplantar a los Rojos. Seipel, que los había ayudado, los empleó prestamente como un instrumento para derrocar la democracia. Él modeló las ideas de este cuerpo y no sólo lo dirigió contra los Rojos, sino también contra la democracia como tal. Sus eslóganes asumieron el tono de "Fuera con el Parlamento" y "Necesitamos un Estado autoritario." Tales eslóganes, por supuesto, estaban en oposición al Partido católico del cual Seipel era el líder, así como al Partido Socialista. Pero no había contradicción alguna en la política ahora abiertamente declarada. La misma sucesión de eventos que había ocurrido en Italia estaba ocurriendo ahora en Austria -a saber, la liquidación del Partido católico como un instrumento político y su reemplazo por un instrumento más poderoso para promover la política católica. Este instrumento era el Fascismo, encarnado en este caso en la Heimwehr. La política del Vaticano, de sacrificar un Partido católico si de este modo podía alcanzarse la dictadura, había triunfado de nuevo.

La Heimwehr, sin embargo, siempre permaneció debajo del poder. Sus batallones se reclutaban principalmente entre los campesinos, que generalmente no están disponibles

para la acción política fuera de su propia región o más allá de sus intereses inmediatos. Si el Fascismo italiano, y el Nazismo, hubiesen dependido solamente de los campesinos católicos y del sentimiento antisocialista, podrían no haber triunfado nunca. Ellos dependieron principalmente del estrato medio de la población urbana, las clases medias bajas. Este estrato en Austria era activamente fascista, pero muy pequeño. La fascista Heimwehr nunca podría encontrar compensación por la ausencia de las clases medias como una ayuda para el Fascismo y el Nazismo.

En el octubre que siguió, Seipel instruyó a la Heimwehr para organizarse bajo su estandarte, dándole una certidumbre de resguardo de la acción Estatal, de inmunidad de la interferencia por Gobiernos extranjeros, de dinero suficiente para uniformes y armas y de salarios cuando fuesen necesarios. Un año después el ex Canciller, creyendo que el tiempo estaba maduro para su retorno al poder en la cresta de la ola fascista, se proclamó abiertamente como un fascista. (Seldes, *The Vatican: Yesterday-Today-Tomorrow*.) Debido a este apoyo y al apoyo de los católicos y otros elementos reaccionarios, acoplados con el incentivo del Vaticano así como el de Mussolini, la Heimwehren fue suficientemente fuerte para atacar a los Socialistas y la democracia cuatro veces durante el otoño siguiente.

La historia subsecuente muestra que los años siguientes de la República pivotaron principalmente en estos ataques. El primer atentado fue planeado en imitación de la marcha de Mussolini sobre Roma. En octubre de 1928 la Heimwehren organizó una gran demostración, reuniendo tropas armadas desde toda Austria para encontrarse en un área industrial al sur de Viena. Los obreros que también poseían armas se prepararon para luchar. Sin embargo, nada sucedió.

Ahora los elementos militares aristocráticos le habían dado más uniformidad a la Heimwehren. Con la ayuda de estas fuerzas armadas, Seipel que había renunciado a principios de la primavera de ese año, obligó a su sucesor a renunciar. Schober, el Jefe de la Policía, que había ordenado a las tropas disparar sobre los Socialistas en 1927, fue hecho Primer Ministro.

Seipel iba a recibir dos grandes golpes. Primero, Schober echó al hombre mano derecha de Seipel en la Heimwehr, el Mayor Waldemar Pabst. Pabst era un contrarrevolucionario profesional, implicado en asesinatos políticos en Alemania y era un intermediario entre Hitler y el Príncipe Stahremberg, el jefe de la Heimwehr. El segundo golpe al plan político de Seipel fue la elección de un Gobierno Laborista en Inglaterra.

Ramsay MacDonald y Arthur Henderson eran estrechos amigos de los Socialistas Vieneses. Cuando Henderson fue informado del armamentismo de la Heimwehr, ocasionó una interpelación en la Cámara de los Comunes. La acusación fue que el tratado de paz había sido quebrado, que un ejército secreto estaba siendo organizado, y que el ejército secreto estaba siendo abastecido por fuentes Gubernamentales. El Gobierno británico exigió que la Heimwehr se desarmara. El Gobierno francés hizo la misma demanda. Esta intervención de los dos Gobiernos salvó a Austria de la inminente guerra civil entre la Heimwehr y el Ejército Socialista Republicano y llevó por el momento al retiro de Monseñor Seipel.

La Heimwehr entretanto, habiendo visto fallar su ataque directo, probó métodos indirectos. Con la ayuda del católico Karl Vaugoin, el Vicecanciller, se hizo un intento para romper el control Socialista de los ferroviarios. El Gobierno se dividió por el problema de seleccionar al hombre destinado a destruir la resistencia Socialista, y renunció. Vaugoin fue designado Canciller, y su primer acto fue disolver el Parlamento. En esto fue apoyado apasionadamente por la Heimwehr, que se pronunció en favor de la dictadura. El propio Gobierno declaró que desde ahora sólo gobernaría por métodos "autoritarios". Seipel, en el entretanto, renunció a la presidencia del Partido católico, un movimiento lleno de significado en la medida en que estaba involucrado el uso del Partido Político Católico por la Iglesia Católica. Él luego entró en el Gobierno de Vaugoin como Ministro de Relaciones Exteriores. De los dos líderes de la Heimwehr, el Príncipe Stahremberg llegó a ser Ministro de Interior y el Dr. Hueber fue al Ministerio de Comercio. El Dr. Hueber era un manifiesto Nazi que después iba a ser un miembro del Gobierno Nazi de los cuatro días de 1938 que entregó Austria a Alemania. El Príncipe Von Stahremberg se jactaba abiertamente de su alianza con Hitler, quien por ese tiempo estaba marchando rápidamente hacia el absolutismo.

Los Socialistas, sin embargo, dejaron en claro que si la elección era cancelada, o si el Nuevo Parlamento era confrontado, ellos lucharían resueltamente. En la elección el grupo de Vaugoin-Seipel y Stahremberg no obtuvo una mayoría. Entretanto, Inglaterra y Francia expresaron claramente que esperaban que Austria produjera un Gobierno constitucional. Los tres aspirantes a dictadores renunciaron.

Después de estas renunciaciones la Heimwehr se desintegró rápidamente. En Alemania Hitler se había vuelto ahora un poder político, a través de la elección general de 1930. Al mismo tiempo la elección austríaca no había dado a los Nazis un solo escaño. El Nazismo empezó a ejercer una fuerte atracción para los miembros de la derrotada Heimwehr. Ellos se acercaron a Hitler, quien les propuso tres condiciones: la no restauración de los Habsburgos, sino el Anschluss [unión entre Alemania y Austria]; la absoluta oposición al parlamentarismo; la aceptación incondicional de su dominio personal. Lo que quedaba de la Heimwehr se dividió a causa de estas tres condiciones. Stahremberg apoyó la Monarquía, pero la Heimwehren Estiriana se unió a los Nazis. El 13 de septiembre de 1931, ellos intentaron una insurrección militar que, sin embargo, fue rápidamente suprimida.

El parlamento seguía adelante muy dificultosamente, el Gobierno católico se esforzaba por gobernar con una minoría. Al fin un nuevo Gabinete fue formado bajo la dirección del Dr. Dollfuss, con una mayoría de un voto en el Parlamento.

Dollfuss era el hijo ilegítimo de un campesino. Él había estado destinado a la profesión eclesiástica, y había sido educado en un seminario con la ayuda de una subvención eclesiástica. A la edad de diecinueve, sin embargo, cambió de idea. Después de la Guerra gradualmente llegó a hacerse un importante dirigente de las diversas organizaciones católicas, primero entre los estudiantes, y luego entre los campesinos. Él comenzó como un notorio miembro del ala democrática del Partido católico, pero después se volvió un miembro de la facción "Autoritaria". Él asumió el poder poco después de la muerte de Seipel el 2 de septiembre de 1932, y puede ser considerado como el ejecutor del testamento político de ese prelado.

Las relaciones con los católicos en el poder se hicieron más tirantes cada día, y también con los Socialistas. Una vez más Dollfuss buscó fortalecer la desacreditada Heimwehr. Simultáneamente él declaró su intención de transformar Austria en un "Estado Corporativo Autoritario." El Estado, dijo, se parecería al de la Italia fascista, pero tomaría su guía de las instrucciones emitidas por el propio Papa a los católicos en todo el mundo. Estas instrucciones estaban encarnadas en la encíclica *Quadragesimo Anno*, publicada en 1931, en la cual Pío XI convocaba a los católicos para que establecieran un Estado Corporativo dondequiera ellos pudieran. Dollfuss estaba continuamente en íntimo contacto con las autoridades católicas, la Jerarquía y el Vaticano de quienes frecuentemente recibía consejo.

El 30 de enero de 1933, Hitler asumió el poder en Berlín. Entretanto ocurrió un pequeño incidente que se transformó en un problema internacional. Sindicalistas ferroviarios descubrieron que una fábrica de armamento en Hinterberg, en la Baja Austria, estaba produciendo rifles, no, como se creía, para el Ejército austríaco, sino para la Hungría reaccionaria. Importantes funcionarios del Gobierno estaban ayudando en el contrabando de tal armamento. Además, se descubrió que los funcionarios involucrados eran principalmente católicos de simpatías semifascistas o incluso abiertamente fascistas. Uno de esos funcionarios, sabiendo que un cierto ferroviario tenía conocimiento de lo que estaba pasando, con el consentimiento de Dollfuss le ofreció una gran suma de dinero como el precio de su silencio. El hombre la rechazó, y este doble secreto se hizo conocido por el periódico del Partido Socialista.

El escándalo hizo sensación; pero eso no era suficiente. El asunto se hizo más amplio. Los rifles no eran para Hungría, sino para la Italia fascista. No habían sido encargados por los húngaros, sino que se dirigían a Hungría sólo como un depósito temporario. Ellos estaban destinados a los católicos monarquistas Habsburgos en Croacia, que estaban complotando una insurrección para separarse de Yugoslavia (debe recordarse "el plan para una Federación católica" de Seipel).

El complot de Hinterberg era parte de un plan internacional, que culminó en el asesinato de Rey Alejandro de Yugoslavia y del Ministro de Relaciones Exteriores francés por un guerrillero croata de los Habsburgos, en 1934. En ese momento la Italia fascista estaba en amarga enemistad con Yugoslavia, y Mussolini estaba contemplando seriamente la intervención con la fuerza. La aspiración de los Monarquistas católicos para la separación de Croacia de Yugoslavia le agradó. En este proyecto estuvieron igualmente implicados Mussolini, el Gobierno semifascista húngaro, los líderes de la Heimwehr, y Dollfuss. Más que eso, el Vaticano tenía conocimiento de todo el asunto. Varios años después el Conde Grandi, el Embajador fascista en Londres, declaró que Dollfuss así como Mussolini se habían acercado al Papa con respecto al plan. El Papa, aun cuando no lo alentó, expresó el deseo de que cuando Croacia fuese separada de "la cismática Yugoslavia" se restaurasen los derechos de la Iglesia católica. Él prometió que pediría al clero católico en Croacia que apoyara al movimiento, y dijo que ciertamente tendría la ayuda de numerosos países católicos en la Sociedad de Naciones si el asunto estuviera sobre una base firme.

Así los Socialistas, por su descubrimiento de un serio complot Monarquista católico, involucrando a Croacia, Hungría, y Austria, habían obstruido el camino del católico Dollfuss, del Vaticano, y de Mussolini. Desde ese día en adelante los católicos en Austria juraron destruir a los Socialistas. Dollfuss prometió a Mussolini, quien estaba

ávido para el inmediato aplastamiento de los Socialistas, que él haría todo lo que estuviera en su poder para aniquilarlos. "El perro guardián Socialista debía ser suprimido." Dollfuss se volvió abiertamente fascista. En diez días formó su gabinete antisocialista, incluyendo a miembros del Partido católico, del Partido de los Granjeros (católico), y de la Heimwehr. Los Socialdemócratas, constituyendo el partido más grande y más compacto del país, ni siquiera fueron consultados.

El primer acto de Dollfuss fue la abolición de Parlamento. Luego proclamó que Austria se había hecho Fascista según el modelo italiano. Él concentró en sus propias manos las carteras más vitales, a saber, Ejército, Policía, Gendarmería, Relaciones Exteriores, y Agricultura. Decidió que todos los partidos debían desaparecer, incluso el Partido católico, cuya desaparición, como él bien sabía, estaba de acuerdo con los deseos del Vaticano. La nueva dictadura gobernaría de acuerdo con la concepción de Seipel del Estado Corporativo, basado en las *Stände* [clases]. El antisemitismo recibió reconocimiento oficial, la Prensa fue amordazada, la oposición suprimida, y se abrieron campos de concentración. Los sindicatos fueron gradualmente disueltos. Dollfuss propuso crear sindicatos católicos, nombrando él mismo a sus líderes.

Durante el año 1933, después de la supresión del Parlamento, Dollfuss emitió más de trescientos decretos ilegales e inconstitucionales. Él empleó su poder principalmente para disminuir los derechos sociales y económicos de los obreros y para aumentar el valor de la propiedad y la seguridad de sus propietarios. Los campesinos, sus seguidores, fueron subsidiados a expensas de los obreros Socialistas en las ciudades. Él restringió el derecho del juicio por jurado, destruyó la libertad de Prensa, y abolió el derecho de reunión. Él ordenó que el secreto hasta ahora observado por el Servicio Postal ya no iba a ser inviolable. Él abolió casi todas las organizaciones culturales y deportivas que no eran católicas, disolvió los Escuadrones de Defensa Republicanos, y al mismo tiempo armó, tanto como pudo, la Heimwehr católica y fascista. Luego estableció "Tribunales Relámpago", y restauró la pena de muerte, aunque las únicas personas a ser colgadas invariablemente eran Socialistas acusados de resistencia a la Heimwehr. Él dio estos pasos, bastante significativamente, después de una visita a Mussolini y el Vaticano.



Dollfuss en el centro y el Cardenal Innitzer a su izquierda (1934)

Todas estas medidas iban más tarde, en 1934, a ser coronadas por un Concordato entre el Vaticano y el Gobierno austríaco por lo cual Roma hizo realidad su eslogan "Una Austria católica." Los principios de la encíclica *Quadragesimo Anno* eran puestos en vigor, dondequiera fuera posible, con más cuidado que antes. El Concordato estableció a la Iglesia católica en una posición legal y oficial que ella empezó a usar en su máxima

extensión. La religión católica se volvió la religión del Estado, la educación estaba directa e indirectamente sujeta a ella, y se destruyó sistemáticamente todo rastro de influencias no católicas. El clero se volvió un sector privilegiado de la sociedad y un enorme volumen de literatura católica, en la forma de libros y periódicos, exaltaba las bendiciones del Estado Corporativo autoritario como fue presentado por el Papa y como fue adoptado por Mussolini y por el Estado austríaco. Las diversas Iglesias Evangélicas y protestantes empezaron a sufrir persecución sistemática, y sus ministros fueron boicoteados, arrestados, y encarcelados.

Esta persecución era debida a un sentimiento de resentimiento experimentado por la Iglesia católica; y este sentimiento de resentimiento fue despertado por el hecho de que, a pesar del enorme poder político de la Iglesia y su influencia en la vida de la nación, miles de austríacos empezaron a unirse a Iglesias protestantes, especialmente la Iglesia Evangélica. Los conversos dieron este paso como una protesta contra la tiranía religiosa, social, y política de la Iglesia católica. En unos pocos meses, de hecho, más de 23,000 católicos austríacos habían buscado ser miembros de la Iglesia Evangélica exclusivamente. Además de esa asombrosa cifra, sólo en Viena otras 16,000 personas abandonaron el Catolicismo. En un tiempo muy breve el número en esa ciudad de quienes habían repudiado la Iglesia católica sumaba más de 100,000. Las clases medias, bastante significativamente, proveyeron el número mayor de conversos. (*Churches Under Trial.*)

Dollfuss pensó que los Nazis se volverían más amigables con él después de que hubo destruido a "esos malditos socialdemócratas." Los Nazis, sin embargo, se comportaron de una manera que no prometía ninguna colaboración más estrecha. Así la política de Dollfuss en este momento fue la dedicación de todos los esfuerzos para reanimar el patriotismo austríaco. Aunque deseaba un Estado fascista, él quería que la Austria totalitaria fuera independiente. Muchos sectores de la población lo apoyaron. Los principales grupos de políticos católicos siempre habían rechazado la idea del *Anschluss*. El clero se oponía a esta. Tanto era así que hubo un tiempo antes de Dollfuss, y aun después de él, cuando los obispos proclamaban desde sus púlpitos, y cuando los sacerdotes de los pueblos grababan fuertemente en sus greyes con sermones y conversaciones privadas, que el Nazismo apuntaba a destruir la independencia austríaca. Además, ellos proclamaron -y esto fue lo más importante- que el Nazismo era el enemigo jurado de la Iglesia católica. Una importante causa contribuyente para la hostilidad hacia la unión con Alemania era el odio innato en todos los austríacos hacia Prusia, y una aversión por el Norte y, sobre todo, por el Protestantismo. La Jerarquía católica, esperando establecer en este momento un Estado totalitario en Austria, se opuso al *Anschluss*. Si el *Anschluss* hubiese acontecido, ellos nunca habrían podido formar una "Austria católica" bajo Hitler, recordando la fortaleza que el Protestantismo estaba adquiriendo en la vida de Austria. Esta última consideración era tan poderosa en ese momento que cuando los católicos admitían en el confesionario su adhesión al Nacionalsocialismo, los sacerdotes condenaban esto como un pecado.

Dollfuss empezó a organizar un Estado con la Heimwehr y a transformar sus tropas de asalto en un Partido Totalitario. Este paso fue deseado por Stahremberg y Mussolini. Una vez más la Heimwehr fue bien provista de fondos. Dollfuss y el Partido católico eran, sin embargo, bien conscientes de que un Fascismo pleno de la Heimwehr se atraería la hostilidad de por lo menos el 90 por ciento de la población, además de la de los Socialistas, la de los Nazis, e incluso la de un sector de los católicos.

Las armas no eran suficientes para sostener una dictadura. Los líderes católicos decidieron no confiar completamente en las armas de la Heimwehr, sino utilizar otro elemento que ellos pensaban era muy fuerte -a saber, el clero austríaco. Así se decidió, después de obtener la aprobación del Vaticano, hacer al clero católico la columna vertebral de la nueva dictadura en el campo político, así como la Heimwehr lo era en el campo militar. Los más altos niveles del clero austríaco, entretanto, habían recibido instrucciones desde Roma de apoyar enteramente al régimen de Dollfuss, y de fortalecerlo con toda su capacidad. De ellos partieron las instrucciones a todo el clero austríaco en cada pueblo y parroquia de volverse pilares del nuevo Estado autoritario católico. En el final, sin embargo, la Iglesia católica falló, y eso decidió el destino de Austria.

En Austria, como hemos visto, la Iglesia católica se había identificado continuamente con un régimen político reaccionario, normalmente detestado por las masas. Al campesino austríaco medio, aunque católico, le disgustaba la intrusión del clero en lo que correctamente consideraba asuntos seculares. El sacerdote, preocupado con las necesidades religiosas de su parroquia, no debía aspirar al liderazgo político. Dollfuss estaba esforzándose por hacer a la Iglesia católica la gobernante de Austria. Además de esto, la Iglesia católica y Dollfuss estaban patrocinando la resurrección de los Habsburgos y las tradiciones de la aristocracia, y aunque en ciertas partes de Austria esta idea no era impopular, era desagradable para la gran mayoría de austríacos.

La rebelión de los campesinos contra la Iglesia, las adhesiones al Nazismo multiplicándose continuamente, y el número asombroso de conversiones al Protestantismo, llenaban a la Iglesia católica con siempre creciente alarma. Los obispos le pidieron a Dollfuss que actuara, y que prohibiera estas transferencias de lealtad. Dollfuss empezó a condenar a personas por diseminar propaganda Nazi, que en el caso de la mayoría de ellos asumió la forma de conversión al Protestantismo. Tales medidas, por supuesto, fortalecieron el espíritu de rebelión. Mientras este proceso estaba avanzando en la zona rural, Dollfuss continuó la destrucción del Socialismo y la construcción de su propia dictadura. Él procedió gradualmente quitando uno a uno los derechos de los Socialistas, pero bajo la presión continua de la Jerarquía, la Heimwehr, y Mussolini.

Cuando por fin, el 2 de febrero de 1934, la policía de Dollfuss ocupó la sede del Partido Socialista en Linz, los Socialistas empezaron a luchar en Linz, en Viena, y en otros distritos. La lucha duró cuatro días, y en algunas partes aun más tiempo. Dollfuss permitió a un líder de la Heimwehr una repetición de "los gozosos ahorcamientos de los tiempos de guerra." Él dio órdenes para que todo prisionero pasara por consejo de guerra y fuera colgado. Dollfuss dijo que sólo hubo 137 "rebeldes" matados. Un hombre severamente herido fue llevado en una camilla para la ejecución. Después del séptimo colgamiento, el Mayor Fey fue forzado a detenerse, debido a la protesta de un Poder Extranjero y a la indignación de cada comunidad civilizada, aunque, bastante significativamente, ni una sola palabra de misericordia o de protesta vino del Vaticano. Dollfuss había mentido. En una estimación conservadora hubo entre 1,500 y 1,600 Socialistas muertos y 5,000 heridos; 1,188 fueron encarcelados, y once colgados.(*Osterreich*, 1934.)

La actitud y los métodos del régimen católico hacia sus adversarios deben ser comparados con los métodos de los Socialistas que, durante su revolución de 1919 y

durante sus años de poder en Viena, no habían "lastimado un cabello de la cabeza de nadie", como dice un historiador.

El Partido Socialista fue disuelto, el sindicato cerrado, y un Comisario tomó la administración de Viena. Muchos líderes Socialistas tuvieron que huir al extranjero. El Partido Socialista oficial fue conducido clandestinamente y aquellos que osaron apoyarlo fueron enviados a prisión. A fines de 1934 había más de 19,051 Socialistas en las cárceles austríacas, encarcelados sin el juicio. Ellos eran tratados con suma brutalidad. Algunos periodistas, deseando investigar sus condiciones, no fueron autorizados a visitarlos. Además, el clero católico compelió a Dollfuss a rechazar fondos de ayuda del extranjero a fin de "forzar a aquellos en aflicción a pedir a las Organizaciones católicas" (*Annual Register*). Veremos dentro de poco cómo el sucesor de Dollfuss siguió la misma línea.

Sobrevino la más espantosa persecución religiosa contra los Socialistas y todos los enemigos de la Iglesia católica. El espléndido sistema de educación, siendo totalmente absorbido por la Iglesia católica, fue completamente destruido y la situación económica se deterioró tanto que otra vez millones andaban medio muertos de hambre. El gran plan de construcción, que había edificado Europa, fue completamente detenido. El Vaticano estaba complacido, y así también estaban Dollfuss y Mussolini, pero el más complacido de todos era Hitler que vio un tremendo aumento en el número de sus partidarios por toda Austria, como consecuencia de "la eliminación del perro guardián Socialista."

Las autoridades Vaticanas, entretanto, estaban jugando un doble juego con Dollfuss y Hitler. Ellas estaban observando y esperando. El Papa Pío XI había dado a entender a Hitler que si él mantenía su palabra con respecto al tratamiento y los privilegios concedidos a la Iglesia católica en Alemania, entonces la Iglesia le ayudaría a "alcanzar sus objetivos políticos" en Austria. Haciendo esto el Vaticano esperaba compeler a Hitler a observar las cláusulas del Concordato, algunas de las cuales ya estaba empezando a olvidar. Además de eso, el Vaticano quería ver si era probable que la victoria católica durara o si el peligro de "revoluciones" todavía estaba presente. En el último caso era de suprema importancia para el Vaticano asegurar que "el peligro Rojo" se mantuviera sofocado por una mano aun más fuerte, y esa mano más fuerte sería eventualmente la de Hitler. Para lograr su objetivo el Vaticano todavía tenía que hacer sacrificios adicionales. Además del sacrificio del Partido católico austríaco, el Vaticano tendría que sacrificar el régimen católico austríaco y sus sueños de "Confederaciones Papales" imaginadas por Seipel.

Entretanto, Dollfuss creía cándidamente que su gran servicio a Hitler, destruyendo al Partido Socialista, volvería más dócil a Hitler. Hitler confiaba en que sería más fácil para él asegurar sus objetivos ahora que los Socialistas habían sido quitados. Dollfuss estaba dispuesto a admitir Nazis en su Gabinete, pero deseaba la independencia de Austria. Los Nazis querían el *Anschluss* y el gobierno de Hitler. Las negociaciones fracasaron y los Nazis comenzaron una campaña de arrojar bombas. Dollfuss proclamó la ley marcial, y finalmente se instituyó la pena de muerte por la posesión ilegal de dinamita. Pero, bastante significativamente, ni una sola pena de muerte fue consumada

Al mismo tiempo las serias disensiones acerca de las demandas de Hitler estaban amenazando con trastornar al Gobierno de Dollfuss. El Mayor Fey fue acusado de conspirar realmente con los Nazis. Anton Rintelen, el segundo hombre en el Partido

católico y hasta unos pocos meses antes Gobernador de Estiria, fue ganado para ellos. El 25 de julio de 1934, los Nazis intentaron tomar el poder. Un grupo de Nazis entró en la Cancillería, intentando tomar el Gobierno. Sólo fueron capturados Dollfuss y el Comandante Fey. Dollfuss fue mortalmente herido y murió poco después. Las tropas fueron convocadas y demostraron ser fieles. Mussolini, viendo que su sueño de ser el supremo de Austria y Hungría estaba en peligro, envió dos divisiones al Paso del Brennero. Hitler que todavía no estaba listo para una lucha, dejó a los conspiradores a su destino. Si el complot hubiese tenido éxito, ningún peligro de guerra internacional habría surgido.

Entonces Herr von Papen, el Chambelán de la Corte Papal, fue enviado a Viena para operar una conciliación. Dollfuss fue seguido por Herr von Schuschnigg. Él era un católico de los más profundos sentimientos religiosos. Había recibido una educación cuidadosa de los Jesuitas, e incluso en su porte tenía el aire de un sacerdote estudioso antes que el de un político. Schuschnigg quería una Austria "autoritaria", pero en términos más moderados que los fijados por Dollfuss. Su tarea se volvió más fácil por la cambiada política de Hitler, quien, viendo la alarma que había creado en Europa, fue compelido a aplacar sus movimientos. Toda Europa, de hecho, parecía unirse contra la agresión alemana. El resultado fue la Conferencia de Stresa.



Schuschnigg, Stahremberg y el Cardenal Innitzer con Dollfuss

Al principio el nuevo régimen varió poco de el de Dollfuss. Gradualmente, sin embargo, Schuschnigg comprendió que para obtener apoyo popular debía aflojar la dictadura que tanto pesaba sobre el pueblo, y especialmente sobre la clase obrera. Así él empezó a otorgar gradualmente modestas concesiones de vez en cuando, pero prometiendo más en el futuro. Lentamente se libró de los odiados y notorios extremistas en su Gobierno -el Mayor Fey y Stahremberg, los líderes de la Heimwehr. Después incorporó a la propia Heimwehr en la organización militar del Gobierno.

La Iglesia católica, que al principio se había apartado a un segundo plano, de nuevo buscaba ejercer fuerte presión en la vida política del país. Ella continuaba temiendo el "peligro Rojo y las peligrosas ideas del Protestantismo y de la indiferencia religiosa." La Iglesia quería obtener algún grado de control sobre todos los obreros, aunque fuesen Socialistas, Ateos, o Bolcheviques. La Ley y el Ejército, que los habían llevado a la clandestinidad, no eran suficientes. La Jerarquía católica quería obtener un dominio aun más firme de ellos compeliéndolos a ponerse bajo su control directo.

Las negociaciones con el Gobierno continuaron durante algún tiempo, hasta que al fin se alcanzó un acuerdo. Schuschnigg aprobó una ley que requería a cada ciudadano que

fuera miembro de una Iglesia. El carácter político de esta movida fue recibido con suma hostilidad en muchos sectores, no sólo entre los obreros, y lo que ocurrió bajo Dollfuss se repitió en una escala más grande. Sobrevino un masivo movimiento de las filas de la Iglesia católica. Miles de los católicos romanos, obreros y gente de las clases medias, disgustados comenzaron a entrar en las Iglesias protestantes, donde sus votos no eran dictados por el cuerpo religioso al que pertenecían. Durante este periodo el número de protestantes alcanzó la cifra, sin precedentes en la Austria católica, de 340,000 -un acontecimiento que abrumó a los pocos pastores protestantes todavía dejados en libertad. (*Churches Under Trial.*)

Los asuntos siguieron bastante tranquilamente durante algún tiempo, y la situación interna parecía estar bastante estable. Aunque la Iglesia católica continuaba presionando al Gobierno por medidas más drásticas contra "el peligro Rojo que estaba retumbando subterráneamente", no había ningún problema interno para Austria. Pero entonces la intranquilidad reapareció, y una vez más ésta empezó desde el extranjero. La Guerra abisinia estalló. La Italia fascista, buscando la amistad alemana, ya no apoyaría a Austria y aconsejó a Schuschnigg que tratara directamente con Hitler. Austria, después de eso, firmó un tratado con la Alemania Nazi (Julio de 1936). Austria prometió subordinar su política exterior a la de Hitler, y además ofreció que, si la guerra estallaba, Austria estaría al lado de Alemania.

En Austria la prohibición al Partido Nazi continuó, pero se permitió a los Nazis que se reunieran sin ser molestados. Un líder Nazi se convirtió en Ministro de Interior. La tregua con el Nazismo duró aproximadamente dieciocho meses. Entretanto, Alemania se había puesto más fuerte en el campo internacional, el Eje más firme, y su armamento había aumentado seriamente. Debido a estos factores y al fantasma del peligro Rojo, cuyo recrudecimiento parecía inminente, la Jerarquía austríaca, instruida por el Vaticano, decidió llegar a un acuerdo con Hitler. Sólo por su mano de hierro podía destruirse completamente a los Rojos. Si Hitler prometía respetar los derechos de la Iglesia en Alemania así como en Austria, su cooperación con la Jerarquía católica habría sido posible. Hitler, enterado de esta nueva actitud, empezó a actuar comenzando en Alemania una persecución a la Iglesia católica. Había poderosas razones domésticas para que Hitler actuara así, como hemos tenido ocasión de ver, pero sus objetivos austríacos proporcionaron una razón adicional de no poca importancia. Él hizo conocer al Vaticano que la persecución se suspendería con tal de que el Vaticano instruyera a la Jerarquía austríaca y a los líderes católicos para que apoyaran el *Anschluss*. Una vez que se hiciera, él respetaría los derechos de la Iglesia, no sólo en Alemania, sino también en Austria.

El Vaticano aceptó. A través de la mediación de von Papen y el Cardenal Innitzer, las negociaciones continuaron, con el objetivo de persuadir a Schuschnigg para que entregara Austria. Schuschnigg, sin embargo, se opuso al *Anschluss*, sabiendo que habría sido el fin de Austria. Él se negó obstinadamente. Hitler lo convocó a Berchtesgaden y le ordenó entregar el Ministerio del Interior a un católico muy devoto, un Nazi ferviente, el Dr. von Seyss-Inquart. Hitler mostró a Schuschnigg las órdenes de marchar que serían dadas a las tropas alemanas si él se rehusaba. Schuschnigg debía obedecer.

Seyss-Inquart había tenido muchas entrevistas secretas con von Papen y el Cardenal antes de que esto sucediera. Seyss-Inquart, por supuesto, aceptó, sabiendo quién lo

estaba apoyando dentro de Austria. Seyss-Inquart era un abogado Vienés que, después de la Primera Guerra Mundial, había abierto una modesta oficina en Viena sin lograr éxito alguno. Su conexión con el Partido católico era muy íntima. Esto se debía principalmente a que era un partidario de muchas organizaciones católicas de todos los tipos. Él se había vuelto un ardiente propagandista católico y era oído frecuentemente en Viena como un disertante proponiendo los principios católicos. Era muy pío y, con su familia, era asiduo asistente a los servicios de la Iglesia. Sus fervorosos y sinceros esfuerzos por servir la causa católica lo llevaron a contactar personalmente al Canciller, Dollfuss, y desde ese momento su ascenso fue rápido. Aun después de que se había vuelto una figura política, y Hitler le había hecho Comisario del Reich para Austria, él continuó yendo casi diariamente a la iglesia.

Schuschnigg volvió de Berchtesgaden, después de haber aprendido muchas cosas, entre las cuales habían varias estrechamente conectadas con el Vaticano. Esto le llevó a una reforma de su política hacia los Socialistas. Él deseaba su amistad, contando con su apoyo para mantener la independencia de Austria.

En ese momento la situación todavía presentaba una contienda triple entre católicos, Nazis, y Socialistas. En los días de Dollfuss el Gobierno había intentado unir fuerzas con los Nazis para aplastar a los Socialistas. Después de él el nuevo Gobierno intentó subyugar simultáneamente a ambos partidos, a pesar de hacer amistad con ellos. Pero, cuando llegó la hora decisiva, Schuschnigg vio que no podía confiar en los Nazis ni en los católicos. El apoyo principal vino de los Socialistas. Después de su entrevista con Hitler, Schuschnigg reorganizó su Gobierno. Además del Nazi Seyss-Inquart, incluyó a un representante de los elementos democráticos así como de los Socialistas. Luego negoció con los obreros en las fábricas, y pronto empezó a otorgar concesiones. Antes del fin los obreros organizaron un gran reunión sin ser molestados por la policía, por primera vez en muchos años. En esta conferencia los Socialistas se comprometieron a defender la independencia de Austria. Al hacer así, los Socialistas actuaron no sólo por odio hacia el Nazismo, sino porque pensaban que estaban recuperando su propia independencia. Esta era la más llana confesión del fracaso y la bancarrota de la política de Seipel y Dollfuss. Estaba claro que en el último y más solemne momento de la independencia de Austria, el Gobierno católico podía confiar sólo en el Movimiento Obrero que había perseguido tan persistentemente.

Habiendo hecho estas muchas concesiones, el Gobierno empezó a vacilar. Católicos dentro y fuera del Gobierno, las influencias de la Iglesia católica, de la Jerarquía austríaca, e incluso del Vaticano se opusieron fuertemente a estas concesiones. "Cómo, ¿tantas luchas, tanto derramamiento de sangre, tantos riesgos, para nuevamente volver a la democracia y así permitir a los Rojos presentarse libremente? ¡Nunca!" Así que cada medida fue demorada. A pesar de las continuas promesas, los obreros no recibieron ninguna concesión real; nunca se permitió que los trabajadores tuvieran siquiera un solo periódico bajo su propio control.

Durante este tiempo el Cardenal Innitzer continuó presionando a Schuschnigg y al Gobierno para provocar el completo sometimiento a Hitler. "El Anschluss es inevitable", fue su consejo. Él le dijo a Schuschnigg que el Vaticano deseaba que el Gobierno austríaco adoptara esta política. Schuschnigg, después de mucha duda y vacilación, se mantuvo firme, pero algunos católicos que sabían lo que estaba sucediendo detrás de la escena, se volvieron radicalizados. Éstos continuaron

oponiéndose a la fusión con Alemania, deseando la independencia de su país. Ellos vieron claramente que el Gobierno no podía contar con el apoyo de la Iglesia, por la cual tanto había hecho.

En Viena el sentimiento y entusiasmo populares alcanzaron un punto cúlmine. Se pensaba que el Nazismo había sido derrotado, y que el ideal de la lucha por la independencia austríaca se había vuelto muy popular para las masas debido a la tolerancia del Gobierno para con ellas. Por lo tanto los obreros, anteriormente anhelosos por el *Anschluss* en la medida que era concebido como una medida democrática implicando grandes derechos regionales para Austria, ahora que los Nazis estaban en el poder se opusieron agriamente a éste. Así, paradójicamente, ellos apoyaron al católico Schuschnigg esperando que de este modo volverían a la democracia y la libertad. En Viena, grandes manifestaciones clamaron por la libertad austríaca, gritando y cantando los antiguos eslóganes Socialistas. Socialistas, Comunistas, Monarquistas, e incluso muchos católicos, marcharon lado a lado durante días. Austria se había puesto de pie lista para luchar. Los Nazis nunca habían parecido tan débiles como en ese momento. Hitler, al igual que Schuschnigg y el Cardenal Innitzer, se alarmaron, porque nadie podía decir adonde llevaría ese movimiento de masa. Se sentía que aun si todo ese entusiasmo no llevaba al "Bolchevismo", quizás podría resultar en un avance de masas contra el Fascismo. Si tan formidable demostración popular contra el Fascismo había ocurrido, esto podría no quedar confinado exclusivamente a Austria.

Entretanto el Gobierno se estaba preparando. Los planes para la acción estaban completos y las tropas estaban listas para marchar. El Gobierno austríaco estaba decidido a luchar por su independencia. Schuschnigg, esperando evitar el derramamiento de sangre, jugó su última carta. Anunció que, si el pueblo austríaco realmente deseaba el *Anschluss*, el pueblo austríaco debía mostrar su voluntad por un plebiscito.

Esta decisión iba contra los planes del Vaticano. En consecuencia, el Cardenal Innitzer, quien ya estaba en contacto directo con Hitler, abrió una vez más las negociaciones con él. El Cardenal sabía bien que un plebiscito rechazaría el *Anschluss*, en cuyo caso los Rojos podrían salirse de control. La Iglesia no podía permitir que esto sucediera. Antes de prometer el apoyo ilimitado de la Iglesia católica en Austria y el del Vaticano, el Cardenal Innitzer requirió la promesa de que una vez que Hitler hubiese incorporado Austria, él respetaría los derechos de la Iglesia. (*The Universe*, 1 de marzo de 194).

Hitler era totalmente consciente de que si el plebiscito precedía su entrada en Austria, el pueblo austríaco rechazaría el *Anschluss*. Por lo tanto propuso este increíble plan al Cardenal -que no los austríacos, sino el pueblo alemán, debía decidir si los austríacos iban a volverse alemanes o no. Que un cardenal hubiera siquiera escuchado una proposición tan cínica parece increíble. Sin embargo el Cardenal no sólo asintió, sino que prometió que haría todo lo que estuviera en su poder para asegurar que el pueblo austríaco diera la bienvenida a Hitler y para que le otorgara sus votos.

El noveno día de marzo se había anunciado como la fecha del plebiscito austríaco, que, sin embargo, no tuvo lugar, porque Hitler prohibió a Schuschnigg que lo llevara a cabo. Durante la tarde del 11 de marzo casi toda la población de Viena estaba demostrando contra el Nazismo y el Fascismo, aclamando la libertad política y la independencia nacional y entonando canciones Socialistas. A las siete de esa misma tarde, las tropas de

asalto Nazis aparecieron repentinamente en Viena. Herr von Schuschnigg había renunciado sin un golpe. Dentro de una hora la policía austríaca estaba llevando la esvástica. Viena fue inundada con tropas Nazis. El Cardenal Innitzer dio la bienvenida a los Nazis con esvásticas en las iglesias y con el repicar de campanas. Él ordenó que sus sacerdotes hicieran lo mismo. No satisfecho con esto, ordenó que todos los austríacos se sometieran al hombre, "cuya la lucha contra el Bolchevismo y por el poder, el honor, y la unidad de Alemania coincide con la voz de la Providencia Divina."

Entonces, unos días después (el 15 de marzo), fue a ver Hitler de nuevo, y una vez más pidió su certidumbre de que respetaría los derechos de la Iglesia católica. Eso no fue todo. El Cardenal y sus obispos, con la excepción del Obispo de Linz, después de haber hablado acerca de la "voz" de la sangre instó a todos los austríacos a que votaran por Hitler en el plebiscito. Bajo su propia firma él escribió entonces la sagrada fórmula "Heil Hitler". Así acabó Austria.

EL VATICANO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

CAPÍTULO 13

CHECOSLOVAQUIA Y EL VATICANO



Monseñor Hlinka y Monseñor Tiso

A unas pocas semanas de la absorción de Austria en el mayor Reich, Hitler estaba empleando las mismas tácticas para con los católicos de la pequeña república de Checoslovaquia. Uno pensaría que los católicos en los varios países lindantes con la Alemania Nazi habrían aprendido su lección por el destino asignado a Austria y, sobre todo, a la Iglesia austríaca. Ese no fue el caso. Pronto ellos estaban cooperando entusiastamente con Hitler, como si nada hubiese sucedido. El Vaticano, por supuesto,

estaba en el trasfondo, porque, como tendremos ocasión de ver, el movimiento católico que ayudó a Hitler a desgajar la República fue liderado por un muy devoto prelado católico, una miniatura de Monseñor Seipel.

Antes de seguir más adelante, repasemos concisamente el trasfondo de la ruptura de la República.

La Iglesia católica ha odiado a Bohemia desde los días de Juan Huss, el gran "hereje", quién fue quemado por la Iglesia debido a sus atrevidas ideas. Durante la Guerra de los Treinta Años los ejércitos católicos destruyeron y saquearon el país de tal manera que, al final de las hostilidades, éste quedó reducido a la máxima miseria y desesperación. No obstante que este país había sido en otros tiempos uno de los más florecientes en la Europa medieval. Su población, alguna vez estimada en más de, 3,000,000, se redujo a 780,000 personas. Sus ricas aldeas y ciudades que alguna vez fueron 30,000, se redujeron a sólo 6,000. Las restantes habían sido destruidas, quemadas, o dejadas desiertas por la matanza de sus habitantes. Después de este holocausto, la plaga hizo el resto. Cien mil personas fueron matadas por ella, y muchos miles de bohemios se dispersaron como refugiados por toda Europa. El una vez próspero Reino de Bohemia dejó de existir. Pasó a estar bajo la Austria católica y se volvió un apéndice de los Habsburgos.

Así el nacimiento de la Reforma católica y el control político católico coincidió con la desaparición de la vida políticamente independiente de los territorios de la Corona Checa. Durante los tres siglos precedentes a la Primera Guerra Mundial los Checos estuvieron sujetos al Imperio Austrohúngaro bajo la Dinastía de los Habsburgos.

Ya hemos visto que la Casa de los Habsburgos era devotamente católica, y el papel que desempeñó fomentando el Catolicismo en las tierras sometidas a su dominio. Bajo los Habsburgos la Iglesia católica recuperó completamente la posición que había perdido en los siglos quince, dieciséis, e incluso el diecisiete. En esta parte del Imperio, así como en Austria, la Iglesia y el despótico gobernante Habsburgo hicieron un pacto de ayuda e intereses mutuos, que ellos se esforzaron por mantener y fortalecer. En más de una ocasión la Iglesia se volvió el instrumento político de los Habsburgos -y viceversa. Como resultado los Nacionalistas, y elementos aliados anhelantes de libertad en la nación Checa, cercaron a la comunidad de intereses subsistente entre la Iglesia católica y el detestado régimen Habsburgo. Ellos objetaban la diferencia entre los intereses de la nación y los de la Iglesia. Estos elementos serían encontrados entre la gente común de aquéllos que se oponían a la Iglesia. Su oposición fue despertada porque en la Iglesia ellos percibían un baluarte del despotismo Habsburgo, constituyendo una señal infamante de la reaccionaria administración social, política, y nacional a la cual la Iglesia apoyó en todas las ocasiones con todo su vigor.

Además, bajo el régimen Austrohúngaro, todas las corrientes de pensamiento y todas las ideas o principios no en armonía con la religión católica fueron grandemente penalizados y boicoteados. Esta censura asumió, simultáneamente, el doble aspecto de una persecución religiosa y política. El Catolicismo era favorecido, no sólo porque la dinastía era profundamente católica, sino también porque el Catolicismo era, como los gobernantes veían, una apropiada arma para mantener al pueblo completamente sumiso.

El Catolicismo reinó supremo en la tierra de los Checos, y aunque a algunas otras Iglesias se les concedió reconocimiento Estatal, los no católicos fueron penalizados en gran medida. El pensamiento libre era tolerado, pero los servicios públicos, junto con la enseñanza y otras profesiones, sólo eran accesibles para los miembros de la Iglesia. En consecuencia sólo 13,000 personas se atrevieron a registrarse como Librepensadores. No es sorprendente, por lo tanto, que la liberación de los Checos y Eslovacos de la dominación Austrohúngara después de la Primera Guerra Mundial fuera seguida por un fuerte movimiento "lejos de Roma" y dirigido contra la Iglesia. La Iglesia se había identificado muy estrechamente con la dinastía de los Habsburgos y con el principal instrumento de dominación de los Habsburgos, el Catolicismo político.

Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, pero principalmente en el año siguiente al establecimiento de la República Checoslovaca, se introdujeron reformas para dar a la Iglesia un carácter específicamente nacional. La lengua checoslovaca iba a ser el idioma litúrgico, y se crearía un patriarcado para el territorio de la República, disfrutando de la misma independencia que la Iglesia Católica Griega. Aquella porción del clero de Checoslovaquia que había avalado estos esfuerzos sólo con mucha vacilación, abandonó el pensamiento de cualquier desarrollo adicional del plan ni bien la desaprobación del Vaticano se volvió evidente. Sólo un muy pequeño grupo de clérigos, que también aspiraban a abolir la regla de celibato, insistió en estas reformas y finalmente fue tan lejos como para poner los fundamentos de "la Iglesia de Checoslovaquia." Esta Iglesia, en un tiempo muy corto, perdió toda conexión interna con la Iglesia católica. La desaprobación del Vaticano no sólo se suscitó por cuestiones religiosas, sino también por asuntos políticos.

Entre 1918 y 1930 aproximadamente 1,900,000 personas (principalmente checas) cambiaron su religión, siendo la mayoría desertores de la Iglesia Católica Romana. Unas 800,000 de éstas, todas ellas checas, formaron una nueva Iglesia Checoslovaca. Su Iglesia representaba una especie de Catolicismo reformado, y, siendo independiente de Roma, no estaba contaminada por recuerdos del odiado contacto con los Habsburgos. Aproximadamente 150,000 se volvieron protestantes de una clase u otra, y el resto, alrededor de 854,000, se declararon abiertamente agnósticos. La abrumadora mayoría de los ciudadanos de la nueva República, sin embargo, equivalente a 73.54 por ciento, permanecieron católicos, aunque muchos de ellos sólo eran católicos de nombre. No obstante, fuertes movimientos anticatólicos continuaron sus actividades, dirigidas a la separación de Iglesia y Estado y a la ratificación civil obligatoria del matrimonio.

El Estado continuó neutral en cuestiones religiosas y su Constitución garantizaba completa libertad de conciencia y de profesión religiosa. Todas las profesiones religiosas fueron declaradas iguales ante los ojos de la ley, y ninguna fue reconocida como Iglesia Estatal. Toda Iglesia que cumplía con la Ley recibía el reconocimiento oficial. Así el Estado, dando una garantía de no interferir en cuestiones religiosas, estaba justificado al demandar una garantía recíproca de las Iglesias -ellas no debían interferir en los problemas políticos, que eran la esfera del Estado.

Debido a este entendimiento, en los años siguientes a la creación de la República, la Santa Sede aceptó el hecho consumado y en 1918 reconoció al Estado. El Estado por lo tanto no tenía ninguna causa de disputa con la Iglesia Católica Romana, excepto con respecto a las estipulaciones de la Ley de Reforma de la Tierra. Esta ley afectaba, entre otras, a las grandes propiedades poseídas por los dignatarios católico romanos y las

Órdenes religiosas. La cuestión se había arreglado posteriormente en base a un intercambio.

El Vaticano, por otra parte, esperaba que el Catolicismo cosecharía fácilmente grandes ventajas sociales y políticas desde la libertad concedida a la Iglesia por el espíritu democrático de la República. Así una especie de acuerdo mutuo fue alcanzada por el Vaticano y la República. El Estado iba a otorgar ciertas prerrogativas en el campo religioso reclamado por la Iglesia como su derecho, y la Iglesia católica iba a ejercer su libertad religiosa. A cambio, el Vaticano ordenó cesar sus actividades a todos los elementos católicos que trabajan para la restauración del Imperio Austrohúngaro o que trabajaban en pro de reformas desestabilizantes.

En ese momento el Vaticano tenía buenas razones para esta acción. Primero, el éxodo masivo de la Iglesia por checos católicos, como se registró anteriormente, era alarmante; segundo, la sospecha y la antipatía sentidas hacia la Iglesia Católica en las mentes de muchos estaban en aumento. En tercer lugar, había la esperanza, de que con la libertad recientemente garantizada a la Iglesia, ella sería capaz de volver a fortalecer su posición. De esta manera la diplomacia del Vaticano hizo su mayor esfuerzo para consolidar los lazos de unión entre los eslavos orientales y los occidentales, a pesar de las disputas religiosas en la Rutenia subcarpática.

La ratificación de este Modus Vivendi [arreglo entre las partes] fue justificadamente considerada como un evento político de primera importancia. Los problemas no resueltos, prometiendo causar dificultades recurrentes, parecían haber sido resueltos de una vez por todas. Las relaciones entre la República y el Vaticano fueron aseguradas. En 1935 se llevó a cabo un Congreso Eucarístico en Praga. El Cardenal Verdier, el francés Arzobispo de París, fue a Praga como el Legado Papal. En noviembre de 1935 el Arzobispo Kaspar de Praga fue designado Cardenal.

Este estado de aparente cordialidad entre la Iglesia y el Estado comenzó en 1917 bajo los auspicios de Edward Benes. Él comprendió la importancia del Catolicismo en Checoslovaquia, en la nueva República, y como un factor internacional, y por lo tanto intentó establecer relaciones con el Vaticano. Se restablecieron relaciones diplomáticas normales con el Vaticano inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Una embajada checoslovaca en el Vaticano fue creada sin demora y un Nuncio Papal fue designado para Praga.

Tras poco tiempo después de esto, el Dr. Benes, en su carácter de Ministro de Relaciones Exteriores de la República, inició negociaciones tratando sobre diversas cuestiones político-eclesiásticas. Las negociaciones comenzaron en el año 1921 con el Cardenal-Secretario de Estado, Gaspari, y el Cardenal Ceretti, y continuaron en 1923 en ocasión de una visita posterior del Dr. Benes a Roma.

Cualquier Iglesia o denominación religiosa aparte de la Iglesia católica habría estimado tal conducta en una República secular, como la República checoslovaca, como perfecta, y se habrían hecho esfuerzos por cooperar con el Estado en el desarrollo y fomento de tan cordial relación. Con la Iglesia católica era diferente. La Iglesia Católica demandaba un derecho tras otro, y en sus demandas exhibía esa intransigencia que es su peculiar característica. El ejemplo más típico ocurrió en 1925, cuando la República checa planeaba una gran ceremonia nacional para conmemorar al héroe del país, Juan Huss.

Sucedió, sin embargo, que la Iglesia había condenado a Juan Huss, en su tiempo, como un hereje, un propagador de errores, y un enemigo del Catolicismo. El Vaticano pidió por consiguiente al Gobierno checo que no celebrara estas festividades, para que no se ofendiera a la Iglesia y a los católicos checos por la glorificación de un "hereje" que se había atrevido a desobedecer al Vaticano.

Naturalmente, la respuesta del Gobierno checo fue la que debía ser. Las festividades tendrían lugar con o sin la aprobación del Vaticano. El Vaticano pidió a los checos, y particularmente a los católicos eslovacos, que comenzaran una campaña de protesta contra semejante conmemoración. Esta orden fue debidamente obedecida. La Prensa católica y la Jerarquía escribieron y predicaron contra el Gobierno y contra Juan Huss hasta que el problema se volvió de gran importancia, no sólo en su aspecto religioso, sino también socialmente y políticamente. El Vaticano, percibiendo que todos sus esfuerzos por prevenir las celebraciones eran inútiles, ordenó al Nuncio Papal en Praga que protestara "contra la ofensa dada a la Iglesia católica honrando un hereje." El Vaticano instruyó al Nuncio Papal para que dejara Praga después de pronunciar su protesta, y el 6 de julio de 1925, dejó la capital. Las relaciones Diplomáticas entre la República y el Vaticano fueron suspendidas.

El lector debe notar que, durante estos eventos, la República checa todavía estaba concediendo al Vaticano una petición tras otra; se olvidó el papel desempeñado por la Iglesia Católica, en alianza con los odiados Habsburgos, durante tres siglos de suprimir las aspiraciones nacionales checas. Después de llevar a cabo la conmemoración, la República Checa continuó el esfuerzo por cultivar la amistad con el Vaticano y tuvo éxito en restablecer las relaciones con Roma. Así la joven República siguió el curso de amistad con la Iglesia Católica, permitiéndole completa libertad.

Fiel a sus principios, la Iglesia produjo quejas de un carácter puramente social y político. Tres se destacaron: Primero, que Eslovaquia, aunque eminentemente católica, no disfrutaba de aquella libertad que una población católica tenía el derecho a disfrutar; Praga mantenía al pueblo bajo un yugo "Husita". Segundo, que los mismos principios de libertad religiosa y política enunciados por la República, estaban aumentando la propagación del "Bolchevismo". En tercer lugar, que la República estaba en términos demasiado estrechos y amistosos con "la atea Rusia bolchevique".

Durante años el Vaticano, actuando a través de los canales diplomáticos, de los católicos locales, y de la Jerarquía, intentó influir directa e indirectamente en la República para que se rindiera "al deseo de la Iglesia" sobre estas cuestiones. Pero la República, aunque actuaba imparcialmente con respecto a la Iglesia, también era imparcial en sus principios y sus intereses políticos, y por lo tanto seguía la política más apropiada para su propio bien. Es decir, la República trataba al eslovaco ultracatólico igual que a cualquier otro ciudadano. Se permitía libertad política al católico tanto como al comunista, y se cultivaba cada vez más la amistad con la Rusia soviética como un resguardo contra los enemigos de la República, especialmente Alemania.

El pilar principal de la política exterior de la República checoslovaca había sido la edificación de una estrecha y segura amistad y alianza con la Rusia soviética, por razones obvias. Es suficiente dar un vistazo al mapa de Europa, donde se observa la posición de Checoslovaquia junto a Alemania, para entender por qué los checos deseaban la amistad de Rusia. Debido a esta alianza checa-rusa, la joven República

permanecía como un Gibraltar medioeuropeo en el camino de la Alemania Nazi a Ucrania, la cual Hitler había declarado repetidamente que anexaría, sobre todo en su Mein Kampf. Los católicos en Checoslovaquia y en otras partes, así como el Vaticano, nunca dejaron de quejarse por esta alianza. En más de una ocasión el Gobierno checo fue de hecho acusado de ser un "agente bolchevique" en Europa. Es notorio que los más acérrimos y vociferantes críticos eran católicos.

Los principios democráticos y la amistad con Rusia eran responsable, según el Vaticano y los católicos, por el aumento desproporcionado de los Socialistas y comunistas dentro de la República; ellos eran un peligro. En la última elección en la República los Socialistas y los comunistas, de hecho, registraron más de 1,700,000 votos. Finalmente los eslovacos quisieron separarse del cuerpo de la República con el argumento de que todos ellos eran católicos. Ellos querían un Estado católico donde la religión católica sería la suprema, y, como se dijo antes, ellos detestaban el gobierno de "los Herejes Husitas" queriendo decir, por supuesto, los Liberales checos.

El Vaticano, que afirma nunca interferir en política, empezó a ejercer presión política sobre la República en su siempre recurrente manera. En esta ocasión, habiendo percibido que todos sus acercamientos al Gobierno Central con respecto al abandono de la amistad checa con la Rusia Soviética y con respecto a las libertades civiles concedidas a los Socialistas y los Comunistas habían sido en vano, empezó a ejercer una especie de chantaje político contra el Gobierno Central. Esto fue hecho confrontando la República Checa con la amenaza de que si ella no cambiaba radicalmente su política doméstica y exterior, la Iglesia recurriría a la clase de presión a la cual el Gobierno era más sensible -a saber, el apoyo al movimiento separatista de los católicos eslovacos. El Vaticano hizo esto, y por un periodo de varios años dio su protección al movimiento separatista en Eslovaquia con un grado de éxito variable según su influencia en los sucesivos Gobiernos Centrales. Debe recordarse que, aunque muchas causas raciales, políticas, y económicas estaban involucradas en la agitación separatista, la cuestión religiosa no era insignificante; lejos de ello, el movimiento estaba en las manos de católicos celosos, y de hecho los mismos líderes eran sacerdotes católicos.

Esta presión sobre Praga, ejercida durante varios años, era más o menos indirecta; pero los problemas estaban llegando a un punto crítico. El climax fue alcanzado cuando el Nuncio Papal interfirió tan abiertamente en los asuntos checoslovacos que el muy tolerante Gobierno fue obligado a intervenir. El Nuncio Papal se atrevió a publicar una carta en la cual animaba y apoyaba las demandas eslovacas católicas, y su expulsión del territorio de la República se volvió algo indispensable. El Vaticano, por supuesto, protestó. Además de ejercer presión sobre el Gobierno Checo a través de sus adherentes católicos dentro de la República, apeló a la Jerarquía francesa, e incluso a ciertas autoridades políticas francesas. Esto ocurrió durante 1934 y 1935 -fechas que deberían ser recordadas en relación con el capítulo sobre Francia. Como veremos, al tratar sobre ese país, los fuertes elementos católicos en Francia ya estaban en acción apuntando a la creación de autoritarismos domésticos e internacionales por toda Europa. Sus dos objetivos principales eran el antibolchevismo y una Sociedad construida sobre principios católicos.

El Gobierno francés, apoyado por católicos celosos, cooperó con el Vaticano y los checos católicos al reprobar al Gobierno Central organizando, en 1935, una gigantesca manifestación en Praga. El Primado de Francia, el Cardenal Verdier, estuvo presente

como Legado Papal, y los católicos polacos y austríacos tuvieron un rol prominente. La Manifestación de Praga, organizada por el Vaticano, fue un acto de abierto desafío así como una amenaza al Gobierno checo.

Desde ese momento los eventos marcharon rápidamente. El Vaticano, en cooperación con otros elementos europeos —principalmente los católicos polacos y austríacos, Hitler, y los reaccionarios franceses— comenzaron a obrar para la desintegración de "la República Hussita".

Antes de proseguir con los eventos que provocaron la desintegración de la República, demos una breve mirada a algunos elementos característicos dentro del cuerpo del Estado, que contribuyeron no poco a su destino final.

En la República checoslovaca había varios partidos políticos en ese momento. Uno de los partidos reaccionarios principales era el Agrario, que no sólo alentó la formación del Partido alemán de los Sudetes, sino que realmente lo ayudó de numerosas formas. Este Partido de los Sudetes, conducido por el católico Henlein, promovía el abandono del pacto defensivo de la República Checa con la Unión Soviética y defendía ardientemente una política de entendimiento con el Tercer Reich.

Otro partido importante era el Partido del Pueblo Checoslovaco, un partido católico fundado bajo el régimen Austrohúngaro. Este partido permaneció fiel a la Austria católica hasta poco antes de la revolución. Después decidió ejercer su influencia en el lado del movimiento Nacional Checo, e hizo su apelación a los sentimientos católicos de los obreros con éxito variado.

En Eslovaquia estaba el Partido Populista eslovaco, esencialmente un partido católico. Originalmente éste tendió a trabajar lado a lado con su equivalente checo, pero, con el paso del tiempo, se transformó en un Partido Nacionalista Eslovaco. Este partido era liderado por un sacerdote católico, el Monseñor Hlinka, y representaba la fuerte oposición a la unificación que había existido en ciertos círculos desde la fundación de la República. Éste actuaba como portavoz del Catolicismo así como del Conservadurismo en toda Eslovaquia. Su queja principal era que Eslovaquia no había obtenido plena autonomía ni derechos similares. Entre otras cosas, el sacerdocio católico sentía que que los recursos educativos mejorados puestos por la República a disposición del pueblo eslovaco era "una muy seria amenaza" a la posición privilegiada de la Iglesia católica. Ya hemos indicado que la educación en Checoslovaquia era secular y no sectaria, aunque el Gobierno subsidiaba la enseñanza de las religiones en las escuelas. Esta subvención, sin embargo, era independiente de cualquier denominación religiosa en particular -un arreglo que la Iglesia católica condenó.

La República Checa había hecho pasos gigantescos en cuanto a la educación pública, y en este campo era uno de los países más progresistas de Europa. Sería de interés dar un vistazo a algunas cifras con respecto a los eslovacos, que se quejaban del tratamiento dado a ellos por "los tiránicos Husitas checos." En 1918, 2,000,000 de eslovacos tenían sólo 390 maestros eslovacos para sus niños, sólo 276 escuelas elementales eslovacas, y ningún otro establecimiento educativo eslovaco. La situación en la Rutenia subcarpática era todavía peor, porque no había absolutamente ninguna escuela. En 1930 la República Checa había proporcionado a Eslovaquia 2,652 escuelas elementales, 39 escuelas secundarias, 13 colegios técnicos superiores, y una universidad. Todo esto en doce años.

Los gobiernos Estatales y municipales construyeron, en un promedio, 100 nuevas escuelas por año, y durante los primeros catorce años de la vida de la República construyeron 1,381 nuevas escuelas elementales, y 2,623 más fueron ampliadas y modernizadas. Durante el mismo período la República construyó dos nuevas universidades, nueve colegios técnicos superiores nuevos, y 45 escuelas secundarias nuevas.

Estos son los datos de la joven República en la católica Eslovaquia cuyo lema "Eslovaquia para los eslovacos" estaba basada, entre otras cosas, en el antisemitismo y en la decisión de frenar e invertir la integración racial de la República Checa. El Partido rechazó en numerosas ocasiones las peticiones para unirse al Gobierno Central.

Además de los partidos anteriormente mencionados, estaba la "Unión Nacional" -un movimiento de tendencia claramente reaccionaria, fundado en 1935. Éste estaba dividido en dos grupos, basados en principios fascistas, el Frente Nacional y la Liga Nacional.

Éste, entonces, era el trasfondo de los eventos que vamos, muy sucintamente, a relatar.

En el capítulo que trata sobre Alemania ya hemos relatado los planes discutidos entre el Vaticano y Hitler antes y después del Anschluss, cuando se volvió obvio que la próxima víctima tenía que ser Checoslovaquia. Una vez más Hitler, con la cooperación del Vaticano, empleó las herramientas católicas para lograr sus objetivos. Por supuesto, él no trabajó con el Vaticano para fomentar la religión; ni el Vaticano trabajó con Hitler para fomentar la particular clase de Totalitarismo de la nueva Alemania. Cada uno cooperó con el otro para lograr su propio objetivo.

Ya hemos dicho que el Vaticano, habiendo ejercido durante años presión sobre la República, comenzó a trabajar por la ruina del Estado checo después de la expulsión del Nuncio Papal. Éste logró su fin por medio de la presión interna en la población católica y por la negociación con Hitler.



Los eslovacos católicos, liderados por el Padre Hlinka, continuaron su agitación durante el tiempo en que la República enfrentaba la amenaza del avance de la Alemania Nazi. Hitler no tenía ninguna necesidad de Eslovaquia para sus primeros pasos hacia la apropiación de la República; pero necesitaba una excusa para justificar su invasión destinada a proteger a los alemanes de los Sudetes. Él no tenía mucho que investigar. Una herramienta lista y fácil estaba a mano, el muy conciente católico, Henlein, empezó una agitación para promover los objetivos de Hitler. ¿Cómo podía cualquier persona sensata, a menos que estuviese cegada por un odio político fanático, no haber aprendido la lección de los austríacos católicos cuya traición había ocurrido unos meses antes? Sin embargo muchos católicos se unieron para apoyar a Henlein y a los planes de Hitler. Es verdad que un gran número de católicos se opuso, pero su oposición estaba basada, no en fundamentos políticos, sino más bien en el temor de que Hitler trataría a la religión católica en su país como lo había hecho en Austria. En este punto Hitler le dio su solemne palabra de honor al católico Henlein, quien había transmitido al Fuehrer las objeciones de los católicos de los Sudetes. Hitler prometió que respetaría todos los derechos y privilegios de la Fe católica entre la población de los Sudetes.

Para convencer a los católicos de los Sudetes, y sobre todo a los Poderes Occidentales, Mussolini fue empleado en el complot. Él publicó una carta abierta que declaraba que las conversaciones privadas con Hitler lo habían convencido de que Alemania sólo quería separar la franja alemana de Checoslovaquia. Así Henlein y sus seguidores católicos continuaron su agitación con violencia mayor, apoyados directa e indirectamente por los eslovacos católicos, que consideraron falso que ellos estuvieran molestando seriamente al Gobierno Central y que estuvieran provocando el primer paso en la desintegración de la odiada República.

Llegó Munich [el pacto firmado entre Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña, aprobando la cesión de los Sudetes a Alemania], con todas las complicaciones internacionales involucradas y el mal augurio que esto presagiaba para el futuro. No es la tarea de este libro entrar en la controversia de si era o no aconsejable para las democracias occidentales rendirse ante la Alemania Nazi. Queremos, sin embargo, enfatizar un hecho importante relacionado al problema que estamos estudiando -a saber, la indirecta pero decisiva influencia del Vaticano en este desgraciado problema internacional. Primeramente, debe observarse que la Iglesia Católica en Eslovaquia era la causa primaria de la desintegración de la República, en un momento cuando su unidad era lo más esencial. En segundo lugar, cuando Hitler hizo su primer seccionamiento en el cuerpo de la República, separando las tierras de los Sudetes de Checoslovaquia, la herramienta empleada fue Henlein, un católico, como sus partidarios y seguidores, con la excepción de los Nazis y los fanáticos Nacionalistas alemanes. En tercer lugar, ese Gran Poder que había dado su garantía de respetar su tratado con la República Checa, no mantuvo esa promesa, Francia, que abandonó a Checoslovaquia a su destino.

Este tercer punto lleva directamente a un campo muy polémico donde nos envolveríamos en discusiones internacionales demasiado amplias para este libro y demasiado ajenas a su plan. Sólo se necesita recordar que ya había en Francia fuertes elementos fascistas, muy poderosos detrás de escena. Éstos estaban trabajando para crear un sistema de Totalitarismo en primer lugar francés, y más tarde uno europeo.

Debe observarse además que estos elementos fascistas consistían de católicos celosos, no importa si sus componentes se originaban en el sector industrial, financiero, dueño de tierras, u oficial. Todos tenían el mismo terrible temor hacia la Rusia soviética y el Comunismo tal como lo poseía el Vaticano. De hecho, su alianza con el Vaticano fue diseñada para tomar medidas para destruir este peligro. (Ver el Capítulo 16, "Francia y el Vaticano")

Es destacable que Francia abandonó a su amiga en el mal momento, mientras que la Rusia soviética declaró clara y precisamente, y en numerosas ocasiones, una disposición a luchar si Francia honraba su palabra. Ya se ha descrito a Checoslovaquia como una especie de Gibraltar mediterráneo y una fortaleza en el camino Comunista, y así se presentaba ante las mentes de la Iglesia Católica y de muchos elementos franceses reaccionarios; era principalmente, por esta razón que ellos deseaban su liquidación.

Veremos con mayor detalle que fuerzas estaban en acción en Francia, obrando en este caso en acuerdo con la política del Vaticano. Por el momento es suficiente decir que Hitler logró sus fines, a pesar de la opinión adversa de sus propios generales.

Hitler, sin embargo, no se atrevió a ocupar la totalidad de la República Checa, estimando más aconsejable lograr su tarea por grados, el primer y más importante paso - a saber, la separación de la tierra de los Sudetes del cuerpo de Checoslovaquia- había sido dado. Su objetivo era obtener la posesión de toda Checoslovaquia sin precipitar una guerra europea antes de que estuviera listo, tenía que trabajar por la ruptura de la República desde adentro, y, una vez más pensó en los católicos, él volvió sus ojos hacia Eslovaquia, donde encontró la inmediata y entusiasta cooperación de la Iglesia Católica.

Mientras el Padre Hlinka lideró al Partido católico en Eslovaquia, refrenó a sus seguidores, y en varias ocasiones incluso al Vaticano, de ir al extremo. Su política buscaba alcanzar la autonomía para Eslovaquia, pero no la separación. Cuando el Nuncio Papal le había dado a entender que un Estado eslovaco católico independiente sería provechoso para la Iglesia, y que por consiguiente los eslovacos debían esforzarse para separarse de la República, el Padre Hlinka fue lo suficientemente honrado como para contestar que él no creía que esto, a la larga, sería beneficioso para Eslovaquia. Al mismo tiempo le recordó al Nuncio que él había jurado fidelidad a la República Checa.

El Padre Hlinka murió en 1938, todavía instando a los católicos a contentarse con la autonomía y a no poner en peligro la República presionando por una completa separación. Pero entonces otro sacerdote -a saber, Tiso- quién había sido uno de sus más fervorosos seguidores, alcanzó prominencia y poder. Mientras las negociaciones estaban prosiguiendo, y el Padre

Hlinka se sujetaba a la presión del Vaticano y a los más extremistas de los católicos eslovacos, Tiso se había distinguido por su docilidad al Nuncio Papal y a las sugerencias de Roma. El Vaticano reconoció rápidamente sus servicios y Tiso fue hecho Monseñor.



Monseñor Tiso

Inmediatamente se convirtió en el Primer Ministro de Eslovaquia. La primera acción de Tiso fue alzar el grito por la independencia. Esto se hizo con el completo acuerdo entre el Vaticano y Hitler, que sabían cómo se desarrollaría el plan en el futuro. El Presidente de la República checa -de quien, a propósito, el Sr. Tiso había tomado el juramento de lealtad- lo depuso.

¿Qué hizo Tiso? Huyó inmediatamente a la Alemania Nazi, el país de su defensor y amigo Hitler. Era un detalle de cierta importancia que el estrecho y continuo contacto de Hitler con Monseñor Tiso se hubiese mantenido a través de la mediación de otro católico, Seyss-Inquart de Austria. Como intermediario en el modelado de la conspiración entre Hitler y Monseñor Tiso, Seyss-Inquart había desempeñado su papel. Hiller pidió que Seyss-Inquart fuera con un avión para transportar a Monseñor Tiso hasta Berlín.



Hitler y Monseñor Tiso

Habiendo recibido una más que cordial recepción en Berlín, Monseñor Tiso inició una estrecha deliberación con Hitler y Ribbentrop, manteniéndose al mismo tiempo en aún más estrecho contacto con el representante del Vaticano. En este momento el Secretario de Estado del Vaticano, quien por tantos años había moldeado la política de la Iglesia católica, fue coronado como el nuevo Papa, tomando el nombre de Pío XII. Él había estado tan ocupado durante los días que precedieron a la caída de la República Checa que, como su biógrafo registra, sólo pudo tomar unos pocos días de descanso. De hecho, su pontificado había empezado con dos grandes problemas que requerían un muy cuidadoso tratamiento. Éstos eran la invasión de Albania por Mussolini y el apoderamiento de Checoslovaquia por Hitler.

Disponemos de pocos detalles acerca de las instrucciones dadas a Monseñor Tiso por el nuevo Papa, pero conocemos que Monseñor Tiso y Ribbentrop estaban consultando con el Vaticano, no sólo a través de los cauces normales, sino también a través del Gobierno fascista. En más de una ocasión durante esta crisis el Gobierno fascista actuó en nombre de Hitler y de Monseñor Tiso en negociaciones con el Papa.

Unos días después de la llegada de Monseñor Tiso en Berlín, la prensa Nazi empezó a hacer circular los relatos de los horrores infligidos por el gobierno checo en la Eslovaquia católica. Tiso telefoneó a sus amigos católicos en Eslovaquia porque Hitler le había dado una promesa de apoyar la causa eslovaca católica si ellos hacían una declaración de independencia. Entretanto los húngaros también fueron incitados a tomar parte en el juego. El Primado católico húngaro, que se comunicaba directamente con el Vaticano y con quien Tiso había estado en contacto, ahora cosechaba su premio. El Gobierno húngaro, que compartía el odio de Hitler y de otros contra la bolchevique República Checa, exigió Rutenia al Gobierno checoslovaco. La Polonia católica también estaba pidiendo la liquidación de la República Husita por ser la amiga de la Rusia bolchevique. Así la Polonia católica estaba abiertamente al lado de Hitler demandando el desmembramiento de la nación Checa.

De tal manera fue decretada la tragedia. Hitler convocó al Presidente de la República a Berlín, donde él llegó el 15 de marzo, a la una de la mañana. Se le ordenó que cediera su país, con la alternativa de que, si no firmaba, setecientos bombarderos Nazis aplastarían Praga, la capital Checa, dentro de cuatro horas.

El Presidente Hácha firmó, y el destino de la República Checa fue sellado. El "crepúsculo de la libertad en Europa Central", como el New York Times dijo, había comenzado. Las tropas Nazis ocuparon Praga y el resto del país. Bohemia y Moravia se volvieron, en el lenguaje del Nazismo, "Protectorados", mientras que la Eslovaquia católica fue ascendida a la condición de un país independiente como un premio por la ayuda dada a Hitler. La República checoslovaca había dejado de existir.

Así se puso exitosamente otro escalón hacia el logro del gran plan del Vaticano. Una República cuya política interna permitió la propagación del Bolchevismo y que no permitió que se formara un Estado católico pleno, una República que era amigable con la Rusia soviética atea, había desaparecido. Sobre su tumba fue construido un nuevo Estado católico, conformado completamente a los principios expuestos en la Bula Papal Quadregesimo Anno, y pronto este Estado fue incorporado al tejido de la recientemente emergente Europa católica cristiana fascista.

Inmediatamente después del nacimiento del nuevo Estado Católico de Eslovaquia, Monseñor Tiso, quien se había convertido naturalmente en Primer Ministro, empezó a moldearlo según los nuevos principios totalitarios, antidemocráticos, antiseculares y antisocialistas predicados por Mussolini, Hitler, y la Iglesia católica.

La primer consideración de Monseñor Tiso fue encontrar un nuevo lema para el nuevo Estado católico. Él decidió -"Por Dios y la Patria." Después ordenó una nueva acuñación que llevaba los retratos de los grandes santos eslavos Cirilo y Metodio. Intercambió naturalmente representantes oficiales con el Vaticano. Aprobó leyes contra el Comunismo, el Socialismo, el Liberalismo, el Secularismo, etc., suprimiendo sus periódicos y organizaciones. Igualmente desaparecieron la libre opinión, la libertad de Prensa, y la libertad de expresión. El Estado fue reorganizado según el modelo fascista. La juventud fue regimentada a semejanza del sistema de las juventudes hitlerianas y las escuelas se conformaron a los principios de la Iglesia católica. Incluso las tropas de asalto fueron copiadas de los Nazis, y una legión de voluntarios católicos fue reclutada y enviada para luchar lado a lado con los ejércitos Nazis contra Rusia.

Mientras estaba ocupado con todas estas actividades, Monseñor Tiso y casi todos los miembros de su Gabinete, junto con muchos miembros del Parlamento, hicieron un retiro regular de tres días completos en cada Cuaresma. Ellos frecuentaban los servicios de la Iglesia con sumo fervor, y el mismo Monseñor Tiso nunca permitía que los cuidados de su nuevo cargo interfirieran con sus deberes sacerdotales. Todas las semanas, como Monseñor Seipel, él abandonaba durante un tiempo el cuidado del Estado para actuar como el simple cura párroco de la Parroquia de Banovce.

La nueva estructura social del Estado, como ya fue sugerido, estaba basada en el sistema corporativo, como fue enunciado por los Papas. Los sindicatos fueron por consiguiente abolidos porque, como Monseñor Tiso explicó, "ellos estaban bajo la influencia saturante del Liberalismo y del Individualismo; para impedir que estos elementos de descomposición causaran destrucción debíamos unificar las organizaciones profesionales y organizar nuestro país entero sobre una base corporativa, como fue enseñada por la Iglesia católica" (17 de abril de 1943). "Los obreros eslovacos pueden descansar seguros de que no necesitan soñar con un supuesto Paraíso bolchevique, o esperar un orden más justo de los extranjeros del este. Los principios de la religión les enseñarán lo que significa un orden social justo."

Siguientes en importancia al sistema corporativo vinieron las leyes para la protección de la familia, como era enseñado por las doctrinas de la Iglesia Católica y del Fascismo. Éstas eran una réplica de las leyes fascistas, y todo fue hecho para ver que la familia emprendiera la más temprana enseñanza de la religión, la obediencia, y el totalitarismo a la generación más joven.

Luego Tiso organizó la juventud eslovaca católica según el modelo de las juventudes Nazis. Él creó la Guardia de Hlinka y la Juventud de Hlinka. Además de esto organizó el Servicio Obrero Eslovaco copiado del modelo Nazi, y el Partido del Pueblo Eslovaco de Hlinka. Todas estas organizaciones eran, por supuesto, 100 por ciento totalitarias, excepto que en ciertas materias había una mezcla con el fascismo italiano. En todo los otros aspectos, el modelo adoptado en Eslovaquia era el del fascismo Nazi, y ambos fueron amalgamados por el espíritu y los eslóganes de la Iglesia Católica.

En el programa de su Gobierno, Monseñor Tiso predicaba desde los textos de Hitler; exigía la disciplina y la obediencia ciega. Él introdujo la instrucción religiosa en las escuelas y concedió privilegios a la Iglesia. Sólo aquellos que ostentaban ser católicos celosos podían esperar ser empleados en el Estado, las escuelas, y en la administración pública. Todos aquellos que eran sospechados de Socialistas o de simpatías Comunistas eran boicoteados. Gradualmente las cárceles se llenaron de delincuentes políticos.

De nuevo en imitación de Hitler, Tiso creó escuelas políticas especiales en las que los estudiantes eran enseñados en los principios fundamentales del Totalitarismo Católico. Él inició a los Nazis incluso en su persecución de los judíos. A ciertos católicos que cuestionaban la justicia de esto, Monseñor Tiso replicó: -En cuanto a la cuestión judía, las personas se preguntan si lo que hacemos es cristiano y humano. Pregunto yo también; ¿es cristiano que los eslovacos quieran librarse de sus eternos enemigos los judíos? El amor por uno mismo es un mandato de Dios, y su amor hace indispensable para mí que quite cualquier cosa que me dañe (discurso de Tiso, el 28 de agosto de 1942). Tiso se hizo la cabeza del Ejército eslovaco. Dirigiéndose a oficiales jóvenes, él frecuentemente les repetía: "¡La nación eslovaca quiere vivir su propia vida como un Estado nacional y católico!" (25 de mayo de 1944).

Aparte de las democracias, el principal odio de Monseñor Tiso y su Estado católico estaba dirigido, por supuesto, contra el Liberalismo, el Socialismo, y el Bolchevismo, y por lo tanto contra la Rusia soviética. Él no ahorró esfuerzos para hacer que los católicos eslovacos fuesen muy aborrecedores del bolchevique. El clero católico estaba completamente de su lado y cooperó con él para suscitar las legiones católicas eslovacas que fueron enviadas al Frente Oriental.

Los planes de dominación de los bolcheviques hacían claro que los eslovacos debían luchar contra las fuerzas de la barbarie y la brutalidad bolchevique, no sólo por su propia supervivencia, sino también por la salvación y protección de la cultura europea y la civilización cristiana (25 de mayo de 1944). El apocalíptico Bolchevismo provocado por los capitalistas está vengándose con muerte y destrucción. Nosotros los eslovacos somos católicos y siempre nos hemos esforzado por promover los intereses del hombre (mensaje de Navidad de Tiso, 1944).

No satisfecho con palabras, Tiso envió una legión a combatir al Bolchevismo y más de una vez visitó personalmente a los legionarios en el Frente Oriental (6 de noviembre de 1941). Él habló contra los Poderes Occidentales como el enemigo principal que el eslovaco debía combatir: "No podemos dudar que la victoria Aliada significaría para nuestro pueblo una sumamente horrible derrota de nuestros ideales nacionales y entregaría a nuestro pueblo a la tiranía de los bolcheviques. Eslovaquia se mantendrá del lado del Pacto Tripartito de Poder [Alemania, Italia y Japón] hasta la victoria final" (27 de septiembre de 1944).

El desarrollo de la guerra, sin embargo, no fue de acuerdo con los deseos de Hitler y Monseñor Tiso. Los ejércitos soviéticos invadieron Alemania así como el territorio de la ex República checoslovaca.

Cuando en 1944, el Presidente Benes fue a Moscú y firmó un pacto con la Rusia soviética, Monseñor Tiso y los eslovacos católicos gritaron hasta el Cielo por el monstruoso crimen del "Husita Benes" al vender a los eslovacos a los "impíos

bolcheviques." Tiso no estuvo solo: los obispos y el clero católicos de los "Protectorados de Bohemia y Moravia" se hicieron eco de sus palabras. Ellos predicaron contra Benes y su Gobierno, luego en Londres. Ellos de hecho fueron tan lejos como para emitir una carta pastoral dirigida contra el Gobierno Checo en Londres. La carta nunca fue publicada, puesto que por este tiempo el Vaticano estaba trabajando de la mano con los Aliados, comprendiendo que la derrota de Alemania era segura. El avance de la Rusia soviética también movió al Vaticano a una prudente supervisión de los pronunciamientos de los católicos que habitaban en la frontera rusa. Los obispos recibieron órdenes de "no comprometerse oficialmente." Inmediatamente después los obispos emitieron severas advertencias "diciendo al pueblo del peligro del Este." Esto fue después de que Benes había firmado el pacto con Moscú.

Tal fue el nuevo Estado Corporativo Católico de Eslovaquia como fue deseado por la Iglesia Católica. La estructura no duró mucho tiempo, porque se desmoronó con la derrota del poder militar Nazi. Pero el fracaso del plan no exonera a aquellas instituciones religiosas y políticas, o a los hombres individuales que habían sido responsables de la desaparición de la gallarda República Checa. Por su ambición para establecer un Estado Fascista totalitario ellos aceleraron el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el Estado eslovaco se volvió el apoyo y el socio íntimo de aquel Nazismo que inundaría a la humanidad en un mar de sangre.

EL VATICANO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

CAPÍTULO 14

POLONIA Y EL VATICANO



La invasión alemana a Polonia

La Segunda Guerra Mundial estalló cuando Hitler atacó Polonia el 1 de septiembre de 1939, sólo unos meses después de que Checoslovaquia había desaparecido. Polonia luchó valientemente pero desesperadamente contra las divisiones blindadas de

Alemania, y después de aproximadamente cuarenta días ella perdió su independencia ante dos poderosos países: la Alemania Nazi y la Rusia comunista. A lo largo de la Segunda Guerra Mundial los ejércitos polacos continuaron combatiendo a la Alemania Nazi; mientras que en el campo político un desastre parecía seguir a otro tanto en la política interna como en la externa, frente a frente con varios grandes Poderes, especialmente la Rusia soviética.

Polonia, la clásica nación mártir de Europa, estaba continuando su poco envidiable pasado. Pero detrás de todo su heroísmo defendiéndose contra la Alemania Nazi, y en su lucha por la independencia, la situación al estallar la Segunda Guerra Mundial no era tan simple como parecía. Intereses políticos, raciales, y religiosos de largo alcance habían conformado la política de Polonia, que luego le hicieron víctima fácil de la agresión de Hitler. Sólo dando un vistazo al trasfondo en el que Polonia condujo su política interna y externa es posible entender, siquiera superficialmente, las razones para los desastres que alcanzaron a la nación.

Antes de seguir adelante nos gustaría enfatizar el hecho de que éste no es el lugar para entrar en las complejas causas sociales, raciales, territoriales, y políticas que moldearon Polonia, especialmente en el período entre las dos guerras mundiales. Sólo podemos intentar examinar la tragedia polaca en aquel aspecto que nos interesa aquí -a saber, el religioso. Y, naturalmente, el Vaticano entra en el cuadro, porque debe recordarse que Polonia es un país sumamente católico. De hecho, uno incluso podría decir que, en su fanatismo y piedad ciegos, Polonia, como nación, es el país más católico de toda Europa.

En Europa del norte, durante siglos, sólo un país permaneció fiel al Vaticano católico, Polonia. Y desde el tiempo cuando su Rey francés volvió a Francia (1574), "tomando con él los diamantes de la corona y dejando tras sí a los Jesuitas", como Michelet dice tan pintorescamente, Polonia ha seguido siendo un baluarte del Catolicismo.

Con razón se ha dicho que la Polonia católica fue en el pasado la Irlanda de Europa del norte. Ella resistió la brutal opresión del Zar ruso y sus intentos para erradicar el amor del pueblo por su nación y su religión. Debido a su pérdida de libertad nacional, y a muchos otros factores, Polonia, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, era todavía un país muy retrógrado en todos los campos del esfuerzo humano. A través de todo este período, y a pesar de la persistente y cruel persecución, la Iglesia Católica era el factor dominante en el país. Los obreros polacos eran los más pobremente pagados y con las peores viviendas en toda Europa (ver Spivak, *Europe Under Terror*).

La segunda característica de Polonia era su piedad. Los polacos, de hecho, eran tan intensamente religiosos que su despliegue de piedad en las calles de sus pueblos era incluso mayor que la que podía encontrarse en los pueblos más atrasados de Chile y Perú (ver *Revue des deux Mondes*" 1 de febrero de 1933). Esta última característica de los polacos no se habría mencionado aquí para detenernos sólo en esto: relatamos esto para mostrar cuán grande debe haber sido la influencia de la Iglesia católica sobre la población. Tal piedad no era en grado alguno menor entre las clases altas, las cuales, desde que Polonia recuperó su independencia política, han sido las más devotas seguidoras del Vaticano en asuntos sociales y políticos.

Esto era porque las clases altas polacas consistían de los elementos más reaccionarios (principalmente grandes hacendados) que podían ser encontrados en esa parte de Europa. Los intereses de estos sectores reaccionarios eran, por supuesto, paralelos a los de la Iglesia católica. Su política se apoyaba en una bisagra principal: el intenso odio a Rusia como país y más aun el intenso odio a Rusia como el centro del Bolchevismo. En esto los elementos reaccionarios polacos y la Iglesia Católica estaban en completo acuerdo. Los polacos, por lo tanto, como polacos y como católicos amoldaron su política en el constante boicot a la Rusia soviética, y aunque, como una nación independiente, ella tenía razón para temer un despertar de Alemania, Polonia concentró no obstante todo su odio sobre su otro vecino.

Para llevar a cabo sus respectivas políticas, los polacos católicos y el Vaticano primero tenían que fortalecer su posición dentro del país. Porque dentro de Polonia había problemas por resolver que, en una escala pequeña, eran los mismos grandes problemas que la Polonia católica y, sobre todo, el Vaticano querían resolver en el escenario de la política europea. Esta política interna era la de mantener el estatus quo de los hacendados ricos y la aristocracia en la esfera social, la de "Polonizar" todos los elementos extranjeros, y la de convertir al Catolicismo a todos los que no pertenecían a la verdadera religión. Los objetivos prácticos de esta política eran prevenir la propagación del Socialismo y el Comunismo y, si fuera posible, aplastar a ambos, oprimir a todas las minorías, especialmente a los Ucrucianos, y hacerlas "polacas" a todas, erradicando al mismo tiempo la religión Ortodoxa y sustituyéndola por la Católica.

En la medida que estaban involucrados los asuntos interiores de Polonia, el Vaticano, aunque teniendo los mismos objetivos, tenía más vastas metas, que planeaba alcanzar con la ayuda de la Polonia católica, una de sus muchos socios. Planeaba destruir el ateo país de la Rusia soviética, también exterminar la religión Ortodoxa y suplantarla por el Catolicismo. Veremos cómo el Vaticano intentó llevar a cabo estos planes con Lenín después de la Revolución rusa -planes que fueron reforzados por los deseos de los nacionalistas polacos que nunca se cansaban de soñar con la expansión territorial a expensas de la Rusia soviética. Este sueño había comenzado inmediatamente después de que Polonia fue resucitada por el Tratado de Versalles, y en tal deseo Polonia tenía varios aliados que, como ella, odiaban intensamente al Bolchevismo.

Paderewski fue enviado a Francia, y con muy poca persuasión indujo a los franceses a fortalecer al enemigo del Bolchevismo -a saber, la nueva Polonia- separando dos grandes provincias de Rusia y dándoselas a Polonia, y al mismo tiempo les indujo a debilitar a Alemania tomando de ella una tajada de Silesia por medio de un plebiscito fraudulento.

Es interesante que los polacos católicos que durante siglos habían sido sometidos a la esclavitud extranjera, una vez libres, adoptaron los métodos más antidemocráticos para satisfacer sus aspiraciones nacionalistas y religiosas. En el caso de Silesia, parte de esa región era tan esencialmente alemana que incluso los responsables del Tratado de Versalles vacilaron en dársela a Polonia: ellos decidieron que se llevara a cabo un plebiscito. Se enviaron a la provincia tropas francesas e italianas para salvaguardar la libertad de los votantes. Pero los polacos, y particularmente la Jerarquía católica, comenzaron una campaña de intimidación sumamente violenta y extensa, sólo comparable a las usadas más tarde por el Fascismo y el Nazismo en sus "plebiscitos

libres". (Ver el escritor católico francés, Rene Martel, en *La France et la Pologne*.) Es significativo que a la cabeza de esta campaña de terror político estaba un Alto Prelado católico, el Obispo de Posen. Los polacos obtuvieron lo que ellos más querían -a saber, cinco sextos de las minas y varios grandes pueblos que habían votado por Alemania. Pero eso no fue todo. Después de haber incorporado dos provincias a su territorio, ambicionaron algo más -la extensión de sus fronteras a expensas de la Rusia soviética.

Por supuesto, los polacos no estaban solos en su deseo de destrucción del Bolchevismo. Lejos de eso. Poderosas fuerzas en el Occidente habían decidido aniquilar a los Rojos por la fuerza de las armas. Los Aliados victoriosos, de hecho, fueron tan lejos como para organizar una expedición militar en alianza con los ruso Blancos para provocar la caída del régimen bolchevique. En esta primera cruzada antirroja los que más entusiastamente se unieron a la arriesgada empresa fueron los polacos. Debe recordarse que en ese momento el representante del Vaticano en Varsovia era Monseñor Ratti, el gran enemigo del Comunismo que más tarde fue elegido como el Papa Pío XI.

Pilsudski, en el transcurso del tiempo, fue llevado rápidamente a las mismas puertas de Varsovia bajo el impacto de los ejércitos Rojos, mientras (lo que debe haber parecido muy extraño a los supercatólicos polacos) el Papa estaba cortejando a Lenin. Este cortejo, sin embargo, habiendo fallado, frustró las esperanzas del Vaticano de llevar adelante sus planes en la Rusia soviética. Para 1925 el Gobierno soviético le había prohibido al representante Vaticano que entrara al país. Fue desde allí en adelante que la verdadera campaña católica por "las Atrocidades soviéticas contra la Religión" empezaron a inundar al mundo entero. Esta campaña fue justificada por el hecho de que muchos sacerdotes católicos fueron encarcelados y fusilados; pero lo que la propaganda católica nunca dijo fue que prácticamente todos ellos fueron sentenciados, no debido a su fe religiosa, sino porque eran agentes políticos del Gobierno polaco que nunca dejó de complotar contra su "vecino ateo". Desde ese período, el odio por la Rusia soviética, despertado por causas históricas, nacionales, y raciales, fue infinitamente aumentado por el incentivo religioso.

Entretanto, los polacos católicos, que habían sido obstaculizados en su plan para destruir la Unión Soviética, empezaron a exterminar a todos aquellos elementos dentro de la nueva Polonia que podrían tener las mismas ideas que los Rojos. La Democracia, el Liberalismo, el Socialismo, y el Comunismo, todos eran aborrecidos por los polacos y la Iglesia. Los socialistas polacos, durante los primeros años de la República, fueron ultrajados por la conducta tiránica del Gobierno, y especialmente por los crímenes contra las minorías y por la persecución religiosa iniciada por los reaccionarios católicos. En 1923, después de que una gran muchedumbre se había reunido frente a la Catedral griega en Leopold, en protesta contra la persecución religiosa, las tropas polacas la dispersaron con rifles y espadas. Los representantes Socialistas en el Parlamento estaban tan indignados por este ultraje que protestaron vehementemente en el Sejm [la Cámara Baja] y en el Senado.

Tanto los reaccionarios católicos como la Iglesia católica se alarmaron temiendo que sus planes salieran mal debido a la interferencia Socialista. Ambos estudiaron los medios para impedir esto, y un día Pilsudski, con el más caluroso apoyo del Vaticano y de la Jerarquía polaca, exterminó al gobierno parlamentario, encarceló a los Socialistas, destruyó cualquier vestigio de democracia o libertad, y se estableció a sí mismo como un dictador. Así la Polonia católica fue uno de los primeros países en Europa, después

de la Primera Guerra Mundial, en volverse una dictadura. Desde ese momento los grandes planes de los nacionalistas y reaccionarios polacos católicos y de la Iglesia Católica avanzaron rápidamente.

Ya hemos dicho que después de la Primera Guerra Mundial, Polonia rebanó grandes porciones de Rusia y de Alemania, a las cuales en toda justicia ella no tenía derecho. En estas tierras habían grandes poblaciones que eran cualquier cosa menos polacas. Había más de 1,000,000 de alemanes (casi todos protestantes), y entre 7,000,000 y 8,000,000 de rusos Blancos y ucranianos de los cuales aproximadamente la mitad pertenecía a la Iglesia Ortodoxa rusa. Había también aproximadamente 1,000,000 de polacos católicos, 1,000,000 de judíos, 4,000,000 de griegos uniatas (que, aunque practican Ritos griegos, reconocen al Papa), y más de 4,000,000 de Ortodoxos católicos antipapales.

Antes y después de la anexión de estos territorios (que Rusia iba más tarde a retomar durante la Segunda Guerra Mundial) los polacos prometieron solemnemente a los Grandes Poderes que respetarían los derechos raciales, sociales, políticos, y religiosos de estas minorías. Pero desde el mismo comienzo los católicos polacos llevaron a cabo una doblemente cruel campaña, patrocinada por el intenso nacionalismo y el fanatismo religioso, para "Polonizar" completamente a los ucranianos y para destruir a la Iglesia Ortodoxa. Ellos empezaron a privar a los ucranianos de sus libertades, una por una, con fuerza brutal; intentaron suprimir sus costumbres e instituciones nacionales, y aun su idioma. Paralelamente con esto, intentaron convertirlos a la "única y verdadera religión de Dios". El Vaticano instruyó la Jerarquía polaca y al ultracatólico Gobierno polaco para que la "conversión" se provocara, no tanto por presión sobre los campesinos, sino por la "eliminación" del clero de la Iglesia Ortodoxa. En un tiempo relativamente breve fueron arrestados más de mil sacerdotes Ortodoxos; en una sola prisión hacinaron a 200 de ellos junto a 2,000 prisioneros políticos (en su mayoría demócratas y socialistas).

Los carceleros recibieron instrucciones especiales de maltratar al clero. Hubo miles de ejecuciones entre los ucranianos. "Pueblos enteros fueron despoblados por la masacre." (Ver *Les Atrocities Polonaises en Galicie Ukrainienne*, por V. Tennytski y J. Bouratch). La Iglesia católica lo aprobó. De hecho, uno de sus altos dignatarios, un obispo, fue designado por el Concejo para empezar a ejecutar este plan. En 1930 había más de 200,000 ucranianos en la cárcel. Los polacos católicos emplearon las torturas más espantosas: torturas que no serían un ápice menos comparadas con aquellas que ocurrirían después en los campos de concentración Nazis. Cuando una expedición militar era enviada a castigar a los "rebeldes ucranianos", los sacerdotes católicos acompañaban a cada regimiento de soldados polacos, quienes, mientras que eran muy piadosos, oyendo Misa regularmente, yendo frecuentemente a la iglesia, y llevando imágenes sacras con ellos, no dudaban en cometer los horrorosos crímenes de la tortura y la violación, de las quemas de iglesias Ortodoxas y de la ejecución de miles y miles. "La mayoría de las iglesias griegas son saqueadas por soldados polacos y usadas como establos para sus caballos, y aun como letrinas". (Ver *Atrocities in the Ukraine*, editado por Emil Revyuk).

Estos hechos pueden ser nuevos para la mayoría de los lectores y pueden causarles sorpresa. Pero además de muchos libros documentales imparciales hay también el testimonio de periódicos muy conocidos que relataron estos horrores y persecuciones, como el *Manchester Guardian*, el *Chicago Daily News*, el *New York Herald Tribune*,

así como el imparcial libro escrito por un católico francés, ya citado: La France et la Pologne (1931) por Rene Martel.

Esta persecución duró más de quince años, y empezó a ser aflojada sólo cuando la Alemania Nazi mostró sus agresivas intenciones en Europa.

A estas alturas debe notarse que el Gobierno polaco acusó a los ucranianos de ser "rebeldes". Es importante estudiar el lado religioso del problema, en cuanto estas minorías no sólo fueron consideradas "rebeldes" porque se negaron a entregar sus instituciones nacionales, sino, sobre todo, porque se negaron a abandonar su fe Ortodoxa; las autoridades católicas polacas, y detrás de ellas el Vaticano, presionaron para la rendición de su religión más fieramente que como lo habían hecho alguna vez las fuerzas políticas y nacionalistas.

Los obispos polacos fueron los líderes de esta persecución religiosa, y los laicos católicos polacos y las instituciones católicas organizaron campañas y reunieron fondos para que esta persecución pudiera llevarse a cabo tan a fondo como fuera posible. Además de esto, docenas de visitas oficiales del Vaticano llegaban regularmente a Polonia para examinar el progreso hecho; los inspectores eclesiásticos constantemente iban y venían desde Roma, llevando completos informes y estadísticas de la campaña. El Nuncio Papal en Varsovia, que estuvo allí desde el mismo principio, estaba estrechamente conectado con la Jerarquía polaca y trabajaba de la mano con ella, además de estar en estrecho contacto con ciertos generales católicos franceses, particularmente con el General Weygand que luchó contra el Bolchevismo en favor de los polacos. Tendremos ocasión de mencionarlo de nuevo, al tratar sobre Francia.

Hemos descrito el trasfondo de las actividades políticas y religiosas polacas para dar énfasis a los puntos que tienen una íntima relación con los eventos internacionales que condujeron al estallido de la Segunda Guerra Mundial, especialmente con respecto al Vaticano, que lanzó una persistente campaña contra la Rusia Atea y el Comunismo en general, inundando al mundo con innumerables historias de crueldad, horrores, e injusticias perpetradas contra la religión, siendo el propósito despertar el profundo odio de los países, sobre todo, de los países católicos, del mundo contra un régimen que no permitía la libertad religiosa. Esto fue hecho mientras el Vaticano sabía lo que estaba pasando en Polonia; de hecho, mientras el Vaticano era el agente principal detrás de toda la persecución religiosa en aquel país.

Para todo observador imparcial de su política exterior, la posición de Polonia durante el período entre las dos guerras mundiales era una muy delicada; de hecho, tan delicada que el propósito de sus políticos sólo debió haber sido seguir una política en favor de los intereses su país -una política no influenciada por ningún odio ideológico o religioso. Cuando el Nazismo alcanzó el poder, y cuando se hizo obvio, por un colosal aumento de su maquinaria militar, cuáles eran las intenciones de los Nazis, debió haber sido la preocupación de Polonia hacerse una estrecha aliada de Rusia, porque, debido a la posición geográfica de Polonia, sólo Rusia habría sido capaz de darle ayuda inmediata cuando fue atacada.

Polonia en cambio, siguió la política completamente opuesta de odio intenso y continuado hacia Rusia y de amistad siempre más estrecha con el Nazismo.

Es verdad que, en los primeros años del Nazismo, Polonia fue el primer país en pedirle a Francia que interviniera contra Hitler por la ocupación de Renania. Eso era entendible, porque Polonia era una nación joven que temía que Alemania pudiera renovar sus reclamos sobre ella. Pero, después de eso, Polonia se amarró al carro de Hitler. En asuntos interiores ella se volvió cada vez más fascista y totalitaria en el sentido más estricto de la palabra, aunque en el campo extranjero ella se volvió una fiel aliada de la Alemania Nazi. De hecho, ella incluso ayudó a Alemania para llevar a cabo su agresión contra Checoslovaquia. No sólo apoyó a la Alemania Nazi durante esa crisis, sino que unió su voz a la de Hitler, y fue una de las primeras naciones en pedir una porción tras la muerte checoslovaca.

Aun antes que Munich, Polonia se había vuelto una verdadera Alemania Nazi en miniatura. Además de seguir a Hitler en su saqueo, ella empezó a vociferar y a agitar el sable, en la misma manera Hitleriana, repitiendo los mismos eslóganes de los Nazis. Ella empezó a hablar de lebensraum [espacio vital] para los polacos, y si no les daban colonias, ella igualmente las obtendría. Hitler, en ese momento, estaba vociferando exactamente las mismas palabras, y cuando Polonia proclamó que obtendría colonias, quiso decir, por supuesto, que las obtendría después de que fueran conquistadas por Hitler. Ella se burló abiertamente de la democracia, e incluso amenazó a la Rusia soviética en muchas ocasiones, insinuando que en Rusia, también, había suficiente lebensraum para el exceso de polacos y suficientes materias primas para sus industrias.

Para abreviar, y como el Ministro de Relaciones Exteriores polaco dijo después, los polacos habían realizado una verdadera alianza con la Alemania Nazi (Coronel Beek, enero de 1940). ¿De dónde había venido la inspiración? En el campo interno, de las causas ya mostradas; en la esfera internacional, de los Poderes Occidentales y del Vaticano, todos los cuales esperaban que Hitler pudiera volverse contra Rusia.

Ya hemos relatado los eventos preliminares al estallido de la Segunda Guerra Mundial, con especial atención a la situación del Vaticano, Hitler, y Polonia, el acuerdo alcanzado por Pío XII y Hitler sobre el carácter temporal de la ocupación alemana de ese país, el grandioso plan detrás de todo esto, y la gran estrategia del Vaticano, teniendo como su meta principal el ataque sobre la Rusia soviética, y Polonia era vista como un instrumento conducente a esta última meta. Como nos encontraremos con el asunto al tratar sobre Francia y el Vaticano, nos contentaremos aquí con citar las palabras de un hombre que conocía, quizás, más que nadie la magnitud de la responsabilidad del Vaticano por la tragedia polaca -a saber, el Ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, el Coronel Beek, en un tiempo un gran amigo de Goering y Hitler, que dirigió la política exterior polaca siguiendo al Nazismo en los años previos a la guerra. Después de que Alemania y Rusia habían ocupado su país, y de que el Coronel Beek tuvo que huir al extranjero, desilusionado y enfermo, él pronunció las siguientes significativas palabras que resumen el papel desempeñado por la Iglesia católica al dirigir la política de esa nación:

Uno de los mayores responsables por la tragedia de mi país es el Vaticano. Demasiado tarde me doy cuenta de que hemos seguido una política exterior en favor de los fines propios de la Iglesia católica. Nosotros deberíamos haber seguido una política de amistad con la Rusia soviética, y no una de apoyo a Hitler. (Cita de una carta enviada a Mussolini por el Embajador fascista en Bucarest (febrero de 1940), quién dijo ser uno de aquellos a quienes el Coronel Beek habló.)

¿Podría haber una acusación más sorprendente de la interferencia de la Iglesia Católica en la vida de una nación moderna? Sin embargo aquellos individuos y partidos que, después de la ocupación de Polonia, formaron un Gobierno polaco en Londres, debido a una suma de factores raciales, sociales, políticos, y religiosos, continuaron comportándose exactamente como sus predecesores, en la medida en que estaban involucradas sus relaciones con el Vaticano y la Rusia soviética, la ahora aliada de Polonia. Desde 1940 hasta el mismo fin de la guerra, en 1945, las interminables intrigas con el Vaticano y los Aliados continuaron siendo tejidas en Londres por los polacos exiliados, quienes, mientras dirigían sus principales esfuerzos para expulsar a los Nazis del territorio polaco y para levantar ejércitos para luchar lado a lado con los de los Poderes Occidentales, nunca perdieron una oportunidad para oponerse a la Rusia soviética. Esta política culminó en la lamentable y trágica rebelión de Varsovia en 1944, cuando miles de vidas fueron inútilmente sacrificadas. La insurrección había sido planeada para impedir que los soviéticos, quienes se estaban aproximando a la capital, la ocuparan. Los polacos católicos pensaron que así tendrían el derecho a rechazar "cualquier interferencia política de los rusos".

A principios de 1945 Polonia tuvo su "quinta partición", como fue llamada, por la cual una cierta porción de la anterior Polonia fue devuelta a Rusia. No es para nosotros juzgar si esta partición fue justa o incorrecta, o si una victoriosa Rusia soviética imitó o no a Hitler en su trato con los vecinos más pequeños. El hecho permanece que Polonia, después de veinte años de implacable hostilidad, no podía esperar que sus vecinos del Este -principalmente gracias a cuyos esfuerzos Polonia fue liberada- no tomaran precauciones para asegurar que el pasado no se repetiría.

La desautorización, por Moscú, al Gobierno polaco expatriado en Londres, y la formación de un nuevo Gobierno Izquierdista en la golpeada Polonia en la primavera de 1945, eran más que movimientos de la Rusia soviética para asegurar el futuro. Aunque pensados para obstaculizar los esfuerzos de los elementos reaccionarios que habían gobernado Polonia entre las dos guerras mundiales, esos movimientos estaban dirigidas principalmente contra el gran rival, el Vaticano. Porque Moscú, al igual que el Vaticano, saben muy bien que, en el futuro, Polonia está obligada a volverse otra vez un instrumento en las manos de cualquiera que controle su política doméstica y exterior, para ser empleada en una más amplia batalla cuyo premio es la conquista, no de un solo país, sino de todo un continente.

EL VATICANO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

CAPÍTULO 15

BÉLGICA Y EL VATICANO

Cuando, en la primavera de 1940, la Alemania Nazi se alejó del Este para destruir el poder militar de los Aliados Occidentales, los pequeños países que estaban entre ella y Francia -a saber, Dinamarca, Holanda, y Bélgica- fueron invadidos y ocupados.

No trataremos de Dinamarca, cuya población católica es minúscula; ni con Holanda, que no puede ser considerado un país católico, porque, aunque un tercio de su población es católica, tal minoría no ejercía una gran influencia en este momento. Baste decir que

los católicos holandeses, aunque produjeron ciertos elementos pro nazis, se comportaron en general como la mayoría de la población holandesa, la Jerarquía adoptó una política de obediencia a las autoridades Nazis, pero no expresó ni condena ni apoyo de sus acciones. Sólo se levantaron protestas ocasionales cuando ciertas leyes, tales como la de reclutamiento obrero forzoso, pusieron en peligro la moral y la fe de los trabajadores católicos o violaron los principios de la Iglesia; o cuando el régimen Nazi disolvió las asociaciones católicas, redujo los subsidios de las escuelas católicas, se apropió por la fuerza de edificios eclesiásticos, suprimió los periódicos católicos, prohibió colectas públicas, rebajó los sueldos de los maestros religiosos, o adoptó un sistema de centralización para los trabajadores y los jóvenes, etcétera.

Por otro lado, aunque es verdad que la Jerarquía católica en general no dio ni apoyo ni condenación a los Nazis, cooperó entusiastamente con ellos para destruir a los Socialistas y a los Comunistas. Como cuando, por ejemplo, el 27 de enero de 1941, le prohibió a cualquier católico a hacerse o seguir siendo un miembro del Partido comunista, amenazándose al desobediente con la excomunión.

La falta de espacio impide cualquier relato detallado del rol jugado por la Iglesia Católica en Holanda. Debemos continuar con Bélgica, porque en ese país la Iglesia Católica jugó un importante rol amoldando los eventos sociales, políticos, y aun militares hasta el tiempo de la ocupación por los Nazis. Mientras examinamos el papel allí desempeñado por la Iglesia, el lector debe recordar que Bélgica, como otros países, era sólo una parte del vasto plan del Vaticano para establecer el Totalitarismo dondequiera fuese posible. Como ya hemos visto, el Vaticano trabajaba en dos planos. Primero, intentaba crear movimientos políticos totalitarios dentro del país seleccionado, aprovechando las características económicas, políticas, sociales, o raciales de origen general o local. Segundo, en el caso de países pequeños, ellos eran gradualmente seducidos para ser atraídos dentro de la órbita de la Alemania Nazi o de la Italia fascista.

Antes de seguir adelante, demos un rápido vistazo a la posición de la Iglesia católica belga, porque así se explicará la influencia ejercida por la Iglesia, no sólo en cuestiones puramente religiosas, sino extendiéndose a los campos sociales y políticos.

Prácticamente toda la población de Bélgica es, nominalmente al menos, católica. La Iglesia católica como una institución religiosa, social, y política es, quizás, la organización más influyente en el país. Como evidencia de la abrumadora superioridad numérica de los católicos sobre los adherentes a otras Iglesias es suficiente citar las siguientes cifras que ilustran la proporción del clero sirviendo en las diversas denominaciones religiosas en Bélgica en el año 1937: La Iglesia Católica Romana poseía 6,474 sacerdotes; los ministros de denominaciones protestantes ascendían a 32; los Rabinos de la fe judía ascendían a 17; y la Iglesia anglicana estaba representada por 9 clérigos. De todos los países católicos, Bélgica tenía relativamente el mayor número de conventos, y el número de monjas belgas se aproximaba a 7,000.

La Constitución belga garantizaba la libertad religiosa, y ningún súbdito era obligado a tomar parte en observancias religiosas. Todos los credos gozaban de completa libertad. El Estado renunció a cualquier derecho a intervenir en cuestiones eclesiásticas y no se involucraba en la designación de dignatarios de la Iglesia o de autoridades en las universidades.

Este grado de libertad religiosa en un país abrumadoramente católico fue el resultado del entendimiento entre los católicos y los Liberales. La lucha entre la Iglesia católica y los Liberales había sido anteriormente tan feroz como en otros países, pero la Iglesia fue obligada a transigir. Ella sabía bien que la libertad que le era concedida por el Estado la compensaría por cualquier pérdida resultante de tal compromiso. Por medio de una red de instituciones -educativas, sociales, políticas, y de beneficencia- la Iglesia podía influir en la vida de la nación. Estos canales de influencia se ampliaban anualmente, gracias a los principios de libertad de asociación, de educación, y de prensa. Esta mutua tolerancia entre la Iglesia y el Estado le permitió a Bélgica mantener estrechas relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

Desde que Bélgica se volvió independiente, la educación de la juventud belga había sido un asunto de amarga controversia entre la Iglesia y los campeones del sistema de educación secular Estatal. *La Lutte Scolaire*, como se había llegado a conocer, la lucha por el control de la juventud, no estaba todavía resuelta en lo fundamental para mayo de 1940, aunque se había alcanzado algún grado de entendimiento en la práctica. La Constitución establecía que la educación debía ser libre y que el costo de mantener las escuelas debía ser soportado por el Estado. Pero el principio de libertad de educación permitía la fundación de escuelas por organizaciones privadas e individuos, y la Iglesia Católica en particular hizo uso de este privilegio. Si el Estado debía ser responsable por el costo de la educación en escuelas así privadamente establecidas fue la siguiente cuestión que surgió y durante mucho tiempo causó una amarga disputa. La Iglesia Católica reclamaba que el Estado proporcionara una parte de los fondos necesarios para sostener sus escuelas.

La instrucción religiosa en las escuelas ocasionó un problema igualmente difícil. En sus propias escuelas católicas podían, por supuesto, asegurar que sus hijos fueran educados de acuerdo con los principios católicos. En las escuelas controladas por las autoridades públicas, los Liberales, y después los Socialistas, sostenían que la educación debía situarse sobre una base puramente secular. Ellos consideraban que la instrucción religiosa debía darse fuera de las horas escolares y sólo con el consentimiento de los padres. La Iglesia luchó en estas contiendas con suma ferocidad, reclamando que la enseñanza católica fuera dada en todas las escuelas y a costa del Estado. Todos los niños debían ser criados como católicos, independientemente de los deseos de sus padres.

Para demostrar el espíritu intolerante que animaba a la Iglesia católica, aun en un Estado donde superficialmente parecía que se había alcanzado una comprensión con la Iglesia, pueden darse dos ejemplos pequeños pero significativos. El Estado, siendo verdaderamente democrático y Liberal, había promulgado que la instrucción católica debía impartirse en aquellas escuelas donde los estudiantes católicos formaron la mayoría. Esto afectaba especialmente a las escuelas Comunales. Pero cuando el Estado aplicó una regla en conformidad a esto a las escuelas comunales donde los católicos eran una minoría, esa instrucción religiosa inaplicable para la mayoría no debía ser dada, la Iglesia protestó vigorosamente y acusó al Estado de intolerancia y de hostilidad hacia la Iglesia.

Como en muchos otros países, así también en Bélgica, persistía un feroz antagonismo entre la Iglesia y los partidos progresistas tales como los Liberales y los Socialistas. La Iglesia se oponía persistentemente a cualquier cosa tendiente a secularizar el Estado y la vida nacional. Sin recapitular los motivos que impulsaban a la Iglesia a luchar contra el

Estado secular y el Liberalismo, baste decir que la Iglesia en Bélgica condujo una campaña igual a las que hizo en Italia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, y en otras partes. Durante los primeros cincuenta años de independencia la lucha estaba dirigida contra los Liberales, y la causa principal de disputa era la influencia de la Iglesia sobre la educación y sobre la vida política del país. Los católicos, por supuesto, apoyaban a la Iglesia, mientras que los Liberales y los Progresistas abogaban por un Estado secular.

Desde 1884 hasta 1914, debido a diversas circunstancias y a eventos sociales así como económicos y políticos, los católicos gobernaron solos el país. Después de la Primera Guerra Mundial los católicos y los Socialistas, quiénes mientras tanto habían crecido enormemente en número y poder, poseían la misma fuerza, pero los Liberales gradualmente perdieron terreno, con la consecuencia de que el Partido católico y el movimiento de la clase trabajadora católica comenzaron su inevitable lucha con los Socialistas. Esta lucha estaba basada principalmente en cuestiones sociales.

En 1925 fueron elegidos para la Cámara los dos primeros comunistas. En Bélgica, como en otras partes, los movimientos Socialistas y Comunistas estaban ganando cada vez más terreno, para el desmayo de aquellos sectores de la sociedad belga que tenían razón en temerlos. Estos sectores, por supuesto, encontraron en la Iglesia Católica a una aliada estrecha, con cuyo acuerdo fue iniciada una lucha contra los Socialistas. Esta lucha asumió formas diversas y experimentó suerte diversa, la descripción de la cual está más allá del alcance de este libro. Baste decir que la entrada de Hitler al poder en 1933 proporcionó aliento a las fuerzas reaccionarias belgas y las estimuló para una exitosa resistencia contra sus enemigos.

Sólo dos años después del ascenso al poder del Nazismo, un movimiento fascista apareció en Bélgica. Este movimiento Fascista -o más bien Nazi- adoptó el programa, las ideas, y los eslóganes de Hitler y Mussolini, modificados para los requerimientos especiales de la nacionalidad belga. El partido y su líder se declararon aliados de Hitler y Mussolini y apoyaron su intromisión en los asuntos internos de Bélgica.

¿De qué fuentes manaba el Nuevo Fascismo belga? ¿Quiénes eran los principales instigadores de esta fuerza antidemocrática?

Sus instigadores eran fervientes adherentes de la Iglesia Católica, y en sus esferas particulares eran las figuras verdaderamente destacadas del Catolicismo. El líder de esta facción era el director de la más importante empresa editora católica, y la Iglesia Católica era la institución sobre la cual el movimiento dependía para su sostén. El movimiento y sus líderes se jactaban del apoyo de influyentes sectores católicos de Bélgica y sus estrechos aliados, los elementos reaccionarios industriales, financieros, y sociales de todo el país.

El Partido fascista belga, creado en 1935, estaba liderado por un grupo de jóvenes católicos, de quienes el jefe era Degrelle, el director de la empresa editora católica "Rex" (la forma abreviada de Christus Rex). Degrelle empezó su carrera como un propagandista del Partido católico, siendo su misión principal inundar Bélgica con publicaciones religiosas católicas. El alma del Niño en el Catolicismo y milagros de toda clase, sobre todo la aparición de la Virgen en Beauraing, formaban su tema principal.



Degrelle

Cuando el nuevo partido fue fundado, estos jóvenes católicos iniciaron una campaña en dos frentes. Primero, su animosidad se dirigió contra el alto sector financiero e industrial del Partido católico y la influencia excesiva de las altas finanzas dentro de éste. Segundo, ellos hicieron una formal declaración de guerra contra cualquier cosa que oliera a democracia o a Socialismo, y contra todos los elementos hostiles a la Iglesia Católica. Estas campañas fueron dirigidas principalmente contra los Socialistas, los Comunistas, el Estado secular, y, bastante significativamente, contra aquel sólido, estable, e influyente sector de la Bélgica católica -a saber, los propios líderes del Partido católico.

¿No le resulta la situación al lector muy similar a la que se había creado en otros países?
¿Y no le resulta la creación del Partido fascista católico como en perfecta conformidad con la política general de la Iglesia en ese momento? Esta política, se sugiere, implicaba el reemplazo del viejo Partido católico o incluso su destrucción completa; en su lugar sería provisto un partido nuevo, vigoroso, e inescrupuloso. Todo esto pasó en un momento cuando en Bélgica los Socialistas y sobre todo los Comunistas estaban aumentando en número y poder. Como una consecuencia la clase media, que en otros países formaba la columna vertebral del Fascismo y el Nazismo, estaba poniéndose inquieta y estaba demandando fuertes medidas. Para abreviar, la Iglesia escogió el tiempo correcto para lanzar aún otro partido fascista.

El momento del movimiento fue diestramente calculado desde otro punto de vista. Serios escándalos habían ocurrido entre los católicos que ejercían la mayor influencia, causando que las clases medias y medias bajas se rebelaran contra este estado de situación. El Partido católico, de hecho, había sido acusado tanto por católicos como por no católicos de groseras faltas, ya que la Iglesia "se había embarcado en sórdidas especulaciones" para "aumentar su poder y enriquecer a algunos de sus miembros" (Revue de Deux Mondes, 15 de junio de 1936).

Debido a estas consideraciones, el Partido fascista católico tenía todas las ventajas para alcanzar el éxito, con o sin el apoyo del antiguo Partido católico. Así el fascista Degrelle abandonó a los católicos de viejo cuño en la mala, estando asegurado el ascenso de su propia facción. En la elección de 1936 el nuevo Partido fascista, ahora llamado Rexismo, obtuvo veintiún escaños en la Cámara -un comienzo muy bueno. Los comunistas ascendieron de dos escaños, en 1925, a nueve escaños.

El nuevo Partido fascista, sin embargo, aunque indirectamente apoyado por el Vaticano, se puso demasiado violento y excedió las Instrucciones de Roma en cuanto a su relación con el antiguo Partido católico, Degrelle era demasiado entusiasta e inexperto, el Rexism estaba nítidamente en complicidad con la Italia fascista y la Alemania Nazi, y la popularidad del movimiento empezó a declinar. El antiguo Partido católico en Bélgica dio a entender al Vaticano que ellos eran demasiado influyentes en la vida del país para ser tratados tan despreciativamente. Pidieron que la Iglesia repudiara al Rexismo por como estaba constituido entonces. Aseguraron al Vaticano que, ejerciendo la debida precaución, finalmente ellos mismos garantizarían la "liquidación" del Socialismo y el Comunismo.

Un importante examen se tomó en 1937, cuando Bruselas eligió enviar al propio Degrelle a las votaciones en oposición al Sr. Van Zeeland, un católico independiente, entonces Primer Ministro. Degrelle tenía el apoyo de los Rexistas y de los Nacionalistas Católicos Flamencos. La Iglesia católica aprovechó la ocasión para repudiar la doctrina del Rexismo como siendo "incompatible con el buen Catolicismo". El resultado de la elección fue de sólo 69,000 votos para Degrelle, contra los 275,000 votos para su oponente.

El viejo Partido católico se había anotado un éxito con el Vaticano, pero el Rexismo sobrevivió, usando todos los eslóganes y métodos del Fascismo y el Nazismo con suerte diversa. Desde que el Vaticano le había dado la espalda y, sobre todo, siendo resistido por los influyentes católicos ricos, éste no podía imponer a Degrelle sobre la población católica. Por lo tanto, en 1939, el Rexismo perdió casi todos sus escaños en el Parlamento, registrando sólo cuatro.

Entonces estalló la guerra, y las mismas intrigas que se habían tejido entre el sector reaccionario de Francia, el Vaticano, y Hitler se repitieron en Bélgica. Es decir, un influyente sector católico de Bélgica, compuesto principalmente por industriales y financistas, buscaba mantener neutral a Bélgica e incluso llegar a un acuerdo con Hitler.

El Vaticano estaba detrás de todos estos planes y negociaciones. Por supuesto, el Vaticano no era la única parte interesada; poderosos intereses, sociales, económicos, y financieros, estaban actuando, en conexión estrecha con sus contrapartes en Francia. Entraremos en mayores detalles al tratar sobre Francia. Es suficiente aquí apuntar que un general francés de origen belga y devotamente católico estaba implicado en estos diversos procedimientos y era un eslabón entre los sectores belgas y franceses que deseaban "llegar a un acuerdo con Hitler." Él era el General Weygand.

El representante Papal en Bélgica estaba en estrecho contacto con varias influyentes personas del séquito del Rey. Él también estaba en contacto, bastante significativamente, con aquellos Nacionalistas católicos flamencos que, reclamando la independencia, vieron en la intervención de Hitler una oportunidad enviada por Dios para crear un nuevo Estado flamenco católico. Estos católicos flamencos deseaban la separación según bases raciales e históricas, pero es digno de destacarse que ellos eran católicos muy fervientes y su principal objetivo era la creación de un Estado autoritario. Este Estado sería fundado según el Nazismo y el Sistema Corporativo Fascista. En los años precedentes a 1940 los Nacionalistas flamencos habían cambiado la forma de su partido. El Partido del Frente le había dado paso al Vlaamsch National Verbond, una organización sobre una base autoritaria.

Después de la invasión de Polonia la peligrosa posición de Bélgica frente a Alemania estaba bastante clara. No obstante, las intrigas continuaron y alcanzaron tal grado que el Rey Leopoldo y sus consejeros se negaron a unirse a los expertos franceses y británicos para idear planes hasta que fue demasiado tarde. Actuando así, el Rey Leopoldo desatendió el consejo de sus líderes militares.



El Rey Leopoldo

Este retraso se debió al hecho que los católicos belgas, o más bien los pocos involucrados en estas intrigas, estaban enterados del plan del Vaticano con respecto a Polonia, Bélgica, y Francia. Ellos sabían, para hablar más precisamente, que el Vaticano había prometido a Hitler el apoyo de la Iglesia Católica en el Oeste a cambio de su prometido ataque al gran enemigo bolchevique. Hitler, a su vez, prometió respetar a la Iglesia dondequiera que sus ejércitos "fuesen obligados a ir". Él "aplstaría a todos los Socialistas y Comunistas", y una vez que eso fuera hecho "se dirigiría al Este".

El Rey Leopoldo era bien conocido por estar bajo la influencia del clero y, no poseyendo gran perspicacia política, él pudo no haber sabido lo que que sus acciones presagiaban.

Además de la decisión del Rey, la responsabilidad por esta cuestión cae especialmente sobre dos hombres, y éstos eran el Delegado Papal en Bélgica y el Primado belga. Ellos dirigieron negociaciones secretas con varios prominentes industriales y políticos católicos y más de una vez tuvieron audiencias privadas con el Rey Leopoldo.

El Rey Leopoldo y su séquito también estaban bajo la presión del Gobierno fascista en Roma, al cual Hitler había encargado que persuadiera al Rey para que siguiera un cierto rumbo. Este lado de las negociaciones fue conducida por medio de la Casa de Saboya, en la persona de la esposa del Príncipe de la Corona italiana, Umberto, que era la hermana del Rey Leopoldo. Este colosal plan será considerado en mayor detalle en el próximo capítulo. Baste decir aquí que Bélgica era una parte del plan francés-vaticano-hitlerista, con el cual el pequeño círculo industrial católico, el Rey, y otros, accedieron a trabajar en armonía.

Como ya se sugirió, el Rey, de acuerdo con este plan, impidió a los Aliados que prepararan sus planes. En consecuencia, cuando Hitler invadió Bélgica y sus ejércitos alcanzaron el mar, el Rey Leopoldo fue asesorado por sus consejeros católicos, incluyendo al Delegado Papal y al Primado belga, para que se rindiera. Este rumbo era contrario a la opinión y la voluntad del Gobierno que se negaba a rendirse; el muy católico Leopoldo, despreciando la Constitución que había jurado respetar, rindió personalmente al Ejército belga ante los Nazis. Después el Rey Leopoldo dijo que había advertido debidamente a los Aliados. Lo cierto es que ellos nunca recibieron esta advertencia y se enfrentaron al más serio peligro.

Inmediatamente después de la rendición, y antes de que el país hubiera sido informado, el Cardenal van Roey tuvo una sumamente privada entrevista con el Rey, durando más de una hora y media. Debe notarse que el Rey, a pesar de los urgentes problemas militares, previamente había tenido una reunión privada con el Nuncio Papal. La rendición siguió inmediatamente a esta reunión.

De lo que sucedido en la reunión entre el Rey y el Cardenal van Roey nada conocemos, sólo que el Cardenal discutió cuál mensaje debía darse, y cómo debía darse, al pueblo belga, la mayoría del cual deseaba continuar la lucha. El Rey se había rendido de mala gana, porque él deseaba estar en concordancia con su Gobierno. Después de la rendición él estaba temeroso del juicio de su pueblo, pero el Cardenal se comprometió a defender su acción ante los belgas.

Fue en estas circunstancias, y empleando al Cardenal van Roey como su vocero, que el Rey anunció la capitulación del 28 de mayo de 1940, a su pueblo. Él además publicó el texto de sus cartas dirigidas al Presidente Roosevelt y -bastante significativamente- al Papa. Bélgica se había vuelto un país ocupado y un satélite del Nuevo Orden Nazi.

Las características destacadas de la Bélgica ocupada eran dos. Primero, el Liberalismo, el Socialismo, el Comunismo, y todas las instituciones democráticas, hostiles a la Iglesia Católica y simultáneamente al Nazismo, fueron destruidas o de lo contrario completamente revisadas. Segundo, las organizaciones de la Iglesia Católica gozaron de libertad sin precedentes y la Iglesia ejerció insuperable influencia en el país, gracias al poder concedido a ella por los mismos Nazis.

Todos los partidos políticos fueron disueltos excepto dos, los ultracatólicos fascistas Rexistas y el ultracatólico Partido Nacionalista flamenco. Los periódicos Socialistas y Comunistas fueron suprimidos o cambiaron de manos. Sólo se permitió que se publicaran y circularan libremente los periódicos católicos, salvo por censura militar.

Todas las otras actividades y organizaciones -económicas, sociales, culturales, o políticas- fueron suprimidas, u obstaculizadas, o entregadas a los fascistas belgas o a los Nazis. Sólo fueron dejadas libres las instituciones, sociedades, y actividades católicas. El único poder que iba a mantener su poder y prestigio, o más bien a adquirir más de ambos, era el clero católico. Y por último pero no menos importante, el Cardenal se volvió el personaje político más poderoso en el país.

Hemos visto que Hitler detestaba al Catolicismo y al Vaticano, y sólo negociaba con ellos cuando tenía algo importante que ganar. ¿Cómo, entonces, puede alguien explicar

el hecho de que su primer acción en Bélgica fue hacer todopoderosos a los partidos fascistas católicos y a la Iglesia Católica?

Este estado de situación continuó durante un tiempo considerable después de la ocupación. De todas las instituciones, la Iglesia Católica fue la que escapó más tiempo de la opresión alemana y la que menos sufrió desde la ocupación. Las organizaciones sociales católicas, a diferencia de aquellas de origen Socialista y otras no católicas, continuaron su labor como antes. La organización de la Juventud católica, los Boy Scouts católicos, los Gremios de los Campesinos, y las organizaciones de las Mujeres, no sólo permanecieron tranquilos, sino que florecieron más que nunca antes, debido a la protección de los alemanes y del todopoderoso Alto Clero. El Partido católico y los sindicatos católicos fueron, sin embargo, "suspendidos" de acuerdo con las instrucciones del Vaticano y de Hitler. El Nuevo Orden Nazi requería un nuevo partido católico y el Rexismo suplió la necesidad, y el Sistema Corporativo, entre otros, suplantó a los sindicatos católicos.

Aunque la Universidad de Bruselas estaba cerrada, la Universidad de Louvain, controlada por el Vaticano, permaneció abierta, y se pidió a los estudiantes de toda Bélgica que fueran allí.

La gran mayoría de los belgas era, por decir lo menos, crítica de la acción del Rey, y en gran parte esta crítica incluía a la Iglesia.

Por lo tanto, el Cardenal y sus obispos organizaron una campaña para convencer al pueblo belga de la sabiduría de la acción del Rey, esperando afianzar una continuidad de su lealtad al Trono. La lealtad al Rey se volvió una consideración primaria de los obispos belgas, y era enfatizada repetidamente en sus cartas pastorales. El Cardenal y los obispos nunca hablaron adversamente del Fascismo y el Nazismo, y cuando se refirieron a los regímenes totalitarios su crítica estaba confinada a cuestiones en las cuales "el Estado autoritario podría poner en peligro a la Iglesia Católica". No obstante, ellos instaron a los belgas a que se sometieran al Nazismo. Ellos les dijeron en términos inequívocos que lo aceptarían, y que cooperaran con los Nazis: "En las circunstancias presentes ellos deberían reconocer la autoridad *de facto* del Poder ocupante y obedecerle en la medida que la Ley Internacional lo requería" (primera Carta Pastoral colectiva de los Obispos belgas, 7 de octubre de 1940). Luego, como la suerte de la guerra fue contra los Nazis y su victoria parecía menos segura, y todavía más después de la liberación de Bélgica, la Jerarquía belga empezó a jactarse de las protestas que ellos habían presentado a los Nazis.

¿Pero en realidad, qué había sucedido? Es verdad que los obispos y el Cardenal, después de dos o tres años de ocupación, habían hecho protestas hacia los Nazis, ¿pero cuál había sido la base de estas protestas? ¿Era la inhumanidad del Nazismo, y el baño de sangre en que Alemania continuaba sumergiendo al mundo, el tema de sus protestas? De ningún modo. Ellos protestaron porque los Nazis obligaron trabajar los domingos a los mineros belgas. Ésta fue la primera de una serie de protestas, y ello es significativo. Esto ocurrió el 9 de abril de 1942. Van Roey y los obispos, escribiendo a Von Falkenhausen el 1 de mayo de 1942, denunciaron esta imposición por ser contraria al Artículo 46 de Convención de La Haya, que obliga a un Poder ocupante a respetar "las convicciones y prácticas religiosas" del país ocupado. Von Falkenhausen, el Comandante Nazi, concluyó su respuesta con las significativas palabras: "Finalmente,

ofrezco mi más sincero agradecimiento a vuestras Eminencias por la solicitud que ustedes han sido suficientemente buenos en mostrar por el interés que yo represento."

Otro terreno principal de queja para el Cardenal y los obispos lo constituía la quita de campanas de las iglesias por los Nazis, la prohibición de la práctica de hacer colectas en nombre de la Iglesia en los entierros, y otras cuestiones semejantes.

Entretanto los diversos grupos fascistas católicos estaban organizando una campaña antibolchevique y reclutando legiones anticomunistas, destinadas a combatir a Rusia. Es destacable que casi todos esos voluntarios fueron fervientes católicos. La más notoria unidad fue la Legión Antibolchevique Flamenca, que estaba incorporada a la Legión SS en Flandes. El propio Degrelle fue a Rusia como un soldado raso.

El Partido Rexista, sin embargo, tropezó con la hostilidad y la impopularidad y se encogió casi hasta la nada. Muchos católicos se le opusieron fuertemente, y esto dio ocasión a un desagradable episodio dentro de las filas católicas. Este pequeño incidente es digno de ser relatado. Degrelle, mientras estaba en Bouillon, atacó al canónigo local y lo encerró en un sótano, de donde fue rescatado por soldados alemanes. Por esta ofensa él fue excomulgado por el Obispo de Namur, y en noviembre fue enviado de regreso al Frente Oriental.

Pero la excomunión del líder de uno de los partidos católicos no fue aceptada por el Vaticano, y así, por uno de esos movimientos tan típicos de la Iglesia Católica, se otorgó la absolución a Degrelle y se le permitió reingresar a la Iglesia Católica. Esto se proyectó por medio de un sacerdote alemán mientras Degrelle estaba en el Frente Oriental, y el Obispo de Namur que había promulgado la excomunión, fue obligado a reconocer su anulación por decreto en diciembre de 1943, aunque ésta estuvo en estricto acuerdo con el Derecho canónico, que establece que cualquier católico que actúe con violencia sobre un sacerdote es ipso facto [inmediatamente] excomulgado.

Pero, como siempre, los católicos de entre la gente común no seguían demasiado servilmente a la Jerarquía, y muy a menudo se rebelaban. En consecuencia, numerosos católicos, y aun miembros inferiores del clero, fueron activos en el movimiento clandestino y lucharon heroicamente contra los Nazis.

Después de la liberación de Bélgica por los Aliados, el Cardenal y sus obispos declararon que ellos lucharon contra el Nazismo. Ya hemos relatado lo que constituyeron sus protestas; y aunque ahora el Cardenal quería persuadir al pueblo que él había combatido a los Nazis como tales, no podría ocultar los motivos reales que habían provocado sus protestas. Él declaró cuán contento estaba de que el Nazismo hubiese sido derrotado, y explicó su felicidad diciendo: "Si el Nazismo hubiese triunfado en Bélgica, habría ocasionado la completa sofocación de la religión católica"; olvidándose de que los Nazis habían cooperado sinceramente con él y la Iglesia y habían dado a la Iglesia la más amplia libertad compatible con la ocupación. Esto fue confirmado por el mismo Cardenal cuando, en una posterior frase, él dijo: "Durante la ocupación el sentimiento religioso ha crecido y las organizaciones culturales, filantrópicas, y sociales de la Iglesia han florecido más que nunca." Después de lo cual el Cardenal y sus obispos declararon que ellos combatieron a los Nazis "cada día, por nuestros principios".

No se dijo cuales eran estos principios; o más bien ellos fueron descriptos de tal manera que sonaban como principios muy diferentes, al oyente imparcial. De nuevo citamos las palabras del Cardenal: "Tuvimos que combatir y condenar a los alemanes, porque ellos, además de saquear objetos benditos y sagrados de las iglesias, se llevaron más de treinta y dos mil toneladas de bronce de campanas de iglesias para usarse como material de guerra" (el Cardenal van Roey a un corresponsal de Reuter, diciembre de 1944 -ver el Catholic Herald).

Bien podría decirse que esta fue la única protesta fuerte y genuina hecha a los Nazis por la Iglesia Católica en Bélgica. Con respecto a la relación entre el Vaticano y la nación belga, ninguna cantidad de explicación servirá jamás para absolver a la Iglesia Católica por su parte de responsabilidad en los fatales eventos recién descriptos. Porque los siguientes hechos, ahora bien establecidos, dan testimonio contra ella. Primero, que aun antes de la invasión Nazi de Bélgica la Iglesia Católica estaba activamente preparando el camino para el Nazismo a través de la creación de un partido fascista; segundo, que durante las hostilidades la Iglesia usó su influencia para asegurar que Bélgica se rindiera en lugar de luchar; en tercer lugar, que durante la ocupación la Iglesia nunca condenó al Nazismo, sino que le brindó silenciosa cooperación; y finalmente, que el Vaticano trabajó fuertemente para acomodar a Bélgica dentro de aquel gran marco que se había fabricado en Roma como un seguro fundamento sobre el cual establecer el Fascismo en todo el mundo.

EL VATICANO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

CAPÍTULO 16

FRANCIA Y EL VATICANO



Pétain y Laval

La historia de la relación diplomática, política, y social entre Francia y el Vaticano es notable, y debe ser tenida presente por cada lector interesado en la influencia ejercida por el Vaticano para moldear la historia moderna. Porque en pocos países la Iglesia Católica ha sido tan poderosa y sin embargo tan débil; en pocos países ha tenido que

recurrir a medios tan sutiles y poco escrupulosos para declarar, conservar, y aun fortalecer su autoridad en una nación en la que su influencia ha menguado de año en año.

El clímax de las maquinaciones del Vaticano en Francia se alcanzó en la década precedente a la Segunda Guerra Mundial y durante los cuatro años de ocupación Nazi. Después relataremos esto de manera concisa. Pero antes de examinar el importante rol desempeñado por el Vaticano en la caída de la Tercera República, y en la instalación de un semifascista, seminazi Estado autoritario católico, es necesario estudiar, aunque sea brevemente, el trasfondo histórico de las relaciones entre Francia y el Vaticano, y así ver en su verdadera perspectiva los eventos que relataremos.

Como es bien sabido, la Iglesia Católica ha ejercido una enorme influencia en la vida política y social de Francia durante siglos, y hasta la Revolución francesa disfrutó de una privilegiada posición en el país. Ella había apoyado a la Monarquía desde la temprana Edad Media. La Corona, a cambio, había concedido importantes prerrogativas de toda clase al clero que, de hecho, constituía el primero de los tres estados del reino [siendo los otros dos, los nobles y el pueblo]. La Iglesia había poseído vastas tierras y enormes riquezas, y había ejercido un virtual monopolio de la educación. Todo esto acabó, sin embargo, con el estallido de la Revolución Francesa por medio de la cual la Iglesia sufrió un muy serio revés. La Iglesia y el Estado fueron separados, las órdenes religiosas fueron suprimidas, el estatus del clero desapareció, las tierras de la Iglesia fueron declaradas propiedad nacional, y el control de la educación fue transferido al Estado.

La Iglesia Católica, por supuesto, fue amargamente hostil a la Revolución Francesa y combatió sus principios con toda su fuerza, no sólo en Francia, sino también en toda Europa. Con el ascenso de Napoleón las relaciones entre la Iglesia y el Estado empezaron a mejorar, y aunque había muchas amargas controversias entre el Emperador y el Papa, el Vaticano en general mantuvo bastante buenas relaciones con el dictador francés. Tanto que Napoleón, cuando estuvo presionado por consideraciones sociopolíticas, concluyó un Concordato con el Papado -como después lo hicieron otros dos dictadores, Hitler y Mussolini.

Desde la Revolución Francia nunca ha sido sinceramente católica. No sólo las ideas de la Revolución permanecieron profundamente arraigadas, sino que la actitud de la Iglesia, después de la caída de Napoleón, fomentó que los franceses abandonaran su fidelidad a ésta. La Santa Alianza situó en el trono de Francia una dinastía de monarcas cuya preocupación principal parecía ser apalea al pueblo para someterlo al Papa; y los medios empleados fueron aquellos conocidos hoy como el "Terror Blanco". Cuando cayó aquella dinastía, Francia dejó de ser totalmente católica; de hecho, la Iglesia ha perdido terreno rápida y consistentemente.

Con el establecimiento de la Tercera República, en 1870, la cooperación iniciada por Napoleón se terminó. Ya hemos visto las razones que indujeron a la Iglesia Católica a apoyar monarquías, dictaduras, etcétera, y a emprender la guerra contra cualquier forma de gobierno popular. Así estos motivos se pusieron en acción en los campos sociales y políticos de la vida europea desde entonces hasta nuestros propios días.

Sería interesante comparar las diatribas del Papa, los cardenales franceses, y el clero contra la República; con la denigración que ellos han empleado durante los últimos treinta años contra el Socialismo, el Comunismo, y la Rusia soviética. Entonces, como ahora, la Iglesia proclamó "una santa cruzada contra la República Atea", y el deber de oposición al "Gobierno Ateo" que busca privar a la Iglesia de "sus inalienables derechos".

Pero la característica más notable de ese período, se parece mucho a los sucesos de nuestros propios tiempos y fue el nacimiento de la Comuna y la reacción de la Iglesia ante ello. La Comuna de París del último siglo fue, en miniatura, la precursora de la Rusia soviética del siglo vigésimo. Ambas fueron un fantasma para la Iglesia Católica y para todos los otros sectores reaccionarios de la sociedad.

Por supuesto, comparar la Comuna con el logro y duración de la Revolución soviética es comparar cosas pequeñas con grandes; no obstante, la Comuna dio al mundo un anticipo de cómo se comportaría la Iglesia Católica cuando se repitieran circunstancias similares, como ha sucedido. Naturalmente, la Iglesia Católica hizo todo lo que estaba en su poder para "sabotear" la Comuna. El clero de Francia, junto a los católicos en general, fueron convocados para destruirla. El Vaticano pronunció anatemas contra su espíritu, sus principios, y sus líderes, tanto durante su existencia como desde entonces. Sobre todo, el Vaticano aprovechó esta oportunidad para lanzar una cruzada moral contra las ideas que inspiraban la Comuna, enfatizando a la clase media los peligros inherentes para ella. La advertencia incluía a todas las otras clases reaccionarias de la sociedad y a todas las personas que tenían razón para temer a los "Comuneros" de 1871.

La Iglesia y el pensamiento reaccionario siempre han sido aliados íntimos. Su sociedad íntima en esta lucha apuntaba al establecimiento de la reacción una vez que los Comuneros hubiesen sido aplastados.

Un período de reacción siguió puntualmente a la Comuna. Durante algunos años otra vez Francia se volvió más católica. En 1875 se estimó que en una población francesa de 36,000,000, aproximadamente 30,000,000 se describían a sí mismos como católicos. Esta suma se debía principalmente al hecho que Francia era entonces un país muy pobremente industrializado y las clases agrícolas ignorantes estaban muy sometidas al dominio de los políticos burgueses y, sobre todo, al del clero. Se otorgaron grandes privilegios a la Iglesia, y durante un tiempo ella pareció haber triunfado sobre las leyes aprobadas contra ella al comienzo de la Tercera República.

Pero una vez que el susto por los Comuneros hubo pasado, el temor artificial, fomentado por la Iglesia y otros sectores interesados, desapareció; antes de 1880 una vez más Francia casi dejó de ser un país católico. La Iglesia en Francia, dirigido por el Vaticano, entonces aumentó sus ataques sobre la República. En consecuencia, la República se vengó aprobando leyes sucesivas pensadas para obstaculizar al poder de la Iglesia en la vida social y política de la nación.

Ante cada medida hostil la Iglesia y el Vaticano invocaban la maldición de Dios y la ayuda de todos los católicos para destruir la República por atreverse a dar educación libre al pueblo, por insistir en el matrimonio civil, y por restringir la enseñanza en escuelas del Estado con maestros clasificados por el Estado. Llegaban fulminaciones semanales desde el Vaticano, los cardenales y el clero movilizaban a los fieles contra las

instituciones Gubernamentales y Republicanas de toda clase. Su objetivo era provocar la completa caída de la República. El Vaticano, de hecho, predicaba continuamente al pueblo francés que el Gobierno que ellos habían elegido debía ser destruido, de otra manera su salvación eterna estaba en riesgo. Durante más de veinte años el Vaticano se negó obstinadamente a reconocer la existencia de una República en Francia.

Entonces repentinamente el Vaticano, que era la verdadera fuente de todo este odio, cambió su política. Lo hizo así porque al fin había llegado a comprender que la República duraría y que era más sabio, desde el punto de vista del Vaticano, llegar a un acuerdo cuando fuera posible.

El Vaticano determinó ahora seguir este curso. El "Nuevo Espíritu" dio frutos en los campos administrativo y legislativo. Pero la unidad en las filas católicas era esencial para el éxito, y los increíbles fanatismos, disensiones, y odios impidieron la unidad; cuando un previsor católico, Jacques Piou, organizó la Acción Liberal en 1902 era demasiado tarde. En julio de 1904 las relaciones diplomáticas entre Francia y el Vaticano finalmente se rompieron y la Ley de Separación, en 1905, llevó el conflicto a un clímax. La Ley garantizaba la libertad de conciencia y el libre ejercicio del culto público, pero la religión no sería reconocida por el Estado, ni recibiría apoyo financiero de éste.

El Vaticano pronunció su anatema sobre la República por atreverse a negar la supremacía de la Iglesia Católica y por poner a todos los credos religiosos sobre la misma base. Pero eso no fue todo. La República, habiendo negado al Vaticano el control y el monopolio de la religión en Francia, había decretado que los edificios de todos los cuerpos religiosos, católicos, protestantes, o judíos, debían transferirse a *associations cultuelles*, asociaciones referidas al culto público, y que éstas debían ser autosostenidas. El Vaticano, alardeando las peculiares demandas de la Iglesia Católica, prohibió a los católicos en toda Francia que obedecieran a la República y así de nuevo se entrometió en la vida doméstica de la nación. El Papa prohibió estrictamente a los católicos franceses que formaran parte de cualquiera de esas asociaciones, bajo pena de grave castigo en el mundo venidero.

Durante y después de la Primera Guerra Mundial, debido a factores de índole diversa, las relaciones entre la Iglesia y el Estado mejoraron. Los devotos servicios de tiempo de guerra del clero y la restitución de Alsacia-Lorena, con su gran población católica practicante, constituyeron dos de esos factores. Uno de los resultados de la Ley de Separación había sido el empobrecimiento de muchos del clero, y la consecuente reducción en su standard de vida los puso más cerca de aquellos entre quienes andaban.

Antes de seguir describiendo el trasfondo de la relación entre el Vaticano y la República durante la Segunda Guerra Mundial, investiguemos la fuerza de la Iglesia en Francia en un período que se extiende aproximadamente entre las dos guerras.

Como se dijo antes, a pesar del espíritu anticatólico y anticlerical que prevalece en Francia durante los últimos cien años, Francia sigue siendo tradicionalmente un país católico. En 1936 se estimó que 34,000,000 de franceses, equivalentes al 80 por ciento de la población, eran nominalmente católicos. Casi tres cuartos de estos limitaban su Catolicismo al bautismo, el casamiento, y el entierro por la Iglesia. Fuera de eso no tomaban ninguna parte, activa ni pasiva, en la vida de la Iglesia, y una gran proporción

incluso era hostil. Los católicos practicantes que asistían más o menos frecuentemente a Misa y a Confesión, fueron calculados por las autoridades católicas haber sumado entre 20 y 23 por ciento de la población francesa total -claramente una minoría insignificante.

La clase y la región tienen una importante relación con la proporción de católicos practicantes. Esto debe tenerse presente cuando tratemos sobre los eventos que llevaron a la firma del Armisticio y sobre el Gobierno que cooperó con los Nazis. Los católicos más fervientes serán encontrados entre los aristócratas, los terratenientes, la casta militar, y las clases ricas o acomodadas. Entre la clase media baja (*petite bourgeoisie*) probablemente un tercio es católico practicante. La mayoría es indiferente a las cuestiones religiosas y una pequeña minoría es activamente anticlerical.

Como en todos los países nominalmente católicos, en Francia el proletariado industrial es el elemento menos católico. En unos pocos distritos, y especialmente en la región de Lille, sólo una pequeña minoría de obreros en industrias pesadas, como de textiles, y de ferroviarios es activamente católica. La proporción es más alta, sin embargo, entre los empleados de la industria ligera y de pequeños negocios. También debe notarse que la Iglesia está más profundamente arraigada en los distritos rurales que en los pueblos.

A pesar de la indiferencia general de la población, la Iglesia tiene una inmensa organización en toda Francia, coordinada por una maquinaria católica desproporcionado en relación al sentimiento real de la nación.

Para empezar con el clero inferior de la Iglesia Católica. Antes de 1940 el sacerdocio ordinario se estimaba en 52,000 individuos de los cuales 30,000 eran sacerdotes seculares [no estando en un convento o sujetos a una regla] y el resto regulares. Gobernando este ejército de sacerdotes ordinarios están los obispos, aproximadamente setenta, no incluyendo a veintiséis obispos sin sedes. Los obispos, a su vez, están sujetos a los arzobispos, cada uno de los cuales preside sobre una arquidiócesis que contiene cuatro o cinco diócesis, cada una a cargo de un obispo.

Hay tres cardenales, los Arzobispos de París y Lyons y el Obispo de Lille. Los arzobispos y obispos son los ayudantes inmediatos del Papa quien supervisa directamente algunos de los obispados franceses dotados de alta importancia política, como los Obispados de Estrasburgo y Metz. Los obispos están a cargo de la educación dentro de su sede, y cada diócesis tiene un *directeur* que supervisa las escuelas controladas por la Iglesia.

Todos estos dignatarios de la Iglesia son directamente responsables ante el propio representante del Papa, el nuncio Papal. Cuando hay un nuncio acreditado ante el Gobierno francés, la Iglesia está sujeta a su autoridad. Los deberes primarios del nuncio son, por supuesto, diplomáticos; él es el centro del cual irradian las negociaciones diplomáticas y políticas del Vaticano.

Hay tantos cientos de órdenes religiosas en Francia que es imposible dar con precisión una descripción general de su organización. Cada Orden de monjes, frailes, o monjas tiene su propia administración y mantiene su relación particular con el episcopado. Algunas Órdenes son virtualmente independientes de los obispos y sólo son responsables ante la Santa Sede. Otras cooperan estrechamente con los obispos, especialmente las Órdenes de enseñanza. Las órdenes de Monjas también reciben la

dirección de los obispos. Los Jesuitas, los Dominicanos, los Franciscanos, los Benedictinos, los Oratorianos, y los Cistercienses constituyen algunas de las Órdenes más importantes.

Por siglos los Jesuitas han sido la Orden más influyente en Francia, a pesar de la persecución. Su gran influencia, antes y durante la guerra, surgió del hecho que ellos son un Orden de enseñanza, que pone gran énfasis en los standards culturales e intelectuales. Los Jesuitas en Francia, como en otras partes, se han especializado en la educación, y de este modo generalmente obtuvieron una influencia permanente sobre, la aristocracia, el Ejército, y las clases dirigentes. Así ellos han entrenado miles de oficiales que posteriormente han alcanzado altos rangos, en la Ecole Sainte Genevieve en Versalles, que es una escuela preparatoria para Saint Cyr, de donde solían salir los oficiales del Ejército regular. La alta y media burguesía también envía a sus hijos a las universidades Jesuíticas, y los Jesuitas, también, entrenan a los muchachos para el liderazgo en el movimiento de la Juventud Católica, etcétera.

Hemos visto que la Iglesia en Francia, a pesar de su inmensa organización, estaba perdiendo sus miembros -ante el Secularismo y el Liberalismo en el siglo decimonono, y en el vigésimo siglo ante el Socialismo y el Comunismo. Durante el último siglo la Iglesia perdió sólo un cuarto de sus adherentes, mientras que el siglo presente ha atestiguado una pérdida de seis séptimos de su grey.

A pesar de esto la Iglesia en Francia no ha perdido influencia en proporción a su pérdida en fuerza numérica; de hecho, en el período entre las dos guerras, ella ha seguido vigorosamente hacia adelante. ¿Cómo puede explicarse eso? La explicación está en el hecho de que la Iglesia en Francia, como en otras partes, ya no dependía para su dominio de la conversión de las masas; ella dependía, más bien, del poder adquirido y ejercido detrás de escena. Esto fue bastante obvio después de la Primera Guerra Mundial, cuando la República, aunque todavía estaba fundada sobre los antiguos principios y estaba inspirada por el espíritu liberal, no sólo estaba coqueteando con la Iglesia, sino también, en ocasiones, cooperando con ella -una actitud no debida a un cambio de corazón por parte de la República, sino a sólidas consideraciones sociales y políticas que el Vaticano hábilmente explotó para su propia ventaja. Por supuesto, muchos otros factores estaban actuando para ocasionar esta *volte face* [cambio de opinión], pero los esfuerzos del Vaticano para obtener control del país desde arriba, y de este modo detener la apostasía *en masse*, constituyeron el factor decisivo.

Así el Vaticano, aunque luchando una batalla perdida contra el Socialismo, el Comunismo, y otras fuerzas hostiles, se mantuvo cultivando la amistad con la República. Esta campaña dual se volvió muy acentuada durante los veinte años intermedios entre las dos guerras mundiales. La primera década estuvo caracterizada por el éxito de la Iglesia para aprovecharse del Gobierno en cuestiones políticas y nacionales. Durante la segunda década la Iglesia patrocinó, promovió, y bendijo diversos partidos y organizaciones fascistas, cuyo objetivo era establecer una Francia fascista, aplastar a los Socialistas, y dar poder a la Iglesia.

Éste no es el lugar para una disección muy detallada de Francia en el período intermedio entre las dos guerras mundiales. Baste dar algunos ejemplos de los dos métodos por los cuales la Iglesia buscó adquirir influencia en ese país; en la primera década ejerciendo presión política sobre el lado débil de nacionalismo francés, y en la segunda

década alentando movimientos fascistas en conjunción con el sector reaccionario de la sociedad francesa.

Después que la Conferencia de Versalles impuso su ley al mundo de postguerra, el Vaticano empezó a ganar influencia en Francia. Esto fue logrado manipulando las susceptibilidades nacionalistas francesas. La ocasión inmediata para esto fue la restitución de Alsacia-Lorena a Francia. Esta reincorporación estaba volviéndose una fuente de ansiedad para la República, porque parecía que la provincia devuelta no se establecería prontamente bajo el gobierno francés. La reincorporación de Alsacia-Lorena a Francia era una cuestión de prestigio, de orgullo, y sentimiento nacional.

Pero, y aquí entra el Vaticano, Alsacia-Lorena era sólidamente católica. El Vaticano, hablando a través de la Jerarquía francesa, declaró que si "el Gobierno francés hubiera mostrado más comprensión por la situación de la Iglesia Católica en la República", habría "tratado de ejercer su no poca influencia en la católica Alsacia-Lorena para el establecimiento de un mejor entendimiento entre la nueva Provincia y la República." Para abreviar, el Vaticano aquí siguió su antigua política, muchas veces repetida a través de los siglos la cual fue alguna vez agudamente caracterizada por Napoleón en su descripción del clero como "una gendarmería espiritual".

Esta política puede resumirse así: si una provincia determinada cuya población es católica, cuando es recientemente anexada, se vuelve sediciosa, el Vaticano invariablemente intenta hacer un acuerdo con el Poder anexionista. El biógrafo oficial de León XIII muestra abiertamente cómo la Iglesia, bajo su gobierno, siguió esta política -con Gran Bretaña con respecto a Irlanda, con Alemania con respecto a Polonia en el siglo decimonono, con Austria con respecto a los croatas, y en otros casos.

Así Alsacia-Lorena proporcionó la oportunidad deseada para el Vaticano. En 1919, muy poco después de la Primera Guerra Mundial, las Provincias empezaron a agitarse peligrosamente contra Francia y a confrontar la República con un serio problema. Además, las nuevas Provincias enviaron un número tal de diputados católicos al Parlamento como Francia no había visto desde 1880. El Vaticano empleó sin vacilación esta poderosa arma contra la República en pro de sus intereses políticos y religiosos. Los dos pudieron alcanzar un acuerdo.

En palabras llanas, éste fue el acuerdo alcanzado. El Vaticano se comprometía a mantener controlados a los rebeldes alsacianos ordenando a la Jerarquía local y a la organización católica para que siguieran un cierto curso. A cambio el Gobierno francés debía cesar su hostilidad hacia la Iglesia, reasumir las relaciones diplomáticas con el Vaticano, y conceder cualesquiera otros privilegios que pudieran ser posibles. El trato fue efectuado, y Francia, el país menos católico de Europa, cuya población era indiferente u hostil a la Iglesia, cuyos hombres de estado eran en su mayor parte agnósticos, abandonó la pasión anticlerical de tiempos anteriores. Las leyes hostiles a la Iglesia fueron derogadas, o no se pusieron en vigor, y las Órdenes religiosas que habían sido expulsadas, especialmente los Jesuitas, volvieron.

Ése no fue todo. El Vaticano insistió en que el Gobierno francés debía designar un embajador para éste y debía recibir, a cambio, un nuncio en París. Así ocurrió que la República, denunciada durante más de cuarenta años por el Vaticano como "un Gobierno de ateos, judíos y masones" contra la cual todos los buenos católicos debían

rebelarse, designó un embajador al Vaticano y dio la bienvenida a un nuncio Papal en París. Es significativo que un Ministro francés -Cuval- visitó el Vaticano por primera vez en la historia que podían recordar los franceses.

Para completar el trato se proclamó la canonización de Juana de Arco. Esta fue una astuta movida por parte del Vaticano, ansioso de aprovecharse del sentimiento patriótico francés en su búsqueda de beneficios religiosos adicionales. El Gobierno, representado por sus escépticos hombres de estado, tomó parte en las ceremonias religiosas. Los elementos radicales de Francia protestaron amargamente contra este abandono del espíritu liberal Republicano, y especialmente contra la recepción del nuncio Papal. Ellos levantaron una tormenta en el Parlamento, y éste estaba al borde de aceptar el consejo radical. Pero justo en esta coyuntura el Vaticano instruyó a la Jerarquía en Alsacia-Lorena para que transmitieran a los diputados católicos alsacianos que su deber en la Cámara era "salvaguardar el supremo interés de la Iglesia." En otras palabras, los diputados alsacianos amenazaron al Gobierno con la secesión si las relaciones diplomáticas con el Vaticano eran interrumpidas. El Gobierno fue obligado a rendirse.

La segunda y más importante razón para el desproporcionado poder del Vaticano en Francia era, una vez más, la amenaza del Bolchevismo. La política de apaciguamiento en Alsacia-Lorena ya había unido a los obispos con los banqueros y los industriales, una combinación sumamente ventajosa para ambas partes. Debe recordarse que Lorena contiene el segundo más grande yacimiento de mineral de hierro en el mundo, y Alsacia tenía una gran riqueza de potasa además de su prosperidad agrícola.

La alianza entre la Iglesia y todos los sectores reaccionarios de la sociedad francesa se intensificó enormemente. De esa unión dependían las cuestiones de vida o muerte para ellos, porque en el Bolchevismo ellos percibían una amenaza mortal a su mundo particular. Nada más podría haber intensificado tan profundamente la alianza ya existente entre la Iglesia y la reacción, social, económica, y política. La famosa expresión de Enrique IV, "París bien vale una Misa", se volvió la contraseña de un influyente sector del anticlericalismo francés, unido al Vaticano por el temor al Bolchevismo. Muchos sectores liberales y seculares franceses en esta coyuntura, urgidos por el temor al Comunismo, rechazaron el clamor de Gambetta, "el Clericalismo es el enemigo". El clamor que había resonado por toda Francia durante cuarenta años fue reemplazado por "la Iglesia es ahora nuestra aliada".

Los banqueros y los grandes industriales, por supuesto, no unieron sus manos con el Vaticano para promover al Catolicismo. Indudablemente muchos de ellos tenían dos objetivos en vista. Primero venía su interés privado, y segundo los intereses de la Iglesia, siempre que éstos fueran compatibles con los suyos propios. Las famosas "doscientas familias", que poseían la mayor riqueza en Francia, eran en su mayoría católicas devotas.

Como los años pasaban, y principalmente a través de esta alianza impía, una campaña organizada contra el Bolchevismo barría Francia, creciendo y decreciendo periódicamente. Esta campaña fue realizada en dos niveles de la vida francesa. En primer lugar, aparecían movimientos populares y seudopopulares, uno tras otro. En segundo lugar, los más altos niveles políticos, financieros, y sociales estaban envueltos detrás de escena; aquí el Vaticano acumuló sus éxitos más notables.

Unos diez años después de la Primera Guerra Mundial -alrededor de 1930- éstas organizaciones antibolcheviques empezaron a aparecer, volviéndose rápidamente más y más audaces. En una época parecía posible que empezarían una guerra civil y que intentarían tomar el poder. Estos movimientos exhibían definidas características. Todos eran antibolcheviques y decidieron acabar con el Socialismo y el Comunismo dondequiera que se encontraran. Ellos se oponían a la influencia de la Rusia soviética en el concierto de las naciones. Ellos estaban modelados según el clásico patrón fascista y Nazi, con distintivos y eslóganes similares. Constituían estructuras armadas, predicando la violencia y practicando el terrorismo. Ellos clamaban por una inmediata dictadura. Su toma del poder habría sido marcada por la destrucción de la democracia y de la libertad política. Por último, pero no menos importante, tanto sus líderes como sus miembros eran fervientes católicos. El nacionalismo y el interés de clase inspiraban estos movimientos, todos los cuales estaban firmemente unidos por la religión.

Tales sociedades eran innumerables. La mayoría de ellas tenía, en secreto, gran cantidad de armamentos de toda clase y se les proveía de dinero a través de canales "secretos".

Ellos empezaron a marchar por las calles de París, dispersando reuniones socialistas y comunistas. Organizaban demostraciones armadas y atacaban a sus opositores. Ellos actuaron, para abreviar, exactamente como lo habían hecho tan exitosamente sus equivalentes en Italia y Alemania.

Se enumeran aquí a los partidos fascistas y semifascistas reaccionarios más notorios e influyentes de Francia, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La Union Republique Democratique. Este partido, apoyado por el sector más rico de Francia, era la columna vertebral de la opinión Conservadora francesa. Su principal tarea era defender los intereses del capital y del "feudalismo" industrial y agrícola. Su tarea secundaria era hostigar a los partidos Izquierdistas hasta donde fuera posible y combatir al "dragón bolchevique". En 1936 intentó consolidar a todos los elementos derechistas en un Frente Nacional en oposición al *Front Populaire* [Frente Popular].

Era preeminentemente el partido de los Grandes Negocios, y la mayoría de sus miembros privadamente o abiertamente simpatizaban con el Nazismo, tanto como las fuerzas reaccionarias en la Alemania prehitleriana. La Unión era esencialmente católica, y su objetivo inmediatamente siguiente a la defensa del capital, era el fomento de los intereses de la Iglesia Católica. Apoyaba afanosamente la idea de que la Iglesia debía controlar completamente la educación de la nación, y predicaba, de acuerdo con la doctrina católica, la importancia de la familia y la oposición a la interferencia Estatal en las cuestiones sociales. La Unión se abrazó a muchas importantes personalidades industriales, sociales, financieras, políticas, y religiosas.

La Action Francaise. La Action Francaise era un partido violentamente reaccionario que buscaba destruir la República y establecer una Monarquía, con la ayuda y bendición de la Iglesia Católica. Predicó la violencia y la resistencia durante muchos años, y su fanatismo y ultracatolicismo frecuentemente perturbaron los planes del propio Vaticano. El Vaticano, en muchas ocasiones, intentó alinear la política de la Action Francaise con su propia política y falló; por lo tanto el Papa fue obligado a pronunciar una prohibición sobre este partido. La prohibición fue pronunciada en 1926, el Gobierno de Herriot fue reemplazado. El Vaticano fue el principal responsable por este reemplazo, y se

establecieron de nuevo relaciones amistosas entre el Estado y la Iglesia. Como consecuencia, la prohibición se hizo pública y el movimiento Realista, liderado por Maurras y Daudet, empezó a declinar. Durante años había estado atrayendo a numerosos sacerdotes y al elemento fascista de jóvenes franceses. Esta prohibición ofendió tan seriamente a la Jerarquía francesa que estaba apoyando este movimiento, que un cardenal, Louis Billot, devolvió su capelo rojo al Papa. Esta fue la primer renuncia de un cardenal en cien años.

La Action Francaise tenía una organización militar que a menudo llevó a disturbios sangrientos, tales como los disturbios de 1934. Aquí los Camelots du Roy [la rama juvenil de la Acción Francesa] jugaron el papel principal.

Durante el Gobierno del Front Populaire, la Action Francaise pidió abiertamente la muerte del Primer Ministro, Blum. De hecho un ferviente nacionalista católico realizó un atentado sobre la vida del Primer Ministro. También apoyó abiertamente a la Italia fascista en la Guerra abisinia, a Franco en la Guerra española, y a los Poderes del Eje durante la crisis de Munich.

Otro movimiento, estrechamente conectado con la Action Francaise, era la ultracatólica *Ligue d'Action Francaise*, cuyo objetivo principal era la destrucción de la República. Éste era el juramento de los miembros: "Yo me comprometo a luchar contra todos los regímenes Republicanos. El espíritu Republicano favorece a influencias religiosas hostiles al Catolicismo tradicional."

Otro movimiento, modelado completamente según los lineamientos Nazis, se denominaba la *Jeunesse Patriote* [Juventud Patriótica]. Este grupo disfrutó del apoyo de los capitalistas, quienes proporcionaron fondos, y sus miembros católicos y nacionalistas le dotaron de prestigio. Sus miembros predicaron la violencia abierta contra todos los oponentes suyos y de la Iglesia, considerando como enemigos especialmente a los comunistas. La *Bagarre*, o lucha callejera, era su método principal de proceder, y su vanguardia consistía de cincuenta hombres, divididos en tres sectores, conocidos como los *Groupes Mobiles*.

Solidarite Francaise era otro partido católico, fundado por Francois Coty, famoso por sus perfumes y periódicos.

Le Croix de Feu [La Cruz de Fuego] era un movimiento reclutado entre las clases ricas para oponerse al Parlamento y la democracia. Sus miembros clamaban por un Estado autoritario que prohibiera la libertad de pensamiento político, de expresión, y de la Prensa. Desde este grupo se originó el movimiento fascista violento y terrorista llamado *Les Cagoullards* [Los Encapuchados].

Estos diversos movimientos y partidos lucharon fuertemente para tomar el poder -pero por diferentes causas, sin éxito. Sin embargo, la sensación de fracaso sólo les inspiró para una mayor actividad detrás de escena, y aquí su influencia fue grande. Como se ha visto, estas fuerzas estaban estrechamente aliadas con la Iglesia Católica, y algunas de ellas obtuvieron apoyo de ella. El Vaticano también, percibiendo su fracaso en la contienda política abierta, concentró su atención en los planes que estaban a mano detrás de la fachada de la República.

Mientras Francia era desgarrada por intereses opuestos, Alemania estaba avanzando de una victoria a otra. No puede intentarse aquí un análisis de la política francesa de ese período, pero uno o dos puntos de capital importancia sobresalen del trasfondo de esos años. Está claro que las mismas clases que patrocinaron el Fascismo y el Nazismo en Francia ya lo habían hecho así en Alemania y Italia; también que la Iglesia Católica de nuevo desempeñó una parte importante alentando tales movimientos. Está claro, también, que el principal objetivo era la destrucción del Socialismo y el Comunismo. Los esfuerzos para este fin no se confinaron dentro de la vida interna de la nación, sino que formaban una parte de la política exterior de Francia.

Esta hostilidad hacia el Comunismo, cuando se trasladó a la actividad política, se presentó como un incansable y activo sabotaje a los esfuerzos de la República por mantener una estrecha alianza con la Rusia soviética.

Los reaccionarios no sólo se preocupaban por hostigar la política de la República; ellos también perseguían una política propia -la instalación del Fascismo en Francia. En la situación existente en Francia ellos no veían esperanza alguna de conseguir esto, excepto con la ayuda del extranjero. Esa ayuda sólo podría venir de la Alemania Nazi. Para esta política el orgullo y el sentimiento nacionales ofrecían un obstáculo aparentemente insuperable. "Cualquier cosa antes que una Francia Roja" se volvió su contraseña. Esta determinación fue reforzada por la creencia de que si la victoria estimulaba la entrada de Francia en la guerra, la posición de los Rojos se fortalecería grandemente, ante el peligro de los capitalistas, los supuestos fascistas, y la Iglesia Católica. La derrota de su país y el sacrificio de su orgullo nacional habría significado su ventaja personal por medio de la derrota de los Rojos. Ésta era la cuestión última de su política, como veremos dentro de poco.

Hemos examinado el trasfondo político reaccionario en Francia en la década precedente a la Segunda Guerra Mundial. Una inmensa población era indiferente u hostil a la Iglesia. Había una inmensa maquinaria católica enlazando toda Francia, aunque sin influencia sobre las masas, y trabajando por lo tanto, como si fuera, en un vacío. Había una persistente campaña, por encima y por debajo de la superficie, contra el Bolchevismo y la Rusia soviética, y había movimientos imitando al Fascismo y al Nazismo, en gran parte inspirados por la Iglesia Católica.

En íntima alianza con estas organizaciones habían pequeños pero poderosos sectores del país inspirados por un odio tan profundo hacia el Bolchevismo como la Iglesia. La pesadilla que les perseguía era que su mundo social y financiero desaparecería si se permitía que los principios Socialistas y Comunistas se propagaran libremente. Ellos planearon poner un freno al Bolchevismo, en primer lugar en casa, y en segundo lugar en el extranjero; por lo tanto organizaron y financiaron partidos para establecer el Fascismo en Francia como una respuesta al Comunismo. Estos dos poderosos factores de Francia se unieron para lograr su objetivo común de establecer una dictadura fascista y de aplastar al enemigo bolchevique; pero ellos no lograron lo que Mussolini había logrado en Italia y Hitler en Alemania. Con temor y esperanza mezclados ellos observaban la propagación del ateísmo y el Bolchevismo y el nacimiento de regímenes que con éxito, y uno por uno, aplastaban a los dragones comunistas. La Iglesia y las clases reaccionarias en Francia, de hecho, aclamaron con entusiasmo la dictadura de Primo De Rivera en España; luego la de Mussolini y su alianza con el Vaticano; luego la dictadura de Franco, y en muchas ocasiones aun la de Hitler.

Un sector particular de esas clases que estaban "obsesionadas por el temor al Comunismo" era la clase de los oficiales regulares. Esta clase era célebre por su actitud reaccionaria a casi todas las cuestiones y por su devoción a la Iglesia. Muchos oficiales de alto rango habían sido notorios por su odio al Bolchevismo, su desprecio por la democracia, y su defensa de "las formas fuertes de gobierno", Petain, Weygand, y Giraud entre ellos. Seleccionamos sólo a estos tres, por estar destinados a jugar roles tan importantes en los años subsiguientes.



El General Weygand

Estos oficiales eran católicos devotos y estaban profundamente interesados en la Iglesia, no sólo como una institución religiosa, sino también en la política del Vaticano hacia las cuestiones sociales y políticas. Muchos oficiales y políticos que seguían estrechamente los movimientos políticos del Vaticano, fueron profundamente impresionados por una encíclica en especial, la *Quadragesimo Anno*, publicada en 1931. Esta encíclica que hemos mencionado frecuentemente, abogaba por el establecimiento de un Estado Corporativo como un antídoto para el Comunismo y el Socialismo. Ya hemos visto lo que eso significaba. En palabras llanas, esto significaba Fascismo según el modelo italiano y que a cada católico se le prohibía oficialmente abrazar o ayudar al Socialismo.

¿Podría alguien dudar cuál era su deber? Como miembros devotos de la Iglesia, como los vástagos leales de una casta, como patriotas que sólo podían concebir una Francia edificada sobre un modelo venerable, Petain y otros empezaron a moverse. Muy pronto se hizo visible el efecto de la encíclica en el campo político, en Francia como en varios otros países católicos. Por supuesto, no fueron sólo las palabras del Papa las que pusieron en movimiento la inmensa maquinaria del Fascismo reaccionario en Francia. Vastos intereses que tenían poca o ninguna relación con la Iglesia, estaban en acción, pero el poder acumulativo de la Iglesia dio en esta coyuntura un tremendo ímpetu a estas fuerzas. Para 1934 no sólo se formaron cuerpos armados del floreciente Partido Fascista francés, sino que también estaban causando alborotos en las calles de París. Ya hemos descrito a la "Cruz de Fuego", a los "Encapuchados", y a sociedades similares, con su demanda en favor de un Estado Corporativo, en favor de la concesión de privilegios a la Iglesia, y en favor del Totalitarismo.

Fue en este momento que Petain, inspirado por las palabras del Papa y por su propio odio a la democracia y al Bolchevismo, decidió ser activo y no "limitarse a las meras palabras." No sin ambición, él había estado airado durante varios años en su relativa oscuridad. La violenta adquisición del poder por parte de Mussolini, Hitler, y otros habían encendido en él y sus socios "una nueva esperanza." (*Cartas de Petain a un amigo, 30 de septiembre de 1933.*)

Petain "congregó alrededor de sí mismo un pequeño círculo de amigos políticos", los líderes de los partidos reaccionarios. Como un primer paso en su programa ellos publicaron un panfleto titulado *Queremos a Petain*. ¿Cuál era su plan? Abolir "el espíritu revolucionario que estaba amenazando destruir el país, la familia, la Iglesia, y todo lo que había hecho grande a Francia." Petain pensó repetir la proeza del joven Bonaparte que en 1797 había barrido los últimos rastros de la Revolución fuera de París con "una ráfaga de metralla".

Petain y sus amigos no se detuvieron tras publicar el panfleto; ellos hicieron preparativos para llegar al poder. Petain, de hecho, "estaba estrechamente envuelto en preparativos para la guerra civil", y estaba íntimamente conectado, muy secretamente, con los movimientos terroristas descritos anteriormente. Mientras se involucraba en estas actividades, "miraba atentamente el progreso del Nazismo con gran simpatía." Con el paso del tiempo, y la consolidación del Nazismo, él empezó a fraternizar con los Nazis alemanes, y especialmente con Goering en Berlín, como también lo hacía Laval.

Varios años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, Petain había llegado a la conclusión de que el Fascismo no podía volverse un poder en Francia exclusivamente con recursos internos. En esto él estaba de acuerdo con todos los otros líderes reaccionarios, y juntos ellos empezaron a mirar y a trabajar en el extranjero con la intención de introducir el Fascismo en la primera ocasión oportuna.

Petain, con sus amigos, buscaron entradas en este campo extranjero. Él aseguró su designación como Embajador en Madrid, en un momento en que las armas fascistas y Nazis, los ingleses y franceses no intervencionistas, estaban ocupados poniendo la Francia fascista en el poder.

Simultáneamente, otro influyente político católico, Laval, fue abordado por Petain. Juntos y en secreto ellos empezaron a trabajar por su objetivo común. En Madrid Petain se contactó con Hitler y el Vaticano, autoridades con quienes él podría contar para ser apoyado en sus planes. Él estableció contacto, muy en secreto, con el Vaticano por medio de la intermediación de Franco y, sobre todo, por medio del representante Papal en España. El contacto con Hitler se hizo a través de los buenos oficios del Embajador alemán en Madrid, Herr Von Stohrer.

Mientras sus planes se estaban desarrollando, Petain se mantuvo en estrecho contacto con Laval, que estaba trabajando en Francia para los mismos fines, en alianza con poderosos magnates militares, financieros, e industriales.

¿Cuál eran estos planes? El plan general básico era muy simple -"la creación del terreno favorable para el establecimiento del Fascismo en Francia que lideraría al bloque europeo de Totalitarios en todo el Continente. El éxito de esto depende enteramente del sabotaje de todos los esfuerzos de cooperación, o de apoyo en cualquier forma hacia el

Bolchevismo en casa y especialmente en el extranjero." (*Carta del Embajador fascista en Madrid a Mussolini, el 29 de marzo de 1939.*) En otras palabras, la influencia política de la Rusia soviética y de varios Estados europeos, particularmente Checoslovaquia y Francia, debía ser boicoteada.

Hitler, al "apoyar" a Petain y a todos los otros grupos fascistas en Francia, les habría dado la misma ayuda para "llegar al poder" como la que ya había dado a Franco en España. Él también habría ido en su ayuda en el campo internacional si hubieran surgido complicaciones serias. En caso de una guerra europea, "Petain y sus amigos habrían hecho todo lo que estuviese en su poder para impedir que Francia entrara junto a los que se opondrían a las aspiraciones alemanas." Una de sus tareas principales, durante este último período, era romper la alianza con la Rusia bolchevique. Con respecto al problema checo, esto ya se había hecho con éxito. Si la guerra hubiese estallado (en el momento de la crisis de Munich), y Petain y sus socios hubiesen sido incapaces de impedir la participación de Francia, ellos habrían asegurado que "el poderío de la Francia armada no se empleara contra el Tercer Reich."

El Papa Pío XI y su Secretario de Estado habían dado su bendición a todo el proyecto. El temor de otra gran guerra era su única objeción. Pacelli le hizo saber a Hitler que el Vaticano preferiría "la resolución de problemas nacionales e internacionales sin el riesgo de que se inicie otra gran guerra en el mundo." Él pidió a Hitler que encontrara medios para ayudar a "Francia a establecer un Gobierno sano y amistoso que cooperaría con Alemania en la reconstrucción de una Europa Cristiana." (*Cardenal Sereidi, 6 de abril de 1940.*) Los principales protagonistas en todo este plan eran el delegado Papal en España, el Embajador alemán en España, el General Franco, Petain, y en Francia, Laval.

Las actividades de Petain y sus amigos, y los contactos con el Vaticano y con Hitler, se filtraron hasta los oídos del Gobierno francés. La mayoría de las actividades de Petain se reportaron por escrito al Primer Ministro francés, Daladier. Ante el asombro de aquellos que reportaron estos procedimientos, Daladier declaró que él era consciente de lo que está pasando pero que "no podía hacer nada."

La guerra estalló, y Petain y sus aliados continuaron más que nunca con su complot. En el capítulo que trata de Alemania hemos relatado las discusiones entre el Vaticano y Hitler acerca de Francia. El Vaticano estaba en estrecho contacto con Petain y sus amigos, y la certidumbre que el Papa podía transmitir a Hitler acerca de Francia se derivaba de ellos. Petain, por otro lado, confiaba por la información recibida de Herr von Stohrer, y sobre todo del delegado Papal, que Alemania demostraría ser confiable para con él. Él todavía estaba inseguro de si "sufrir una derrota en el campo militar" no era un precio demasiado grande a pagar por el apoyo de Alemania.

Las actividades de Petain y otro devoto general, Weygand, junto con las actividades de Laval y otros aliados, aumentaron cien veces con la entrada de Francia en la guerra. Durante años Petain y otros habían estado procurando la promoción a posiciones claves, en el Ejército, de oficiales que con seguridad serían útiles para ellos en el momento crítico. Casi todos estos oficiales eran católicos, inspirados por el mismo odio por la democracia y la República que el que sentía el veterano Mariscal; discretamente su promoción a las posiciones claves había continuado.

Ahora que Francia había entrado en la guerra, Petain deseaba completar la construcción de su plan sobre los fundamentos durante tanto tiempo y tan exitosamente preparados. En su búsqueda de un contacto más estrecho y más frecuente con esos sectores que compartían sus planes, él volvió a París. Aquí sondeó a miembros del Gobierno, pidiéndoles que obtuvieran un permiso para él para que pudiera dividir su tiempo y actividades. Él propuso pasar mitad de su tiempo en Madrid (donde tenía contactos internacionales) y mitad en Francia (para mantener contacto con sus agentes, encargados de la ejecución de sus planes militares y políticos).

Esta petición fue rotundamente negada: el viejo Mariscal ya había caído bajo la sospecha del Primer Ministro y de otros políticos. Petain se amargó, y en un momento de enojo profirió una frase que descubrió, más que cualquier otra cosa, lo que estaba pasando detrás de escena. Él usó las significativas palabras: "Ellos me necesitarán en la segunda quincena de mayo."

En la segunda quincena de mayo Alemania invadió Francia. Petain, el Secretario de Estado Papal, y Hitler, tenían todos sus planes listos y sabían la fecha en la que la Alemania Nazi lanzaría su ofensiva en el Oeste. (*Ver Ci-devant 1941, por el Ministro francés, Anatole De Monzie.*)

El 19 de mayo de 1940, Petain fue convocado para servir en París. No podemos tratar aquí de los movimientos que lo llevaron al poder. ¿Fue una mera equivocación de Reynaud? ¿Fue debido a las intrigas de aquellos que lo rodeaban? ¿Fue la obra de Laval, el incansable conspirador? Quizás todas estas causas contribuyeron. Permanece el hecho de que la profecía de Petain de varios meses antes se demostró verdadera. Reynaud le nombró Vice Primer Ministro. Petain usó su recientemente adquirida influencia para procurar el nombramiento del ultracatólico, complotado, y reaccionario General Weygand como Comandante en jefe. Otros dos líderes católicos, Baudouin y Prouvost, fueron incluidos en el nuevo Gabinete.

Weygand, el cómplice de Petain, había hecho frecuentes visitas al representante Papal en París, de la manera más privada y continuamente durante semanas, justo antes de la invasión a Francia. "Como el Mariscal Petain, Weygand era un clerical intolerante y un enemigo de la Constitución Republicana", dice el imparcial Annual Register. Él era un belga de origen noble, notorio por su odio franco hacia el régimen Republicano y los "Socialistas y bolcheviques ateos." Su primera actuación fue informar oficialmente al Gobierno que la defensa de Francia era sin esperanza, y Petain, por supuesto, le apoyó.

En el campo político Laval se hizo eco de las palabras de sus amigos. Huestes de personas interesadas en la cesación inmediata de hostilidades basaban su clamor en que los que querían continuar la lucha, aunque Weygand y Petain declararon que la victoria alemana era segura, eran responsables de la muerte de franceses inocentes.

Laval era un político de muy dudoso carácter. Sus diversas actividades no nos interesan aquí. Baste decir que él era un católico, y, como Von Papen, un Caballero de la Corte Papal. En un cierto sentido era el principal laico católico de Francia, y era muy popular en el Vaticano. Él era el primer Ministro de la Tercera República, de hecho el primer Ministro desde 1865, que visitaba el Vaticano. Fue él quien presentó a altos dignatarios de la Iglesia a la creciente influencia detrás de escena de la vida política francesa.

La gran intimidad de Laval con el Vaticano empezó en 1935, cuando él y Mussolini estaban trazando un plan para permitir la invasión italiana fascista a Abisinia sin provocar un conflicto internacional. Así es cómo empezó la intimidad:

Su Santidad expresó su alegría porque después de setenta años un representante del Gobierno francés había venido, no meramente por una visita personal de cortesía, sino para restablecer el homenaje de la nación francesa. Monsieur Laval fue llevando puesta la Orden de Pío IX conferida a él por Pío XI. El Papa también le dio un rosario de oro y de coral a la hija de M. Laval. Como una devolución de obsequios, M. Laval dio a su Santidad tres libros exquisitamente encuadernados... (*Le Temps, 11 de enero de 1935*).

Durante la crisis suprema de Francia que estamos relatando, y durante un largo período anterior, Laval, como Weygand, estaban manteniendo numerosas y muy confidenciales conferencias con el representante Papal en París.

Mientras todavía era Vice-Primer Ministro, Petain, y sus socios, iban por París diciendo:

Francia necesita la derrota. La derrota es necesaria para su regeneración. La victoria fortalecería el régimen político que la ha llevado a la ruina moral. Cualquier cosa es preferible a la continuación de un régimen tan abominable. La derrota seguida por una rápida paz quizás costará a Francia una provincia, unos pocos puertos, algunas colonias. ¿Qué son ellos en comparación con su imperiosa regeneración? (Elie Bois, en *Truth on the Tragedy of France*.)

No obstante, habían surgido complicaciones para Petain y sus socios. Mussolini, con quien Petain y Laval habían entrado en contacto por medio de Franco, había aumentado sus demandas sobre Francia. Además de su demanda por Niza, Saboya, y Túnez, él quería entrar en la guerra y marchar en París. Él deseaba que su Ejército fascista conquistara y destruyera "la plutocracia francesa, infiltrada con masones, judíos, y bolcheviques".

Las intenciones de Mussolini de entrar en la guerra habían empezado a revelarse a principios de 1940, y se confirmaron cuando el Conde Ciano le dijo al nuncio Papal en Italia, el Arzobispo Borgongini-Duca que Alemania estaba preparándose para atacar a Francia:

Tengo la impresión de que una gran ofensiva está a punto de estallar en el frente francés, y preveo que, en este caso, Alemania hará el máximo esfuerzo para hacernos entrar en la guerra (29 de febrero de 1940).

Esta fue la primer advertencia a Petain, Weygand, y Laval de las intenciones de Mussolini. Ellos protestaron ante el Papa, pidiéndole que hiciera lo mejor que pudiese para "evitar que Italia hiciera para Francia más difícil aun salir del atolladero".

El Papa se acercó a Mussolini en varias ocasiones, a través de los buenos auspicios del Padre Tacchi-Venturi que era un intermediario entre el Vaticano y Mussolini. Pero Mussolini parecía ponerse más obstinado acerca de sus intenciones. El Papa apeló a Hitler, pidiéndole que interviniera y refrenara a Mussolini. Hitler prometió que haría lo mejor posible, pero no podía "impedirle a Italia que entrara en el rumbo que Mussolini consideraba en beneficio de la nueva Europa."

Cuando Ribbentrop, en marzo, por fin fue a ver al Papa, para asegurar que el plan para la rendición de Francia ante Alemania se desarrollaría como se acordó, sus discusiones preliminares con el Papa, y con los franceses que estaban trabajando detrás de escena en cooperación con el Vaticano, iban tan bien que el Ministro de Relaciones Exteriores Nazi, en un momento de optimismo, declaró:

Francia y Alemania buscarán y encontrarán la paz dentro de este año. Una Nueva Francia se volverá la gran socia del Tercer Reich para reconstruir la Nueva Europa. Ésta es la convicción firme de todos los alemanes (Ribbentrop, 12 de marzo de 1940).

Entretanto, los conspiradores franceses (Petain, Weygand, y Laval) enfatizaban al Papa que "el honor francés y el interés nacional" no podrían "permitir sufrir la humillación de una ocupación italiana de territorio francés", y que "todo el plan tan laboriosamente calculado para la reconciliación de Francia y Alemania se pondría grandemente en peligro" si Mussolini declaraba la guerra a Francia.

Viendo que Mussolini no respondía a sus peticiones, el Papa empezó una gira por la paz en Italia. El Embajador fascista en el Vaticano, Alfieri, protestó ante el Papa contra tales manifestaciones de la Iglesia a favor de la paz "en Italia".

Entretanto, como la fecha fijada por Hitler para el ataque a Francia iba acercándose, y como los franceses querían la certidumbre de que Mussolini no atacaría su país, el Papa le envió una carta personal a Mussolini, escrita por su propia mano, en la que entre otras cosas, decía:

Pueda Europa ser salvada de más ruina y lamentos, y sobre todo pueda nuestro y vuestro amado país ser librado de la inmensa calamidad.

En contestación, Mussolini escribió:

Yo deseo asegurarle, muy Santo Padre, que si mañana Italia entra en el campo, esto significaría de una manera inequívoca que el honor, el interés, y el futuro del país hacen esto completamente necesario.

Finalmente, Mussolini hizo saber al Papa, por medio del Subsecretario de Estado italiano, Guidi, quien dio las noticias al Arzobispo Borgongini-Duca, que Italia había decidido definitivamente entrar en la guerra (22 de mayo de 1940). Esto lo confirmó el Conde Ciano al Papa el 28 de mayo.

Petain y Weygand pidieron a Hitler que detuviera a su colega dictador. Hitler respondió que él no podía "impedir que Mussolini" entrara en la contienda.

En desesperación Petain y Laval una vez más pidieron auxilio al Vaticano, actuando de nuevo por medio del representante Papal en Madrid, "habiendo sido puesto en peligro el futuro entero de la Francia católica por la decisión de Mussolini".

El Papa contestó que después de que Mussolini había hecho saber su intención de entrar en la guerra, y viendo cómo Mussolini estaba decidido a actuar, él (el Papa) había intentado persuadir al dictador italiano "a ser moderado en esta coyuntura crítica."

Pétain y Weygand dudaron en someterse; Laval les aconsejó que lo hicieran, pidiendo al Papa que insistiera a ambos sobre la necesidad de la situación. El Papa fue tan lejos como para enviar su mensaje personal a Pétain, pidiéndole que Francia "cediera ante la situación... con templanza y realismo", y asegurándole que él mientras tanto "continuaría haciendo apelaciones personales a Hitler y a Mussolini para que formularan sus términos con moderación y ausencia de venganza".

Pétain, Weygand, Laval, y Baudouin (un fanático converso al Catolicismo) decidieron el rumbo que seguirían.

Los ejércitos Nazis habían invadido Bélgica y Holanda; el Rey Leopoldo, por el consejo de Weygand y sus otros consejeros católicos, y por las instrucciones directas del Vaticano, después de haber impedido que los Aliados coordinaran sus planes, se había rendido sin siquiera permitir a sus Aliados que lo supieran. Las legiones Nazis habían invadido Francia y estaban avanzando sostenidamente hacia París.

Mientras todo esto estaba sucediendo, y como el desastre final estaba acercándose rápidamente, el Papa y su Secretario de Estado tuvieron varias reuniones muy privadas con el Embajador francés a quien el Papa otorgó una entrevista final el 9 de junio de 1940, el día antes a "la puñalada en la espalda" de Mussolini. Lo que el Papa dijo al Embajador y lo que el Embajador dijo al Papa todavía no se conoce. Pero la coincidencia de la fecha, que no fue en absoluto una casualidad, es significativa y debe tenerse presente, en vista de las consecuencias.

El día siguiente la Italia fascista le declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña. Las tropas fascistas entraron en territorio francés y, después de muy poco combate, alcanzaron sus primeros objetivos de Mentone y Niza.

Pero mientras los eventos anteriores tenían lugar en Roma, y mientras los ejércitos Nazis estaban ocupando Francia, Pétain, Weygand, Laval y los otros conspiradores estaban jugando sus cartas para llevar a cabo sus planes. Pétain que entretanto se convirtió en Presidente del Consejo ofreció su renuncia, con el pleno acuerdo de Laval y Weygand, complicando así en este momento grandemente crítico al Primer Ministro francés, a quien el Mariscal envió una carta que, entre otras cosas, incluía las siguientes ominosas líneas:

La gravedad de la situación me convence de que debe ponerse un fin a las hostilidades inmediatamente. Éste es el único paso que puede salvar al país (carta encontrada entre los documentos del Mariscal que él trajo desde Alemania después de su arresto en el verano, 1945).

Esto fue escrito en un momento cuando algunos Ministros querían continuar la lucha desde África del Norte. El Presidente Lebrun y el Primer Ministro Reynaud continuaron en vano intentando persuadir a Pétain para seguir con la lucha. Ellos le pidieron que no renunciara, sino que esperara una respuesta desde Inglaterra. Pero lo que se conoció después fue que la carta no fue escrita por el propio Pétain, sino que fue escrita y enviada al Primer Ministro por alguien más. Esto declaró Pétain a la Comisión del Tribunal Superior de Investigación, junio de 1945: "Yo no estaba allí cuando la carta fue redactada. Mi pensamiento había sido interpretado."

¿Por quién? Por sus socios, el General Weygand y Laval, que la escribieron para provocar la caída del Gobierno y así obtener la oportunidad de asumir ellos mismos el poder, lo cual fue todo parte de las intrigas, los sobornos, y los engaños que ellos maquinaron.

Mucho antes de que los ejércitos Nazis llegaran hasta París, Petain había decidido que Francia debía capitular. Cuando el Sr. Churchill voló a Francia para consultar al Gobierno francés, él asistió a una cena en Briare, sur de París (junio de 1940). Intentando ser optimista, le dijo al Mariscal Petain: "Tuvimos días difíciles en 1918 - nosotros los superamos. Igualmente los superaremos." A lo cual Petain replicó: "En 1918 yo dí cuarenta divisiones francesas que salvaron el Ejército británico. ¿Dónde están sus cuarenta divisiones para salvarnos ahora?"

Durante la Reunión de Gabinete, sostenida en la misma noche, la atmósfera se puso tensa por el derrotismo, dos personas que eran principalmente responsables de aconsejar al Primer Ministro que se rindiera -a saber, Madame Helen de Portes y, sobre todo, el fanáticamente católico Monsieur Paul Baudouin, el Subsecretario de Monsieur Reynaud.

El Mariscal Petain y el General Weygand -quién en ese período fatal era el Comandante en jefe francés- iban a ver a M. Reynaud todos los días a las 11 de la mañana. Pero el 10 de junio, el día en el cual Mussolini declaró la guerra, Weygand llegó sin haber sido citado. La primera cosa que él hizo fue leer una nota en la cual pedía al Gobierno francés que se rindiera.

Reynaud se negó. Durante la noche, acompañado por el General de Gaulle, él partió en automóvil hacia Orleans.



Charles de Gaulle

La mañana siguiente, sin embargo, el General Weygand que había estado en permanente contacto con Laval y Petain, telefoneó a Reynaud y le dijo que él, Weygand, le había pedido al Sr. Churchill que viniera a su cuartel general en Briare, para que la situación pudiera explicársele.

Entretanto, muchos miembros del Gobierno estaban determinados a continuar la lucha, e instaron al Primer Ministro que no siguiera el consejo de Petain o de Weygand.

El 12 de junio, George Mandel, entonces Ministro del Interior, Edouard Herriot, Presidente de la Cámara de Diputados, Jules Jeanneney, Presidente del Senado, y el General de Gaulle, persuadieron al Primer Ministro a continuar sosteniendo la guerra. Francia seguiría luchando desde África del Norte. Los planes estaban listos para ser puestos en operación, por los cuales aproximadamente medio millón de soldados especializados podrían ser evacuados desde todos los puertos disponibles - principalmente desde Brest y Niza- y ser transportados a África.

El Primer Ministro dio una orden escrita al General Weygand para llevar a cabo el plan. Pero Weygand, viendo que de esta manera la oportunidad por la cual él y sus amigos católicos habían estado esperando se perdería, no cumplió la orden:

El 12 de junio intentamos animar a M. Reynaud. Yo hice pública una orden escrita al General Weygand para la ejecución de medidas ya planeadas para el retiro a África del Norte de dos grupos de la reserva todavía en adiestramiento, de especialistas de las divisiones motorizadas, desde Bélgica, desde las divisiones Alpinas, etc., comprendiendo a unos 500,000 hombres.

Ellos habrían sido evacuados desde todos los puertos desde Brest hasta Niza. Pero el General Weygand no llevó a cabo la orden (General de Gaulle, París, 18 de junio de 1945).

Entretanto los conspiradores estaban preocupados por Gran Bretaña. Ellos querían estar seguros de que ella se rendiría como Francia lo haría. Por consiguiente, ellos tenían que persuadir a Churchill para que hiciera lo mismo que Petain quería hacer, así que cuando, el 13 de junio, el Primer Ministro británico llegó a Tours, ellos intentaron persuadirle para que se rindiera. Esta tarea fue emprendida por el ultracatólico Baudouin. Reynaud, sin embargo, expresó que telefonaría a Roosevelt antes de dar cualquier paso.

Viendo que el Gobierno francés no quería rendirse y así cederle el paso a un nuevo Gobierno encabezado por Petain, los conspiradores concibieron otro plan que, además de atemorizar al Gobierno francés, influiría grandemente a la conservadora Inglaterra; ellos traerían al frente, al fantasma Nazi y católico del Comunismo.

Petain, Weygand, y Laval decidieron actuar inmediatamente. Petain intentaría derrocar al Gobierno francés por medio de un ataque abierto contra éste. Si eso no tenía éxito, Weygand anunciaría solemnemente que los bolcheviques habían capturado París y que todos los horrores de la anarquía habían empezado a paralizar la ciudad. Citamos las palabras del General de Gaulle:

En una reunión de Gabinete sostenida en el Castillo de Cange el mismo día, el Mariscal Petain inició el ataque contra M. Reynaud. El General Weygand anunció que París estaba en las manos de los comunistas. Telefoneamos a M. Roger Langeron, Prefecto de la Policía de París que negó esta noticia (General de Gaulle, París, 18 de junio de 1945).

El truco no salió bien entonces. El día siguiente Reynaud partió para Bordeaux. De Gaulle y otros le preguntaron si continuaría luchando, y él aseguró que lo haría.

Así el Gobierno francés fue transferido desde París a Bordeaux, donde Marquet, otro católico prominente y amigo de Laval, era Alcalde. Laval que todavía no estaba en el

Gobierno, empleó amenazas y promesas para persuadir a la mayoría de los Diputados para que aceptaran rendirse.

Una vez más Reynaud les aconsejó que siguieran con la lucha, si era necesario desde África. En esto continuó siendo apoyado por Jeanneney, Presidente del Senado, y por Herriot, Presidente de la Cámara de Diputados. Daladier, Mandel y otros de hecho zarparon desde Bordeaux para establecer el Gobierno en África del Norte, pero a causa de las maquinaciones de Laval el viaje no se completó. Petain ordenó detener el barco, y aquellos que estaba intentando escapar fueron arrestados.

Las intrigas de Laval, financiadas con su propio dinero y con dinero alemán, finalmente aseguraron la nominación de Petain, por medio de quien esperaba gobernar el país una vez que pudiera obtener la disolución del Parlamento. Entretanto de Gaulle había llegado a Gran Bretaña y había estado haciendo planes para asegurar la flota necesaria para transportar al Gobierno y las tropas francesas a África del Norte. Pero Reynaud renunció, Petain fue hecho Primer Ministro, y el 17 de junio de 1940, a las 1 pm, Churchill y de Gaulle se enteraron que Petain había pedido un Armisticio.

Algún tiempo después Laval, que continuaba trabajando detrás de escena, vio que Petain debía tomar el completo control del Estado. En la reunión conjunta de la Cámara de Diputados y el Senado franceses, en la Asamblea Nacional del 10 de julio de 1940, se delegaron plenos poderes en Petain. En el mismo día una misión encabezada por Paul Boncour le urgió para que se hiciera un dictador. En las palabras del propio Petain: Paul Boncour me visitó el 10 de julio. Él me dijo que quería ver que se me ofrecieran los plenos poderes de un dictador romano. Yo los rechacé, y dije que no era un César y que no quería convertirme en uno (Petain ante la Comisión del Tribunal Superior de Investigación, 16 de junio de 1945).

Toda la maniobra había sido manejada por Laval y Weygand. Cuando se le preguntó (en la misma Comisión del Tribunal Superior de Investigación) cómo pudo asumir el poder, Petain declaró: "Todo el asunto fue manejado por Laval, y yo no estaba aun presente (en la Asamblea Nacional del 10 de julio de 1940)."

Al volverse la cabeza del nuevo Estado, la primera acción de Petain fue firmar el Armisticio, después del cual se deshizo de todos los que querían seguir combatiendo a los Nazis. Él los arrestó, los encarceló, y los persiguió. La nueva dictadura reaccionaria católica empezó una guerra extraoficial contra los comunistas.

Por este tiempo los Nazis habían ocupado París y casi la mitad de Francia. El Ejército, la Armada, y la Fuerza Aérea de Francia se habían rendido. Los miembros del antiguo Gobierno estaban en vuelo o en prisión, y Petain, apoyado por sus estrechos socios, estuvo al fin donde él quería estar: a la cabeza de un nuevo Gobierno.

Así concluyó la Tercera República.



Pétain saludando a Hitler

El Vaticano, además de dar su bendición y estímulo a Petain, Weygand, y sus aliados, se atrevió a expresar su entusiasmo en términos nada ambiguos en más de una ocasión.

En julio de 1940 el Papa escribió una carta a los obispos franceses. ¿Les propuso el Papa que rechazaran al invasor y desobedecieran las órdenes de un Poder extranjero? ¿Les convocó para que predicaran la rebelión a los católicos, como fue el caso cuando ordenó que los obispos españoles y mejicanos combatieran a sus Gobiernos democráticos, o cuándo él había exhortado a los eslovacos y a los austríacos a "socavar" aquellas fuerzas que eran reacias a cooperar con Hitler?

Lejos de eso. En esta ocasión el Papa propuso a los obispos que trabajaran más duro, porque ahora por fin ellos tenían una oportunidad para "producir un despertar de toda la nación", ya que las "condiciones para una tarea espiritual mayor" eran tan buenas. Aquí están sus literales palabras:

Estas mismos infortunios con los que Dios hoy ha visitado a su pueblo dan convicción, lo sentimos indudable, de condiciones para una mayor labor espiritual favorable para producir un despertar de toda la nación.

Cuando el nuevo Embajador francés ante la Santa Sede presentó sus credenciales, Pío XII le aseguró que la Iglesia cooperaría y daría apoyo incondicional a "la obra de recuperación moral" que Francia había emprendido (Havas).

Eso no fue todo. El órgano oficial del Vaticano, el *Osservatore Romano*, publicó el 9 de julio de 1940 un artículo en el el cual el Mariscal Petain era muy ensalzado y se aclamaban sus esfuerzos por salvar a Francia. El artículo hablaba, en calurosos términos, del "buen Mariscal que más que cualquier otro hombre parece personificar las mejores tradiciones de su raza." Éste terminaba hablando del "amanecer de un nuevo y radiante día, no sólo para Francia, sino también para Europa y el mundo" (*Catholic Herald*, 2 de julio de 1940).

Estas alabanzas despertaron protestas contra el Vaticano desde todos los lugares, especialmente desde Gran Bretaña y Norteamérica. Tanto fue esto así que el Vaticano fue obligado a hacer que uno de los cardenales explicara el asunto. El lector debe recordar el caso del Cardenal Innitzer. Esta vez fue seleccionado el Cardenal Hinsley. Su posición como Cardenal británico le permitía ser oído por los católicos angloparlantes, y él fue hecho responsable para tranquilizar a los británicos y norteamericanos acerca del franco apoyo del Vaticano a un régimen fascista y a los alemanes. El Cardenal Hinsley, "con autoridad del Vaticano", presentó la pobre excusa de que tales declaraciones, sobre todo las del mencionado artículo, no fueron de manera alguna oficialmente inspiradas o sancionadas. El artículo, explicó, había sido escrito en respuesta a la Organización de la Juventud Católica francesa, que había comprometido públicamente el apoyo de la juventud católica de Francia a Petain y a su nuevo Gobierno.

Una vez a la cabeza de la nueva Francia, Petain prontamente declaró su intención de abolir el eslogan de la Francia revolucionaria, "Libertad, Igualdad, y Fraternidad". En su lugar introduciría un eslogan promovido por él y la Iglesia: "Trabajo, Familia, y Patria". En sus exhortaciones al pueblo francés las palabras que continuamente se reiteraban eran "disciplina" y "obediencia". Él declaró que la nueva Francia se libraría de todas las amistades tradicionales (especialmente con Gran Bretaña) y de las enemistades (con Alemania e Italia), anunciando al mismo tiempo que había pedido el permiso de Hitler para actuar como compañera de la Alemania Nazi creando y manteniendo el Nuevo Orden en Europa.

Petain y la Iglesia en Francia tenían un programa doble: reconstruir una nueva sociedad en el campo doméstico, según los principios, enunciados por el Papa, y crear un bloque de países católicos en el campo exterior. Trataremos con el último en breve.

En el frente doméstico el Gobierno de Petain empezó a destruir muchos principios y leyes de la Tercera República, suplantándolos con leyes inspiradas por la Iglesia Católica. Petain estaba decidido a abolir el Socialismo y el Comunismo; él deseaba construir en Francia un Estado Corporativo según las líneas establecidas por el Papa Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno*. Hemos visto que esto significaba un Estado fascista, como en Italia. Los sindicatos serían reemplazados por "corporaciones".

Todas las medidas industriales tenían que conformarse estrechamente a las encíclicas Papales, y a la ideología fascista.

Petain predicaba el ideal de la gran familia, como lo habían hecho Hitler y Mussolini. Él organizó la Juventud francesa en estructuras cuasimilitares, según el modelo de las Juventudes Hitlerianas. Él abolió aquellas leyes de la Tercera República que limitaban los poderes de la Iglesia, y ordenó la instrucción religiosa en las escuelas, permitiendo en ellas la enseñanza de sacerdotes. Él imitó en todo a Hitler y a Mussolini, excepto que superó a ambos en el poder sin precedentes que otorgó a la Iglesia. Por supuesto, Petain adoptó inmediatamente la educación como un instrumento para amoldar la mente de toda la juventud de Francia según el Nuevo modelo católico fascista. Él introdujo la instrucción religiosa obligatoria en las escuelas. Creó una comisión especial para ejercer censura sobre los libros usados en las escuelas secundarias, y la enseñanza de la historia fue especialmente modificada. Se puso énfasis en Francia antes de la Revolución francesa. Los capítulos referentes a la historia reciente subrayaban las iniquidades de la

Tercera República, y se daba prominencia a los beneficios derivados de la disciplina, la obediencia, y el respeto por la autoridad de la Iglesia.

La política educativa de Petain fue reaccionaria y clerical, y se caracterizó además por un deseo de restringir el entrenamiento intelectual a los pocos afortunados. La juventud, en su mayoría, estaba destinada a las ocupaciones agrícolas e industriales, teniendo la habilidad de leer, escribir, ser obediente, y nada más.

Fue introducido el antisemitismo, y se prohibieron libros de historia de autores judíos. En resumen, la juventud francesa estaba siendo preparada según líneas estrechamente afines al Nacionalsocialismo.

El régimen de Petain estaba removiendo activamente las influencias, los principios, y los métodos de la Tercera República en cada aspecto de la vida de la nación. Recapitular cada cambio es imposible aquí, y creemos que aquellos recién enumerados bastan para dar una idea de las reformas que estaban comenzándose, a pesar de la hostilidad del pueblo francés en general. La marea estaba volviéndose tan persistente como en todos los otros regímenes totalitarios.

Las relaciones del régimen de Petain y la Iglesia no fueron totalmente tranquilas, porque se suscitó la misma preocupación a partir del mismo eterno problema -la juventud. La Iglesia, aunque en general satisfecha, se quejaba de que el régimen tendía, en cuestiones educativas, a concentrarse demasiado en lo patriótico, a expensas de los principios católicos. Tanto fue esto así que en un tiempo el mismo clero se opuso a la instrucción religiosa en las escuelas sobre la base que, siendo anticlericales los maestros, la educación ofrecida no era cien por ciento católica. Pero aparte de eso, y de problemas por el estilo, similares a los encontrados por la Iglesia en Italia y Alemania, Petain y la Iglesia estaban en completa armonía. Juntos ellos empezaron a preparar un Concordato que habría dado a la Iglesia privilegios casi sin precedentes, sólo comparables a los que ella disfrutó antes de la Revolución en el siglo dieciocho.

¿Cuál fue la actitud de la Iglesia Católica ante el régimen autoritario establecido por Petain?

De lo que recién hemos examinado, es obvio que la Iglesia Católica no sólo era favorable al régimen, sino que lo ayudó y lo sostuvo con toda su fuerza, abiertamente e indirectamente, y -lo que nunca debe olvidarse- en la medida en que esta política no dañara sus intereses en otras partes del mundo.

Ya hemos visto cómo intervino el Vaticano para producir el cambio en los asuntos internos de Francia lo que crearía una situación favorable para el dominio espiritual y político de la Iglesia Católica.

No hay duda que el Vaticano ordenó a la Jerarquía francesa que apoyara a Petain. La mejor prueba está en el hecho que la Jerarquía francesa, con notablemente pocas excepciones, apoyó muy calurosamente al nuevo Gobierno desde el principio. Sólo después los obispos franceses y aun el Vaticano (si raramente) dirigieron algunas protestas de vez en cuando; pero tales protestas nunca fueron contra Hitler, nunca contra el nuevo Gobierno fascista, nunca contra el sistema Nazi como tal. Ellas sólo fueron hechas si los Nazis, Petain o Hitler no cumplían sus promesas a la Iglesia, si ellos

entraban en conflicto con los intereses de la Iglesia en cuestiones tocantes a la educación, el bienestar espiritual de los trabajadores, o si invadían lo que la Iglesia consideraba su esfera.

Desde el mismo comienzo ni un solo prelado francés de importancia protestó contra los Nazis o Petain. Fue con el paso de tiempo y la aparición del resentimiento y el odio de Francia contra los Nazis y Petain, y del creciente patriotismo francés y del movimiento de Resistencia, que la Iglesia empezó a retroceder aquí y allí, y permitió quejarse a algunos obispos o cardenales franceses. A pesar de eso, sin embargo, las relaciones entre la Iglesia y Petain siempre permanecieron muy cordiales. Los más altos rangos del clero hablaron abiertamente a favor de los ideales de la Revolución Nacional, como ellos la entendieron en los primeros días después de la caída de Francia, y su actitud puede resumirse en las palabras del Cardenal Suhard en octubre de 1942: "La política no es nuestro asunto. La Iglesia Católica Romana en Francia es un reservorio intelectual que algún día ayudará en la edificación de la nueva Francia."

Aunque la Iglesia de Francia era pro-Petain, no era pro-alemana. ¿Cómo podría serlo cuando la mayoría de los franceses tenían un único objetivo -la expulsión de los Nazis de su país? Eso habría sido demasiado difícil, aun para la Iglesia. Sin embargo, aunque en conjunto la Jerarquía francesa tenía que contenerse, muchos prominentes cardenales y obispos franceses eran abiertos y activamente pro-Nazis. Baste mencionar algunos: el Cardenal Baudrillart, Rector del Instituto católico, quien, debido a su horror extremo hacia el Bolchevismo, se unió al "Grupo de Colaboración"; el Cardenal Suhard, el Arzobispo de París, el Abad Bergey, que en su periódico católico *Soutanes de France*, se volvió notorio por la violencia e incluso la vulgaridad de sus diatribas; el Arzobispo de Cambrai; Gounod, el Primado de Túnez; Gerlier, el Arzobispo de Lyon, y muchos otros.

Los rangos inferiores del clero, al principio, siguieron la dirección Petainista dada a ellos por sus superiores, pero después se enfriaron, sin duda porque estaban en estrecho contacto con el pueblo y sus desdichas cotidianas.

Muchos periódicos católicos eran colaboracionistas y estaban a favor de Petain. Los más notorios eran: *La Croix*, el más grande periódico católico, que después de la liberación de Francia tuvo que enfrentar procesos legales por una acusación de haber apoyado la política de colaboración; y el supercatólico *Action Francaise* que frecuentemente atacó al movimiento de Resistencia entre católicos. Éste continuamente daba ejemplos de la actitud de los *Cures*, sobre todo la de aquellos responsables en guiar a la juventud, y exigió su remoción del cargo. Esta campaña de denuncia alcanzó su cumbre cuando el *Action Francaise* (del 26 de junio de 1943) reprodujo, del periódico clandestino *Courrier Francaise du Temoignage Chretien*, un artículo de un sacerdote que deseaba permanecer incógnito, cuestionando la legitimidad del Gobierno de Vichy, y afirmando que en las circunstancias la cuestión del deber de un ciudadano hacia semejante Gobierno, que es un Gobierno sólo en nombre, debe replantearse en nuevos términos; el ciudadano no está limitado por ningún deber de obediencia en cuestiones civiles o políticas; el derecho a servir -si su conciencia lo exige- a las autoridades disidentes no puede negarse a nadie.

Una tormenta de abuso se suscitó, acusándose al clero inferior de todo crimen según la agenda colaboracionista, desde incitar a la juventud del país a sublevarse o unirse a la "Maquis" [guerrilla] hasta la muy seria cuestión de la legitimidad del Gobierno.

Esta tendencia por parte del clero inferior alarmó al Vaticano y a la Jerarquía francesa más alta, quienes tomaron medidas para impedirles tomar parte activa en el movimiento de Resistencia. El asunto se discutió en la Asamblea General de los Cardenales y Arzobispos de Francia, en octubre de 1943. Ellos hicieron una declaración repudiando la teoría y reiterando su lealtad a Petain y el apoyo a su Gobierno, al cual consideraban absolutamente legítimo.

Debe notarse que esta declaración fue emitida en 1943 cuando el clero superior parecía haber perdido casi completamente la confianza del pueblo francés y aun del clero inferior.

Después del ataque sobre Rusia se inició una intensa campaña contra los Rojos, y a menudo los propagandistas más notorios contra Rusia pertenecían a la Jerarquía francesa. Los siguientes son algunos casos típicos:

Numerosos católicos franceses creen con toda sinceridad que el Bolchevismo es un fantasma inventado o exagerado por los agentes de Hitler. Estos católicos han olvidado que esto no es así. Ellos deben recordar que "el Comunismo es la completa ruina de la sociedad humana", como dijo el Papa Pío IX.

El Comunismo es una peste mortal, como declaró el Papa León XIII.

El Comunismo es salvaje e inhumano, en tal grado que es imposible creer de lo que éste es capaz, como dijo el Papa Pío XI.

Después de leer tales declaraciones, ¿es sorprendente que tantos católicos franceses se volvieran fascistas e hicieran los eslóganes anticomunistas y antirusos su política principal? ¿O que numerosos católicos se formaran en grupos militares y fueran, lado a lado con las legiones de Hitler, a invadir y combatir a Rusia?

Las razones para tal conducta son obvias, pero podría no ser errado resumirlas citando las palabras del Arzobispo francés de Auch, quien declaró:

La Jerarquía indudablemente tiene miedo de la guerra civil ... Seamos sobre todo franceses. Reunámonos en torno de nuestra bandera y en torno de quien la sostiene.

O las palabras del Obispo de Brievé, quien dijo aun más contundentemente:

Si la anarquía (por ejemplo el Comunismo) viniera, nosotros seríamos sus primeras víctimas.

Nos gustaría en esta etapa citar los sentimientos expresados por un moderado del alto clero francés. Decimos "moderado" porque él era considerado así en el Vaticano y en círculos católicos franceses. Este dignatario de la Iglesia, el Cardenal Gerlier, declaró que :

En una de las horas más trágicas de nuestra historia la Providencia ha proporcionado a Francia un jefe alrededor del cual estamos contentos y orgullosos de reunirnos. Mis sacerdotes recordarán lo que que les dije. Oramos a Dios que bendiga al Mariscal, y que nos enliste como sus colaboradores, sobre todo a aquellos de nosotros cuya tarea es difícil. Por lo tanto, la Iglesia continúa teniendo confianza en el Mariscal y dándole su amorosa veneración.

A las objeciones de varios obispos disidentes y de muchos del clero inferior, acerca de que el Mariscal era un fascista y estaba cooperando con Hitler, y que quería construir un Estado totalitario, que ya había, como en Alemania, empezado a entrar en las esferas de la Iglesia, el Cardenal replicó:

Nada ha cambiado ni cambiará nuestro apoyo al Mariscal; los católicos no le harán responsable por los sucesos que la Iglesia desaprueba.

En posteriores declaraciones el Cardenal fue tan lejos como para declarar que los católicos no eran, y no debían ser, hostiles a Laval. Todo esto, el lector debe recordar, fue dicho no más allá del 16 de junio de 1943.

El 23 de noviembre de 1943, Monseñor Piquet declaró:

Para mí y para algunos otros como yo, el Mariscal Petain es la cabeza del Estado francés porque Dios mismo, y no una mediocre asamblea de hombres que han renunciado, deseó que él llegara a ser la cabeza del Estado francés. Y yo digo que si todos los católicos de Francia -digo todos ellos: obispos, sacerdotes, doctores, el laicado, etc.- si todos ellos le hubieran seguido religiosamente, ciegamente, y fanáticamente, antes y después del Armisticio, aprobándole y escuchándole, el destino de Francia habría sido diferente.

Esta fue la actitud de la Iglesia Católica ante el gobierno de Petain patrocinado por los Nazis, y ante su programa social, económico, y político basado en principios fascistas.

La política de colaboración como fue dictada por el Vaticano y la Asamblea francesa no fue apoyada por el cuerpo católico entero, que se encontraba en desacuerdo con las más altas autoridades eclesiásticas. Como un dignatario francés lo expresó:

Los teólogos en París, Lyon, Lille, están haciendo esfuerzos para obedecer las órdenes de los obispos, pero ellos están dando a los fieles razones inexactas que les dirían por qué ellos no deberían aceptar la situación en la que Francia se encuentra. Los cardenales y obispos no han podido pasarlos por alto o minimizar su influencia. (Abad Daniel Pezeril, 1944).

¿Cuál era el gran plan concebido por el Vaticano? Nosotros ya lo conocemos. Establecer un concierto de Estados autoritarios, posiblemente católicos, que estarían basados en la concepción católica de cómo debe construirse una sociedad moderna. Ése era el objetivo general del Vaticano. ¿Pero qué rol desempeñaba en esto el caso particular de Francia, y, sobre todo, cuál era el plan particular de la alta Jerarquía francesa y de todos los otros estratos reaccionarios de la sociedad francesa que trabajaban de la mano con ésta?

El plan de tales sectores de la sociedad estaba, por supuesto, en completa armonía con el plan del Vaticano, el cual era de una doble naturaleza: interior y exterior.

Francia, después de la anticipada victoria Nazi, tendría que ser reconstruida según las líneas del régimen de Petain. Tenía que volverse un Estado autoritario, basado en el sistema Corporativo. El Socialismo y el Comunismo, por supuesto, serían completamente suprimidos; la Iglesia sería el gran poder en la vida de la nación.

Además de este plan interior, había uno exterior. Ambos eran una parte integral de un esquema más grande y tenían que encajar en el programa mundial del Vaticano. El plan francés era puramente Continental, y el Vaticano, aunque podía no haberlo suscrito en su totalidad o en la forma particular en la que era visualizado por los franceses y los católicos de otros países, no obstante le dio su bendición.

¿Cuál era su característica general? Bastante curiosamente, era una réplica -aunque, por supuesto, en una forma más grande y más moderna- del plan para un gran bloque de Estados católicos como fue concebido por un estadista austríaco. La única gran diferencia era que mientras que Monseñor Seipel quería la formación de un gran bloque de Estados católicos en Europa Central que habría sido formado principalmente por las provincias de Austria y Hungría, este nuevo plan era para un bloque compuesto principalmente por pueblos latinos. Iba a ser la unión de todos los países católicos latinos europeos, y habría incluido a Italia, España, Portugal, Bélgica, y bastante curiosamente, a los Estados alemanes católicos del sur. Cómo habrían sido incluidos los nombrados al final, si Hitler hubiese ganado la guerra, es un misterio.

Por supuesto, los Estados involucrados habrían tenido que librarse del gobierno parlamentario democrático, y todos habrían estado basados en los principios del sistema Corporativo como fueron enunciados por la Iglesia Católica. El sistema habría sido una mezcla del Portugal de Salazar, la España de Franco, el fascismo de la Italia de Mussolini, y la Francia de Petain, todos cementados por los lazos y la influencia de la Iglesia Católica. Que Hitler tenía conocimiento de este plan ha sido demostrado por el hecho de que él mismo se comprometió solemnemente con Petain, cuando este último todavía estaba en España y complotando con los Nazis, a que permitiría la formación de "un sólido bloque de países católicos, que cooperarían con el Más Grande Reich para la edificación del Nuevo Orden Europeo y Mundial" (citado de una carta, fechada en agosto de 1939, del Embajador fascista italiano en Madrid).

Este plan fue seriamente estudiado en ese momento por mucha gente, y apoyado por poderosas personalidades de los elementos católicos derechistas en Francia, así como en Portugal y España. El hecho de que no pocos de aquellos que lo apoyaron lo hicieron así, no para favorecer al Catolicismo, sino por intereses no religiosos, es intrascendente. Muchos estaban vehementemente interesados en el plan por temor a que una Francia aislada podría volverse un mero vasallo de la Más Grande Alemania, mientras que una Francia en el bloque latino se volvería el centro del nuevo sistema. La única alternativa a esto sería combatir a Hitler. Pero si Hitler y la Alemania Nazi eran destruidos, la marea del Comunismo barrería luego sobre Francia; mientras que con una Rusia ex-soviética bajo Alemania, Hitler habría estado muy satisfecho y permitiría que Francia y el nuevo bloque se consolidaran.

Hasta qué punto Hitler apoyaba personalmente este plan nadie lo sabe. Pero una cosa es segura; él prometió a Petain, Laval, y al Cardenal Suhard que una vez que la guerra estuviese concluida mejoraría sus relaciones con la Iglesia Católica en toda Europa. Esto estaba de acuerdo con su promesa al Papa de que, al fin de las hostilidades, él firmaría un nuevo Concordato con el Vaticano. El Cardenal Suhard, Salazar y otros prominentes políticos portugueses, Franco, y el Secretario del Partido Fascista en Italia, todos aludieron al plan en varias ocasiones, y el telégrafo alemán amplió sobre esto, pintando seductoras imágenes de una nueva Europa cristiana, formada por Estados católicos y por "la victoriosa Alemania", que producirían juntos "la restauración completa de una Europa cristiana, la prosperidad de los pueblos católicos"; una restauración que se habría logrado sin "la interferencia tiránica de los usureros Judaicos en Londres y Nueva York."

Éste, entonces, era el plan de largo alcance que los diversos elementos católicos y derechistas en Francia tenían en mente al colaborar con Petain y Hitler. Y esto explica, si no completamente, por lo menos en gran parte, la de otra manera inexplicable política seguida por la alta Jerarquía francesa, que era absolutamente consciente de la impopularidad de sus acciones. Por supuesto, el plan era el secreto de los privilegiados: la gran mayoría de los católicos, incluyendo los obispos y el clero inferior, nada sabían de esto lo cual también explica sus ocasionales protestas y acciones cuando hacían lo que que consideraban de acuerdo con el bienestar de Francia, y nada más.

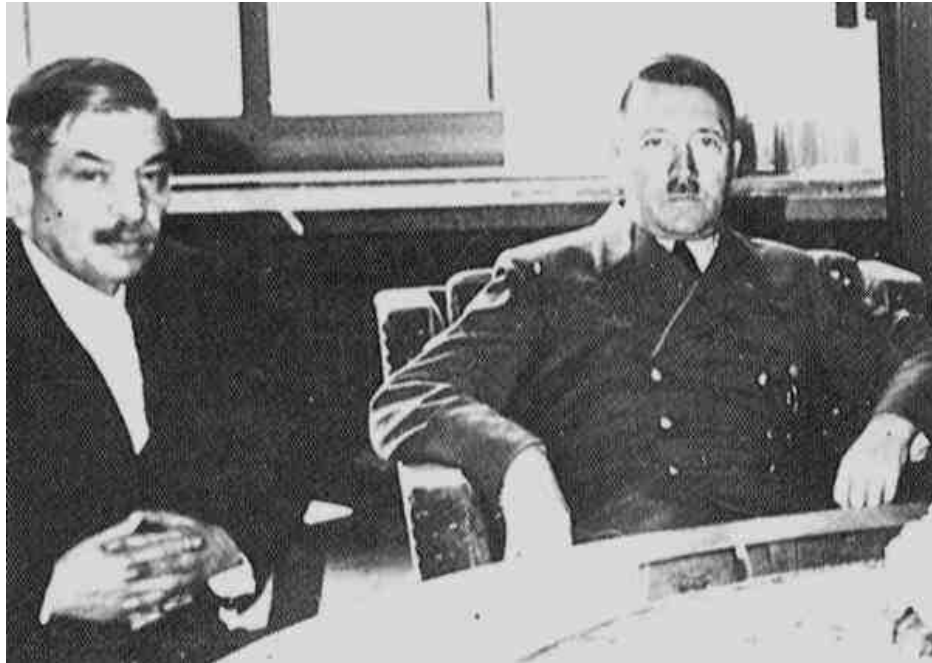
Este gran plan, concebido por el Vaticano y la Jerarquía francesa, nunca se materializó, salvo la primera fase -a saber, la creación de un Estado francés autoritario. Y aunque es verdad que los países latinos eran fascistas y estaban basados en el sistema Corporativo como fue expuesto por la Iglesia, la unión de estos países dependía, no sólo del permiso de Hitler, sino también de cómo acabaría la guerra. La victoria militar de los Aliados decidió la cuestión, y el gran plan se cayó con los derrotados ejércitos Nazis.

El Vaticano había sufrido un revés en sus titánicos esfuerzos por crear y consolidar una Europa católica autoritaria, un programa que había empezado inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. El golpe fue particularmente doloroso, considerando que todos los tales esfuerzos parecieron estar al borde de ser finalmente coronados con el éxito. El plan se había malogrado. ¿Pero absuelve eso al Vaticano y a todas las otras fuerzas que trabajaron con éste, del severo juicio que la historia pronunciará sobre ellos? Dejamos la respuesta al lector.

Cuando los alemanes fueron expulsados de Francia, y este país se encontró bajo el Gobierno provisional francés encabezado por De Gaulle, la posición de la Iglesia, o más bien de la Jerarquía francesa, no era envidiable. El nuncio Papal fue fríamente tratado, y se le pidió en términos nada ambiguos que dejara Francia. La cabeza de la Jerarquía francesa, el Cardenal Suhard, fue "confinado en su palacio" y se le prohibió tomar parte en las primeras grandes ceremonias religiosas en Notre Dame, donde el nuevo Gobierno y todo París fueron para una solemne acción de gracias por la liberación de la ciudad. Varios obispos de hecho fueron arrestados, siendo el más notorio de ellos el Obispo de Arras. Parecía como si los franceses liberados castigarían sin discriminación a todos los que habían colaborado con Petain y los alemanes. Las cortes fueron establecidas, se atestaron campos de internación, empezaron los juicios, las condenas empezaron a caer sobre muchos colaboracionistas franceses, se pronunciaron fuertes sentencias,

incluyendo la pena de muerte, sobre periodistas, difusores, funcionarios del régimen de Petain, y líderes de varios partidos fascistas franceses.

[Doriot y el ex Primer Ministro Laval estuvieron entre los juzgados y ejecutados después de la liberación (otoño de 1945); Petain fue sentenciado a prisión de por vida.]



Laval y Hitler

Pero aunque se tomaron severas medidas contra la alta Jerarquía católica, el tiempo pasó y ningún cardenal u obispo compareció jamás en una corte o fue condenado. La cuestión había sido abandonada muy calladamente. El propio De Gaulle, aunque un buen católico, en su retorno a Francia pidió permiso al Vaticano para llevar al Cardenal Suhard y a otros altos prelados eclesiásticos ante la justicia, pero a la larga nada pasó. O, más bien, lo que pasó fue que los mismos cardenales que habían apoyado, y que habían pedido a todos los franceses que apoyaran, a Petain desde el mismo principio hasta que el viejo Mariscal dejó Francia con los ejércitos Nazis retrocediendo, ahora empezaban a hablar a favor de la nueva Autoridad y a pedirles a los franceses que la apoyaran.

Pocos días habían pasado desde que la Nueva Autoridad llegó a París, antes de que el Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyon, hizo una transmisión en la que entre otras cosas, dijo:

Nosotros ejerceremos hacia este Gobierno, para el cual el apoyo de todos los buenos ciudadanos es indispensable, la lealtad de los hombres libres, en conformidad con las doctrinas tradicionales de la Iglesia ... De la adhesión incesante y creciente del país a la nueva Autoridad, el único Gobierno capaz en la actualidad de asegurar el orden...

El propio Cardenal Suhard, cuando le permitieron aparecer y hablar en público de nuevo, empezó a alabar a la nueva Autoridad y a pedirles a los franceses que la apoyaran.

Mientras esto estaba siguiendo, el nuncio Papal en París, Valery, había dejado Francia y un nuevo nuncio Papal sin antecedentes fue acreditado en la ciudad; al Embajador de Petain ante el Vaticano le fue pedido que renunciara, lo cual hizo cuando Petain dejó Francia, un nuevo Embajador de la "nueva Autoridad" tomó su lugar. Al mismo tiempo, un cardenal, Monseñor Tisserant, tuvo una extensa reunión con De Gaulle, después de haber visto al General Catroux y a los obispos de África del norte.

Una campaña a escala nacional había empezado a mostrar el gran papel que había sido jugado por la Iglesia Católica al ayudar a las fuerzas de resistencia. El papel del católico individual y del sacerdote de la parroquia humilde fue debidamente exaltado. El General de Gaulle y otros miembros del Gobierno asistían a Misa semanalmente. Los juicios tales como el planeado contra el periódico ultracatólico *La Croix* estaban siendo cancelados, se mantuvieron aquellos privilegios concedidos a la Iglesia.

¿Qué había sucedido? La Iglesia, habiendo perdido un turno, había empezado otro. Ella estaba una vez más operando su tradicional política de cortejar y aliarse al exitoso. En otras palabras, ahora que Petain ya no era útil, era parte de los intereses de la Iglesia apoyar al nuevo Gobierno.

En este caso la Iglesia tenía poderosas cartas para jugar. La cabeza del nuevo Gobierno era un católico. Es verdad que mientras fue un expatriado la Iglesia no le había reconocido, sino que le había desairado a él y a sus seguidores en muchas ocasiones; pero eso era el pasado. En aquel tiempo, muchos católicos le habían ayudado en la liberación de Francia, y entonces nadie podría acusar a la Iglesia de no haber desempeñado su parte en la recuperación nacional.

A De Gaulle, en su carácter de buen católico, se le pidió "que no persiguiera o desacreditara de alguna forma a la Iglesia en esta grave hora de responsabilidad, lanzando acusaciones apresuradas contra sus dignatarios." Tal promesa fue obtenida fácilmente, a pesar de las protestas y presiones de muchos sectores franceses, sobre todo las del movimiento de Resistencia.

Los cardenales más comprometidos guardaron silencio, mientras que aquellos que alguna vez se habían atrevido a hablar contra Petain o los alemanes ahora hablaban por todas partes. Las acusaciones de colaboración fueron gradualmente retiradas por parte de los sectores del Gobierno, y sólo fueron mantenidas por los elementos Socialistas, Comunistas, y Radicales. La Iglesia, que, inmediatamente después de la retirada alemana parecía estar a punto de sufrir por su política, después de sólo algunos meses estaba tan a gusto con el nuevo Gobierno como lo había estado con Petain. El Vaticano había iniciado muy exitosamente un nuevo capítulo.

CAPÍTULO 17

RUSIA Y EL VATICANO



Lenin y Stalin

Sería un error pensar que el Vaticano ha considerado a Rusia como uno de los más grandes enemigos de la Iglesia Católica sólo desde que ese país se hizo comunista. Lejos de eso. Roma consideró a Rusia con la más profunda hostilidad aun cuando el Zar era el gobernante supremo en ese país. Pero mientras que la hostilidad del Vaticano hacia la Rusia soviética era debida a su estructura económica, social, política y cultural, su hostilidad hacia la Rusia Zarista era principalmente un antagonismo religioso. Era la animosidad de una Iglesia poderosa, la católica romana, contra otra Iglesia poderosa y rival, la Iglesia Ortodoxa.

Esta enemistad había existido durante siglos, pero, debido al comparativo aislamiento de la Rusia Ortodoxa, había estado dormida excepto en aquellos países católicos en las fronteras de Rusia o en aquellos cuyos territorios, en ocasiones, habían estado sujetos a la ocupación rusa.

Hacia el fin del último siglo y durante la primera década del siglo veinte el Vaticano empezó a considerar a Rusia con mayor interés que antes, y empezó, de hecho, a formular planes para una "eventual conversión de la Rusia Ortodoxa al Catolicismo". Extendernos sobre esos planes no es la tarea de este libro. Baste decir que el Vaticano estaba activo ante la persecución a la Iglesia Católica por la Iglesia Ortodoxa en la misma Rusia y en territorios ocupados por los rusos. Se entablaron protestas hacia el Gobierno ruso y la opresión ejercida por la Iglesia Ortodoxa se denunció al mundo.

Que la Iglesia Ortodoxa persiguió las pequeñas islas de Catolicismo es bastante verdadero. También es verdad, por el otro lado que la Iglesia Católica persiguió a la Iglesia Ortodoxa siempre que pudo.

Dos características distinguían a las dos Iglesias y dieron una particular importancia a su hostilidad. En primer lugar la Iglesia Ortodoxa era, en comparación, muy corrupta y su clero ignorante y supersticioso. Segundo, y esto es igualmente importante, ella era una Iglesia Nacional -o, más bien, se había transformado en poco más que un aditamento de la casta militar y del Zar. Ella cooperó con aquellos que deseaban mantener al pueblo ruso en el nivel cultural y espiritual más bajo posible y de este modo asegurar una continuación del régimen Zarista. No sería una exageración decir que la Iglesia Ortodoxa se había vuelto un poderoso instrumento del régimen Zarista, y, a su vez, el régimen Zarista se había vuelto un poderoso instrumento de la Iglesia Ortodoxa. Cada uno era dependiente del otro para una continuación de su dominio y para su eventual supervivencia. La caída de uno, de hecho, habría involucrado la caída del otro.

Aunque la Iglesia Católica siempre ha apoyado un Gobierno centralizado y absoluto, como lo era el del Zar, a pesar de eso esperaba que el Zarismo pudiese ser barrido, de una manera u otra. Esto no era porque la Iglesia Católica fuera hostil al régimen Zarista en sí, pero en el Zarismo absolutista la Iglesia Católica veía el principal obstáculo a sus planes, por ser el gran defensor de la rival Iglesia Ortodoxa.

Cuando, en 1905, el Zar fue compelido a otorgar concesiones permitiendo la práctica de cualquier religión, el Sínodo Santo [ortodoxo] hizo tales libertades religiosas inaccesibles para los católicos romanos. Así fue que, tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, el Vaticano se esforzó por obstaculizar la alianza existente entre la Rusia Zarista y los otros Aliados, porque en cada movimiento ruso, militar o político, el Vaticano sólo veía un movimiento de la Iglesia Ortodoxa. Durante la guerra esta actitud se hizo obvia cuando el Vaticano hizo saber que el plan Zarista para apoderarse de Constantinopla era, quizás, el factor más grande impidiendo la consideración de los términos de paz Papales.

El Vaticano enfatizó que, en tanto que Rusia mantuviera sus demandas imperialistas, los Aliados no podrían encontrar una base justa para las negociaciones de paz. El Vaticano no podría dar ninguna bendición a los Aliados Occidentales mientras Rusia, la Rusia Ortodoxa, permaneciera en la Entente. En la cuestión de Constantinopla el Vaticano temía grandemente que si ese pueblo caía bajo la dominación rusa, la Iglesia Ortodoxa crearía allí un gran centro de la Fe Ortodoxa, en rivalidad con el de Roma.

En ese momento la hostilidad del Vaticano hacia Rusia era debida a la Iglesia Ortodoxa en el segundo plano. Por ello las palabras del Cardenal Gasparri, Secretario de Estado en el Vaticano: "La victoria de la Rusia Zarista, a quien Francia e Inglaterra han hecho tantas promesas, constituiría para el Vaticano un desastre mayor que la reforma." (*El Cardenal Gasparri al Historiador Ferrero.*) Más de veinticinco años después, en el tiempo de otro Secretario de Estado y otro Papa, esta frase del Cardenal Gasparri fue repetida una y otra vez, pero en éstas ocasiones la referencia era al Bolchevismo. Así, cuando en 1917 el régimen Zarista se derrumbó en la ruina absoluta y fue suplantado por el Bolchevismo, las noticias se recibieron en el Vaticano con grandes esperanzas e incluso regocijo. En vista de lo que ha sucedido desde entonces, esto podría parecer extraño: pero ciertamente sucedió. El Vaticano se regocijó en la concreción de sus antiguas esperanzas. La caída del Zar implicó la caída del gran rival de Roma, la Iglesia Ortodoxa, ya que desde Nicolás II, el Zar era también la cabeza de la Iglesia rusa.

Es verdad que la asunción del poder por el Bolchevismo no fue muy alentadora; pero en ese momento el Vaticano consideró que el Bolchevismo era el menor de los dos males, sobre todo como la separación de Iglesia y Estado por fin se volvió una realidad, bajo el gobierno de Kerensky. Aunque esta separación hacía peligrosa la situación, a pesar de eso daba la igualdad religiosa a Rusia, lo que significaba que de aquí en adelante el Catolicismo estaría en iguales términos con la Iglesia Ortodoxa. Así se abriría para Roma una estupenda perspectiva de actividad religiosa en ese inmenso territorio ruso hasta aquí sellado contra el celo misionero de la Iglesia Católica. El Vaticano durante aquellos años estaba, de hecho, contemplando seriamente la conversión del país entero a Roma. El Conde Sforza que estaba en estrecho contacto con el Vaticano relató que:

En el Vaticano, el Bolchevismo fue visto al principio indudablemente como un horrible mal, pero también como un mal necesario que posiblemente podría tener

consecuencias saludables. La estructura de la Iglesia rusa nunca habría cedido el paso mientras el Zarismo duró. Entre las ruinas acumuladas por el Bolchevismo había espacio para todo, aun para un avivamiento religioso en el que la influencia de la Iglesia Romana se podría haber hecho sentir.

Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial el Vaticano entró en contacto con los bolcheviques, con el propósito de alcanzar un acuerdo que permitiera las actividades católicas en la nueva Rusia. Esto fue hecho mientras, simultáneamente, la Iglesia Católica estaba fulminando contra la ideología y los "actos de terrorismo" promovidos por el Bolchevismo en toda Europa, incluyendo a la misma Rusia.

Pero aunque la Iglesia Católica estaba condenando al Bolchevismo dondequiera se encontrara, ésta se refrenó de tal condenación durante las negociaciones con la República soviética. Ella toleró al Bolchevismo, e incluso negoció con él, para destruir a aquel gran enemigo religioso, la Iglesia Ortodoxa -o más bien, después de la Revolución, para suplantarlo permanentemente.

Uno de los primeros grandes movimientos del Vaticano fue efectuado a través de la actuación de Monseñor Ropp, Obispo de Vilna [en Lituania], un refugiado de la Rusia Zarista. Monseñor Ropp, en 1920, habiendo establecido su sede en Berlín, convocó a numerosas reuniones de emigrantes rusos, incluyendo a adherentes de la Iglesia Ortodoxa, católicos convertidos, bálticos, y alemanes, con el objetivo de efectuar una unión entre la Iglesia Ortodoxa Rusa y la Iglesia Católica. Monseñor Ropp hizo tres demandas a los soviéticos -el permiso para volver; libertad de conciencia en religión y de educación religiosa; y la restitución de edificios eclesiásticos y otras propiedades de la Iglesia. El Vaticano expresó así su visión sobre este empeño: "Ha llegado el momento propicio para la *reconciliación*, ya que el círculo de hierro del cesaropapismo, [la autoridad religiosa de los Zares], que cerraba herméticamente la vida religiosa rusa a todas las influencias romanas ha sido quebrantado. (*Osservatore Romano*).

El Vaticano estaba muy esperanzado en que el Bolchevismo no duraría tanto tiempo. "Las condiciones políticas actuales (dentro de Rusia) constituyen un grave obstáculo, pero este obstáculo tiene un carácter temporario" (*Osservatore Romano*). Había conversaciones abiertas sobre "convertir" un país de 90,000,000 de personas a "la verdadera religión". Negociaciones diplomáticas entre el Kremlin y el Vaticano continuaron, a veces abiertamente y a veces en secreto.

Los líderes soviéticos, entretanto, estaban siguiendo tácticas astutas. Aunque ellos aseguraron a los católicos y a los ortodoxos por igual que la religión no tendría limitaciones, empezaron una gigantesca campaña antireligiosa. A ambas Iglesias se prometieron libertad y privilegios, y estas promesas se extendieron a grupos protestantes, sobre todo a protestantes americanos. En ese período la Rusia soviética, obediente al dicho "divide y reinarás", estaba permitiendo simultáneamente la formación de un gran grupo católico, la formación de un poderoso centro ateo, y la resurrección de la Iglesia Ortodoxa. De esta última finalmente surgió la Iglesia Viviente de inspiración soviética, con el Obispo Vedensky como el primer Patriarca, y varios poderosos grupos protestantes. Todos éstos lucharían entre sí para salvar las almas de 90,000,000 de rusos.

Estas maquinaciones diplomáticas, políticas, y religiosas alcanzaron su clímax, en lo que concierne a la Iglesia Católica, en 1922, durante la Conferencia de Génova. En una cena el Ministro de Relaciones Exteriores bolchevique, Chicherin, y el Arzobispo de Génova hicieron un brindis. Ellos habían estado discutiendo la relación futura del Vaticano y la Rusia soviética. Chicherin enfatizó que cualquier religión tenía amplias libertades en Rusia, desde que la República soviética había separado Iglesia y Estado. Pero cuando después el Vaticano propuso planes concretos para "Catolizar Rusia" eso produjo grandes dificultades. La moribunda Iglesia Ortodoxa estaba verdaderamente moribunda, pero todavía no estaba muerta.

El Vaticano se acercó luego a las diversas naciones que tenían entonces representantes en Génova y envió a un mensajero Papal que llevaba una carta del Secretario de Estado. Esta misiva pedía a los Poderes que no firmaran ningún tratado con Rusia a menos que fuera garantizada por ella la libertad para practicar cualquier religión, junto con la restauración de toda propiedad de la Iglesia. Entretanto la Conferencia de Génova fracasó -y el Vaticano abandonó su plan.

Pero pronto el plan fue reanudado en Roma. El representante Papal, Monseñor Pizzardo, negoció con el Ministro bolchevique, Vorowsky, con resultados satisfactorios. Se permitió al Vaticano enviar misioneros a Rusia para preparar un gran plan de alimentación y vestimenta para la población. El primer grupo consistió de once sacerdotes que llevaron con ellos 1,000,000 de paquetes teniendo la inscripción: "Para los niños de Rusia de parte del Papa en Roma." Debe notarse que el Vaticano le había prometido a Vorowsky abstenerse de toda "propaganda".

Luego el Vaticano designó al Padre Walsh como cabeza de la misión de ayuda Papal y representante del Vaticano, en el momento cuando la expedición de ayuda norteamericana llegó a Moscú. El Padre Walsh unió fuerzas con el Coronel Haskell, jefe de la Agencia de Ayuda Norteamericana dirigida por Hoover. Una serie interminable de disputas surgieron entre la República soviética y los católicos, cada uno acusando al otro de emplear "propaganda".

La "enemistad implacable y manifiesta" del Padre Walsh pronto causó dificultades y él se volvió "el obstáculo principal para la consumación exitosa del plan del Papa de ganar a Rusia para el Catolicismo" (Louis Fischer).

Esta tirante relación alcanzó un clímax cuando fueron arrestados quince sacerdotes acusados de haber ayudado al enemigo, a saber la Polonia católica, durante la guerra de 1920; y uno fue sentenciado a muerte.

El Padre Walsh y el Vaticano se valieron de todo esfuerzo para incitar al mundo contra Rusia. La Iglesia Anglicana simpatizaba con el Vaticano, y finalmente la protesta asumió la forma de una amenaza concreta cuando el General polaco católico, Sikorsky, amenazó otra invasión. Las relaciones entre el Vaticano y Moscú estaban rotas, pero ambos lados intentaron una vez más recomponer sus relaciones. Una conferencia se llevó a cabo en Roma entre el representante soviético Jordansky y el Padre Tacchi-Venturi, el ayudante de la cabeza de la Orden Jesuita Ledochovski. La conferencia fue sin resultados.

Entretanto otros eventos habían ocurrido en el campo internacional. Un Gobierno fuerte y una nueva ideología política-social habían surgido en Italia, creados, según afirmaban, para combatir al Bolchevismo en casa y en el extranjero. Ese movimiento fue llamado Fascismo. Ya hemos visto cómo la Iglesia Católica comprendió rápidamente que este movimiento sería útil para ella combatiendo al Socialismo y al Bolchevismo, y desde el principio lo apoyó, previendo, entre otras cosas, que la importancia del Fascismo no se limitaría a la política interior de Italia. Pronto se hizo claro que habrían repercusiones internacionales, y su ideología económica y social contrapesaría la ideología del Bolchevismo -esto, sobre todo, en vista del hecho que poderosos elementos en todo el mundo eran hostiles a la nueva Rusia, y que tal hostilidad estaba aumentando con el paso de los años.

Así el Vaticano, en lugar de escuchar las numerosas propuestas de la República soviética, desarrolló otro plan. Este plan buscaba utilizar a los antiguos rusos Zaristas en su retorno a su propio país desde su presente exilio en el extranjero. La Iglesia inició una gran campaña para su conversión, y para 1924 ya había hecho numerosos conversos en Berlín, París, Bruselas, y en otras partes. Cuando la República Soviética propuso de nuevo una reunión al Vaticano, el Vaticano se rehusó. En el año siguiente, 1925, Chicherin hizo contacto con el nuncio Papal en Berlín, el Cardenal Pacelli a quien garantizó que la Iglesia Católica y todas las otras Iglesias, tendrían la más amplia libertad en la Rusia soviética. Chicherin fue tan lejos como para dar a Pacelli un expediente sobre cuestiones eclesiásticas, conteniendo planes detallados para regular el nombramiento de obispos y la educación de los niños. El único punto que la República Soviética exigía al Vaticano era la prohibición de sacerdotes católicos polacos en Rusia.

Una vez más el Vaticano se negó a ceder y rompió relaciones con el Kremlin. Es notorio que las negativas del Vaticano se volvieron cada vez más frecuentes en proporción al fortalecimiento del Fascismo en Italia y al crecimiento de movimientos similares en otros países.

En 1927, mientras el Fascismo estando bien establecido en Italia, prometía que el Comunismo y el Socialismo serían quitados y que se concederían grandes privilegios a la Iglesia, el Vaticano por última vez declaró su descontento con "las propuestas soviéticas". Desde esa fecha no han habido comunicaciones directas entre el Vaticano y Moscú.

Para 1930 el Papa estaba condenando abiertamente a la Rusia soviética y acusándola ante el mundo. En uno de sus discursos él declaró que si, en la Conferencia de Génova, las naciones hubiesen seguido su consejo de no reconocer la Rusia soviética a menos que ese país hubiese garantizado la libertad religiosa, el mundo se habría encontrado más felizmente. El Papa acusó a Rusia por causa de sus persecuciones religiosas, sin mencionar las persecuciones religiosas decretadas en la Polonia católica contra los ortodoxos, los judíos, y los socialistas (ver el capítulo sobre El Vaticano y Polonia), y fue tan lejos como para designar una Comisión Especial para Rusia, aumentando las actividades del Instituto de Estudios Orientales. Se celebraron reuniones en Londres, París, Ginebra, Praga, y otras ciudades. Esta cruzada fue seguida por las del Arzobispo de Canterbury, el Gran Rabino de Francia, el Concejo Nacional de las Iglesias Libres, y cuerpos similares.

Los años 1930-31 vieron al mundo "emocionalmente incitado para guerrear contra la atea Rusia soviética."

Durante los diez años siguientes, de 1930 a 1939-40 (como ya se ha visto), la tarea principal del Vaticano fue establecer poderosos bloques políticos y militares diseñados para oponerse y finalmente destruir al Bolchevismo en sus diversas formas.

El objetivo de la Iglesia Católica era doble, y debía ser logrado en dos etapas definidas. Primero, alentar y apoyar a ciertos cuerpos políticos dentro de las diversas naciones de Europa, tendentes a la destrucción del Socialismo y el Bolchevismo dentro de un país dado; y segundo, apoyar y explotar el poder diplomático y político, y finalmente la fuerza militar, de tales grupos, más tarde Gobiernos, con el propósito de combatir contra Rusia.

Poderosas fuerzas económicas, sociales, y financieras en todo el mundo ayudaron al Vaticano en este doble propósito, haciendo su tarea infinitamente más fácil. Factores religiosos, éticos, económicos, sociales, nacionales, y otros formaron juntos un eficaz baluarte contra el Bolchevismo en casa y el Bolchevismo en el extranjero (la Rusia soviética). La misma combinación, en el breve espacio de una década, pudo establecer el Fascismo en casi toda Europa, y así se preparó el camino para el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En Italia, para 1930, éste era un hecho consumado, mientras que en Alemania el Nazismo también estaba creciendo en fuerza, y, como el Fascismo italiano, estaba principalmente motivado por la enemistad hacia el Bolchevismo y la Rusia soviética. A fines de 1933 dos grandes naciones europeas se habían transformado en dos poderosos bloques armados cuya política interior y exterior estaba basada en su hostilidad hacia la URSS

Pero aunque la hostilidad del mundo hacia la Rusia soviética todavía era tremenda, había ya un firme, aunque lento, reconocimiento de su sincero deseo por la paz y de sus diversos esfuerzos en cooperar estableciendo una autoridad internacional encargada de la preservación de esa paz.

Así ocurrió que la Sociedad de Naciones propuso la admisión de Rusia, hasta aquí una proscrita de la familia de naciones, dentro de esa Asamblea. Hubo vigorosas protestas desde todas partes del mundo; y estas protestas vinieron principalmente de individuos católicos, Gobiernos católicos, o cuerpos católicos, empezando por el Vaticano. Dentro de la propia Sociedad los más ruidosos oponentes a la admisión de Rusia fueron el portavoz del católico de Valera [de Irlanda] y el representante católico de Austria, donde el Catolicismo recientemente había ametrallado a los Socialistas de Viena. Con ellos se alineó el delegado católico de Suiza cuyo violento discurso contra la admisión de Rusia fue reproducido totalmente en la prensa católica y fue alabado por el *Osservatore Romano* (5 de octubre), que admiró profundamente "su nobleza de sentimiento y rectitud de conciencia cristiana y cívica".

Este boicot a la Rusia soviética de parte de los católicos en ese período buscaba impulsar el gran plan concebido por el Vaticano -a saber, encerrarla en un anillo de acero desde el Oeste y el Este. Esta política tomó forma concreta cuando finalmente una poderosa Alemania Nazi en un lado, y un agresivo Japón en el otro, empezaron a

acercarse, principalmente como resultado de su interés común en estorbar y eventualmente destruir al Coloso Rojo.

Para mostrar la actitud de la Iglesia Católica sobre la cuestión debería bastar con citar un significativo comentario del *Catholic Times* (23 de noviembre de 1934):

En caso de una guerra entre Japón y Rusia, los católicos simpatizarían con Japón, por lo menos en cuanto a la religión, así que tengamos cuidado de cualquier bloque angloamericano contra Japón que nos involucre del lado de Rusia.

Esto en un período cuando Hitler estaba manifestando su ambición de obtener Ucrania, y la Iglesia Católica estaba apoyando indirectamente sus demandas proclamando ruidosamente que ninguna nación Cristiana debía soñar jamás con ayudar a Rusia en caso de un ataque contra ella de parte de Alemania o Japón. "Que Rusia luche su propia batalla" se volvió el refrán del mundo católico en este período, "porque la destrucción del comunismo ateo no es mala en absoluto."

Esta campaña fue luchada por el Vaticano simultáneamente en muchos frentes. Porque mientras el Papa estaba tronando contra el Bolchevismo "ateo", la prensa católica estaba describiendo sus horrores, primero en México, y luego en España, y la diplomacia Vaticana estaba ocupada intentando debilitar los lazos de amistad y de ayuda mutua que unían a Francia y la Rusia soviética.

Este último intento falló, principalmente, porque la propia Francia se volvió Roja con la formación del Frente Popular. Ya hemos visto la reacción de la Iglesia Católica a esto, primero apoyando diversos movimientos fascistas franceses, y finalmente tomando parte en un vasto complot, liderado por elementos clericales fascistas, para provocar la caída de la Tercera República.

Es digno de recordarse la sucesión de eventos, porque cada uno era un escalón, no sólo para el establecimiento de una dictadura, sino para un último ataque sobre Rusia.

El ascenso de Hitler al poder en 1933 fue seguido, en 1934, por el establecimiento de una dictadura católica en Austria. En 1935 vino el ataque de la Italia fascista sobre Abisinia el cual llevó la atención de Europa lejos de los primeros movimientos agresivos de Hitler en Renania. En 1936 surgieron movimientos católicos fascistas en Francia, y en el verano de ese año Franco empezó la Guerra Civil en España. En 1938 Austria fue incorporada a Alemania, y en 1939 Checoslovaquia sufrió el mismo destino, siendo el resultado el estallido de la Segunda Guerra Mundial con el ataque sobre Polonia. Prácticamente toda Europa se había convertido en un bloque fascista cuya política fundamental era la aniquilación del Comunismo y su encarnación, la Rusia Soviética. Esto mientras Alemania, Italia, y Japón se ligaron solemnemente, a través del Pacto Anticomintern [o contra la Internacional Comunista], para dirigir sus energías contra la Rusia soviética; y mientras Japón iba de una agresión a otra en Asia.

Y debe recordarse que en cada uno de esos grandes sucesos el Vaticano había participado, directa o indirectamente, con el propósito fijo de guiar fuerzas y países hacia su meta final; la guerra contra Rusia.

También hemos visto las actividades y ansiedades del Vaticano inmediatamente antes y después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, que no empezó en la frontera rusa como el Vaticano había esperado, sino entre dos países cristianos: la Alemania Nazi y la Polonia católica; y también conocemos las negociaciones que siguieron entre el Papa y Hitler, con éste último repitiendo continuamente que un día atacaría a Rusia.

Recordando todo esto, podría ser de interés dar un vistazo a una etapa particular de ese período -a saber, empezando con la partición de Polonia- y poniendo de relieve la relación existente entre la Iglesia Católica y la Unión Soviética.

El primer golpe que el Vaticano recibió directamente de la Rusia soviética, contra quien había movilizó a Europa, ocurrió cuando la católica Polonia fue ocupada conjuntamente por los ejércitos de la Alemania Nazi y de Rusia. Esa ocupación en 1939 implicó una realidad que el Vaticano nunca se había atrevido a imaginar: la mitad de la Polonia católica cayó bajo el dominio de la Rusia atea. Al fin de 1939 más de 9,000,000 de polacos católicos estaban, de hecho, bajo la dominación de Moscú.

Semejante revés para la política del Vaticano sólo actuó como un estímulo a sus actividades por toda Europa, destinadas a procurar la recuperación de la Polonia católica y la destrucción final de la U.R.S.S.

Ya hemos visto el papel desempeñado por el Vaticano en la capitulación de Bélgica y Francia en 1940, cada acción estando dirigida a allanar el camino de la Alemania Nazi para que fuera posible para ese país atacar a Rusia; la transformación de Francia, bajo Petain; y cómo, en junio de 1941, se publicaron al mundo las grandes noticias de que la Unión Soviética había sido al fin atacada.

Ya hemos relatado las acciones del Vaticano desde este punto en adelante, y cómo, cuando los ejércitos Nazis avanzaron, se despacharon legiones católicas desde los diversos países católicos hacia el Frente ruso para "combatir a la Rusia bolchevique".

Aunque las cosas en ese momento parecían muy esperanzadoras para Alemania, el Vaticano estaba profundamente preocupado por la posible victoria Aliada, y nunca podía olvidarse de que la Rusia soviética era uno de los principales Aliados. Así el Papa hizo numerosas diligencias en Londres y Washington, pidiendo "garantías de que ellos no permitirían que el Bolchevismo se extendiera y conquistara Europa."

Durante este tiempo la Polonia católica, estando del lado de los Aliados, estaba, paradójicamente, luchando de la mano con la Rusia soviética contra el enemigo Nazi. Los polacos católicos estaban en continua comunicación con el Vaticano, y éste último continuamente enfatizaba a los Aliados que Polonia se mantendría luchando sólo si era seguro que la Polonia católica nunca sería una presa para el Bolchevismo.

Ya hemos visto, en los capítulos dedicados a Alemania, cuáles eran las negociaciones. Baste decir aquí que Stalin, en 1942, hizo varios intentos para un acercamiento con el Vaticano, dando garantías de que la religión y la libertad de la Iglesia Católica en Polonia se respetaría escrupulosamente. Stalin también aseguró al Papa que "la presente guerra no está siendo sostenida para la expansión del Comunismo o para el engrandecimiento territorial de Rusia."

El Vaticano, sin embargo, rechazó todas estas ofertas y continuó enfatizando a Gran Bretaña y Estados Unidos de América "la amenaza que constituía la Rusia soviética, en el caso de una derrota alemana".

Al mismo tiempo el Vaticano se volvió más franco y crítico hacia los Aliados por autorizar la propaganda comunista y por permitir a su prensa alabar a "la Rusia atea".

"La Comintern, [la Internacional Comunista], considera más que antes la posibilidad de una revolución mundial", reiteró el Vaticano. "Las Naciones Occidentales deben tener cuidado con tan peligroso aliado; la Rusia soviética eventualmente destruirá la estructura de las Naciones Occidentales. Las Naciones Occidentales se volverán maduras para el Comunismo" (extracto del *Osservatore Romano*).

"Los anglosajones han llevado la guerra tan lejos que ellos están interesados en la propaganda comunista, y apoyándola, lo cual debilitará a Alemania como en la última guerra", era la significativa observación del Secretario de Estado Papal (2 de febrero de 1942).

Para despertar el horror de los Aliados Occidentales de Rusia, el Vaticano dio cifras que ilustraban el tratamiento de los católicos por parte de la Rusia soviética. Así en 1917 Rusia poseía más de 46,000 iglesias Ortodoxas, 890 monasterios con 52,022 monjes, y 50,960 sacerdotes. En octubre de 1935 quedaban sólo algunos "sacerdotes comunistas".

Durante el mismo período había, en Rusia, 610 iglesias católicas, 8 obispos católicos, y 810 sacerdotes. Para 1939 quedaban sólo 107 sacerdotes católicos (Radio Vaticana, 1942).

El año 1942 presenció un evento de gran importancia. Gran Bretaña y la Rusia soviética firmaron un pacto, ligando los dos países por veinte años.

El Vaticano alzó nuevas protestas en Washington y Londres, acusando a Gran Bretaña de "haber ofrecido la Europa cristiana a la atea Moscú". Se volvió franco acerca de las cláusulas secretas del pacto, y en su círculo inmediato se decía que en virtud de estas cláusulas secretas la Unión Soviética "tendría el control político y militar de Europa, en caso de una victoria Aliada, pero nada se había dicho sobre el futuro religioso del Continente."

A los reproches de los Aliados el Vaticano respondió que "nadie puede acusar al Papa de alarmismo, porque es de conocimiento común que, ideológicamente, los bolcheviques no reconocen Religión, y dondequiera ponen su pie ellos la persiguen."

El Vaticano insistió en que los Aliados Occidentales debían hacer conocer al Papa las cláusulas confidenciales del Pacto anglo-soviético, "en relación con la libertad religiosa". La extraña respuesta devuelta fue que el pacto político y militar se había firmado con los soviéticos, pero que en relación con la religión el Vaticano tendría que tratar directamente con los bolcheviques.

El Vaticano acusó a los Aliados de haber omitido a la Iglesia Católica en la planificación de la Europa de postguerra; o más bien, de "no haber tomado medidas para salvaguardar la Europa cristiana católica de los bolcheviques."

El Presidente Roosevelt le aconsejó al Papa que hiciera un acercamiento directo a Stalin, pero el Papa se negó. Roosevelt le pidió entonces a Stalin que hiciera propuestas al Papa "en vista de la gran influencia espiritual que el Vaticano ejerce sobre muchos territorios liberados por los ejércitos soviéticos." Stalin una vez más hizo propuestas, asegurando al Vaticano su buena voluntad para llegar a un acuerdo.

Entonces Stalin abolió la Comintern con el propósito de hacer las cosas más fáciles para el Vaticano y para aquellos países y ejércitos católicos que estaban luchando junto a la República soviética y los Aliados. Razones políticas y militares, por supuesto, no eran sin peso. Este movimiento fue bienvenido con sarcasmo por el Vaticano, que advirtió a los Aliados que no confiaran en Rusia porque ese era "un movimiento para engañar mejor a los Poderes Occidentales".

Una vez más, en la primavera de 1943, Stalin hizo acercamientos y Roosevelt urgió al Vaticano para llegar a un acuerdo con Moscú.

En mayo, junio, y julio de 1943 de nuevo la República soviética se puso en contacto con el Vaticano, deseando reiniciar "negociaciones para una renovación de contactos normales y eventualmente para empezar relaciones diplomáticas."

Esta vez Londres y Washington, en carácter oficial, respaldaron el movimiento de Moscú.

Roosevelt y Gran Bretaña dieron a entender al Vaticano que era su deseo sincero contrapesar la influencia de la República soviética por el "mantenimiento de un fuerte bloque de países católicos, bajo la esfera de influencia angloamericana". España e Italia eran los países católicos en vista.

A pesar de todos los esfuerzos de Moscú, Londres y Washington, a pesar aun de una carta personal enviada por Stalin al Papa previamente a todas estas negociaciones, el Vaticano rehusó cualquier discusión o intercambio de representantes.

Entretanto los ejércitos soviéticos estaban entrando en vastos territorios cuyas poblaciones eran total o parcialmente católicas. El más grande de tales territorios otra vez era Polonia. Allí los polacos católicos estaban en un dilema. Ellos habían sido liberados de los Nazis por los ejércitos soviéticos. ¿Debían dar la bienvenida a los bolcheviques como libertadores? La situación se volvió muy difícil para los polacos, para los Aliados Occidentales, para Rusia, y para el propio Vaticano.

De nuevo Stalin, con el apoyo de Roosevelt, se acercó al Vaticano con el propósito de un entendimiento final con la Iglesia Católica. De hecho, Moscú le envió un memorándum al mismo Papa "ofreciendo una acción coordinada entre Moscú y la Santa Sede sobre la organización de postguerra para la solución de problemas morales y sociales" (*Osservatore Romano*, 14 de agosto de 1944).

Stalin reiteró al Papa su seguridad de que estaría dispuesto para intercambiar puntos de vista, "para facilitar el trabajo de paz", y que "la Rusia soviética no desea establecer ningún orden social por la fuerza o la violencia, sino que al contrario se opone a tales medidas." El memorándum afirmaba que "Rusia espera alcanzar sus objetivos a través de los cauces pacíficos y de una manera democrática y pacífica."

Pero el Vaticano desdeñó todos estos acercamientos y, al mismo tiempo, atacó a Rusia de nuevo, acusándola en esta ocasión de haber traicionado a los polacos en la rebelión de Varsovia. Antes de la rebelión el Papa había, en un discurso, dado apoyo moral a los polacos, y en una audiencia privada concedida al General Sosnokowski había expresado su ansiedad acerca de "la amenaza a la civilización europea por el Bolchevismo", y su "dolorosa sorpresa por la amistad entre los Poderes anglosajones y Rusia."

Durante estos acercamientos, y después de haber repetido que la Iglesia Católica encontraría un amplio campo de acción en Rusia, Moscú fue tan lejos como para proponer una especie de "Frente Unido" entre el Vaticano y los soviéticos, a fin de resolver problemas comunes creados por el hecho de que tantos millones de católicos estaban viviendo en territorios ocupados por los ejércitos Rojos.

Varios de los cardenales en el Vaticano, recordando que en Roma existía una organización llamada "Pro-Rusia", que había sido establecida con el propósito expreso de convertir ese país al Catolicismo, estaban a favor de la apertura de negociaciones, como lo estaban los líderes de tales organizaciones, estando esperanzados de que su oportunidad al fin había llegado. Pero, como de costumbre, el Papa rechazó la propuesta, alegando que hacía así debido a la persecución Rusa contra los polacos. ¿En qué consistió esta persecución? Simplemente en el hecho que la Rusia soviética había recriminado a muchos polacos, que habían luchado contra los alemanes, por haberse vuelto contra los rusos ni bien habían sido librados de la dominación Nazi, afirmando que soldados polacos incluso habían organizado un ejército subterráneo con este propósito, y, además, que estaban en preparación planes para la creación de un "bloque antisoviético" que incluiría a Gran Bretaña e incluso a Alemania.

Que estas alegaciones no eran meras invenciones del Gobierno soviético se descubrió el año siguiente, cuando las acusaciones fueron probadas. En los juicios de Moscú en junio de 1945 dieciséis polacos, liderados por el General Okulicki, ex-Comandante del Ejército Interior polaco, confesó haber planeado un "bloque antisoviético, empezando en el período del levantamiento de Varsovia. (Agosto de 1944)."

"Una victoria soviética sobre Alemania", declaró Okulicki, "no sólo amenazará los intereses de Gran Bretaña en Europa, sino que atemorizará a toda Europa, tomando en consideración sus intereses sobre el Continente Gran Bretaña, tendrá que movilizar los Poderes en Europa contra la URSS. Está claro que nosotros debemos estar en la primera fila de este bloque antisoviético, y es imposible concebir este bloque, que será controlado por Gran Bretaña, sin la participación de Alemania."

Cuánto sabía el Vaticano acerca de este complot, incubado por polacos católicos mientras los ejércitos soviéticos estaban en el acto de liberarlos, es difícil de decir. Pero el incidente, no obstante, fue de sumo valor, porque arrojó luz sobre actividades que eran demasiado consonantes con la política exterior de la Polonia católica del período de entreguerras, cuya característica principal siempre había sido la implacable hostilidad hacia su gran vecino Oriental. Además, esto dio otra excusa al Vaticano para rechazar, por centésima vez, la oferta de entendimiento que, durante el par de años anteriores, Moscú había estado intentando persuadir que el Papa aceptara.

¿Por qué la Iglesia Católica se negó tan persistentemente a alcanzar un acuerdo con Moscú, a pesar de la buena voluntad de parte de los soviéticos, del consejo y los buenos

oficios del Presidente Roosevelt, de los millones de católicos que habían pasado bajo el dominio soviético, y del hecho que la Rusia Roja no estaba más "persiguiendo" a la religión, y recordando además, que, después de todo, en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial el Vaticano y el Kremlin habían negociado e incluso habían alcanzado un compromiso de trabajo sobre varios problemas? ¿Había presente algún otro factor, aun más importante que el de la ideología y la práctica comunista que impedía que el Vaticano alcanzara un acuerdo satisfactorio con Stalin?

Sí; una resucitada y combativa Iglesia Ortodoxa.

Además de los principios políticos, sociales, y éticos involucrados, una gran piedra de tropiezo para que se alcanzara algún tipo de acuerdo entre el Vaticano y la Rusia soviética era la cuestión de la Iglesia Ortodoxa.

El Vaticano nunca ha perdido de vista el resurgimiento de la Iglesia Ortodoxa en Rusia, y desde su caída, después de la Primera Guerra Mundial, ha temido continuamente su retorno. Fue por lo tanto con gran preocupación que vio al Gobierno soviético conceder la libertad de culto en todo el territorio soviético, porque comprendió que tal libertad conllevaba la resurrección de su antigua enemiga, la Iglesia Ortodoxa que se volvería la principal oponente de su propio plan misionero en ese país.

Esta libertad religiosa se concedió tan temprano como el 23 de enero de 1918. Por un decreto emitido en aquel día, se garantizó la libertad de conciencia y de culto para los ciudadanos de la URSS: pero también se concedió libertad para la publicación de propaganda antireligiosa. Por el mismo decreto la Iglesia Ortodoxa fue separada del Estado, y la escuela de la Iglesia. Todas las organizaciones religiosas fueron puestas en el mismo nivel, como sociedades privadas. Un ciudadano podría profesar cualquier religión o ninguna religión en absoluto. Esta norma fue puesta en práctica tan concienzudamente que toda referencia a la afiliación religiosa de cualquier ciudadano fue borrada de los actos y documentos del Gobierno.

El artículo 124 de la Constitución dice: "Para asegurar la libertad de conciencia de sus ciudadanos, la Iglesia en la URSS está separada del Estado, y la escuela de la Iglesia. Se reconoce la libertad de culto y la libertad de propaganda antireligiosa para todos los ciudadanos."

Así cada ciudadano de la Unión Soviética era libre de elegir su religión, de profesar cualquier religión que quisiera, y además de disfrutar todos los derechos de la ciudadanía independientemente de sus creencias religiosas. No era necesario que nadie en la Rusia soviética suministrara información acerca de sus creencias religiosas para ocupar un empleo o para ingresar a cualquier organización o sociedad pública. No se trazaba distinción alguna entre creyentes e incrédulos.

Se proporcionaba papel desde los almacenes del Gobierno para la impresión de literatura religiosa.

Por supuesto esta completa libertad en el campo religioso fue explotada, durante los primeros años de la Revolución, por todos aquellos que se habían rebelado contra la Iglesia como un instrumento de oscurantismo y de influencia política empleado por el antiguo régimen. No obstante, con el paso del tiempo las fuerzas de propaganda

religiosa y antireligiosa casi se igualaron. Aunque cada facción usaba la libertad según su fe o su incredulidad, cada uno empezó a tolerar al otro.

Poco a poco la Iglesia Ortodoxa reapareció en la vida de Rusia. Esto no agradó al Vaticano que, a pesar de todas las contrariedades, todavía abrigaba la esperanza de que un día podría darse la ocasión para "convertir Rusia al Catolicismo". La reaparición de su rival, la Iglesia Ortodoxa, constituía un obstáculo potencialmente más formidable que todos los principios sociales y políticos del Comunismo.

El Vaticano por consiguiente, después de que fallaran todas las esperanzas de llegar a un acuerdo con el Kremlin, en los años inmediatamente siguientes a la Primera Guerra Mundial -como hemos visto- empezó a apoyar movimientos anticomunistas, como el Fascismo, y, por una secuencia natural, entró en una campaña definida y mundial que, aunque aparentemente sólo apuntaba contra la Rusia comunista como tal, en realidad también estaba dirigida contra la resurgente Iglesia Ortodoxa, su antigua enemiga.

Bastante extrañamente, el Vaticano movilizó las fuerzas católicas del mundo contra la Rusia soviética justo cuando Rusia estaba concediendo igualdad religiosa y libertad a sus ciudadanos. Ciertamente no es edificante saber que la Iglesia Católica estaba intensificando su campaña contra la Rusia soviética justo cuando la libertad religiosa y de la Iglesia estaban entrando en la nueva vida de ese país; el Vaticano estaba predicando al mundo que la Rusia soviética debía ser destruida "porque ella perseguía la religión".

Esta campaña alcanzó su clímax en la década precedente al estallido de la Segunda Guerra Mundial y continuó a lo largo de ese conflicto.

Durante la Guerra Civil española de 1936-9, justo cuando los soviéticos estaban aprobando legislación adicional que garantizaba la libertad religiosa, el Vaticano inició una campaña mundial contra el Comunismo en general, y la Rusia soviética en particular, bajo la acusación de que los Rojos perseguían a la religión.

Esto mientras el Artículo 130 de la Constitución de Stalin obligaba a todos los ciudadanos a observar la Ley y a respetar las reglas socialistas de interrelación, las cuales prohíben cualquier limitación de derechos, cualquier forma de persecución por convicciones religiosas o el insulto a las susceptibilidades religiosas, y en un momento cuando la libertad religiosa en la Unión Soviética se reflejaba en la libre realización de servicios y ritos religiosos, en la publicación de periódicos y otra literatura religiosa, y en la existencia de seminarios para la instrucción del clero.

Al esforzarse por convertir a Europa en un bloque fascista, en la esperanza de que el Fascismo gobernaría el Continente y el siglo, el Vaticano hizo claro que su enemistad hacia el Comunismo no sólo estaba inspirada por sus doctrinas políticas. Había, además, el conocimiento de que atrás del Gobierno ruso se hallaba una vez más la Iglesia Ortodoxa. El Vaticano, de hecho, acusó a la Iglesia Ortodoxa de buscar una renovada unión con el Poder Civil para favorecer su influencia religiosa; mientras simultáneamente el Gobierno soviético fue acusado de reavivar la Iglesia Ortodoxa como una herramienta para los fines políticos del Gobierno.

Para el Vaticano, por lo tanto, la destrucción del Bolchevismo no era suficiente; la destrucción de la reavivada Iglesia Ortodoxa era esencial. Así, en la negociación entre Hitler y el Vaticano, como ya hemos demostrado, estaba estipulado que la Iglesia Católica suplantaría a la Iglesia Ortodoxa en todos los territorios soviéticos ocupados por Alemania.

Hitler, necesitando a su vez la ayuda de Roma, contestó que se permitiría que el Vaticano convirtiera a los rusos a la fe verdadera, pero "sólo por medio de la Jerarquía católica alemana".

Fue durante estas negociaciones que el Vaticano se hizo activo en el campo de la propaganda en referencia a las cuestiones rusas. Reorganizó y renovó la institución conocida como "Pro-Rusia", le proveyó de fondos, sacerdotes, y propaganda de toda clase. Se aconsejó a todos los involucrados que se "mantuvieran listos para la gran obra misionera de redención."

Mientras esto estaba sucediendo, el Vaticano estaba esperando el día cuando las puertas de la Rusia soviética serían abiertas por el ímpetu de los ejércitos Nazis. Para asegurar que los Nazis fueran victoriosos, el Vaticano aconsejó a los numerosos Gobiernos católicos fascistas, muchos de los cuales no necesitaban estímulo, que proveyeran una activa ayuda a la Alemania Nazi para la destrucción del dragón bolchevique. Hemos visto que el Vaticano se negó a promover oficialmente una campaña contra Rusia, temiendo la reacción de los católicos en los países Aliados; pero extraoficialmente, la actividad apoyando que fuera dada toda ayuda de parte de todos los buenos países católicos no cesó por un momento.

Como resultado, numerosos países católicos fascistas, o partidos, organizaron legiones antibolcheviques que, una tras otra, fueron despachadas al Frente Oriental para luchar lado a lado con los Nazis, siendo encabezada la lista por la católica España de Franco, con su División Azul, seguida por la católica Portugal, la católica Bélgica Rexista, y los católicos fascistas franceses, con contingentes de Holanda y de otras partes.

Antes y aun durante esta activa campaña contra la Rusia soviética el Gobierno soviético intentó repetidamente alcanzar un acuerdo con el Vaticano con respecto a los católicos que habían quedado bajo la jurisdicción soviética en 1939, durante la partición Nazi-soviética de Polonia. La inflexibilidad del Vaticano, sin embargo, hizo fútiles todos los esfuerzos por parte de Rusia.

Una de las razones principales dadas por el Vaticano para su negativa a tratar con Rusia, además de su enemistad mortal hacia los principios socio-políticos del Comunismo, era que "la influencia renovada de la Iglesia Ortodoxa en Polonia está poniendo obstáculos, y persiguiendo a la Iglesia Católica en ese país" (Cardenal Lhond, marzo de 1941). El Cardenal Secretario de Estado de ese período declaró que "la Santa Sede, aunque gravemente preocupada por el bienestar espiritual y material de los católicos en Polonia, es incapaz de alcanzar algún acuerdo con el Gobierno soviético, también debido al resurgimiento de la Iglesia Ortodoxa, cuya hostilidad nunca ha dejado de mostrarse contra la Iglesia Católica." ¿Cuál era la razón que impulsó al Vaticano a hablar tan áperamente acerca de la Iglesia Ortodoxa?

El hecho de que el Gobierno soviético, con el propósito de unificar los recursos espirituales y físicos de la nación y del Ejército, había alentado a la Iglesia Ortodoxa para que apelara al pueblo ruso para la continuación de la lucha contra el Nazismo.

La Iglesia Ortodoxa antes de la guerra, aunque completamente libre, no obstante estaba en el segundo plano. Con el advenimiento de la guerra pasó rápidamente al primer plano y ejerció un activo rol en la formación del frente contra la invasión alemana. Esto fue apoyado por el Gobierno soviético por dos razones destacadas; primero, porque la nueva Iglesia Ortodoxa era una entidad que unía y animaba al pueblo ruso para luchar; y segundo, en vista de la continua hostilidad de la Iglesia Católica hacia Rusia, se deseaba contrapesar el sólido bloque espiritual de Roma con un sólido bloque Ortodoxo. El plan operaría eventualmente en todos los países donde residieran miembros de la religión Ortodoxa.

Este segundo punto también implicaba una política de largo plazo y preveía el mundo de postguerra. En esta etapa particular, Moscú no estaba dejando nada librado al azar. Habiendo visto a la Europa católica convertida en un sólido bloque antisoviético, se preparó para crear un bloque religioso similar destinado a confrontar al Catolicismo durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

Fue gracias a tales factores que la Iglesia Ortodoxa empezó a asumir una influencia más amplia y aun más importante en los asuntos rusos, volviéndose pronto una poderosa entidad con una importancia religiosa e indirectamente política. Por lo tanto era inevitable que la Iglesia Ortodoxa, al incitar a los fieles rusos a luchar contra los enemigos fascistas -es decir, no sólo contra Hitler, sino también contra sus diversos aliados, las legiones antibolcheviques proporcionadas por la España católica, Portugal, Italia, la Francia católica bajo el dominio de Petain, y otras similares- enfatizara que éstas eran legiones católicas que gozaban del apoyo de la Roma católica. Por consiguiente, el asunto no era meramente una defensa patriótica de la Patria rusa, sino también la aniquilación de los enemigos religiosos, los católicos, decididos a la destrucción de Rusia.

Por lo tanto la apelación hecha por la Iglesia Ortodoxa desde este tiempo en adelante tuvo un tono político así como también uno religioso. Una vez más, como en la Rusia de la prerevolución, la Iglesia y el Estado se volvieron estrechos aliados, y la Iglesia creció en influencia. Su voz no sólo se oyó en Rusia, sino también fuera de ella; por nadie fue oída más fuertemente que por el Vaticano.

La Iglesia Ortodoxa empezó así a organizarse bajo el amparo del Gobierno soviético y se volvió una gran institución espiritual nacional trabajando de la mano con el Gobierno. Esta institución religiosa recibió un aun más oficial reconocimiento cuando, en septiembre de 1943, una asamblea de obispos de la Iglesia Ortodoxa eligió a un Patriarca de Moscú y de todas las Rusias y formó un Sínodo Santo. En este contexto el Gobierno soviético, en octubre de 1943, estableció un Concejo para Asuntos de la Iglesia Ortodoxa Rusa para actuar como un eslabón entre el Gobierno y el Patriarca de Moscú y de todas las Rusias sobre cuestiones eclesiásticas. Los representantes en el Concejo debían actuar, en todas las repúblicas, territorios, y regiones, como eslabones entre las autoridades gubernamentales locales y los cuerpos religiosos locales.



Sergio, Patriarca de Moscú

La importancia religiosa, y sobre todo política de este movimiento no escapó de la observación del Vaticano, y ciertamente no escapó de la de Hitler, quien pidió a los altos prelados hostiles al régimen soviético que declararan "inválida" la elección de Moscú.

Entre treinta y cincuenta prelados, principalmente de la Europa ocupada por los alemanes, liderados por el Dr. Serafin Lade, el Metropolitano de la Más Grande Alemania quien desde el mismo principio había cooperado con Hitler, se reunieron en Viena para discutir la elección para el Trono Patriarcal de Moscú. Ellos declararon inválida la elección, incluyendo la excomunión decretada por el Sínodo de Moscú de todos los prelados Ortodoxos que se oponían al régimen soviético y proclamaron que el Bolchevismo era irreconciliable con el Cristianismo.

En 1944 el Gobierno soviético estableció un concilio para tratar los asuntos de las sociedades religiosas aparte de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La función de este concilio era actuar como un eslabón con grupos tales como los católicos griegos, los mahometanos, grupos judíos y evangélicos, así como los católicos romanos.

La nueva Iglesia Ortodoxa Rusa se volvió cada vez más prominente en los asuntos de la nación. El clero ortodoxo recibió condecoraciones oficiales del Gobierno, especialmente un grupo de sacerdotes Ortodoxos de Moscú y Tula en 1944.

La Iglesia, a su vez, organizó ceremonias político-religiosas de oración pública a Dios para pedir por ayuda, por la protección de la Rusia soviética y por la derrota de sus enemigos. "El clero ruso no dejará de ofrecer oraciones por la victoria de las armas rusas." El apoyo del clero fue prometido por la Iglesia a la "Madre Patria soviética". "Toda la Iglesia rusa servirá a su amada Madre Patria con toda su fuerza en los difíciles días de guerra y en los días de prosperidad por venir."

La Iglesia Ortodoxa fue aun más allá, y, en 1944, cuando se veía que la Alemania Nazi sería derrotada y que Rusia estaba surgiendo como uno de los grandes Poderes militares del mundo, la cabeza de la Iglesia Ortodoxa declaró que él "consideraba a Stalin como el líder escogido por Dios para la Santa Rusia." Éstas fueron las palabras de Monseñor

Alexis que había sucedido recientemente al Metropolitano Sergio como Patriarca de la URSS, escritas en una carta dirigida al Gobierno soviético en mayo de 1944, imitando así la declaración de Pío XI de que "Mussolini era el hombre enviado por la Providencia Divina".

Entretanto el Gobierno soviético, deseando cooperación aun más estrecha con la Iglesia Ortodoxa, unió al presidente del Concejo para Asuntos de la Iglesia Ortodoxa al Concejo de Comisarios del Pueblo de la URSS (1944).

Un periódico del Patriarcado de Moscú fue apoyado por el Gobierno. Después, para alentar a los creyentes Ortodoxos, la cabeza del Consejo Soviético para Asuntos Ortodoxos reiteró en muchas ocasiones que todos los que desearan abrir iglesias y reunir congregaciones estaban autorizados a hacerlo. Cualquiera persona en la Rusia soviética podría pedir una iglesia, y se dieron iglesias sin restricciones con tal que existiera una congregación.

[Después de la Segunda Guerra Mundial (enero de 1946), según el sacerdote Leopold Braun que había vivido en Rusia durante los doce años precedentes "dos tercios del pueblo de Rusia, 150,000,000 de almas, eran creyentes en Dios"; mientras que cualquiera que quisiera hacerse sacerdote podría hacerlo -como lo atestigua el Arzobispo Sergei, de la Iglesia Ortodoxa Rusa, quien, durante un discurso en el cual describió a Stalin como uno de los protectores destacados de la religión, hizo la siguiente declaración: "Cualquiera que desee llegar a ser un sacerdote en Rusia puede serlo, no hay interferencia en absoluto ... El Partido Comunista es muy cooperador" (agosto de 1946). En 1946 había 22,000 rusos católicos en Moscú, y 30,000 en Leningrado.]

Para 1944 ya se había establecido una escuela teológica en Moscú. En el pueblo de Zagorak se abrió un seminario, sostenido por los fieles. Los estudiantes, además de recibir una educación teológica, eran entrenados sobre una base científica, y esto fue aceptado por la Iglesia Ortodoxa.

Con el paso de tiempo la Iglesia Ortodoxa gradualmente asumió el rol que había desempeñado en la Rusia prerrevolucionaria. El Metropolitano de Leningrado, en un mensaje a los fieles, declaró en 1944: "Nuestra Iglesia Ortodoxa siempre ha compartido el destino de su pueblo. Con éste ella ha llevado sus pruebas y se ha regocijado en sus triunfos. Ella no abandonará a su pueblo hoy." Y cuando, finalmente, Alemania fue derrotada, el mismo dignatario declaró: "La Iglesia Ortodoxa no oró en vano; la bendición de Dios dio la fuerza victoriosa a las armas rusas."

Esta cooperación siempre creciente entre la Iglesia y el Estado culminó en un Congreso de la Iglesia Rusa oficialmente reconocido, sostenido a fines de 1944 en Moscú. Esta Conferencia fue plena de significado. La Iglesia Ortodoxa se reunió, de hecho, para publicar una invitación a todas las otras Iglesias que tuvieran una base Cristiana para que formaran una unión con ella. Así se crearía un gran bloque religioso, no sólo dentro de la Unión Soviética, sino extendiéndose fuera de ésta para incluir a la Iglesia Ortodoxa en Grecia, el Cercano Oriente, África, y otras partes.

La Conferencia se llevó a cabo en noviembre de 1944, en Moscú, y participaron treinta y nueve obispos. Se enviaron invitaciones y propuestas para la formación de un gran

bloque espiritual al Patriarca Ecuménico y Arzobispo de Constantinopla, a Alejandro III, Patriarca de Antioquía y todo el Oriente; a Cristóforos, Patriarca de Alejandría; a Timoteo, Patriarca de Jerusalén; y a Calistratos, Catholicós de Georgia.

Detrás del renovado vigor del resucitado Sínodo de Moscú desde su íntima cooperación con el Gobierno soviético, el objetivo de restaurar el rol tradicional de Rusia como protectora de la Cristiandad Ortodoxa en toda Rusia, el Cercano Oriente, y en Europa Oriental, se volvía cada día más evidente.

La Rusia soviética no sólo estaba tomando el rol de la Rusia Zarista de los tiempos pasados, sino que estaba yendo más lejos en su respaldo a la Iglesia Ortodoxa. Ella deseaba unir la Iglesia Ortodoxa y otras Iglesias bajo una mano como una respuesta al Catolicismo.

En el año siguiente, 1945, esta política de formar un gran bloque espiritual, bajo el liderazgo del Patriarca de Moscú, empezó a dar resultados, de lo cual pueden citarse algunos ejemplos significativos. Como un primer fruto de la Conferencia llegó a Moscú una delegación del Clero ruteno llevando una carta del Arzobispo de Chust pidiendo ingresar a la jurisdicción del Patriarcado de Moscú. Hasta aquí la Iglesia de Rutenia había estado ligada al Patriarcado serbio, el cual ahora dio su consentimiento para la transferencia de la Iglesia Rutenia bajo la dirección espiritual del Patriarca de Moscú. El Patriarcado serbio fue más lejos que esto y de hecho se puso él mismo bajo la jurisdicción espiritual de Moscú.

La Iglesia Ortodoxa polaca hizo la misma petición y envió al Metropolitano Ortodoxo polaco de Lvov a Moscú en una misión similar. Éste también fue un acto muy significativo, porque la Iglesia Ortodoxa en Polonia había sido hasta aquí un cuerpo independiente, teniendo su propio Patriarca.

Además, el Patriarca Ecuménico de Constantinopla envió una delegación a Moscú y se alcanzó un acuerdo por el cual el Patriarca de Moscú fue reconocido como el líder supremo del gran bloque espiritual bajo el amparo soviético.

Entonces la Iglesia Ortodoxa se preocupó principalmente por el intercambio de intereses y noticias con otros cuerpos religiosos, especialmente con Iglesias protestantes tan grandes como la Iglesia de Inglaterra. Se enviaron invitaciones a diversos dignatarios protestantes ingleses para visitar Moscú, y líderes religiosos Ortodoxos visitaron Gran Bretaña en 1945 como invitados de los líderes protestantes de ese país.

El Patriarca de Moscú partió personalmente en una intensa gira al Oriente para visitar varias comunidades Cristianas. En junio de 1945 el Patriarca anunció en El Cairo: "Mi visita apunta a renovar una vez más los lazos espirituales que siempre han unido las Iglesias Ortodoxas."

Algunos meses antes, en febrero de 1945, la Asamblea Ortodoxa Rusa se había reunido en Moscú, bajo la presidencia del Metropolitano de Leningrado y Novgorod, para seleccionar un Patriarca. Asistieron cuarenta y cinco delegados de toda la Unión Soviética. Con ellos estaban representantes de la Iglesia Ortodoxa de todo el mundo, incluyendo al Metropolitano Benjamín de Nueva York, Alejandro III, Patriarca de

Antioquía, el Arzobispo Benjamín, Patriarca de Constantinopla, el Patriarca Cristóforos de Alejandría, y el Patriarca Timoteo de Jerusalén.

No era extraño que el Vaticano observara la influencia siempre creciente de la resucitada Iglesia Ortodoxa con espanto. Tales sentimientos no se limitaron solamente a los límites del Vaticano, sino que eran compartidos, en un grado mucho menor, por Washington y aun por Londres, tanto los Estados Unidos de América como Gran Bretaña se inclinaban a ver en los movimientos de la Iglesia Ortodoxa, no sólo un reavivamiento espiritual en el mundo soviético, sino también un potencial instrumento espiritual a ser usado para los intereses políticos de la Rusia soviética en Europa Oriental, en otras partes del mundo, y, sobre todo, en el Cercano Oriente.

Así una vez más los intereses del Vaticano, de los Estados Unidos de América, y de Gran Bretaña estaban corriendo paralelamente, a pesar del hecho de que aunque su objetivo final era el mismo, los tres veían la cuestión desde un punto de vista diferente.

A diferencia del Vaticano, tales grandes Poderes como los Estados Unidos de América y Gran Bretaña consideraban el resurgimiento y la influencia creciente de la Iglesia Ortodoxa, tanto dentro como fuera de los confines de Rusia, meramente desde un punto de vista político. Su preocupación por el asunto se hizo saber al Gobierno soviético. Ellos señalaron que la inquietud causada por la actividad creciente de la Iglesia Ortodoxa estaba obstaculizando las armoniosas relaciones de los Aliados. Esto sería una fuente de perturbación en la necesaria cooperación del mundo de postguerra.

Roosevelt intentó otra vez influir en el Gobierno soviético para buscar, por lo menos, una tolerancia entre Rusia y el Vaticano. El Gobierno soviético contestó que estaba más que dispuesto para hacerlo. Como el Vaticano continuaba en su negativa de negociar con Rusia, el Gobierno soviético, ayudado por Norteamérica, fue tan lejos como para emplear un "emisario extraoficial" para hacer más fácil el acercamiento. Así fue que un sacerdote norteamericano-polaco, el Padre Orlemansky, fue invitado a Moscú, donde tuvo extensas conferencias con Stalin. Orlemansky fue encargado de ofrecer, en nombre de Rusia, condiciones generosas a la Iglesia Católica. Él recibió garantías, para transmitir al Departamento de Estado Norteamericano, que la Rusia soviética estaba más que dispuesta a cooperar con el Vaticano para zanjar las disputas religiosas. Se le aseguró que el Kremlin estaba listo para empezar negociaciones con el Vaticano sobre cuestiones de libertad religiosa y sobre el estatus de la Iglesia Católica en los territorios ocupados por ejércitos rusos.

El Padre Orlemansky volvió a América con estas propuestas, que el Presidente Roosevelt pidió al Papa que aceptara. Se abrigaron esperanzas en círculos católicos de que, por fin, se alcanzaría algún acuerdo. Los periódicos católicos, aunque notorios por su vehemente espíritu antisoviético, escribieron que quizás el Vaticano y el Kremlin después de todo podrían trabajar juntos, cada uno para salvaguardar su propio interés.

"Dondequiera haya un cuerpo de católicos en una área geográfica, debe suponerse que la Santa Sede se esforzará para establecer tales relaciones de conveniencia, con sus reglas, puesto que esto le permitirá mantener sus intereses espirituales y materiales. Esto es completamente independiente de la naturaleza del régimen y no compromete a ninguna condenación del Santo Padre sobre éste" (The Universe, 18 de agosto de 1944). "Nosotros siempre hemos reconocido, por lo tanto, que la inmutable condenación al

Comunismo ateo no obliga a Roma a dejar indefenso a cualquier católico que pueda ser incorporado a la Unión Soviética" (The Universe, 18 de agosto de 1944).

Pero el Papa se negó una vez más y rechazó todas las ofertas. El Padre Orlemansky, tras su retorno, fue inmediatamente suspendido en sus funciones sacerdotales -un acto que, en el mundo católico así como en Washington, fue tomado "como una negativa del Vaticano a la oferta de paz de Stalin".

El avance de los ejércitos soviéticos y la inmensidad de los territorios que ellos ocuparon, con la derrota de Alemania obviamente a la vista, hizo al problema doblemente urgente. En consecuencia Roosevelt de nuevo intentó influir en el Vaticano. Ya en marzo de 1945, sólo dos meses antes del colapso de Alemania, él mandó a su enviado personal, Mr. Flynn, a Moscú y desde allí a Roma. Mr. Flynn llevó una renovada oferta de paz de parte de Stalin, para una vez más encontrarse con el rechazo del Vaticano.

Entretanto el Gobierno soviético, seguro de la ilimitada hostilidad del Vaticano, no había cesado su apoyo a la Iglesia Ortodoxa. La Iglesia Católica ya estaba preparándose para apoyar el resurgimiento de movimientos semifascistas, como en Italia, con vista al mundo de postguerra. Por consiguiente el Gobierno soviético hizo claro que apoyaría los planes antiromanistas de la Iglesia Ortodoxa. Iglesia y Estado iban a trabajar en la más plena armonía contra las maquinaciones de su enemigo político así como religioso y espiritual.

Esta política había estado asumiendo mayor prominencia desde 1944, cuando la Iglesia Ortodoxa empezó a desplegar una hostilidad siempre creciente hacia el Vaticano, acusándolo de enemistad hacia la Rusia soviética y la Iglesia Ortodoxa.

Estos ataques, debido a su naturaleza y al sector desde el cual se originaban, eran muy inquietantes. Fue muy significativo que la Iglesia Ortodoxa se sintiera suficientemente fuerte y unida para lanzarlos; y fue especialmente significativo que ellos muy frecuentemente coincidieron con los embates del Gobierno soviético que empleó órganos oficiales tales como Pravda e Izvestia para acusar al Vaticano de fascista y por su política antisoviética.

Ilustramos algunos de esos ataques que aparecieron en rápida sucesión hacia el final de la guerra y después del cese de hostilidades.

En enero y febrero de 1944 el Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa, junto con otros altos dignatarios que visitaban Moscú, publicaron una declaración acusando al Vaticano de dar protección a la Alemania Nazi. La declaración, significativamente dirigida al pueblo "del mundo", y no sólo al pueblo de Rusia, decía:

Teniendo en mente la presente situación internacional, nosotros estamos levantando nuestras voces contra los esfuerzos de aquellos, y especialmente del Vaticano, que están intentando salvaguardar la Alemania Hitlerista de la responsabilidad por todos sus crímenes y están pidiendo misericordia para los Hitleristas ... quienes quieren, de esta manera, dejar sobre la tierra después de la guerra una enseñanza fascista, de odio a los hombres y anticristiana y a sus

propagadores (publicado en los periódicos soviéticos en la primera semana de febrero de 1944).

Este ataque de la Iglesia Ortodoxa fue seguido por un ataque en Izvestia, transmitido por Radio Moscú:

El Vaticano ha adoptado una actitud de apoyo directo al Fascismo. El ignominioso rol desempeñado por el Vaticano en la aventura española de Hitler y Mussolini es de conocimiento común, mientras que el Vaticano se mantuvo en silencio cuando Italia atacó Francia en junio de 1940. Franco es el favorito del Vaticano, y la España de Franco es la imagen del Estado clerical de postguerra en Europa.

Algunos meses más tarde la Iglesia Ortodoxa atacó a la Iglesia Católica plenamente y negó la autoridad del Papa en el campo religioso, declarando que el Papa no poseía ninguna comisión para representar a Cristo. El desafío fue asestado por el Patriarca Sergei, la cabeza de la Iglesia Ortodoxa, en el Boletín de Moscú de abril de 1944. La declaración del Patriarca no sólo muestra que la Iglesia Ortodoxa, conducida por el resurgimiento del Santo Sínodo, permanece fiel a la antigua tradición ortodoxa y que está trabajando en estrecho contacto con el Gobierno soviético, sino también, y especialmente, su alta importancia política es demostrada. Se evidencia que el Santo Sínodo y el Kremlin están trabajando de la mano; y esto es demostrado por el hecho de que el ataque doctrinal de la Iglesia Ortodoxa es reforzado una vez más por un ataque político sobre el Vaticano, publicado en Izvestia. La declaración del Patriarca es titulada, "¿Existe el Vicario de Cristo en la Iglesia?"

En la visión Patriarcal el matrimonio místico entre Cristo y su Iglesia hace completamente inconcebible la existencia de un intermediario Vicario de Cristo sobre la tierra... El Evangelio nos enseña que Nuestro Señor Jesús, mientras abandonaba el mundo corporal, no tuvo ningún pensamiento de entregar su Iglesia al cuidado de nadie más... Él envió a sus Apóstoles y a sus sucesores, los obispos Ortodoxos, para que pudieran predicar el Evangelio y guiar al creyente.

Este ataque fue recibido con preocupación en el Vaticano, así como en Washington y en Londres, a causa de su importancia política. La Prensa católica en todo el mundo, sin excluir a la Prensa británica y norteamericana, protestó. En esto ellos vieron solamente al monstruo bolchevique, apuntalado por su gran enemigo la Iglesia Ortodoxa. La cuestión se volvió más seria aun, a los ojos del Vaticano, por el hecho de que la anglicana Inglaterra manifestó solidaridad con esa nueva institución filobolchevique, el Santo Sínodo. Es más, el coro de aprobación anglicana a las palabras del Patriarca fue repetido por los Estados Unidos de América.

Una personalidad religiosa inglesa, el Arzobispo de York, fue prominente en esta ocasión, declarando que él "manifestaba su admiración por el desafío del Patriarca Moscovita al Vicario de Cristo sobre la Tierra." El Arzobispo agregó: "La Iglesia Rusa, como la Anglicana, han repudiado la afirmación de la Iglesia Romana acerca del 'estatus' del Papa."

Unos pocos meses antes del final, en Europa, de la Segunda Guerra Mundial, los prelados de las Iglesias Ortodoxas asistieron a una Asamblea General de la Iglesia Ortodoxa en Moscú (febrero de 1945). Ellos entonces publicaron otra apelación al

mundo, criticando fuertemente al Vaticano por su actitud hacia la paz venidera. Su apelación comenzaba así:

Los representantes de las Iglesias Ortodoxas asistentes a la Asamblea General de la Iglesia Ortodoxa rusa llevada a cabo en Moscú ... levantan sus voces contra los esfuerzos de aquellos, y particularmente del Vaticano ... quienes están intentando absolver a la Alemania de Hitler de la responsabilidad por todos los hechos abominables que ella ha cometido ... y que están buscando permitir la continuada existencia sobre la tierra, después de la guerra, de la anticristiana doctrina fascista y de sus representantes.

Contestando a estos ataques, el Osservatore Romano respondió:

El Papa es el Padre Universal, quien, el 12 de junio de 1939, dijo: "Tenemos ante nuestros ojos la Rusia de ayer, de hoy, y de mañana. Esa Rusia por la que nunca cesamos de orar, y de rogar, y, en la cual creemos fervorosamente."

Pero el Papa, en una audiencia privada, refiriéndose a los ataques contra el Vaticano de la Rusia soviética y de la Iglesia Ortodoxa, dijo:

No hay nadie que no vea en este episodio una de las sombras más siniestras lanzadas por el presente conflicto sobre el destino futuro de la civilización (Digesto 1362.5.2. A25).

Sin embargo, el comentario más significativo acerca de las relaciones entre el Vaticano y la Iglesia Ortodoxa vino del Secretario de Estado interino quien hacia el final de la Segunda Guerra Mundial declaró:

Debemos orar a Dios por dirección en este tiempo abrumador. Más que nada un evento daría la firme esperanza de asegurar una solución perdurable de las dificultades del mundo de hoy, la conversión de Rusia a la Fe (28 de abril de 1945).

Algunas semanas antes el Presidente Roosevelt había muerto. El resultado inmediato de su pérdida, con respecto a las relaciones entre el Vaticano y Moscú, fue un visible y rápido deterioro de la ya vacilante relación entre el Papa y Stalin. La cuestión polaca, más crítica desde la liberación de Polonia de la Alemania Nazi, agravó las cosas. Esto se debió a que el Gobierno soviético apoyaba a un Gobierno provisional en Lublin, en sustitución al Gobierno polaco católico reaccionario en Londres, cuyas actividades (se descubrió un mes después del final de la guerra) estaban dirigidas principalmente a preparativos para sabotear a los movimientos izquierdistas y a todas aquellas fuerzas políticas polacas que, en casa, estaban intentando establecer una verdadera amistad con Rusia.

Gran Bretaña y los Estados Unidos, después de un poco de vacilación y a pesar de las protestas del Vaticano, reconocieron al nuevo Gobierno polaco y desconocieron al Gobierno exiliado en Londres. Éste último no perdió tiempo en recurrir públicamente al Papa para encontrar un nuevo asilo, ya fuese en la Canadá católica francesa o en la Irlanda católica, desde donde continuar su acción. El Papa, cardenales, y obispos hablaron contra la "arbitraria acción" de Moscú, denunciando a la Rusia soviética, al Comunismo, y a la nueva injusticia cometida contra la "Polonia católica", mientras la

Prensa católica de todo el mundo continuó durante meses sumando vituperios e insultos contra aquel aliado que tanto había ayudado a ganar la guerra.

Entonces, con el derrumbamiento de Japón y la gradual preparación de las cansadas naciones de la guerra a la paz, el Vaticano y su Jerarquía, con toda la maquinaria mundial a su disposición, volvieron su atención a la vida política de los vencedores y de los derrotados. Los partidos católicos se lanzaron a la arena política en Italia, Francia, Bélgica, Austria, y Alemania, gritando una vez más los viejos eslóganes contra el Bolchevismo ateo, la Rusia soviética, y todas aquellas fuerzas que trabajaban para la destrucción de la civilización cristiana.

Era el principio de un nuevo capítulo de la misma antigua historia: la mortal enemistad de la Iglesia Católica hacia el Comunismo y su encarnación política -la URSS. ¿Cómo podría ser de otra manera? La historia política y social de Europa entre las dos guerras mundiales giraba, en lo que respecta a nuestro estudio, alrededor de la lucha implacable entre los principios religiosos y morales enseñados por la Iglesia Católica, y el sistema social, económico, y político defendido por el Socialismo.

Fue este conflicto abierto y oculto de ideologías contrastantes, al unísono con fuerzas de diversas naturalezas y elementos hostiles entre sí, y con factores económicos, nacionales, y otros, el que contribuyó y ayudó grandemente a conducir a países grandes y pequeños, y finalmente al conjunto de Europa y el mundo, al abismo de una guerra global. Hemos visto, país por país, cómo la enemistad hacia la ideología Socialista y el odio contra Rusia ha estado entre los motivos principales que han movido poderosas fuerzas, y cómo el rol de la Iglesia Católica ha sido dirigir éstas fuerzas hacia la aniquilación de los ideales Socialistas y la destrucción de Rusia.

[Durante la Segunda Guerra Mundial Rusia perdió por lo menos a 6,000,000 y posiblemente tuvo como 15,000,000 entre muertos y heridos -alrededor de veinte a cincuenta veces las pérdidas sufridas por sus Aliados (Collier's, 29 de junio de 1946).]

Ahora hemos encontrado otra causa que ha contribuido y continuará contribuyendo, a la hostilidad que la Iglesia Católica abraza contra la URSS -a saber, la resucitada Iglesia Ortodoxa. Si la Rusia soviética atrajo tal odio desde el Vaticano durante el período entre las dos guerras mundiales debido a que el país adoptó la odiada ideología Socialista, ¿cuánto mayor será este odio ahora que el rival Ortodoxo del Vaticano se ha puesto a luchar del lado de Moscú? Y si la Iglesia Católica, a través de sus incesantes empeños, tuvo éxito en organizar poderosas corrientes sociales y políticas contra la Rusia Roja cuando ésta era comparativamente débil, despreciada por el mundo y patrocinando meramente un sistema económico hostil, es decir desde 1917 hasta 1939, ¿qué no intentará hacer a una Rusia Roja emergiendo victoriosa -de hecho, el segundo más grande Poder en el período posterior a la segunda guerra mundial- y que, además de sostener su ideología Socialista y de ayudar a extenderla a otras naciones, al mismo tiempo contrapone al centro del Catolicismo, Roma, el centro de la Ortodoxia, Moscú, continuando así la lucha, no en uno, sino en dos frentes: el político y el religioso?

La respuesta a esto fue dada mucho tiempo antes de que la guerra acabara, primero con las intrigas en Italia, la caída de Mussolini, la creación de partidos católicos en todas partes, la renovada energía del Catolicismo político que repentinamente ha resurgido con un combativo y enérgico espíritu, para amoldar la vida social y política de las

naciones y del mundo en el futuro. Y de los ya visibles síntomas, puede haber sólo un pronóstico: que la renovación de una antigua disputa y la reanudación de una lucha inacabada, una vez más puede contribuir grandemente a llevar a la humanidad a una tercera catástrofe mundial.

CAPÍTULO 18

EL VATICANO Y LOS ESTADOS UNIDOS



El sacerdote Charles Coughlin

La Iglesia Católica está profundamente afectada por los eventos apocalípticos que han sacudido Europa desde la apertura del siglo veinte y por la perspectiva de un futuro aun más convulsionado que el pasado. Las pérdidas enormes en su membresía y la creciente fuerza y osadía de sus mortales enemigos le han forzado a mirar hacia el oeste. Aquí el Catolicismo busca nuevos campos en los cuales consolidarse y extenderse como compensación por su debilitada posición en una Europa arruinada.

Este proceso, que ya había empezado en los años iniciales del presente siglo, se aceleró grandemente durante y después de la Primera Guerra Mundial, y recibió un tremendo ímpetu particularmente durante la Segunda Guerra Mundial.

El Vaticano ha prestado cada vez más atención a la joven y floreciente Iglesia en las Américas desde las cuales ya se había beneficiado grandemente. Sus ganancias no son sólo locales, ni exclusivamente en el campo religioso. Ellas se extienden más allá de América y a esferas con las que a primera vista la Iglesia Católica parece tener poca o ninguna incumbencia.

El Vaticano, de hecho, está ansioso de transformar las Américas en un sólido Continente católico, para contrapesar el ya medio perdido Continente Europeo. Si esta afirmación suena exagerada debe recordarse que estamos tratando con una institución acostumbrada a llevar a cabo sus planes, no en términos de países y años o hasta generaciones aislados, sino en términos de continentes y siglos.

Las políticas de largo alcance normalmente escapan de la consideración de aquellos que están preocupados con asuntos más inmediatos, pero es posible observar los planes del Vaticano en el hemisferio Occidental desarrollándose ante nuestros propios ojos. El aumentado ritmo de las actividades de la Iglesia Católica en las Américas y el éxito que ya ha logrado en ese continente son más que notables. Este éxito, sin embargo, es debido, no sólo a la energía con que la Iglesia Católica ha emprendido su tarea, sino también, en una muy importante medida, al hecho de que las condiciones económicas, sociales, y culturales generales son infinitamente más estables que en Europa. Esto favorece los planes de la Iglesia que ha empezado a ser considerada por muchos como un factor estabilizante y una barrera contra el espíritu revolucionario de la época.

Tal afinidad de perspectiva e intereses no sólo será encontrada en aquellas partes del Continente en que la Iglesia Católica ha gobernado espiritualmente durante siglos -tal como América Central y América del Sur- sino que ha empezado a penetrar y a influir también en la actitud de la protestante América del Norte. Porque es allí donde la Iglesia Católica ha dirigido sus principales actividades para conquistar una generación y todavía se está esforzando para hacerlo. Los Estados Unidos de América se han vuelto la clave para la política del Vaticano, no sólo con respecto al Continente americano, sino también en relación al mundo entero.

La política del Vaticano que durante siglos estuvo basada en alianzas con países católicos en Europa, ahora se ha desplazado al Oeste. El Vaticano, previendo el inminente desastre en Europa, ha estado preparándose para la creación de un nuevo mundo católico en las Américas en las cuales podrá contar con el apoyo secular que necesita.

Para que tal política tenga éxito es necesario para el Vaticano, no sólo ejercer el dominio espiritual sobre Sud y Centroamérica, sino también capturar tan completamente como sea posible la fuente del dinamismo americano -a saber, los Estados Unidos de América. Estados Unidos de América es el país más poderoso, rico, y activo en el hemisferio Occidental y se ha vuelto rápidamente el líder indiscutible de los países americanos; y aun antes de la Segunda Guerra Mundial evidentemente estaba destinado a ser uno de los países más poderosos, si no el país más poderoso, en el mundo. En vista de esto el Vaticano, durante la última generación, ha concentrado sus principales esfuerzos en hacer progresos en los Estados Unidos de América. Haciendo así ha seguido la regla que ha guiado su política a lo largo de los siglos -a saber, aliarse con naciones seculares poderosas.

La actividad del Vaticano respecto a los Estados Unidos de América se vuelve aun más interesante cuando uno considera que Norteamérica es un país protestante. Los católicos han formado sólo una muy pequeña minoría, y poderosas fuerzas de un carácter religioso se alinean contra la incursión del Catolicismo en ese país.

¿Cuál era la posición de la Iglesia Católica antes de que esta nueva política Vaticana se pusiera en acción -y cuál es ahora? ¿Cómo piensa la Iglesia Católica afianzar su aferramiento a un gran país protestante? Y, sobre todo, ¿cuál es la injerencia de la Iglesia Católica en cuestiones sociales y políticas y hasta dónde ha afectado su influencia el curso de la política exterior de los Estados Unidos de América antes y durante la Segunda Guerra Mundial?

Cuando Washington tomó el mando del Ejército Continental, el Catolicismo tenía sólo una Iglesia (en Filadelfia); mientras la Norteamérica protestante tenía una celebración anual en "el Día del Papa" (el 5 de noviembre) durante la cual la imagen del Papa se quemaba ceremonialmente en la hoguera (1775).

A la entrada de los Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Mundial (1941) la Iglesia Católica poseía o controlaba una red de iglesias, escuelas, hospitales, y periódicos que se extendía desde el Atlántico hasta la costa del Pacífico. Ella se había vuelto la denominación religiosa más grande, más compacta y poderosa en los Estados Unidos. El Presidente norteamericano estimó necesario mantener un enviado "oficial personal" en el Vaticano, además de tener veintenas de enviados privados yendo y viniendo entre Washington y Roma según requiriera la situación. Todo esto sucedió en el período de sólo un poco más de un siglo y medio. El hecho como tal es notable, e incluso lo es más cuando uno considera la influencia que la Iglesia Católica ha empezado a ejercer sobre la vida de la nación en su conjunto.

Lo que más contribuyó al aumento numérico del Catolicismo fue la emigración masiva desde Europa que ocurrió a fines del último siglo y a principios del siglo veinte. Fue en ese período que la Iglesia Católica ganó más en fuerza y se extendió por los Estados. Las siguientes cifras dan una idea de los enormes aumentos numéricos hechos por el Catolicismo sólo a través de la inmigración: Entre 1881 y 1890 la Iglesia Católica norteamericana obtuvo más de 1,250,000 nuevos miembros; desde 1891 al fin del siglo otros 1,225,000; y entre 1901 y 1910 la cifra superó los 2,316,000. En el breve espacio de tres décadas el Catolicismo se había fortalecido por casi 5,000,000 de nuevos miembros exclusivamente por medio de la inmigración.

Paralelamente con este aumento numérico el establecimiento de iglesias y de todas las otras ramas religiosas, sociales, y culturales fueron paso a paso con las demandas de las nuevas poblaciones católicas. Su eficaz supervisión requirió una expansión proporcional de la maquinaria jerárquica.

El Vaticano ya vigilando el progreso de la Iglesia norteamericana, no fue lento en crear los cuerpos gobernantes necesarios, representados por las arquidiócesis que en 1911 se elevaban a 16, mientras que se llegó a 40 obispos. Instituciones religiosas, semireligiosas, y laicas crecieron por todas partes con la misma rapidez. En treinta años, por ejemplo, las Órdenes para mujeres, consistentes principalmente de pequeñas organizaciones diocesanas, alcanzaron la cifra de 250. Las actividades de algunas eran de alcance nacional, como la orden de las Ursulinas cuyas integrantes estaban involucradas principalmente con el trabajo educativo, las Hermanas de la Caridad, etcétera. Órdenes similares para hombres crecieron por todo el país, aunque ellas no eran tan numerosas o variadas; la principal y más activa de todas ellas fue la de los Jesuitas.

Todos estos factores contribuyeron a un constante aumento de la población católica en los Estados Unidos durante este período y en las décadas siguientes creció en proporción. Para 1921 la Iglesia Católica ya estaba dirigiendo 24 colleges estándares para mujeres y 43 para hombres, 309 escuelas de entrenamiento normales, 6,550 escuelas elementales, y 1,552 escuelas secundarias; la asistencia total a estos establecimientos superaba los 2,000,000.

Este aumento en la fuerza numérica de los católicos norteamericanos y de su maquinaria jerárquica no se detuvo allí, sino que continuó elevándose, ganando gran ímpetu con la entrada de los Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Mundial. Hacia el fin de las hostilidades (1945) la Jerarquía norteamericana estaba constituida por: 1 cardenal, 22 arzobispos, 136 obispos, y aproximadamente 39,000 sacerdotes; mientras que la Iglesia Católica controlaba más de 14,500 parroquias y numerosos seminarios, donde más de 21,600 estudiantes estaban preparándose para el sacerdocio. El número de monjes era 6,700, y el de monjas 38,000, mientras que las Órdenes Religiosas incluían a 6,721 Hermanos y 139,218 Hermanas, de las cuales 61,916 monjas estaban ocupadas en otras obras distintas a la de enseñanza. *(En 1946 el Papa Pío XII creó cuatro cardenales norteamericanos adicionales.)*

En el campo de la educación general la Iglesia Católica ha hecho progresos aun mayores. En los años inmediatamente siguientes a la Primera Guerra Mundial no había suficientes escuelas secundarias en los Estados Unidos de América para merecer un informe separado o un directorio oficial, pero para 1934 habían 966 escuelas católicas, con 158,352 alumnos; para 1943 1,522 escuelas, con 472,474 alumnos; y para 1944 las escuelas parroquiales católicas contaban con 2,048,723 alumnos. En 1945 la Iglesia Católica poseía, controlaba, y supervisaba un gran total de 11,075 establecimientos educativos, dando instrucción católica a 3,205,804 jóvenes (un aumento de 167,948 alumnos sobre el año precedente).

Ninguna rama de la educación escapa la atención del Catolicismo. Éste satisface las necesidades de los más jóvenes alumnos primarios, los alumnos en las escuelas parroquiales y secundarias, y los estudiantes en colleges y universidades católicas (769, además de los 193 seminarios).

La juventud norteamericana es cuidada por la Iglesia Católica no sólo dentro de las escuelas, sino también fuera de ellas. Para ese propósito han sido establecidas sociedades y organizaciones de todo tipo. Los Obispos y otros relacionados con tales actividades cuentan con un Consejo Católico Nacional de la Juventud que se compone por los líderes de los consejos diocesanos de juventud. Otros cuerpos importantes son las dos instituciones estudiantiles católicas, la Federación de Clubes Newman y la Federación Nacional de Estudiantes de Colleges Católicos, con más de 600 clubes. Los Boy Scouts son supervisados por un comité especial de obispos.

Una vez que los jóvenes han alcanzado la madurez, la Iglesia Católica provee para sus necesidades a través del Consejo Nacional de Hombres católicos y el Consejo Nacional de Mujeres católicas. Estos Consejos han establecido miles de grupos parroquiales, cada uno responsable ante su respectivo obispo, a quien ellos están listos para ayudar en sus diversas tareas religiosas y no religiosas. La edificación de escuelas secundarias, el fortalecimiento de la Legión para la Decencia, el sostenimiento de la "Hora católica" y programas similares en cadenas de radio nacionales, etc., constituyen los deberes de los Consejos.

La Iglesia Católica, que también se ha dedicado a controlar el campo de las instituciones benéficas, ha hecho similares espectaculares progresos en esta dirección y en el mismo período estableció 726 hospitales.

Durante la Segunda Guerra Mundial la Iglesia Católica no abandonó su trabajo entre las tropas, sino que construyó un ejército católico de capellanes, que, desde unos escasos 60 antes de Pearl Harbor, subió a 4,300 para 1945, Monseñor Spellman fue designado "Vicario Militar del Ejército y Capellanes de la Armada" ya en 1940.

El número promedio de norteamericanos recibidos anualmente en el redil de la Iglesia Católica es de aproximadamente 85,000. En un solo año, 1944, 90,822 ciudadanos norteamericanos se hicieron católicos, y durante los años de la Segunda Guerra Mundial la Iglesia ganó un total de 543,970 conversos.

Con cifras como éstas no es sorprendente que la Iglesia Católica, en el breve período de 150 años (1790 a 1945), haya aumentado el número de sus miembros norteamericanos desde 30,000 a más de 24,000,000 (incluyendo Alaska y las Islas de Hawai -ver *Catholic Directory, 1945*).

La eficacia y éxito de todas estas múltiples actividades a escala nacional de la Iglesia Católica es debido en parte al celo con el que los católicos trabajan para el mantenimiento y la extensión de la Fe. No menos importantes son los factores de un carácter puramente espiritual y administrativo. Los más notables de éstos son sin duda la unicidad de propósito, la unidad, y disciplina de los católicos y por último, pero no menos importante, la poderosa organización a escala nacional que dirige las innumerables actividades de la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América -a saber, la Conferencia Nacional Católica de Bienestar. Esta organización se creó durante la Primera Guerra Mundial para tratar con los problemas que afectaban los intereses de la Iglesia en los Estados Unidos de América, y apareció bajo el nombre de Consejo Nacional Católico de Guerra. Fue posteriormente conocida como el Consejo Nacional Católico de Bienestar, y finalmente como la Conferencia Nacional Católica de Bienestar. En ésta la Jerarquía norteamericana tiene un dominio casi incuestionable, aunque teóricamente su poder es de naturaleza completamente consultiva.

La C.N.C.B. ha sido el factótum de la Iglesia Católica y de su fuerza impulsora depende la expansión del Catolicismo.

Además de las diversas actividades de un carácter caritativo, cultural, y educativo a las que recién hemos dado un vistazo, la C.N.C.B. es responsable por la eficacia de otro instrumento para el adelanto del Catolicismo norteamericano -a saber, la Prensa católica.

En 1942 la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América tenía 332 publicaciones eclesiásticas, con una circulación total de 8,925,665. Estos periódicos abarcaban todas las descripciones, incluyendo 125 semanarios, 127 revistas mensuales, y 7 periódicos diarios. En el breve período de diez años, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, la circulación de periódicos católicos aumentó en más de 2,500,000 -o casi el 35 por ciento.

Todos estos periódicos estaban en estrecho contacto con el Departamento de Prensa de la C.N.C.B. Este Departamento se describe a sí mismo como la "agencia internacional católica de recolección y distribución de noticias fundada y controlada por los arzobispos y obispos católicos de los Estados Unidos de América." Es gobernado por periodistas expertos en su profesión, y mantiene corresponsales en todas las ciudades

más importantes de los Estados Unidos de América y el resto del mundo, recopilando artículos desde los cinco continentes que son luego distribuidos por todo el país y tratados desde el ángulo que mejor se ajusta a los intereses del Catolicismo. El Departamento de Prensa de la C.N.C.B. durante la Segunda Guerra Mundial envió entre 60,000 y 70,000 palabras por semana a aproximadamente 190 editores; y en 1942 afirmó estar prestando sus servicios a 437 publicaciones católicas en los Estados Unidos de América y otros países.

Muchos de estos periódicos católicos tenían una buena circulación, al final de la Segunda Guerra Mundial. Para citar sólo algunos:

Catholic Missions, 530,000.
The Messenger of the Sacred Heart, 260,000.
The Young Catholic Messenger, 420,000.
Our Sunday Visitor, 480,000.

La venta de panfletos católicos en los Estados Unidos de América para 1946 se aproximaba a los 25,000,000 por año. A pesar de las condiciones de guerra, se publicaron 650 nuevos títulos entre 1942 y 1946, muchos alcanzaron el estatus de "best sellers" con una venta de 100,000 copias cada uno. La Editora Paulista lidera, sus ventas ascienden a 5,967,782. Más de 10,500,000 personas en 1946 compraron las 367 publicaciones de la Prensa católica norteamericana. En los tres años precedentes se lanzaron treinta y cinco publicaciones y se ganaron 1,500,000 suscriptores. Había cuatro diarios católicos en idiomas extranjeros.

Además de prestar sus servicios a periódicos en los Estados Unidos de América, la C.N.C.B. también sirve a periódicos católicos en el extranjero, sobre todo en Centroamérica y Sudamérica. Sus Noticias Católicas, por ejemplo, van a los cuatro periódicos de la Ciudad de México.

Además de la C.N.C.B., la Iglesia controla la Prensa a través de la Asociación de Prensa Católica que es una Conferencia que reúne a cientos de editoriales y editores, organizados para publicitar la Prensa católica, reduciendo costos, alentando la perspectiva católica y a los periodistas católicos, etcétera.

La Prensa católica, cuya mayor circulación es la de los periódicos parroquiales, alcanza a todos los estratos culturales y políticos. Los principales entre esos periódicos son los semanarios Jesuitas *América*, *The Commonwealth*, el *Catholic World* (publicado por los Paulistas), y la *Inter-racial Review*, que se considera la más influyente con respecto a los problemas raciales.

El último periódico mencionado intentaba ocuparse de la cuestión de los Negros, quienes al final de la Segunda Guerra Mundial constituían un décimo de la población norteamericana (13,000,000). Durante la década precedente a Pearl Harbor la Iglesia Católica había empezado un impulso para la conversión de esta minoría, y, aunque no hizo ningún progreso notable (300,000 en 1945, comparados con las 5,600,000 reconociendo ser de denominaciones protestantes), el esfuerzo es digno de ser percibido.

En el pasado había existido hostilidad entre los Negros y las minorías católicas consistentes principalmente de inmigrantes que competían con la mano de obra barata de los Negros. Esto empezó a desaparecer con la estabilización de la vida económica del país y con la rebelión de los Negros contra la discriminación de la sociedad protestante y de las Iglesias protestantes.

Con el paso de los años el Negro ha intentado con éxito creciente contraatacar a todas esas fuerzas que se esfuerzan por mantenerlo como un ciudadano de segunda clase. La Iglesia Católica, predicando la igualdad racial y el derecho del Negro a estar en igualdad con los hombres de otras razas, un día podrá inclinarse de su lado a esa minoría -con las repercusiones raciales, sociales, económicas, y políticas que automáticamente seguirían.

El instrumento principal de la Iglesia Católica para la conversión de los Negros es el acostumbrado -a saber, la educación. Miles de monjas están ocupadas exclusivamente en la instrucción de los niños negros.

Casi un décimo de los 85,000 ciudadanos norteamericanos que se convierten anualmente al Catolicismo son Negros. En el período entre 1928 y 1940 el promedio por año era de aproximadamente 5,000, pero durante la guerra la cifra creció grandemente, estando los mayores aumentos en los centros urbanos.

Durante la Segunda Guerra Mundial la Iglesia Católica avanzó a pasos agigantados en su acción misionera, y el número de sacerdotes que consagraron todo su tiempo a la conversión del Negro fue 150 veces mayor que lo que era quince años antes de Pearl Harbor. Las Órdenes religiosas para mujeres asignadas al trabajo entre Negros eran 72, con casi 2,000 monjas, mientras que las Órdenes religiosas para hombres durante el mismo período aumentaron de 9 a 22. Las más prominentes de estas Órdenes eran la de los Padres Josefitas, fundada en 1871, la Sociedad del Espíritu Santo, de la Palabra Divina, los Redentoristas, los Jesuitas, los Benedictinos; y para las mujeres las Oblatas de María Inmaculada, una Orden para mujeres Negras, y las Hermanas del Santísimo Sacramento.

La Iglesia Católica dirige una universidad para Negros, la Universidad de San Javier; y mientras en 1941 sólo diez instituciones católicas de más altos estudios admitían Negros, en 1945 más de cien habían abierto sus puertas a ellos, así como en una gran escala abrieron el sacerdocio y alentaron a ingresar a él a las juventudes Negras.

A fines de la Segunda Guerra Mundial la Iglesia Católica en Norteamérica, aunque había preparado la maquinaria para la conversión de los Negros, de ningún modo se había embarcado seriamente en el trabajo, sintiendo que esto era prematuro. Pero el día que lo estime oportuno empezará una arremetida plena en el campo racial y sin duda hará grandes incursiones. Esto particularmente en vista del hecho que aproximadamente 8,000,000 de Negros afirman no pertenecer a ninguna denominación religiosa.

Debemos recordar que la Iglesia Católica piensa en términos de siglos, y que, teniendo una política de largo alcance, prepara su maquinaria mucho antes del tiempo en el que se propone usarla. Una de las grandes maniobras de la Iglesia Católica para convertir Norteamérica al Catolicismo serán sus esfuerzos para ganar al Negro norteamericano para la Iglesia Católica. Significativas actividades en este campo ya estaban teniendo lugar antes y durante la Segunda Guerra Mundial, y aumentaron con el fin de las

hostilidades. Para citar sólo dos: el trabajo de la *Inter-racial Review*, como ya se mencionó, en la esfera de la propaganda, y las actividades del Consejo Inter-racial Católico en el campo de los esfuerzos prácticos.

Además de todas estas actividades, la Iglesia Católica, de nuevo por medio de la formidable organización de la C.N.C.B., se interesa en cuestiones sociales y el problema laboral.

La tarea de la C.N.C.B. es grabar en la población católica y no católica las enseñanzas sociales de la Iglesia en la polémica esfera económico-social, respaldando todo lo que los diversos Papas han dicho sobre el asunto, basados en las proclamaciones del Papa León XIII. Así las cuestiones referentes a la familia, salarios justos, la propiedad privada, el seguro social, las organizaciones obreras, etcétera, son propagadas según las ve y enseña la Iglesia Católica. Esta enseñanza en el duro campo de la política práctica concluye en la defensa del Estado Corporativo, como fue ensayado por el Fascismo europeo, y en la hostilidad al Socialismo y, sobre todo, al Comunismo.

La C.N.C.B. se especializa en esta importante acción a través de una "Conferencia Católica sobre Problemas Industriales", que organiza discusiones sobre problemas sociales actuales -estas conferencias se han descrito correctamente como "universidades ambulantes" . Desde 1922 hasta 1945 se llevaron a cabo más de cien de estas conferencias en las principales ciudades industriales, apoyadas por iglesias, líderes obreros, profesores de economía, etcétera.

La Iglesia Católica también inició una campaña para entrenar a su Jerarquía en los problemas sociales. Con este fin la Jerarquía norteamericana organizó "las Escuelas de Verano de Acción Social Sacerdotales" y Congresos como el Congreso católico Nacional sobre Acción Social, sostenido en Milwaukee en 1938 y en Cleveland el año siguiente, asistiendo al primero 35 obispos, 750 sacerdotes, y miles de laicos.

Tal actividad apunta a dos grandes metas; la penetración por los católicos del campo económico-social de Norteamérica, y el aumento de influencia entre obreros y capitalistas por igual a fin de combatir la amenaza del Socialismo y el Comunismo.

Para lograr ambos objetivos la Jerarquía católica de nuevo emplea a la C.N.C.B., cuyo primer gran ataque organizado y abierto contra el Comunismo se lanzó en 1937, cuando su Departamento Social hizo un detallado estudio del Comunismo en los Estados Unidos de América. Esto fue seguido por la creación en cada diócesis de un comité de sacerdotes para seguir el progreso del Comunismo y para informar sus hallazgos a la C.N.C.B. Las escuelas católicas, los obreros católicos, profesores, etc., tenían la tarea de reportar sobre cualquier noticia de actividades comunistas y se les mantenía abastecidos con panfletos anti-rojos, libros, y películas, mientras los sacerdotes más brillantes eran enviados a la Universidad Católica de Washington para volverse expertos en ciencias sociales. La Prensa católica fue inundada con propagandas y artículos anticomunistas, mientras se alertaba continuamente a los obreros y a los estudiantes católicos que no cooperaran con los Rojos.

Esta campaña no era sólo teórica, sino que entró en la esfera Obrera en sí; y también, en 1937, se creó una organización especial para combatir el Comunismo con la bendición del Cardenal Hayes de Nueva York, y fue establecida la Asociación de Sindicalistas

Católicos para llevar la guerra del Catolicismo a los mismos sindicatos. Además de esta Asociación habían muchos otros empeñados en la misma tarea, como la Alianza Católica Conservadora del Trabajo y el Grupo de Trabajadores Pacifistas Católicos.

Otro campo en el cual la Iglesia Católica ejerce una desproporcionada influencia es el del cine. [Nota de tr.: a continuación el autor describirá el poder del catolicismo con respecto al cine en Estados Unidos. El autor manifiesta un punto de vista liberal en cuanto a su apreciación por ciertas películas; nosotros aclaramos que no promovemos el cine ni la televisión (mucho menos en nuestro tiempo), por considerarlos en su mayor parte una fuente real de degradación moral para la gente. Roma criticó algunas películas por su mala influencia sobre la moral, (lo cual no sería incorrecto para los verdaderos cristianos que sí pueden hacerlo sinceramente); pero Roma también buscó desacreditar a películas que no le eran favorables en aspectos dogmáticos o políticos y todo esto de una manera inigualablemente organizada y eficaz y de forma autoritaria, puesto que debía obedecerse ciegamente a las autoridades eclesiásticas que seleccionaban lo que le católico debía o no ver.]

En vista de la inmensa importancia que el cine se ha asegurado en la sociedad moderna, ha sido una de las metas primordiales de la Iglesia Católica, particularmente de la Iglesia Católica norteamericana, controlar, directa o indirectamente, una industria cuyo poder para influir en las masas generalmente se está de acuerdo en que es inigualable.

Aunque en sus comienzos la Iglesia no prestó mucha atención a esta nueva industria, con el paso del tiempo se interesó cada vez más, un interés que finalmente culminó en que el mismo Papa dio el inaudito paso de escribir una Encíclica sobre el asunto (*Vigilante Cura*, publicada el 2 de julio de 1936, por el Papa Pío XI). La Iglesia, habiendo comprendido el poder de las películas para influir en los millones para bien o para mal había decidido intervenir, porque como expresó Pío XI, "la cinematografía con su propaganda directa asume una posición de influencia imponente." El Papa aconsejaba en su carta a los católicos que vieran que el cine fuera inspirado por principios Cristianos, que vigilaran lo que era visto por el público, declarando que era su deber tener una opinión en la producción de semejante nuevo medio y cuando fuera posible boicotear las películas, los individuos y las organizaciones que no se ajustaran a los principios de la Iglesia. De hecho, Pío XI fue aun más allá, declarando que sería una cosa buena si toda la industria cinematográfica fuese inspirada (léase controlada) por la Iglesia Católica. "El problema de la producción de películas morales se resolvería radicalmente si fuese posible para nosotros tener la producción totalmente inspirada por los principios de moralidad cristiana (léase católica)", afirmó Pío XI.

Tales directivas vinieron del Vaticano en un período cuando en los Estados Unidos las organizaciones católicas ya estaban colgando como invisibles espadas de Damocles sobre cada estudio hollywoodense, y la más importante de las cuales, la Legión para la Decencia, fue calurosamente alabada por el mismo Papa: "Debido a su vigilancia y debido a la presión que se ha efectuado sobre la opinión pública, la cinematografía ha mostrado mejoras." (*Vigilante Cura*.)

Aunque antes de la publicación de esta Encíclica la presión católica sobre la industria fílmica era considerable, después de la orden del Papa se volvió aun más fuerte, hasta hoy en día difícilmente haya un individuo en todo el mundo de la cinematografía que

antes de planear una nueva producción no cuenta primero con la aprobación o la desaprobación católica.

¿Cómo puede un cuerpo religioso como la Iglesia Católica ejercer tal poder sobre una industria que a primera vista no tiene la más leve afinidad con la religión?

De la misma manera como lo hace en el caso de la Prensa o de otros similares medios públicos de información o entretenimiento que tratan directamente con las masas; principalmente por medio de la presión pública.

Ya en 1927 tal presión se había vuelto tan considerable que ciertos productores se aseguraban de someter los guiones a la Conferencia Nacional Católica de Bienestar para la aprobación de ideas y escenas.

Esta costumbre, aunque impopular, se extendió con el crecimiento de la principal organización católica que más que cualquier otra había empezado a censurar la industria cinematográfica de costa a costa, a saber la Legión para la Decencia, que asumió ese nombre en 1930. En ese mismo año fue escrito el Código de Producción y se presentó a la Asociación de Productores de Películas por el Rev. Daniel A. Lord, S.J. y Martin Quigley. El Código estaba destinado a aconsejar a los productores qué filmar y qué no filmar, a advertir lo que se aprobaría por la Iglesia Católica y lo que la Iglesia Católica boicotearía.

Esta incursión católica en la industria cinematográfica recibió impulso adicional cuando tres años después el representante Papal convocó a los católicos norteamericanos "a una campaña unida y vigorosa para la purificación del cine que se ha vuelto una amenaza mortal a la moral." (*Reverendísimo G. Cicognani, en su carácter de representante del Papa, 1 de octubre de 1933.*)

La pesada maquinaria de boicots y amenazas se puso en acción con más vigor que antes. Millones en todos los Estados firmaron la promesa de la Legión para la Decencia: "En el nombre del Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo ... como un miembro de la Legión para la Decencia yo me comprometo a permanecer lejos de ellas (las películas desaprobadas por la Iglesia). Como una cuestión de principios prometo apartarme completamente de los lugares de entretenimiento que las muestran."

Cuando, además de la bastante severa censura a la que cada película norteamericana tenía que ser sometida por la Legión, los Obispos católicos siguieron las instrucciones del Papa al efecto de que además de la censura de la Legión para la Decencia ellos debían establecer juntas especiales de revisión en sus propias diócesis para que "ellos puedan censurar incluso películas que se admiten en la lista general (o la lista aprobada por la Legión para la Decencia)", Hollywood se asustó.

Will Hays anunció que el Código de Producción (que hasta entonces no había sido tomado muy en serio por los estudios) se volvería una guía moral, y, después, tomó el paso sin precedentes de informar al Papa que él, Hays, pensaba como lo hacía Pío XI; verdaderamente que "él se encontraba de acuerdo con los puntos de vista del Papa sobre la moral de las películas modernas."

Desde la Segunda Guerra Mundial, la presión católica ha aumentado grandemente. Los productores cinematográficos que no tienen cuidado pueden meterse en problemas por ignorar ciertas enseñanzas morales de la Iglesia Católica; las tocantes al matrimonio, por ejemplo, lo que causó que el Monseñor McClafferty, Secretario Ejecutivo de la Legión para la Decencia, declarara: "la luz de la pantalla como un mortal rayo de desintegración ... está atacando a la familia ... por medio de imágenes que tratan ligeramente al matrimonio, que resuelven problemas matrimoniales a través del divorcio." (*Detroit, Septiembre de 1946.*)

En la conferencia en la cual él dijo esto, asistieron 700 mujeres representantes de más de 500 escuelas secundarias católicas, colleges y universidades en 30 estados, y se comprometieron a combatir las películas que no se ajustaran a las enseñanzas católicas.

Hay ocasiones cuando la Legión para la Decencia condena abiertamente ciertas películas antes o durante la producción, así enredando a la compañía cinematográfica y a los actores en serias pérdidas financieras. Esto ocurrió cuando la Iglesia Católica a través de la Legión Norteamericana para la Decencia, "condenó" la película de \$4,000,000 "Forever Amber".

Siguiendo a esta evaluación de "condenada" de la Legión, numerosos Obispos en todos los Estados denunciaron la película. Como resultado, "algunos que reservaron la película ya se informa que solicitaron ser eximidos de sus contratos", como informó *Variety* (diciembre de 1947). Después de ganar más de \$200,000 en la primera quincena de exhibición, "los ingresos por la película han caído considerablemente, debido a la prohibición de la Iglesia."

La 20th Century Fox Company tuvo que hacer una apelación a la Jerarquía de los Estados Unidos de América, la cual insistió sobre ciertas condiciones específicas con las que podría ser respetada la moral católica. La Compañía tuvo que someterse a los cambios determinados por la Legión para la Decencia a fin de quitar a la película de la lista de "condenadas". La compañía cinematográfica no sólo tuvo que apelar al Tribunal católico para que revisara la película según las resoluciones católicas, sino que el Presidente de la Corporación, Mr. Spyros Skoura, tuvo que pedir disculpas por las primeras declaraciones de ejecutivos de Fox criticando a la Legión por condenar el film.

Así una gran Corporación Cinematográfica tuvo que someterse ante un tribunal establecido por la Iglesia Católica, situándose por sobre las Cortes de los Estados Unidos de América, juzgando, condenando y estipulando, no según las leyes del país, sino según los principios de una Iglesia que, gracias al poder de sus organizaciones, puede imponer sus estándares, y por consiguiente indirectamente influenciar a la población no católica del país.

El caso de la Fox no fue el único. Éste fue precedido y seguido por varios otros no menos notables. Para citar un caso similar: durante este mismo período la Compañía Loew reiteró el despojo Hollywoodense de los diez escritores, directores y productores supuestamente comunistas prohibiendo la película más brillante de Chaplin, "Monsieur Verdoux", en sus 225 cines en los Estados Unidos después de una protesta de los Veteranos de Guerra católicos porque "el trasfondo de Chaplin es antinorteamericano" y porque "él no ama a los Estados Unidos de América." Poco antes de esto, la Legión

Católica para la Decencia forzó la suspensión temporaria de "The Black Narcissus", una película británica, sobre la base de que era una reflexión sobre las monjas católicas.

La Iglesia Católica, sin embargo, no limita sus actividades a condenar la industria del cine. Ella ha podido ahondar su influencia en Hollywood y en otras partes a tal grado que en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, el protestante Estados Unidos de América vio aparecer en sus pantallas, no sin perplejidad, una película católica tras otra en rápida sucesión.

En 1946 se hicieron planes en Hollywood para la producción de 52 películas católicas educativas en un año para escuelas y salones parroquiales, bajo la dirección del sacerdote Louis Gales. Desde entonces varios proyectos han tomado forma en Hollywood y en influyentes círculos financieros norteamericanos.

La Iglesia Católica salió a capturar las pantallas del globo. Por ello los tremendos esfuerzos de la Jerarquía norteamericana para ejercer una presión cada vez mayor en las películas de Norteamérica; la industria cinematográfica norteamericana es el principal proveedor de películas para los 90,000 cines del Mundo (1949).

Y cuando se recuerda que grandes organizaciones como los Caballeros de Colón con sus 650,000 miembros, los Veteranos de Guerra Católicos que en 1946 iniciaron una campaña a escala nacional para aumentar su número de miembros a 4,000,000, el Consejo Nacional de Hombres Católicos, los sindicatos católicos, el Consejo Nacional de Mujeres Católicas con más de 5,000,000 de miembros, las Hijas Católicas de Norteamérica Seniors, los estudiantes católicos, etcétera, están todos trabajando al unísono a las órdenes de la Jerarquía norteamericana, no es difícil suponer cómo un cuerpo religioso como la Iglesia Católica, aunque todavía una minoría, ya puede ejercer una influencia desproporcionada en el cine, una de las más grandes industrias de la Norteamérica protestante.

Además de la industria del cine, la Iglesia Católica también ha dado grandes pasos influenciando directa e indirectamente sobre otros instrumentos de entretenimiento, educación e información, como el teatro, el negocio de la publicidad, etc.

El poder creciente de la Iglesia Católica en prácticamente cada sector de la vida ha hecho que sea una tarea muy audaz para cualquiera descuidar la discreción o la prudencia en el mundo editorial. Uno podría citar innumerables casos en los que los periódicos nacionales han tenido que atenuar y muy a menudo omitir totalmente algunos artículos simplemente para evitar despertar la ira de la Jerarquía católica.

La presión sobre la prensa se ejerce más frecuentemente de lo que se cree a través del boicot de publicidades, como en el bien conocido caso de David Smart cuando "la Jerarquía católica le intimidó con dejarle sin nada por medio de un boicot de sus anunciantes de whisky en Ken and Esquire" antes de la Segunda Guerra Mundial. (*George Seldes, The Catholic Crisis.*) Con el paso de los años, tales casos han ocurrido con frecuencia alarmante.

Los mismos métodos son empleado con los editores de libros, la mayoría de los cuales, antes de siquiera considerar un manuscrito, intentan adivinar bajo que perspectiva se lo juzgará por la Iglesia Católica, que además de "paralizar" y matar un libro,

indirectamente puede devolver el golpe a los editores; retirando anuncios o negándose a aceptar hacer publicidad; condenando públicamente ciertos tipos de literatura; promoviendo guerras a "los malos libros", como la que se inició en 1942 con la publicación de una conferencia radial dada por el Cardenal Spellman, y después conducida por el *Journal American* de Nueva York y apoyada por los líderes y sociedades de todas las fes; y por cientos de procedimientos tan diversos que frecuentemente envuelven a cualquiera que es así boicoteado en serias pérdidas financieras.

Estas actividades, aunque quizás no tan espectaculares como aquellas relacionadas con el cine, no obstante están destinadas a tener profundas repercusiones sobre la vida del ciudadano común de los Estados Unidos de América, particularmente cuando además de tan negativa presión católica uno recuerda las ramificaciones de la Prensa católica, o de la Prensa simpatizante del Catolicismo y la inmensa maquinaria de la C.N.C.B.

El Catolicismo en los Estados Unidos de América también debe su progreso a otro factor, que, aunque no tan bien conocido, es grandemente responsable de la influencia católica -a saber, el hecho de que la mayoría de la población católica vive en centros urbanos. Debe recordarse que es principalmente por medio de la población urbana que se efectúan los cambios religiosos, culturales, sociales, y políticos, y que son las masas urbanas las que ejercen influencia decisiva sobre las cuestiones de importancia nacional.

La fuerza numérica de los católicos y el hecho de que al vivir principalmente en centros urbanos les han hecho una fuerza de considerable importancia, con la que debe contar todo político, desde el fiscal del pueblo al Candidato Presidencial.

La gran fuerza del Catolicismo en los Estados Unidos de América y el progreso que ha hecho allí en el siglo veinte, cuando se compara con las otras 256 denominaciones religiosas reconocidas que han intentado convertir Norteamérica, está asociado a que constituye un sólido bloque, y que todas sus fuerzas se dirigen al único objetivo -a saber, hacer a Norteamérica un país católico.

Esta unidad y definido propósito han, primeramente, hecho a la Iglesia Católica el más grande de todos los grupos religiosos en Norteamérica; en 1945 el Catolicismo se erigió como el primero en el número de sus miembros en treinta y ocho de las cincuenta ciudades norteamericanas más grandes. En segundo lugar, esta unidad ha dado a luz una manera peculiar de Catolicismo conocida como "Catolicismo norteamericano", que primero fue desairado por el Vaticano luego tolerado, y finalmente alentado en la forma en la que se levanta hoy.

El hombre que dio impulso organizado a la unificación de los católicos norteamericanos fue el sacerdote Hecker, quien en el último siglo sostuvo que a fin de progresar en los Estados Unidos de América, la Iglesia Católica debía hacerse norteamericana. El sacerdote Hecker luchó contra la tendencia de ese período entre los inmigrantes católicos de crear sus propias iglesias con sus propios obispos nacionales que hablaban sus propios idiomas, formando así innumerables cuerpos católicos dentro de la Iglesia Católica de Norteamérica.

Como una ilustración de lo que eso significaba, tan recientemente como en 1929, sólo en la Ciudad de Chicago, existían 124 iglesias católicas inglesas, 38 polacas, 35

alemanas, 12 italianas, 10 eslovacas, 8 bohemias, 9 lituanas, 5 francesas, 4 croatas, y 8 de otras nacionalidades, haciendo un total de 253.

Si esta tendencia se hubiese dejado crecer, el Catolicismo, a pesar de su unidad religiosa, habría dividido sus esfuerzos, y por consiguiente, como las denominaciones protestantes, habría permanecido como un grupo relativamente oscuro en los Estados Unidos de América. Pero la unificación espiritual y administrativa del Catolicismo y el esfuerzo de hacer la Iglesia Católica "norteamericana" produjo otro factor de gran importancia: dio a luz una nueva forma de Catolicismo peculiar a los Estados Unidos de América. Esto fue advertido ya en 1870, cuando los europeos empezaron a decir que "el Catolicismo en los Estados Unidos tiene alrededor suyo un aire norteamericano" (M. Houtin).

Al principio del siglo veinte ya se marcaron bien las características del Catolicismo norteamericano. Las más importantes de éstas fueron la tendencia norteamericana a dar "predominio a las virtudes activas en la Cristiandad por encima de las pasivas"; y segundo, la tendencia a mostrar una preferencia por "la inspiración individual por sobre el magisterium eterno de la Iglesia para conceder todo a los no católicos, mientras pasando por alto ciertas verdades en silencio si fuese necesario como una medida de prudencia" (Premoli, 1889). Esta tendencia fue muy importante, porque influyó grandemente en la actitud de los católicos norteamericanos hacia las enseñanzas de la Iglesia Católica acerca de los problemas sociales y sobre todo, los políticos.

Éstos, de hecho, en lugar de ser los persistentes e insolubles problemas que eran en Europa, fueron tratados con una liberalidad y amplitud de mente que ningún católico se habría atrevido a soñar en Europa. Esto permitió a los católicos norteamericanos cooperar con los protestantes y vivir sin invocar, en los campos religiosos, sociales, y políticos, aquel extremismo que fue en otras partes la fuente de mucho rencor.

El Catolicismo norteamericano se puso en el primer plano de la vida política del país en una gran medida durante la elección para la Presidencia en 1928, cuando el Gobernador Smith, el candidato católico, publicó su "credo", que se volvió aproximadamente el del 95 por ciento de los católicos norteamericanos. En respuesta a facciones cuyos eslóganes eran, "no queremos al Papa en la Casa Blanca", y sobre todo en respuesta a aquellos norteamericanos sinceros que empezaban a preguntarse si, después de todo, alguien podría ser al mismo tiempo un norteamericano leal y un católico devoto, Alfred E. Smith, después de haber declarado que los católicos norteamericanos, por quienes él hablaba en ese momento, aceptaban la separación de la Iglesia y el Estado, hizo este pronunciamiento:

"Resumo mi credo como un norteamericano católico. Creo en la adoración a Dios según la fe y prácticas de la Iglesia Católica Romana. No reconozco poder en las instituciones de mi Iglesia para interferir con el funcionamiento de la Constitución de los Estados Unidos o con la aplicación de la Ley terrenal. Creo en la absoluta libertad de conciencia para todos los hombres y en la igualdad de todas las Iglesias ... en la absoluta separación de Iglesia y Estado..."

Fue algo nuevo en la historia del Catolicismo que la gran masa de católicos norteamericanos, como ya se indicó, así como una buena porción de la Jerarquía, apoyara abiertamente a Smith. Sin embargo su Iglesia enseña claramente que "el Estado

no ha de estar separado de la Iglesia", y que ningún católico realmente puede creer en la igualdad de las religiones por la simple razón de que el Catolicismo es la única religión verdadera. Todas las otras, se afirma, son falsas y por consiguiente no han de ser tratadas en igualdad con la Iglesia Católica, y todos los católicos deben seguir las enseñanzas del Papa. Esto significa que ellos no pueden apoyar la verdadera democracia, la completa libertad de Prensa, y doctrinas similares.

Esta actitud norteamericana ha estremecido al Vaticano durante varias décadas. Cuando finalmente esto fue enunciado, y, lo que es más, apoyado por la Iglesia norteamericana, el conservador Vaticano, aunque sacudido, no obstante estimó una política sabia no reprimir este nuevo Catolicismo demasiado abiertamente. Fue permitido algún grado de reconocimiento a esta desoída libertad, a esta independencia de pensamiento. Pero que el Catolicismo norteamericano indicara lo que la Iglesia *ha de enseñar* en lugar de aceptar lo que la Iglesia *enseña actualmente* fue considerado una tendencia muy peligrosa.

¿Qué hizo que el Vaticano moderara su rigidez doctrinal como nunca soñaría con hacer en cualquier nación europea? Su plan de hacer a los Estados Unidos de América un instrumento directo e indirecto a ser empleado para favorecer al Catolicismo dentro y fuera de ese país. El Vaticano se dio cuenta de que imponer sus rígidos principios demasiado dogmáticamente sobre la Iglesia norteamericana contrastaría demasiado con el Liberalismo, la independencia, y el concepto general de la vida en Norteamérica. Hacer así no sólo malquistaría a los no católicos, sino también a muchos católicos norteamericanos. Por lo tanto se decidió permitir que la autoridad y las doctrinas de la Iglesia Católica fuesen sometidas a un proceso de transformación que modificaría el conservador Catolicismo europeo en un Liberal y progresista Catolicismo norteamericano.

Al autorizar a la Jerarquía norteamericana a organizarse y ser en gran medida independiente de Roma en cuestiones de administración y propagación del Catolicismo, y al permitir a los católicos tratar a sus oponentes con esa libertad que es la base del estilo de vida norteamericano, el Vaticano pensó correctamente que facilitaría al creyente norteamericano para llevar a cabo su tarea de fomentar los principios, la ética, y la influencia católicos.

Hasta ahora el Vaticano se ha demostrado acertado y ha tenido éxito en sus primeros pasos importantes. Cuán lejos se les permitirá a los católicos norteamericanos alienarse del Catolicismo tradicional de Europa es difícil decir. Mucho dependerá del progreso hecho en los Estados Unidos de América, de la tendencia social y política del mundo, y, sobre todo, de la gravedad de los terremotos que continuarán convulsionando a Europa más que a los otros países en los años por venir.

A cualquier distancia que el Vaticano pueda ir intentando armonizar su espíritu con la sociedad moderna, y sin importar cuanta libertad pueda dar al Catolicismo norteamericano, es no obstante cierto que no alterará su objetivo fundamental una sola pulgada. No modificará su hostilidad básica hacia la libertad democrática real de la sociedad tan radicalmente ajena a sus propias doctrinas. La indulgencia mostrada hacia el Catolicismo norteamericano es meramente una maniobra táctica, extendiéndose sobre todo un continente y abarcando décadas, si no siglos, para permitir a la Iglesia Católica una mejor posición para conquistar la tierra.

Debe tenerse presente que, no obstante su progreso y la influencia que ya ha logrado, la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América, aunque una minoría poderosa, es todavía una minoría cuando confrontada con la compacta oposición de todas las otras denominaciones religiosas y sus derivados culturales, sociales, y políticos. Por lo tanto, la Iglesia Católica debe tener cuidado de no mostrar su naturaleza real demasiado pronto o demasiado abiertamente, para no alarmar a la oposición.

Sin embargo a pesar del principio esencial que guía al Vaticano, el Catolicismo norteamericano ya se ha atrevido a mostrar su verdadero carácter y sus objetivos tanto con respecto a la vida social y política doméstica de los Estados Unidos de América como con respecto a la política exterior norteamericana. De hecho ya ha intentado hacer lo que ha hecho durante siglos en el Viejo Mundo a saber, modelar la sociedad según sus principios sociales y dirigir o hacer uso del poder político de una gran nación secular para favorecer los intereses religiosos de la Iglesia Católica en el extranjero. Esto a pesar del hecho de que sus maniobras se han ejecutado en un país todavía abrumadoramente protestante.

Ya hemos visto cuál es la política global del Vaticano con respecto a la sociedad en general, y cómo el Vaticano se ha inmiscuido en la vida social y política de las naciones para amoldarla según sus doctrinas. Nuestro examen de la política europea debe haber hecho esto suficientemente claro. Los objetivos del Vaticano en América son los mismos que sus objetivos en Europa, estando la única diferencia en las tácticas que adopta para alcanzarlos.

Las características fundamentales de los principios de la Iglesia con respecto a la sociedad moderna son que ellos apoyan al Autoritarismo y se oponen diametralmente a los principios de la democracia social y política. La política entera del Vaticano desde el principio del siglo veinte se ha dirigido, por sus propios esfuerzos, pero sobre todo en alianza con movimientos no espirituales, a obstaculizar el rumbo de las naciones. Por ello su interferencia directa e indirecta en la vida política de Europa y su apoyo a dictaduras.

En Norteamérica, ante el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia Católica, teniendo los mismos objetivos que en Europa, se creyó lo suficientemente fuerte para levantar un poco su cabeza y vacilantemente mostrar lo que realmente quería.

Los objetivos últimos de la Iglesia Católica en Norteamérica están muy claramente fijados en un libro oficial, impreso con la completa aprobación del Papa, estudiado como un libro de texto en universidades católicas, y escrito por la cabeza del Departamento de Acción Social de la Conferencia Nacional Católica de Bienestar. (El Estado y la Iglesia, por Monseñor J. A. Ryan, y M. F. X. Millar, reeditado en 1940 como Principios católicos de Política) . Éste dice explícitamente que como existe sólo una verdadera religión, el Catolicismo, la Iglesia Católica debe establecerse como la Iglesia Estatal en los Estados Unidos de América. Esto de acuerdo con la doctrina fundamental de los Papas "de que el Estado no sólo debe preocuparse por la religión, sino que debe reconocer la verdadera religión." (León XIII). En conclusión, debe hacerse prevalecer al Catolicismo y eventualmente deben eliminarse todas las otras religiones. Esto tiene como su autoridad la encíclica escrita por el Papa León XIII, llamada Catolicidad en los Estados Unidos, en la que es condenada la separación norteamericana de Iglesia y Estado.

¿Qué, entonces, sucedería con los principios norteamericanos de libertad de conciencia, del individuo, de religión, de opinión, y todos esos otros aspectos de la libertad que son ahora una parte integral de la vida norteamericana? Y para tomar una esfera particular de la sociedad, la religiosa, ¿que sucedería si el Catolicismo asumiera el poder?

Puesto que todas las religiones, con la excepción del Catolicismo, son falsas, no puede permitírseles pervertir a aquellos que están en el redil de la Iglesia Católica. Por lo tanto a todas las otras denominaciones religiosas en los Estados Unidos de América "podría" permitírseles profesar su fe, y rendir culto sólo si tal culto es "llevado a cabo dentro del círculo familiar o de manera tan discreta como para no ser una ocasión para el escándalo ni para la perversión del Fiel. . . ."

Así un Estados Unidos de América católico limitaría, y eventualmente incluso prohibiría, la práctica de la libertad religiosa, lo cual automáticamente llevaría a la Iglesia a los campos cultural, social, y finalmente político. Esto está basado en la doctrina católica de que "puesto que ningún fin razonable es promovido por la diseminación de la falsa doctrina, no existe ningún derecho para consentir esta práctica." ¿Por qué? Simplemente porque el Papa declara, y el líder de los católicos norteamericanos declara, que "el error no tiene los mismos derechos que la verdad."

Como el lector habrá inferido, la Iglesia Católica simplemente querría amoldar a los libres Estados Unidos de América según el mismo modelo de los Estados católicos de la España de Franco, de la Francia de Petain, de la Checoslovaquia de Monseñor Tiso, para no mencionar la Italia de Mussolini cuando él no estaba disputando con el Vaticano sobre cuestiones religiosas.

La Iglesia Católica no sólo está implantando tales ideas en las mentes de pocos selectos. Sus "Fuerzas de Choque" espirituales, a saber los Jesuitas, habían empezado antes de la guerra a atacar abiertamente las instituciones democráticas de los Estados Unidos de América. Baste citar dos típicas declaraciones:

Cómo nosotros los católicos hemos aborrecido y despreciado esta... civilización que ahora se llama democracia.... Hoy, se está pidiendo a los católicos norteamericanos que derramen su sangre por esa particular clase de civilización secularista que ellos han repudiado heroicamente durante cuatro siglos (América, 17 de mayo de 1941).

Y, como si eso no fuera suficiente, la misma publicación se atrevió a predecir la revolución social dentro de los Estados Unidos de América, como sigue:

La revolución cristiana (es decir, católica) empezará cuando nosotros decidamos liberarnos del orden social existente, antes que ser enterrados con éste (ídem).

Tales planes, aunque llevados a cabo en Europa, habrían parecido fantásticos para un norteamericano; sin embargo estaban siendo preparados cuidadosamente por la Iglesia Católica dentro del mismo Estados Unidos de América antes del rayo de Pearl Harbor.

El Vaticano siendo maestro en el arte del engaño, naturalmente no apoyó estos planes oficialmente. Continuó cortejando la democracia y todo lo que es querido por las masas norteamericanas, mientras al mismo tiempo preparando una pequeña minoría de sus Fieles, liderada por un sacerdote, el Padre Coughlin. En vista de lo que el Padre

Coughlin predicó, escribió, y transmitió, debe recordarse que él tenía la aprobación tácita de la Jerarquía norteamericana, porque "cualquier sacerdote que escribe artículos en diarios o periódicos sin el permiso de su propio obispo transgrede el Canon 1386 del Código de la Ley Canónica."



Charles Coughlin

El Padre Coughlin tenía miles de lectores de su periódico *Social Justice* [Justicia Social], y millones de oyentes en sus transmisiones. ¿Qué predicaba él? Él simplemente predicaba la clase de Autoritarismo que era entonces tan exitoso en la Europa católica, combinado con una mezcla de Fascismo y Nazismo armonizado hasta cierto punto para ajustarse a la sociedad y el temperamento norteamericanos.

Pero el Padre Coughlin, además de predicar, también actuaba. Sus tácticas, no eran las empleadas por los promotores europeos del Autoritarismo, católico o de otro modo, porque él tenía presente que el país en cuestión era los Estados Unidos de América. Sin embargo ellas recordaban las de movimientos similares y exitosos en Europa.

El Padre Coughlin, de hecho, intentó usar elementos no católicos que no obstante tenían en común con el Catolicismo y con él, el mismo odio hacia ciertas cosas y las mismas metas en cuestiones sociales y políticas. Maniobrando hábilmente logró obtener un control de la mayoría, el 80 por ciento, de "America First", una organización formada principalmente por elementos ultranacionalistas y magnates empresarios.

El Padre Coughlin y los líderes de este movimiento ya habían hecho planes para transformar "America First" por fusión de miembros con los millones de sus seguidores radiales, en un poderoso partido político. En imitación del Fascismo europeo ellos fueron tan lejos en esta fase temprana como para organizar una especie de ejército privado que se ocultó detrás de la formación del "Frente Cristiano". Éste iba a ser el heraldo de la "Revolución Cristiana" de Coughlin.

Clubes deportivos fueron establecidos en muchas partes de los Estados Unidos de América. La peculiaridad de estos clubes era su semejanza a movimientos cuasi militares y el entrenamiento militar de sus miembros. La naturaleza del movimiento volvió recelosas a las autoridades norteamericanas; el periódico del Padre Coughlin, *Social Justice*, fue prohibido como "sedicioso", mientras se hicieron redadas en muchos clubes deportivos del "Frente Cristiano" (por ej., en el Brooklyn Sporting Club del Frente Cristiano, el 13 de febrero de 1940).

En más de una ocasión el Padre Coughlin manifestó que él buscaría el poder, incluso por medios violentos; como, por ejemplo, cuando declaró: "Estén seguros que los combatiremos, a la manera de Franco" (*Social Justice*, citada por J. Carlson). Además, él incluso se atrevió a vaticinar, al estallar la Segunda Guerra Mundial, que él estaría en el poder en la próxima década:

Nosotros vaticinamos que... los Nacionalsocialistas de América, organizados bajo ese o algún otro nombre, en el futuro tomaremos el control del Gobierno en este Continente.... Predecimos, por último, el fin de la Democracia en Norteamérica.... (Padre Coughlin, en *Social Justice*, el 1 de septiembre de 1939).

¿Podría haber un indicio más franco de lo que el Padre Coughlin y sus socios no católicos hubiesen hecho si hubiesen tenido la oportunidad de desarrollar su plan? ¿Y qué hubiese significado si la situación se hubiese vuelto en su favor? Hemos visto cómo empezó y se desarrolló el Fascismo en Europa, y esto nos da nuestra respuesta: el resultado simplemente hubiese sido una versión norteamericana del Fascismo europeo.

Naturalmente, la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América no podía apoyar esta campaña demasiado abiertamente. A veces incluso era parte de sus intereses desconocer al Padre Coughlin, cuando ella no quería poner en peligro su penetración en la Sociedad norteamericana por medio de sus escuelas, las instituciones caritativas, la Prensa, etcétera. Y no hay ninguna duda sin embargo de que la Iglesia Católica observaba el trabajo del Padre Coughlin con gran simpatía, y de que en secreto le apoyaba y aun le bendecía. Algunos típicos ejemplos bastarán para demostrar esto.

En 1936 el Obispo Gallagher, el superior de Coughlin, tras su retorno de una visita al Vaticano, hecha para poder discutir, con el Papa, las actividades de Coughlin, declaró: "El Padre Coughlin es un destacado sacerdote, y su voz. . . es la voz de Dios. . . ."

En 1941 un franciscano comparó al Padre Coughlin con un "Segundo Cristo" (Nueva York, 29 de julio de 1941), y al año siguiente los prelados católicos pidieron abiertamente el retorno de Coughlin, para que él pudiera organizar su revolución: "Los días están viniendo cuando este país necesitará un Coughlin y lo necesitará grandemente. Debemos hacernos fuertes y mantenernos organizados para ese día" (Padre Edward Brophy, un líder de "Frente Cristiano", junio de 1942).

Todos esto mientras, en el segundo plano, los líderes de la propia Jerarquía norteamericana eran a menudo simpatizantes del Fascismo. Tal, por ejemplo, era el Cardenal Hayes de Nueva York, condecorado cuatro veces por Mussolini, y el Cardenal O'Connell que llamó a Mussolini "ese genio dado a Italia por Dios".

Para 1941 "America First" y el Padre Coughlin tenían aproximadamente 15,000,000 de seguidores y simpatizantes. Pearl Harbor acabó abruptamente con todo esto. Pero los primeros movimientos que se mantuvieron acallados hasta que la tormenta de la guerra pasara, y hasta que las nuevas circunstancias los favorecieran, ya estaban claros cuando las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki dieron el golpe de knock out a Japón.

Los presagios de los libros de texto en las universidades católicas, de los cardenales norteamericanos siendo condecorados por Mussolini, del Padre Coughlin y su "Frente Cristiano", pueden, quizás, parecer pequeños cuando comparados con las vastas actividades llevadas a cabo por la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América; por ejemplo, a través de su C.N.C.B. Ellos son no obstante, muy significativos y demuestran que, si el Catolicismo continuara su crecimiento en los años por venir, será una influencia poderosa, lista para dirigir el destino de los Estados Unidos de América hacia un camino con toda probabilidad ajeno a la tradición y espíritu del pueblo norteamericano.

Entretanto la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América está esperando el tiempo por venir cuando pueda aparecer más abiertamente con sus reales objetivos. Ella ha estado continuando con tácticas más sutiles su política de emplear su ya notable influencia en ese país a fin de alcanzar objetivos en el campo interno y, sobre todo, en el externo. Para ponerlo más directamente, está usando el poder de los Estados Unidos de América para favorecer su política en varias partes del mundo.

Esto podría sonar más bien sorprendente, pero en realidad no lo es. Sin buscar casos dudosos, recordemos dos incidentes notables el primero de los cuales tuvo lugar en la década inmediatamente siguiente a la Primera Guerra Mundial cuando estalló la revolución en Méjico. Sucedió que las entidades exteriores que se encontraron puestas en peligro por el nuevo Gobierno eran la Iglesia Católica y las grandes compañías petroleras norteamericanas. Ambas ejercían gran influencia en los asuntos interiores de Méjico por medio de su poder económico, controlado en un caso desde Roma y en el otro desde los Estados Unidos de América.

El programa del nuevo Gobierno mejicano consistía en limitar la influencia de la Iglesia socavándola en los campos económico, social, cultural, y político, y expropiar la compañía de petróleo poseída y controlada por empresas norteamericanas. Éste se encontró por lo tanto confrontado por dos poderosos enemigos, que, aunque tan ajenos el uno para el otro, se volvieron aliados.

La Iglesia Católica, además de empezar una revolución armada y de incitar a los católicos mejicanos a asesinar al Presidente mejicano, estimuló a los 20,000,000 de católicos en los Estados Unidos de América contra sus vecinos, y al mismo tiempo la Jerarquía norteamericana pidió abiertamente la intervención norteamericana en Méjico. Este pedido, por supuesto, fue respaldado por la poderosa compañía petrolera, y casi tuvo tanto éxito que Estados Unidos de América fue tan lejos como para movilizar una parte considerable de su fuerza aérea sobre la frontera de Méjico (ver el capítulo siguiente).

El segundo y más reciente caso ocurrió durante la Guerra Civil española. Ya hemos visto el rol desempeñado por el Vaticano en esa tragedia. Cuando estalló la guerra al principio, en julio de 1936, la principal preocupación del Vaticano era procurar tanta

ayuda para los rebeldes católicos como fuese posible y privar a los Republicanos de tal ayuda. Que Hitler y Mussolini le enviaran soldados y armas a Franco, que Francia cerrara su frontera, que la Inglaterra Tory ayudara a los rebeldes con su hipócrita fórmula de no intervención, no era suficiente para satisfacer al Vaticano.

La ayuda enviada a los Republicanos por Rusia era ridículamente inadecuada y se hizo menos eficaz aun por las dificultades de comunicación y por el anillo de acero de los Poderes Occidentales que estaban decididos a que los Republicanos no fuesen ayudados. El único lugar todavía abierto para el Gobierno español era el mercado de Estados Unidos.

Se volvió una cuestión de suma importancia que esta última esperanza de la República fuese quebrada. Como ni Mussolini ni Hitler, por razones obvias, podían pedir a Washington que cerrara la puerta, esta tarea fue emprendida por el Vaticano que, usando toda la maquinaria de la Iglesia Católica dentro de los Estados Unidos, empezó una de las campañas de difamación y de odio más inescrupulosas que se recuerden. Conducida por medio de su Prensa, radio, púlpitos, y escuelas; y, apelando directa y abiertamente al Presidente Roosevelt, logró conseguir lo que quería.

En esta etapa no sería errado dar un vistazo a la estrecha relación que existía entre el Presidente Roosevelt y el Vaticano, porque ya hemos visto cuán importante iba a volverse esta relación durante toda la Segunda Guerra Mundial.



Franklin D. Roosevelt

El Papa y el Presidente tenían varios objetivos en común, y cada uno podía ayudar al otro en su campo respectivo. El Vaticano estaba dando los pasos iniciales para conseguir el apoyo de los Estados Unidos de América en la eventualidad de una guerra europea, en el fondo de la cual asomaba la Rusia bolchevique, mientras Roosevelt en ese momento quería capturar el voto católico en la próxima elección Presidencial y el apoyo del Vaticano para su política de unificación del continente americano. Más remotamente él deseaba el apoyo y la influencia del Vaticano en el caldero político de Europa, sobre todo en caso de guerra.

Fue con este trasfondo que el Vaticano empezó a actuar en el otoño de 1936 enviando al Secretario de Estado Papal, el Cardenal Pacelli, en una visita a los Estados. Bastante extrañamente, la visita coincidió con la elección. El Cardenal Pacelli llegó a Nueva York el 9 de octubre de 1936, y, después de pasar un par de semanas en el Este, hizo un viaje relámpago al Medio y al Lejano Oeste, visitando Chicago, San Francisco, Los Ángeles, Cincinnati, etc. Regresó a Nueva York el 1 de noviembre. Después de que Roosevelt fue reelegido, el 6 de noviembre, almorzaron juntos en Hyde Park.

Lo que la visita del Secretario Papal significó para la Jerarquía norteamericana, con su tremenda maquinaria de periódicos y la C.N.C.B., en el tiempo de la elección, es obvio. Debe notarse por vía de contraste, mientras el Padre Coughlin estaba aconsejando a los norteamericanos que si no podían destituir a Roosevelt con el voto lo debían echar con balas.

Después de la elección, Pacelli y Roosevelt discutieron los puntos principales: la ayuda que los Estados Unidos de América debían dar indirectamente al Vaticano para aplastar la República española, bajo la fórmula de la neutralidad, y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Vaticano y Washington. Se empezaron negociaciones secretas entre Pío XI y Roosevelt, y continuaron hasta 1939, sin ningún resultado concreto. Entonces, el 16 de junio de 1939, el corresponsal en Roma del New York Times envió un despacho desde el Vaticano, declarando que "se esperaba que el Papa Pío XII [quién, entretanto, había sucedido a Pío XI] diera pronto los pasos para establecer relaciones entre la Santa Sede y los Estados Unidos sobre una base diplomática normal."

El 29 de julio de 1939, el Cardenal Enrico Gasparri llegó a Nueva York y pasó tres días con el Arzobispo Spellman, siendo su misión preparar "el estatus jurídico para la posible apertura de las relaciones diplomáticas entre el Departamento de Estado y la Santa Sede" (*New York Times*, 29 de julio de 1939).

La gran dificultad que impedía el establecimiento de relaciones diplomáticas regulares entre el Vaticano y la Casa Blanca era que Roosevelt no podía enviar un embajador regular al Vaticano, y el Vaticano no podía enviar un nuncio a Washington, sin proponer el plan al Congreso. Sin embargo, Roosevelt encontró en Pío XII a un hombre muy transigente, y pronto se encontró una manera por la cual el Congreso podría ser sobrepasado y los Estados Unidos podrían tener su embajador. En diciembre de 1939 los Estados Unidos, que oficialmente habían ignorado al Vaticano desde 1867 establecieron las conexiones diplomáticas con éste designando al Sr. Myron Taylor como el primer embajador personal del Presidente Roosevelt ante el Papa. Esto fue consumado sin ninguna conmoción seria en los protestantes Estados Unidos, y el

movimiento fue favorecido por la creencia de que, gracias a los esfuerzos paralelos del Papa y el Presidente, Italia había sido dejada fuera de la guerra.

Mr. Taylor era un millonario, un alto episcopaliano, un amigo íntimo tanto de Roosevelt como de Pío XII, y un admirador del Fascismo. Él fue así aceptado por protestantes, católicos, la Casa Blanca, el Vaticano, y Mussolini. Porque no se había olvidado que el 5 de noviembre de 1936, Taylor había declarado que "el mundo entero ha sido forzado a admirar los éxitos del Primer Ministro Mussolini en disciplinar la nación", y había expresado su aprobación por la ocupación de Etiopía: "Hoy un nuevo Imperio italiano enfrenta el futuro y asume sus responsabilidades como guardián y administrador de un pueblo atrasado de 10,000,000 de almas" (New York Times, 6 de noviembre de 1936).

Ése fue el comienzo de las relaciones políticas diplomáticas entre el Vaticano y Washington que duraron hasta la muerte del Presidente Roosevelt (abril de 1945) y prácticamente hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Vimos funcionar esta relación al tratar con Italia, Alemania, y Rusia, a través de las frecuentes correrías a través del Atlántico de Mr. Sumner Welles, Mr. Taylor, Monseñor Spellman, Mr. Titman, y Mr. Flynn, todos los cuales, cuando la ocasión lo requería, actuaban como embajadores "extraoficiales" ante la Santa Sede.

La afinidad de intereses comunes en numerosas esferas domésticas y extranjeras propició esta estrecha relación. El rol que el Vaticano podría jugar durante las hostilidades como un intermediario entre todos los beligerantes, y el prestigio que podría ejercer en muchos países, constituía la fuerza del Catolicismo, por un lado; mientras, por el otro lado, las ventajas económicas, financieras, y políticas eran los recursos de los Estados Unidos. Estas fuerzas que impulsaron a los dos Poderes para seguir políticas paralelas, productivas para ambos socios y realzando la ya gran influencia de Roma, tanto dentro como fuera de los Estados Unidos, hizo la cooperación católica-norteamericana tan íntima que, como un ex Embajador ante el Vaticano lo expresó, "poca gente en Europa era consciente de la unión que estaba funcionando en un nivel espiritual entre las dos fuerzas que estaban representadas entre los Estados Unidos y la Santa Sede y que. . . estaban coordinadas en cada caso que justificaba la acción conjunta." (Francois Charles Roux, Embajador francés ante la Santa Sede, Revue de Paris, septiembre de 1946.)

Con la llegada del nuevo Presidente y la cesación de hostilidades, esta relación fue prácticamente inalterada. El representante personal del Presidente ante el Vaticano, descrito en 1939 "como una medida temporal necesaria por la guerra", con el amanecer de la paz permaneció allí, sobre la base de que además de ser de importancia durante las hostilidades, "sería igualmente útil en el futuro". Por lo tanto, él continuaría indefinidamente en su misión que acabaría "no este año, probablemente no el próximo año, sino en algún momento; de hecho, sólo cuando la paz reine en el mundo entero." (El Presidente Truman a los Ministros protestantes que le pidieron que retirara a su enviado especial ante el Vaticano, junio de 1946.)

Después de que esta declaración hubo creado una profunda sensación de malestar en todo el país, y sectores influyentes habían descrito el nombramiento de Mr. Taylor como "el tratamiento preferencial de una Iglesia por encima de otra", habían requerido una investigación del congreso por "la financiación, autorización y responsabilidades"

de la misión de Mr. Taylor, y habían expresado su indignación por el hecho de que el Presidente, manteniendo la relación semioficial con el Vaticano, violaba "nuestra apreciada doctrina norteamericana de separación de la Iglesia y el Estado", una declaración de la Casa Blanca anunció que Mr. Taylor estaría volviendo a Roma en una visita de no más de treinta días, "para continuar las discusiones sobre asuntos de importancia con el Papa" (28 de noviembre de 1946).

Al año siguiente, el Papa y el Presidente intercambiaron cartas reconociendo abiertamente una alianza extraoficial, el carácter de la cual ni aun la más encendida imaginación se habría atrevido a visualizar sólo una corta década antes.

Mientras que Truman en una misiva que su enviado personal presentó a Pío XII en agosto de 1947 comprometía los recursos de los Estados Unidos para ayudar al Papa y a "todas las fuerzas que se esforzaban por un mundo moral" a restaurar el orden y a afianzar una paz perdurable "que sólo puede construirse sobre los principios Cristianos", la Cabeza de la Iglesia Católica aseguraba al Presidente que los Estados Unidos de América recibirían "la entusiasta cooperación de la Iglesia de Dios", que defendía "al individuo contra el gobierno despótico... al hombre trabajador contra la opresión... a la religión contra la persecución", agregando que como "las injusticias sociales. . . son una arma muy útil y eficaz en las manos de aquellos que están decidido a destruir todo lo bueno que la civilización ha traído al hombre. . . todos los amantes sinceros de la gran familia humana deben unirse para arrebatar esas armas de sus manos." (Carta enviada por el Papa Pío XII al Presidente Truman, agosto de 1947.)

Algunos días después el Papa, hablando desde un trono dorado en medio de la Plaza de San Pedro, advirtió a 100,000 miembros de la Liga de Acción católica (una de las armas principales del Vaticano en la lucha para resistir el crecimiento del Comunismo en Italia) contra "aquellos que están decididos a destruir la civilización". Frente a la amenaza de los comunistas, afirmó el Papa, pesados deberes pesaban sobre todo católico, de hecho sobre todo hombre, deberes que requerían un cumplimiento concienzudo que acarrea a menudo actos de verdadero heroísmo. El tiempo para la reflexión había pasado, y el tiempo para la acción había llegado. (Ver el London Times, 7 de septiembre de 1947.)

Aunque durante la Segunda Guerra Mundial no lo había comprendido totalmente, Estados Unidos de América descubrió ahora que el Vaticano, además de ser el el mejor puesto de escucha del mundo del cual más podría aprenderse sobre las corrientes y contracorrientes de los asuntos internacionales que de cualquier Ministerio de Relaciones Exteriores en el mundo, también era un aliado sumamente poderoso en la "guerra fría" que Este y Oeste, supuestamente en paz, estaban sosteniendo entre sí.

Era un tiempo cuando los líderes responsables de Estados Unidos estaban hablando de la situación como extremadamente grave, cuando las insinuaciones de una preventiva guerra atómica relámpago contra la Rusia soviética parecían ser más que meros rumores.

En el Vaticano habían sido establecidos cuidadosamente ominosos planes. A los Primados en los diversos países detrás de la cortina de hierro se les avisó que se prepararan para el establecimiento de Gobiernos católicos o derechistas ante la próxima caída de los regímenes comunistas como uno de ellos, el Cardenal Mindszenty, declaró

abiertamente durante su juicio dos años más tarde. Durante ese juicio en Budapest, el Cardenal Mindszenty, Primado de Hungría, admitió que él había pedido la intervención norteamericana y británica "para ser librados de una insoportable crueldad, terror y opresión", pero siempre había rezado contra la llegada de una tercera Guerra Mundial. No obstante él aceptó que había calculado "que tal guerra podría originarse". (London Times, 5/2/1949.)

La blitzkrieg [guerra relámpago] atómica no tuvo lugar. La "guerra fría" fue su siniestro sustituto. Pero la probabilidad de que una intensa guerra pudiera estallar sobre el mundo en el futuro cercano hizo la misión del enviado personal Presidencial ante el Vaticano más necesaria y forzosa que nunca antes.

Desde allí en adelante las relaciones entre los Estados Unidos de América y el Vaticano, debido a la creciente identificación de intereses mutuos en ciertas áreas del mundo, por ejemplo en Europa Oriental y la necesidad de apoyar o combatir ciertos movimientos políticos con préstamos de dólares o con encíclicas, se volvieron tan estrechas que ellas pronto se transformaron en una alianza tácita real y total, cuyas características eran sin precedentes en los anales de la historia norteamericana.

Este extraño maridaje político se hizo posible, además de las razones anteriores, por la comprensión por parte de ambos socios de que ninguno por sí solo podría esperar aplastar con éxito al Dragón Rojo. Porque el uno, mientras proveyendo armas morales, no podía proporcionar bombas atómicas; y el otro, mientras lleno de inmenso potencial bélico, era incapaz de destilar la fuerza espiritual para justificar moralmente una cruzada antibolchevique que sumergiría a la humanidad en un tercer baño de sangre.

Si el Comunismo, que en numerosas partes del mundo había cristalizado en sistemas políticos aunque en otras estaba todavía en un estado fluido, iba a ser confrontado con éxito, tenía que ser combatido simultáneamente en dos frentes bien definidos: el material y el espiritual; de allí la necesidad de emplear armas tanto morales como físicas.

Como los Estados Unidos de América, a pesar de sus inmensos recursos financieros e industriales, no podía considerar seriamente, el exterminio de la ideología comunista si triunfaba en aplastar a la Rusia soviética, así tampoco el Vaticano, con sus 400 millones de católicos, podía esperar combatir una conglomeración de dictaduras armadas que tenían en su poder un sexto de la Tierra y un tercio de Europa. Por consiguiente, era inevitable que los Estados Unidos de América que podía oponérseles con el peso del acero y de ejércitos permanentes, y el Vaticano, teniendo a su disposición un boicot moral mundial suficientemente fuerte como para agitar a millones con profunda convicción, fueran mutuamente necesarios.

Por consiguiente, resultó que como en 1939 antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial Roosevelt había estimado útil mantener un enviado personal al Vaticano, en 1949, Truman no pudo hacer menos que su predecesor. Los Estados Unidos de América, en un reconocimiento tácito de que los principios democráticos no eran suficientes para dar la pasión necesaria a su cruzada, se habían vuelto al Vaticano para suscitar un antagonismo organizado por el lado moral.

En una década la luna de miel norteamericana-católica había producido lo que que la Iglesia había esperado tan fervientemente, especialmente desde la desaparición del Nazismo: la brillante espada de un San Jorge norteamericano lista para matar al Dragón Rojo. Los Estados Unidos de América se habían vuelto el arsenal de la Iglesia Católica.

Bastante paradójicamente, uno de los factores más responsables por el aumento de fuerza de la Iglesia Católica en los Estados Unidos fue la diseminación del Comunismo que durante los últimos veinte años ha hecho más para fortalecer al Catolicismo en los Estados Unidos de América que prácticamente cualquier otra cosa desde las grandes inmigraciones católicas del último siglo.

El fantasma del Comunismo que durante los últimos treinta años había servido tan bien en la política mundial, ha demostrado ser no menos útil a los esfuerzos del Vaticano para destruir el frente anticatólico dentro de los Estados Unidos de América.

La mayoría de las Iglesias protestantes que incluso en tiempos comparativamente normales, debido a su desunión, sus descoordinados esfuerzos y su falta de visión, están en una desventaja crónica al tratar con la Iglesia Católica, con el resurgimiento de la "amenaza Roja" en casa y en el extranjero han sido hipnotizadas por el rol antibolchevique que el Vaticano ha estado jugando de forma tan prominente en la política mundial como un socio de los Estados Unidos de América. Esto a tal medida que hoy uno ve líderes protestantes y periódicos protestantes aprobar las actividades políticas de la Iglesia Católica; de hecho, apoyar al Vaticano tanto en la política doméstica como en la exterior, en la equivocada noción de que la lucha del Vaticano es su lucha, de que la Iglesia Católica es el principal campeón de la Cristiandad contra una ideología anticristiana, aparentemente inconsciente de que el Catolicismo está haciendo brechas formidables dentro de sus propias líneas y de que calladamente está intentando avanzar sobre su lugar.

Lo que hace veinte años cualquier protestante habría considerado una imposibilidad absoluta, ahora se mira con indiferencia e incluso con aprobación por influyentes sectores del Protestantismo norteamericano.

Es verdad que cuando comparado a la desaprobación protestante a escala nacional esto es de poca importancia, sin embargo es un inquietante augurio que la Iglesia Católica haya logrado finalmente lo que que ha intentado tan persistentemente durante décadas: fisurar el frente anticatólico del Protestantismo norteamericano, al dividir a sus oponentes; de hecho, al reunir a su lado a influyentes sectores e individuos del campo opuesto, al ser bienvenido como un aliado en medio del Protestantismo, hasta hace poco el obstáculo más poderoso para su incursión en la vida de los Estados Unidos de América.

Constantinopla no fue saqueada porque los Turcos hayan demolido sus poderosas murallas. Cayó debido a una pequeña brecha en la retaguardia que los bizantinos apenas habían notado, cuando estaban concentrados en rechazar el masivo ataque de los 200,000 soldados de Mehmet II de quienes ellos esperaban que vendría su ruina.

Los logros de la Iglesia Católica no acaban aquí. Además de haberse alineado con los protestantes Estados Unidos en la política mundial y de haber tenido éxito en calmar

una parte considerable de la oposición, está acelerando su paso para norteamericanizarse a fin de poder catolizar mejor a Norteamérica.

Su Jerarquía se ha ampliado, permitiéndosele más libertad que a cualquier Jerarquía fuera de los Estados Unidos de América. Se han creado nuevos Cardenales norteamericanos (1946); los Obispos norteamericanos se han multiplicado, los seminarios han aumentado, están elevándose al Altar santos norteamericanos (Madre Cabrini, 1946); o sus causas algunas de las cuales se iniciaron hace cuarenta años se aceleran ahora de repente para dar a las masas norteamericanas sus santos nacidos en Norteamérica. (El Papa mismo en julio de 1947 promovió la causa de la canonización de la Madre Elizabeth Ann Seton, nacida en Norteamérica, madre de cinco hijos y, después de la muerte de su marido, fundadora y primera superiora en los Estados Unidos de las Hermanas de la Caridad. Si la causa tiene éxito, la Madre Seton se volverá el primer santo nacido en Norteamérica, porque Frances Cabrini nació en Italia y se naturalizó norteamericana.) Miembros de la Jerarquía norteamericana fueron designados con frecuencia sin igual para posiciones de eminencia y responsabilidad, no sólo en Norteamérica sino también en el extranjero. (La elección en París del Padre William Slattery de Baltimore, como Superior General de los Vicentianos, rompe una tradición de cuatro siglos. El puesto siempre ha sido poseído por un francés, julio de 1947. El Padre John Mix, nacido en Chicago, elegido Superior General de la Congregación de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, julio de 1947. La Madre Mary Vera de Cleveland, Ohio, elegida Superiora General de las Hermanas de Notre Dame, enero de 1947.) De hecho, los Cardenales norteamericanos son confidentes y amigos personales del Papa y su peso en la administración central del Vaticano está aumentando con el paso del tiempo. Los norteamericanos están tomando las riendas de la Iglesia Católica en Norteamérica, en el extranjero y en Roma, para que cuando el tiempo esté maduro, puedan encargarse de la mejor manera de una Norteamérica católica.

El Vaticano, empeñado en conquistar, aunque siempre fiel a una gran estrategia cuidadosamente estudiada, es maestro de las tácticas. La interacción de corrientes y contracorrientes sociales y políticas en cualquier parte consecuentemente es usada infatigablemente para llevar a cabo aceleradamente su penetración en los asuntos de los Estados Unidos de América y del resto del mundo.

Su campaña para la conquista final de los Estados Unidos de América es conducida simultáneamente a lo largo de cuatro líneas principales:

(A) Alianza con los Estados Unidos de América en la lucha contra el Comunismo mundial.

(B) Calmar a la oposición Protestante dentro de los Estados Unidos de América usando el fantasma comunista. La asunción del rol del más importante Caballero Cristiano contra el Dragón Rojo. El intento de obtener el apoyo de ciertos sectores de Iglesias no católicas.

(C) Intensificación del proceso de norteamericanizar el Catolicismo dentro y fuera de Norteamérica.

(D) Discretos esfuerzos para golpear ciertas cláusulas en la estructura política de los Estados Unidos de América, la modificación de algunas de las cuales daría finalmente un estatus privilegiado a la Iglesia Católica en relación a otras Iglesias.

Con referencia a lo último, dos indicadores más que cualquier otra cosa muestran donde está concentrando su ataque la Iglesia Católica: El ablandamiento del Protestantismo ante la idea de un representante extraoficial permanente en el Vaticano; y el intento de la Iglesia católica por atacar la Constitución de los Estados Unidos de América. Aunque es peligroso asumir el manto de un profeta, sin embargo no es improbable que las "medidas temporales" iniciadas por Roosevelt puedan crecer hasta llegar a ser una "característica permanente" del Departamento de Estado.

El día que Estados Unidos de América tenga un Embajador ante el Vaticano, el Vaticano tendrá derecho a tener un representante en Washington quien se dirigirá oficialmente al Presidente no sólo en nombre de la Ciudad del Vaticano, un Estado independiente en miniatura, sino también en nombre de los ciudadanos católicos romanos de los Estados Unidos, y además en nombre de los 400 millones de católicos romanos de todo el mundo. Sería como si el Embajador de Moscú acreditado en Washington estuviese autorizado a representar legalmente, además del Gobierno de la Rusia soviética, a los comunistas norteamericanos y de hecho a todos los comunistas en el extranjero.

¿Qué implicaría esto? Que la Constitución de los Estados Unidos de América se desmoronaría y que la separación del Estado y la Iglesia se habría acabado para siempre. (*Es digno de ser notado que una transmisión del Papa tratando sobre la falsa y la verdadera democracia ha sido incorporada en los Registros del Congreso, 1946. El Senador James Murray de Montana, al proponer su inserción, comentó: "Aquellos que han criticado este mensaje. . . deben estar seguros de que criticando su contenido no estén también criticando algunos de los principios fundamentales de la Democracia norteamericana".*)

Esto no es mera especulación. La Iglesia Católica ya ha tomado los primeros cautos aunque audaces pasos en este nuevo, peligroso camino. En el otoño de 1948, la Jerarquía católica romana de norteamérica emitió una larga declaración que serenamente hacía pública su decisión de enmendar uno de los conceptos más fundamentales del Gobierno norteamericano, al trabajar "pacífica, paciente y perseverantemente" por la revisión de lo que considera la "funestamente amplia interpretación" de la Corte Suprema a la Primera Enmienda [ésta expresa: "El congreso no hará ninguna ley con respecto al establecimiento de una religión, o prohibiendo el libre ejercicio de ella..."]. Su principal punto en cuestión fue inequívocamente propuesto: ¿Estaba o no la Primera Enmienda al prohibir al Congreso hacer leyes "con respecto al establecimiento de una religión", pensada para alcanzar y mantener una separación de la Iglesia y el Estado? En sus esfuerzos por interpretar lo que estaba en las mentes de los forjadores de la Constitución, la Jerarquía católica menospreció como a una "metáfora engañosa" la frase de Jefferson con respecto al "muro de separación entre la Iglesia y el Estado", yendo aun más allá sugiriendo que la frase podía ser clarificada por las palabras de la propia Enmienda.

Para llegar al final de un largo viaje de mil millas, como dice el proverbio chino, uno empieza con un primer pequeño paso.

La Iglesia Católica en los Estados Unidos ha viajado lejos desde los días del siglo 18 cuando sus 30,000 miembros eran considerados casi parias sociales. A su presente paso, aumento, y creciente peso, no pasarán muchos años antes de que ningún sector de la vida norteamericana no sea directa o indirectamente influenciado por la Iglesia Católica. El Catolicismo en los Estados Unidos, estando en un aumento en proporción geométrica, está filtrándose geoméricamente a través de la vida económica, social, moral, educativa y política del país.

[Tres de cada 16 norteamericanos es un católico (1949). Aproximadamente 43 Negros se volvieron católicos en los Estados Unidos cada día durante 1946. Los católicos representan aproximadamente un cuarto de la población Indígena total de los Estados Unidos. Las ciudades más católicas de Norteamérica son: Boston, liderando con el 75.3 por ciento de la población católica, New Orleans 66 por ciento, Providence 56.7, Syracuse 53.5, Jersey City 53.2, Buffalo 52, Detroit 47.2, Chicago 40.8, Philadelphia 29.5, y New York sólo el 22.6 por ciento.]

Si la Iglesia Católica puede ejercer tan notable influencia ahora, cuando, aunque poseyendo una unidad formidable, es todavía una minoría, ¿cuál será su poder dentro de algunas décadas?

El aumento de la estatura de los Estados Unidos de América en la política mundial aumentará la estatura del Catolicismo norteamericano. Un Catolicismo norteamericano acrecentado significará una mayor presión católica sobre la estructura interna de la sociedad norteamericana.

¿Cuánta de tal presión soportarán las Iglesias protestantes que están desintegrándose rápidamente? ¿Por cuánto tiempo quedará inalterada la Constitución y se permitirá que la separación de Iglesia y Estado siga siendo uno de los pilares fundamentales de los Estados Unidos?

Si, paralelamente a esto, la presión católica norteamericana también continuara creciendo dentro de los callados muros del propio Vaticano, de manera que de los Cónclaves venideros emergiera el primero de los Papas norteamericanos, ¿cuán pronto la Iglesia Católica conquistaría Norteamérica? *[Ya en 1945 había rumores de que Monseñor Spellman podría llegar a ser el Secretario de Estado Papal (Radio Vaticana, 16/6/1945). Desde la nominación de más Cardenales norteamericanos, ciertos círculos Vaticanos no "excluyen" la posibilidad de un "Papa norteamericano".]*

Vivimos en un siglo donde muchas especulaciones aparentemente imposibles se han vuelto ya vibrantes realidades. En el pasado la Iglesia Católica ha realizado milagros. ¿Podrá todavía realizar uno en este nuestro siglo veinte, y transformar a los Estados Unidos en una Norteamérica católica?

CAPÍTULO 19

EL VATICANO, AMÉRICA LATINA, JAPÓN, Y CHINA

La importancia de la estrecha amistad entre el Vaticano y la Casa Blanca aumenta grandemente cuando uno vuelve sus ojos hacia el sur, a Centroamérica y Sudamérica. Allí, en contraste con el caso de los Estados Unidos de América, la Iglesia Católica no empezó a conquistar, porque ya ha convertido a los países de América Central y del Sur en un sólido bloque católico, estando las vidas de los individuos así como de los diversos Estados amoldadas a la ética y a la práctica del Catolicismo.

Pero, aparte del hecho que en América Central y del Sur la Iglesia Católica es la fuerza suprema alrededor de la cual gira la vida, estas regiones son importantes en los ojos del Vaticano como instrumentos que fortalecen su poder negociador en el campo de la política internacional. Esto fue especialmente verdadero con respecto al Vaticano y los Estados Unidos de América antes y durante la Segunda Guerra Mundial. En los años anteriores a la guerra una de las más apreciadas políticas exteriores del Presidente Roosevelt era la creación de un compacto bloque Panamericano, comprendiendo a los pueblos del Norte, del Centro, y del Sur de América. Éste presentaría un frente común a los Poderes no americanos al acordarse una política continental dirigida a salvaguardar la seguridad general de todas las naciones americanas.

Tal política pudo haberse seguido meramente porque en gran medida garantizaba la seguridad de los Estados Unidos de América; pero si Roosevelt se fijó la tarea de fortalecer la posición moral de los Estados Unidos de América como líder de las Américas, o si estaba motivado por un deseo genuino de unir a las naciones americanas para su común beneficio, es de poca importancia para la relación entre el Vaticano y las Américas. Permanece el hecho de que, llevando a cabo esta política, el Presidente Roosevelt comprendió que la amistad del Vaticano era esencial si iba a congregarse a los países de América Central y del Sur en torno a su proyecto.

El éxito de su política de "Buen Vecino" dependía de la cantidad de apoyo que pudiese recibir del Papa. Esto fue discutido ampliamente cuando el Representante Papal, el Cardenal Pacelli, visitó a Roosevelt en 1936, porque, además de los otros asuntos que ya hemos mencionado, tanto el Presidente como el Cardenal querían determinar cuán lejos podían cooperar en la esfera internacional. Como el Vaticano en ese momento estaba siguiendo una política de establecer el Autoritarismo, dondequiera pudiese, sobre todo en países donde la mayoría de la población era católica, esta política no sólo cubrió Europa, sino que también se extendió al Continente americano e incluyó a América Central y del Sur.

No fue mera coincidencia que antes de que la guerra en España estallara, el Vaticano enviara al Cardenal Pacelli en 1934 en una gira triunfante por Sudamérica. Después de su partida de estos países el efecto inmediato fue un visible fortalecimiento del Autoritarismo. Emergieron movimientos fascistas católicos basados en el modelo italiano, y los católicos religiosos y laicos abogados del Estado Corporativo se volvieron vociferantes. Una campaña más intensiva fue lanzada contra el enemigo común del poder civil y religioso -la ideología Socialista en sus diversos grados.

Estos eran los tiempos de apogeo de la promoción conjunta del Autoritarismo católico-fascista que parecía destinado a caracterizar el siglo.

La Casa Blanca, aunque en discordancia con el apoyo de la Iglesia Católica a esta tendencia en América Latina, cerró un ojo a esto, con tal de poder obtener la

cooperación del Vaticano en persuadir a América Latina para favorecer la política de "Buen Vecino" de los Estados Unidos de América. A cambio los Estados Unidos de América complacerían el deseo del Vaticano de privar a la República española de los armamentos necesarios (como ya hemos visto). Además, como el Vaticano había influido en el voto católico en la elección Presidencial y aconsejaría a la Jerarquía norteamericana que en el futuro apoyara a la administración de Roosevelt, los Estados Unidos de América harían todo lo posible por reestablecer las relaciones diplomáticas con Roma.

El Vaticano mantuvo la influencia que podía ejercer en América Latina en el balance al tratar con Roosevelt, no sólo antes, sino también durante, la guerra. Antes de la entrada de los Estados Unidos de América en el conflicto, y mientras el Vaticano estaba contando con una victoria fascista, los elementos más vociferantes en todo el Continente americano en su hostilidad hacia cualquier movimiento para ayudar a las democracias eran los católicos. Ellos estaban entre los aislacionistas más obstinados, y después de que Rusia fue atacada (en junio de 1941) ellos se volvieron los enemigos más amargos de la política de Roosevelt debido a su odio (y naturalmente el del Vaticano) a los ateos soviéticos.

Cuando, sin embargo, el éxito ya no siguió a las dictaduras fascistas, y se volvió evidente quienes serían los vencedores, América Latina, aunque todavía resentida por la sociedad anglo-norteamericana con Rusia, se alineó rápidamente con la política de Roosevelt. Esta sumisión fue evidenciada por la formación de un hemisferio Occidental unido, al declarar la guerra al Eje, y enviando ayuda en comida, dinero, y hombres a los Aliados. No sólo el deseo natural de estar del lado del vencedor, sino también la presión del Vaticano, persuadieron a las naciones latinas a dar tal paso. Esto aumentó el poder de negociación del Vaticano con los Estados Unidos a quien el Papa quería influenciar para que siguiera un curso determinado con las otras democracias Occidentales en su política hacia la Rusia soviética y en el establecimiento de un orden social y político de postguerra en Europa.

Latinoamérica, vista desde este punto de vista, era, y todavía es, un gran instrumento en la política global del Vaticano -un instrumento que ha sido empleado por razones políticas definidas, no sólo en la ocasión recién mencionada, sino también en numerosos casos anteriores, como el ya dado, cuando durante la Guerra Abisinia el Vaticano influyó grandemente en las Repúblicas latinoamericanas, en la Sociedad de Naciones, para votar por medidas que no impedirían a Mussolini proseguir su ataque sobre Etiopía, o cuando, durante la Guerra Civil española, Roma ejerció toda su influencia para paralizar a la República española.

El grado en que el Vaticano puede influenciar a América Latina, pareciendo imposible al principio, es la secuencia lógica de las repercusiones que una abrumadora autoridad espiritual puede ejercer sobre cuestiones éticas, sociales, y políticas. Hemos visto funcionar este proceso en prácticamente todos los eventos que hemos examinado hasta ahora en este libro. Hemos atestiguado esto en varios países de Europa donde sólo una minoría de la población es católica activa y donde los Gobiernos eran abiertamente hostiles a la Iglesia Católica.

Si, a pesar de la hostilidad, la Iglesia Católica, para bien o para mal, puede influir en las políticas internas y exteriores de estos países, ¡cuánto más fácil debe ser para ésta

manejar el poder político donde ha gobernado y continúa gobernando de forma prácticamente indiscutida! Porque debe recordarse que América Latina está completamente saturada con el espíritu y la ética de la Iglesia Católica. Salvo una pequeña minoría, la población entera de una República latinoamericana nace, se cría, y muere, en una atmósfera de Catolicismo. Ni siquiera aquellos que no practican la religión pueden escapar de los efectos de una sociedad en la cual la Iglesia Católica penetra todos los estratos, desde el económico al cultural, desde el social al político.

Si el extendido analfabetismo que todavía satura a América Latina es debido principalmente a la Iglesia Católica o a otras causas, no podemos decirlo. Sin embargo permanece el hecho de que en América del Sur hay más analfabetismo que en cualquier otra región habitada por una raza blanca.

Para citar sólo algunas cifras: Al estallido de la Segunda Guerra Mundial (1939) Europa y la U.R.S.S., que todavía tenían enormes áreas atrasadas, tenían aproximadamente 8 por ciento de analfabetismo. Japón que menos de un siglo antes había sido uno de los países más analfabetos, para 1935 tenía el porcentaje más bajo de analfabetismo en el mundo entero -a saber, el 1 por ciento. En contraste con esto, sus vecinos, donde el Catolicismo había sido prominente durante siglos -a saber, las Filipinas- todavía tenían 35 por ciento de analfabetismo, mientras que Méjico, uno de los países latinoamericanos más progresistas, tenía que hacer frente al 45 por ciento de analfabetismo, a pesar de los enormes esfuerzos de su Gobierno. Brasil, el país sudamericano más grande, en 1939 tenía más del 60 por ciento, estando tercero en analfabetismo después de las Indias Orientales de los Países Bajos, con 97 por ciento, y la India británica con 90 por ciento.

En este estado de cosas la Iglesia está aliada con aquellos elementos de una naturaleza social y económica cuyo interés es mantener el statu quo tanto como sea posible -o por lo menos con tan pocos cambios como sea posible. Un populacho analfabeto da tremenda fuerza al Catolicismo, permitiéndole dominar la conducta interna y externa de América Latina como un conjunto.

Aunque América Latina está completamente bajo el hechizo de la Iglesia Católica, esto no significa que no haya ninguna fuerza que trabaje contra su dominio espiritual. Al contrario, más de un estallido ha tomado lugar en el que las fuerzas hostiles involucradas no dieron cuartel a sus enemigos. El principal país contra el dominio de la Iglesia Católica en América Latina ha sido y todavía es Méjico. Allí la Iglesia, que durante siglos ejerció un estrangulamiento sobre todas las formas de vida, fue obligada, en las décadas entre las dos guerras mundiales, a tomar un rol menos prominente y confinar sus actividades al campo puramente religioso. Su monopolio en educación y cultura, y su enorme riqueza, le fueron quitados a la fuerza. Las fuerzas progresistas mejicanas, de hecho, hicieron exactamente lo que que la República española hizo algunos años después. Como en el caso de España, la Iglesia Católica reaccionó iniciando una sumamente destructiva Guerra Civil que desgarró el país por varios años, marcando la tercera década de este siglo (1920-30) con alzamientos, sediciones, y asesinatos, dirigidos por generales católicos, sacerdotes, y laicos contra los Gobiernos legales, algunos miembros de Órdenes religiosas fueron tan lejos como para incitar a los católicos laicos a asesinar a la cabeza de la República, una incitación que produjo su fruto cuando un muy devoto miembro de la Iglesia, después de la directa instigación de la Madre Superiora de un Convento, asesinó al Presidente mejicano, el General Alvaro

Obregón (el 17 de julio de 1928); mientras en el campo exterior la Iglesia no dudó en invocar la intervención de los Estados Unidos de América.



Álvaro Obregón, Presidente de Méjico

[El nuevo Presidente había sido elegido el 1 de julio de 1928. Fue asesinado el día siguiente de su declaración de que la Iglesia era culpable por la Guerra Civil. El mismo ex Presidente Calles fue a cuestionar al asesino quien declaró que él estaba destinado a tomar la vida del Presidente por "Cristo nuestro Señor, para que la religión pueda prevalecer en Méjico". Ante numerosos hombres de prensa norteamericanos el asesino declaró: "Yo maté al General Obregon porque él era el instigador de la persecución a la Iglesia Católica." En su juicio confesó que la Madre Superiora del Convento del Espiritu Santo había "inspirado" su crimen.]

La influencia de la Jerarquía norteamericana y la presión de las compañías petroleras norteamericanas expropiadas por el Gobierno mejicano fueron en conjunto tan fuertes que en un momento los Estados Unidos de América consideraron seriamente intervenir, bajo el pretexto de maniobras anuales en la frontera mejicana, y se avisó a corresponsales de guerra para que estuviesen preparados. La alianza de la Iglesia Católica y las compañías petroleras norteamericanas, teniendo ambas grandes riquezas que defender en territorio mejicano, casi tuvo éxito. Esta campaña continuó, aunque con menos virulencia y buena suerte, hasta el primer período del Presidente Roosevelt.

Los esfuerzos del Vaticano por reclutar ayuda secular extranjera para aplastar al Gobierno Secular mejicano fueron en vano, cuando Roosevelt se convenció de que no podía interferir en los asuntos interiores de Méjico sin alarmar a los ya recelosos países latinoamericanos y así poner en peligro su política de "Buen Vecino". En consecuencia, tras el retorno del Cardenal Pacelli de su gira norteamericana en 1936, el Vaticano recurrió al único medio que le quedaba -la iniciación de un movimiento político autoritario católico en Méjico.

El movimiento se hizo público en 1937, bajo el nombre de Unión Nacional Sinarquista, más tarde llamado Sinarquismo. Era una mezcla de dictadura católica según el modelo de Franco, de Fascismo, Nazismo, y el Ku Klux Klan. Tenía un programa de dieciséis puntos. Declaraba abiertamente la guerra a la democracia y a todos los otros enemigos de la Iglesia Católica, y tenía como su propósito principal la restauración de la Iglesia Católica a su antiguo poder.

Sus miembros eran principalmente católicos devotos entre quienes habían sacerdotes e incluso obispos, y pronto fue reconocido como "el movimiento fascista más peligroso en América Latina" -tanto que aun los periódicos católicos declararon que "si el Sinarquismo tuviera éxito en su propósito de aumentar sus números considerablemente, hay peligro real de guerra civil" (The Commonweal y Catholic Herald, 4 de agosto de 1944). Para 1943-4 se calculaba que tenía entre un millón y un millón y medio de miembros.

El movimiento, debe notarse, surgió al mismo tiempo que el Padre Coughlin estaba preparando el terreno para un movimiento similar, en los Estados Unidos de América. Simultáneamente, en prácticamente todos los otros países latinoamericanos, movimientos fascistas y semifascistas estaban creándose en imitación de sus contrapartes europeas; y la Guerra Civil en España estaba prosiguiendo su curso.

Este Totalitarismo, a diferencia del que había caracterizado la vida política latinoamericana previamente, había tomado forma definida y una formulación ideológica con prontitud sorprendente. La repentina ola de Autoritarismo fascista-católico barriendo a América Latina de Sur a Norte no era simple coincidencia; sino que era la extensión de la política que el Vaticano había estado siguiendo en Europa.

Este sistema de Totalitarismo católico, extendiéndose desde Argentina a los Estados Unidos de América, iba a prestar un gran servicio a la política mundial del Vaticano antes, y sobre todo durante, la Segunda Guerra Mundial. Porque todos estos países, estando bajo la misma dirección espiritual central, tenían que apoyar una política determinada -a saber, la promulgada por el Vaticano. Así, como antes de la guerra, la política del Autoritarismo católico americano era una de simpatía con los países fascistas de Europa, así con el estallido de la guerra su afinidad con el Fascismo aumentó. Su ayuda no permaneció sólo teórica, sino que pasó al campo de la política práctica.

La Iglesia Católica, durante los primeros dos años de la Segunda Guerra Mundial, apoyó al Fascismo y así directa e indirectamente cuidó para ello que fuerzas fuera de Europa -en este caso en las Américas- no obstruyeran el establecimiento de una Europa autoritaria. Para lograr este propósito maniobró de tal manera para que aquellos elementos americanos que quisieran ayudar a las democracias Occidentales no cumplieran sus objetivos.

Se inició una campaña de Aislacionismo por todo el hemisferio Occidental, cuyo propósito principal era permitir a Europa resolver sus propios problemas. Se creía que, como el Nazismo y el Fascismo tenían la ventaja, ellos ganarían la guerra. Este Aislacionismo americano, que era hasta cierto punto bastante natural, fue defendido por varios sectores de la sociedad latinoamericana y norteamericana muy poco preocupados con la religión, y fue enormemente fortalecido por el peso de la Iglesia Católica.

De hecho, la causa para el Aislacionismo americano fue explicada por católicos -esto no sólo en América Latina, sino también bastante significativamente en los Estados Unidos de América. El Catolicismo se volvió la verdadera columna vertebral del Aislacionismo. Baste dar algunos ejemplos.

La revista Jesuita America, el 19 de julio de 1940, entre otras cosas, manifestaba:

¿Es el firme propósito del Presidente llevar a este país a una guerra no declarada contra Alemania e Italia? Como el Arzobispo de Cincinnati ha dicho, no tenemos ninguna justificación moral para hacer la guerra contra naciones.... No es parte de nuestro deber preparar armamentos para ser usados en ayuda de Inglaterra.

El centro del Aislacionismo católico era el Padre Coughlin, quien, hablando sobre la Alemania Nazi, dijo:

Quizás, nada sea una prueba mayor de la podredumbre del "sistema imperial" que aquel solo pueblo unido, limpio, vital, inflamado por un ideal de liberar al mundo de una vez por todas de un sistema financiero orientalista, esclavista de deuda en oro, pueda marchar incansable sobre nación tras nación, y poner de rodillas a dos grandes imperios.

Él fue aun más lejos, y en *Social Justice* manifestó:

Gran Bretaña está sentenciada y será condenada. No hay ningún peligro de que Hitler amenace a los Estados Unidos. Debemos fabricar armamentos con el propósito de aplastar a la Rusia soviética, en cooperación con los Estados Totalitarios Cristianos: Italia, Alemania, España, y Portugal (citado por el Boletín de la Liga de Derechos Humanos, Cleveland, Ohio).

Éste, en resumidas cuentas, era el propósito principal del Aislacionismo americano - tanto de América del Norte como de América del Sur- tal como era sostenido por extremistas católicos. La Jerarquía americana, en un momento cuando Hitler estaba marchando de un éxito militar a otro, levantó el eslogan "Dejemos Europa a Dios", y varios dignatarios, incluyendo a Monseñor Duffy, de Búfalo, fueron tan lejos como para declarar que si Estados Unidos de América alguna vez se hiciera aliado de la Rusia soviética ellos pedirían públicamente a los soldados católicos que se negaran a luchar.

En los Estados Unidos de América esta clase de Aislacionismo fue silenciada por Pearl Harbor en diciembre de 1941, pero en América Latina persistió hasta casi el mismo fin de la guerra. Sólo disminuyó después de que el Vaticano se puso abiertamente del lado de los Poderes Occidentales y cuando los Estados Unidos de América presionaron a los Estados sudamericanos que para fines de 1944, o para la primavera de 1945, se apresuraron a declararle la guerra al Eje.

Con la derrota del Fascismo en Europa, el Autoritarismo católico en las Américas, aunque no tan evidente como durante el apogeo de Mussolini y Hitler, estaba, no obstante, tan activo como siempre. Esto sobre todo con respecto a Latinoamérica, donde los diversos movimientos fascistas y semi-fascistas, dominados sólo por un breve tiempo, continuaron abiertamente sus actividades, al unísono con la última ciudadela del Fascismo católico en Europa -a saber, la España de Franco.

Ya hemos mencionado el plan para la creación de un bloque latino bajo el amparo del Nuevo Orden de Hitler. El heredero de ese plan durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial automáticamente llegó a ser el Fascismo español, que, dicho sea de paso, había abrigado ideas similares desde su misma creación. Este plan estaba dirigido principalmente a América Latina, y en el amanecer de la paz fue activado una vez más. El ímpetu que recibió no provenía sólo de fuentes nativas, sino de la gran idea de un bloque latino-español, unido y dirigido por el Fascismo ibérico de Franco.

El plan principal de este Fascismo superviviente en América Latina era el de fusionar todos los movimientos nazi-fascistas-falangistas de toda América Central y del Sur. Esta actividad se llevó a cabo principalmente a través de las Falanges de Franco en el exterior y las otras diversas organizaciones diplomáticas y culturales en América cuya tarea se volvió la de vincular la Falange española, la Legião [legión] portuguesa en la Península ibérica, y los movimientos fascistas latinos en América. La Falange en Cuba, por ejemplo, se unió con el Sinarquismo mejicano y con los golpes de estado en Argentina, y luego en Brasil, que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial.

En éste último país el Presidente Vargas fue hechado del cargo por el General Góes Monteiro quien, durante la guerra, fue tan abiertamente pro Alemania Nazi y un partidario tan entusiasta del Fascismo que cuando Brasil finalmente se unió a los Aliados él tuvo que "renunciar" al puesto de Comandante en Jefe del Ejército brasileño.

Para mostrar en qué medida el Vaticano estaba detrás de esta tendencia en Brasil, baste decir que fue tan lejos como para excomulgar a un obispo católico:

Yo fui excomulgado [dijo el Obispo] por exponer al movimiento de Hispanidad en la Sede brasileña y en otros países americanos. Hispanidad es la Falange en acción.

En la organización habían representantes de los Partidos fascistas españoles y portugueses, la Legião y la Falange. El líder de la organización en Brasil era Ramón Cuesta, el Embajador español que dirigía todas las actividades Falangistas en Sudamérica desde Río de Janeiro. Cuesta mantenía contactos con toda América, organizando un movimiento destinado a la creación del "Imperio" ibérico de Franco. El Imperialismo político está intentando sobrevivir en las Américas bajo la dirección del Vaticano y Franco. (Monseñor C. Duarte Costa, Río de Janeiro, julio de 1945.) El Fascismo católico español de América del Sur tenía el control de una serie de siete importantes periódicos y de una docena de periódicos de menor importancia en La Habana, Bogotá, Quito, Ciudad de Méjico, Santiago, Caracas, y Ciudad de Panamá.

Para octubre de 1945 el "bloque latino" había empezado a maniobrar como un bien organizado movimiento fascista católico, vinculando estrechamente continente con continente. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial la Catolicidad de América Latina se acentuó más enérgicamente que antes tanto por la Iglesia como por los diversos Gobiernos, resultando en que la influencia del Vaticano continuó creciendo rápidamente. Esto causó que doctrinas sociales católicas que apoyaban el Autoritarismo fuesen incorporadas a la legislación de los países involucrados. Los siguientes son típicos ejemplos: El Parlamento brasileño decretó que un discurso dado en Río de Janeiro en 1934 por Pío XII, cuando era delegado Papal, debía ser grabado en un placa de bronce y ser fijado a la pared de la Cámara (septiembre, 1946). La nueva Constitución de Brasil oficialmente hizo al Catolicismo la religión Estatal, al mismo

tiempo que prohibía el divorcio y hacía obligatorio que el nombre de Dios fuese invocado en el preámbulo de la Constitución (agosto-septiembre de 1946). El nuevo Presidente de Colombia, inmediatamente después de su elección, se apresuró en expresar su "determinación" de gobernar sólo según los principios de las encíclicas Papales (agosto de 1946) -los mismos principios, el lector debe recordar, que habían sido adoptados por Mussolini, Franco, Salazar, y otros dictadores fascistas.

¿Cuál era la intención de todo este complot para unir la católica España, Portugal, y a todos los países centroamericanos y sudamericanos en una autoritaria unidad racial, religiosa, y lingüística? ¿Se buscaba esto como una reacción al predominio del protestante Estados Unidos de América en el hemisferio Occidental, de Inglaterra y, sobre todo, de la Rusia soviética en Europa? ¿O fue sólo el primer paso en el período post Segunda Guerra Mundial que lleva a la resurrección de un Fascismo belicoso? Sólo el futuro lo dirá. El hecho de que existiera y de que se volviera tan activo inmediatamente después de que el Fascismo fuera derrotado en Europa, muestra que el motivo real detrás de todo esto era que el Vaticano había reasumido en serio su gran plan de organizar el Autoritarismo católico en el hemisferio Occidental para contrapesar, a su debido tiempo, a una Europa revolucionaria.

Por lo tanto, es evidente que la Iglesia Católica, al dirigir una tendencia política determinada hacia un problema internacional -por ejemplo, la Guerra abisinia, la Guerra Civil Española, y la Segunda Guerra Mundial -podía influir en el curso de los acontecimientos en una escala continental, de hecho en una escala global, y ejercer presión sobre grandes países que consideran útil alinear la amistad de la Iglesia de su lado.

En este caso el Vaticano tenía a su disposición, para el uso como un instrumento en el mundo y en la política doméstica dentro de más de un país, a todas las Iglesias católicas en el Continente americano. Éstas eran empleadas para negociar con Roosevelt en el intento por mantener a los Estados Unidos de América y a América Latina fuera de la guerra y para hacer que los Aliados frenen a la Rusia soviética y al Comunismo en Europa. En conclusión, el Vaticano dirigió al Catolicismo americano por un camino determinado a fin de fortalecer su política en Europa contra la Rusia soviética, y contra la propagación de la ideología Socialista mientras que al mismo tiempo apoyaba al Autoritarismo derechista dondequiera fuese posible.

Sudamérica y Centroamérica, sin embargo, perderían mucha de su importancia como países católicos y, sobre todo, como un peso negociador usado por el Vaticano en el campo de la política internacional si ellos no fueran guiados por el principal país del Continente americano, los Estados Unidos de América. Porque los Estados Unidos de América tienen toda la apariencia de mantener su posición como uno de los países más poderosos -si no de volverse el país más poderoso- del mundo.

Como la fuerza económica y financiera automáticamente implica fuerza política, es fácil ver que la Iglesia dominante en los Estados Unidos de América se beneficiaría grandemente en el extranjero por el inmenso prestigio de una nación todopoderosa. Esto, a su vez, haría más fácil para esa Iglesia favorecer su interés espiritual. El Vaticano espera conquistar a los Estados Unidos de América, no sólo como tal, sino también como el líder de las Américas y el líder potencial del Catolicismo americano.

Al contemplar los grandes pasos que está dando la Iglesia Católica en los Estados Unidos de América, y teniendo presente que este plan abarca al Continente entero, es fácil de ver el importante lugar de América Latina. Latinoamérica simplemente reforzará el dinamismo del Catolicismo de Estados Unidos de América. Esto, a su vez, impartirá vitalidad al bastante calmo Catolicismo de América del Sur no meramente introduciendo una política católica norteamericana, sino una política católica americana Continental para confrontar asuntos intercontinentales. Ése es el real pivote sobre el cual gira la política del Vaticano hacia los Estados Unidos de América.

Al crear un Catolicismo poderoso dentro de los Estados Unidos de América apuntando eventualmente a conquistar el país, la Iglesia Católica está intentando alinear a todo el Continente americano en un poderoso bloque católico, para contraponerse no sólo a una Europa semi-atea y revolucionaria, sino también a una convulsionada e inquieta Asia. Porque es allí donde las dos grandes fuerzas, económicas e ideológicas, finalmente chocarán. Estas fuerzas, representadas ante los ojos de la Iglesia Católica por la Rusia soviética y el Comunismo por un lado, y por los Poderes Occidentales, liderados por los Estados Unidos de América, por el otro lado, ya habían empezado una guerra extraoficial décadas antes del estallido de las dos guerras mundiales.

El conflicto en los años por venir asumirá una forma más aguda, y como el Vaticano tiene grandes intereses en Asia, ello resulta en que favorecerá a cualquier Poder hostil a Rusia y al Comunismo. Esta política de largo alcance ha estado desplegándose lentamente, especialmente desde el principio del período de post Segunda Guerra Mundial, y ha estado basada en la amistad con un Estados Unidos de América expansivo .

La política del Vaticano en Asia, aunque basada en la promoción del Catolicismo, estaba fuertemente influenciada, en el período entre las dos guerras mundiales, por la política general de la Iglesia Católica en Europa. Ésta favoreció a cualquier individuo, movimiento, o nación dispuestos a hacer una alianza con ella y a concederle privilegios y ayuda para combatir al enemigo común -el Bolchevismo.

Esta política se inició en Asia en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, cuando la Iglesia Católica, que previamente había intentado meramente expandirse, buscó Aliados no religiosos para hacer frente al fantasma Rojo que ya había encontrado en Europa. Porque la proximidad geográfica de la Rusia soviética a tan enormes conglomeraciones humanas como Japón, China, e India, y la agitación del pueblo Asiático ante la propagación de la ideología bolchevique, habían empezado a alarmar a los diversos elementos cuyos intereses se depositaban en la detención de semejante peligro.

La nación que por sobre todas las otras podría volverse una compañera útil para la Iglesia Católica era Japón. Esto debido a los siguientes factores. Primero, Japón era un país independiente, capaz de una política doméstica y exterior independiente. Segundo, estaba claro que Japón quería expandirse sobre China, donde el Vaticano tenía intereses que proteger. En tercer lugar, Japón era el enemigo natural de Rusia, especialmente desde la Revolución Roja.

Este último factor era de máxima importancia para la creación de buenas relaciones entre el Vaticano y Japón, porque significaba que ambos, temiendo al mismo enemigo -

uno por razones raciales, económicas, y políticas, el otro por razones ideológicas y religiosas- tenían una base común sobre la cual cooperar en Asia.

Tal colaboración empezó cuando, siguiendo a la primera agresión de Japón en Manchuria en 1931, el Vaticano notó con placer que los japoneses en los territorios recientemente ocupados estaban haciendo como su tarea principal el acabar cruelmente con el Bolchevismo. Esto era de la mayor importancia desde el punto de vista del Vaticano, porque la existencia de bandas comunistas chinas deambulando por una caótica China habían entretanto llevado más cerca que nunca la amenaza bolchevique en Asia.

Desde ese tiempo en adelante la relación del Vaticano con Japón que oficialmente databa desde 1919, cuando una Delegación Apostólica fue creada primeramente en Tokio, se volvió cada vez más cordial, especialmente desde la expansión territorial japonesa y la consolidación de aquella peculiar clase de Autoritarismo japonés en casa.

Puede haber sido coincidencia, pero debe ser notado que la relación entre el Vaticano y Japón se volvió más estrecha al principio de la cuarta década del siglo, cuando el Fascismo y el Nazismo estaban consolidándose en Europa y el Papa había empezado su primera gran campaña contra el Bolchevismo, y Japón empezaba a liquidar a las fuerzas Liberales y democráticas en el propio Japón, mientras cometía su primera agresión contra Manchuria.

Esta amistad continuó mejorando, sobre todo cuando empezó una guerra total, en 1936, entre Japón y China y los japoneses ganaron el control de vastas regiones en el país de su vecino. Ésta fue fortalecida cuando la Alemania Nazi y Japón redactaron un plan intercontinental y firmaron en 1936 el Pacto Anti-Comintern [contra la Internacional Comunista] gracias al cual el archienemigo de ambos -a saber, la Rusia soviética- fue encerrado desde el Este y el Oeste por estos dos formidables países.

A los ojos de la Iglesia Católica, Japón iba a ser la Alemania del Este, el destructor del Bolchevismo en Asia y el enemigo mortal de la Rusia soviética.

Japón no fue lento para comprender la utilidad de la Iglesia Católica, y cuando invadió vastos territorios chinos prometió respetar las misiones católicas e incluso cuando fuese posible, concederles privilegios.

La Iglesia Católica, por el otro lado, para congraciarse con los señores feudales japoneses, fue muy lejos, incluso en cuestiones de principios religiosos y morales. Tal actitud fue muy notoria, especialmente cuando los gobernantes japoneses, para reforzar el Autoritarismo de un país listo para declarar la guerra al Occidente, aprobaron una ley declarando que todos los súbditos japoneses tenían que rendir homenaje al Mikado [el Emperador]. Esto naturalmente afectaba a los 120,000 católicos en Japón, y el Vaticano al principio objetó esto, declarando que eso era contrario a las doctrinas del Catolicismo. Pero sus protestas fueron de corta vida y consintió pronto, habiendo olvidado a los antiguos cristianos que murieron justamente porque se negaron a obedecer leyes como ésta.



El Emperador Hirohito

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial el Vaticano y Japón se acercaron todavía más, porque la Iglesia Católica estaba esperando que la política del Pacto Anti-Comintern finalmente produciría resultados. Pero cuando Hitler golpeó contra Rusia, la alegría del Vaticano fue sólo la mitad de lo que podría haber sido; porque Japón, en lugar de atacar desde el Este, como se había esperado, siguió un plan propio y golpeó en Pearl Harbor, arrastrando así a los Estados Unidos de América a la guerra.

El Vaticano, sin embargo, sacando el mayor provecho de la situación, pronto fue consolado por los increíbles avances de Japón en el Este. Parecía como si, después de todo, los socios del Pacto Anti-Comintern ganarían la guerra. Para 1942 Hitler estaba en las puertas de Moscú, Leningrado, y Stalingrado, mientras que Japón había ocupado Singapur, Hong Kong, y había invadido inmensos territorios.

Fue en este momento, cuando la Alemania Nazi y Japón parecían victoriosos, Rusia postrada, y los Poderes Occidentales al borde de la derrota, que el Vaticano estableció relaciones diplomáticas con Tokio (marzo de 1942). "El establecimiento de relaciones amistosas y de contacto directo entre Japón y el Vaticano reviste una particular importancia", declaró, en ese momento, el Ministro de Relaciones Exteriores japonés. Esa "particular importancia" fue debidamente observada en Washington y Moscú. Ante las representaciones del Presidente Roosevelt el Vaticano señaló que la Iglesia Católica tenía que considerar sus intereses espirituales. Muchos soldados católicos habían caído prisioneros, numerosas misiones católicas estaban en territorios ocupados por los japoneses, y más del 9 por ciento de Filipinas era católico. Ante todo, el Vaticano era neutral; por consiguiente su deber era mejorar la ya excelente relación que había existido durante los diez años anteriores (es decir, desde el primer ataque japonés sobre Manchuria, 1931).

Una de las razones principales para el incesante correr de Myron Taylor hacia el Vaticano era la íntima amistad entre Roma y Tokio, y más de una vez por otra parte la cordial relación de Pío XII y Roosevelt fue estropeada por este hecho. Tal fue el caso, por ejemplo, cuando Portugal estuvo al borde de declararle la guerra a Japón porque éste último se había negado a evacuar Timor (octubre de 1943), y el Vaticano ejerció su influencia sobre el católico Salazar y lo persuadió para que siguiera siendo neutral. Esto impidió los planes de los Aliados que esperaban ansiosamente la participación portuguesa por las bases navales que su entrada habría puesto a su disposición para combatir la seria amenaza de los "U"-boats [los submarinos alemanes]. Como un arreglo, Salazar arrendó las Azores a los Poderes Occidentales, después de que Roosevelt presionara a Portugal por medio del Vaticano.

Japón, como lo prometió, trató a la Iglesia Católica con especial consideración en cuanto a sus misiones. Para citar un caso típico, mientras los protestantes eran confinados o encarcelados, los sacerdotes y monjas católicos eran dejados libres e incluso ayudados. En 1944, sólo en las Filipinas, había 528 misioneros protestantes reclusos, 130 en China, y 10 en Japón (Presbyterian Church Times, 28 de octubre de 1944), mientras que, citando a la revista America, del 8 de enero de 1944: "Entre el 80 y el 90 por ciento de nuestros sacerdotes, monjas, y hermanos (católicos) en el Oriente ha permanecido en sus puestos. Su número es de aproximadamente 7,500. Al restante 10 por ciento, la mayoría de ellos norteamericanos, se les permitió volver seguros a sus casas."

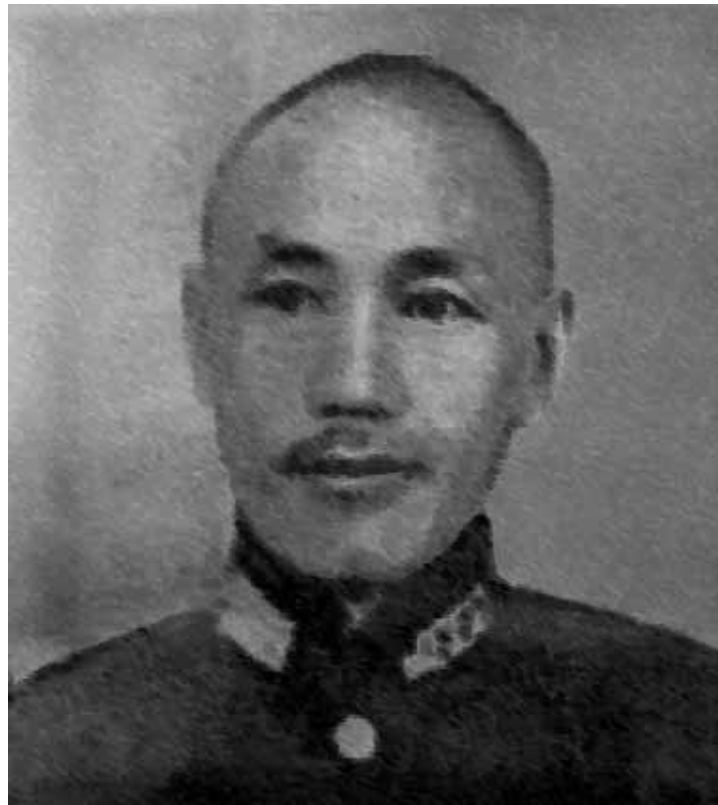
Pero la eventual derrota en el Oeste significaba la derrota en el Este. La capitulación de la Alemania nazi implicaba la capitulación de Japón. Dejado solo, golpeado por el poder de los Estados Unidos de América, destrozado por la primera bomba atómica que pulverizó Hiroshima, luego atacado por la Rusia soviética (9 de agosto de 1945), pidió finalmente la paz.

El baluarte contra el Bolchevismo y la Rusia soviética que el Vaticano había esperado salvaría a Asia se había desmoronado en el Este, así como el baluarte de la Alemania Nazi había caído algunos meses antes en el Oeste. El fracaso de una política sobre dos continentes completó el fracaso de la política mundial del Vaticano. En lo que concierne a la bastante tirante relación entre el Vaticano y China, bastante irónicamente ésta se volvió más cordial después de que Roma estableciera relaciones diplomáticas con Japón, esto principalmente debido al hecho de que el Gobierno chino, tan pronto como se efectuó el intercambio de diplomáticos entre Tokio y el Vaticano, dio pasos para que de igual modo se establecieran contactos diplomáticos regulares entre ella y Roma.

El Vaticano ofreció interminables objeciones que, sin embargo, fueron obviadas cuando la Jerarquía norteamericana, y, sobre todo, Washington, señalaron que sería a favor de los intereses generales de la Iglesia Católica en China y en los Estados Unidos de América, causar el disgusto momentáneo de Japón intercambiando representantes con Chungking [la capital provisional de China]. Fue así que en junio de 1942 fue designado el primer Embajador chino ante el Vaticano. Aunque esto se hizo más para aplacar a los Estados Unidos de América que para otra cosa (siendo China, en los ojos del Vaticano, meramente una parte de la gran política que estaba dirigiendo con respecto a Alemania en Europa y Japón en Asia), la posibilidad de una derrota alemana-japonesa desempeñó un papel no pequeño en la decisión del Vaticano de dar semejante paso. Porque la Iglesia Católica debía considerar los intereses de más de 3,000,000 de católicos

esparcidos en regiones chinas y de una comparativamente floreciente y joven Iglesia que, hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, comprendía a 4,000 sacerdotes, 12,000 hermanas y hermanos, y un personal laico de aproximadamente 100,000, compuesto principalmente de maestros, médicos, y catequistas.

Además, el Vaticano, después de la Primera Guerra Mundial, había empezado una campaña para establecer una jerarquía nativa, y a fines de la Segunda Guerra Mundial había tenido éxito en designar en varias diócesis chinas, más obispos nativos que los que había en cualquier otro país no Occidental. Tal política, adoptada con respecto a sus misiones en África y Asia -a saber, la creación de jerarquías y sacerdocios nativos, revistió un particular significado en China. Se pensó que así no sólo podía ser superado el estigma de "extranjera" que se aplicaba a la Iglesia Católica, sino que también la propagación de la ideología bolchevique entre las masas chinas, y aun entre los cristianos chinos, podía ser mejor combatida. Esta fue una de las bases comunes sobre la cual el Vaticano y Chiang Kai-shek alcanzaron un primer entendimiento, aunque consideraciones de una política de mayor alcance en Asia impidieron una relación más estrecha entre la Iglesia Católica y el Gobierno chino.



Chiang Kai-shek, líder chino

Con el cambio de marea en la guerra, sin embargo, el Vaticano y Chiang Kai-shek cooperaron aun más estrechamente, y el primero una vez que estuvo seguro de que no había esperanza de una victoria japonesa empezó a cortejar ostensiblemente al Generalísimo chino. Esto, no sólo para salvaguardar los intereses de la Iglesia en China, sino, sobre todo, porque, con la desaparición del Ejército anticomunista japonés, el único instrumento que quedaba en Asia para detener al Bolchevismo era el Ejército

chino bajo Chiang Kai-shek. [Estas relaciones amistosas fueron consolidadas por la designación oficial por parte del Papa de un nuncio Papal en China (julio de 1946).]

Fue así que con la derrota final de Japón la Iglesia Católica se encontró en términos amistosos con el Gobierno chino, que, mucho tiempo antes de que los ejércitos japoneses en China se hubiesen rendido oficialmente, empezó una campaña a gran escala, contra los ejércitos comunistas chinos en el norte.

Tal era la política que, además de encajar armoniosamente en el plan general del Vaticano y de correr paralela con la de los Estados Unidos de América, unió, en un lazo de común interés de carácter nacional, económico, y religioso, al Gobierno chino de Chiang Kai-shek, los Estados Unidos de América, con sus grandes intereses comerciales en Asia, y la Iglesia Católica, decidida a salvaguardar sus conquistas espirituales; los tres unidos para frenar, y eventualmente intentar destruir, la amenaza de una ideología hostil a sus intereses.

CAPÍTULO 20

CONCLUSIÓN

Así hemos llegado al fin de nuestro estudio tratando con el rol desempeñado por el Vaticano en el mundo moderno. Hemos examinado casi medio siglo de su influencia sobre las principales naciones, el papel que jugó antes y durante las dos guerras mundiales que han sacudido la humanidad en el breve período de tres décadas, y su contribución al ascenso y establecimiento del Fascismo. Nadie desechará livianamente la responsabilidad que le corresponde al Vaticano por el atolladero en el que las naciones han venido a encontrarse.

Enormes fuerzas extrañas a la religión en general y al Catolicismo en particular han sido los principales promotores de los gigantescos terremotos económicos, sociales y políticos que han estremecido la primera mitad del siglo veinte; sin embargo el rol desempeñado por el Vaticano en la mayoría, si no en todos ellos, hará una tarea difícil absolver a la Iglesia Católica de la fuerte crítica que le hará la historia.

El estudio recién hecho, aunque incompleto, ha dejado sobradamente claro que la Iglesia Católica ha conducido muchas veces y decisivamente la rueda de la historia contemporánea.

Lejos de disminuir, la influencia de la Iglesia Católica está expandiéndose con rapidez creciente. Está modelando el curso de los eventos locales, nacionales, e internacionales de modo tal de facilitar el logro de su objetivo principal -el dominio de todo el mundo. Si esta meta principal se limitara a la esfera puramente religiosa, aún así sería objetable sobre bases morales y prácticas. Pero desafortunadamente las aspiraciones de la Iglesia Católica no conocen tal límite. Ya hemos visto que la Iglesia no permanece dentro de su propio dominio; su pretensión fundamental de ser la única portadora de la verdad necesariamente le impulsa a invadir las esferas éticas, sociales, culturales, económicas y políticas. Su afirmación de que no puede estar ligada a ninguna ley promulgada por los hombres cuando se halla en el ejercicio de su misión, le hace actuar como estima más

apropiado para sus objetivos, usando cualquier cosa que le ayude a oponer, combatir, o destruir ideologías o sistemas en conflicto con los principios católicos.

Mientras otras religiones, o incluso denominaciones Cristianas, ya sea por la pérdida de agresividad espiritual o debido a medidas efectivas diseñadas por el Estado, han reducido su celo, la Iglesia Católica continúa sosteniendo su pretensión con vigor no disminuido y una pasión inagotable por la conquista. Ella no se detendrá ante nada para alcanzar su meta. Esperar que la Iglesia Católica renuncie a inmiscuirse en asuntos sociales y políticos es esperar un cambio tan profundo en su estructura interna que alteraría enteramente al Catolicismo. Como en los siglos pasados, así ahora y en el futuro la Iglesia Católica continuará empleando implacablemente su astucia, energía, y habilidad para obstaculizar, lo más que pueda, las fuerzas progresistas de la sociedad contemporánea.

Porque el espíritu que mueve a la Iglesia Católica la hace una enemiga cruel y persistente de nuestro siglo y de todo por lo que los individuos y las naciones están trabajando y esforzándose. La historia ha mostrado que siempre que el Catolicismo transforma sus fórmulas religiosas en fórmulas sociales y políticas, invariablemente intenta mantener el statu quo, o, de hecho, retroceder el reloj, aliándose con todas las fuerzas cuyo propósito es similar al suyo -es decir, el sostenimiento de un estado de cosas que ya no es consonante con las necesidades de nuestros cambiantes tiempos.

La creación de poderosos nuevos partidos católicos sobre las ruinas de los diversos regímenes Autoritarios; la alianza de la Iglesia con ciertos estratos en Europa, en las Américas, en Asia, y, de hecho, en todas partes; su exitosa adhesión a la nación más poderosa, los Estados Unidos de América; su agitación de las perturbadas aguas de la política mundial contra el Socialismo y los países que lo han adoptado como su sistema político; su cruzada global contra el Comunismo y la Rusia soviética; su tronar contra una ideología que, más allá de todos los crímenes cometidos en su nombre, no obstante está agitando los corazones de las masas en todo el planeta -todo esto demuestra que la Iglesia Católica está entrometiéndose en los asuntos de los estados con la misma energía, audacia, astucia y determinación como lo hizo en el período entre las dos guerras mundiales.

La Iglesia Católica no es fácilmente disuadida por derrotas, contratiempos, o funestas fallas que quebrarían a otras instituciones menos majestuosas. Como el fénix, ella se levanta después de cada derrota más fuerte y más viva que antes. Los gobiernos pueden ir y venir, pero la Iglesia Católica continúa manteniéndose más desafiante que nunca. Recientemente hemos visto cómo ha reconstituido sus fuerzas, habiendo perdido a su aliado secular más poderoso en la Europa totalitaria. En algunos años se ha vuelto la socia espiritual de los Estados Unidos de América en su cruzada contra la ideología comunista y su encarnación, la U.R.S.S. Las conquistas de La Iglesia en el Continente americano le han compensado ampliamente por lo que ha perdido en el Viejo Mundo, y las alianzas que está haciendo allí le están dando una influencia más amplia en los asuntos del globo que la que jamás tuvo cuando era apoyada por las antiguas dinastías de los dictadores de la Europa moderna .

A pesar del tremendo crecimiento de sus enemigos, la Iglesia Católica continúa imperturbable en su misión. De hecho, su decisión de extenderse se ha vuelto más intransigente que nunca; sus sacerdotes, sus obispos, y muchos de sus laicos están

esforzándose con celo de cruzados para extender su dominio a todos los rincones de la Tierra; ningún sector o estrato de la sociedad moderna escapa de su atención, ninguna nación o país está sin su Jerarquía o algunos de sus miembros.

A diferencia de Norteamérica y la Rusia soviética con sus dependencias políticas, la Iglesia Católica no tiene ni ejércitos permanentes ni bombas atómicas. Ni los necesita porque es poseedora de un arma que durante veinte siglos no sólo le ha servido para sobrevivir, sino para ganar y conquistar [N. de T.: aquí el autor iguala erróneamente a la Iglesia Católica con el verdadero Cristianismo, siendo en realidad aquella una deformación posterior de éste último]. Su fuerza yace en una apasionada convicción en su misión de convertir y finalmente gobernar a todas las naciones del mundo [N. de T.: cuando el mismo Señor Jesucristo dijo: "Mi reino no es de este mundo"].

Esta fuerza espiritual es respaldada por una organización insuperable y que ha hecho a la Iglesia Católica un poder de primera magnitud.

Sus diplomáticos son introducidos en casi cada Ministerio de Asuntos Exteriores del mundo; su prensa y sus instituciones caritativas, sociales, y políticas permanecen junto a los más modernos periódicos, clubes deportivos y culturales y centros de bienestar social en América y Europa; sus Partidos Católicos están compitiendo con poderosos movimientos políticos en los principales países del continente europeo; su gobernante, el Papa, aunque es un líder religioso, tiene más de cincuenta embajadores acreditados en su residencia, y sus palabras, obedecidas por un ejército de 400 millones, son consideradas por los líderes de todos los partidos y gobiernos y pueden tener consecuencias de mayor alcance que las expresiones de los jefes de Estado, las resoluciones aprobadas en los Congresos Internacionales, o las mociones propuestas por las Organizaciones Mundiales establecidas para asegurar la paz global.

Siendo la institución implacable que es, la Iglesia Católica no descansará. Como lo hemos señalado, para lograr sus metas continuará el paciente proceso de maquinación y contra-maquinación. Empleará la habilidad, la osadía, la diplomacia, la religión, la intriga -y todo el arsenal de grandes naciones decididas a extender su dominio en el extranjero.

Es totalmente esperable que en lugar de ayudar a impedir una tercera catástrofe mundial, la Iglesia Católica, al continuar alineándose con fuerzas ignorantes, contribuirá grandemente a ensanchar la brecha que ya separa dos grandes porciones del mundo. Pero mientras lo hace así, la Iglesia Católica debe tener presente que está poniendo en peligro no sólo las vidas de incontables millones, sino también su propia existencia. Una tercera guerra mundial, a diferencia de las guerras del reciente pasado, significaría la irremediable destrucción no sólo de pueblos enteros, sino también de antiguas instituciones entre las cuales la Iglesia Católica sería ciertamente una de las víctimas principales.

Millones de personas pensantes están esforzándose hoy por construir un mundo en el que se proscriba la guerra. Nuevas y vivientes fuerzas están en marcha. Debido a que la Iglesia Católica ha visto países pequeños desarrollarse hasta ser poderosos imperios y luego se han desplomado, debido a que ha visto subir y caer a incontables gobernantes, ir y venir ideologías, no abriguemos vanas ilusiones de que también verá el paso de las fuerzas progresistas que ahora están barriendo el globo.



Explosión atómica

Las bombas atómicas que en pocos segundos quitaron a Hiroshima y Nagasaki de la faz de la tierra y pusieron a Japón de rodillas debe ser una advertencia para todas aquellas fuerzas que tienen que ver con el futuro de la humanidad, en cuanto a que los métodos de los principios inflexibles de edades pasadas son para siempre obsoletos. A menos que se abran nuevos horizontes, que se ideen nuevos métodos, y que un nuevo espíritu anime, a los sistemas económicos, a las doctrinas sociales, y a los regímenes Políticos, así como a las instituciones religiosas, vendrá inevitablemente total y final aniquilación sobre ellos y toda la humanidad. La Iglesia Católica no será una excepción, y, como todas las otras instituciones mundiales, debería prestar atención de la advertencia y, acompañar el espíritu del siglo veinte, intentando seguir un nuevo camino.

FIN